EUGENIO GASTIAZORO

Historia Argentina

Introducción al análisis económico social

tomo IV | de 1930 a nuestros días

EA/Editorial Agora

Eugenio Gastiazoro

HISTORIA ARGENTINA

Introducción al análisis económico-social

Tomo IV

De 1930 a nuestros días (2004)

EA / Editorial Ágora
www.editorialagora.com.ar
Edición en papel 2004 - Edición digital 2020
República Argentina

ÍNDICE

Capítulo XIV
La crisis del ’30 y la década infame 4

Capítulo XV
La guerra y el peronismo 59

Capítulo XVI
De la Fusiladora al Onganiato 115

Capítulo XVII
El predominio socialimperialista 197

Capítulo XVIII
Del menemato al Argentinazo 292

Epílogo
Una nueva fase del saqueo 319

Anexos
1. La Segunda Guerra Mundial 347
2. La irrupción del Tercer Mundo 392
3. La URSS después de Stalin 419
4. Latifundismo e imperialismo 431
5. La renta del suelo hoy en la Argentina 449
6. La tenencia de la tierra, elemento básico de la producción agraria 473
7. El “neokeynesianismo” del presidente Kirchner 480

Capítulo XIV

La crisis del ’30 y la década infame

Con el estallido de la crisis económica mundial del capitalismo, en 1929, se agudizó la disputa interimperialista por el control del mundo; crisis que diez años después llevó a la Segunda Guerra Mundial. Las potencias imperialistas descargaron esa crisis, sin piedad, sobre los países oprimidos.

En nuestro país se tensó su contradicción fundamental: por un lado, el imperialismo, los terratenientes, la burguesía intermediaria y los reaccionarios que se subordinan a ellos; y, por otro lado, la clase obrera y demás asalariados, los semiproletarios, los campesinos pobres y medios, los pueblos indígenas, la pequeñoburguesía, la mayoría de los estudiantes e intelectuales, los sectores patrióticos y democráticos de la burguesía urbana y rural, los soldados y la suboficialidad y oficialidad patriótica y democrática.

La profundidad de la crisis puso en evidencia la fragilidad de una economía nacional basada en la dependencia del imperialismo y en el latifundio terrateniente, y que, en consecuencia, estaba en función del mercado externo. También desnudó la debilidad de la burguesía nacional[1]. La política del gobierno radical de Yrigo-

1. En los países que sufren la opresión imperialista, la burguesía se divide en dos tipos: la burguesía nacional y la burguesía intermediaria. La burguesía intermediaria, al igual que los terratenientes en un país dependiente como el nuestro, es siempre lacaya del imperialismo y sus distintos sectores se diferencian según dependan de uno u otro imperialismo. En cambio la burguesía nacional es aquella que resiste el dominio del imperialismo, enfrentándolo políticamente de mane-

yen (por entonces en su segunda presidencia, iniciada en 1928) era incapaz de impedir que la crisis se descargara brutalmente sobre los trabajadores y el pueblo. Pero al mismo tiempo, ese gobierno tampoco era garante de los imperialismos, los terratenientes y la burguesía intermediaria para defender sus intereses. Instalar un gobierno fuerte a su servicio pasó a ser una necesidad de los sectores oligárquicos proimperialistas hegemónicos en las clases dominantes, para lo que fueron armando un amplio frente golpista.

Yrigoyen ganó las elecciones de 1928 con una amplitud nunca vista[2] y planteó medidas avanzadas, tales como la rebaja en el precio de los combustibles a través de YPF y el proyecto de nacionalización del petróleo[3], relaciones comerciales con la Unión Soviéra reformista o revolucionaria. Tiene un doble carácter: por un lado es oprimida por el imperialismo y por el otro es contraria a la clase obrera. A su vez tiene contradicciones con el imperialismo y los terratenientes y está vinculada a ellos por múltiples lazos. Cf. "Algunas experiencias en la historia de nuestro Partido", Obras escogidas de Mao Tsetung, tomo V, Editorial Independencia, Buenos Aires, 1984, y Otto Vargas, "Reflexiones sobre una charla del camarada Mao", en Política y Teoría N° 27, agosto-octubre de 1993 (la parte referida a la burguesía nacional está también publicada en el N° 80 de los Cuadernos de difusión del marxismo-leninismo-maoísmo, suplemento hoy, agosto de 2001).

2. En las elecciones realizadas el 1° de abril de 1928, la fórmula radical Yrigoyen-Beiró logró 839.140 votos frente a la radical antipersonalista Melo-Gallo, que obtuvo 244.620 votos, los conservadores Matienzo-Carlés 73.049 y los socialistas Bravo-Repetto 65.660. Todavía el 1° de marzo de 1930, en las elecciones nacionales de renovación de diputados, pese a la catastrófica derrota en Capital Federal (a manos de los socialistas y de los socialistas independientes), los yrigoyenistas tuvieron 618.411 votos en el total nacional, frente a los conservadores que obtuvieron 158.826 y los demócratas progresistas, 136.121. En el total del país, el peso electoral de los socialistas significaba apenas 123.734 votos y el de los socialistas independientes, 110.792.

3. Las aspiraciones industrialistas de sectores de la burguesía nacional que se expresaron con fuerza en el retorno del yrigoyenismo se vieron reflejados en su definición sobre la cuestión petrolera. La defensa de los intereses nacionales expresada entre otros por los generales Mosconi y Baldrich fue respaldada por el gobierno. En septiembre de 1928 la Cámara de Diputados aprobó el proyecto yrigoyenista de nacionalización del petróleo, que golpeaba a los intereses imperialistas operantes en el país (en orden de importancia entonces: Compañía Ferrocarrilera de Petróleo, inglesa; Standard Oil, norteamericana; Astra, alemana-argentina; Anglo Persian y Shell, inglesas). El proyecto nunca llegó a ser tratado en Senadores, por la oposición que lo "cajoneó" todo el tiempo en las comisiones.

tica socialista[4], establecimiento de la jornada legal de trabajo de ocho horas, restitución de la vigencia de los estatutos reformistas de 1922 en la Universidad del Litoral, etc.; medidas que se daban en el contexto de un nuevo auge de luchas en toda Latinoamérica, entre las que se destacó la de Sandino en Nicaragua. Sin embargo, pese a eso, el gobierno de Yrigoyen fue desbordado por la magnitud de la crisis y se debatió en la impotencia de su política reformista.

En la clase obrera que sufría el golpe principal de la crisis, comenzaron a desarrollarse una serie de movimientos en defensa de sus salarios y las condiciones de vida y contra la desocupación, en su mayoría dirigidos por comités de huelga organizados por los comunistas, dado que el grueso de los sindicatos estaba dirigido por los sindicalistas y socialistas, llamados "estatalistas" por su línea de componenda con el aparato del Estado oligárquico imperialista. A su vez, el gobierno mientras se quedaba en las amenazas contra la oligarquía y los monopolios imperialistas, sin tomar medidas efectivas contra ellos, volvió a recurrir al aparato represivo de ese Estado, que se mantuvo en lo esencial, para reprimir las huelgas obreras[5]. Todo lo cual lo llevaría en poco tiempo a perder gran parte del apoyo que le habían brindado la mayoría de los trabajadores y el pueblo.

4. En julio de 1930, el gobierno argentino convino con la agencia paraestatal soviética dedicada al intercambio comercial entre la URSS y la América del Sur, Iuyamtorg, un contrato de venta de 250.000 toneladas de nafta al valor del precio Gulf internacional, de calidad no inferior a la elaborada por YPF, lo que tampoco le sería perdonado por los monopolios petroleros imperialistas.

5. El hecho de mayor repercusión en ese período fue la represión por la policía de Córdoba (gobernada también por los radicales) a los obreros de San Francisco en huelga (principalmente metalúrgicos, molineros y ladrilleros), el 21 de noviembre de 1929, que produjo la muerte de 4 de ellos y numerosos heridos. Esta huelga había conquistado ya una gran simpatía y apoyo en el movimiento obrero cordobés y de los pequeños comerciantes, manifestado el día anterior en un paro general de solidaridad, que se repitió al día siguiente en protesta por la represión. La lucha de los obreros de San Francisco continuó, con su Comité de Huelga controlando gran parte de la ciudad, hasta ser acallada por el envío de tropas por el gobierno de Yrigoyen, que produjo detenciones, deportaciones y brutales apaleamientos de obreros.

El gobierno de Yrigoyen, por su línea reformista fue incapaz de romper la dependencia con el imperialismo y con la gran propiedad del latifundio terrateniente, y de convocar al pueblo para enfrentar a los golpistas.

Las fuerzas golpistas lanzaron sobre Yrigoyen una gran campaña de desprestigio aprovechando las debilidades de su gobierno. Se montaron en la radicalización que provocaba la crisis, en particular en los sectores urbanos de la pequeñoburguesía[6], instrumentando fundamentalmente la movilización de la juventud estudiantil, y pasaron abiertamente a la conspiración; proceso que culminó con el golpe de Estado del 6 de septiembre de 1930, instalando la dictadura encabezada por el general Uriburu.

Frente a la crisis económica y política, la ofensiva oligárquica-imperialista y la dualidad de la política del gobierno de Yrigoyen, el movimiento obrero se vio totalmente inerme. Sus organizaciones sindicales dirigidas principalmente por las corrientes

6. A la pequeñoburguesía "pertenecen los campesinos propietarios, los artesanos propietarios de talleres, las capas inferiores de la intelectualidad –estudiantes, maestros de enseñanza primaria y secundaria, funcionarios subalternos, oficinistas, tinterillos (escribientes)– y los pequeños comerciantes. Tanto por su número como por su naturaleza de clase, la pequeña burguesía merece seria atención." ("Análisis de las clases de la sociedad china", en *Obras Escogidas de Mao Tsetung*, tomo I, Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín, 1971). En nota al artículo se aclara que con el término "campesinos propietarios" el camarada Mao Tsetung designa a los campesinos medios. En un documento posterior ("Como determinar las clases en las zonas rurales", *Ibidem*), Mao Tsetung da mayores elementos para la caracterización de los campesinos medios (pequeños propietarios y/o arrendatarios con suficientes medios propios de producción, que viven total o principalmente de su propio trabajo), lo que los hace asimilables a la pequeñoburguesía urbana también diferenciada en sectores según que exploten o no a otros, pero siempre de manera secundaria, a diferencia de la burguesía (o del campesino rico en el campo) cuyos ingresos provienen total o principalmente de la explotación del trabajo asalariado u otras formas de explotación. El "cuadro" de los oprimidos y explotados se tiene que completar con las distintas categorías del semiproletariado (trabajadores "independientes" que tienen que someterse a alguna forma de explotación para completar el sustento necesario) y el proletariado (los que viven de la venta de su fuerza de trabajo, por un salario), que de conjunto constituyen la mayoría de la población en todos los países del mundo.

sindicalistas y socialistas se mantuvieron "neutrales"[7]. Aunque los comunistas y anarco-comunistas tuvieron una participación destacada en las huelgas de los años 1929 y 1930, como las de los metalúrgicos de San Francisco (Córdoba) y de los portuarios de Rosario (Santa Fe) que concitaron gran solidaridad, ni unos ni otros alertaron al pueblo sobre el peligro del golpe de Estado. Tampoco llamaron a las masas populares a movilizarse y organizarse en defensa de sus libertades y sus conquistas sociales, ni tuvieron una propuesta de salida a la crisis económica y política a favor del pueblo. La dirección del PC, los anarquistas y otros sectores de izquierda se equivocaron en la caracterización política del gobierno de Yrigoyen, no viendo la diferencia entre un gobierno de burguesía nacional y una dictadura oligárquico-imperialista; no diferenciaron los rasgos reaccionarios de sectores del gobierno, del carácter fascista del golpe que se preparaba. A partir de lo cual impulsaron una línea política que ubicaba al yrigoyenismo como enemigo principal, y no denunciaron a la coalición oligárquico-imperialista que conspiraba contra él.

En ese grave error político de las corrientes políticas que actuaban en el movimiento obrero, oportunista de izquierda en ese período, volvió a pesar una valoración no leninista del Estado oligárquico imperialista, y la subestimación de los rasgos que diferencian a un país oprimido, como la Argentina, de los países opresores. En la raíz teórica del error pesó principalmente un análisis equivocado del carácter de la burguesía nacional, uno de los problemas fundamentales de la revolución en los países coloniales, semicoloniales y dependientes. No diferenciaron a la burguesía nacional de la burguesía intermediaria y confundieron a los terratenientes con la burguesía agraria[8].

7. Esas organizaciones fueron posteriormente al "diálogo" con el dictador Uriburu, fusionándose en la CGT colaboracionista el 27 de setiembre de 1930. La FORA del V° Congreso no adhirió.

8. Pese al avance en el conocimiento de la estructura económico-social argentina que mostraron las Tesis para el VIII Congreso del PC, realizado el 1° de noviembre de 1928, esos errores iban a teñir toda la línea del Partido durante este

En consecuencia, el PC y demás sectores de izquierda tuvieron una línea política errónea que los llevó a equivocar el camino. De estas experiencias que costaron sangre a la clase obrera y al pueblo argentino, de los errores cometidos, es importante extraer enseñanzas para que el movimiento revolucionario pueda avanzar[9].

El golpe de Estado de 1930

El 6 de septiembre de 1930 se produjo el golpe de Estado que derrocó al gobierno radical de Hipólito Yrigoyen. Lo encabezaba el general José Félix Uriburu, vástago de la oligarquía salteña y numen de la corriente proimperialista alemana en el Ejército argentino. En alianza con este sector oligárquico operaban otros sectores fascistas proimperialistas (profranceses, proitalianos y

período, como analiza Otto Vargas en *El marxismo y la revolución argentina*, tomo II (Editorial Agora, Buenos Aires, 1999), págs. 418 a 434.

9. Aunque la dirección del PC al redactarse el *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina* (Editorial Anteo, Buenos Aires, 1947) señala que en esa época tuvieron "una apreciación no justa del carácter del segundo gobierno de Yrigoyen", lo sigue haciendo de una manera confusa, quedándose solo en que para la oligarquía no era garantía suficiente de represión al movimiento obrero y popular, sin llegar a ver la contradicción que por sus contenidos burgueses nacionales tenía con los intereses oligárquicos e imperialistas, que fueron en definitiva los que produjeron el golpe de Estado. En esta no diferenciación de los distintos intereses de clase en lucha está también la base de las teorías de los revisionistas "modernos" del marxismo con relación a los sucesivos golpes de Estado en nuestro país, que atribuyen los mismos a un "vacío de poder" en los respectivos gobiernos constitucionales depuestos, ocultando así los intereses oligárquico imperialistas que estuvieron tras esos golpes y salvando también de responsabilidad a sus ejecutores directos, los jefes militares a los que les habría caído el gobierno como un regalo del cielo. Esto aparece más claro en "estudiosos académicos" como Guillermo O'Donnell o Juan Carlos Portantiero, pero también está implícito en interpretaciones más "popularizadas" como es el caso de Luis Alberto Romero quien llega a aplicarlo incluso a la Revolución de Mayo de 1810, que no habría sido tal Revolución pese a que se necesitaron 14 años de guerra para imponer la Independencia, sino una mera ocupación de un "vacío institucional" provocado por la invasión napoleónica a España. En lo que respecta al golpe de Estado de 1930, en su *Breve historia contemporánea de la Argentina* (Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1994) Luis Alberto Romero encubre su justificación al golpismo tras una "reflexión" sobre la falta de "consistencia" de las instituciones, frente a la cual faltó "inventar respuestas imaginativas".

proespañoles), y también intereses proimperialistas estadounidenses, como los vinculados a la Standard Oil en Salta y a los frigoríficos en Berisso y Rosario[10].

Pero esos sectores, que fueron la punta de lanza del golpe de Estado, no eran los únicos golpistas ni fueron los que aportaron el mayor respaldo civil con el que se gestó el clima golpista. Otro grupo pesó particularmente en los medios oligárquicos pampeanos, litoraleños y mediterráneos (expresados por diarios como *La Prensa* y *La Nación*[11]) y en las capas medias urbanas sobre las que influenciaban exacerbando el antiyrigoyenismo, utilizando para esto último sobre todo al diario *Crítica*, afín a las corrientes socialdemócratas europeas, principalmente a la francesa[12]. La expresión militar de esta corriente oligárquica, con apoyo en los sectores oligárquicos liberales y socialdemócratas afines a las

10. Además de las leyes laborales, y de la cuestión petrolera que unía a todos los imperialismos, los frigoríficos del enfriado (los más modernos eran el Swift, en Rosario, y el Anglo, en Avellaneda, ambos de 1926) se unían a los terratenientes ganaderos en su agresividad contra Yrigoyen por el proyecto de convenio comercial con Inglaterra suscripto entre la misión encabezada por lord D'Abernon y el canciller Oyhanarte, que los excluía al versar solamente sobre cereales y granos a cambio de material para ampliar la red de ferrocarriles del Estado, entre ellos el ramal a Huaitiquina, en Salta (que terminó yendo a Socompa, donde hasta hoy corre el "tren de las nubes"). Sometido a consideración del Congreso a fines de 1929, será rechazado por los representantes de esos sectores oligárquicos con el mismo fervor con que aprobarán en 1933 el tratado Roca-Runciman, que sí se haría en función de sus intereses como veremos más adelante.

11. Estos dos grandes diarios, originados de la época de la conformación de la nación oligárquica (*La Prensa*, de los Gainza y los Paz, como vocero del autonomismo bonaerense roquista, y *La Nación*, de los Mitre y los Saguier, como expresión del nacionalismo liberal mitrista), perduraron como voceros que eran de los grandes terratenientes y comerciantes importadores, como perdurarán éstos como clases dominantes y verdaderos apéndices del imperialismo en la Argentina dependiente.

12. Su director-fundador, Natalio Botana, tuvo estrecha relación con los socialistas independientes (Roberto Noble, Héctor González Iramain, Antonio De Tomasso, Federico Pinedo, etc.) y con la dirigencia y el aparato del Partido Comunista y la Internacional Comunista. En su descargo digamos que, así como jugó para la corriente liberal de los terratenientes, en particular para el sector bonaerense de los Santamarina, Rodolfo Moreno, etc., también se jugó a favor de la República Española y de la lucha antinazi, hasta su muerte, en un accidente, el 7 de agosto de 1941.

tendencias del mismo cuño en Inglaterra y las otras potencias imperialistas europeas de peso en nuestro país (no solo francesas y belgas sino también alemanas, italianas y españolas), se nucleaba en torno a la llamada logia General San Martín, en cuya dirección se destacaron los generales Eduardo Broquen y Agustín P. Justo[13].

La creciente incidencia del imperialismo estadounidense en nuestro país, así como el peso decisivo en el manejo de las principales palancas económico-financieras por el imperialismo inglés, y en menor medida por el francés, es generalmente reconocida por nuestros historiadores. En cambio, es menos señalada la presencia del imperialismo italiano y sobre todo la del alemán que, pese a su derrota en Europa en la Primera Guerra Mundial, como vimos en el tomo III había logrado mantener aquí posiciones decisivas, en particular en el Ejército, al amparo de la neutralidad argentina y por su entrelazamiento con familias oligárquicas (Zuberbüller, Bemberg, Martínez de Hoz, Zimmermann, Pellegrini Meyer, Pinedo, etc.). Así, por ejemplo, cuando el sector del radicalismo más abiertamente proimperialista llegó al gobierno en 1922 con Alvear, si bien éste aceptó la sugerencia de los franceses de nombrar al general Justo en el ministerio de Guerra, poco después creó la Inspección General del Ejército como autoridad máxima del arma, donde ubicó al general Uriburu, quien retuvo a su lado como principal asesor al general alemán Wilhelm Faupel y llamó como instructores a varios oficiales alemanes sin empleo tras la disolución de la Wehrmacht (el Ejército del imperio alemán derrotado en la primera guerra mundial).

13. Que en esta logia no solo participaban los sectores militares más afines a los imperialismos inglés, francés y belga, sino también progermanos y proitalianos (que en el golpe de 1930 se dividieron entre la corriente uriburista y la justista), lo muestra el hecho de que, al ganar la conducción del Círculo Militar en 1921, entre sus vocales se encontraran, junto al coronel Manuel A. Rodríguez, el mayor Benjamín Menéndez y el capitán Arturo Rawson, liberales proingleses, el mayor Juan Pistarini y el capitán Carlos von der Becke, nacionalistas proalemanes; y que su protesorero fuera el mayor Pedro Pablo Ramírez, de este último sector (Miguel Angel Scenna, *Los militares*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1980, pág. 138). Rawson y Ramírez serán presidentes, el primero expresando a los sectores proingleses y el segundo a los proalemanes, en el golpe de Estado del 4 de junio de 1943.

En términos generales, en relación con la disputa interimperialista en 1930, podemos decir que aunque el imperialismo inglés mantenía su posición predominante en el bloque hegemónico de las clases dominantes argentinas, había venido perdiendo peso relativo por el avance en el comercio y las inversiones del imperialismo norteamericano y, sobre todo, por la recuperación de posiciones en el comercio y en el control de palancas claves de la economía y del Estado oligárquico imperialista (en particular en las Fuerzas Armadas) por los imperialismos alemán e italiano. Sobre este último recordemos que, además de mantener sus líneas navieras permanentes (como los británicos y alemanes desde la década de 1880), también había estrechado relaciones con el gobierno de Alvear[14], lo que se expresó entre otras cosas en la corriente "modernista" proitaliana (garibaldina aristocratizante, cuyo numen fuera el ministro Martín Rivadavia), que recuperó sus posiciones predominantes en la cúpula de la Marina, con el almirante Manuel Domecq García como ministro de esa arma.

La contradicción entre las potencias imperialistas en el ámbito continental se deba principalmente entre los intereses estadounidenses y los británicos; aprovechando esa contradicción, aliándose con uno o con otro según el caso, crecían en sus posiciones los intereses alemanes e italianos. Aunque siempre hubo un sector de monopolios de estos imperialismos que marchó aquí aliado principalmente a intereses norteamericanos (por ejemplo, a los del automotor), avanzando en la década del '30 predominarían en política los sectores más agresivamente antinorteamericanos a los que recurrirían los sectores probritánicos y profranceses para contrarrestar el retroceso relativo que sufrían sus mandantes imperialistas frente al avance estadounidense en el ámbito continental, como veremos luego.

14. Mussolini llegó al gobierno de Italia en 1922, y en 1924 visitaba el país el príncipe heredero, Humberto de Saboya, recibido con todos los honores por el presidente Alvear. En 1925, se dio carácter oficial a los actos conmemorativos del 25° aniversario de Víctor Manuel III en el trono de Italia, como registramos en el tomo III.

La vuelta de Yrigoyen al gobierno en 1928, aparte del revulsivo social que implicó para el conjunto de los sectores oligárquico-imperialistas en el bloque hegemónico de las clases dominantes, trajo también aparejada una ruptura en el equilibrio relativo entre las distintas fuerzas del mismo que habían encontrado cobijo en el gobierno de Alvear. Por ejemplo, al nombrar al general Luis Dellepiani como ministro de Guerra, si bien Yrigoyen no se malquistó totalmente con los proalemanes (aunque el pase a retiro de Uriburu implicó su ruptura con el sector más agresivo de éstos), puso totalmente en su contra a la Logia San Martín. Y el nombramiento del contralmirante yrigoyenista Tomás Zureta como titular de Marina, le significó el pase a la conspiración de los almirantes Domecq García (el ex ministro de Alvear) y Abel Renard (será ministro del arma con Uriburu, en 1930). **A su vez, el desencadenamiento de la crisis mundial en octubre de 1929 agudizó la contradicción de los distintos sectores oligárquicos e imperialistas con el gobierno de Yrigoyen, porque éste no les garantizaba el control de la situación a su favor.**

Las corrientes golpistas

Entre los sectores oligárquicos e imperialistas que confluyeron en el golpe de Estado contra el gobierno de Yrigoyen había dos corrientes definidas política e ideológicamente, e importantes sectores intermedios, que fluctuaron entre una y otra.

Una corriente, la minoritaria, cuyo principal líder era el ex inspector general del Ejército del gobierno radical de Alvear, José Félix Uriburu, estaba fuertemente influida por el fascismo entonces instalado en España (Primo de Rivera) y en Italia (Mussolini) y en expansión en Alemania (Hitler) y Francia (Maurrás). En su expresión más descarnada fue su vocero desde comienzos de 1928 el quincenario y después semanario *La Nueva República*, y luego abiertamente el diario *La Fronda*, de propiedad del político conservador Francisco Uriburu. En cuanto a los militares que estaban junto al general Uriburu podemos mencionar al general

Juan Bautista Molina, los coroneles Emilio Kinkelin y Francisco Fasola Castaño, y los teniente coroneles Pedro Rocco y Pedro Pablo Ramírez.

Aunque integraron también el primer "estado mayor revolucionario" oficiales como el teniente coronel Alvaro Alsogaray y los capitanes Juan Domingo Perón y Gregorio Tauber, y se sumaron al segundo el coronel Juan Pistarini y el teniente coronel Juan N. Tonazzi, entre otros, a éstos hay que ubicarlos en una franja intermedia porque, por sus diferencias tácticas con el "entorno" de Uriburu, terminarían confluyendo con la corriente liderada por Justo[15].

La corriente que encabezaba el ex ministro de Guerra de Alvear, Agustín P. Justo, era la corriente mayoritaria en las fuerzas oligárquicas e imperialistas golpistas, de ideario liberal (en el que se unían conservadores, radicales antipersonalistas y socialistas independientes), con los principales diarios oligárquicos tradicionales como voceros, aunque su expresión golpista más descarnada la tuvo en el diario *Crítica*. Entre los militares en actividad estaban junto a Justo el general Isidro Arroyo y los coroneles José María Sarobe y Bartolomé Descalzo.

Esas dos grandes corrientes oligárquicas (la uriburista y la justista) no expresaban estrictamente una división entre los distintos sectores oligárquicos e imperialistas, ya que tanto unos como otros tenían personeros en ambas. Así fue posible que se unieran en el objetivo común de derrocar a Yrigoyen, con intermediarios de renombre como el radical antipersonalista Leopoldo Melo, el socialista independiente Federico Pinedo, y los conservadores Rodolfo Moreno y Antonio Santamarina. Todos bajo el amparo del presidente de la Cámara de Apelaciones, Mariano de Vedia y Mitre, y

15. Aunque también había diferencias ideológicas entre ellos, en relación con lo que expresaban las dos corrientes principales, terminaron confluyendo tácticamente en marchar junto a los sectores proingleses en su contradicción con los pronorteamericanos. Cf. Luis C. Alén Lascano, *La Argentina ilusionada, 1922-1930*, págs. 312/3, y Horacio Sanguinetti, *La democracia ficta, 1930-1938*, págs. 19/23, ambos de Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1975. Además: Juan Domingo Perón, T*res revoluciones militares*, Ediciones Síntesis, Buenos Aires, 1974.

con el resguardo de José Figueroa Alcorta, el ex presidente de la Nación a quien el propio Yrigoyen había designado presidente de la Corte Suprema de Justicia, en uno de sus últimos actos, creyendo lograr con ello la complacencia de los sectores proalemanes[16]. El resultado de esa unidad sería una proclama corregida por el justista coronel Sarobe sobre el texto fascista redactado por Leopoldo Lugones, y la casi inmediata "legitimización" del gobierno de Uriburu, el 10 de setiembre, por una acordada de la Corte Suprema.

Represión, fraude y entrega

Con el golpe del 6 de septiembre de 1930 se inició la llamada década infame, en la que la oligarquía gobernará y subordinará el país a los intereses imperialistas, con la represión, el fraude y las proscripciones más descaradas. La rebeldía obrera, popular y patriótica pretendió ser acallada con la ley marcial que se mantuvo durante casi un año, hasta junio de 1931: el 8 de septiembre de 1930 fue fusilado en Rosario el obrero Penina; el 8 de octubre, Gagliardi; el 31 de enero de 1931, Pedro Incazziati, en Mendoza, y el 1° de febrero, Severino Di Giovanni y Paulino Scarfó. El 5 de

16. Recordemos que, como vimos en el tomo III (página 127, en adelante), con Figueroa Alcorta como presidente, tras la muerte del proinglés Quintana, con el autogolpe de aquél del 25 de enero de 1908, se impuso la hegemonía del llamado sector "modernista" de la oligarquía en el bloque de las clases dominantes. Este sector vinculado a la penetración de los imperialismos alemán e italiano, en alianza y disputa con los sectores proingleses y profranceses, ante la perspectiva de la guerra que los iba a enfrentar a escala mundial, terminó negociando con Yrigoyen su posibilidad de acceso al gobierno, a cambio de que éste abandonara su insurreccionalismo y abstencionismo electoral, lo que se expresó en la llamada ley Sáenz Peña del voto secreto y universal masculino, por Roque Sáenz Peña. Y aunque a la muerte de éste los sectores más recalcitrantes de la oligarquía quisieron evitar el ascenso de Yrigoyen al gobierno, el desarrollo de la guerra y la necesidad de los proalemanes de mantener a toda costa la neutralidad argentina, posición que era compartida desde su óptica nacional también por Yrigoyen, hizo que personajes como el general Ricchieri y el propio Figueroa Alcorta defendieran entonces "las instituciones". En 1930, Yrigoyen comprobaría en carne propia que no lo hacían por amor a las mismas y que si para restaurarse en el gobierno tenían que "legitimar" el uso de las armas, no vacilarían en hacerlo.

agosto de 1931, se produjo el atentado contra el dirigente conservador José Blanch, en Bragado, que dio origen al sonado proceso contra los obreros Vuotto, Mainini y De Diago.

No obstante los fusilamientos y las prisiones, deportaciones y persecuciones, particularmente a anarquistas, comunistas y radicales yrigoyenistas, la resistencia obrera, popular y patriótica continuó, tanto con Uriburu como con su sucesor Justo[17]. En la mayoría de las luchas obreras de este período (frigoríficos, calzado, madera, petroleros de Comodoro Rivadavia, colectiveros, ferroviarios) jugaron un papel destacado los comunistas que actuaban a través del Comité de Unidad Sindical Clasista, fundado en 1929, tras el VIII Congreso del PC de la Argentina y el Congreso de la Confederación Sindical Latinoamericana, realizado en Montevideo, en mayo de 1929[18]. En el movimiento estudiantil, el 28 de agosto de 1931 se fundó la agrupación Insurrexit, que jugó un papel importante en la reconstitución de la Federación Universitaria Argentina, cuyo segundo congreso nacional, realizado del 13 al 18 de agosto de 1932, presidieron Alberto May Zubiría, Isidro Odena y Héctor Cámpora[19].

En cuanto al radicalismo yrigoyenista, la resistencia antidictatorial también tuvo importante eco en los cuarteles, expresándose en levantamientos militares como el de suboficiales en Córdoba

17. Si bien bajo el gobierno "constitucional" de Justo, ya no hubo fusilamientos abiertos como con Uriburu, y por tanto expuestos a la luz pública, aparte de las cárceles, torturas y deportaciones, "se aplicó la política del secuestro y la desaparición", de la que "son ejemplo Antonio Morán, que apareció en un descampado muerto de un balazo en la cabeza, y Roscigna, Vázquez, Paredes y Malvicini que, según señala Bayer, fueron entregados en secreto por la policía uruguaya a la policía argentina y nunca aparecieron, presumiendo sus compañeros que fueron arrojados al Río de la Plata" (Nicolás Iñigo Carrera, *La estrategia de la clase obrera, 1936*, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 2000, págs. 40 y 43).

18. Ver Otto Vargas, *op. cit.*, tomo II, págs. 447 a 533.

19. Este Segundo Congreso Nacional de la FUA definió en su resolución política el carácter democrático y antiimperialista de la revolución en la Argentina y la necesidad de la hegemonía obrera en la misma, y ubicó en relación con eso el papel de la lucha estudiantil. Esa línea también se expresó en el discurso de Aníbal Ponce en el acto de la Federación Universitaria de Córdoba para conmemorar el 17° Aniversario de la Reforma de 1918: "Condiciones para la Universidad libre" (ver *Cuadernos de difusión del marxismo-leninismo-maoísmo*, N° 84, suplemento *hoy*).

orientado por Amadeo Sabattini el 27 de diciembre de 1930, el dirigido por el general Severo Toranzo el 20 de febrero de 1931 en Buenos Aires, y el encabezado por el teniente coronel Gregorio Pomar el 20 de julio de ese mismo año, en Corrientes[20]. Ya bajo el gobierno de Justo, el 28 de junio de 1932 era asesinado en Curuzú Cuatiá, Corrientes, el mayor Regino Lascano, quien era parte del movimiento cívico-militar comandado por el teniente coronel Atilio Catáneo, finalmente desbaratado en diciembre de ese año[21], y el levantamiento dirigido por el teniente coronel Roberto Bosch en Paso de los Libres (Corrientes), el 28 de diciembre de 1933, con ramificaciones en Santa Fe y Buenos Aires, del que participaron los jóvenes Arturo Jauretche y Luis Dellepiani, luego fundadores de la Fuerza de Orientación Radical de la Joven Argentina (Forja).

El sector uriburista en la dictadura militar no pudo consolidarse, sin lograr siquiera integrar al gobierno a Lisandro de la Torre, pese a la amistad personal de éste con el dictador Uriburu. En apenas 20 días renunció el general Justo que había sido designado comandante en jefe del ejército, y el 25 de octubre Enrique Santamarina resignó la vicepresidencia. El diario *Crítica* pasó a oponerse abiertamente al sector uriburista de la dictadura. Antes del año, Uriburu trató de reafirmarse convocando a elecciones en la provincia de Buenos Aires, con la esperanza del triunfo del sector conservador de los terratenientes criadores por el que trabajaba su ministro del Interior, Marcelo Sánchez Sorondo: el 5 de abril de 1931era derrotada la fórmula oficialista (Antonio Santamarina-Celedonio Pereda) por la radical (Honorio Pueyrredón-Mario Guido); las elecciones fueron anuladas por la dictadura y renun-

20. Además se registró una rebelión en Tucumán en agosto de 1931 y, tras las elecciones presidenciales fraudulentas de noviembre de ese año que dieron el triunfo a la fórmula Justo-Roca, la rebelión civil de los hermanos Kennedy, el 3 de enero de 1932, en La Paz, provincia de Entre Ríos.

21. Lo avanzado de las definiciones antioligárquicas y antimperialistas de este movimiento pueden apreciarse tanto en su manifiesto como en su programa y medidas inmediatas propuestas, que se reproducen en: Cattaneo, Teniente coronel Atilio E., *Plan 1932*, Proceso ediciones, Buenos Aires, 1959.

ció Sánchez Sorondo. Un nuevo intento de Uriburu de incorporar a Lisandro de la Torre fracasó, y lo mismo le ocurrió con su viejo amigo Marcelo T. de Alvear, al regreso de éste de Europa en abril de 1931. Los sectores proimperialistas que estaban tras Uriburu tuvieron que terminar aceptando una salida electoral acordada, sobre la base de la proscripción del radicalismo yrigoyenista y el llamado "fraude patriótico". Producto de la "Concordancia" de radicales antipersonalistas, conservadores y socialistas independientes, el general Agustín P. Justo fue "electo" presidente en noviembre de ese año, asumiendo el 20 de febrero de 1932, acompañado en la vicepresidencia por Julio Argentino Roca, el ex gobernador de Córdoba hijo del general del mismo nombre[22].

Los principales intereses imperialistas en el país –que se habían unido temporalmente para el golpe del 6 de septiembre y separado casi enseguida–, tras el fracaso de la "aventura" uriburista y en una nueva recomposición de las relaciones entre las fuerzas golpistas, volvieron así a unirse en la salida electoral manejada por la Concordancia, que expresaba en política un liderazgo en el bloque hegemónico de las clases dominantes más acorde con el predominio que tenía entonces el imperialismo inglés sobre la economía y la sociedad argentinas. Predominio cuya base estaba en el entramado de relaciones que habían forjado con los sectores de terratenientes que dependían en particular de las inversiones inglesas en los ferrocarriles y angloyanquis en los frigoríficos. Una de las principales expresiones de ese entramado era la alianza de los terratenientes ganaderos invernadores con los frigoríficos norteamericanos y el inglés –Anglo–, procesadores de la carne enfriada (*chilled beef*) que, además, tenían en Inglaterra su principal comprador. Esto se graficó en la firma del Pacto Roca-Run-

22. Al ser proscripta la fórmula Marcelo T. de Alvear-Adolfo Güemes, el partido radical declaró la abstención. Los demócratas progresistas y socialistas conformaron la Alianza Civil, con la fórmula Lisandro de la Torre-Nicolás Repetto. La Concordancia llevó como candidato a Justo, con dos compañeros de fórmula: José Matienzo, por los radicales antipersonalistas, y Julio A. Roca, por los conservadores, quien tuvo más votos, gracias a las proscripciones y el "fraude patriótico".

ciman de 1933, llamado así por los apellidos del vicepresidente Julio A. Roca, quien encabezó la delegación argentina a Londres, y del ministro de Comercio inglés, Walter Runciman.

Por este pacto, el Reino Unido solo se comprometía a evitar restricciones a las importaciones de carnes enfriadas argentinas por debajo del nivel reducido por la crisis, incluso reservándose el derecho a restringirlas hasta un 10% sin consulta previa. Por otro lado, reservaba a los frigoríficos extranjeros (norteamericanos e británicos) el 85% de esa cuota, admitiendo que solo hasta un 15% fuese exportado por empresas argentinas que **no persiguieran beneficios propios** y siempre que esos embarques fuesen colocados en el mercado "por las vías normales", o sea, los buques y comerciantes británicos.

A su vez, la Argentina se obligaba a no aplicar gravámenes al carbón y las otras mercancías que entonces se importaban libremente de Inglaterra y volver a las tasas y aforos vigentes en 1930 para las mercancías gravadas de ese origen, no disponer nuevas rebajas a las tarifas ferroviarias, dispensar un tratamiento benévolo y la de protección a los intereses de las empresas británicas de servicios públicos. Se comprometía, también, a evitar el bloqueo de los cambios británicos, garantizando la disponibilidad de la totalidad de las divisas provenientes de las ventas al Reino Unido para compras en ese país, y en ningún caso establecer para las remesas al Reino Unido un tipo de cambio menos favorable que para las destinadas a otros países (cláusula de la nación más favorecida).

La "diversificación" de la dependencia

Con el Pacto Roca-Runciman, los sectores dominantes de la camarilla del "enfriado" (terratenientes invernadores, frigoríficos estadounidenses y el Anglo, especializados en ese rubro) no vacilaban en firmar un compromiso con el imperialismo inglés, que sometía al país a la más abyecta dependencia. Pero lo disminuido

de la cuota de carne enfriada logrado por el tratado[23] no aseguraba siquiera absorber el total de la oferta de ganado del sector de los terratenientes invernadores, lo que permitía a los monopolios frigoríficos ser los principales beneficiarios, manejando aun con mayor arbitrio que antes la clasificación de la calidad de las reses y los precios. Además, quedaban relegados los otros sectores de terratenientes, cuya subsistencia dependía de los mercados para la carne congelada (*frozen beef*) o para los cereales y el lino, que estaban principalmente en el continente europeo y que se resentirían aún más por ese trato privilegiado al imperialismo inglés. Sobre esta contradicción, y apoyándose en los sectores de la oligarquía que les eran afines, incluso en sectores probritánicos que quedaban relegados por el Pacto, operarían los imperialistas europeos, particularmente los alemanes[24], belgas e italianos, para recomponer sus posiciones. La camarilla del "enfriado" que había asegurado una expansión económica incontestable en la década de 1920 al bloque hegemónico de las clases dominantes, ahora apenas podía garantizar su subsistencia dando un poder omnímodo al pequeño grupo de monopolios frigoríficos especializados en la carne enfriada y poniendo las retaceadas divisas que así se obtenían al servicio exclusivo de los intereses imperialistas británicos en el país.

Esta contradicción se manifestó en política en la casi inmediata renuncia del ministro de Hacienda, Alberto Hueyo, el 17 de

23. El convenio establecía una cuota de importación de carne enfriada por Inglaterra de apenas 390 mil toneladas, sobre el total de más de un millón de toneladas exportado en 1932, que fue el año más bajo de la década (ver cuadro N° 35), entre carne enfriada y congelada, comprada tanto por Inglaterra como por los países de Europa continental, por lo que pondrían el grito en el cielo no solo los sectores patrióticos sino también el grueso de los terratenientes ganaderos.

24. Recordemos que los monopolios franceses con centro en el puerto de Rosario, aunque después construyeron el ferrocarril a Bahía Blanca a principios del siglo XX, habían perdido su predominancia en el comercio de granos ya en la década de 1890, desplazados definitivamente por las llamadas "casas alemanas" con sede en Buenos Aires (Bunge y Born, Dreyfus, Weil Bruders y Huni y Wormsser), cuyo tejido mercantil (en combinación con los ferrocarriles ingleses) cubriría todo el país (Eugenio Gastiazoro, *Historia argentina*, Editorial Agora, Buenos Aires, 1986, tomo III, pág. 20).

julio de 1933, siendo reemplazado por Federico Pinedo, y en la aprobación por el Congreso de la ley que creaba la Junta Nacional de Carnes, el 29 de septiembre de 1933, que dio origen a la CAP (Corporación Argentina de Productores), cuya dirección se pondría en manos de un claro representante de los terratenientes criadores, Horacio Pereda. Y en las relaciones internacionales, se expresó en la búsqueda de acuerdos bilaterales con las potencias europeas y un endurecimiento con los Estados Unidos, cuyas compras habían caído a un mínimo por la crisis, como puede apreciarse en el cuadro 36.

Volvía a ponerse así de manifiesto nuestro carácter de país dependiente en disputa por los distintos imperialismos. La Argentina no era una simple colonia de Inglaterra, como llegaron a sostener los sectores nacionalistas[25] (de ahí la consigna: *Patria sí, colonia no*), en su justa denuncia del Pacto Roca-Runciman. Esa denuncia, que cumplió un gran papel en el despertar de una conciencia antiimperialista en amplios sectores de la sociedad argentina, pudo ser absorbida e incluso utilizada, aprovechándose de ese unilateralismo, por otros sectores de la oligarquía (componentes también del bloque hegemónico en las clases dominantes argentinas) que continuaron manteniendo sus respectivas fidelidades con los otros imperialismos de Europa, donde estaba su principal mercado para la carne congelada (*frozen beef)*, los cereales y el lino. En lo que coincidían también los intereses de muchas inversiones inglesas en el país, comenzando por sus viejos frigoríficos del congelado. Así, por ejemplo, la unilateralidad con que se aborda este período histórico de la Argentina hace que encontremos, en esa época ni posteriormente, más que anecdóticas referencias a los otros imperialismos, considerándoselas casi como cuestiones esotéricas, partes de un accionar del imperialismo inglés en retroceso, defendiendo sus posiciones en la Argentina de cualquier manera (lo que no de-

25. No solo los de derecha sino también los de izquierda, como hasta hoy sostienen muchos que se identifican como izquierda nacional. Cf. Roberto A. Ferrero, *Del fraude a la soberanía popular, 1938-1946*, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1980.

jaba de ser cierto) frente al avance de un único rival en ascenso que le disputaba aquí posiciones, el imperialismo norteamericano (lo que, en el mejor de los casos, resultaba infantilmente unilateral).

No había pasado un año de la firma del Pacto Roca-Runciman, cuando, en junio de 1934 llegaba a nuestro país la delegación alemana a Latinoamérica encabezada por Otto Kiep[26] con la que se firmaría un Convenio Comercial y de Pagos, de características similares al firmado con los británicos. El "comprar a quien nos compra" de la Sociedad Rural Argentina, justificatorio de la "relación especial" con el imperialismo inglés, también sería aplicable para otorgar ventajas semejantes al comercio y los pagos con el imperialismo alemán (como en la década de 1970 harán Lanusse, Gelbard y la dictadura violovidelista para "explicar" su especial relación con el socialimperialismo ruso).

De esa manera, en los años siguientes a la firma de este acuerdo con Alemania, ésta absorbería prácticamente la mitad de las exportaciones argentinas de carnes congeladas y crecientes cantidades de cereales y lino, a cambio de las cuales el gobierno argentino triplicaría sus compras oficiales, incluso de material ferroviario, antes proveniente casi exclusivamente de Inglaterra[27]. También con el mismo sentido entreguista se hicieron acuerdos bilaterales con otros imperialismos europeos, como Bélgica y Holanda que eran "puentes" para Europa Central, en el comercio

26. Ya en diciembre de 1933 había llegado al país el nuevo embajador alemán –del gobierno de Hitler instalado desde febrero de 1933–, Edmund von Thermann, quien jugaría un papel destacado en toda la década, hasta su retiro en diciembre de 1941, en el entramado de las relaciones de los distintos sectores de la oligarquía argentina con el imperialismo alemán, que tantos "dolores de cabeza" diera entonces en particular al imperialismo norteamericano.

27. Las ventajas para la importación de material ferroviario de Alemania, equiparadas a las de Inglaterra, no solo permitieron las compras oficiales para las líneas de fomento estatal, sino también para el gran negociado de la construcción, instalación y explotación de la red de subterráneos de Buenos Aires, manejado por la entonces CHADE, participando directamente en su construcción la Siemens y la Geopé y abasteciendo los coches y el material importado desde Alemania la propia Siemens-Schuckert AEG, cuya marca exhibían todos. Cf. Luis V. Sommi, *Los capitales alemanes en Argentina*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1945, págs. 117 y ss.

(ver nota en el Cuadro N° 36) y en las inversiones, y con Suiza (campo "neutral", para esas y otras inversiones, como las del imperialismo italiano).

Aun cuando esos acuerdos extendían los privilegios sobre importaciones y utilización de divisas del Pacto Roca-Runciman a potencias imperialistas europeas rivales de Inglaterra, en particular la Alemania hitleriana, tanto la camarilla del *chilled beef* como los otros sectores de terratenientes ganaderos (aparte de los invernadores, los cabañeros y los criadores), los vinculados a la producción de granos, los capitales británicos y franceses de los ferrocarriles y puertos y los monopolios exportadores de los granos (que eran precisamente las llamadas "casas alemanas"), se mostraron más que satisfechos con ello por el efecto "benefactor" que tuvieron sobre el volumen y los precios de las exportaciones agrícolas y ganaderas en general, como puede verse en el cuadro N° 35 (incluido el efecto favorable para los precios ganaderos que implicó la investigación de las carnes iniciada en 1934, que forzó una mayor transparencia en las contabilidades de los grandes frigoríficos británicos y norteamericanos).

Cuadro N° 35: **Exportaciones agrícolas y ganaderas**
(volumen en miles de toneladas; valor en millones de dólares; precio en dólares por tonelada)

Año	Agrícolas			Ganaderas		
	Volumen	Valor	Precio	Volumen	Valor	Precio
1930	9.279	323	34,8	1.212	263	216,6
1931	16.877	388	23,0	1.149	225	196,2
1932	14.347	373	26,0	1.078	170	157,9
1933	12.094	285	23,5	1.151	184	159,4
1934	13.589	393	28,9	1.085	204	188,3
1935	14.585	420	28,8	1.148	236	205,5
1936	12.930	424	32,8	1.187	270	227,5
1937	16.316	655	40,1	1.276	320	251,0
1938	7.293	292	40,1	1.238	281	226,9
1939	10.881	337	31,0	1.331	303	227,7

Fuente: Banco de Análisis y Computación, *Relevamiento estadístico de la economía argentina 1900–1980*, Buenos Aires, 1982, pág. 57.

Diferente fue lo ocurrido con el imperialismo norteamericano, que no era comprador de nuestros productos agropecuarios, por lo que recién se buscó seriamente un acuerdo comercial en 1939, cuando la Segunda Guerra Mundial cerró las posibilidades de importaciones desde Europa. Todavía llevó dos años llegar a un acuerdo limitado, en octubre de 1941[28], poco antes de que los propios Estados Unidos entraran en la guerra (enero de 1942). Ese acuerdo prácticamente no trajo ningún cambio sustancial en las relaciones políticas con ese imperialismo, al reiterar entonces el gobierno de Castillo su oposición a romper relaciones con los países del Eje.

La evolución de las cifras del comercio exterior (cuadros N° 36 y 37) refleja, en este terreno, algunas de las consecuencias de la orientación de los gobiernos oligárquicos hacia el afianzamiento de las relaciones bilaterales con Inglaterra y los países centrales de Europa, en particular la Alemania hitleriana, que es la parte más ocultada de la invertebrada oligarquía argentina en esos negros años.

28. Mario Rapoport y colaboradores, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*, Ediciones Macchi, Buenos Aires, 2003, págs. 239/245. En el impulso de las negociaciones de ese acuerdo bilateral con Estados Unidos, recién aceptadas por su gobierno en agosto de 1939, tuvieron un papel destacado Federico Pinedo y Raúl Prebisch, por las necesidades de abastecimientos industriales norteamericanos que pasaron a tener, al iniciarse la guerra, los monopolios europeos. Como registra Rapoport más adelante, aunque sin vincular ambos hechos: "En setiembre de 1939 se firmó en Londres un pacto entre Imperial Chemical Industries, Dupont [norteamericana] y Anilinas Argentinas (perteneciente al consorcio alemán IG Farben). Esta última se había hecho cargo de la firma Celulosa Argentina, pero al tratar de modernizar la producción de rayón se vio obligada a hacer participar a los norteamericanos e ingleses, formando en conjunto la firma Duperial. Ese mismo año, la empresa farmacéutica alemana Bayer había firmado un acuerdo con la norteamericana Sterling, por el cual esta última distribuiría los productos de la primera en todo el hemisferio occidental, hecho por el que Sterling fue luego procesada en los Estados Unidos, debiendo pagar una multa y romper el contrato" (pág. 267).

Cuadro 36: **Principales compradores durante la década de 1930**
(en millones de pesos corrientes)

Países	**1929**	**1932**	**1935**	**1938**
Reino Unido	697	465	538	459
Alemania	217	112	108	164
Estados Unidos	212	44	189	119
Francia	154	119	75	75
Italia	124	69	62	36
Bélgica	232	141	137	104
Holanda	209	161	139	103
Brasil	85	21	76	98
Total exportaciones	**2.168**	**1.288**	**1.569**	**1.400**

Fuente: Dirección General de Estadísticas de la Nación, *Anuario del comercio exterior de la República Argentina*. En particular respecto de las exportaciones a Bélgica y Holanda sigue subsistiendo el problema de su destino definitivo, que serían países de Europa Central que "son fuertes consumidores de nuestros productos, a juzgar por las cifras de importación publicadas por los respectivos Estados" (pág. LXII de dicho *Anuario*, Buenos Aires, 1941).

Cuadro 37: **Principales vendedores durante la década de 1930**
(en millones de pesos corrientes)

Países	**1929**	**1932**	**1935**	**1938**
Reino Unido	697	465	291	293
Alemania	125	77	100	151
Estados Unidos	516	113	160	255
Francia	120	47	50	69
Italia	172	89	56	89
Bélgica		94	31	77
90				
Holanda	31	11	16	25
Brasil	74	53	69	75
Total importaciones	**1.959**	**836**	**1.175**	**1.461**

Fuente: *Ibídem.*

Con la crisis de 1929, las exportaciones argentinas se redujeron prácticamente a la mitad, de un máximo de 2.397 millones de pesos en 1928, a 1.121 millones en 1933. Mayor aun fue la caída de las importaciones, del máximo de 1.959 millones de pesos en 1929, a 836 millones en 1932. En cuanto a los países compradores, como puede verse en el cuadro 35, la mayor baja fue de los Estados Unidos y Brasil, siendo también mayor la reducción de

compras argentinas desde esos dos orígenes. Aunque por el mayor atraso relativo industrial de Inglaterra, cuyas ventas a nuestro país se mantendrían prácticamente estancadas, las ventas desde Estados Unidos volverían a incrementarse a partir de 1937, recién esta situación va a tener un vuelco sustancial, lo mismo respecto de Brasil, con el desencadenamiento de la guerra, al cerrarse de hecho todos los mercados de Europa continental.

Entretanto, la crisis del campo (que implicó la ruina de muchos terratenientes), sumada a las dificultades del comercio exterior (que actuaron como una protección para el mercado interno), en el contexto de la agudizada disputa por parte de los imperialismos rivales de Inglaterra que acrecentaron sus inversiones industriales en el país (en particular alemanes, franceses y norteamericanos), habían permitido un cierto desarrollo de burguesía agraria y, sobre todo, de burguesía urbana en la construcción, el comercio y, también, en la industria, con el consiguiente mayor desarrollo del proletariado en todos esos sectores. Los cambios que lentamente se venían procesando al interior de la estructura económico-social argentina desde la primera guerra mundial, y particularmente durante la década del veinte, van a acelerarse notablemente planteando la necesidad de cambios estructurales de fondo, al estar nuestro desarrollo constreñido por el latifundio y la dependencia del imperialismo.

La evolución económica

La crisis del sistema capitalista imperialista mundial iniciada en 1929 trajo como consecuencia una reducción en el volumen y sobre todo en los precios de exportación que, junto a la reducción del flujo de las inversiones extranjeras impusieron una drástica disminución de las importaciones, produciendo una prolongada recesión. El consumo interno pasó a ser el principal sostén de la demanda recuperándose más lentamente la inversión, precisamente por su mayor dependencia de las importaciones, lo que volvería a agravarse durante la guerra.

El producto bruto interno cayó por tres años consecutivos, recuperándose recién a partir de 1934 pero sin adquirir el dinamismo del período anterior y con grandes altibajos que se prolongaron durante la guerra. Mientras se mantenía prácticamente estancada la producción agropecuaria y los sectores más tradicionales de la industria manufacturera ligados al consumo masivo perdían posiciones (vestimenta, productos de madera, papel y cartón, imprenta y publicaciones, piedras, vidrio y cerámicas), se expandían las industrias sustitutivas de importaciones particularmente en los rubros de menor complejidad, como textiles, refinación de petróleo, derivados del caucho, metales y ensamble o armado de vehículos, maquinarias y artefactos, incluidos los eléctricos, que lograron mayor dinamismo. A su vez, la inversión pública pasó a ser clave como reactivante de la construcción que, como sector individual, había sufrido la mayor caída entre 1930-34. El papel de la producción interna en la oferta global se reafirmará durante la guerra, por la limitación aún mayor de las importaciones, como puede observarse también en el cuadro N° 38. Algo semejante ocurrirá con el consumo global en relación con la demanda global, ya que la inversión se vio afectada nuevamente por la disminución de importaciones y también se vieron afectadas las exportaciones, por la guerra, según muestra el cuadro N° 39.

Cuadro N° 38: **Oferta global. Evolución y estructura**
(en millones de pesos de 1950)

Período	Total	PBI	%	Importaciones	%
1925–29	41.498	33.184	80,0	8.314	20,0
1930–34	38.848	33.863	87,2	4.985	12,8
1935–39	45.638	39.754	87,1	5.884	12,9
1940–44	49.238	45.908	93,2	3.330	6,8

Fuente: Banco de Análisis y Computación, *op. cit.*, págs. 55 y 75.

Cuadro N° 39: **Demanda global. Evolución y estructura**
(en millones de pesos de 1950)

Período	Total	Consumo	%	Inversión	%	Exportaciones	%
1925–29	41.880	22.860	54,6	11.107	26,5	7.913	18,9
1930–34	39.280	24.263	61,8	7.612	19,4	7.405	18,8
1935–39	45.947	29.272	63,7	9.278	20,2	7.397	16,1
1940–44	49.238	35.141	71,4	8.245	16,7	5.852	11,9

Fuente: *Ibídem*, págs. 56 y 74.

En el cuadro N° 40 pueden observarse la evolución y los cambios en las proporciones de la población ocupada en los principales sectores de la producción argentina. En el primer período (1930-34) se mantuvo, en el marco de la crisis que afecta al conjunto, la importancia relativa de las actividades agropecuarias como absorbedoras de mano de obra, comenzando a adquirir mayor proporción las industrias manufactureras, lo que se hizo más notorio recién en el segundo período (1935-39) y particularmente durante la guerra (1940-44). En cuanto a la construcción, pese a la mayor importancia que adquirió en el conjunto la obra pública (caminos, edificaciones, etc.)[29], no se alcanzaron en todo este tiempo los niveles que tuvo en el período previo a la crisis (1925-29) por el auge de la construcción privada de entonces.

A su vez el cuadro N° 41 muestra la evolución y la participación en el producto bruto interno por los ingresos de esos sectores. Allí puede verse que el nivel de producción de las actividades manufactureras alcanzó a las agropecuarias en 1943, aunque esto recién se afirma a partir de 1945. La explotación de minas y canteras

29. El que hayan sido obras públicas no quiere decir que hayan sido construidas por el Estado sino de que eran pagadas a través de los presupuestos estatales, en lo que las contrataciones constituyeron un gran negocio para un puñado de grandes monopolios, principalmente extranjeros, y grandes beneficios para los funcionarios. Así, en el centenar de grandes obras que se realizaron en la Capital Federal y sus cercanías, a costa del erario público, el Obelisco incluido, hicieron el gran negocio no más de diez monopolios que, en el conjunto del gremio, ocupaban el 70% de los trabajadores, de los cuales "siete eran de capitales extranjeros, cinco de ellos alemanas: Compañía General de Construcciones, Siemens Baunion, F. A. Schmidt, Ways un Freytag y Geopé", cuyos directivos eran asiduos contertulios del embajador von Thermann (Nicolás Iñigo Carrera, *op. cit.*, págs. 75-77).

siguió siendo la cenicienta en la actividad económica argentina, con lo que eso implicaba en dependencia de importaciones para el desarrollo de la construcción y de las industrias de metales y metalúrgicas.

Cuadro N° 40: **Población económicamente activa por sector de ocupación**
(promedios anuales en miles de habitantes y porcentajes sobre el total de la PEA)

Actividades de	**1925–29**		**1930–34**		**1935–39**		**1940–44**	
la economía	**Miles**	**%**	**Miles**	**%**	**Miles**	**%**	**Miles**	**%**
Agropecuarias	1.539	35,9	1.674	36,1	1.784	35,6	1.838	33,3
Minas y canteras	10	0,2	13	0,3	18	0,4	27	0,5
Manufactureras	890	20,8	973	21,0	1.111	22,1	1.310	23,7
Construcción	202	4,7	176	3,8	162	3,2	188	3,4
Servicios	1.647	38,4	1.798	38,8	1.947	38,7	2.154	39,0
Total PEA	**4.288**	**100**	**4.634**	**100**	**5.016**	**100**	**5.517**	**100**

Fuente: Carlos F. Díaz Alejandro, *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1975, pág. 389.

Cuadro N° 41: **Origen del Producto Bruto Interno a costo de factores**
(miles de millones de pesos de 1960 y porcentajes sobre el total del PBI)

Sectores	**1935**		**1939**		**1943**	
Económicos	**MM$**	**%**	**MM$**	**%**	**MM$**	**%**
Agropecuario	139	32,6	132	28,0	131	26,3
Minas y canteras	2	0,5	30,6	4	0,8	
Manufacturero	97	22,7	120	25,4	136	27,3
Construcción	13	3,1	16	3,4	18	3,6
Servicios	174	40,8	200	42,4	209	42,0
Total PBI	**426**	**100**	**472**	**100**	**498**	**100**

Fuente: *Ibídem*, pág. 386

Crisis e industrialización

Con la crisis de 1929 se abrió una nueva etapa en el desarrollo económico de nuestro país. Al cerrarse drásticamente el mercado mundial para la producción agropecuaria, y sin perspectivas inmediatas de recomposición, la economía argentina fue cambiando su eje de desarrollo: comenzó a adquirir gran importancia la

industria manufacturera de bienes de consumo poco complejos (textiles, refinación de petróleo, derivados del caucho, artefactos eléctricos, etc.). Si bien no se alteró básicamente la dependencia, pues mantuvieron su hegemonía los terratenientes y el capital monopolista imperialista, se produjo una modificación muy importante en la orientación de la producción, incluso dentro de la propia industria manufacturera, como puede apreciarse en el cuadro N° 42. Alimentos y bebidas crecieron vegetativamente, vestimenta cayó pero crecieron textiles por sustitución de importaciones, lo mismo que refinación de petróleo, artículos de caucho y neumáticos, metales y artículos eléctricos. Esto también se manifestó en el cambio en la composición de importaciones, como puede apreciarse en el cuadro N° 43.

Cuadro N° 42: **Industria manufacturera por ramas**
(tasa de crecimiento entre 1925–29 y 1937–39)

Rama industrial	**%**
Alimentos y bebidas	25
Tabaco	6
Textiles	210
Vestimenta	– 4
Prod. de madera	– 21
Papel y cartón	– 17
Imprenta y publicaciones	– 21
Prod. químicos	– 5
Ref. petróleo	269
Prod. derivados del caucho	3.470 *
Prod. de cuero	– 21
Piedras, vidrio y cerámica	– 24
Metales	74
Vehíc. y maquinarias	138
Maq. y art. Eléctricos	4.313 *
Otros	0
Total de industrias	**46**

* La producción fue insignificante entre 1925–29.

Fuente: Banco de Análisis y Computación, *op. cit.*, pág. 59.

Cuadro N° 43: **Importaciones por tipo de productos**
(Participación porcentual)

Bienes	**1925–29**	**1930–34**	**1935–39**
De consumo no duradero	25,9	33,1	28,6
De consumo duradero	11,9	5,9	5,2
Combustibles y lubricantes	4,7	6,4	6,0
Intermedios metálicos y otros	26,0	33,2	35,1
Mat. para la construcción	10,2	7,3	6,2
Máq. y equipos agrícolas	5,0	1,8	1,7
Máq. y equipos industriales	13,3	9,9	11,3
Transp. y comunicaciones	3,5	2,3	6,0
Varios	0,3	0,1	–

Fuente: *Ibídem*, pág. 62.

La crisis no permitía vender la producción agropecuaria a precios que aseguraran el mantenimiento de las elevadas rentas territoriales, por lo que los grandes terratenientes recurrieron al expediente de retirar tierras de la agricultura; esto provocó un gran desplazamiento de chacareros arrendatarios y obreros rurales, que comenzaron a afluir hacia los centros urbanos, en particular a Buenos Aires. Comenzó a abandonarse el esquema liberal, que hasta entonces había asegurado una inserción en el mercado mundial apta a sus intereses: el Estado de la oligarquía terrateniente argentina se vio forzado a imponer el control de cambios y a elevar las tarifas aduaneras, para lograr equilibrar sus cuentas externas.

La protección al mercado interno que surgió de esto, y la disponibilidad de mano de obra abundante y barata que generó la crisis agropecuaria, creaban condiciones sumamente favorables para la inversión en la industria. Los terratenientes, muchos de los cuales ya actuaban como grandes capitalistas intermediarios en las finanzas y en industrias directamente ligadas a la producción primaria (ingenios, bodegas y lavaderos de lana) transformaron en capital parte de sus recursos, invirtiendo en industrias manufactureras simples. También se trasladó hacia la industria parte del capital comercial de importación y exportación y, sobre todo, se expandieron las sucursales de producción de grandes empresas extranjeras, que

ya habían comenzado a instalarse en la década anterior, como puede verse en el cuadro N° 44, fundamentalmente las norteamericanas, alemanas, francesas e italianas, que no podían exportar directamente a la Argentina, pero querían aprovechar los altos precios y el mercado protegido por las barreras aduaneras. En este proceso, se fueron desarrollando también sectores de burguesía mediana y menor, especialmente en las producciones fáciles, como son las de bienes de consumo masivo (textiles, confecciones y, más tarde, armado de heladeras, lavarropas, etc.).

Cuadro N° 44: **Principales empresas industriales extranjeras**
(número de firmas instaladas por período)

Actividad industrial	**1900–20**	**1921–30**	**1931–43**	**Total**
Alimentos y bebidas	6	5	2	13
Textiles	–	1	7	8
Perfumería y tocador	–	6	5	11
Prod. quim. y farm.	–	7	7	14
Art. de caucho y neum.	–	2	3	5
Pinturas y barnices	–	–	3	3
Metales	3	7	7	17
Art. eléctricos	1	10	6	17
Varios	3	5	5	13
Total	**13**	**43**	**45**	**101**

Fuente: *Ibidem*, pág. 59.

Si bien las medidas del Estado fueron de carácter defensivo de la estructura latifundista y dependiente, las transformaciones que se operaron en el sentido de la producción fueron de tal magnitud que afectaron al propio bloque dominante, desarrollándose dentro de él los intereses industrialistas. El llamado "Plan de Pinedo" del año 1940, de reactivación de las industrias "naturales"[30], es ejem-

30. Aunque produjo resistencia en sectores de la oligarquía y nunca llegó a tratarse en Diputados por la oposición de los radicales, dicho "plan" no iba más allá de los planes oligárquicos de "reactivación económica" que hemos conocido hasta hoy en día: ponía el centro en el favorecimiento financiero de las actividades de la construcción (en las que en ese momento tenían un peso decisivo los monopolios alemanes, como ya señalamos), por "su gran efecto multiplicador", y a

plificativo del reacomodamiento producido en el bloque de las clases dominantes; éste se había ido transformando, siempre bajo el chaleco de fuerza de la dependencia, pasando a predominar en el mismo los monopolios imperialistas y la burguesía intermediaria, con relación a los terratenientes que en las décadas anteriores habían sido el principal instrumento de la dependencia. La guerra, debilitando más al sector tradicional y al capital extranjero directamente ligado al mismo, en particular al inglés, pero también al de los otros imperialismos, terminará afianzando la nueva tendencia de desarrollo del capitalismo argentino a favor de la industria manufacturera. A la línea de desarrollo que siguió esta industria se la denomina eufemísticamente como "sustitutiva de importaciones", pues al ser controlada básicamente por el capital extranjero se expandía en la producción de bienes finales que antes se importaban en cantidad, pero sin que se desarrollaran internamente las ramas básicas para su producción. En los intersticios que ofrecía esta nueva situación, aprovechando el carácter expansivo del proceso, se desarrollaron los sectores burgueses nacionales, que de una u otra manera comenzarán a cuestionar la dependencia y el latifundio, que traban sus posibilidades de expansión.

La combinación del carácter de terratenientes y de grandes burgueses intermediarios, en la mayoría de los individuos de las "altas cumbres" de la sociedad argentina, ayuda a explicar por qué fue posible que se produjera un traslado de eje en el desarrollo del capitalismo argentino sin romper con la matriz latifundista-imperialista, cuando el mercado exterior agropecuario entró en crisis a partir de 1929. Y, sobre todo, por qué los sectores de

las manufacturas de materias primas nacionales. También proponía medidas impositivas y crediticias para estimular las exportaciones, y la compra por el Estado de los excedentes de la producción agropecuaria. Además planteaba una dudosa "nacionalización" de los ferrocarriles británicos, con los saldos acumulados en Inglaterra por la guerra, creando una empresa "mixta", y la limitación selectiva de importaciones de Estados Unidos, al tiempo que se solicitaba un crédito a ese país para financiar las compras de productos intermedios e insumos para las industrias, que en ese momento no podían venir de Europa por la guerra (Prebisch y el propio Pinedo viajaron allí, como referimos en la nota 28; ver también nota 40).

terratenientes pampeanos con mayor peso en el bloque dominante, al tiempo que aseguraban los mercados para las carnes y cereales y lino (principalmente Inglaterra y Europa Central), a costa de los intereses de otros sectores internos, fueron los que propusieron un determinado proceso de industrialización que, procurando que afectara en lo mínimo posible sus intereses terratenientes y los intereses imperialistas tradicionales, ofrecía un campo de inversiones muy rentable para sus "excedentes". Si bien la contradicción entre el desarrollo agropecuario, basado en el latifundio y en función del mercado externo, y el desarrollo industrial, no perdió su vigencia económica, no se observa en las clases dominantes una diferenciación entre grupos de clase que, distintivamente, personifiquen una u otra rama de la producción, llevando la contradicción económica a un enfrentamiento político abierto. A su vez, el carácter del desarrollo capitalista anterior en función del mercado externo y ahogando toda posibilidad de desarrollo industrial independiente respecto de los terratenientes y del imperialismo, ayuda a explicar por qué hasta ese entonces no se había podido desarrollar una burguesía industrial autónoma con la suficiente fuerza como para plantear un proyecto distinto al instrumentado por el sector hegemónico de los terratenientes a partir de la Gran Crisis.

En el proceso que se abrió con dicha crisis, y particularmente durante el desarrollo de la segunda guerra mundial, que debilitó extraordinariamente la opresión imperialista sobre el país, conocieron un gran desarrollo los sectores burgueses medios, algunos de los cuales adquirieron el carácter de gran burgueses. Este fenómeno está en la base de los cambios que se producirán sobre el final de la guerra, con el golpe de Estado del 4 de junio de 1943. Ese proceso se verá muy favorecido por el acentuamiento de la disputa interimperialista por el dominio de la Argentina, que hará que Inglaterra, debilitada globalmente como potencia imperialista, pierda su hegemonía sobre el país, sin que otro imperialismo pueda suplantarla inmediatamente (los proalemanes que se impusieron abiertamente tras el golpe de Estado del '43,

no pudieron sostenerse mucho tiempo porque Alemania estaba siendo derrotada en Europa). Los sectores de gran burguesía nacional fortalecidos en ese proceso, que van a plantear a través del peronismo una profundización del desarrollo industrial, aunque manteniendo la estructura latifundista en el campo, pretendieron seguir un camino de independencia frente al imperialismo estadounidense que surgía en la segunda posguerra como la potencia hegemónica en el mundo capitalista. Las vacilaciones con que el peronismo encaró la coyuntura, y particularmente su no disposición a profundizar la transformación de las estructuras internas con una verdadera revolución democrática que diera cuenta de la cuestión agraria, marcarían los límites de esa experiencia.

La disputa interimperialista

En el golpe reaccionario del 6 de septiembre de 1930 confluyeron distintos sectores proimperialistas, tanto proalemanes, proitalianos y proestadounidenses como probritánicos, profranceses y probelgas. Frente al yrigoyenismo que entre otras cosas había planteado la nacionalización del petróleo y el establecimiento de relaciones comerciales con la Unión Soviética socialista, los principales sectores oligárquicos proimperialistas operaron de hecho como un solo bloque para imponer el golpe de Estado, dejando de lado sus diferencias, por el momento, que comenzarían a dirimir inmediatamente después.

Durante el gobierno de Uriburu la dictadura fue hegemonizada precariamente por sectores proalemanes, proitalianos y proestadounidenses. Pero ya en 1931, aliando a los sectores profranceses, probelgas, proitalianos y proalemanes "moderados", los sectores probritánicos lograron imponer la "salida electoral" fraudulenta de la que surgió la presidencia del general Justo. Desde entonces, los gobiernos de la Concordancia, expresando principalmente esa alianza –en disputa– de los sectores probritánicos y profranceses con los sectores proalemanes y proitalianos, mantendrán una política de rechazo al alineamiento anti Eje que impulsaba el im-

perialismo estadounidense, como parte de la política de "buena vecindad" del presidente Franklin Delano Roosevelt.

En América del Sur, al igual que en nuestro país, había crecido el peso del imperialismo norteamericano en aguda disputa con británicos y alemanes, como lo mostró en particular la guerra del Chaco –de 1932 a 1935–, en la que los pueblos hermanos de Bolivia y Paraguay fueron utilizados como carne de cañón para dirimir el conflicto por esa región petrolera entre las potencias imperialistas. Con esa guerra, la Royal Dutch-Shell, y tras ella los imperialistas británicos y alemanes, lograron limitar el avance de la Standard Oil, frenando la expansión del imperialismo norteamericano en el Cono Sur de América Latina.

En la Argentina, en el bloque hegemónico de las clases dominantes predominaban los sectores probritánicos en alianza y disputa con los sectores proalemanes y profranceses, coincidentes en enfrentar a los intereses del imperialismo estadounidense en nuestro país y en la región. Expresión política de ese bloque, con los cambios y matices que se dieron en los distintos sectores de la oligarquía, en particular con relación al imperialismo más agresivo en el mundo en ese período (el alemán), fueron los gobiernos entreguistas de Justo (1932-38), Ortiz (1938-40) y Castillo (1940-43).

Muchos autores consideran una paradoja que los gobiernos de la oligarquía argentina, tan afecta al liberalismo económico hasta 1930, se haya embarcado en el dirigismo económico, sobre todo a partir de agosto de 1933 cuando, tras la renuncia del ministro de Hacienda (hoy Economía), Alberto Hueyo, y la muerte del de Agricultura y Ganadería, Antonio de Tomaso, entran Federico Pinedo y Luis Duhau en el gabinete de Justo, en las respectivas carteras. Pero en general lo consideran así porque confunden dirigismo (es decir, intervención del Estado en la economía) con nacionalismo, con el sentido que esto asumía entonces en Europa, y que estaba siendo llevado al extremo en Italia y Alemania. Pero una cosa fue el dirigismo en la época de la construcción de los estados nacionales, en la época del capitalismo de libre concurrencia, y otra es en la época imperialista, del capitalismo monopolista, en que los

países se han dividido entre países opresores, imperialistas, y países oprimidos, dependientes. También resulta así que una cosa es el dirigismo en manos de una oligarquía invertebrada, como fue la de nuestro país durante la década infame, y otra lo es en manos de la burguesía nacional, como ocurrió en la inmediata posguerra durante los gobiernos de Perón, o podría serlo en manos del proletariado y sus aliados, en un gobierno popular revolucionario.

Si hubo en nuestro país un cierto desarrollo de la burguesía agraria, y más acentuadamente de la burguesía industrial a partir de los años '30, fue más como consecuencia indirecta de la crisis de la estructura latifundista y dependiente en el contexto de la gran crisis, y de las necesidades que impuso la guerra después, que de las medidas dirigistas de los gobiernos oligárquicos proimperialistas. Es cierto que esos gobiernos tuvieron que imponer las medidas dirigistas para enfrentar la crisis, pero no lo hicieron en defensa del interés nacional –lo que exigía cambiar las estructuras a favor de un desarrollo más democrático e independiente del país–, sino en defensa de los intereses de la oligarquía y su "relación especial" con el imperialismo. Por supuesto, como esto se daba en el marco de una agudizada disputa interimperialista, que llevaría a la guerra, cuando favorecía a un imperialismo en desmedro de otro o cuando tenía que compartir "los favores" con los intereses imperialistas más agresivos (en este caso particularmente los alemanes y los italianos), lo hacía presentándolo como un "aprovechamiento de las disputas" a favor de "los intereses nacionales".

Así podemos verlo, por ejemplo, desde el inicio de la década infame con las medidas impulsadas por Raúl Prebisch, subsecretario de Hacienda del dictador Uriburu, como el control de cambios y las tarifas aduaneras. Estas medidas no se adoptaron para garantizar divisas a la industria nacional, ni para pagar a los maestros y a los empleados públicos (al contrario, se les redujeron los sueldos y se demoraron los pagos) sino para garantizar el pago de los servicios de la deuda externa y sus sucesivas "conversiones", para mantener en alto "el crédito nacional"; lo mismo

sus iniciativas del impuesto a los réditos y de un Banco Central, avaladas por Uriburu pero que recién se pondrían en práctica con el gobierno de Justo.

Llegado en 1932 el general Justo al gobierno, hay un primer momento de éste en el que –mientras su ministro de Guerra, Manuel Rodríguez, trata de quitarle base a las sublevaciones radicales–, su ministro de Hacienda, Alberto Hueyo, recurre a los "empréstitos patrióticos" para "aliviar las finanzas". Pero ese mismo año viene el "apriete" del imperialismo inglés tras la Conferencia de Ottawa (Canadá), que otorgó preferencia a sus dominios, y el 11 de enero de 1933 tiene que partir hacia Londres la comitiva encabezada por Julio Roca, en la que además del testaferro de los ferrocarriles británicos, Guillermo Leguizamón, van Raúl Prebisch y Miguel Angel Cárcano (el primero del grupo de economistas vinculado a los intereses proalemanes, integrado por Federico Pinedo, Walter Klein, Máximo Alemann, etc., y el segundo de la corriente "modernista" proitaliana, de tradición republicana aristocratizante, discípulo de Roque Sáenz Peña, como ya hemos visto en el tomo III). Tras la firma del pacto Roca-Runciman, que a cambio de mantener la cuota de carne enfriada concedió prioridad a los británicos en el comercio (importaciones) y en los pagos (servicios de la deuda y remesas de utilidades), renuncia Hueyo y es reemplazado por Pinedo, personaje no menos ubicuo que el propio presidente Justo; lo acompaña en el ministerio de Agricultura y Ganadería un representante de los terratenientes ganaderos, Luis Duhau (había fallecido el "socialista independiente" Antonio de Tomaso).

El bloque hegemónico en las clases dominantes argentinas, mientras se unía en la oposición al imperialismo estadounidense (Saavedra Lamas ya enfrenta a Cordell Hull en la VII Conferencia Panamericana, realizada en Montevideo en octubre de 1933[31])

31. En marzo de 1933 había asumido la presidencia de Estados Unidos, el candidato del Partido Demócrata Franklin Delano Roosevelt, lanzando la llamada "política del buen vecino" para lavar la cara del imperialismo norteamericano, pasando a jugar el gobierno norteamericano un papel más activo en la disputa por

se bamboleaba principalmente entre los intereses probritánicos y proeuropeos, pero nunca a favor de los intereses nacionales. Lo sucedido en torno a la creación del Banco Central puede graficar esto. A tono con el envío de la misión Roca a Londres, el gobierno de Justo convocó al "experto" inglés sir Otto Niemeyer, para presentar un proyecto de ley sobre dicho banco. Pero entre Prebisch y Pinedo se las arreglaron para que la nueva entidad no estuviera solo al servicio de los intereses imperialistas británicos sino que también sirviera a los otros imperialismos europeos de peso en la disputa interna, no a favor de las conveniencias nacionales como ingenuamente suscribe Potash citando a Pinedo[32]. Lo cierto es que, a contrapelo de lo que proponía "el perito extranjero" (un banco totalmente privado), ellos terminaron imponiendo uno "mixto" donde el Estado argentino ponía la mitad del capital, pero solo tenía un 20% de los votos, y que sería manejado por los intereses financieros extranjeros, ya sea abiertos (bancos Londres y Alemán Trasatlántico) o encubiertos (Tornquist, Italiano, Francés y Español). A este banco "mixto" el Estado resignaba no solo el manejo del dinero sino también el control de cambios, sumándole un Instituto Movilizador de Inversiones Bancarias, por el que los 700 millones de pesos resultantes de la revaluación del oro transferido por la Caja de Conversión (del Estado) al Ban-

los países dependientes de América Latina (y también de Asia en el Océano Pacífico), poniendo el blanco principal en los países imperialistas del Eje (Alemania, Italia y Japón). En esa línea va a proponer en la 7ª. Conferencia Panamericana realizada en Montevideo en octubre de 1933, la creación de un organismo latinoamericano buscando lograr un liderazgo continental. El gobierno de la dictadura de Justo se opone, evocando la actitud de Roque Sáenz Peña de enfrentar el lema norteamericano de "América para los americanos" con el de "América para la humanidad" (para ellos Europa). Con ese argumento, también la dictadura había reingresado un mes antes, en septiembre de 1933 a la Sociedad de Naciones, de la que no participaba Estados Unidos y de la que se había retirado la Argentina durante el primer gobierno de Yrigoyen.

32. "Sabíamos –escribió Pinedo una década más tarde– que por una curiosa modalidad del espíritu colectivo, en ese momento se facilitaba la adopción de las iniciativas del gobierno si podíamos presentarla como coincidiendo en mucho con lo aconsejado por el perito extranjero". Robert A. Potash, *El ejército y la política en la Argentina (I)*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985, pág. 128.

co Central ("mixto") –es decir resultantes de la devaluación del peso–, fueron a parar a manos de esos bancos (comenzando por el Tornquist) en un discrecional "salvataje financiero" que manejó el propio Prebisch.

En ese reparto de favores a los otros imperialismos, al pacto Roca-Runciman con los británicos siguió, como señalamos más arriba, el Convenio Comercial y de Pagos con Alemania y, luego, otros de similar cuño entreguista, con países como Bélgica, Holanda y Suiza. Pero en este reparto de favores en el que eran principales beneficiarios los británicos y alemanes, unidos frente a los norteamericanos[33], también hubo monopolios de este origen muy beneficiados: además de los frigoríficos norteamericanos integrantes de la camarilla del *chilled beef*, monopolios como la Standard Oil en el petróleo, o la Ford en automotores (ambas tuvieron también estrecha relación con la Alemania nazi), en particular con la ley de Vialidad de Justo y su política de obras públicas en general[34]. Y aparte de las zancadillas entre los británicos y los alemanes, para referirnos solo a las principales, también las hubo entre los propios sectores oligárquicos que servían a unos y otros, sobre todo con relación al manejo de resortes fundamentales del Estado (ejército, gabinete nacional, gobiernos provinciales, etc.) por los sectores afines al imperialismo alemán, en ese período el más agresivo en la disputa interimperialista en el ámbito mun-

33. Saavedra Lamas recibió el Premio Nobel de la Paz, en 1936, por su "mediación" en la guerra del Chaco eludiendo las iniciativas de Cordell Hull al respecto y su propuesta de un Pacto Antibélico Sudamericano "abierto a la adhesión universal de las Naciones", en contraposición al interamericano que procuraban los Estados Unidos.

34. El principal artífice del entramado de relaciones de esos monopolios norteamericanos con los monopolios alemanes y franceses en las empresas constructoras (Geopé, Compañía General de Construcciones, Siemens-Baunion, F. A. Schmidt), en la metalurgia (Tamet, La Cantábrica, Camea) y en el cemento (Wayss y Freitag, Fortabat), en estrecha relación con la cúpula del ejército (interesada en los caminos para lograr autonomía en su movilidad con relación a los ferrocarriles), fue el ministro de Obras Públicas, Manuel R. Alvarado, quien permanecería tras el fin del gobierno de Justo, hasta marzo de 1940, cuando Ortiz rompe con los proalemanes "duros", como reseñamos más adelante.

dial (junto al japonés y al italiano). Un ejemplo de esto fueron los sucesos en la provincia de Buenos Aires en 1935 que pusieron fin a la gobernación de un proalemán "moderado" como Federico Martínez de Hoz[35] y su reemplazo por un admirador abierto de Hitler y Mussolini como Manuel Fresco[36]. Los justistas proanglofranceses, que en un primer momento habían enviado a La Plata al general Pistarini para sostener a Martínez de Hoz, terminaron avalando a Fresco (incluso participando en su gabinete hasta que la guerra los separó) y el propio Justo nombró como ministro de Guerra al general Basilio Pertiné, de abierta filiación pronazi, a la muerte del general Manuel Rodríguez en febrero de 1936.

En esta etapa de su gobierno, Justo le daría también a los proalemanes "duros" el manejo de las situaciones provinciales, designando como ministro del Interior a Ramón S. Castillo, tras la renuncia de Leopoldo Melo. A su vez, ante la renuncia de Pinedo al ministerio de Hacienda (aunque este sector seguiría manejando, a través de Prebisch, los resortes transferidos al Banco Central), el presidente Justo nombró allí a Roberto M. Ortiz, abogado de intereses británicos. Así, el manejo de la política (comenzando por el control del ejército) quedaba en manos de los sectores proalemanes más "duros", y el manejo de la economía (exceptuado el novel Banco Central) "volvía" a manos de los sectores probritánicos.

35. El cuñado de Federico Martínez de Hoz, conde Luxburg, había sido desplazado como embajador de Alemania. En 1935 lo era Edmund von Thermann, enviado especialmente por el gobierno de Hitler, desde fines de 1933.

36. En febrero de 1935, el futuro gobernador bonaerense de la Concordancia, Manuel Fresco, viajó a Alemania e Italia, siendo recibido oficialmente por Benito Mussolini. Ya siendo gobernador, dirá por ejemplo el 7 de julio de 1936: "en la actualidad, dos ejemplos culminantes, ante el asombro del mundo, han cancelado totalmente el régimen democrático y estructurado dos poderosos estados sobre las ruinas de la gran guerra y dan hoy directivas en el concierto de las naciones de Occidente. Digo esto con claridad y sencillez, pues no soy de los que temen la alharaca de comunistas y demagogos, arrancados de cuajo en aquellos estados por la mano recia y firme de dos conductores de pueblos: Hitler y Mussolini" (Gerardo López Alonso, *1930-1980 Cincuenta años de historia argentina*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982, pág. 50).

Este cambio de alianza del justismo proanglofrancés, hacía los sectores "duros" proalemanes y proitalianos se mantendría hasta el inicio de la segunda guerra mundial en setiembre de 1939 (producto de ella sería la fórmula Ortiz-Castillo[37], que ocupó el gobierno el 20 de febrero de 1938). El enfrentamiento bélico de Alemania con Inglaterra quitó fuerzas en el mundo a los sectores "munichistas"[38] y, aquí en la Argentina, en el sector proanglofrancés del justismo despertó una súbita "vocación democrática" que nunca tuvo. El presidente Ortiz intervino entonces las provincias de Catamarca (de donde era su vice, Castillo) y Buenos Aires (reducto de Manuel Fresco y Alberto Barceló[39]). Por esto renunciaron sus ministros José Padilla y Manuel Alvarado; este último había continuado en el ministerio de Obras Públicas, "heredado" de la presidencia de Justo como principal artífice del entramado de relaciones intermonopolistas en esa área (ver nota 34). Pero la enfermedad del presidente Ortiz lo obligará a delegar el mando en Castillo. Con éste en un primer momento volvieron Julio Roca

37. Las elecciones presidenciales fueron el 5 de setiembre de 1937, enfrentándose a los candidatos de la Concordancia, ganadores por el "fraude patriótico", la fórmula radical Alvear-Mosca.

38. Por el pacto de Munich (Alemania), del 30 de setiembre de 1938, en el que los jefes de gobierno inglés y francés, Chamberlain y Daladier (expresión del predominio en ese momento de los sectores de esas burguesías imperialistas conciliadores con el fascismo), ratificaron con Mussolini y Hitler su "no intervención" en España y acordaron la entrega de Checoslovaquia a Alemania, con el pretexto de "apaciguar" así las apetencias imperialistas descaradas de Alemania. A su vez, con el pacto de Munich las burguesías imperialistas de Inglaterra y Francia esperaban que Hitler atacara a la Unión Soviética, pero esto fue contrarrestado y aplazado por un tiempo por la diplomacia de ésta mediante el pacto Molotov-Ribbentrop, firmado el 23 de agosto de 1939 (el 1º de setiembre, Hitler invadirá Polonia; ver Anexo 1: "La segunda guerra mundial").

39. El 25 de febrero de 1940 se realizaron las elecciones en la provincia de Buenos Aires, en las que Fresco impuso como su sucesor a Alberto Barceló, el llamado patrón de Avellaneda (en desmedro del sector oligárquico profrancés expresado por Antonio Santamarina). El 7 de marzo, el presidente Ortiz intervino la provincia. No obstante, poco después el mismo Barceló ocupará una banca en el Senado de la Nación, en representación de la oligarquía bonaerense. No en vano esta rama del Congreso ha sido calificada popularmente de "aguantadero" de delincuentes y mafias de las clases dominantes.

y Federico Pinedo, quienes realizaron un intento de acercamiento a los Estados Unidos[40] (que todavía no habían ingresado en la guerra); pero eso duró apenas cuatro meses, hasta que Castillo se afirmó con Enrique Ruiz Guiñazú en Relaciones Exteriores (reflejo de la alianza de los sectores colaboracionistas profranceses con los proalemanes "duros"), aunque todavía se mantuvo el "moderado" ministro de Guerra, Juan N. Tonazzi[41], quien recién sería reemplazado en noviembre de 1942 por el abiertamente pronazi general Pedro Pablo Ramírez.

El mismo sentido de preservación de los intereses oligárquicos proimperialistas que las medidas antes mencionadas tuvieron las demás medidas dirigistas del gobierno de Justo, como fue el caso del casi medio centenar de comisiones asesoras y juntas reguladoras de los distintos sectores, ya que eran regidas por quienes domi-

40. En sus manifestaciones en Estados Unidos a mediados de 1941, como intelectual privilegiado de la invertebrada oligarquía argentina formado en la traición al marxismo de la socialdemocracia alemana (se jactaba haber leído *El Capital*, de Marx, en su lengua original), Federico Pinedo dio nuevas muestras de su rastrerismo frente al imperialismo, en este caso el norteamericano, afirmando que lo que lo guiaba no eran "solo motivos de estricto carácter económico" (Rapoport, *op. cit.* pág. 268). Lo que no dejaba de ser cierto, si se entiende que lo hacía manteniendo su fidelidad de origen a intereses alemanes, en ese momento todavía no en guerra con Estados Unidos, y buscando el apoyo de los sectores petroleros (Standard Oil) y automotores (Ford y General Motors), de histórica connivencia con el nazismo y beneficiarios también de la política vial (de construcción de caminos) de la década infame en la Argentina. Esos sectores tuvieron a Nelson Rockefeller como uno de sus representantes en la secretaría de Asuntos Latinoamericanos, aunque por breves períodos, uno previo a la entrada de Estados Unidos en la guerra, y otro en sus finales, de enero a mayo de 1945. Cf. Daniel Muchnik, *Negocios son negocios*, Buenos Aires, 1999.

41. Los sectores oligárquicos proitalianos, participantes en todos los gobiernos de la década infame, y también de los que surgirán con el golpe de Estado del 4 de junio de 1943, sobre todo por su incidencia en la cúpula de la Marina, tendrán el mismo problema de los profranceses que, a medida que avance la guerra, deberán optar como la burguesía imperialista de esos países entre el campo germano o el inglés. Tras la derrota de las fuerzas alemanas al mando del general Rommel en la batalla de El Alamein (África del Norte), a manos de las británicas comandadas por el mariscal Montgomery, a fines de octubre de 1942 –por el "corrimiento" que eso produjo en el bloque hegemónico de las clases dominantes italianas hacia los aliados, ante la inminente invasión por éstos de la península itálica–, la posición del general Tonazzi en el gabinete de Castillo se hizo cada día más difícil, siendo reemplazado el 16 de noviembre por el general Pedro Pablo Ramírez.

naban en las respectivas esferas de producción. Eran organismos conservadores, para preservar los intereses dominantes frente a la crisis; en ningún caso fueron para favorecer a los sectores oprimidos o explotados por las mismas. Así por ejemplo en el caso de la vitivinicultura, se erradicaron las vides en otras provincias y se llegó a tirar el vino en las acequias de Mendoza, para impedir la caída de los precios de las reservas en manos de los terratenientes bodegueros. También se recurría a impuestos para impedir la ampliación de la producción, como los mil pesos por cada hectárea de nueva plantación de vid vinífera, o los cuatro pesos por cada planta nueva de yerba mate. En definitiva, no eran entes para mejorar las condiciones de producción o para ampliar el consumo, sino para limitar la producción, con un criterio de "protección" no de los más débiles sino de los más poderosos, es decir de los intereses dominantes en la estructura latifundista y dependiente.

Pero aun en el marco de estas políticas, y pese a ellas, como consecuencia del cierre del conjunto de la economía que imponía la crisis, con la relativa industrialización aumentaba el peso del capital nacional sobre el capital extranjero, proceso que se acentuaría durante la guerra.

La participación del capital extranjero en la economía nacional había alcanzado su punto máximo en 1913, con un 47,7% del total del capital fijo invertido en el país. La primera guerra mundial y la crisis posterior hicieron disminuir la importancia relativa del capital extranjero, al tiempo que aumentaba la participación del capital nacional: las inversiones del capital extranjero representaban un 30% del total del capital fijo en 1931, al inicio de la Gran Crisis. A partir de ésta fue mayor la desaceleración de las inversiones extranjeras a largo plazo, por lo que su participación en el capital fijo total del país caería al 20,4% en 1940, al inicio de la Segunda Guerra Mundial, y sería solo del 15,4% al fin de la misma, en 1945.

En cuanto al origen de la propiedad de ese capital fijo extranjero, el mayor volumen correspondía a Inglaterra, cuyas inversiones fueron también las que disminuyeron en mayor proporción

durante la crisis, por lo que cayó su participación relativa: de un 56,2% del total de las inversiones extranjeras en 1931, la participación de las inversiones inglesas disminuyó al 53,1% en 1940 y se mantenía en el 53,3% en 1945. A su vez, el capital fijo de origen estadounidense, tras un leve crecimiento en la década de 1930 (de 18,8% en 1931 pasó a representar 22,2% en 1934, con la disminución relativa de las inglesas), cayó también durante la guerra, manteniéndose su participación en un 21,3% en 1945. Por su parte, la propiedad de capital fijo de otros países, particularmente Alemania, Francia e Italia, logró también mejorar su posición relativa en la década de 1930 (del 25% en 1931 pasó al 27% en 1940), disminuyendo durante la guerra (25,4% en 1945).[42]

El movimiento obrero y popular

Con el mayor desarrollo del proletariado que había provocado la expansión urbana de los años veinte, aun dentro del marco de la dependencia con eje en la producción agropecuaria, la organización sindical fue adquiriendo un carácter más permanente y una mayor extensión nacional, en particular basándose en gremios como ferroviarios, comercio, carne y construcción. Pero fue recién en la década del treinta, sobre la base del desarrollo industrial que tuvo lugar entonces, cuando adquirieron predominio los sindicatos por industria (en vez de las organizaciones por oficio, más típicas del proletariado semiartesanal) y cuando el movimiento clasista tuvo mayor proyección y coherencia.

Uriburu, Justo, Ortiz, Castillo gobernaron para las "minorías selectas", con una política que descargó brutalmente la crisis sobre los trabajadores y el pueblo. Creció el hambre y la desocupación, surgieron las "villas miseria", la tuberculosis y otras enfermedades golpearon los hogares de millones, se rebajaron salarios, aumentaron los arriendos rurales, etc.

42. Juan Carlos Esteban, *Imperialismo y desarrollo económico*, Merayo Editor, Buenos Aires, 1972, págs. 71 y 79-80.

En defensa de sus posiciones y sus privilegios, la oligarquía y el imperialismo hicieron uso indiscriminado del Estado, de todo su poder, para imponer un orden que les garantizara la continuidad de su política. Este dominio descarnado de los terratenientes alcanzó rasgos más brutales de opresión semifeudal en las provincias. Utilizaron bandas armadas a su servicio y la represión policial, con la tristemente célebre Sección Especial de represión del comunismo, para matar o torturar salvajemente a miles de luchadores obreros y populares. Impusieron las proscripciones, el fraude electoral y la intervención a las provincias opositoras como norma política.

Muerto Yrigoyen el 3 de julio de 1933 y acallado el último levantamiento de fines de ese año comandado por José Benjamín Ábalos y Roberto Bosch, detenidos y expatriados los principales dirigentes, incluido el propio Alvear, el año 1934 pareció ser un año de tranquilidad para el justismo, alterado solo por una sublevación de los indios churupíes en el "lejano" territorio nacional de Formosa, que en número superior a los 2.000 llegaron el 10 de setiembre hasta la localidad de Florencio Carvajal. En este marco se produjo, en octubre, la visita al país de quien sería el próximo Papa de la iglesia católica, el cardenal Eugenio Pacelli (de orientación filofascista) y, en noviembre, se firmó el Convenio Comercial y de Pagos con Alemania, tan entreguista como el Pacto Roca-Runciman, pero en este caso en beneficio de los exportadores de carnes congeladas y de cereales y lino, como ya señalamos.

Entretanto, en setiembre de 1934, a iniciativa del senador demócrata progresista por Santa Fe, Lisandro de la Torre, había comenzado la investigación parlamentaria sobre las carnes, con la aquiescencia del sector de terratenientes criadores integrante de la Concordancia; investigación que en particular golpeará al frigorífico inglés Anglo (el más moderno, junto al Swift de Rosario, de la camarilla del "enfriado"). La comisión respectiva fue integrada por los conservadores Laureano Landaburu y Carlos Serrey, por la mayoría, y De la Torre, como minoría. Ante la negativa

del presidente del Anglo, Richard Tootell, asistido por un grupo de abogados que encabezaba Horacio Beccar Varela –ex ministro de Agricultura de Uriburu– a mostrar los libros, fue detenido por desacato el 20 de noviembre. Al día siguiente, un grupo de obreros hizo saber del embarque en el carguero inglés Norman Star de una veintena de cajones rotulados *corned beef*, en los que se trataba de sacar del país la documentación fundamental del frigorífico. La policía del Congreso y agentes de la Prefectura incautaron el "cargamento", con el consiguiente escándalo público.

Con esa documentación y la poca que se consiguió en otros frigoríficos, en junio de 1935 la Comisión presentó dos despachos, uno el de la mayoría conservadora, que benévolamente admitió la existencia de irregularidades, y el otro, lógicamente, el de Lisandro de la Torre. Este fue lo más a fondo que pudo en la investigación, produciendo un informe demoledor sobre los manejos fraudulentos no solo del Anglo sino también del Swift[43] y la complicidad de los funcionarios nativos (incluido el ministro de Hacienda, Luis Duhau, quien recibía regularmente del Swift 30 pesos más por novillo, que el precio del mercado), que será acallado el 23 de julio de 1935 con el asesinato del otro senador por Santa Fe, nunca reconocido como tal, Enzo Bordabehere. Lisandro de la Torre aceptará batirse a duelo con Federico Pinedo, siendo los padrinos de éste los dirigentes "demócratas" Manuel Fresco y Robustiano Patrón Costas.

43. Aparte de los dos frigoríficos argentinos vinculados a los franceses, Gualeguaychú y Grondona, solo el norteamericano Swift admitió una investigación satisfactoria. Los otros (Armour, Wilson y La Blanca), al igual que el inglés Smithfield, pusieron mil y una trabas. Del Anglo ya vimos como se pudo "acceder" a sus libros, lo que permitió comprobar la existencia de una doble contabilidad para eludir los impuestos nacionales y evadir el control de cambios reservando divisas para negociar en el mercado libre y en el extranjero, aparte del 25% que se les permitía reservar para su uso particular por el pacto Roca-Runciman, privilegio que no tenían los frigoríficos argentinos ni los demás exportadores. La documentación del Swift permitió también establecer (aparte de la "prima" al ministro Duhau), que compensaba las pérdidas sufridas en Australia, Nueva Zelandia y Brasil con las ganancias en nuestro país, autorizado para ello por la Dirección de Réditos, en la órbita del ministro Pinedo, quien hizo de esto un "agravio personal".

En el ínterin se habían producido los "tumultos" impulsados por el sector de Rodolfo Moreno contra el gobernador de Buenos Aires, Federico Martínez de Hoz, que llevarán a su destitución el 16 de mayo de 1935 y a la posterior "elección" de la fórmula Fresco-Amoedo, el 2 de noviembre[44], en lo que Alvear calificó como "el fraude más grande de toda nuestra historia". Un mes antes, el gobierno de Justo produjo la intervención federal a Santa Fe, adonde se impondrá posteriormente, también por medio de un escandaloso fraude, el ex ministro del propio Justo, Manuel de Iriondo. En Buenos Aires, con el gobernador Fresco, pese a su profascismo abierto –proscribió al Partido Comunista en la provincia–, colaborará sin problemas hasta 1940 el sector de los Moreno-Santamarina, integrando también el gabinete el socialista independiente Roberto Noble.

Todo esto sería parte del vuelco del justismo hacia la alianza con el sector pro Eje "duro" (a lo que no serían ajenos ni el activo embajador alemán, von Thermann, ni la Cámara de Comercio Británica) que se expresó apenas iniciado 1936 con la integración

44. Paradójicamente, ese mismo día triunfaba en Córdoba, el radical Amadeo Sabattini sobre el conservador "moderado" José Aguirre Cámara, en elecciones consideradas limpias. Habiendo soltado la mano a Martínez de Hoz en la provincia de Buenos Aires, el justismo hacía lo mismo con ese sector conservador en Córdoba, dejando que gane allí el "tanito de Villa María", como lo llamaría años más tarde el coronel Perón para identificarlo como el mentor del grupo Anaya-Avalos también participante del golpe de Estado del 4 de junio de 1943, que pasaría a la vereda de enfrente en 1945. La buena relación con el gobierno de Justo de un gobernador del partido que lo enfrentaba nacionalmente es parte de las complejidades de la política en un país en disputa: en este caso, por las simpatías de Sabattini hacia Italia, sobre la que en ese momento no se discutía (e incluso se admiraba) la "recia y firme conducción" de Mussolini. Lo que tuvo un gran peso en la llamada "pampa gringa", al extremo que se identificó también con ella la Federación Agraria Argentina conducida por Esteban Piacenza. Todavía en 1943 los partidarios de Sabattini en la Convención Nacional del radicalismo se negaron a firmar el despacho que propugnaba la ruptura de relaciones con el Eje, y su sucesor en el gobierno provincial, Santiago del Castillo financiaba con fondos públicos avisos en el periódico *El Pampero*; después sería funcionario de la dictadura en Buenos Aires, actuando a la vez como delegado partidario del propio Sabattini (César Tcach, *Sabattinismo y peronismo*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1991, págs. 39 a 51).

al gabinete de Castillo y Ortiz, y la casi inmediata designación del general Pertiné en Guerra, como ya reseñamos. Este desplazamiento culminó a fines de abril con la renuncia de quien hasta entonces había sido el mascarón de proa del fraude y las intervenciones justistas, el francófilo radical antipersonalista, Leopoldo Melo[45], quien fue reemplazado por el germanófilo conservador Castillo. El 9 de mayo de 1936, la embajada italiana festejó, en el teatro Colón, de Buenos Aires, la ocupación por ese imperialismo de Abisinia (Etiopía) en el cuerno de África. El 18 de julio se produjo la sublevación militar fascista contra la República de España[46]

45. En las distintas corrientes oligárquicas proimperialistas operan también las distintas corrientes existentes en los propios países imperialistas, que explican muchos de los cambios en las alianzas que se dan en las disputas internas aquí, más o menos simultáneos a los cambios en la correlación de fuerzas entre las distintas corrientes allá. Ni Leopoldo Melo dejó entonces de ser francófilo (el 3 de mayo de 1936 ganó las elecciones en Francia el Frente Popular, basado en la alianza de los socialistas y radicales con los comunistas, por lo que por un período predominaron en el gobierno imperialista francés los sectores socialdemócratas y liberales enfrentados a los fascistas; después con Daladier predominarían los conciliadores y, posteriormente, con el mariscal Petain, los colaboracionistas con los nazis), ni Pinedo y Martínez de Hoz dejaron de ser proalemanes (a los blandos los vomita el diablo, y "el diablo" regía el imperialismo alemán en ese momento), como tampoco dejarían después de ser anglo-francófilos Justo y Ortiz, cuando se rompió el pacto de Munich entre los "aliados" (Inglaterra y Francia) y la Alemania hitlerista. Por eso es tan importante tener presente en la evolución de estos "personajes" los distintos momentos de la disputa interimperialista en el ámbito mundial. Otro elemento a tener en cuenta, ya en este período, es la influencia que había adquirido el Partido Comunista y la admiración por la Unión Soviética en algunos de esos "personajes" de las clases dominantes argentinas, como fue el caso de Melo y del propio general Justo, quienes tuvieron una posición más "moderada" que la de Ortiz mientras regía el pacto Molotov-Ribbentrop (en julio de 1940, Melo se enfrentó a Cordell Hull en la conferencia de La Habana, teniendo que intervenir el propio presidente Ortiz, ya prácticamente en su lecho de muerto, para que se aprobara la declaración de defensa continental allí consensuada, todavía dentro de la neutralidad), tomando una actitud militante proaliada a partir de que Alemania invadió la Unión Soviética en junio de 1941, es decir seis meses antes de la entrada de Estados Unidos en la guerra (el relacionamiento de Justo, Melo, Santamarina, etc., con los dirigentes y el aparato del PC y la IC, se dio visiblemente a través del diario *Crítica*, los oficios de Botana mediante).

46. "En 1936, valiéndose de Franco, militar fascista de España, los fascistas alemanes e italianos desencadenaron una guerra de agresión contra ese país. El

En esas difíciles condiciones, a mediados de la década de 1930, el movimiento obrero, campesino y popular de nuestro país había iniciado un nuevo auge de luchas, que se fue extendiendo y profundizando en todo el país. La prolongada huelga de la construcción de fines de 1935, que concitó la gran huelga general de solidaridad de enero de 1936, con características de un nuevo boceto de pueblada en la Capital Federal, enfrentamientos masivos a la represión y bloqueo de trenes en localidades cercanas.

La huelga general de enero de 1936

El 17 de octubre de 1935, el sindicato de obreros albañiles de la Capital Federal constituido en febrero de ese mismo año, después de haber presentado en septiembre a las patronales un pliego de condiciones que exigía el reconocimiento del sindicato, aumentos de salario, fijación de horarios de trabajo y seguridad, en una asamblea general declaró la huelga para el 23[47]. Este día, unos 15 mil trabajadores del andamio paralizaron sus tareas y se concentraron en el Luna Park, en una nueva asamblea general que mostró un clima de gran combatividad.

pueblo español, dirigido por el gobierno del Frente Popular, sostuvo una heroica guerra en defensa de la democracia y contra la agresión. La defensa de Madrid, capital de España, fue la acción más encarnizada de toda la guerra. Iniciada en octubre de 1936, se mantuvo durante dos años y cinco meses. Debido a la ayuda que Inglaterra, Francia y otros países imperialistas prestaron a los agresores con su hipócrita política de 'no intervención', y a la desintegración del Frente Popular, Madrid pasó a manos de los fascistas en marzo de 1939" (*Obras Escogidas de Mao Tsetung*, tomo II, Nota 3, pág. 23). El 28 de marzo de 1939 se rindió Madrid, y el 2 de abril, Estados Unidos estableció relaciones diplomáticas con el gobierno fascista de Franco.

47. Carlos Echagüe, *Las grandes huelgas*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971; Sebastián Martota, *El movimiento sindical argentino*, tomo III, Período 1920-1935, Editorial Colomino, Buenos Aires, 1970; Rubens Iscaro, *Historia del movimiento sindical*, tomo IV, Editorial Ciencias del Hombre, Buenos Aires, 1974. El trabajo más reciente de Nicolás Iñigo Carrera, *La estrategia de la clase obrera, 1936* (La Rosa Blindada, Buenos Aires, 2000), da una idea mucho más completa de la entidad de verdadera pueblada que tuvo la huelga general de solidaridad de enero de 1936.

A los 20 días de iniciada la huelga de los albañiles, todos los gremios de la construcción en la ciudad de Buenos Aires salieron a la huelga y se concentraron en una tercera asamblea general que desbordó el Luna Park. Allí se voto la huelga general de todos los trabajadores de la industria de la construcción, con lo que el número de huelguistas llegó a los 60 mil. La construcción quedó paralizada en la ciudad de Buenos Aires y alrededores, extendiéndose la huelga a todo el país e incluso a la ciudad de Montevideo, en la República Oriental del Uruguay.

Al tiempo que se movilizaban activamente en las calles, organizados en comités por barrios de la Capital y formando piquetes para controlar las obras diariamente, fortaleciendo su unidad en la lucha y el debate político, los trabajadores de la construcción desarrollaron una política para lograr la solidaridad y ampliar el combate a otros gremios. Producto de ello fue el Comité de Defensa y Solidaridad con los Obreros de la Construcción, que agrupó a 68 sindicatos de la Capital Federal y el Gran Buenos Aires, adheridos o no a la CGT.

A los dos meses de huelga de los trabajadores de la construcción, este comité efectuó un mitin masivo en plaza Once, declarando la huelga general de solidaridad en "Buenos Aires y pueblos circunvecinos" para el 7 de enero de 1936. Recién en la víspera del inicio de la huelga, la nueva dirección de la CGT le dio su apoyo.

El 7 de enero, los trabajadores y el pueblo ganaron las calles de Buenos Aires, acompañados de manifestantes que llegaban de las localidades colindantes. Además de los nutridos piquetes de huelga, densas columnas de trabajadores, con la participación también de otros sectores populares más oprimidos, mujeres, jóvenes y hasta niños, se dirigieron a los lugares de concentración preestablecidos para la mañana en los distintos barrios de la ciudad, para después marchar a un acto central convocado para la tarde en Plaza Once. Los pocos tranvías y ómnibus que salieron ese día fueron volcados o incendiados. También los piquetes obreros accionaron para impedir la circulación de los trenes, quedando paralizado por completo el tránsito. La policía fue desbordada de-

biendo retirarse de los barrios donde se desarrollaban los hechos, quedando las calles en manos de las masas movilizadas.

Aunque el epicentro de las acciones en la mañana del 7 fue un área que abarcaba los barrios de La Paternal, Villa del Parque, Villa Devoto, el Talar, Villa Mitre, Villa Urquiza, también hubo hechos vinculados a la huelga en otros barrios, como La Boca, Villa Crespo, Parque Chacabuco, Flores, Mataderos y Liniers. Además, la huelga general y los enfrentamientos callejeros se extendieron a algunas localidades cercanas, como Vicente López, San Martín, Caseros, Ciudadela, Morón, Quilmes y Berazategui.

El gobierno de Justo respondió con una brutal represión clausurando los sindicatos, cerrando los comedores colectivos y encarcelando a centenares de obreros. En el barrio de Villa Urquiza, la policía mató a Santiago Bekener, quien se defendió del ataque hiriendo tres agentes. En Pompeya fue baleado y muerto por la policía el obrero panadero Gerónimo Osechuk. En un tiroteo entre obreros y policías, cayó mortalmente herido el obrero Jaime Chudi. En Sáenz y Roca, en otro tiroteo con las fuerzas represivas, cayó muerto un policía, como consecuencia de lo cual fue condenado a prisión perpetua el activista proletario Carlos Bonometti y, a 4 años, Efraín Lach.

La huelga general se prolongó por 24 horas más, en réplica a la feroz represión y por la libertad de los presos. Pese a que la dirección de la CGT no se sumó, aduciendo "que no podía hacerlo sin consultar a las organizaciones que la componían", y tampoco "importantes gremios" como informaba ese día el órgano del Partido Socialista, *La Vanguardia*, refiriéndose a "los lamentables incidentes de ayer (...) provocados por agitadores extraños a las filas gremiales y por algunos inconscientes", la mayoría de los obreros se plegaron al paro, volviéndose a producir numerosas manifestaciones, concentraciones y choques callejeros con la policía, particularmente en los barrios más proletarios. Ese día la huelga se extendió a La Plata por la decisión de numerosos gremios (además de los de la construcción, metalúrgicos, ladrilleros y madereros), paralizándose incluso el servicio de ómnibus a Buenos Aires. El

paro se prolongó hasta las 18 hs, acorde a la decisión tomada por los miembros del Comité de Defensa y Solidaridad que no habían sido detenidos, ante la promesa del gobierno de reabrir los locales y liberar a los presos.

En cuanto a la huelga de la construcción, pese a que sus dirigentes quedaron detenidos, los obreros la prosiguieron hasta lograr el triunfo. En total fueron 96 días de lucha.

El heroico ejemplo de los trabajadores y el pueblo de Buenos Aires daría nuevos bríos a las luchas obreras y populares en todo el país, entre las que se destacan la nueva huelga contra La Forestal en el norte santafecino y la lucha de los campesinos algodoneros del Chaco contra Bunge y Born y Anderson Clayton, así como las de algunas zonas chacareras de la pampa húmeda.

La huelga general de solidaridad de enero de 1936, que alcanzó el carácter de una nueva pueblada como la de enero de 1919, marcó el punto más alto de las luchas de esa época. Y la Federación Obrera Nacional de la Construcción, FONC, surgida al calor de la lucha y desarrollada bajo los principios de la democracia sindical y de la lucha de clases, que impulsaba en esos años el Partido Comunista de la Argentina, marcó la forma más elevada de organización sindical clasista y antiimperialista de entonces. La Declaración de Principios de esta Federación[48] es indicativa de la línea con la que se estructuraba y que le permitiría nuclear masi-

48. Del carné de un peón albañil reproducimos la "Declaración de Principios" que guiaba a este gremio:

"La Federación Obrera de la Construcción afirma:

Que la propiedad de los medios de producción y de cambio son la causa permanente del hambre y la miseria de la clase obrera.

Que la contradicción entre producción social y apropiación privada lleva en sí el germen de todas las contradicciones de la sociedad capitalista, que han de determinar por la acción del proletariado su propia destrucción y la instauración de una sociedad basada en la propiedad colectiva de los medios de producción y de cambio.

Que al llegar a la faz imperialista, el capitalismo se ahoga dentro de sus propias fronteras, lanzándose a sangre y fuego sobre los países débiles para sojuzgarlos.

Que la Argentina está en estas condiciones siendo un país oprimido por el imperialismo.

Que los monopolios extranjeros y las clases dominantes argentinas a ellos entregadas tienen a la clase obrera en condiciones inhumanas de vida y de trabajo,

vamente al conjunto del gremio. Muestra, asimismo, la comprensión del problema nacional que, desde una perspectiva clasista, se había alcanzado en esa época. Con una orientación semejante se desarrollan otros sindicatos y federaciones de la industria, como los cerveceros, obreros de la carne, alimentación, madera, metalúrgicos, del vestido, del calzado, etc.

En el marco del nuevo auge de luchas obreras y populares, que tuvo su punto más elevado en la huelga general de solidaridad de enero de 1936, se organizó el movimiento antifascista que dio lugar, por primera vez, a una manifestación conjunta de la CGT[49]

---

tratando de sumir a las masas populares bajo el terror fascista, para perpetuar este estado de cosas e impedir la organización independiente del proletariado.

Que el imperialismo y el fascismo son los enemigos más grandes de la clase obrera.

Que contra esta situación la Federación Obrera Nacional de la Construcción, al mismo tiempo que luchará por mejorar las condiciones de trabajo de los obreros de la construcción, luchará contra la opresión imperialista, por la libertad y contra la reacción, pactando si fuera necesario, con organizaciones que tengan principios coincidentes, pero tales alianzas no deben en ningún caso conducir al renunciamiento de sus objetivos fundamentales, ni obstruir el camino hacia ellos.

Que la Federación Obrera Nacional de la Construcción se levanta sobre el principio de la lucha de clases y se constituye en Federación de la Industria, organizada federativamente, porque comprende que en la época de la dominación de los trusts y monopolios, los sindicatos por oficio no son garantía de victoria.

Trabajadores de todos los países: ¡uníos!"

49. Tras años de colaboracionismo con las patronales y el gobierno de la dictadura cívico-militar, la CGT dirigida por los socialistas y sindicalistas (eran excluidos y denunciados los comunistas del Comité de Unidad Sindical Clasista y los anarquistas de la FORA) se había resquebrajado a fines de 1935, en el marco de la huelga de la construcción, produciéndose un reagrupamiento de las fuerzas sindicales que llevó al llamado Congreso Constituyente de la CGT, del 30 de marzo de 1936. A esta CGT ingresarán los militantes comunistas, previa disolución de su comité clasista. Este proceso era parte del reagrupamiento en el movimiento obrero mundial en relación con la lucha antifascista: los logros del frente único en España y Francia incidieron sobre los dirigentes socialistas y sindicalistas, posibilitando también el frente único aquí, lo que se expresó ese 1° de Mayo. La dilución del clasismo por la dirección del PC, concediendo a los sectores más anticomunistas, debilitará la participación de la clase obrera, con independencia, en el frente único, al que permanecerán ajenas las grandes masas proletarias, que recién encontrarán un cauce político antioligárquico y antiimperialista con el peronismo, aunque carentes de la independencia de clase necesaria, porque el que debía ser su partido terminó en la vereda de enfrente.

con los partidos políticos opuestos al gobierno de Justo, el 1º de mayo de 1936. En el acto hablaron el ferroviario José Domenech, por la CGT; Paulino González Alberdi, por el PC; Nicolás Repetto y Mario Bravo, por el socialismo; Lisandro de la Torre, por la democracia progresista, y Alvear y Arturo Frondizi, por el radicalismo. Y a partir de julio de 1936, con el inicio de la guerra civil española, que conmovió y enfrentó a gran parte de la sociedad argentina, se desarrolló el movimiento de solidaridad con la República (que incluyó el envío de brigadas para su defensa) frente al levantamiento franquista que contaba con el apoyo abierto de los gobiernos imperialistas fascistas de Alemania e Italia.

En todas estas luchas jugó un papel muy importante el Partido Comunista, que a través de la abnegada labor de sus militantes marcó un hito en las gloriosas tradiciones de lucha del movimiento comunista y antiimperialista argentino. A diferencia de lo ocurrido en el primer período de lucha contra la dictadura uriburu-justista, donde predominó en su dirección una línea clasista estrecha que llevaba al aislamiento del proletariado, desde 1935 comenzó a desarrollar la línea de frente único antifascista, en la clase obrera y con otros sectores antiimperialistas, que le permitió crecer sindical y políticamente. No sin contradicciones, pues en la aplicación de esa línea de frente único antifascista hasta mediados de 1938 predominó una concepción oportunista de derecha con relación a los posibles aliados –con algunos bandazos "de izquierda" impotentes para corregirla–, que rebajaba el papel del Partido, al extremo de llegar a aceptar que el mismo no fuera incluido en el frente popular, que por eso nunca llegaría a ser tal, la llamada "alianza democrática". La afirmación de la independencia de clase del partido con una línea de masas, a partir de julio de 1938, en la que se destacó el papel del diario *La Hora* iniciado el 12 de enero de 1940, tampoco logró ser bien articulada con la necesaria unidad antioligárquica y antiimperialista (frenada por un vergonzante "neutralismo", por la nunca clara, ni asumida oficialmente, discusión sobre el pacto Molotov-Ribbentrop de no agresión entre los gobiernos de la Rusia socialista y la Alemania

hitlerista), por lo que al invadir Alemania la Unión Soviética, en junio de 1941, volvió a diluirse nuevamente la independencia de clase, careciéndose del filo antioligárquico y antiimperialista necesario para imprimir al frente antifascista un carácter verdaderamente popular[50].

Por su parte en el radicalismo, en medio de este torbellino de luchas y cambios, la oposición al alvearismo de la juventud

50. El antiimperialismo antinorteamericano en abstracto, que predominó en la dirección del PC durante toda la década de 1930 –subestimando al imperialismo inglés por considerarlo en retroceso frente al avance impetuoso del imperialismo norteamericano en el ámbito continental latinoamericano–, haría que su política también fuera funcional al bloque hegemónico de las clases dominantes argentinas ya que terminaba conciliando no solo con los sectores oligárquicos proanglofranceses sino también con los progermanos que se "aliaban" a ellos. Salvo el al poco tiempo acallado destello del recientemente incorporado Ernesto Giudici: *Hitler conquista América* publicado en 1938 (eclipsado durante los dos años siguientes con la puesta en el blanco del imperialismo inglés, recién el 27 de enero de 1942 aparecerá en *Crítica* el primer artículo de Giudici destacando la importancia del intercambio comercial de Alemania con nuestro país en la preguerra, y en 1943 dará a luz el libro de Luis Sommi, *Los capitales alemanes en la Argentina*, que pese a sus "bandazos" muestra el conocimiento que tenía la dirección del PC sobre la incidencia del imperialismo alemán en la economía y la política argentina durante la década infame. Después, sobre el fin de la guerra, cuando ya Alemania había sido derrotada, la dirección del PC "seguirá de largo" junto a los sectores oligárquicos proaliados, igualando al peronismo con el nazismo. En este proceso estrechó alianzas con muchos personeros de la oligarquía, incluso de sectores anteriormente filofascistas (proitalianos y proalemanes), a los que ayudó a "lavar la cara" por sus agachadas de la década de 1930, pero se puso en la vereda de enfrente de los trabajadores y el pueblo. Digamos, de paso, que esta actitud no justifica a los que hicieron lo mismo en nombre del "nacionalismo popular", aunque estuvieron mejor ubicados con relación a la contradicción principal. Curiosamente en su reseña sobre las ideas e ideologías entre 1930 y 1945, Tulio Halperín Donghi (*La Argentina y la tormenta del mundo*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003) solo otorga trascendencia a las elaboraciones del breve período antiinglés de la dirección del PC, destacando únicamente las publicaciones de los años 1939 y 1940 de Rodolfo Ghioldi, Luis Sommi y Ernesto Giúdice (págs. 145 a 154), llevando esto al extremo que cuando habla de la política sindical del PC citando al libro posterior del José Peter (*Crónicas proletarias*, Esfera, Buenos Aires, 1968) solo lo hace para referirse a sus aspiraciones en ese breve período (pág. 180). Dicho sea esto sin desmerecer que las observaciones que hace Halperín Donghi sobre los textos no dejen de ser en general correctos, tanto cuando señala la raíz desarrollista en el enfoque de Sommi como cuando rescata el énfasis que en ese momento ponen en el papel independiente de la clase obrera Ghioldi y Giudici.

yrigoyenista plasmó en el grupo Forja fundado el 29 de junio de 1935[51], integrado entre otros por Arturo Jauretche, Luis Dellepiani (el hijo del general yrigoyenista del mismo nombre), Homero Mancioni (Manzi), Manuel Ortiz Pereyra, Gabriel del Mazo, Héctor Maya, etc., al que se sumaron intelectuales como Scalabrini Ortiz. Fue un grupo heterogéneo, con sectores patrióticos avanzados, que denunció la penetración del imperialismo inglés en el Río de la Plata. Al año de iniciada la segunda guerra mundial, en setiembre de 1940, sufrió el más importante desgajamiento (Luis Dellepiani, Gabriel del Mazo y otros), al considerar la mayoría encabezada por Jauretche que los alemanes podían ser aliados en la lucha contra el imperio británico, como consecuencia de su definición de la Argentina como una colonia inglesa[52]. El trabajo de Forja tuvo influencia en los grupos nacionalistas que surgieron en las Fuerzas Armadas; también entre los estudiantes (llegó a dirigir la FUA en un breve período, cuando la guerra era todavía una guerra interimperialista) y sobre muchos de los jóvenes dirigentes del movimiento obrero que tuvieron una actuación destacada en la preparación y realización del 17 de octubre de 1945[53].

51. Arturo Jauretche, *Forja y la década infame*, A. Peña Lillo editor, Buenos Aires, 1974; Miguel Angel Scenna, *Forja. Una aventura argentina (De Yrigoyen a Perón)*, 2 tomos, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1972.

52. La pertenencia formal de Scalabrini Ortíz a FORJA fue breve, pues su afiliación fue aceptada recién en setiembre de 1940 –tras la eliminación del requisito de la previa afiliación radical– y, aunque en general compartía la visión de la Argentina como semicolonia inglesa (al extremo de que su revista *Reconquista*, cuyo primer número salió el 15 de noviembre de 1939, durante la breve vigencia del pacto Molotov-Ribbentrop, recibió migajas de los dispendiosos fondos de los monopolios alemanes que manejaba el embajador von Thermann), abatido por la contradicción a que esa concepción lo llevaba en política, renuncia a FORJA el 1° de febrero de 1943. FORJA terminará autodisolviéndose después del 17 de Octubre, el 15 de noviembre de 1945, para ingresar la mayoría de sus miembros a lo que será posteriormente el Partido Peronista.

53. Entre otros Lázaro Caparrós, del vidrio; A. Ejivoji, portuario; Pedro Arnaldi y Occhipinti, del grupo obrero de Lanús, y Libertario Fernández, cuyo voto fue el decisivo en el pronunciamiento de la CGT del 16 de octubre, recuerda Jauretche (*Ibidem*, pág. 13).

La política de la dirección del Partido Comunista posterior a la invasión nazi a la Unión Soviética, en junio de 1941, que fue convirtiéndose prácticamente en colaboracionismo con los sectores de la oligarquía y los imperialismos "democráticos" aliados a la Unión Soviética en la guerra antifascista[54], iba a condicionar tremendamente todo el desarrollo posterior del movimiento comunista y del sindicalismo clasista, poniéndolos en la vereda de enfrente de los sectores neutralistas de las masas y del nacionalismo militar. Esto sería aprovechado por el sector de burguesía nacional industrialista que encontró su líder en el entonces coronel Perón, partícipe del golpe del 4 de junio de 1943, quien desde la Secretaría de Trabajo implementó una política de concesiones al movimiento obrero, relacionándose estrechamente con las direcciones sindicales de orientación "estatalista". La política sindical de Perón, al tiempo que intervino los sindicatos dirigidos por los comunistas, se apoyó en dirigentes de origen socialista de activa militancia antinazi, como Angel Borlenghi (comercio) y José Alonso (confecciones), y sindicalistas sin militancia política previa (integrantes de la Unión Sindical Argentina) que habían quedado fuera de la CGT, como Luis Gay (telefónicos) y Cipriano Reyes (carne).

54. Al extremo de que el incansable luchador comunista de la Federación Obrera de la Industria de la Carne, José Peter, confinado en el sur por la dictadura de Ramírez, acepta ser traído en avión el 3l octubre de 1943, para levantar la huelga de los trabajadores de los frigoríficos, porque eso afectaba el abastecimiento de los "aliados".

Capítulo XV
La guerra y el peronismo

El 1° de setiembre de 1939, con la invasión nazi a Polonia, se inició la Segunda Guerra Mundial imperialista. Este hecho repercutió hondamente en toda la sociedad argentina, produciéndose una división en todo el país entre los partidarios del alineamiento junto a las naciones aliadas contra el eje que lideraba Alemania, y los que querían mantener a todo trance la neutralidad.

El 4 de setiembre de 1939, el presidente Ortiz decretó la neutralidad argentina, en una posición en la que serán coincidentes todos los países americanos en la conferencia de cancilleres realizada en Panamá a fines de ese año. Sin embargo, el 13 de mayo de 1940 el canciller José Luis Cantilo propone sustituir el concepto de **neutralidad** por el de **no beligerancia**, lo que es rechazado por los Estados Unidos. Más allá de las intenciones del canciller Cantilo y el presidente Ortiz, el rechazo estadounidense no fue porque la no beligerancia podía ser más favorable a las relaciones con los aliados, como sostienen en abstracto los historiadores "benévolos" con las clases dominantes argentinas, sino porque esa posición no era unívoca sino que podía aplicarse hacia las relaciones con cualquiera de los dos lados en la contienda, como lo había hecho Mussolini respecto de Alemania, para apoyar subrepticiamente las acciones bélicas iniciales de ésta. En concreto, al gobierno de Estados Unidos la posición de neutralidad no le impedía, ni le impidió, poner todos sus esfuerzos no solo mora-

les sino también materiales a favor de Inglaterra, sin necesidad de aceptar la posición de no beligerancia que también podía ser utilizada por la Argentina a favor de las potencias del Eje[55]. Para comprender la preocupación estadounidense sobre la posición argentina téngase en cuenta, además, el rápido avance en ese momento de los alemanes en Europa: el 8 de abril habían ocupado Dinamarca y Noruega (por su parte, la URSS había "neutralizado" a Finlandia) y el 10 de mayo (tres días antes de la propuesta de Cantilo) habían ocupado Holanda, Bélgica y Luxemburgo, abriendo el camino para ocupar Francia.

Los cambios y reagrupamientos en la situación internacional incidieron directamente en el bloque hegemónico de las clases dominantes en la Argentina. Al producirse el debilitamiento temporal del imperialismo inglés, al iniciarse la guerra, se vieron afectadas las posiciones de los principales opresores de la Nación argentina, creciendo la influencia alemana y las aspiraciones hegemonistas del imperialismo nazi. Con el ingreso de Estados Unidos a la guerra, en enero de 1942, aumentó la presión del imperialismo estadounidense para que el gobierno argentino tomara posición contra el Eje. Pese a esa presión, se mantuvo la posición de neutralidad del gobierno argentino. Posición en la que, por distintas razones, coincidían la mayoría de los sectores británicos con intereses en la Argentina, con los alemanes, italianos y sectores colaboracionistas franceses[56].

55. De hecho, el gobierno argentino ya había adoptado una actitud de no beligerancia, al favorecer el refugio en el país de la tripulación del acorazado alemán Graf Spee, cuando tras su derrota en la batalla del Río de la Plata, en diciembre de 1939, su capitán, Hans Langsdorff, decide incendiarlo frente a Montevideo y acogerse al amparo de la diplomacia argentina. Hundido el barco e internada su tripulación, ya en Buenos Aires, envuelto en la bandera alemana Langsdorff se descerrajará un tiro en la sien, el 20 de diciembre de 1939.

56. A fines de julio de 1940 (el 14 de junio las tropas alemanas habían entrado en París y el 1° de julio se había formado el gobierno colaboracionista francés del mariscal Petain) volveremos a encontrar a Leopoldo Melo (ver nota 45) enfrentando a Cordell Hull en la Conferencia de Cancilleres de La Habana, aunque por el posterior "corrimiento" de Melo a favor de la entrada de Argentina en la guerra inmediato a la invasión nazi a la URSS pareciera que, en lo personal, más incidía

Una clara expresión de esto sería la "firmeza" antinorteamericana del canciller Enrique Ruiz Guiñazú, durante el subsiguiente gobierno de Castillo; pero esto no había sido muy diferente con Carlos Saavedra Lamas, en el gobierno de Justo. No es –como cree Jorge Lanata[57], siguiendo a Marcos Tomás Muñiz–, que esa actitud fuera algo intempestiva e inesperada de nuestra oligarquía invertebrada, ya que esos sectores no solo integraban "los directorios o las 'cadenas de la felicidad' (y las coimas) de las empresas norteamericanas en la Argentina" –como indica Lanata con acierto–, sino que sus bolsillos y "su corazón" estaban también, y principalmente, con las empresas inglesas, alemanas, francesas e italianas, como ya lo habían demostrado el *affaire* del puerto de Rosario con la Hersent et Fils, Schneider et Cie., en 1935; la Corporación de Transportes de la ciudad de Buenos Aires, en sociedad con la Anglo y Siemens (subterráneos), y la prórroga por 40 años de las concesiones de servicios eléctricos de la CADE (Sofina) y de la Italo, también en la ciudad de Buenos Aires, en 1936[58].

Obligado por la situación en que la guerra colocaba a la Argentina, el sector que se alineaba tras el presidente Castillo adoptaría medidas que tendrían profunda repercusión en el futuro nacional, como la creación de la Flota Mercante del Estado el 7 de agosto de 1941 (a poco más de un mes de la invasión de la Unión Soviética por Alemania), mediante la compra de 16 barcos italianos,

en él el aun vigente pacto de no agresión ruso-alemán (Molotov-Ribbentrop) que el colaboracionismo francés, a diferencia de lo que ocurrirá posteriormente con Ruiz Guiñazú.

57. Jorge Lanata, *Argentinos*, tomo 2, *Siglo XX: desde Yrigoyen hasta la caída de De la Rúa*, Ediciones B, Buenos Aires, mayo de 2003, pág. 73. El propio Lanata registrará diez páginas más adelante el pedido del presidente Justo, a fines de 1933, a von Thermann, el nuevo embajador alemán (de Hitler), de oficiales de ese país para trabajar en el ejército argentino con uniformes argentinos, y referencias a los "retornos" (coimas) de firmas alemanas a altos funcionarios de esos gobiernos conservadores que tozudamente resistieron las presiones norteamericanas (pág. 83).

58. Alberto Ciria, *Crisis económica y restauración política (1930-1943)*, en Cantón, Moreno y Ciria, *Argentina. La democracia constitucional y su crisis*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1980, págs. 139/41.

bloqueados en Argentina por los aliados[59]. Más tarde, al negarse Estados Unidos a proveer material de guerra (incluso cuando en el Departamento de Estado estuvo Summer Welles, quien no tenía una posición tan agresiva como la de Cordell Hull), y fracasar los reiterados esfuerzos por obtenerlo de otras fuentes[60], Castillo decidirá la fundación de Fabricaciones Militares, designando al coronel Manuel Savio como su primer director, el 16 de octubre de 1941.

Todo esto alentó, durante este período, un cierto espíritu de independencia de la burguesía nacional, particularmente respecto del imperialismo inglés. Principalmente en los sectores de burguesía nacional con aspiraciones industrialistas que empalmaban con jóvenes militares entre los que había crecido una corriente nacionalista heterogénea. Corriente sobre la que trabajaban agentes del imperialismo alemán y del imperialismo inglés. En esa corriente heterogénea existían sectores pronazis, sectores no nazis pero deslumbrados por el crecimiento industrial de Alemania e Italia y otros sectores nacionalistas. Allí surgió el GOU (Grupo de Oficiales Unidos) como una logia con organización y fuerza creciente en los cuarteles, en la que se destacaría la figura del coronel Perón.

Con la agresión de Alemania a la URSS (en ese entonces todavía bajo la dictadura del proletariado), la guerra interimperialista

59. El que Argentina tuviera barcos propios también convenía en ese momento a los imperialistas ingleses y alemanes. Los primeros porque así podían recibir los alimentos en barcos de un país neutral, que no serían atacados por los submarinos alemanes; y éstos porque se cobraban "un peaje" en alta mar: era "convenido" que los barcos argentinos entregaban parte de su carga "en el camino" a los submarinos alemanes, de donde se aprovisionaban de alimentos para sus tripulaciones, como nos ha relatado el ex trabajador marítimo, don Mario Alanis.

60. Todavía el 22 de agosto de 1942, el gobierno argentino pide oficialmente armas a Alemania, sin éxito. Y ya con el general Ramírez en el gobierno de la dictadura militar impuesta el 4 de junio de 1943, el 2 de octubre de ese año parte hacia la España franquista, por barco, el oficial retirado de la Marina, Osmar A. Helmuth, quien con un cargo de cónsul en ese país tiene la misión secreta de negociar la compra de armamentos en Alemania. El 5 de noviembre de 1943, Helmuth es arrestado por los ingleses en Caracas, lo que precipitará la ruptura de relaciones con el Eje y la posterior renuncia de Ramírez, a comienzos de 1944.

se transformó en una guerra mundial antifascista, en la que se fusionaba la defensa del primer país socialista con la lucha liberadora de los pueblos oprimidos por el nazismo alemán, el militarismo japonés y el fascismo italiano. El imperialismo nazi-nipo-fascista se convirtió en el enemigo principal del proletariado a escala mundial. Fue justo considerarlo así mundialmente, y esto no era antagónico con los intereses liberadores de la revolución argentina.

Dada la nueva situación nacional e internacional, la clase obrera argentina hubiera podido impulsar bajo su dirección un frente antifascista, antiimperialista y antioligárquico que, promoviendo las luchas populares, atrajera a un sector de la burguesía nacional y colocase al país junto a la coalición antifascista. Pero la línea errónea del PC limitó mucho el aporte argentino a la coalición antifascista e hizo perder independencia al proletariado, al subordinar su política a la alianza con los imperialistas angloestadounidenses y con los sectores liberales de los terratenientes.

El golpe de Estado de 1943

El 4 de junio de 1943 se produjo el golpe militar que desalojó del gobierno a conservadores y radicales antipersonalistas[61]. Los sectores probritánicos que actuaron preventivamente, ponien-

61. Pese a que el presidente Castillo cumplía con los requerimientos de los sectores nacionalistas de las Fuerzas Armadas, la "designación" como sucesor para las elecciones presidenciales de septiembre de 1943, del conservador salteño Robustiano Patrón Costas, acompañado del antipersonalista santafesino Manuel de Iriondo, los hacía temer sobre el futuro de un gobierno carente de toda base popular. Tampoco esos candidatos gustaban a los aliadófilos y era seguro su "triunfo" en las elecciones (habían muerto tanto Alvear como Justo, y no tenían candidatos de peso para contraponerles), por lo que también golpeaban a la puerta de los cuarteles. En conocimiento de una entrevista de dirigentes radicales con su ministro de Guerra, Ramírez, ofreciéndole la candidatura presidencial, la decisión de Castillo de separar a éste del ministerio precipita el golpe de Estado, con una improvisación que se manifestará en la confusión que se crea por un par de días tanto entre los sectores aliadófilos como entre los neutralistas y nacionalistas, hasta que se imponen estos últimos.

do a la cabeza al general Rawson, pronto se vieron parcialmente desplazados por los proalemanes, que impusieron a Ramírez. Sin embargo, este golpe se dio cuando los ejércitos nazis habían sido derrotados en Stalingrado, y cuando en el grupo de militares hegemónico, a diferencia de los que seguían creyendo en el triunfo de Hitler, había sectores nacionalistas que pensaban ya en el mundo de posguerra, con Estados Unidos y la Unión Soviética triunfantes. Entre éstos estaba el entonces coronel Perón, quien desde la secretaría de Trabajo y Previsión fue ganando cada vez más influencia entre las masas obreras.

Al fracasar en su intento de imponer un gabinete que incluía personajes oligárquicos probritánicos y proalemanes, y donde el predominio de los primeros se manifestaba en sus intenciones de romper relaciones con el Eje, el general Rawson fue obligado a resignar la presidencia a favor del general Ramírez, quien asumió el 7 de junio de 1943 con un gabinete casi exclusivamente militar[62], hegemonizado precariamente por los simpatizantes del Eje.

En realidad, el general Rawson nunca llegó a jurar, pues fue rechazada su propuesta de gabinete, porque incluía a viejos exponentes oligárquicos probritánicos junto a proitalianos y proalemanes "moderados", aunque dejaba Guerra y Marina en manos de proalemanes y proitalianos "duros" (el general Ramírez y el almirante Benito Sueyro, respectivamente). En ese rechazo no solo

62. Solo era civil el ministro de Hacienda, Jorge Santamarina, como expresión de la participación en el golpe de los sectores de terratenientes bonaerenses profranceses "moderados", por lo que no durará demasiado, al igual el almirante Storni, como expresión de los sectores proitalianos "moderados", que también terminarán dándose vuelta (ver notas 41 y 45). Esto ocurrirá entre septiembre y octubre de 1943, como reseñamos en el texto, cuando los aliados avanzan hacia Roma y Mussolini había sido hecho prisionero por los propios fascistas y reemplazado por el general Badoglio, pasándose lo fundamental de las clases dominantes italianas al campo aliado. La tradicional "doble lealtad" de la gran burguesía italiana, hacia los imperialistas ingleses y alemanes, que ya se había manifestado en su neutralidad durante la Primera Guerra Mundial, había llevado a los nazis a ocupar "preventivamente" el norte de la península, y es un comando alemán el que rescata de la prisión a Mussolini el 12 de setiembre de 1943. Ver Anexo 1: "La segunda guerra mundial".

estuvieron los sectores pronazis, sino el conjunto del GOU, y a éste se sumó el sector de oficiales radicales sabattinistas, expresado en ese momento por el coronel Elbio C. Anaya, jefe de Campo de Mayo. Los sectores proalemanes impusieron su hegemonía en la dictadura con la presidencia del general Ramírez, quién armó su gabinete preservando los miembros propuestos por Rawson vinculados a ambos sectores proitalianos (el almirante Sabá H. Sueyro seguía en la vicepresidencia, el almirante Segundo R. Storni pasaba de Interior a Relaciones Exteriores, y el almirante Benito Sueyro se mantenía en Marina), mientras se aseguraba Interior con el coronel Alberto Gilbert, la secretaría de la Presidencia con el coronel Enrique P. González, la Policía Federal con el coronel Emilio Ramírez, y el gobierno de la municipalidad porteña con el general Basilio Pertiné. Pero en Ejército tuvo que compartir posiciones con los otros sectores del GOU, nombrando ministro de esa arma al general Edelmiro J. Farrell, quien llevó como jefe de la secretaría al coronel Perón y de oficial mayor al teniente coronel Domingo A. Mercante. A su vez, puso como ministro de Justicia al coronel Anaya, quien fue reemplazado como jefe de Campo de Mayo por el coronel Eduardo J. Avalos.

Pero el desarrollo de la guerra en Europa obligará a los sectores oligárquicos proimperialistas a acelerar definiciones respecto de la misma, lo que se manifestará en sucesivas renuncias y designaciones en el gabinete de la dictadura encabezada por Ramírez. Así a medida que avanzaban los aliados en la península itálica irían abandonando el gobierno los personajes vinculados a los sectores oligárquicos proitalianos y profranceses "moderados", siendo reemplazados por personajes más abiertamente nazifascistas. Es en ese marco que también crecerá el peso del sector de Perón. A comienzos de setiembre, se produjo la renuncia del canciller almirante Segundo R. Storni, pasando el coronel Alberto Gilbert a la Cancillería y entrando el general Luis Perlinguer al ministerio del Interior. No pasará un mes hasta que, el 11 de octubre, renuncian Santamarina, el almirante Galíndez y el coronel Anaya, siendo reemplazados por César Ameghino, el capitán

(de la Armada) Ricardo Vago y Gustavo Martínez Zubiría (Hugo Wast), respectivamente. También, ese día, el general Farrell era designado vicepresidente, reteniendo el ministerio de Guerra, y el coronel Juan D. Perón llegaba al departamento de Trabajo.

El avance de Perón

Al momento del golpe, la CGT se encontraba dividida en dos, entre los gremios con direcciones que, aunque de origen socialista, ponían por delante su condición de sindicalistas, negándose a definiciones de tipo político (lo que les permitía tener mejor diálogo con el gobierno), y los que se identificaban con los partidos Socialista y Comunista, en ese momento con una posición militante antifascista (enfrentados por tanto al gobierno). La CGT N° 1 era encabezada por José Domenech, y además de la Unión Ferroviaria eran sus principales gremios, la Unión Tranviaria, los telefónicos y los cerveceros. La CGT N° 2, encabezada por el socialista varias veces diputado Francisco Pérez Leirós, además de los sindicatos con dirigentes de esa orientación (La Fraternidad, comercio, municipales, estatales), integraba los dirigidos por los comunistas (construcción, madera, carne, metalúrgicos, gráficos). Acorde con sus orientaciones, la CGT N° 1 visitó al ministerio del Interior, el 21 de junio; a su vez el 21 de julio la sede de la CGT N° 2 fue clausurada por el gobierno de la dictadura militar. Por su parte el coronel Perón, apenas ocupó la secretaría del ministerio de Guerra, comenzó a estrechar relaciones en particular con los dirigentes de origen socialista, como fue el caso de Angel Borlenghi, o el de Juan Atilio Bramuglia, quien colaborará con Perón desde el inicio en el armado de lo que será la nueva secretaría, cuando Perón llegó al departamento de Trabajo en octubre de 1943.

En noviembre de 1943 el Departamento de Trabajo era transformado en Secretaría de Trabajo y Previsión, donde Perón será acompañado además por el coronel Mercante. También en noviembre, el gobierno militar tomó otra medida que hizo poner el

grito en el cielo a la Sociedad Rural Argentina: decretó la rebaja y prórroga de los arrendamientos rurales, por iniciativa del ministro de Agricultura general Diego Mason. Este, además, desde el comienzo de la dictadura juniana había venido produciendo un vuelco en la política ganadera a favor de la producción orientada hacia el mercado interno, reorganizando la Corporación Argentina de Productores (CAP) y llamando a elecciones en la Junta Nacional de Carnes, para quitar poder principalmente a los grandes terratenientes invernadores.

Al tiempo que el sector pronazi predominante en la dictadura se veía obligado a hacer esas concesiones para lograr una base social de apoyo, se acentuaban sus rasgos fascistizantes. Al nombramiento de Jordán Bruno Genta como interventor en la Universidad del Litoral, siguió el cambio de nombre del Colegio Nacional de Buenos Aires por el de Colegio de San Carlos, y hasta el intento de sustituir, en las letras de los tangos, las palabras en lunfardo por sus equivalentes en el castellano "correcto". El 31 de diciembre de 1943, un decreto disolvió los partidos políticos, otro instauró la censura de prensa, y se impuso la enseñanza religiosa en las escuelas, por inspiración del ministro Martínez Zubiría.

A comienzos de 1944 se iniciará el retroceso de los sectores oligárquicos más recalcitrantemente pronazis, al tiempo que avanzaba el liderazgo de Perón. La denuncia del apoyo al golpe nacionalista encabezado por el mayor Gualberto Villarroel en Bolivia[63], y sobre todo el escándalo provocado tras el arresto por los británicos del cónsul Helmuth, convergieron con la intensa presión norteamericana, precipitando la ruptura de relaciones

63. El 20 de diciembre de 1943 se produjo en Bolivia el golpe militar encabezado por Gualberto Villarroel, sindicado como parte de un plan alemán para cambiar la correlación de fuerzas a su favor en Sudamérica, basándose en el gobierno militar de Argentina (Uki Goñi, *Perón y los alemanes*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1998). Villarroel terminaría ahorcado de un farol en 1946, por las fuerzas insurreccionadas en Bolivia tras la derrota nazi en Europa. Víctor Paz Estenssoro, vinculado al grupo de Perón en la Argentina, tendría más suerte: volvería al gobierno como presidente constitucional, como jefe de la revolución popular nacionalista de 1952.

con Alemania y Japón el 26 de enero[64]. El general Ramírez trató de mantenerse pidiendo la renuncia a Farrell, pero ante la contraofensiva de los partidarios de Perón (todavía en alianza con el coronel Eduardo Avalos, a cargo de Campo de Mayo) se vieron obligados a renunciar el canciller Gilbert y los coroneles Emilio Ramírez y Eduardo P. González. Ramírez debió delegar la presidencia en Farrell (el 25 de febrero); Perón asumió interinamente en Guerra (el 26 de febrero) y el almirante Alberto Teissaire, amigo de Perón[65], reemplazó en Marina al almirante Benito Sueyro (el 29 de febrero, diez días antes de la formal renuncia del propio general Ramírez).

Entretanto, se ha producido el terremoto que destruyó la ciudad de San Juan (el 15 de enero de 1944); la gran campaña de ayuda nacional que encabezó Perón desde la Secretaría de Trabajo y Previsión afianzará su creciente liderazgo sobre las masas; allí también se inició su relación con María Eva Duarte, a quien conoció a apenas 7 días del luctuoso terremoto, en el primer festival artístico solidario realizado en el Luna Park de Buenos Aires, el 22 de enero de 1944. La proyección personal de Perón en su accionar desde la Secretaría, sumado a la relación con Eva Duarte, dio origen a su promoción como "el coronel del pueblo". Esto, sin embargo, operó como un revulsivo para muchos de sus aliados (como fue el caso del coronel Avalos, vinculado al ex gobernador de Córdoba, Amadeo Sabattini) e incluso, después del 17 de octubre de 1945, para muchos de sus propios partidarios militares y sindicalistas.

64. Con Italia "púdicamente" ya no se planteará este tema, por lo que decimos en la nota 61: las relaciones continuarán siendo ahora con el gobierno de Badoglio quien, tras el armisticio firmado con los anglonorteamericanos el 3 de septiembre de 1943, declarará la guerra a Alemania. Esto incidirá, en la Argentina, en la pérdida de la dirección de la Marina por el almirante Benito Sueyro, como reseñamos en el texto.

65. Como veremos luego, el almirante Teissaire participaba con Héctor Cámpora y otros de un grupo de apoyo a Perón formado por el coronel Velazco y, ya en sus funciones durante los gobiernos peronistas, trabajaría con él el grupo de Rodolfo Puiggrós.

En junio de 1944 se produjo un nuevo avance de Perón en el gobierno –se lo designó vicepresidente, con retención de sus demás cargos–, mientras renunciaban el general Luis C. Perlinger, todavía ministro del Interior, y otros funcionarios abiertamente filonazis. Pero igual, el gobierno de los Estados Unidos retiró a su embajador en Buenos Aires, Norman Armour, y aplicó el plan Morgenthau, de congelamiento del oro argentino en ese país y prohibición de comerciar con el nuestro. El 25 de agosto, la oposición al gobierno militar salió a las calles de Buenos Aires a festejar el ingreso de los aliados a París. En octubre, los pronazis perdieron uno de sus últimos bastiones en el ministerio de Educación: Alberto Baldrich fue reemplazado por Rómulo Etcheverry Boneo.

No obstante haberse desprendido el gobierno de Farrell de todos los elementos abiertamente pronazis, se mantuvo el bloqueo estadounidense. El nuevo canciller de la tendencia Farrell-Perón, general Orlando Peluffo, pidió el 27 de octubre una reunión especial de la Unión Panamericana.

A su vez, a instancias de la corriente liderada por Perón, el gobierno siguió avanzando en su rumbo de reformas sociales, como el Estatuto del Peón sancionado el 18 de noviembre, y el 4 de diciembre se realizó un acto de adhesión a Perón, que según sus simpatizantes reunió 200.000 personas.

Entretanto se había producido un cambio significativo en el Departamento de Estado de los Estados Unidos: el 30 de noviembre, Edward Stettinius reemplazó a Cordell Hull, y con aquél volvió a la secretaría de Asuntos Latinoamericanos, el empresario y financista Nelson Rockefeller. Esto implicará un vuelco favorable para el gobierno militar argentino, por los antecedentes de Rockefeller (ver nota 39) y el cambio de actitud política del todavía presidente Roosevelt, expresado en ese cambio en su gobierno. Su objetivo era incluir también a la Argentina (es decir, a toda Latinoamérica) en las negociaciones con Rusia e Inglaterra para crear las Naciones Unidas, tras su reunión en Yalta (URSS) con Stalin y con el primer ministro inglés, Churchill. Aunque Argentina fue excluida de la reunión de la Unión Panamericana que ella misma había pedido, tras

la renuncia del canciller general Peluffo el 9 de enero de 1945, una misión norteamericana acordó en febrero con el gobierno argentino. Este, finalmente, declaró la guerra a Alemania y Japón el 27 de marzo. El 4 de abril, Argentina firmó el Acta de Chapultepec (de la Conferencia de México del 21 de febrero, que había tenido lugar sin su participación), y el 19 de abril los Estados Unidos reconocieron al gobierno militar de Farrell[66]. Pero, en el ínterin, el 12 de abril se había producido el repentino fallecimiento de Roosevelt, y el gobierno de Harry Truman designó a Spruille Braden, del ala de Cordell Hull, como embajador en la Argentina.

Al llegar Braden a Buenos Aires, el 21 de mayo de 1945, ya el Ejército Rojo de la Unión Soviética había ocupado Berlín el 2 de mayo, y se había producido la rendición incondicional de Alemania ante las fuerzas aliadas, el 7 de mayo. La guerra continuaría en Asia hasta la ocupación de Japón por los norteamericanos el 28 de agosto, tras arrojar las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki.

Acelerando su reacomodamiento a la nueva situación mundial, en la que Estados Unidos y la Unión Soviética aparecían claramente como los principales vencedores en la guerra, en lo interno el gobierno militar de Farrell levantó, el 18 de mayo, el Estado de Sitio; para fin de mes se permitió la reiniciación de las actividades de los partidos políticos, prohibida desde fines de 1943, y el 31 de julio se concedió la legalidad al Partido Comunista.

La posguerra

Terminada la Segunda Guerra Mundial con la derrota de la Alemania nazi y del Japón, creció el auge de la lucha revoluciona-

66. El 30 de abril de 1945, el canciller ruso Viacheslav Molotov denunció ante la Conferencia de San Francisco (Estados Unidos), el carácter represivo del régimen militar argentino, mientras el gobierno norteamericano apoyó el ingreso de Argentina a la Organización de Naciones Unidas. Finalmente, la URSS aceptó el ingreso a cambio de un voto separado para la República Socialista Soviética de Bielorrusia. Recién con la llegada de Perón al gobierno se reanudarán las relaciones de Argentina con la URSS; lo anunciaría el canciller Juan Atilio Bramuglia el 5 de junio de 1946.

ria de los pueblos y países oprimidos, abonado con el prestigio de la URSS y los comunistas por el papel desempeñado en la derrota del eje nazi-nipo-fascista. Estados Unidos se transformó en el imperialismo más agresivo a escala mundial, y en el gendarme y principal enemigo de los pueblos.

No todos los luchadores antiimperialistas, socialistas o incluso comunistas lo comprendieron así. Justamente por haberlo entendido, y a fondo, es que el Partido Comunista de China pudo conducir su revolución al triunfo en 1949.

En nuestro país, en las condiciones impuestas por la crisis de las metrópolis imperialistas en los años 30' y por la segunda guerra mundial, en medio del auge de luchas obreras y populares, se había ido conformando una extensa burguesía de medianos y pequeños industriales cuyas aspiraciones políticas confluyeron con las de sectores nacionalistas del Ejército[67].

Los sectores oligárquicos subordinados al imperialismo pasaron a combatir con todas sus armas la perspectiva que abría esa confluencia. Este enfrentamiento fue profundizando la división en toda la sociedad argentina.

El Partido Comunista tuvo una valoración equivocada de la situación internacional, al señalar como enemigo principal al imperialismo alemán –ya derrotado– sin ver que el imperialismo norteamericano, con el que se había coincidido en hechos y acciones durante la guerra antifascista, terminada la guerra había pasado a ser el imperialismo más agresivo a escala mundial.

Al golpear como blanco a la burguesía nacional que expresaba el coronel Perón, y por su política oportunista respecto de los te-

67. Ya en 1943, el gobierno de la dictadura militar crea la Secretaría de Industria y, el 4 de abril de 1944, el Banco de Crédito Industrial. El 25 de agosto de 1944 se creó el Consejo Nacional de Posguerra, dependiente de la vicepresidencia de la Nación y presidido por el propio Perón, en cuyo accionar estrechó relaciones con el industrial Miguel Miranda, quien será el conductor de la economía en el primer período del gobierno peronista. También del lado empresario, se destacó el industrial Rolando Lagomarsino, quien en septiembre de 1945 enfrentará a la mayoría de la cúpula de la Unión Industrial Argentina opuesta a Perón, y será su secretario de Industria y Comercio, en 1946.

rratenientes liberales y de alianza con los imperialismos que oprimían a la Nación y el pueblo argentinos, se aisló del proletariado, perdió fuerzas y no pudo orientar correctamente al movimiento obrero, campesino y popular en alza.

La base teórica de los errores de la dirección del Partido Comunista de la Argentina estuvo en que revisó la teoría leninista del imperialismo y volvió a equivocarse en el análisis del carácter de la burguesía nacional, dos cuestiones claves para el avance del proceso revolucionario en los países oprimidos como la Argentina.

El PC hizo suyas las teorías browderistas[68], planteando que se abría un período de colaboración con los imperialismos "democráticos" (principalmente Gran Bretaña y los Estados Unidos) y con ello la posibilidad de iniciar un proceso de liberación nacional con su ayuda.

Al aliarse con los enemigos de la revolución argentina, el PC traicionó los intereses de la clase obrera y el pueblo y cedió la dirección política de las masas a la burguesía. Grave error que la clase obrera y los verdaderos comunistas pagarían durante décadas.

También en este proceso mostrarían sus limitaciones las otras fuerzas con arraigo popular, como los radicales, socialistas y demócratas progresistas, al aliarse con los conservadores y los representantes del imperialismo norteamericano. Aunque esa alianza haya sido también temporal, no hacía más que mostrar la conciliación y oportunismo histórico de las direcciones de esos partidos con los sectores dominantes en la economía y la sociedad argentina. Esto seguiría manifestándose, con similar verborragia republicana –en verdad aristocratizante–, durante el gobierno de Perón, por lo que las encontraremos conciliando, cuando no participando directamente, en el golpe de 1955 y en los golpes de Estado y dictaduras militares posteriores.

68. Por el revisionista Earl Browder, que había sido un distinguido dirigente de la Internacional Comunista, y en ese momento encabezaba el Partido Comunista de los Estados Unidos.

En estas condiciones, y aprovechando la debilidad momentánea de los distintos sectores imperialistas, con la dirección del entonces coronel Perón, la burguesía nacional pasó a hegemonizar un frente nacionalista burgués que logró ganar una gran base de masas.

El 17 de octubre de 1945

Con el crecimiento industrial se incorporaron a las fábricas cientos de miles de obreros rurales y campesinos pobres provenientes de las zonas más oprimidas de la Argentina y de países vecinos.

Se incorporaban a las fábricas trayendo su experiencia de hambre, trabajo de sol a sol y prepotencia de patrones y capataces. Pero también traían su historia de rebelión, de luchas contra la opresión terrateniente e imperialista.

La clase obrera creció en organización y fuerza. El número de obreros sindicados creció de 80.000, en 1943, a 500.000 en 1945. Desde la Secretaría de Trabajo y Previsión el coronel Perón fue estructurando una organización sindical fuerte, basada en la conciliación de clases y subordinada al Estado. Dicha secretaría fue impulsora, de hecho, de la conformación de comités de apoyo a Perón en todo el país.

Perón levantó la bandera de la justicia social, logrando que por decreto el gobierno de la dictadura militar otorgara mejoras sociales a los trabajadores. Así, entre 1943 y 1945, se lograron importantes conquistas salariales, el aguinaldo y otras como la jubilación, los convenios colectivos de trabajo, las vacaciones pagas, la rebaja y congelación de los alquileres y arrendamientos, el Estatuto del Peón. Reivindicaciones por las que el movimiento obrero había protagonizado heroicas luchas durante décadas, con mucha sangre derramada.

Junto con esto Perón se dirigía a los peones rurales y a los pobres del campo diciendo: “el problema argentino está en la tierra”, que “no debe ser un bien de renta, sino un bien de trabajo”.

Con esta política dirigida a las masas proletarias en ascenso y a los pobres del campo, con el avance de los sectores nacionalistas

de las Fuerzas Armadas y con el apoyo de un sector de la intelectualidad, de profesionales y de empresarios antibritánicos y antiestadounidenses fue cambiando el escenario político nacional.

La burguesía nacional (principalmente industrial) fue acumulando fuerzas y pasó a disputar la hegemonía a los sectores oligárquico-imperialistas, que pasaron a actuar abiertamente para sacar de en medio al coronel Perón, con el abierto apoyo del nuevo embajador de Estados Unidos, Spruille Braden.

Los dirigentes de los partidos Radical, Conservador, Socialista, Demócrata Progresista y Comunista, junto a fuerzas gremiales, profesionales, universitarias, etc., convocaron a la "Marcha de la Constitución y la Libertad", reclamando la destitución de Perón y el paso del gobierno a la Corte Suprema de Justicia.

La convocatoria contó con el apoyo de los grandes diarios[69] y el auspicio de la embajada norteamericana, la Sociedad Rural y la Unión Industrial.

El 19 de setiembre de 1945 el frente opositor exhibía en esa Marcha toda su fuerza, realizando el primer ensayo de lo que luego sería la Unión Democrática.

En los primeros días de octubre un sector del ejército encabezado por el general Eduardo Avalos[70], con apoyo de la oficia-

69. En Buenos Aires, en particular, *La Prensa*, vocera principalmente del conservadorismo bonaerense, y *La Nación*, del liberalismo porteño. En este proceso, el 28 de agosto de 1945, nació el diario *Clarín*, dirigido por el ex socialista independiente Roberto Noble –quien había llegado a ser ministro del gobernador bonaerense conservador Manuel Fresco, en los años de idilio del justismo con los proalemanes "duros"–, constituido ahora en un fervoroso adherente a la Unión Democrática; su hermano Julio, por la democracia progresista, integraría la lista Unidad y Resistencia, junto a Rodolfo Ghioldi, dirigente histórico del PC. Al poco tiempo, se incorporó a *Clarín* el núcleo selecto de *Crítica* (entre ellos Ernesto Giúdice, Paulino González Alberdi, Raúl González Tuñón), "huérfano" desde la muerte de Natalio Botana.

70. Tras el fracaso del intento de acercamiento de Perón al dirigente radical cordobés Amadeo Sabattini, a mediados de 1944, se produce el enfriamiento de las relaciones de Perón con Avalos, que llevarán a éste a pasarse al campo de la oposición en 1945. En cambio otros sectores radicales (aparte de los provenientes de FORJA) se acercarán a Perón, dando origen en julio de 1945 a la Junta Renovadora de la UCR. Expresión de ello será el nombramiento, el 2 de agosto de 1945,

lidad de Campo de Mayo y otras unidades militares, le exigía al presidente Farrell separar al coronel Perón de todos sus cargos. Esto dejaba en evidencia la fractura en el ejército y en las Fuerzas Armadas.

El 8 de octubre, un comunicado oficial anunciaba la renuncia del coronel Perón a sus cargos de vicepresidente, ministro de Guerra, y secretario de Trabajo y Previsión.

La situación política se fue precipitando aceleradamente. Renunció el gabinete del gobierno de Farrell, pero emitiendo antes un decreto que convocaba a elecciones para abril de 1946[71]. Es designado como ministro de Guerra, en reemplazo de Perón, el general Eduardo Avalos, y éste hace nombrar en Marina al almirante Héctor A. Vernengo Lima[72], asumiendo entre los dos seis ministerios, pues no pueden conformar el resto del gabinete.

Mientras el general Avalos desmontaba el aparato peronista de los puestos claves del gobierno, de las Fuerzas Armadas y de seguridad, Perón era detenido y llevado a la isla Martín García, y una movilización, principalmente de capas medias y altas, se concentraba frente al Círculo Militar reclamando la entrega del gobierno a la Corte[73].

---

de Jazmín Hortensio Quijano como ministro del Interior del gobierno de Farrell; después, Quijano será el vicepresidente de Perón.

71. Tras el triunfo de la pueblada del 17 de octubre de 1945, se adelantará la fecha al 24 de febrero de 1946.

72. El almirante Vernengo Lima se identificaba con la corriente garibaldina republicana aristocratizante, mayoritaria en la Marina, que se había alzado contra "el mazorquero" Yrigoyen en 1930, se oponía a la minoritaria populista, expresada entonces por el yrigoyenista contralmirante Tomás Zureta y, tras la renuncia del filofascista almirante Benito Sueyro, en febrero de 1944, por el almirante Alberto Teissaire, como hemos visto en el texto.

73. En el *Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina* (Editorial Anteo, Buenos Aires, 1947) se critica a sus aliados de la llamada Junta Coordinadora, diciendo que ésta "en lugar de proponer al general Avalos la formación de un gobierno de coalición en el que participaran todos los partidos y fuerzas democráticas, 'exigió' de él la entrega incondicional del poder a la Corte Suprema –formada por elementos reaccionarios– que el pueblo no estaba dispuesto a apoyar" (pág. 121). Amadeo Sabattini tampoco habría sido partidario de entregar "todo el poder a la Corte", pero no aceptó la propuesta del general Avalos de for-

Entre los trabajadores se afirmó la conciencia de que la ofensiva contra Perón, y luego su arresto, abrirían paso a la instalación de un gobierno de los "galeritas", de la oligarquía, y con ello a la pérdida de sus conquistas sociales.

Al mismo tiempo, un sector nacionalista del ejército, y de las otras Fuerzas Armadas y de seguridad buscaba reagruparse para contragolpear.

A favor o en contra de Perón, pasaría a ser la división de aguas en la sociedad argentina.

El 15 de octubre la FOTIA declaró en Tucumán la huelga general[74]. Esa misma noche hicieron lo mismo algunos sindicatos en Rosario, centrando sus reclamos en la libertad de Perón. Entretanto, Berisso había sido prácticamente "copada" por los obreros de la carne, que el 16 entrarían en Ensenada. Lo mismo ocurría en Valentín Alsina, Lanús y otras localidades del sur del conurbano bonaerense. También al mediodía del 16, los ferroviarios de Tafí Viejo (Tucumán) habían abandonado los talleres exigiendo la inmediata libertad del coronel Perón.

Presionada por la enorme agitación de las bases obreras y los dirigentes intermedios, en la noche del 16 de octubre el Comité Central Confederal de la CGT declaró el paro general para el día 18, en defensa de las conquistas sociales, sin plantear la libertad de Perón. La huelga se decidió en medio de una intensa polémica: parte importante de los dirigentes sindicales ya se habían vinculado estrechamente con la secretaría de Trabajo, y con ese apoyo habían avanzado en desplazar a dirigentes opuestos a Perón. Del otro lado se ubicaban los dirigentes enrolados en los partidos Comunista y Socialista que, identificando a Perón con el nazismo, coincidían con la embajada norteamericana y con las fuerzas oligárquicas en reclamar la destitución del coronel.

mar gobierno aconsejándole que lo hiciera con el procurador de la Corte, doctor Alvarez (César Tach, *op. cit.*, págs. 40-41).

74. Miguel Galván, "Tucumán: el peronismo, origen, la Fotia (1ª. Parte)", en *Política y Teoría*, N° 47, diciembre-febrero de 2002.

Pero los paros que iban realizando algunos gremios, la efervescencia existente y el accionar de los activistas durante los días previos, hicieron que varios sindicatos en el Gran Buenos Aires declararan por su cuenta la huelga general, pasando por encima de la dirección de la CGT. La huelga y la puesta en movimiento de las masas proletarias se inició el 17 a primera hora. En la movilización tuvieron un papel destacado Cipriano Reyes entre los obreros de la carne, y el coronel Domingo Mercante, en ferroviarios.

Columnas de trabajadores de Berisso y de Ensenada marcharon juntas a la ciudad de La Plata. Piquetes de obreros peronistas paralizaron los tranvías, apedreando el Jockey Club y la representación del diario oligárquico *La Prensa*. La huelga se generalizó. Desde La Plata, nutridos contingentes viajaron a Buenos Aires, juntándose en el acceso con los del frigorífico Anglo de Avellaneda y otras columnas obreras. En los ferrocarriles el paro era casi total.

Millares de personas, hombres, mujeres y niños se encolumnaban hacia Buenos Aires vivando al coronel Perón.

A media mañana, las columnas obreras provenientes de Avellaneda, Lanús y Berisso marchaban hacia Plaza de Mayo cruzando por cualquier medio posible el Riachuelo, incluso a nado. A ellas se sumaban los trabajadores de las fábricas de la Boca, Barracas, Patricios y de barrios populares del oeste de la Capital Federal.

El aparato del Estado estaba partido; una parte del ejército y la policía apoyaba a Perón, otra parte quedó neutralizada, y el sector antiperonista fue desbordado por la movilización obrera y popular. La pueblada en marcha alentó a los militares de la corriente nacionalista. Los coroneles Velazco y Molina coparon el Departamento Central de Policía y otros oficiales peronistas tomaron el Regimiento 3 de Infantería, mientras era neutralizado y se rendía el sector intermedio, representado por la jefatura de Campo de Mayo (guarnición decisiva en el desenlace de los acontecimientos). El almirante Vernengo Lima sublevó la Marina en contra de Perón, pero se vio aislado política y militarmente

Entrada ya la noche, el coronel Perón debió ser liberado y presentado en los balcones de la Casa Rosada ante una multitud que

lo aclamaba. El presidente Farrell anunció la aceptación de la renuncia de Perón a sus cargos y el adelantamiento de las elecciones generales para febrero de 1946.

La pueblada del 17 de Octubre, hegemonizada por la burguesía nacional, no solo abrió paso al triunfo del proyecto nacionalista y reformista-burgués que encarnaba el peronismo. También reafirmó el camino de las "puebladas", el de la Revolución de Mayo de 1810 y el de las insurrecciones radicales de 1890. Camino reiniciado luego, en otras condiciones históricas, con el Cordobazo de mayo de 1969 y, ya en el siglo XXI, con el Argentinazo del 19 y 20 de diciembre de 2001.

El gobierno de Perón y el movimiento obrero

La pueblada del 17 de octubre de 1945 dio un brusco giro a la situación. Todas las fuerzas políticas y sociales debieron tomar nota de la irrupción de las masas obreras y populares en la escena política.

El 18, ante la orden de Farrell de reprimir a la Marina que seguía sublevada, ésta depuso su actitud al conocerse que Avalos había ordenado al ejército acatar al presidente Farrell y al nuevo ministro de Guerra, general José Humberto Sosa Molina. Este purgará el ejército y la policía. El nuevo vicepresidente será el general Juan Pistarini, quien después ocupará con Perón, ya presidente constitucional, el ministerio de Obras Públicas, continuando Sosa Molina en Guerra.

Perón se casó con María Eva Duarte el 22 de octubre, al tiempo que se organizaban la UCR (Junta Renovadora), el Partido Laborista y el Partido Independiente[75], que fueron sus instru-

75. Mientras la UCR Junta Renovadora se identificaba con Quijano y el laborismo con Cipriano Reyes, menos conocido era el tercer grupo formado a fines de 1943 con el apoyo del peronista jefe de Policía, coronel Juan Filomeno Velazco, del que participaban el almirante Alberto Teissaire, Héctor J. Cámpora y Luis Visca. Teissaire será presidente del Senado durante el gobierno peronista y, a la muerte de Quijano, vicepresidente de la Nación; y Cámpora será presidente de la cámara de Diputados y, en 1973, presidente de la Nación. En la secretaría de

mentos electorales; Forja se autodisolvió, como ya señalamos. En la vereda de enfrente, los dirigentes comunistas, socialistas y demócratas progresistas invitaban a la UCR a constituir la Unión Democrática, que llevará dos radicales en la fórmula presidencial: José P. Tamborini y Enrique M. Mosca; los conservadores ordenaron votar esta fórmula. La Iglesia se dividió: la jerarquía se declaró "neutral", pero virtualmente prohibió a los católicos votar por la Unión Democrática (al vetar en una pastoral los candidatos socialistas y comunistas); un sector expresado por el semanario *Estrada* (el presbítero Agustín Luchía Puig, Manuel V. Ordóñez y Moisés Alvarez Lijó), el sacerdote José María Dumphy y monseñor Miguel De Andrea, entre otros, instó a votar contra Perón, y otro sector apoyó abiertamente a éste: Virgilio Filippo será electo diputado en 1948. A su vez, el Departamento de Estado estadounidense, habiendo regresado Braden a Estados Unidos como secretario adjunto para Asuntos Interamericanos, publicará el 12 de febrero de 1946 un *Libro Azul* sobre las actividades nazis en la Argentina[76], para incidir en la campaña electoral contra Perón.

En estas condiciones, se marchó a las elecciones nacionales del 24 de febrero de 1946, caracterizadas por una polarización

Asuntos Políticos del almirante Teissare trabajaría el grupo de Rodolfo Puiggrós, desprendido del PC de la Argentina pero que continuó manteniendo buenas relaciones con el PC de la Unión Soviética.

76. Que el *Libro Azul* no era un informe completo sobre las actividades nazi-fascistas en la Argentina, sino sesgado contra quienes tras la derrota de Italia y Alemania no se subordinaban a los norteamericanos, lo reconocen sus propios compiladores, al admitir que "solo incluía los nombres de los pecadores que aún no se habían enmendado de pasadas faltas" (Tulio Halperin Donghi, *Argentina. La democracia de masas*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1972, pág. 55). Algo semejante ocurrió con publicaciones sobre las relaciones de Perón y otros miembros del GOU, e incluso de Eva Duarte, con los nazis, probablemente obtenidas de los archivos de Berlín capturados por los servicios rusos, como fue el caso del libro del dirigente radical Silvano Santander, *Técnica de una traición. Juan D. Perón y Eva Duarte, agentes del nazismo en la Argentina*, Editorial Antygua, Buenos Aires, 1955. Los personajes de la oligarquía invertebrada que transfirieron su lealtad política a los vencedores, nunca aparecen en estos libros.

extrema de la sociedad argentina[77], encontrando a la propia clase obrera dividida, pues el partido del proletariado, al impulsar e integrar la Unión Democrática, se alió a los enemigos de la revolución argentina (el imperialismo y los terratenientes). Ante la opción: Braden o Perón, la mayoría del proletariado industrial y rural y del campesinado pobre se volcó hacia este último, convirtiéndose en la principal base social del movimiento peronista, que fue así hegemonizado por la burguesía nacional con aspiraciones industrialistas, y en el cual confluyó también una fracción de terratenientes.

El 4 de junio de 1946, Perón asumió como presidente constitucional. En el acto de asunción, junto a representantes de distintos países, apareció un nuevo embajador de Estados Unidos en reemplazo de Spruille Braden, y también el embajador de la URSS, país con el que se restablecieron las relaciones interrumpidas desde 1917 (Yrigoyen solo había intentado establecer relaciones comerciales, que fueron abortadas con el golpe de 1930). Esto reflejaba la nueva situación internacional de la posguerra.

La política seguida por la dirección reformista del Partido Comunista, expresada en su integración a la "Unión Democrática", significó un quiebre profundo y duradero de su influencia en el movimiento obrero argentino; dejó el campo libre al proyecto peronista que, aunque ahogando el clasismo y sustituyéndolo por la política de conciliación de clases, pudo cosechar, mediante una importante redistribución de ingresos y medidas antioligárquicas y antiimperialistas, un amplio apoyo obrero y popular. Conquistado el gobierno por Perón, éste aceleró la promoción de un nuevo tipo de sindicalismo, verticalista, de afiliación obligatoria y con descuento por las patronales o el Estado de la cuota sindical, apoyándose en los dirigentes más colaboracionistas y desplazando a

77. El escrutinio definitivo dio 1.499.288 votos para la fórmula Perón-Quijano, y 1.210.819, para Tamborini-Mosca, con menos de 300.000 votos de diferencia entre ambas. De todas maneras, por el sistema electoral vigente, el peronismo obtuvo 109 diputados contra 47 de la oposición, todos los senadores excepto dos (los de Corrientes), y trece de los catorce gobernadores de provincias.

aquellos que, aunque lo habían ayudado en su ascenso, pretendían una independencia de tipo sindicalista para el movimiento obrero, como sucedió en los casos de Cipriano Reyes –cuando Perón ordenó la disolución de los tres partidos con los que había subido al gobierno para conformar un partido único, el laborismo se opuso–, y posteriormente del telefónico Luis Gay, quien llegó a ser secretario general de la CGT por apenas dos meses, debiendo renunciar en enero de 1947, acusado por el gobierno de haberse vendido a los norteamericanos.

El desarrollo de la industria manufacturera, facilitado por el proteccionismo obligado de la crisis, primero, y de la guerra después, trajo un importante desarrollo del proletariado fabril, sobre todo en aquellas ramas más cercanas al consumo, por ejemplo textiles, metalúrgica liviana y conexas. La expansión del mercado interno que aparejó este proceso, aun dentro de los límites que imponía el mantenimiento del latifundio en el campo, facilitó una política de ingresos favorable a los asalariados, con relación a la política retrógrada que había imperado al respecto hasta 1943. Esta política, afirmada en una participación política, aunque subordinada, dentro del movimiento nacional, permitió cimentar un mayor consenso a la política sindical del peronismo que, imposibilitado de desarrollar una aristocracia obrera por mantenerse el carácter dependiente y latifundista de la estructura económica, recurrió entonces a la formación de una capa de jerarcas sindicales sustentados en el cobro compulsivo de la cuota sindical y el apoyo directo del aparato estatal y partidario del peronismo.

Con la elección de Aurelio Hernández, del gremio de enfermeros de precedencia comunista, en reemplazo de Luis Gay, se inició el tránsito de la dirección de la CGT del sindicalismo al colaboracionismo en febrero de 1947. No sin contradicciones porque ese colaboracionismo se hacía con un contenido fuertemente antioligárquico y antiimperialista y con pretensiones de cierta autonomía del movimiento obrero, lo que se manifestó a poco andar en el Primer Congreso Nacional pro Plan Quinquenal, realizado en

octubre de 1947[78]. Criticado de "autoritarismo", cuando el ministro del Interior, el mercantil Angel Borlenghi le retiró el apoyo, Hernández terminó siendo sustituido por José Jerónimo Espejo, del gremio de la alimentación, quien llevaría a fondo la política colaboracionista progubernamental.

Entretanto de la actitud inicial de la Secretaría de Trabajo y Previsión de declarar legales las huelgas, como ocurrió con la de los trabajadores de la carne en 1946, fue cambiando hacia declararlas ilegales, como ya ocurrió con la de los municipales en 1947. Pero todavía, si como en este caso pese a estar el gremio intervenido y haberse producido 2.000 despidos, los trabajadores continuaban la huelga, el gobierno terminaba cediendo parcialmente las reivindicaciones y reincorporando los cesantes. Lo mismo sucedió casi simultáneamente con la prolongada huelga de los petroleros y otras, hasta que el gobierno logró que fuera la propia CGT la que interviniera los gremios en huelga, como ya ocurrió en octubre de 1947 con la Asociación Obrera Textil y, luego, con los bancarios, aunque en este caso los trabajadores continuaron respondiendo al gremio paralelo, logrando al final todo lo que habían pedido, el pago de los días no trabajados y la reincorporación de los cesantes.

La represión a los obreros gráficos en marzo de 1949 inició un nuevo momento en el que a la ilegalización e intervención de los gremios, se agregó la utilización abierta de la policía contra los trabajadores en huelga. También fueron reprimidas, entre otras grandes huelgas, la de los trabajadores de los ingenios tucumanos en octubre de 1949[79], la de los marítimos en marzo de 1950, la nueva de los bancarios a mediados de 1950 y la de los ferroviarios a comienzos de 1951, en la que se llegó a disponer su movilización militar.

78. Allí se oyeron voces como, por ejemplo, la de Floreal Figueroa, de la construcción de Santa Fe: "La CGT debe apoyar las huelgas por mejoras de salarios en lugar de echarle todas las culpas al comunismo. Los enemigos nuestros son los frigoríficos, la CADE y los dueños de las fábricas" (Carlos Echagüe, *op. cit.*, pág. 91).

79. Miguel Galván, "La huelga del 49. La Fotia", en *Política y Teoría*, N° 52, agosto-octubre de 2003.

Tras la muerte de Eva Perón el 26 de julio de 1952, el ya desgastado José Espejo renunció en octubre a la secretaría general de la CGT, siendo reemplazado por Eduardo Vucetich, del gremio de Farmacia, de estrecha confianza del ministro Borlenghi y su grupo[80], que se mantuvo en el cargo, al igual que este, hasta julio de 1955, cuando tras el frustrado golpe de junio de ese año, Perón se desprendió de ellos y otros funcionarios "irritativos" para la oligarquía y los sectores opositores, en su último intento de lograr una "conciliación nacional". Entre las huelgas de este último período, aparte de la más prolongada de los obreros del tabaco que terminó con la suspensión de la personería gremial de su gremio en agosto de 1954, se destacó la de los metalúrgicos de mayo-junio de ese mismo año. En esta, los obreros pasando por encima de la dirección colaboracionista del gremio, en asambleas masivas realizadas en la calle, frente al local del gremio y en la plaza Martín Fierro (en esta última deliberaron 30 mil trabajadores) se dieron una dirección propia para la lucha: el Comité de Huelga Central, basado en comités de huelga por establecimiento. La masividad de las asambleas y la solidez de la organización lograron arrancar mejoras, tras lo cual el gobierno denunció un complot animado por intereses foráneos, deteniendo numerosos activistas obreros y políticos opositores.

En todas las luchas de los trabajadores bajo el gobierno de Perón jugaron un gran papel los militantes obreros comunistas, con una tenaz y sacrificada actividad que mereció el reconocimiento de la mayoría de los propios trabajadores peronistas. Pero el carácter superficial de la autocrítica de la dirección de su Partido posterior al triunfo de Perón y el mantenimiento, en esencia, de su línea oportunista con los sectores liberales de los terrate-

80. En el grupo de Borlenghi "se alineaban el propio ministro del Interior, el subsecretario A. Krislavin, Diskin, Raúl Apold, etcétera. Se los acusaba de haber protegido la entrada al país de un buen número de agitadores entrenados en Alemania Oriental y en Moscú" (Pedro Santos Martínez, *La nueva Argentina, 1946-1955*, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1976, tomo I, pág. 353). Borlenghi concluirá su vida como refugiado en la Cuba de Fidel Castro.

nientes y la burguesía intermediaria, impedirán a los comunistas tener un papel orientador de las masas trabajadoras para que la clase obrera pudiese actuar políticamente como vanguardia del necesario"frente popular unido" para enfrentar la conspiración oligárquica, que comenzó a hacerse evidente a partir del frustrado golpe de septiembre de 1951, al que el propio Perón llamó a los trabajadores a formar en abril de 1952, anunciando también una ley para establecer el fuero sindical, el 1° de julio de ese año.

Aún cuando una de las primeras medidas de Perón había sido el establecimiento de las relaciones diplomáticas con la URSS, la política de la dirección del PC de la Argentina nunca dejó de ser conflictiva con el gobierno peronista. Pese a su autocrítica inmediata a las elecciones de 1946, a reubicar al imperialismo norteamericano como enemigo principal y a plantear un propósito de unidad con las masas peronistas, de hecho siguió considerando a Perón como expresión de los elementos "pronazis y falangistas" dentro de su movimiento y considerando, a la vez, a los sectores oligárquicos antiperonistas como aliados "democráticos". Así, mientras sus militantes obreros tenían serios problemas para relacionarse con las masas de trabajadores peronistas, el Partido se desarrollaba más entre los estudiantes y las capas medias enfrentadas a Perón e incluso entre los hijos de la oligarquía liberal y la joven oficialidad que los expresaba en su antiperonismo, como fue el caso del grupo que integraban Alejandro Agustín Lanusse, Alcides López Aufranc y Juan Enrique Guglialmeli, que salió junto al general Benjamín Menéndez, en el frustrado golpe de septiembre de 1951.

Aunque posteriormente, cuando Perón hizo en abril de 1952 el llamado a un "frente popular unido", la dirección del PC consideró la propuesta "oportuna y necesaria (...) para desbaratar los planes siniestros de la conspiración oligárquico-imperialista", y pese a que en su órgano oficial publicó la fotografía de Eva Perón con una franja negra de luto a su muerte, se mantuvo su política dual, de oportunismo a la vez con los sectores del gorilismo "democrático". Tal vez ese acercamiento a Perón, que llegó hasta

pedir el armamento del pueblo ante el frustrado golpe de junio de 1955, tuvo más que ver con la intensificación de las relaciones comerciales del gobierno peronista con la URSS que con la búsqueda de una amistad sincera con los trabajadores peronistas de los que estaban separados. Tal vez también tuvo que ver con el estrechamiento de relaciones de Perón con el grupo Gelbard, y la mayor incidencia del grupo de Puiggrós en el gobierno a través del almirante Teissaire y el peso del sector del Borlenghi en el ministerio del Interior y en la secretaría de Prensa y Difusión (incluyendo a Jerónimo Remorino en la chancillería). Lo cierto es que cuando este último sector se retira del gobierno a fines de julio de 1955[81], y Perón consulta a la dirección del PC sobre su propuesta de armamento al pueblo, ésta le contesta que "ya es tarde"[82]. Así se llega al desemboque de la situación en el golpe de Estado de septiembre de 1955, en el que la dirección del PC, a contrapelo de los sentimientos de la mayoría de sus bases obreras (no así de las capas medias estudiantiles e incluso de otros sectores de trabajadores ganados por el gorilismo), termina jugando del lado de los golpistas, anidando tanto en la corriente militar que postula un "peronismo sin Perón" (en el sector representado por el coronel Señorans) como en la corriente militar gorila (en el sector representado por Solanas Pacheco, Lanusse y Guglialmeli).

El desarrollo industrial

El proceso abierto con el golpe de Estado del 4 de junio de 1943 culminó, tres años después, con el ascenso de Perón al gobierno, quien enarboló tres banderas: soberanía política, independencia económica y justicia social. El proyecto económico del peronismo se planteó profundizar el desarrollo industrial, en

81. Remorino renunció a Relaciones Exteriores más tardíamente, el 26 de agosto, siendo reemplazado por Idelfonso Cavagna Martínez.

82. La delegación de la dirección del PC que concurrió a la entrevista estuvo encabezada por Rodolfo Ghioldi, autor de esa respuesta según contó posteriormente el propio Perón, en Madrid, a una delegación juvenil que venía de Moscú.

función básicamente del mercado interno, cuestionando los lazos tradicionales con el mercado externo y promoviendo una mayor autonomía económica y una redistribución de ingresos a favor de los asalariados, principales demandantes de los productos de fácil elaboración que encaró la industria en las condiciones entonces imperantes.

La doctrina económica del peronismo revestía un carácter nacionalista defensivo, protectora de la industria respecto de la competencia externa. De acuerdo a sus postulados, sus enemigos eran la oligarquía y el imperialismo. Sin embargo, en la práctica, estas postulaciones tenían una connotación particular, en estrecha vinculación con el tipo de desarrollo industrial que se venía dando, y que aceptaba sin cuestionar su esencia dependiente. Actuaba solamente como protectora de la industrialización en general, obstaculizando los intentos de restauración del esquema tradicional en el que predominaban los intereses agroexportadores, pero sin crear las bases de un desarrollo independiente de los terratenientes y el imperialismo. Más que impulsora de un desarrollo industrial autónomo, era paternalista con el desarrollo industrial existente; más que revolucionaria en las relaciones sociales, era también paternalista respecto de la clase obrera, procurando su mejoramiento económico dentro del marco de las relaciones de producción imperantes. Esto, que fue una manera de asegurar la supervivencia de las mismas, en condiciones de transformaciones mundiales que podían ponerlas en peligro, permitió, a la vez, desarrollar un mercado para la burguesía nacional, sin cuestionar las bases del atraso en el campo –el latifundio– ni tampoco las bases de la dependencia del nuevo desarrollo industrial, dadas por las inversiones monopolistas en la industria y la falta de desarrollo de la producción local de bienes de equipo e intermedios de cierta complejidad.

Con características propias, el peronismo reeditó la experiencia de los movimientos de liberación nacional dirigidos por la burguesía industrial, común, durante el siglo XX, a muchos de los países coloniales y dependientes. Atacó las manifesta-

ciones superestructurales del atraso y la dependencia, promoviendo una relativa democratización interna. Al mismo tiempo, cuestionó algunos de los elementos de la antigua dependencia, sobre todo los vinculados al comercio exterior tradicional y las inversiones extranjeras ligadas a dicho esquema. Pero de ninguna manera atacó los pilares del atraso y la dependencia, permitiendo la supervivencia de la gran propiedad territorial y el afianzamiento de la inversión monopolista en la industria. Esto fue parte de un juego complejo de la burguesía industrial la cual, a la vez que forcejeaba por una posición dominante en la estructura de producción, buscaba asociarse con los sectores más modernos de los terratenientes y del capital monopolista internacional, interesados como ella en la producción para el mercado interno.

La aplicación de una doctrina nacionalista, entendiendo por tal una propuesta tendiente a romper la dependencia externa y desarrollar un capitalismo autónomo en beneficio de la burguesía industrial, implicaba no solo un enfrentamiento con el imperialismo sino también con los elementos internos asociados al mismo, es decir, con los terratenientes y la burguesía intermediaria. Su alcance estaba estrechamente ligado a la potencialidad revolucionaria de la burguesía industrial, que se encontraba determinada por su origen y desarrollo dentro del complejo de relaciones de producción imperantes y, por lo tanto, por su relación con los terratenientes y el imperialismo.

En el caso particular del desarrollo del capitalismo en nuestro país, manteniéndose las bases del atraso y la dependencia (el latifundio de origen precapitalista y la opresión imperialista), muchos individuos de la gran burguesía industrial terminaron convirtiéndose en terratenientes y asociándose estrechamente con el capital monopolista internacional Los sectores de gran burguesía nacional que se desarrollaron con ese proceso, sobre todo durante la segunda guerra mundial, lo hicieron más bien buscando un lugar en la estructura preexistente antes que en ruptura con ella. A la vez, su temor a la movilización democráti-

ca de las masas obreras y populares condicionó su interés acerca de ciertas transformaciones revolucionarias, lo que limitó sus posibilidades de liderar un proceso alternativo de desarrollo, que hubiera tenido que enfrentar, aparte del imperialismo, a los terratenientes y la burguesía intermediaria. Todo esto se reflejó en el carácter de la doctrina nacionalista en nuestro país, que, si bien de palabra era muy agresiva con la oligarquía y el imperialismo se redujo en la práctica a un proteccionismo genérico del mercado interno y de la industrialización, es decir, sin cuestionar revolucionariamente las relaciones de propiedad en que se sustentaban los sectores dominantes. En definitiva, su proteccionismo, salvo las correcciones políticas en el ámbito de la distribución del ingreso, sin modificar las bases de la estructura productiva, aunque promovió el desarrollo de sectores burgueses nacionales solo recortó temporariamente las uñas a los elementos dominantes de la misma, independientemente de la intencionalidad de los actores.

El cuadro N° 45 muestra la evolución de la oferta global durante el peronismo, que creció en un 5,7% anual de promedio en el primer quinquenio, debido al sostenimiento de la tasa de crecimiento de la actividad económica interna y a la elevada tasa de aumento de las importaciones (17,7% anual, en promedio). En el segundo quinquenio se redujo la tasa de crecimiento de la oferta global a solo un 2,8% anual promedio, tanto por la reducción del ritmo de actividad interna como por la restricción a las importaciones, que impusieron los problemas de balance de pagos con el exterior. En cuanto a la demanda global, en el cuadro N° 46 puede verse que el papel dinámico lo tuvo la demanda interna de bienes en ambos subperíodos, siendo la inversión el componente de más alto crecimiento. A su vez, el pobre comportamiento de las exportaciones fue la principal causa de la crisis de la balanza de pagos, en las condiciones en que las inversiones extranjeras y el endeudamiento externo habían sido restringidos a un mínimo por las nacionalizaciones de posguerra, como veremos más adelante.

Cuadro N° 45: **Oferta global. Evolución y estructura**
(en millones de pesos de 1950, para 1946–50, y de 1960 para 1951–55)

Período	Total	PBI	%	Importaciones	%
1940–44	49.238	45.908	93,2	3.330	6,8
1946–50	66.212	59.700	90,2	6.512	9,8
1951–55	8.873	8.012	90,2	861,1	9,7
Tasas de crecimiento anual promedio					
1946–50	5,7	5,0		17,7	
1950–55	2,8	3,0		1,4	

Fuente: Banco de Análisis y Computación, *op. cit.*, págs. 75 y 94.

Cuadro N° 46: **Demanda global. Evolución y estructura**
(en millones de pesos de 1950, para 1946–50, y de 1960 para 1951–55)

Período	Total	Consumo	%	Inversión	%	Exportaciones	%
1940–44	49.238	35.141	71,4	8.245	16,7	5.852	11,9
1946–50	66.204	45.111	76,3	15.377	23,2	5.716	8,7
1951–55	8.872	6.773	76,3	1.359	15,3	741	8,4
Tasas de crecimiento anual promedio							
1946–50	5,7	4,9		13,4		–1,2	
1951–55	2,8	2,8		7,4		–3,1	

Fuente: *Ibidem*, págs. 76 y 94.

El cuadro N° 47, que grafica la evolución y la participación porcentual de la población económicamente activa por grandes sectores de la economía, nos muestra que durante los gobiernos peronistas, a diferencia del período anterior, se produjo una disminución absoluta de la ocupación en las actividades agropecuarias a la vez que un crecimiento más acelerado en las industrias manufactureras y en la construcción, lo mismo que en servicios. Los rubros que componen este sector (transporte, electricidad y otros servicios públicos, comunicaciones, comercio y finanzas, servicios personales y servicios del gobierno general) fueron los que más se expandieron en conjunto, algunos en una proporción exagerada con relación a las necesidades de los sectores de la producción, porque el desarrollo de estos se vio limitado por las razones que analizamos, lo que se compensó con una ampliación de la ocupación de la fuerza de trabajo "excedente" por el

sector público en una proporción mayor a la que el mismo asumía en el campo de la producción. Lo que se reflejó también en la distribución del producto bruto interno a costo de factores, que muestra el cuadro N° 48. El crecimiento más que proporcional del producto en las industrias manufactureras, con relación a la ocupación en este sector, que surge de comparar ambos cuadros, refleja el gran aumento de la productividad en el mismo, que se vio en cierta medida contrarrestado en el conjunto de la economía por la baja de la productividad en las actividades de servicios, en particular los del gobierno general y los personales, que fueron los más abultados dentro del total general.

Cuadro N° 47: **Población económicamente activa por sector de ocupación**
(promedio anual en miles de habitantes y porcentajes sobre el total de la PEA)

Actividades de	**1945–49**		**1947**		**1950**		**1955**	
la economía	**Miles**	**%**	**Miles**	**%**	**Miles**	**%**	**Miles**	**%**
Agropecuarias	1.829	29,1	2.223	29,5	2.005	27,4	1.906	25,0
Minas y canteras	31	0,5	33	0,5	34	0,5	44	0,6
Manufactureras	1.498	23,9	1.683	24,5	1.777	24,2	1.902	25,0
Construcción	298	4,8	319	4,7	478	6,5	431	5,7
Servicios	2.605	41,6	2.793	40,7	3.040	41,5	3.327	43,7
Total PEA	**6.261**	**100**	**6.855**	**100**	**7.330**	**100**	**7.616**	**100**

Fuente: Carlos F. Díaz Alejandro, *op. cit.* págs. 389-90.

Cuadro N° 48: **Origen del Producto Bruto Interno a costo de factores**
(miles de millones de pesos de 1960 y porcentajes sobre el total del PBI)

Sectores	**1945**		**1950**		**1955**	
económicos	**MM$**	**%**	**MM$**	**%**	**MM$**	**%**
Agropecuario	130	24,4	125	18,4	148	19,3
Minas y canteras	4	0,8	4	0,6	6	0,8
Manufacturero	148	27,8	201	29,6	243	30,6
Construcción	21	3,9	33	4,9	31	3,9
Servicios	228	42,9	314	46,3	359	45,3
Total PBI	**532**	**100**	**678**	**100**	**793**	**100**

Fuente: *Ibidem*, pág. 386

Período 1945-1949

El período 1945-1949 fue, en cierta medida, el período de culminación del proceso de desarrollo capitalista argentino con base industrial gestado embrionariamente en la década de 1930. La segunda guerra mundial fue su principal "incubadora" al acentuar las condiciones de protección para la industria, aun cuando no se pudieron importar maquinarias ni insumos imprescindibles (lo que llevó a aguzar la inventiva nacional y el aprovechamiento de ciertos recursos internos, que antes no eran considerados). En la inmediata posguerra, este desarrollo conoció un renovado auge con una política de protección deliberada que si bien, como dijimos, no iba a fondo en extirpar las bases del atraso y de la dependencia, permitió una expansión sobre todo en las llamadas "sustituciones fáciles", en las ramas más directamente ligadas al consumo obrero.

En este período, la acumulación de capital en la industria se dio fundamentalmente sobre la base de la expansión de la mano de obra ocupada, e incluso llegando a reducir a limites mínimos el ejército de reserva. En términos globales la composición técnica del capital se mantuvo y, por lo tanto, la productividad no creció. El aumento en la producción industrial se dio entonces a través del aumento del número de fuerza de trabajo explotada. Los crecientes requerimientos de mano de obra originados por esa expansión, que se acentuó en la zona industrial del litoral (especialmente en el conurbano porteño), fueron satisfechos en gran parte por migraciones desde el interior del país, provenientes mayormente del campo (donde se siguió manteniendo la estructura agraria que había hecho crisis a partir de 1929). Este proceso de industrialización se vio favorecido, además, por el aumento relativo de los precios industriales respecto de los agropecuarios: mientras los precios mayoristas de productos industriales habían subido un 94% en el período 1940-45, los precios de los productos agropecuarios solo subieron un 44%.

El aumento de la masa de fondos acumulables obtenido por vía del mayor empleo de mano de obra y por la absorción (vía precios relativos) de parte de la plusvalía generada por los obreros rurales, no significó incrementos en la capacidad productiva del trabajo. En general, la burguesía no compensó mediante el aumento de productividad (y el consiguiente incremento en la tasa de explotación) la presión que sobre su tasa de ganancia ejercían los aumentos salariales. Y no porque la burguesía argentina fuera indiferente a este método de acumulación. Ni tampoco se puede atribuir a la existencia de stocks de mercancías invendibles ("superproducción") puesto que el mercado interno absorbía la producción incrementada.

Este fenómeno es atribuible a las siguientes causas:

1) La inexistencia en el país de una industria de maquinarias y bienes de equipo con tecnología avanzada. La industria argentina seguía dirigida a la producci6n de bienes de consumo masivo poco complejos favorecida por la expansión del mercado y la política oficial. Pero esta expansión del mercado no era suficiente para justificar la instalación de plantas productoras de bienes de capital e intermedios complejos, que no aseguraban una gran rentabilidad inmediata. Asimismo, debemos tener en cuenta que gran parte de la expansión de la industria nacional de la época se daba través de la proliferación de numerosos establecimientos de pequeña y mediana dimensión cuyas disponibilidades de fondos eran reducidas como para acceder a una tecnología más avanzada, que había que comprar en el mercado internacional.

2) El cambio tecnológico que se operó en los países imperialistas en la posguerra, hizo que se ofrecieran a precios relativamente bajos equipos que por ese cambio se convertían en obsoletos (equipos de una tecnología similar a la existente en nuestro país en las industrias que se expandieron entonces). Además de las restricciones impuestas por el imperialismo a la venta de maquinarias modernas, y el elevado precio de las mismas debido a las condiciones monopolistas de su producción, la posibilidad de comprar se veía limitada por la gran competencia en su demanda provocada por la reconstrucción de posguerra.

3) La gran cantidad de reservas acumuladas durante la guerra se encontraban congeladas y solo pudieron ser utilizadas para la repatriación de la deuda externa y la nacionalización de los servicios públicos (principalmente ferrocarriles y teléfonos).

4) Por último, el escaso interés por parte del capital monopolista internacional para ampliar sus inversiones en la Argentina en ese período, por encontrar condiciones mucho más favorables en la "reconstrucción" de los países de Europa occidental y Japón.

El peronismo, como expresión de las necesidades de la burguesía industrial argentina, tomó medidas de política económica destinadas a favorecerla. Por ejemplo, la creación del Banco Industrial, la orientación del crédito a través del Banco Central nacionalizado, la compra de abastecimientos externos a través del IAPI, la elevación de tarifas aduaneras con efectos protectores y el otorgamiento de divisas a tipos de cambio favorables para los requerimientos externos de la industria. Al mismo tiempo que impulsó la sindicalización de los trabajadores, la política oficial favoreció una redistribución del ingreso que benefició al conjunto de los asalariados; se elevaron los salarios a la vez que se utilizaba el control de precios sobre los bienes de consumo masivo impidiendo que el proceso inflacionario, en las condiciones oligopólicas de mercado existentes, perjudicara excesivamente a los asalariados.

El aumento de la masa de salarios incrementó la demanda de bienes industriales de consumo masivo, brindando a este tipo de industrias, las llamadas "sustituciones fáciles", un mercado interno creciente. Tal fue el caso de la industria textil, cuya participación en el total del volumen físico de la industria manufacturera pasó del 13% en el período 1935-39 al 17% en el período 1945-49, habiendo crecido entre ambos períodos un 124%. La expansión interna favoreció un aumento en la inversión bruta fija interna que alcanzó el 23,5% del PBI en el período 1945-49, del cual el 43,3% correspondió a maquinarias y equipos y el resto a construcciones (proporción solo comparable –en la primera mitad del siglo XX– a la del período 1935-39). La participación del Estado en las inversiones adquirió gran importancia, alcanzando en el

período 1945-49 un 34,3% del total, cifra muy superior a la de períodos anteriores y también a la de períodos posteriores. El Estado ejerció, así, un papel hegemónico en el proceso de acumulación interna.

Pero, a pesar de todo este favorecimiento del desarrollo industrial que realizó el peronismo, éste dejó incólumes las bases de su propia derrota. Pues no eliminó las raíces de sustentación del atraso y la dependencia: la hegemonía terrateniente sobre el desarrollo del capitalismo en el campo, manteniendo el latifundio de origen precapitalista, y la hegemonía del capital monopolista internacional sobre el desarrollo industrial, al seguir dependiendo éste del exterior en cuanto a la provisión de lo fundamental de los combustibles, productos intermedios y, sobre todo, de los equipos y maquinarias que solo podía proveer un desarrollo de la industria pesada nacional, como lo había sostenido el propio Perón al inaugurar la cátedra de defensa nacional, en la Universidad de La Plata, el 10 de junio de 1944.

Agotadas las posibilidades de expansión generadas por la guerra –sobre todo al debilitar la presión del imperialismo y permitir la acumulación de importantes reservas–, comenzaron a ponerse en evidencia los límites del proyecto industrial reformista del peronismo. La industria dependía de abastecimientos crecientes del exterior, indispensables para su funcionamiento, mientras que el sector agropecuario seguía siendo el principal proveedor de divisas. Y en este sector el medio fundamental de producción, la tierra, seguía estando monopolizado en sus proporciones decisivas por la oligarquía terrateniente.

Frente a las restricciones que implicaba la subsistencia del latifundio, el peronismo se debatió en la impotencia. Por un lado, manteniendo el latifundio no pudo, ni podía, crear un mercado interno suficientemente amplio como para justificar tamaña monopolización de la tierra, debido al mismo freno que esta representaba para la expansión del capitalismo en su conjunto, y que tampoco atacó de frente. Por otro lado, las medidas utilizadas para disminuir la renta terrateniente, como la congelación de los

arrendamientos y la inflación, sin eliminar la causal de esa renta, resultaron de rebote en una disminución de la producción. Los grandes terratenientes, al conservar la propiedad de la tierra, retiraron gran parte de ella de la explotación llegando a "arreglos" con los arrendatarios cuando podían (muchos de estos se convirtieron en propietarios en extensiones muy inferiores a las que arrendaban, "devolviendo" el resto al terrateniente) y no dando nuevas tierras en arriendo. La mayoría de los terratenientes no se vieron obligados a desprenderse de lo fundamental de sus latifundios, sino que pudieron conservar "su tierra" en condiciones de producción limitada[83]. Por esto, y una prolongada sequía que afectó también al sector de pequeños y medianos productores en 1951, los argentinos tuvimos que comer harina de mijo en 1952, amén que hubo que comprar a los Estados Unidos 200.000 toneladas de trigo.

Sin haber atacado a fondo la cuestión agraria y sin haber modificado el carácter básico del desarrollo industrial como apéndice del desarrollo industrial de los países capitalistas más avanzados, la gran burguesía peronista fue perdiendo posiciones en su forcejeo con los terratenientes y el imperialismo. La tendencia a la conciliación se fue transformando, cada vez mas, en una tendencia a la integración: el peronismo adoptó, en su segunda etapa, una política de favorecimiento al sector terrateniente y exportador y de promoción de la inversión extranjera "en la industria y la minería". Al mismo tiempo, comenzó a aplicarse una

83. La preservación del latifundio trajo como consecuencia un deterioro de la producción agropecuaria en la zona pampeana, la suplantación de los cultivos agrícolas por pasturas naturales y, en muchos casos, el abandono de la tierra a la erosión. En otras zonas del país, las de cultivos industriales, la producción pudo expandirse limitadamente, sobre todo por la existencia aún de tierras fiscales que permitió la instalación de nuevas explotaciones. Pero aun así el panorama no cambió mucho, como surge de la comparación de los censos: el predominio de la propiedad latifundiaria engendró en proporción creciente el minifundio (las explotaciones de este tipo habían pasado de 160.000 a 180.000 entre los censos de 1947 y 1960). Ver Eugenio Gastiazoro, *Argentina hoy. Latifundio, dependencia y estructura de clases*, Ediciones Pueblo, Buenos Aires, 1975; o Eugenio Gastiazoro, *El problema agrario argentino y sus soluciones*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1976.

política de "estabilidad", congelándose los salarios por períodos de dos años Esto, conjuntamente con el énfasis que comenzó a otorgarse al aumento de la productividad, implicó una decisión de apoyar el crecimiento de la economía –sin modificar las trabas que se oponen a su expansión–, en una mayor explotación de la clase obrera.

Las formulaciones de un desarrollo capitalista autónomo entraron cada vez más en contradicción con el cauce que seguía el capitalismo argentino, reafirmando la debilidad de la gran burguesía nacional y su carencia de iniciativa revolucionaria para plantear un camino independiente.

Período 1950-55

Al terminar la década de 1940, la industria manufacturera iba requiriendo, para continuar su expansión, cada vez más abastecimientos del exterior. Estos abastecimientos consistían fundamentalmente en maquinarias y materias primas que no se producían internamente. Pero, debido al estancamiento y caída de las exportaciones (el promedio anual de las exportaciones en el período 1950-54 fue de 1.056,5 millones de dólares, cuando habían sido 1.172,6 millones de dólares de promedio anual en el período 1945-49) comenzaron a disminuirse las compras en el exterior. Asimismo, los acuerdos bilaterales con los países europeos comenzaron a mostrarse desequilibrados con respecto a la Argentina. El gobierno peronista confiaba en que la guerra de Corea recrearía la demanda internacional de nuestros productos, permitiendo un nuevo auge de nuestra economía; es decir, seguía creyendo en la posibilidad de un mayor avance del capitalismo argentino, a partir de condiciones externas favorables, sin tomar medidas para romper el sustento del dominio económico de los terratenientes y el imperialismo.

Las condiciones del período anterior comenzaron a alterarse paulatinamente. Ya en 1948 el incremento de la productividad comenzó a ser el centro de la preocupación gubernamental y los

capitalistas empezaron a presionar por un cambio en la distribución del ingreso a su favor.

El salario real de los obreros industriales comenzó a decaer. Así, por ejemplo, el salario real de obreros en la categoría de oficial, que alcanzó su punto máximo en 1948, había caído en un 10% en 1950 respecto de aquel año y cayó en 1951 en un 26% más, manteniéndose desde entonces en este nivel con altibajos hasta 1955. El salario de obreros peones, que alcanzó su punto máximo en 1950, cayó en 1951 en un 30%, manteniéndose en este nivel con altibajos hasta 1955. Diversos sectores obreros recurrieron a la huelga e incluso llegaron a enfrentar el "Congreso de la Productividad".

A pesar del aumento de las ganancias por vía de la disminución del salario real y del mantenimiento de las diferencias de precios a favor de los productos industriales (los precios mayoristas de los productos industriales habían crecido en 1955 un 126,6% respecto de 1950, mientras que los de los productos agropecuarios lo hicieron 119,8% en el mismo período), la fuerte dependencia del exterior y la cuestión agraria no resuelta impidieron que prosiguiera su expansión en el nivel anterior. No solo cayó la participación de la inversión en el total del producto (en 1950-54 fue de 20,9%, con relación al 23,5 del período anterior), sino que también la construcción pasó a ser su principal componente (la inversión en maquinarias y equipos en el período 1950-54 representó solo el 32,9% del total de la inversión bruta fija interna, cuando en el período anterior dicha inversión había representado el 43,3% sobre un total de inversiones muy superior al de este período). También el gobierno redujo sus inversiones, aunque mantuvo todavía la política de absorción de parte de mano de obra desocupada a través del presupuesto de gastos corrientes.

La actitud del gobierno peronista respecto del capital extranjero fue cambiando paulatinamente. La política de nacionalizaciones de la deuda externa, transporte, energía y comunicaciones, no había implicado la nacionalización del capital extranjero radicado en la industria manufacturera (excepto algunos de propiedad de los países vencidos en la guerra, de Alemania en particular). Por

el contrario, el gobierno fue tendiendo a promover la radicación de capitales extranjeros "en la industria y la minería", tendencia que encontró su expresión jurídica en la ley 14.222 del año 1953.

En esta ley se establecían ventajas para la radicación de capitales extranjeros, como por ejemplo, la introducción libre de impuestos de maquinarias, equipos y otros bienes vinculados a la misma.

Pero esta ley también intentaba controlar la radicación efectiva del capital extranjero, imponiendo restricciones al giro de dividendos y a la repatriación del capital. Así, un capital que ingresaba al país para acogerse a los beneficios de la ley podía recién al cabo de dos años remitir utilidades al exterior, siempre y cuando estas remesas no superaran el 8% del capital originariamente invertido. Si se hubieran reinvertido utilidades que gozaban del derecho de ser giradas, ese porcentaje se aplicaba también sobre el incremento del capital correspondiente a las mismas.

Las utilidades que excedían dicho tope, así como las que pudiendo ser transferidos no se registraban como capital de propiedad extranjera, no podían girarse ni acumularse al capital originario a los efectos de computar las utilidades pasibles de ser remitidas al exterior o del capital que podía ser objeto de repatriación.

También la repatriación estaba sujeta a limitaciones. Solo se permitía al cabo de diez años de la radicación y gradualmente en cuotas que iban del 10 al 20% anual, siempre que no se afectara al normal funcionamiento de la planta. El monto de capital que podía repatriarse estaba constituido por el capital originario, incrementado por las utilidades que pudiendo girarse se hubieran reinvertido. Pero las utilidades que excedían el porcentaje establecido por la ley, y el capital que se formara basándose en las mismas, "quedarán definitivamente nacionalizados y no podían ser transferidos al exterior bajo ningún concepto".

Otras limitaciones pesaban sobre el giro de utilidades y la repatriación del capital: 1) la radicación quedaba registrada en moneda nacional a los precios que regían al momento de despacho a plaza; 2) solo se podían efectuar con fondos propios de la empre-

sa, impidiéndose así el uso de financiamiento interno –bancario o extrabancario– para estos fines.

Por todos esos requerimientos esta ley no satisfizo al capital monopolista internacional. A juzgar por sus resultados en términos netos, el efecto parece haber sido más bien contrario al esperado, pues, sin un incremento en la inversión, al liberarse en parte las remesas al exterior aumentaron las salidas por utilidades y dividendos e incluso hubo una mínima repatriación. La masa de capital extranjero registrada en el país como tal, fundamentalmente en la industria manufacturera, que había pasado de 1.740 millones de dólares en 1949 a 1.870 millones en 1955 (por reinversiones inducidas en parte por la restricción de remesas al exterior y sobre todo porque existía un mercado interno en expansión) descendió levemente a 1.860 millones de dólares en 1955.

Así, el nacionalismo paternalista de Perón, abandonando en la práctica las banderas reformistas que le habían permitido concitar un apoyo político masivo, fue perdiendo sus aristas transformadoras, intentando llegar a un acuerdo con los terratenientes y el imperialismo que, en las nuevas condiciones del desarrollo capitalista del país, permitiera su avance con la "colaboración" del capital extranjero y un acentuamiento de la explotación obrera. Pero la oligarquía, envalentonada ante la impotencia del nacionalismo burgués y habiendo recuperado fuerzas en las concesiones hechas por Perón, puso proa hacia su derrocamiento. Esto allanaría los obstáculos para una participación más decidida del capital imperialista en el conjunto de la economía argentina.

La política de nacionalizaciones

El peso del capital nacional, acentuado durante la segunda guerra mundial, se afirmó aun más en la posguerra por la política de nacionalizaciones y de limitaciones al capital extranjero impuestas por el gobierno de Perón a favor del desarrollo industrial nacional.

La compra de los ferrocarriles franceses en 1946, y posteriormente la de los británicos en 1948, formó parte de esta política

que, si bien no rebasó los límites reformistas –por lo que se mantuvieron las bases del atraso y la dependencia–, restringió en gran medida el poderío terrateniente e imperialista. Medidas como la congelación de arrendamientos, la nacionalización del crédito y los servicios públicos, y la utilización del poder del Estado para provocar una redistribución de los ingresos a favor de los sectores asalariados y de la industria nacional, expandieron significativamente el mercado interno (aunque siempre en medida limitada por la persistencia del latifundio y el mantenimiento de la dependencia del exterior de maquinarias y equipos, insumos claves e incluso combustibles).

Por la compra del capital ferroviario inglés (que representaba más del 60% del total del capital ferroviario en nuestro país) se pagaron 612 millones de dólares. Ese monto incluía todas las propiedades de las ex empresas británicas ligadas al ferrocarril: puertos, usinas, aguas corrientes, tranvías, empacadoras de fruta, empresas de transporte automotor, terrenos sobrantes, pozos y destilerías de petróleo de la Compañía Ferrocarrilera –que operaba principalmente en Comodoro Rivadavia–, hoteles, Expreso Villalonga-Furlong, y otras.

Es cierto que al momento de la nacionalización, los ferrocarriles ya no daban beneficios significativos a los británicos, y que las unidades no solo eran obsoletas, sino que estaban en condiciones físicas deplorables y hubieran requerido un gran aporte para su reacondicionamiento. Pero también es cierto que si no hubiera encontrado un gobierno dispuesto a expropiarle ese instrumento de dominio y explotación, el imperialismo hubiera continuado detentando la propiedad de los ferrocarriles y logrado el apoyo financiero del Estado argentino para cubrir los déficit y mantener los dividendos en los porcentajes mínimos garantizados[84].

Cuando después de la posguerra recrudeció la presión imperialista, cuando se agotaron las divisas y, por lo tanto, el fácil

84. Raúl Scalabrini Ortiz, *Historia de los ferrocarriles argentinos*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1975; Eugenio Gastiazoro, *Ferrocarriles: historia, actualidad y propuestas*, Editorial Agora, Buenos Aires, 1988.

apoyo a la industria, cuando la burguesía nacional dejó de creer en la posibilidad de su expansión independiente, el nacionalismo burgués tocó sus límites. La burguesía industrialista, por un lado, concilió con los terratenientes –por los lazos de sangre y de explotación que los unen– y, por otro lado, no tuvo ni fuerza ni conciencia para invertir en la economía de fondo, de menores réditos inmediatos.

También en el ámbito ferroviario el nacionalismo burgués quitó al imperialismo ese formidable poder, nacionalizó; pero, efectuado ese primer paso fundamental, se hacía sentir la necesidad impostergable del reacondicionamiento ferroviario y su adaptación a las nuevas necesidades. Pero así como no dio el paso de la reforma agraria en el campo, tampoco realizó esa reestructuración necesaria de los ferrocarriles. Otra vez el corto aliento de la burguesía local se paralizó rápidamente y comenzó el retroceso. Lo mismo sucedió, por ejemplo, con el desarrollo de la industria siderúrgica, que quedó en suspenso tras la muerte del general Savio, en 1948, y con el petróleo, donde no se expandió en relación con las crecientes necesidades la actividad de extracción por YPF, aunque sí se amplió grandemente su capacidad de destilación (para el procesamiento del petróleo importado) y de transporte (a lo que hay que sumar el gasoducto de Comodoro Rivadavia a Buenos Aires, que implicó un gran ahorro para el país, como lo reconocería posteriormente el propio Prebisch[85]).

Hacia 1950 se negoció un crédito con el Eximbank de los Estados Unidos, se intentó atraer nuevas inversiones extranjeras sobre todo para la industria, se limitaron las facultades del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI), etc. Las iniciativas de unidad regional en América Latina (en particular el estrechamiento de relaciones con Chile, Paraguay, Bolivia y Ecuador) y las posibilidades de comercio con los entonces todavía países socialistas[86], crearon en la burguesía industrialista ilusiones de

85. Pedro Santos Martínez, *op. cit.*, tomo 2, págs. 142-3.

86. Aparte de los convenios bilaterales con Checoslovaquia, Rumania, Polonia y Bulgaria, realizados entre 1947 y 1949, el convenio comercial de mayor signifi-

poder seguir hegemonizando el proceso, renegociando condiciones con la oligarquía y el imperialismo[87]. Pero estos, recompuestos y envalentonados por el retroceso de la burguesía peronista, terminaron por imponerse a través del nuevo golpe de Estado, en setiembre de 1955.

Las nacionalizaciones durante el gobierno de Perón afectaron principalmente a los intereses imperialistas británicos en ferrocarriles, puertos, transportes, petróleo y gas; a los estadounidenses en teléfonos y electricidad; a los franceses en ferrocarriles y puertos, y a los alemanes en el sector manufacturero (incluido el grupo monopolista y terrateniente Bemberg).[88] Así, las inversiones directas inglesas quedaron sumamente reducidas, principalmente a la parte que conservaron en frigoríficos (Anglo) y en petróleo (Shell); las norteamericanas se mantuvieron principalmente en frigoríficos (Swift y Armour) y petróleo

cación fue el firmado con la URSS en agosto de 1953, vinculado a las gestiones de Leopoldo Bravo como embajador argentino en ese país y al estrechamiento de relaciones de Perón con José Ber Gelbard, quien se constituiría en el máximo dirigente de una organización empresaria alternativa a las tradicionales, la Confederación General Económica. Fruto de estas relaciones sería la realización de la primera exposición industrial soviética en Latinoamérica, realizada en Buenos Aires, en mayo de 1955, y la adquisición de casi todas las maquinarias exhibidas por empresas estatales argentinas.

87. Parte de este juego fue el tratar de apoyarse en un sector de los monopolios norteamericanos, en particular con el petrolero identificado con Rockefeller (Standard Oil), para sacar ventajas en las negociaciones con los ingleses, que eran los principales proveedores de YPF, a través de la Shell y la Anglo Iranian. Esto se acentuó con el cambio de gobierno en Estados Unidos, de los demócratas a los republicanos. El nuevo presidente, Dwight Eisenhower envió a su hermano Milton en un "viaje de buena voluntad", a mediados de 1953. Tras esa visita se aceleraron las negociaciones para la extracción de petróleo en el país por una filial de la Standard Oil de California, lo que fue motivo de una gran campaña nacionalista contra Perón, a la que no fueron ajenos los monopolios petroleros ingleses, al extremo que el sector rebelde de la Marina, tras el frustrado golpe de junio de 1955 y su desmantelamiento por Perón, habría recibido apoyo logístico de la propia marina británica. El intento de apoyarse en un imperialismo contra otro resultó nefasto desde el punto de vista nacional y popular (todos los imperialismos se unieron en el golpe), aunque desde el punto de vista personal, Perón contó para salvar su vida, con la lealtad del embajador de los Estados Unidos, Albert Nufer, por supuesto para que se vaya del país.

88. Juan Carlos Esteban, *op. cit.*, 1972, págs. 71 y 79-83.

(Standard Oil-Esso), y las alemanas, en sociedad con las belgas e italianas, retuvieron el manejo de la electricidad (CADE e Italo) en el gran conglomerado urbano: Capital Federal y Gran Buenos Aires. Por su parte, los franceses preservaron sus intereses en propiedades territoriales y en el sector manufacturero, al igual que los demás imperialismos, con la excepción del sector de intereses alemanes expropiado que fue base para la formación de la Dirección Nacional de Industrias del Estado (Dinie), y del grupo Bemberg. Todas estas inversiones imperialistas directas se mantuvieron vegetativamente durante el gobierno peronista, con algunas excepciones como en el caso de monopolios italianos (Techint, Fiat) y alemanes (Bayer, Siemens, Mercedes Benz), que incorporaron nuevas inversiones, o el particular del norteamericano Kaiser, que realizó un convenio especial con el Estado argentino para su instalación en Córdoba.

En el conjunto de la economía nacional, como vimos anteriormente, la participación del capital extranjero había caído en 1945 al 15,4% del capital fijo total instalado en el país. El proceso de nacionalizaciones realizado en los años inmediatos la redujo al 5,4% en 1949, manteniéndose en ese bajo nivel –solo por reinversiones– hasta 1955, cuando fue derrocado el gobierno peronista.

El capital de propiedad de monopolios británicos fue el que más perdió por las nacionalizaciones en la posguerra: del 53,3% del capital extranjero que representaba en 1945, cayó a apenas un 20% entre 1949 y 1955. A su vez, el capital fijo de origen estadounidense, pese a su disminución en volumen, mejoró su posición en el total al ser tan drástica la caída de las inversiones inglesas, pasando a significar un 30% del total de las inversiones extranjeras en 1955. Por su parte, la propiedad de capital fijo de otros países, particularmente Alemania, Francia e Italia, se sostuvo con mayores reinversiones relativas en la posguerra, por lo que su participación pasó al 48,4% en 1955, siempre en el bajo volumen que tuvieron las inversiones extranjeras durante el gobierno de Perón.

Comercio exterior

La evolución del comercio exterior durante los gobiernos peronistas, desde 1946 a 1955, muestra el debilitamiento de los mercados "tradicionales" y el crecimiento de los nuevos, es decir una mayor diversificación principalmente sobre la base de acuerdos bilaterales forjados a través del Instituto Argentino de Promoción del Intercambio (IAPI) y la Empresa de Líneas Marítimas del Estado (ELMA), por los que se instrumentó la política de nacionalización del comercio exterior[89]. Como muestran los cuadros 49 y 50, junto al reforzamiento de las ventas a Brasil aparecieron nuevos compradores de importancia, como Chile y la Unión Soviética. En importaciones la diversificación fue aún mayor: además de Chile, aparecieron en el primer período como vendedores importantes Suiza, Suecia e India (por ejemplo, el yute para las bolsas de arpillera se pasó a comprar directamente de este último país, sin intervención británica), y en el segundo período, Venezuela y Japón.

Cuadro 49: **Principales compradores durante el peronismo**
(en porcentajes sobre el total de exportaciones)

País de destino	1935/9	1945	1950	1955
Reino Unido	33,3	26,0	17,9	21,6
Estados Unidos	11,7	22,2	20,4	12,7
Alemania	7,5	–	4,9	5,7
Francia	4,8	3,4	6,6	3,7
Italia	3,7	–	6,6	7,5
Bélgica	8,2	3,2	2,1	–
Países Bajos	9,7	1,5	4,9	4,0

89. Esta política no significaba necesariamente para el peronismo, ni significó en la práctica de su gobierno, su total estatización. Era una política fundamentalmente de regulación del comercio exterior por el Estado, con una participación directa a través del IAPI y de ELMA. El IAPI monopolizaba solo parte del comercio exterior, interviniendo en su mayor parte a través de las operaciones "calzadas" (compras comprometidas a ventas), y todo el control del financiamiento, de los créditos y de las divisas era ejercido por el Banco Central nacionalizado, cuyo primer presidente fue Miguel Miranda (presidiendo el IAPI, Orlando Maroglio).

País de destino	1935/9	1945	1950	1955
Brasil	5,6	9,5	7,9	13,9
Chile	–	–	–	3,2
URSS	–	–	–	3,2

Fuente: Período 1935–1939, elaboración propia sobre los datos del *Anuario de Comercio Exterior de la República Argentina*, Buenos Aires, 1941. Porcentajes por años seleccionados: *Relevamiento estadístico de la economía argentina 1900–1980*, Banco de Análisis y Computación, Buenos Aires, 1982.

Cuadro 50: **Principales vendedores durante el peronismo**
(en porcentajes sobre el total de importaciones)

País de origen	1935/9	1945	1950	1955
Reino Unido	22,1	10,1	11,8	6,5
Estados Unidos	15,7	13,8	16,3	13,1
Alemania	9,7	–	–	6,0
Francia	4,7	0,2	14,4	5,8
Italia	4,5	–	7,2	5,6
Bélgica	6,9	–	–	–
Países Bajos	2,2	–	–	–
Suiza	–	6,6	1,7	–
Suecia	–	6,4	1,8	–
Brasil	5,7	28,9	9,3	9,4
Chile	–	4,6	2,9	4,2
Venezuela	–	–	–	4,7
India	–	5,0	4,4	–
Japón	–	–	–	6,4

Fuente: *Ibidem*.

Al mismo tiempo se impulsó un proceso de sindicalización masiva y se puso en práctica una legislación que generalizó reivindicaciones por las que la clase obrera había luchado heroicamente durante muchas décadas: jubilación, viviendas, obras sociales, convenciones colectivas de trabajo, escuelas fábrica, igualdad de los hijos ante la ley, voto de la mujer, etc. Eva Perón jugó un papel destacado en la reivindicación de los derechos de la mujer y también en otras áreas, en particular en la asistencia y la elevación social de los sectores más pobres. También se plantearon algunos derechos de los pueblos indígenas.

Todo esto hizo que globalmente la sociedad argentina operara un importante avance con el peronismo. Pero éste, dada la naturaleza de clase de su dirección, no tocó lo fundamental de las clases dominantes: el latifundio y los monopolios imperialistas, principalmente en la industria de la carne. La economía argentina continuó siendo dependiente y se mantuvo la base del poder de los terratenientes. A la vez, realizó una política de sujeción de los sindicatos al Estado, restringiendo y persiguiendo a la oposición, no solo de los sectores oligárquicos sino también de sectores populares y de la clase obrera que no aceptaban subordinársele. Incluso recurrió a la represión abierta de las huelgas y manifestaciones obreras y populares que iban más allá de "lo permitido", es decir, luchas por reivindicaciones que cuestionaban las limitaciones de su nacionalismo y reformismo por la conciliación con los terratenientes y los imperialistas.

Esto llevó a ahondar las divisiones en el movimiento obrero, y sobre todo entre éste y los demás sectores populares (ya que el peronismo los reprimía autoatribuyéndose la representación del movimiento obrero), lo que fue hábilmente aprovechado por la oligarquía para reconquistar sus posiciones.

Sometido a una fuerte presión del imperialismo estadounidense –y sin divisas para importar los bienes de capital que necesitaba la industria para fortalecer los sectores de la metalurgia pesada y liviana, petróleo y derivados y otras ramas industriales– el gobierno peronista comenzó a retroceder. Mientras, conspiraban activamente los terratenientes y en general los sectores proimperialistas (golpe fallido de 1951[90]) y avanzaban tanto la oligarquía como los monopolios (estadounidenses, británicos, europeos en general).

Las masas populares, particularmente la clase obrera, seguían combatiendo por sus reivindicaciones, enfrentando en muchos

90. El 28 de septiembre de 1951 se produjo el levantamiento militar encabezado por el general retirado Benjamín Menéndez, que contó entre otros a los coroneles Juan Carlos Lorio y Bernardo Labayrú, el teniente coronel Rodolfo Larcher, el mayor Manuel Raimundes y los capitanes Julio Alsogaray, Alcides López Aufranc y Alejandro Agustín Lanusse.

casos las persecuciones y la represión, con importantes hitos como las huelgas de los trabajadores azucareros tucumanos, gráficos, metalúrgicos, ferroviarios, bancarios, etc. Hacia fines de 1950 se desarrolló un gran movimiento popular contra las presiones por participar con un contingente de soldados argentinos junto al imperialismo estadounidense en la guerra de Corea. La marcha de los obreros ferroviarios de Pérez, pese a ser también reprimida, jugó un papel decisivo en este movimiento que, finalmente, logró su objetivo.

Asimismo, se desarrolló un amplio movimiento de oposición al intento de entrega del petróleo a empresas norteamericanas e igualmente a las propuestas del "Congreso de la Productividad", que impulsó una política de superexplotación obrera como salida para la crisis.

Los terratenientes, sabiéndose fuertes porque el país necesitaba divisas y éstas provenían del campo, y los monopolios imperialistas, recuperados sus países de las secuelas de la guerra por su capacidad de inversión en las industrias mencionadas, marcharon a formar un bloque contra las exigencias populares y contra el gobierno peronista. Tratando de resistir el creciente hostigamiento imperialista, Perón hizo importantes acuerdos económicos con la URSS y con otros países entonces todavía socialistas.

Sin embargo, la política de conciliación del gobierno peronista con los terratenientes y los imperialistas ensoberbecería aun más a éstos y debilitaría aun más las ya limitadas bases del proyecto nacionalista burgués. Al mismo tiempo, la subordinación del movimiento obrero a dicho proyecto, tanto en el ámbito gremial como político e ideológico, sería fatal para la posibilidad de desarrollo inmediato de una opción popular liberadora dirigida por la clase obrera. Y también facilitaría luego la restauración oligárquico-imperialista, y el aplastamiento a sangre y fuego de la resistencia obrera y popular tras el golpe de Estado de septiembre de 1955.

Del drama a la tragedia

Envuelto en sus contradicciones económicas, sin poder resolverlas sobre la base de su doctrina fundada en la conciliación de clases y apelando a medidas que chocaban con su pregonada defensa de lo nacional y popular, el gobierno peronista fue exacerbando su carácter represivo frente a toda oposición política, no solo la de los sectores oligárquicos sino también sobre la que expresaba a sectores medios e incluso del movimiento obrero. Pero sería sobre todo el enfrentamiento con la Iglesia Católica, en las condiciones en que fue planteado, el que mayor costo político le provocaría, en particular en lo que consistía en uno de sus principales soportes políticos, aparte del movimiento obrero: las Fuerzas Armadas.

En cierto que tras las elecciones nacionales del 11 de noviembre de 1951, en el que votaron por primera vez las mujeres, que le dieron un rotundo triunfo[91], la mayoría de las direcciones de los partidos políticos apresuró su actividad sobre los cuarteles, considerando que esa era la única forma de poder derrotar a Perón. Pero fue el enfrentamiento con la Iglesia, y la amenaza nunca concretada de armar milicias obreras para la defensa del gobierno peronista, lo que mayor rédito dio a los sectores oligárquicos e imperialistas en su pregonada lucha "contra la tiranía", sumándole un carácter de cruzada de defensa de la religión católica a su supuesta "defensa de la democracia y del patrimonio nacional" que, como se vería después del golpe de Estado terminarían totalmente avasallados.

91. La fórmula Perón-Quijano obtuvo 4.618.988 votos, frente a la radical que logró 2.337.310, que llevaba como candidatos a Ricardo Balbín y Arturo Frondizi. La fórmula conservadora (Reynaldo Pastor -Vicente Solano Lima), la socialista (Alfredo Palacios – Américo Ghioldi) y la comunista (Rodolfo Ghiodi – Alcira de la Peña), prácticamente no contaron (no llegaron a 300 mil votos entre todos, sobre un total de 7,6 millones de votantes). Resultados semejantes se repetirían el 25 de abril de 1954, en las elecciones para cubrir la vicepresidencia de la Nación, vacante desde el fallecimiento del doctor Quijano: el contralmirante Teisaire logró 4.994.106 votos, frente a 2.493.422 que obtuvo el radical Crisólogo Larralde.

La relación de Perón con la jerarquía de la Iglesia Católica había sido una relación de beneficio mutuo prácticamente hasta 1954, con algunos altibajos propios de ese tipo de relación. Perón no solo trató de identificarse con la llamada doctrina social católica, sino de que hizo ratificar por el Congreso la enseñanza religiosa en las escuelas impuesta por el golpe militar de 1943. Pero esto ya encerraba un conflicto en torno a la implementación de esa enseñanza, ya que había párrocos antiperonistas. También la injerencia de la Iglesia en los asuntos públicos, limitaba la acción del gobierno en otros órdenes, como sucedió a poco de su asunción, en septiembre de 1946, cuando el Consejo Nacional de Educación tuvo que suspender una encuesta que había dispuesto realizar, a través de la Inspección Médica, sobre "las perturbaciones que origina la crisis de pubertad" o, ya en 1948, cuando el ministro de Salud Pública, doctor Ramón Carrillo, con el apoyo del propio Perón, intentó reabrir los prostíbulos para "evitar y combatir las enfermedades venéreas". Luego vinieron, en 1949, los conflictos por la prohibición de las procesiones religiosas y la autorización a la propaganda de lo que los católicos llamaban "cultos disidentes". Por ejemplo, cuando en 1950, el gobierno devolvió a los espiritistas de la Escuela Científica Basilio y los autorizó a realizar un acto en el Luna Park, el mismo fue copado por centenares de jóvenes de la Acción Católica que incluso silbaron estruendosamente el mensaje de Perón y Evita, con la consiguiente intervención policial.

En 1952, los militantes de la Acción Católica provocaron desórdenes de protesta en Córdoba y en Buenos Aires contra el estreno de la película "Bárbara Atómica" y otros espectáculos que consideraban inmorales, lo que fue respondido por el ministro Borlenghi con una campaña de prensa contra ella. A su vez, el ministro de Educación, Armando Méndez San Martín, prohibió el uso en las escuelas de los manuales de la Editorial Estrada, acusados de distorsionar la realidad nacional. El conflicto fue creciendo por la pelea por el encuadramiento de los estudiantes entre la Acción Católica y la oficialista Unión de Estudiantes Secundarios (UES), hasta la ruptura abierta con la primera cuando, por ley, el 27 de setiembre de 1954

se retira la personería jurídica a todas las asociaciones constituidas sobre la base de una religión, creencia, nacionalidad, raza o sexo[92]. El 10 de noviembre, en la reunión de gobernadores, Perón señaló entre los sospechosos de conspiración a grupos pertenecientes a la Acción Católica, recordando su carácter de asociación internacional, y a miembros del clero en varias provincias, al tiempo que la CGT, dirigida por Eduardo Vuletich, emitía un comunicado contra la infiltración clerical. Se iniciaba así un enfrentamiento sin retorno que tomó carácter de masas ese mismo mes de noviembre, el 23, en un gran acto en el Luna Park, a iniciativa del ministro Méndez San Martín. En él hablaron el vicepresidente Teissaire, la presidenta de la rama femenina del Partido Delia Degliuomini de Parodi, Vuletich y el propio Perón quien, pese al cargado tono anticlerical del acto, trató de conciliar con la jerarquía de la Iglesia, atribuyendo el conflicto al accionar de "algunos pocos clérigos" y a diferencias en el tratamiento de las "infiltraciones".

La oposición política se hizo solidaria con "la Iglesia y sus prelados", al tiempo que el gobierno avanzó en medidas largamente demoradas, precisamente por la influencia anterior de aquellos sobre el mismo, como la ley del divorcio y la autorización para habilitar, en zonas adecuadas, de los establecimientos a que se refiere la ley de profilaxis. También suprimió la Inspección General de Enseñanza Religiosa y las festividades religiosas, hasta llegar en mayo de 1955 a derogar la enseñanza religiosa en las escuelas y la exención de impuestos a las instituciones religiosas. Asimismo, comenzó a promover la convocatoria a una Constituyente con el objeto de establecer la separación de la Iglesia del Estado, que la oposición acusó de pretexto para reformar el artículo 40 de la

92. Entretanto, el 3 de setiembre se ha firmado un acuerdo comercial entre Argentina, Alemania y Perú, con el fin de permitir la instalación en territorio nacional de una industria siderúrgica que funcionará con equipos alemanes y materias primas peruanas, recibidas a trueque de trigo y carne de Argentina, y el 21de setiembre se ha firmado un convenio bilateral con Yugoslavia, por el que Argentina importará más de 10 millones de dólares en bienes de capital; el 20 de octubre, el canciller de Japón impone al general Perón las insignias del Gran Cordón de la Orden del Crisantemo.

Constitución Nacional que establecía la propiedad inalienable del Estado sobre el subsuelo y podía ser una traba para la implementación de la concesión petrolera a la Standard de California.

Al tiempo que la oposición católica se unía a la oposición gorila y que la Iglesia Católica iniciaba una gran campaña internacional contra Perón, éste recibía la solidaridad de los "cultos disidentes". A comienzos de 1955 era condecorado por los Patriarcas de Jerusalén y de Palestina y el de la Iglesia Ortodoxa de Antioquia, ambas pertenecientes a la Iglesia Ortodoxa que regía desde Moscú el patriarca Alexis, coincidente con el entonces gobierno socialista de la URSS en atacar al Vaticano y al Pentágono, denunciando la "agresión del mundo occidental capitalista contra los amantes de la paz". También tuvo el apoyo de las organizaciones masónicas, a cuya disolución promovida por el diputado presbítero Virgilio Filipo en 1949, se habían opuesto Héctor Cámpora y el propio Perón[93], y que venían postulando junto a las organizaciones semejantes de los otros países latinoamericanos, la escuela laica y demás medidas ahora implantadas por Perón: divorcio con disolución de vínculo, igualdad absoluta de los hijos ante la ley, pago de impuestos por las iglesias y separación efectiva del Estado y la Iglesia.

La procesión de Corpus Christi, el 11 de junio de 1955, sería motivo para una gran manifestación de masas contra Perón que marchó, pese a la prohibición policial, desde la Catedral hasta el

93. Pese a los múltiples votos públicos de fe católica de Perón, en los momentos de ruptura la jerarquía de la Iglesia Católica le enrostraría tanto su relación con la Escuela Científica Basilio y sus prácticas espiritistas como su pertenencia al Gran Oriente Federal Argentina, logia de la que también habrían sido "prohombres" los almirantes Teissaire e Isaac Francisco Rojas, lo que explicaría porque cuando éste llega a la vicepresidencia tras el golpe de 1955 aquél se convierte de furibundo peronista en "el cantor de las cosas nuestras", como se lo bautizó popularmente por su crítica pública, en extenso "memorando" al general Lonardi, sobre "los crímenes" de Perón. Esta actitud de Teissaire, quien trabajaba con el grupo de Puiggros como ya registramos, también podría tener que ver con su relación con el sector representado por Señorans-Cerrutti Costa, que de la "fidelidad a Perón" hasta después del frustrado golpe de junio de 1955, tras el retiro del gobierno de Borlenghi, Apold, etc., en julio de ese año, pasaron a ser mentores de un "peronismo sin Perón".

Congreso, donde se izaron las banderas nacional y papal. No hubo represión policial, pero desde una comisaría se orquestó la quema de una bandera, que fue pretexto para una gran campaña oficial, manifestaciones de desagravio en todo el país e incluso un ataque a la Catedral con piedras, huevos y cachiporras, el domingo 12 de junio. Perón habló el 13 por la cadena oficial responsabilizando a la oligarquía y a la jerarquía clerical por no haber respondido a sus llamados de pacificación y produjo al día siguiente la expulsión de los monseñores Tato y Novoa, por la que Roma dispuso la excomunión de Perón de la Iglesia[94]. El 14 la CGT realizó un paro desde la 15 hs, con una concentración en Congreso en desagravio de la bandera nacional y en memoria de Eva Perón. El 15 se allanaron casas parroquiales, sedes episcopales y locales de la Acción Católica, que fueron clausurados.

Es en este contexto, que el 16 de junio de 1955 se produjo el levantamiento de la Marina encabezado por el contralmirante Samuel Toranzo Calderón, con el bombardeo a la Casa Rosada buscando dar muerte a Perón y que terminó en una masacre de centenares de civiles en Plaza de Mayo. La mayoría de los trabajadores que había concurrido ante el llamado de la CGT no tenía más que garrotes, salvo un grupo que logró violentar las puertas de una armería céntrica. La Infantería de Marina que había tomado Ezeiza, tuvo que desalojar la base superada por los tanques Sherman y la artillería leal. Cañoneado el edificio del ministerio de Marina, Toranzo Calderón, el ministro Olivieri y otros jefes se entregaron prisioneros; el jefe de la Infantería de Marina, vicealmirante Benjamín Gargiulo, se descerrajó un tiro en la sien. Al caer la tarde Perón anunció por radio que todo había terminado, pero esa misma noche fueron quemadas parcialmente y saquea-

94.Tras la muerte de Pío XII, siendo Papa Juan XXIII, por gestiones del arzobispo de La Plata monseñor José Plaza y, más directamente del doctor Raúl Matera y Jorge Antonio (quien fuera intermediario de la Mercedes Benz, por lo que este monopolio alemán fue sometido a larga penitencia por la Fusiladora), el Vaticano concedió la absolución a Perón el 13 de febrero de 1963, en la mayor reserva en su residencia de Puerta de Hierro, a través del obispo de Madrid, monseñor Eijo Garay.

das la Curia metropolitana, las iglesias de Santo Domingo, San Francisco, San Ignacio, de la Merced, San Miguel, San Nicolás, la Piedad, San Juan, del Socorro y otras.

Pese a la derrota de la sublevación y el castigo a la Marina, el gobierno de Perón había quedado herido y él mismo daba la impresión de haber quedado semiprisionero del Ejército, en cuyo ministerio estableció su despacho, con el argumento de las reparaciones en la Casa Rosada. Hacia fin de junio levantó el Estado de Sitio y aceptó la renuncia de sus ministros más controvertidos: del Interior, Angel Borlenghi; de Educación, Méndez San Martín; de Transportes, ingeniero Juan Maggi, y de Agricultura y Ganadería, Carlos Hogan; y del secretario de Prensa y Difusión, Raúl Apold. A su vez, Eduardo Vuletich renunció a la secretaría general de la CGT y fue reemplazado interinamente por Héctor Hugo di Pietro. El 5 de julio, Perón hizo un llamado a la conciliación nacional y el 15 dio por finalizada la revolución peronista, anunciando que dejaba de ser el jefe de un movimiento político, para pasar a ser el presidente de todos los argentinos, poro lo que el 27 fue elegido presidente de la Junta Nacional del partido, el doctor Alejandro Leloir.

Pero, ya el 13 de julio una carta pastoral firmada por los obispos denunciaba la intención oficialista de organizar una iglesia autóctona, separada de Roma y de la jerarquía eclesiástica. Y el 27, al hacer uso del espacio radial concedido a los partidos políticos, el presidente del radicalismo Arturo Frondizi era extremadamente duro con el gobierno, lo mismo que posteriormente el conservador Vicente Solano Lima y el demoprogresista Luciano Molinas.

El 15 de agosto la policía denunció el descubrimiento de un complot para asesinar al Presidente y provocar el caos, y el 16 el partido peronista notificó que daba por terminada la tregua política y Alejandro Leloir expresaba que "se actuará enérgicamente contra la oposición". Ante el fracaso de las negociaciones con las direcciones de los partidos opositores y las jerarquías de la Iglesia, y la creciente circulación de panfletos el ministro Albrieu apuntó a "la vieja oligarquía", advirtiendo en nombre del gobierno "que la tolerancia ha tocado sus límites". Y el 31 de agosto ama-

neció con la noticia de que Perón había enviado su renuncia como presidente de la Nación, no al Congreso sino al Partido Peronista y a la CGT, y ésta decretaba un paro general convocando a Plaza de Mayo para impedir el retiro del líder. Este habló desde el balcón de la Casa Rosada sobre los objetivos del movimiento, la infamia de los bombardeos del 16 de junio en esa misma plaza, la paciencia y la tolerancia que el gobierno y el pueblo habían tenido frente a eso, y la respuesta intolerante de la oposición, por lo que solamente quedaban dos caminos: represión ajustada por el gobierno y "para el pueblo una acción y una lucha que condigan con la violencia mayor", agregando que "cuando uno de los nuestros caiga, caerán cinco de ellos". Declaró que retiraba su renuncia, a condición de que "cada uno se prepare de la mejor manera para luchar" y que si "nuestros adversarios y nuestros enemigos" no comprenden, "¡pobres de ellos!".

No fue así, porque Perón se quedó en las amenazas y las corrientes conspirativas fuera y dentro de las Fuerzas Armadas apuraron sus pasos. El 2 de setiembre, el general Videla Balaguer intentó sublevar a la guarnición de Río Cuarto, en Córdoba, quien desde entonces se mantuvo prófugo, fracasando los servicios en encontrarlo, lo mismo que al coronel Osorio Arana. El 6 de setiembre, la CGT ofreció la totalidad de sus afiliados (6 millones de trabajadores) "para constituir una milicia civil armada", con el propósito de sostener "la ley, la Constitución y las autoridades constituidas." El ministro de Guerra, general Lucero, se apresuró a rechazar la oferta, por lo que Perón desistió de la formación de tales milicias, quedando así totalmente a merced de la "protección" del Ejército. Entretanto el general Lonardi, con la consigna "Dios es justo", viajaba a Córdoba para encabezar el levantamiento del Ejército, programado para el 16 de setiembre con los otros sectores golpistas, en particular el que respondía al general Aramburu, y también con la Marina, a cuyo frente se pondría el almirante Isaac F. Rojas, director de la Escuela Naval y comandante de la Fuerza Naval de Instrucción.

Capítulo XVI
De la Fusiladora al Onganiato

Ante la creciente amenaza de golpe de Estado, especialmente después de la jornada sangrienta del 16 de junio de 1955, las masas obreras intentaron enfrentarlo, incluso con las armas. El gobierno vaciló y finalmente se negó a repartir armas al pueblo.

El 16 de setiembre de 1955 se inició el levantamiento gorila que, tras cuatro días de enfrentamientos armados, culminó con la renuncia y el exilio del presidente Perón. Lo encabezaban el general retirado Eduardo Lonardi y el contralmirante Isaac Francisco Rojas, en actividad.

El grupo golpista tuvo, de inicio, una correlación de fuerzas desfavorable. No solo por los contingentes obreros que se volcaron a la lucha contra los golpistas, sino también, porque la base del Ejército y la Aeronáutica se mantuvo leal al gobierno (como lo mostró el fracaso del general Pedro Eugenio Aramburu en el intento de sublevar la guarnición de Curuzú Cuatiá). Pero la negativa final de Perón a repartir armas al movimiento obrero limitó sus posibilidades de combate[95]. Además, en la propia cúpula mi-

95. "La guerra civil en Rosario que comienza el 16 de setiembre de 1955, dura más de 7 días, con refuerzos militares, tanques y blindados al mando del general Bengoa, ciudad sitiada y sin abastecimientos, etc. con el Regimiento Militar II de Infantería de Rosario leal al gobierno constitucional de Perón. La lucha se entabla entre sectores populares y obreros del cordón circundante de la ciudad, en avance hacia el territorio enemigo, el de los "libertadores" del centro de la ciudad y las Fuerzas Armadas. Más de 400 muertos entre mujeres, niños y hombres y, el ejér-

litar que se mantenía formalmente "leal" a Perón, había sectores golpistas encubiertos; y otros que temían a la rebelión obrera, ilusionados con la idea de "un peronismo sin Perón", y abrían expectativas a la fórmula de Lonardi de "ni vencedores ni vencidos". Estos sectores de la cúpula militar paralizaron y dejaron sin dirección a las fuerzas del Ejército y la Aeronáutica leales al gobierno.

Así, en setiembre de 1955 el golpe triunfó, a pesar de que hubo una fuerte resistencia obrera y popular y de sectores militares nacionalistas, con cientos de detenidos, perseguidos y fusilados. La burguesía nacional peronista, como antes la radical, mostraba su impotencia para impedir la restauración oligárquico-imperialista.

En la dirección del PC, contra la actitud de muchos de sus militantes que participaron de esta resistencia, terminó predominando una línea de apoyo a la "Libertadora". En ocasión del golpe del 16 de junio de 1955 había exigido armar al pueblo; tres meses después, ante el golpe de setiembre, el día 18 llamó a "poner término a la guerra civil que estaba haciendo estragos"[96]. Esta

cito jamás pudo entrar a los barrios para sacar las estatuas de Perón y Evita. Esto hizo que Perón la declare a Rosario la capital del peronismo, y que la resistencia peronista de Rosario haya sido la más activa y exitosa en sus acciones, además de tener una base social tan amplia que cubría a los combatientes del campo popular, entre ellos al general Valle." (Balvé, Beba C., "Acerca de la relación: resistencia-lucha armada-huelga política de masas e insurrección proletaria", Cicso, Buenos Aires, febrero de 2004.)

96. La actitud de la dirección del PC se vincula no solo con su política dual de oportunismo con las masas peronistas y, a la vez, con el gorilismo "democrático", que referimos en el capítulo anterior, sino también con los cambios producidos en el gabinete de Perón y en la dirección de la CGT a fines de junio de 1955, al "retirarse" el grupo de Borlenghi, y con el pase a la conspiración del grupo del coronel Señorans (al sector que postulaba un "peronismo sin Perón"), después que éste había integrado el comando de represión a los golpistas en junio junto a los generales Sosa Molina, Imaz y Wirth. Dicho "cambio" en la dirección del PC, y en los sectores afines que "abandonaron" el gobierno de Perón (no todos, porque algunos de esos sectores continuaron al lado de Perón y pasaron inmediatamente a la "resistencia", como los expresados por Ramón Prieto y John William Cooke), deben también verse a la luz de la lucha de líneas en la Unión Soviética posterior a la muerte de Stalin, ocurrida en 1953, en particular con relación a la línea que terminó imponiéndose en el XX Congreso del PCUS, realizado en 1956, que si bien tenía tres pilares: transición pacífica, coexistencia pacífica con el imperialismo y alianza con las burguesías nacionales del Tercer Mundo, al entrar este último pos-

supuesta posición independiente ocultaba que la dirección del PC había puesto un pie en el golpe gorila (participación del sector militar afín a Solanas Pacheco, Lanusse, Guglialmelli y también en el sector representado por Señorans) lo que se expresó en la concurrencia masiva de sus militantes universitarios y de barrios de la Capital a la concentración que festejó en la Plaza de Mayo el triunfo gorila. Muchos de sus miembros ocuparon puestos importantes en los sindicatos y universidades intervenidos por la "revolución libertadora".

El 1° de octubre de 1955 retornó a la Argentina Raúl Prebisch, llamado por Lonardi para diseñar la política económica de la dictadura. Entretanto fueron pasados a retiro 44 generales peronistas, y siguieron las purgas que incluyeron a centenares de oficiales. El 27 de octubre se conoció el fallo del "tribunal de honor" militar que descalificó a Perón, firmado entre otros por los generales Carlos von der Becke, Víctor Majó y Basilio Pertiné. Y el 28 se devaluó el peso y se anunció que quedaba sin efecto el contrato con la California.

El 9 de noviembre se hizo pública la disputa en el seno de los golpistas –entre los sectores oligárquicos que se definían como nacionalistas (que querían crear "un peronismo sin Perón") y los liberales (los "gorilas", que querían borrar todo vestigio del peronismo)–, con el reemplazo del general Justo León Bengoa por el general Arturo Ossorio Arana, en el ministerio de Ejército. El 10 se creó la llamada Junta Consultiva Nacional con representantes de los partidos que apoyaban "la revolución", presidida por Rojas, y ese mismo día renunció el secretario de Prensa de la Presidencia, Juan Carlos Goyeneche, acusando a sus enemigos de querer "convertir a la revolución en un desquite de los desplazados desde la fecha clave del 4 de junio de 1943". Los acontecimientos se aceleraron, produciéndose el 13 el reemplazo de Lonardi, quien

tulado en contradicción con los dos anteriores –planteada la necesidad de defender con las armas un gobierno de burguesía nacional, enfrentando al imperialismo y la oligarquía–, los llevaría a optar por sacrificar la alianza con dicho gobierno y a operar "emboscándose" en el golpe.

se negó a renunciar, por Aramburu. El mayor Alejandro Agustín Lanusse, como jefe de Granaderos, participó en el desplazamiento de Lonardi.

Aramburu asumió con un gabinete definidamente ubicado en la línea oligárquica liberal, y Prebisch continuó como asesor económico, produciendo un informe en la misma línea que sería la base del llamado Plan Prebisch, cuyo eje era contener la inflación tras la devaluación, impidiendo los aumentos de salarios. El 16 de noviembre se produjo la intervención de la CGT, a cargo del capitán de navío Alberto Patrón Laplacette, y el 30 de noviembre se decretó disuelto el Partido Peronista, recrudeciendo las persecuciones, incluido el secuestro y **desaparición** del cadáver embalsamado de Eva Perón, llevado de contrabando a Europa, donde permaneció escondido en Italia por 16 años. El 27 de abril de 1956 fue anulada la Constitución de 1949, reimplantándose por decreto la de 1853.

Desde 1955 se acentúa la dependencia de nuestro país, a partir de anudar lazos con el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y otras instituciones financieras imperialistas. La política de la dictadura reforzó la penetración imperialista norteamericana y europea, favoreciendo un rápido proceso de concentración y centralización del capital en la industria, el comercio y las finanzas, a la vez que se favorecía la reconstitución del latifundio en el campo (comenzando con la ley Mercier de liberalización de arrendamientos y aparcerías rurales y la derogación de la ley peronista de colonización N° 13.995, por el decreto-ley 14.577 de agosto de 1956, con el que se realizó la entrega de millones de hectáreas de las tierras más fértiles en los ex territorios nacionales del Sur y del Noreste argentinos). Así se profundizó la explotación y opresión de la clase obrera y el pueblo, se recrearon relaciones de producción atrasadas en el campo y se perjudicaron amplios sectores de la burguesía nacional.

La resistencia a esta política tuvo diversas formas. La clase obrera y las masas populares protagonizaron grandes combates. El 9 de junio de 1956 se produjo el levantamiento de militares

y civiles peronistas encabezados por el general Juan José Valle. En La Pampa la rebelión triunfante repuso transitoriamente al gobierno peronista y repartió armas al pueblo. En el resto del país actuaron grupos militares nacionalistas con escasa participación del pueblo, lo que facilitó su aislamiento. Así la rebelión fue derrotada, y el día 10 la dictadura de Aramburu-Rojas impuso por decreto la ley marcial, fusilando a 22 de los militares sublevados, entre ellos el propio general Valle, e incluso un grupo de 12 civiles, ametrallados por la espalda en los basurales de José León Suárez. Sin embargo, ello no acalló la resistencia peronista. Peronistas, comunistas y otros sectores se unieron en el movimiento obrero unificado (62 Organizaciones y MUCS), e impidieron que la intervención dictatorial pudiera conformar una CGT adicta.

Tras los fusilamientos de junio de 1956, y ante el reclamo del radicalismo por boca de Arturo Frondizi, el dictador Aramburu anunció el 6 de julio que iba a convocar a elecciones para fines de 1957 y además –buscando legitimar su anulación de la Constitución Nacional de 1949–, que se estudiaba la posibilidad de convocar a una convención constituyente para reformar la de 1853. Esto último fue rechazado por el sector frondicista de la UCR que, en la convención de dicho partido realizada en Tucumán el 9 de noviembre, proclamó la candidatura presidencial de Frondizi, lo que provocó el retiro de los sectores balbinista, unionista y sabattinista. Estos sectores conformarán la UCR del Pueblo, que llevará la fórmula presidencial Ricardo Balbín-Santiago del Castillo, mientras que los desarrollistas adoptarán el nombre de UCR Intransigente, con la fórmula Arturo Frondizi-Alejandro Gómez.

En abril de 1957, la dictadura de Aramburu-Rojas convocó a las elecciones de convencionales constituyentes para el 28 de julio, con la proscripción del peronismo. Más de 2 millones (2.115.861) de votos en blanco graficaron el repudio a la convocatoria, a los que habría que sumar los 1.847.603 que obtuvo la UCRI, cuya posición era participar para impugnar la Convención Constituyente. La UCRP, partidaria de la misma, logró

2.106.524 votos. La Convención se reunió en Santa Fe a fines de agosto y, tras la impugnación y retiro del bloque frondicista, apenas logró declarar la nulidad de las reformas de 1949 y a sancionar el artículo 14 bis sobre los "derechos sociales" terminando, tras el retiro de otros sectores, por disolverse el 14 de noviembre de 1957.

El 18 de noviembre el gobierno de la dictadura convocó a elecciones generales para el 23 de febrero de 1958, manteniendo la proscripción del peronismo. Frondizi, a través de la relación de Rogelio Frigerio con Ramón Prieto y John William Cooke, realizó un pacto electoral secreto con Perón en el exilio. Sobre un total de 9 millones de votantes, la fórmula Frondizi-Gómez logró así casi 4 millones de votos (3.989.478) contra la de Balbín-Del Castillo, que obtuvo 2.526.611 votos. El 1° de mayo de 1958, Arturo Frondizi asumió la presidencia de la Nación, lo que la dirección del PC calificó como "la entrada del pueblo a la Rosada".

Una "democracia" condicionada

A partir de 1957, estimulado y apoyado por la camarilla que después de la muerte de Stalin restauró el capitalismo en la URSS, en la dirección del PC de la Argentina se había impuesto totalmente el revisionismo y la traición a los intereses de la clase obrera, siguiendo los pasos del Partido Comunista de la Unión Soviética: del revisionismo del marxismo a la traición, y de la traición al socialimperialismo (socialismo de palabra, imperialismo de hecho).

En oposición a esa línea, que transformó al PC de partido del proletariado en quintacolumna del socialimperialismo ruso, y estimulada por el triunfo de la revolución cubana de enero de 1959, surgió la corriente antirrevisionista, antioportunista, que desde posiciones marxistas-leninistas fue creciendo dentro del Partido y de su Juventud a partir de 1962. A través de un desarrollo complejo, en el curso de la lucha de clases nacional e internacional y alentados por la lucha antirrevisionista a escala mundial, se fue-

ron configurando los afluentes que el 6 de enero de 1968 iban a constituir el Partido Comunista Revolucionario de la Argentina[97].

En el campo de la burguesía, entretanto, se había ido conformando la corriente desarrollista, liderada por Arturo Frondizi. Esta corriente tuvo un aporte sustancial en sus postulados doctrinarios de dos ex dirigentes del PC, Rogelio Frigerio y Juan José Real, expulsados del mismo en distintos momentos, en las décadas de 1940 y 1950 respectivamente, pero que continuaron vinculados al aparato ruso en el país y al Partido Comunista de la Unión Soviética. Integraban además el grupo frondofrigerista, entre otros Isidro Odena, Marcos Merchensky, Oscar Camilión y Roberto Noble.

Los revisionistas rusos pudieron aprovechar sus viejas relaciones y las del PC con los dirigentes del frondofrigerismo para instrumentar a su favor la corriente desarrollista, apoyándose en las contradicciones de sectores locales y de los otros imperialismos, particularmente europeos, con los intereses estadounidenses. Utilizando el poderoso aparato económico "heredado" de la época socialista y, también, las relaciones comerciales de sectores de las clases dominantes con la URSS, el socialimperialismo ruso fue desarrollando –mediante testaferros y asociaciones– sectores de gran burguesía intermediaria como el representado por José Ber Gelbard (como grupo económico y en el accionar político, Gelbard y Frigerio marcharon unidos hasta fines de la década del 60), Madanes, Besrodnik, Novakovsky, Broner, Graiver, Werthein, Duchatski, Paenza, Gold, Trozzo, Greco, Oddone, Saiegh, Capozzolo, Bulgheroni, García Oliver, etc. Y fue asociando también –en

97. La historia más completa de este proceso, en vinculación con los sucesos nacionales e internacionales de entonces y posteriores hasta llegar a la década menemista, incluida en su segunda edición actualizada, es desarrollada por Otto Vargas en el libro de Jorge Brega: *¿Ha muerto el comunismo? El maoísmo en la Argentina. Conversaciones con Otto Vargas*, Editorial Agora, Buenos Aires, 1997. Los textos de los documentos fundacionales del PCR de la Argentina han sido recientemente publicados en: *Documentos aprobados desde la ruptura con el PC revisionista hasta el 1° Congreso del PCR, 1967/1969*, publicaciones 35° aniversario del PCR, tomo I, Buenos Aires, 2003.

forma subordinada– a un grupo de terratenientes y de burguesía intermediaria tradicional, como los que expresan miembros de las familias Lanusse, Bullrich, Shaw, Blaquier, Acevedo, Martínez de Hoz, Hirsch, Navajas Artaza, Zorraquín, Gruneisen, Muñiz Barreto, Cárcano, Santamarina, etc.[98]

Es durante el gobierno de Frondizi (1958–1962) cuando estos sectores comenzaron a adquirir un gran desarrollo, no por las leyes del mercado sino principalmente por el uso de fondos, estímulos, licitaciones, vaciamientos y otros beneficios que les permitía el manejo de importantes resortes del gobierno. Para hacer esta política, el gobierno de Frondizi tuvo que otorgar importantes concesiones a sectores del imperialismo estadounidense y a monopolios europeos, quienes tenían un peso decisivo en la economía nacional. Lo que concordaba con la línea de entendimiento con el imperialismo estadounidense que propugnaba en ese momento la jefatura de la Unión Soviética encabezada por Nikita Jruschov, en línea con el llamado "espíritu de Camp David", por el lugar de la cumbre entre éste y el presidente de los Estados Unidos, Dwight Einsenhower, realizada en 1959.

Como hemos analizado en su momento[99], el proyecto desarrollista se fundamenta en la teoría revisionista del papel determinante de las fuerzas productivas, que por su solo desarrollo revolucionaría las relaciones de producción y de propiedad, sin importar por tanto el modo que se logre ese desarrollo. De ahí que propugnara lograr ese desarrollo sobre la base de estimular la tecnificación del latifundio y la inversión del capital imperialista en la sustitución de importaciones en ramas poco desarrolladas y con un mercado interno importante, como la industria automotriz y conexas (petróleo, neumáticos, partes, etc.), aunque eso fue-

98. Echagüe, Carlos, *El socialimperialismo ruso en la Argentina*, Ediciones Agora, Buenos Aires, 1984; Vacs, Aldo César, *Los socios discretos*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1984.

99. Gastiazoro, Eugenio, *Crítica del desarrollismo*, Editores Dos, Buenos Aires, 1970; Gastiazoro, Eugenio, *Desarrollismo o socialismo*, Ediciones sociales, Buenos Aires, 1971.

ra a costa de la ruina y el empobrecimiento de otros sectores, la opresión de la mayoría del pueblo, la superexplotación obrera y la entrega del patrimonio nacional. Esta política iba a acarrear una nueva crisis, aun más profunda, como fue la de 1962–63.

En heroicas jornadas, con huelga general y barricadas, la clase obrera resistió la política del gobierno. Frondizi apeló entonces a la represión abierta, recurriendo incluso al ejército, como en la histórica toma del frigorífico Lisandro de la Torre y la pueblada del barrio de Mataderos que estalló frente al desalojo de los trabajadores, en enero de 1959, y la huelga grande ferroviaria de 1961. Las grandes luchas del movimiento estudiantil en estos años (por mayor presupuesto, en defensa de la enseñanza laica, etc.), al confluir con la resistencia obrera al frondicismo, ayudaron a disminuir la brecha abierta en el campo popular en 1955. Comunistas y peronistas, obreros y estudiantes, juntos en las calles y en las cárceles de Frondizi, enfrentando la represión y el plan Conintes (Conmoción Interna del Estado), iban forjando una nueva unidad. Esto se expresaría también en el intento de resistir, aun contra la opinión de las direcciones del PC y el PJ, la intervención a la provincia de Buenos Aires cuando el peronismo ganó con Andrés Framini y Marcos Anglada las elecciones el 18 de marzo de 1962.

Estos acontecimientos ocurrían mientras avanzaba la Revolución Cubana, cuyo triunfo el 1° de enero de 1959 había conmovido a todo el pueblo argentino, fortaleciendo el combate antiimperialista y la búsqueda de un camino revolucionario. Esta revolución tuvo la simpatía de grandes masas de obreros peronistas y contribuyó a producir una izquierdización masiva de las capas medias, especialmente en el estudiantado. Expresión de esto sería también el arrollador triunfo del socialista Alfredo L. Palacios en las elecciones para senador nacional por la Capital Federal del 12 de febrero de 1961. Palacios había basado su campaña en una posición resueltamente procastrista[100].

100. Esta última experiencia parlamentaria de Alfredo L. Palacios terminaría como la primera sin pena y sin gloria, cuando tras el derrocamiento de Frondizi, el gobierno de Guido regido por los militares declara disuelto el Congreso el 19

Al borde de la cornisa

Como reconocería al producirse su derrocamiento, Frondizi había aceptado ante los militares "recibir el poder en forma condicionada" (carta al presidente del comité nacional de la UCRI, Alfredo García, del 27 de marzo de 1962). Eso ya de por sí auguraba que su gobierno estaría sujeto a las constantes presiones militares de los sectores gorilas que predominaban en la cúpula de las fuerzas armadas. Pero, por otro lado, al llevar a cabo un programa de gobierno opuesto al manifestado durante la campaña electoral, pasaría a jugar un rol principal la contradicción entre la política de su gobierno y la inmensa mayoría que le había dado el voto en los comicios del 23 de febrero de 1958.

Si bien a la semana de asumir, el 7 de mayo Frondizi envió al Congreso un proyecto de amnistía general, y el 13 dispuso por decreto un aumento general de salarios –que blanqueó y generalizó las mejoras logradas por los trabajadores desde 1956–, ya el 13 de junio dispuso que sean rematadas y adjudicadas las empresas estatales que formaban el grupo Dinie, y el 24 de julio anunció su nueva política petrolera basada en contratos con compañías extranjeras, en abierta contraposición a todo lo que había postulado anteriormente contra las concesiones petroleras, como por ejemplo en su libro *Petróleo y política*, publicado en 1954. Frigerio, como secretario de Asuntos Económicos y Sociales, viajó a Estados Unidos a negociar contratos directamente con compañías estadounidenses como la Banca Loeb, la Pan American y la Tennessee. Al mismo tiempo se envió una misión encabezada por el diputado José Liceaga a Rusia, donde el 28 de octubre se firmó

de mayo de 1962, utilizando la policía para impedir el ingreso al mismo de sus miembros. La primera, recordemos, fue como diputado nacional electo en 1904, cuyo mandato concluyó también abruptamente por el autogolpe de Estado de Figueroa Alcorta, el 25 de enero de 1908, cuando éste ordenó la clausura del Congreso y su ocupación por efectivos al mando de Ramón L. Falcón (ver tomo III, págs. 131 y siguientes).

un convenio por el que la URSS concedió un crédito a la Argentina para la compra de equipos petroleros[101].

Frondizi trató de lograr el apoyo de los dirigentes sindicales peronistas promulgando el 27 de agosto de 1958 la Ley de Asociaciones Profesionales (que había recibido sanción definitiva del senado el 8 de agosto) y creó ese mismo mes Yacimientos Carboníferos Fiscales (YCF), con el propósito de activar la explotación de los yacimientos de carbón de Río Turbio (Santa Cruz). Pero ya en setiembre se enfrentó a una gran resistencia popular por la promoción de la enseñanza "libre", que conllevaba la creación de universidades privadas. El debate del tema en el Congreso, con grandes manifestaciones a favor de la enseñanza laica, producirá una escisión en la UCRI que, junto a la huelga petrolera declarada en Mendoza y la resistencia popular a la entrega, llevó a Frondizi a implantar el Estado de Sitio por tiempo indeterminado, el 8 de noviembre. Frigerio se vio obligado a replegarse en el Gabinete el 10 de noviembre, limitando sus funciones a la de asesor presidencial, y el 18 de noviembre se produjo la renuncia de Alejandro Gómez a la vicepresidencia, al cancelársele la ficha de afiliación en la UCRI por su planteo de un gobierno de coalición. José María Guido, senador de ese partido por Río Negro, pasó a ser presidente provisional del Senado.

El 4 de diciembre se aprobó la nueva ley de inversiones extranjeras, al tiempo que el gobierno decretó la movilización militar de los bancarios en huelga. Y el 30 de diciembre Frondizi anunció el draconiano plan de ajuste económico llamado de "estabilización y desarrollo", con liberación del mercado de cambios, por lo que el dólar comercial se elevó de los 18 a los 82 pesos por unidad.

101. Ya en enero de 1958, antes de las elecciones que dieron el triunfo a Frondizi, el gobierno de la dictadura de Aramburu había enviado a Rusia "una misión encabezada por el ministro de Industria y Comercio, Raúl Ondarts, para comprar equipos para la industria del petróleo y la construcción vial y para aprovechar los créditos pendientes con la URSS como consecuencia del convenio de 1953 y su protocolo adicional de 1955. Esta misión no fue bien apreciada en los Estados Unidos, y el secretario de Estado, Foster Dulles, habló de una posible 'ofensiva soviética' en América del Sur" (Mario Rapoport y colaboradores, *op. cit.*, pág. 524.

A comienzos de 1959, junto a las noticias del triunfo de Fidel Castro en Cuba y el descontento por el plan de austeridad lanzado por el gobierno, Frondizi viajó a Estados Unidos. Entretanto los siete mil trabajadores del Frigorífico Municipal de Buenos Aires (ex Frigorífico Nacional Lisandro de la Torre), en el barrio de Mataderos, ocupaban la empresa ante la sanción de la ley proyectada por el gobierno para entregar el establecimiento "al capital privado". En apoyo de la represión policial que resultaba impotente para evitar las incesantes manifestaciones y acciones de solidaridad, en las que jugaban un papel de avanzada las compañeras de los obreros, el gobierno recurrió al ejército para desalojar el establecimiento. Los tanques derribaron las barricadas y los portones del frigorífico en la madrugada del 17 de enero, lo que provocó una verdadera pueblada en el barrio de acompañamiento a los obreros que se retiraron combatiendo, y la declaración de una huelga general de solidaridad de 72 horas por los gremios peronistas y comunistas, en repudio a la represión y contra la política y el viaje de Frondizi a Estados Unidos, que paralizó el país los días 18, 19 y 20 de enero, con acompañamiento de los estudiantes y las capas medias.

En mayo visitó el país Fidel Castro, y el 18 de junio se produjo la primera crisis militar, por la que el subsecretario de Guerra general Raimundes fue reemplazado por Rosendo Fraga. Frondizi trató de congraciarse con los sectores liberales nombrando a Alvaro Alsogaray como ministro de Economía por iniciativa de Frigerio, pero ya el 30 de junio dejó caer al secretario de Guerra, general Héctor Solanas Pacheco, sustituyéndolo por el general Elbio Anaya, quien pese a los reparos de Frondizi designó comandante en jefe del Ejército al general "ultragorila" Carlos Severo Toranzo Montero. Este terminó enfrentando al propio Anaya el 5 de setiembre, con el apoyo, entre otros generales, de su hermano Federico, Raúl Poggi y Rosendo Fraga, lo que fue aceptado por Frondizi, quedando desde entonces sometido a los permanentes planteos de este sector, al tiempo que su actitud provoca una gran desazón en los sectores que todavía lo apoyaban y la creciente

oposición de los demás sectores que habiéndolo también votado venían ya enfrentando su política, en particular en el movimiento obrero y popular.

En estas condiciones, siempre al borde de la cornisa, manteniendo como asesores principales a Frigerio y Real, Frondizi gobernará con Estado de Sitio y el plan Conintes y con Alsogaray como ministro de Economía, hasta que el 24 de abril de 1961 le pidió a éste inesperadamente la renuncia, reemplazándolo por Roberto Teodoro Alemann. El 17 de abril se había producido la derrota de las fuerzas invasoras a Cuba, apoyadas por Estados Unidos, en Playa Girón, y Frondizi se había entrevistado con el presidente brasileño, el reformista Janio Quadros, el 20 de abril. Entre mayo y julio se entrevistará con los presidentes de Uruguay, Bolivia y Paraguay (Eduardo Víctor Haedo, Víctor Paz Estenssoro y Alfredo Strossner, respectivamente), previo a la reunión en Punta del Este del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES). En esa reunión Ernesto "Che" Guevara, representante de Cuba, no firmó la declaración final que estableció la Alianza para el Progreso, promovida por el presidente estadounidense John F. Kennedy. Tras esa reunión, el 18 de agosto, Guevara visitó "en secreto" el país por 4 horas, encontrándose con Frondizi en la residencia de Olivos, lo que al trascender fue objeto de un serio planteamiento militar que todavía logró resistir apelando a explicar el hecho por radio. No ocurrió lo mismo en Brasil con Janio Quadros, quien tras recibir a Guevara fue obligado a renunciar dejando el mando a su vicepresidente Joao Goulart, también calificado de "criptocomunista" por los medios proestadounidenses, quien gobernará su país hasta su derrocamiento por un golpe de Estado, el 15 de abril de 1964.

Habiendo pasado a retiro el general Carlos Severo Toranzo Montero a comienzos de 1961, Frondizi maniobró manteniendo al general Rosendo Fraga en la secretaría de Guerra (el general Raúl Poggi había pasado a ocupar la comandancia en jefe del Ejército) y trató de recomponer su situación viajando nuevamente al exterior, primero a Estados Unidos y luego a Oriente, en una extensa

gira de un mes, en la que será acompañado por una nutrida delegación de hombres de negocios, integrada entre otros por José Ber Gelbard. Entretanto, en lo interno, encaró un vasto programa de "racionalización" de las empresas del Estado, una de cuyas derivaciones será la gran huelga ferroviaria, que se prolongará por 42 días, desde el 30 de octubre al 10 de diciembre.

La huelga ferroviaria de 1961

Desde 1960 los trabajadores venían resistiendo los planes privatizadores de los servicios ferroviarios. Como parte de esa lucha, los obreros de los talleres de Pérez, en Santa Fe, habían corrido al general Larkin, enviado por el Banco Mundial e inspirador del plan frondofrigerista para los ferrocarriles.

El frondofrigerismo buscó dividir el gremio e intrigó para someterlo. Utilizando algunos dirigentes comprados –muy propio de los personeros de cualquier imperialismo– el 17 de marzo de 1961 "creó" el sindicato de Señaleros, embarcando a este sector de los trabajadores en un paro aventurero para hacerlo fracasar y sembrar así la división y el desaliento en las filas ferroviarias. Luego desde el gobierno se lanzó la ofensiva final, poniéndose en práctica el decreto 4061/61 de racionalización. La Unión Ferroviaria y La Fraternidad realizaron un paro de 48 horas los días 26 y 27 de octubre, repudiando el decreto. El gobierno desarrollista decretó la clausura de 11 talleres: Rosario, Liniers, Alianza, Libertad, Cruz del Eje, Strobel, etc.; ordenó el levantamiento de 23 mil kilómetros de vías, la privatización de carga y descarga, limpieza de vagones, jaulas y estaciones, y de confiterías y coches comedores; la reforma del escalafón y la ley de trabajo 11.544; y dispuso la cesantía de 75 mil trabajadores que, sumados a los 20 mil jubilados "de oficio", disminuía en un 40 % el plantel ferroviario, consistente entonces en alrededor de 250 mil trabajadores.

Los ferroviarios se lanzaron a la huelga dispuestos a defender su trabajo, sus conquistas y a los ferrocarriles, con disciplina proletaria, valentía y patriotismo ejemplares. La seccional Rosario

declaró la huelga general y las comisiones directivas de ambos gremios decretaron la huelga por tiempo indeterminado. Así comenzó la gran huelga de 1961 que logró hacer retroceder al plan de Frondizi y Frigerio en los ferrocarriles, y constituyó el hecho obrero y popular más importante de ese período. Los 42 días de lucha se convertirían en un ejemplo de coraje, decisión, firmeza proletaria, solidaridad de clase y movilización popular.

La represión fue violenta. Frondizi y su ministro de Transportes, Acevedo –socio de Frigerio y Martínez de Hoz en Acindar, empresa que hizo negocios fabulosos con los despojos (chatarra) del ferrocarril–, decretaron la movilización militar del gremio. Se desató una verdadera cacería humana. Policías y gendarmes fuertemente armados asaltaban domicilios y seccionales para obligar a los obreros a ir a trabajar. Los llevaban por la fuerza, especialmente a los de tráfico, para hacer andar los trenes y romper la huelga. Los ferroviarios se negaban a trabajar o se escapaban del trabajo y de sus domicilios, se refugiaban en casas de parientes, amigos o vecinos, o levantaban carpas en los montes. A los que detenían y se negaban a trabajar los llevaban a las cárceles, a los cuarteles o al barco Bruselas anclado en el Río de la Plata y habilitado como cárcel; los rapaban como a conscriptos. Trataron de utilizar a carneros y hasta a los despedidos por ladrones, pagándoles más. Buscaron rendir a los trabajadores por hambre (llevaban dos meses sin cobrar). Intrigaron y urdieron maniobras divisionistas. Con la indemnización lograron quebrar algunas conciencias débiles, incluso de dirigentes de seccionales burocratizados. Y compraron dirigentes corrompidos, llegando a montar una "comisión directiva provisoria" que levantó la lucha "para negociar".

Pero los ferroviarios no se doblegaron. Todos los intentos de romper la huelga haciendo correr "trenes de emergencia" fracasaron. En Mechita (provincia de Buenos Aires) todo el pueblo, ferroviarios, mujeres y niños ocuparon la estación y levantaron las vías para que el tren no corriera. En Laguna Paiva (Santa Fe) todo el pueblo de 20 mil habitantes se lanzó a la estación y con sus cuer-

pos, con palos y piedras, pararon dos trenes y dieron su merecido a los provocadores. La policía ametralló al pueblo. Hubo numerosos heridos de bala, entre ellos dos de gravedad: Abel Gómez de la Unión Ferroviaria y Orlando Oliva de La Fraternidad. Cuando se le terminaron las balas, la policía se asustó; la gente no se había amedrentado, volvió a la carga; entonces incendiaron un tren para protegerse. En Tafí Viejo, los trabajadores se encolumnaron con sus mujeres e hijos hacia Tucumán, arrollando a la policía que intentó detenerlos. En Rosario se realizó una manifestación por la avenida Alberdi: las mujeres en primera fila. Ni la policía y gendarmería juntas lograron disolverla. En muchas localidades, como Bahía Blanca, Concepción, San Antonio Oeste, La Banda, Salta, los ferroviarios y el pueblo salían a la calle, se concentraban frente a las comisarías exigiendo la libertad de los presos o apedreaban trenes custodiados por las fuerzas represivas.

Mientras duró la huelga, el hambre se mitigaba desplegando una gran campaña solidaria nacional e internacional. El pueblo y sus organizaciones hicieron llegar pan, dinero, alimentos, etc., producto de cientos de colectas. Los ferroviarios convirtieron su lucha en una lucha de todos, llevando la pelea a la calle y logrando así aislar al gobierno frondicista y rodear su combate de una gigantesca solidaridad popular. La CGT decretó un paro de 72 horas, que se cumplió totalmente del 7 al 9 de noviembre. El 30 de noviembre un plenario de secretarios de gremios resolvió: 1) que los sindicatos aporten para los ferroviarios medio jornal por afiliado; 2) realizar un gran mitin en Parque Patricios; 3) llamar a todas las organizaciones gremiales, políticas y populares a constituir una Comisión Nacional de Solidaridad con los Ferroviarios. Al mitin concurren unas 100 mil personas: obreros, estudiantes y pueblo hermanados en una acción común solidaria y de repudio al gobierno.

Pese a todo esto, la dirección de la CGT mantenía una actitud conciliadora con el frondofrigerismo, y las direcciones reformistas de los gremios ferroviarios, en particular La Fraternidad, comenzaron a hacer todo lo posible para apagar la combatividad

e ilusionar con las negociaciones. En lugar de tensar al máximo la capacidad de lucha de los 250 mil ferroviarios y el despliegue de solidaridad logrado, pasaron a centrar su actividad en emitir comunicados dando cuenta de las "tratativas" con gestores oficiosos, realizadas a espaldas de sus bases. Esto permitió al gobierno atenuar todo lo posible su derrota, recurriendo a la mediación del cardenal Caggiano. Así surgió el decreto 11.570, por el que el gobierno se comprometió, entre otras cuestiones, a: constituir el directorio de la empresa con la participación de un miembro por cada uno de los dos gremios; reacondicionar los talleres y servicios y reactivar y sistematizar los mismos; estudiar la situación de líneas y ramales clausurados, dejando sin efecto tales medidas cuando no respondieran a razones evidentes de inactividad, entendiendo que ésta no existe cuando cumplen una función de fomento o promoción económica, o que de ellos depende la existencia de pueblos o suministro de agua u otros elementos de primera necesidad (en estos casos serían rehabilitados inmediatamente); dejar sin efecto todas las sanciones dispuestas contra trabajadores y jubilados; otorgar un préstamo a 18 meses por los sueldos no percibidos durante el conflicto; aumentar los sueldos en un 20 % más mil pesos mensuales; aprobar la escala de sueldos adicionales a La Fraternidad; mantener vigentes la ley 11.544 y el escalafón.

No todos los trabajadores estuvieron conformes, porque lo que podría haber sido un rotundo triunfo terminaba en una especie de "empate", por el compromiso –y a veces, complicidad– de las direcciones gremiales. En muchos casos, la huelga prosiguió hasta cinco días más, sobre todo cuando la empresa no dejaba tomar servicio a algunos compañeros. El odio de las clases dominantes se descargó en Rufino, provincia de Santa Fe, donde fue baleada una manifestación, cayendo asesinado el obrero foguista Manuel Roca.

La gran huelga ferroviaria de 1961 fue un golpe mortal al gobierno entreguista, y los enemigos de los ferrocarriles argentinos tuvieron que retroceder suspendiendo los cierres, privatizaciones

y despidos (salvo los que aceptaron la indemnización), aunque lograrían introducir algunas cuñas privatizadoras, como ocurrió con la cooperativización de los servicios de confitería y coches comedores. Con la dictadura de Onganía, en 1966, volverían a la carga con el denominado "plan de reestructuración ferroviaria".

De golpe en golpe

El gobierno de Frondizi, en su política de relaciones exteriores (con asiduos viajes del propio Presidente a los países hermanos de Latinoamérica, Europa y Asia) presentaba una imagen de un gobierno tercermundista, independiente del imperialismo estadounidense, contradictoria con su política económica abiertamente entreguista y proimperialista. Pero esta contradicción no era tal si uno tiene en cuenta que ambas políticas eran parte de una misma estrategia: la de favorecer en nuestro país y en el resto de Latinoamérica la penetración del socialimperialismo ruso que necesitaba, por un lado, ampliar su espacio geopolítico en forcejeo con el imperialismo estadounidense y, por otro lado, apelar al concurso de capitales estadounidenses para poder "desarrollarse" económicamente, dada su carencia de capitales propios.

A la hora de la verdad, el independentismo de Frondizi terminaba siempre sacrificado a "las razones de Estado", para poder mantenerse en el gobierno. Por eso, pese a haberse opuesto (junto a Brasil, México, Chile, Ecuador y Bolivia) a la exclusión de Cuba del sistema interamericano, en la reunión de Cancilleres en Punta del Este de enero de 1962, ante el bloqueo a Cuba decretado por Kennedy el 4 de febrero y la presión militar interna, Frondizi terminó rompiendo relaciones con La Habana el 8 de febrero.

Pero la prueba que Frondizi ya no logrará superar serán las elecciones para legisladores y diputados del 18 de marzo. Contra todas las "seguridades" que había dado a las direcciones del Ejército y de la Marina, el peronismo (encabezando el frente Unión Popular) ganó en 11 de los 18 distritos del país, en particular en la provincia de Buenos Aires. Pese a que el gobierno decretó al día

siguiente la intervención de esas provincias y recurrió a la mediación de Aramburu, los altos mandos de las fuerzas armadas ya tenían la decisión tomada sobre su derrocamiento, aunque en las discusiones en torno a su reemplazo ya se perfilaban las tendencias del futuro enfrentamiento entre azules ("legalistas", con los generales Rauch y Onganía a la cabeza) y colorados (golpistas, expresados por los tres comandantes: Poggi, Penas y Cayo Alsina). La maniobra urdida entre el ministro Rodolfo Martínez y el presidente de la Corte Suprema Julio Oyhanarte, de tomar juramento a Guido antes de que llegara el general Poggi a la Rosada, y el apoyo de Campo de Mayo a la "solución Guido", quien suscribió un acta secreta comprometiéndose a la anulación de las elecciones del 18 de marzo y la proscripción del comunismo y el peronismo, hará que los colorados acepten esto por el momento.

El derrocamiento de Frondizi el 29 de marzo de 1962 no frenó el auge de luchas obreras y populares, y comenzaron las ocupaciones de fábricas, enfrentando la política del gobierno de Guido, cuyo ministro Federico Pinedo (el mismo de la década infame) aplica un tratamiento de "shock" liberando el mercado cambiario el 10 de abril, con lo que el dólar "salta" de 82 a 150 pesos. A los pocos días, tras el levantamiento del general Rauch el 20 de abril, renunció Pinedo siendo reemplazado por Alvaro Alsogaray, cuya política de "estabilización" provocará nuevas caídas en el poder adquisitivo de los salarios y pérdidas de puestos de trabajo. La dirección de la CGT se vio obligada a declarar una huelga general en mayo y otra en agosto, que duró dos días y paralizó el país. El gobierno respondió cancelando la personería de varios gremios e interviniendo otros, persiguiendo y deteniendo dirigentes y militantes sindicales. El 23 de agosto fue "desaparecido" el obrero metalúrgico Felipe Vallese.

En este contexto se producirán los enfrentamientos en la cúspide militar que culminaron en la lucha armada entre "azules" y "colorados", expresión de la pugna por el poder de distintos sectores proimperialistas, de terratenientes y de gran burguesía intermediaria. Mientras los sectores desarrollados con el frondi-

cismo (proestadounidenses, proeuropeos y prorrusos) anidaban en los azules, los colorados expresaban a los sectores de oligarquía tradicional más ligados al imperialismo inglés. Por eso los azules también se autodenominaban "modernistas", proponiendo un neoliberalismo "eficientizador" de la industrialización dependiente y una "integración" del peronismo por fuera del liderazgo de Perón (alentando el "neoperonismo" y el sindicalismo participacionista), mientras que los colorados seguían aferrados al liberalismo tradicional, considerando dañino todo lo que tuviera que ver con el peronismo o el desarrollismo.

El primer choque armado entre estos sectores ocurrió el 20 de abril de 1962, cuando el general azul Enrique Rauch, con movilización de tropas y tanques por las calles de Buenos Aires, enfrentó y desplazó al comandante del ejército general Raúl A. Poggi. El 11 de agosto, los colorados contraatacaron con el levantamiento del general Federico G. Toranzo Montero, jefe de la guarnición de Salta, desplazando al general Señorans de la secretaría de Guerra y ubicando al general Labayrú como jefe de Estado Mayor. Cuando los colorados manifestaron su intención de asumir la totalidad del gobierno, el 18 de setiembre se produjo el pronunciamiento azul ("legalista") de Campo de Mayo, encabezado por el general Juan Carlos Onganía (una enfermedad impidió al general Rauch ponerse al frente de los efectivos), al tiempo que avanzaron desde Magdalena hacia Buenos Aires, los tanques a las órdenes del coronel Alcides López Aufranc. Tras dos jornadas de choques armados, la lucha concluyó el 23 de setiembre con el triunfo completo de los azules, que pasaron a ocupar los puestos claves[102] e impusieron en el gobierno de Guido su línea (expresada en el comunicado 150 de Campo de Mayo). No obstante, todavía habrá otros enfrentamientos armados, por levantamientos posteriores de los sectores colorados que todavía quedaban en la Aeronáutica y en

102. El general Benjamín Rattenbach es designado secretario de Guerra, Onganía comandante en jefe del Ejército, Lanusse jefe de Campo de Mayo, Enrique Rauch jefe de la SIDE y Roberto M. Levingston del SIE.

la Marina[103]. Derrotados estos últimos, la disputa entre fracciones militares reaparecerá bajo nuevas formas y con nuevos contenidos en el seno de los azules ("modernistas"), como expresión principalmente de las contradicciones entre los sectores proestadounidenses y prorrusos.

En esta situación, de aguda lucha por el control del poder y con el peronismo proscripto, se realizaron las elecciones del 7 de julio de 1963, que llevaron al radicalismo al gobierno, con Arturo Umberto Illia como presidente[104]. Pese a su debilidad de origen, este gobierno tomó algunas medidas antiimperialistas, como la anulación de los contratos petroleros entreguistas de Frondizi, e impulsó reformas para limitar el poder económico de los monopolios y los terratenientes, como las leyes de medicamentos y de arrendamiento impuesto a las tierras ociosas de los latifundios.

La clase obrera y el pueblo realizaron en este período importantes luchas reivindicativas y políticas. Se generalizaron las tomas de fábrica en el marco del plan de lucha de la CGT encabezada por el dirigente peronista José Alonso, y el 21 de mayo de 1964 se realizó una toma de fábricas simultánea en todo el país. En estas movilizaciones fueron asesinados los obreros metalúrgicos Mussi, Retamar y Méndez. Hubo grandes luchas estudiantiles y movilizaciones en solidaridad con Santo Domingo, contra el envío de tropas y repudiando la intervención estadounidense a ese país, donde fue asesinado el estudiante Daniel Grinbank.

103. En diciembre se subleva un sector de la Aeronáutica encabezado por el brigadier Cayo Alsina, quien es derrotado por el sector azul, y el 2 de abril de 1963 se produce la última sublevación de la Marina, que es "reprimida" en sucesivas etapas: primero se desaloja a la infantería de Marina de las posiciones que había tomado en la ciudad de Buenos Aires, para luego proceder al asalto de las bases navales de Mar del Plata y Punta Indio y, finalmente, Puerto Belgrano donde se libró la batalla final, en un operativo en el que el general Carlos Rosas hizo converger todas las unidades asignadas.

104. Con el peronismo proscripto, pese a las promesas del "Comunicado 150" de Campo de Mayo –de los militares azules triunfantes el 23 de setiembre de 1962–, con más de un millón y medio de abstenciones y otro tanto de votos en blanco (1,7 millones), Illia obtuvo el 25% de los votos (2.403.451), seguido por Oscar Alende (UCRI) con 1.563.996 votos y Aramburu (Udelpa) con 1.326.855 votos.

Tuvieron lugar importantes movimientos campesinos, como las marchas cañeras hacia la ciudad de Tucumán que permitieron el pacto entre la UCIT (campesinos cañeros) y la FOTIA (obreros del azúcar), enfrentando a la oligarquía de los ingenios azucareros. Todo esto se reflejó en la incorporación de la lucha por la reforma agraria en el programa de la CGT, y en un pacto de ésta con la Federación Agraria y otras organizaciones del campo para luchar por la Reforma Agraria.

Durante este período y aprovechando esta situación, se amplió la penetración rusa, creció la relevancia del grupo Gelbard–Broner–Madanes y de los sectores asociados al socialimperialismo. El frondofrigerismo y el gelbardismo fueron activos golpistas contra Illia. Actitud compartida por la dirección del PC (que antes había apoyado abiertamente a los azules) y la dirección del PJ (en particular, el vandorismo); ambos instrumentaron las justas luchas obreras y populares para sus fines, aun cuando muchos militantes comunistas –en creciente oposición a su dirección– y también peronistas, eran contrarios a los enjuagues golpistas. La dirección del PC y el vandorismo acordaron en ese momento una conducción de la CGT, expulsando el 15 de febrero de 1966 al peronista José Alonso de la secretaría general y poniendo en su reemplazo al participacionista Fernando Donaires.

Finalmente, sectores proestadounidenses y proeuropeos lograron hegemonizar el golpe militar del 28 de junio de 1966, que instauró la autodenominada "revolución argentina", encabezada por el general Juan Carlos Onganía. En él también venían emboscados los militares prosocialimperialistas, como los expresados por el general Alejandro Agustín Lanusse[105].

105. La actitud más agresivamente golpista de los sectores prosocialimperialistas, en comparación con el "legalismo" que manifestaban en 1962-63, tiene que ver con su apresuramiento por acumular fuerzas militares a su favor, ante el acrecentamiento de la agresividad del imperialismo yanqui para impedir su avance por medios electorales y reformistas (golpe de Estado contra Joao Goulart en Brasil, el 15 de abril de 1964). Esto estaba en concordancia con los "ajustes de línea" en la propia Unión Soviética, que se manifestaron en la caída de Jruschov en noviembre de 1964 y su reemplazo por Leonid Brezhnev, quien conducirá esa

Así, si bien el golpe central fue al movimiento obrero y popular, la dictadura de Onganía golpeó también a los sectores más visiblemente ligados a la dirección del PC, en particular a los que se relacionaban con la pequeña y mediana burguesía a través del manejo de las cooperativas de crédito. No fueron afectados los sectores terratenientes y de gran burguesía asociados al socialimperialismo. Y éste, incluso, fortaleció sus posiciones en las Fuerzas Armadas argentinas.

La posición de la dirección del PC, de oposición verbal y de prescindencia en los hechos frente al golpe de Estado del 28 de junio, se correspondía con el objetivo principal de los socialimperialistas rusos: avanzar en el copamiento de los altos mandos de las Fuerzas Armadas. A su vez, el llamamiento del general Perón a "desensillar hasta que aclare" creaba expectativas en sectores nacionalistas de las Fuerzas Armadas.

La experiencia desarrollista

Producido al desplazamiento de Perón en setiembre de 1955, en los sectores dominantes de las clases explotadoras argentinas fue ganando espacio la idea de profundizar el desarrollo capitalista favoreciendo la tecnificación del latifundio e impulsando la participación del capital imperialista, en desmedro de los postulados de un desarrollo autónomo que habían prevalecido durante

superpotencia por casi veinte años, en lo que sería su período de mayor expansión y agresividad imperialistas, disputándole abiertamente a la superpotencia norteamericana, sin eufemismos socialdemócratas o liberales, en todos los rincones del planeta (también lo padeceríamos los argentinos con la dictadura instaurada en 1976). Parte de esa línea sería también el abandono de hecho a Allende en Chile, creyendo ganar emboscándose en los golpistas. Sin embargo, en ese caso sufrieron un duro revés (aunque mayor fue la pérdida del pueblo chileno), al tener "cambiada la figura" del incorporado a último momento general Augusto Pinochet (de supuestamente proalemán oriental resultó ser prooccidental), por lo que además de los miles de militantes muertos, el grueso de los dirigentes prosocialimperialistas tuvo que emigrar; lo que no obstaría para que Pinochet acogiera al final de sus días al jerarca alemán oriental Erich Honecker, tras la caída del muro de Berlín en 1989, cuando la gran burguesía imperialista de Alemania logró su "reunificación".

la década peronista. Con esto empalmó también el sector que lideraba las organizaciones de la burguesía agraria e industrial mediana y menor, que en su mayoría solo veían a esa como la única vía posible de "desarrollo" y procuraban amoldarse al proyecto desarrollista[106].

Los sectores terratenientes y de gran burguesía intermediaria, los sectores dominantes de las clases explotadoras locales, en función de sus necesidades de lograr un rápido crecimiento económico –que asegurara mantener su dominio de clase y cierta proyección al ámbito latinoamericano–, adscribieron en general a la llamada estrategia desarrollista. Esta estrategia, que tenía como objetivo un desarrollo acelerado de las fuerzas productivas que por sí mismos estos sectores no podían asegurar, tenía como componente fundamental la entrada de capital imperialista al país, que fue convocado a participar como asociado en ese plan de transformar a la Argentina en una "gran potencia".

La burguesía nacional, carente de un proyecto alternativo –por falta de bases materiales y políticas–, trató de amoldarse a la estrategia desarrollista pensando que, de tener éxito, podía permitirle un cierto desarrollo, aunque más no fuera de manera subordinada a los sectores de gran burguesía asociados a los terratenientes y a los imperialistas norteamericanos y europeos, incluido el surgente socialimperialismo ruso.

A partir de octubre de 1955 comenzaron a desarmarse las "defensas" colocadas por el gobierno peronista en el sector externo. Se ordenó la liquidación del IAPI, y, con la incorporación de la Argentina al Fondo Monetario Internacional, se eliminó la polí-

106. El gelbardismo en la dirección de la Confederación General Económica, apenas producido el derrocamiento de Perón, ya sostenía al respecto: "La evolución del balance de pagos ya comentada, señala el hecho de que con los saldos provenientes de los rubros corrientes no será posible atender las necesidades de inversión que la economía argentina tiene para mantener un ritmo de progreso creciente e intenso. Es por lo tanto, necesario fomentar el ingreso de capital extranjero en la medida en que no se puede hacer frente a las necesidades con las disponibilidades del país" (Confederación General Económica, *Informe económico*, 1955).

tica de cambios diferenciados y se denunciaron los acuerdos bilaterales de comercio (transformándose en deuda financiera los compromisos que, de conformidad a dichos convenios, debían ser cubiertos con exportaciones).

La nueva política de cambios, a la vez que trajo una disminución en las exportaciones, provocó un mayor endeudamiento con el exterior. Las empresas que antes contaban con divisas a tipos de cambio relativamente baratos –aunque no pudieran comprar del exterior todo lo que deseaban–, ahora se veían compelidas a pagar precios mayores y, en consecuencia, a endeudarse más con sus proveedores.

Comparativamente, mientras que los precios mayoristas de bienes nacionales aumentaron un 491%, entre 1954 y 1960, los precios mayoristas de los bienes importados crecieron un 671%. Como la demanda de los bienes importados no responde negativamente al aumento de precios, dada la imprescindibilidad de la mayor parte de los mismos para la continuidad del proceso productivo interno, las empresas no tenían otra alternativa que recurrir a préstamos del exterior, creándose una situación favorable para aquellas que podían lograrlos en condiciones ventajosas y ensanchándose el camino que conducía a la desnacionalización.

La implementación en forma más acabada de la estrategia desarrollista se dio a partir de 1958, con el ascenso de Frondizi al gobierno. En términos globales, para favorecer al conjunto de la clase capitalista y acrecentar su fuente de acumulación, se disminuyó aun más la participación del conjunto de los asalariados en el producto interno, a través de una drástica reducción del salario real.

Para 1958, el porcentaje que representaba el total de salarios y sueldos pagados, en el ingreso nacional, había caído del 45,6% (en 1954) al 43,3%. Esta tendencia recibió un impulso adicional durante el gobierno frondofrigerista, cayendo dicha participación al 37,8% en 1959, y manteniéndose en ese nivel de ahí en adelante, aunque con altibajos.

El mecanismo de traslación de ingresos hacia la clase capitalista, que de por sí es discriminatorio contra los sectores donde

impera una mayor concurrencia, residió básicamente en permitir el aumento de los precios, controlando los salarios para que no aumentaran al mismo ritmo. Por ejemplo, en 1959, el salario real cayó casi en un 30% a través del aumento del costo de la vida en un promedio del 113% mientras el promedio de salarios nominales subió escasamente un 50%.

Como la clave de la estrategia desarrollista consistía en la expansión industrial a partir del capital imperialista con el simultáneo favorecimiento de los terratenientes en el campo, bajo cuya regencia se esperaba lograr la expansión agropecuaria necesaria, la gran movilización de recursos internos se orientó hacia estos sectores.

Para impulsar la vía terrateniente de desarrollo del capitalismo en el campo, el frondofrigerismo recurre a la liberalización de los nuevos contratos de arrendamientos (las restricciones en los contratos que venían de la época peronista se mantuvieron hasta la dictadura de Onganía, en 1967) y, fundamentalmente, a créditos gigantescos y desgravaciones impositivas para los planteles vacunos y para la mecanización y tractorización del agro. También se favorece relativamente a los precios agropecuarios en el conjunto de la economía: mientras los precios mayoristas de productos no agropecuarios aumentaron entre 1954 y 1960 el 381%, los agropecuarios crecieron en un 531 %.

Y para impulsar la vía monopolista de desarrollo del capitalismo industrial se recurre a ventajas de todo tipo para la inversión, fundamentalmente la extranjera, a través de la devaluación del peso, ventajas crediticias e impositivas y una legislación de fomento.

La entrada de capital imperialista es estimulada por todos los medios. Con ella se espera avanzar en el proceso de sustitución de importaciones en aquellas ramas para las que existe una importante demanda interna insatisfecha, debido a la restricción en la capacidad para importar, agravada por la disminución de las exportaciones argentinas.

El carácter de este proceso sustitutivo, centrado ahora en la producción de bienes que requieren una tecnología más avanzada,

en momentos en que se carecía de una base tecnológica interna lo suficientemente amplia y de una burguesía local capaz de desarrollarla rápidamente, hace de estos sectores de la economía un campo fértil para la intromisión del capital monopolista imperialista.

Diversas condiciones concurren a avalar la decisión del capital imperialista de ingresar al país. El mercado interno preexistente, las barreras aduaneras proteccionistas, la posibilidad de revalorizar maquinarias y equipos obsoletos para el nivel de desarrollo de los países imperialistas, la accesibilidad de los recursos internos a través del sistema financiero, una posición oligopólica que les permite el manejo de mercados y precios, etc., son elementos que, unidos a las garantías políticas que les ofrece el gobierno de Frondizi a través de la Ley de Radicaciones y de Promoción Industrial (amplia libertad en el uso de divisas para girar al exterior y posibilidad irrestricta de repatriar el capital, franquicias aduaneras e impositivas, avales del Estado para obtener créditos, etc.) le permiten al capital monopolista imperialista obtener y asegurar una alta tasa de ganancia.

La legislación frondicista

La ley de Radicaciones de 1958 satisface ampliamente –al no establecer ningún tipo de regulación sobre el giro de beneficios y repatriación del capital– las exigencias del capital imperialista. Más aun, asegura que todas las operaciones de cambio relacionadas con las radicaciones se canalizarán por mercado libre, garantizando divisas aun cuando la situación económica del país impusiera la necesidad de establecer controles para su utilización.

Esta falta de regulación en el movimiento de fondos hace que posteriormente, y con mayor agudeza en los momentos críticos, los giros de utilidades y de capital provoquen serios desequilibrios en el balance de pagos, desnaturalizándose así el objetivo postulado por la ley: “equilibrar el balance de pagos”.

Es interesante comparar esta ley con la que la antecedió, la de Perón en 1953, que también legisló sobre la radicación de capita-

les imperialistas. En aquella se establecieron, al igual que en la de 1958, ventajas para dicha radicación; por ejemplo, la introducción, libre de impuestos, de maquinarias, equipos y otros bienes vinculados a la misma. Pero, como vimos en el capítulo anterior, a diferencia de la ley de 1958, la ley de 1953 intentaba controlar la radicación efectiva del capital imperialista, imponiendo restricciones al giro de dividendos y a la repatriación del capital. Y, a juzgar por sus resultados, como ya dijimos, esa ley no satisfizo al capital monopolista imperialista. De ahí la necesidad de la ley 14.780 en 1958.

Esta última establece, además, que las inversiones que ingresan como radicaciones se pueden acoger a las leyes vigentes regulando disminuciones o exenciones de derechos aduaneros, regímenes impositivos y cambiarios, tratamiento crediticio e inclusión en el régimen más favorable de fomento y defensa de la industria.

Unos días después de la sanción de la ley 14.780 se sanciona la ley 14.781, de Promoción Industrial, que, de acuerdo a lo manifestado en los antecedentes enviados al Congreso por el Poder Ejecutivo, tiene el propósito de evitar una situación de inequidad para la industria nacional, dada la sanción de la ley de radicaciones de capital extranjero.

Sin embargo, como esta ley y los decretos a que da origen favorecen a las ramas donde se producen las radicaciones, tales como petroquímica, celulosa, siderúrgica etc., en realidad son solo las empresas imperialistas radicadas las que se benefician adicionalmente en relación con las empresas nacionales, que no tienen posibilidad de acceso a esas ramas.

Si bien en 1959 se libera de recargos la importación de bienes de capital, la desigualdad entre las empresas nacionales y las que se radicaron persiste en lo referente a la importación de insumos, situación que se agudiza ante el aumento general de los impuestos a la importación de los mismos. La liberación de recargos solo rige para las ramas promocionadas, en las que predomina el capital imperialista.

Así el régimen de Promoción Industrial (ley 14.781 y decretos reglamentarios) puede ser calificado con justeza, en función del tipo de industria que benefició, como "régimen de promoción del capital imperialista".

Un elemento no despreciable es la sujeción de los inversionistas a las leyes vigentes en el país. La ley de 1953 lo establecía específica y reiteradamente. No así la de 1958, que solo habla de garantías y derechos de los inversionistas extranjeros, equiparándolos a los nacionales, pero sin especificar en ningún momento que tengan que someterse a las leyes nacionales en cuanto a obligaciones, o del sometimiento de las empresas radicadas a las leyes nacionales. De esto no se encuentra ni una palabra, y es posible que de esa forma se haya querido dejar las puertas abiertas para la firma de "acuerdos de garantía" (del tipo que se firmó con la Agencia para el Desarrollo Internacional –AID– del gobierno de los Estados Unidos, por el que el gobierno nacional garantiza a los inversores de ese país la disponibilidad de divisas para todas sus operaciones, aun cuando se estableciera el control de cambios) o para que los "radicadores" puedan someter a sus "socios nacionales" al arbitraje internacional en caso de conflictos.

Centralización del capital y penetración imperialista

El fenómeno de concentración monopolista abarca, prácticamente, todo el espectro de la industria argentina, con variantes según el tipo de industria y de ramas, por lo que nos encontramos ante verdaderos mercados oligopólicos (de pocos oferentes). Pero esta descripción es insuficiente si no se la inscribe dentro del marco de atraso y dependencia en el que se da el desarrollo industrial argentino. La concentración y centralización característica del capitalismo en su última fase de desarrollo, se produce en la Argentina con un capitalismo insuficientemente desarrollado y bajo la dirección y control de los monopolios imperialistas, que penetran

toda la economía del país, introduciendo nuevas deformaciones y trabas para su expansión futura.

La concentración generalmente es producto de la acumulación acelerada de algunas empresas que se expanden en mercados nuevos o en desmedro del mercado de sus competidores, que ven así reducidas sus posibilidades, llegando incluso a la quiebra por dificultades financieras o por imposibilidad de incorporar nuevas técnicas. Comúnmente, la concentración implica el agigantamiento de las empresas que llevan la delantera en el proceso.

A su vez, la centralización significa la puesta de capitales ya existentes bajo una dirección única. Puede resultar del acuerdo entre distintas empresas o de la absorción por una de ellas de las otras, a través de la adquisición de los paquetes mayoritarios de acciones. En estos casos, las empresas pueden seguir funcionando diferenciadas, aunque haya existido una centralización de la propiedad.

El proceso de monopolización, con sus fenómenos de concentración y centralización de la producción y del capital, característico de las economías capitalistas, se puede apreciar claramente entre nosotros. Pero la característica específica de nuestro país, respecto de los países imperialistas en donde el desarrollo capitalista está mucho más avanzado, es que la concentración y centralización se da aquí en beneficio de la propiedad extranjera, bajo el control y dirección de los grandes monopolios imperialistas (de las llamadas multinacionales o transnacionales de los países imperialistas).

La penetración imperialista, que sobrevivió durante el gobierno peronista en algunas importantes ramas de la industria hasta 1955, como consecuencia de la participación del capital imperialista en todo el proceso de desarrollo previo, avanzó aceleradamente a partir del golpe de Estado oligárquico-imperialista, y más aun durante el gobierno frondofrigerista y las dictaduras militares posteriores a 1966.

Dicho avance se verifica en ramas donde ya existía una alta concentración o en industrias nuevas que, por las características

del producto, ofrecen posibilidades de mercado y facilidades para un dominio concentrado de la producción.

En ramas donde es prácticamente imposible avanzar en el proceso de concentración de la producción por encontrarse dominadas, en su casi totalidad, por cuatro o cinco gigantes, el movimiento tiende a centralizar la propiedad más que a eliminar empresas. Esto implica que la centralización del capital es más acelerada que la concentración de la producción.

Además, se refuerza con el avance de los monopolios imperialistas sobre actividades o ramas conexas a la principal, e incluso extendiéndose a otras que poco o nada tienen que ver con ella.

Así como el proceso de monopolización en el capitalismo se encuentra ligado a las convulsiones cíclicas del sistema, acelerándose en los períodos de crisis a favor de las empresas con mayor capacidad económica y financiera, en nuestro caso, de país dependiente, las empresas que se han expandido en estos períodos abarcando una porción cada vez mayor del mercado, han sido las empresas ligadas a los intereses imperialistas. Así las condiciones críticas de muchas empresas medianas y menores no solo favorecen la expansión de los grandes monopolios imperialistas en su desmedro, sino también el apoderamiento, en condiciones ventajosas, de la propiedad de empresas instaladas en ramas que ofrecen atractivas posibilidades de grandes ganancias.

Por supuesto que todo esto no es una mera cuestión de "intenciones", por parte de los monopolios y de los países imperialistas, de dominarnos o de mantener o ampliar las diferencias de crecimiento entre los países oprimidos y opresores. Este es el resultado objetivo de un proceso en el cual los monopolios imperialistas buscan acrecentar sus ganancias, a través de las "inversiones" o de las ventas. Las condiciones del desarrollo de los países oprimidos, con su capitalismo atrasado y deformado por la propia acción del imperialismo, permiten a esos monopolios obtener ganancias muy superiores a las que tienen en su país de origen. Por ejemplo, la Standard Oil (del grupo Rockefeller), con una inversión en el exterior equivalente a la mitad de lo invertido en Estados Unidos,

obtiene el doble de ganancias; esto significa que la tasa de ganancia de sus operaciones en el exterior es cuatro veces superior a la que obtiene en Estados Unidos.

Las condiciones en que operan los grandes consorcios imperialistas, cuyas decisiones se toman en función de sus intereses globales (vistos no solo desde su óptica monopolista particular sino desde una óptica de conjunto de los intereses del país imperialista al que pertenecen, y de cuyo Estado son parte), determinan que estas ganancias extraordinarias obtenidas sobre la base de sus privilegios monopolistas, pueden ser acrecentadas sin necesidad de aumentar las inversiones (al contrario, un sobrecargamiento puede tener efectos contrarios). Por lo tanto, les resulta más conveniente remitir el grueso de sus beneficios al exterior.

Otro efecto desfavorable a los países dependientes, es el que surge de los movimientos de mercancías inducidos por estas operaciones de esos monopolios imperialistas. En general, los proyectos de inversiones, así como la "ayuda" imperialista implican ventas de tecnologías y bienes y, a la vez, incorporan necesidades de otras compras directas o indirectas para el funcionamiento de ese aparato productivo que se desarrolla de manera deformada y altamente dependiente del exterior. De esta manera, ampliando sus ventas en los países oprimidos, los monopolios imperialistas incrementan también sus ganancias.

Todo esto se puede ejemplificar con lo ocurrido en la década de los '60 en nuestros países. **Por cada dólar nuevo ingresado a América Latina, hubo ocho de ganancias, de los cuales dos se reinvirtieron y seis fueron enviados de regreso a las casas matrices de los monopolios**. Y si a esto agregamos el efecto que dichas inversiones imperialistas provocan sobre las importaciones de nuestros países, generando nuevas y mayores necesidades de compras de sus matrices o sucursales en el exterior, tendremos una idea de cómo emigran los fondos acumulables de los que se apropia el capital imperialista, gracias a la posición dominante que adquieren en la economía de los países dependientes.

La penetración imperialista, y la centralización del capital en su beneficio, no solo se apoya en la colocación de personeros en puestos claves del Estado del país oprimido (lo que se puede rastrear en los directorios de empresas, pues sus personeros pasan sin mayores esfuerzos de la actividad privada a la pública o viceversa). También los imperialistas logran un acrecentado dominio de la política del país dependiente, a través de asociar y/o subordinar a sus intereses los sectores de terratenientes y de gran burguesía locales, que se convierten en sus intermediarios.

La formación de empresas mixtas ha pasado a ser típica, sobre todo para los monopolios y potencias imperialistas que buscan abrirse paso en nuevos mercados, en las condiciones de disputa interimperialista a escala mundial y en una época en que prácticamente todo el mundo está ocupado. Así buscaron expandirse el imperialismo alemán, francés e italiano en su momento, tratando de lograr condicione más favorables en su disputa con los ingleses, y así actúan también hoy las potencias que rivalizan con los Estados Unidos, en nuestro caso en particular los europeos y rusos.

A su vez, el imperialismo estadounidense procura mantener sus posiciones apoyándose en la influencia financiera que el manejo de los organismos internacionales le permite ejercer sobre las economías de los países oprimidos. Tal es el caso de las cartas de intención cuya firma exige el Fondo Monetario Internacional (FMI) o el sentido de los contratos de préstamos del Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (BIRF), más conocido como Banco Mundial.

Además de la importancia que tienen en el proceso de centralización en beneficio del capital imperialista, la imposición de derechos sobre marcas de fábricas y procesos industriales patentados (regalías), la dependencia de insumos importados (cuyos precios son manejados por los monopolios y potencias imperialistas), la asociación de sectores de terratenientes y gran burguesía locales (particularmente con la formación de empresas mixtas), no se debe olvidar el manejo del crédito, que constituye un importan-

te instrumento de dominación. El manejo directo del crédito a través del control de las instituciones financieras y bancarias y la imposición de políticas restrictivas del crédito en el ámbito oficial (políticas de estabilidad), permiten el auge del capital extrabancario y el desarrollo de la usura, como instrumento de expoliación de las empresas industriales (y, por supuesto, de otros sectores).

Resultados del desarrollismo

A partir de 1958, con condiciones económicamente favorables y una legislación que aseguraba su predominio, el capital imperialista avanzó rápidamente en sus posiciones en el mercado interno. Esto se reflejó sobre todo en las ramas más concentradas de la industria, que son las más modernas de la economía argentina, donde el capital imperialista controla lo decisivo de la producción.

Al contrario de lo que podría suponerse al ver la importancia que adquiere el capital de propiedad imperialista en el contexto de la industria argentina, no implicó una afluencia extraordinaria de recursos del exterior. Esto por cuanto, en función de sus mayores beneficios, el capital imperialista procuró canalizar en su provecho los recursos internos preexistentes, y basar lo decisivo de su acumulación en la explotación de la mano de obra argentina y en la apropiación, por vía de precios monopolistas, del máximo posible del excedente generado en el conjunto del sistema capitalista de explotación.

Lo que decimos puede apreciarse claramente si tenemos en cuenta que el total de los recursos provenientes del exterior a través de radicaciones solo representó un 0,7% del total del producto interno, en el período de mayores radicaciones, entre 1958 y 1962. Y que en el período 1963–72 solo significaron el 0,1% del producto bruto interno.

Las leyes a favor de la inversión imperialista que se dictaron a partir de 1958, determinaron pedidos de radicación que llegaron a 407 millones de dólares entre 1958 y 1963 inclusive, que fue

el período más significativo en cuanto a inversión extranjera. En el período inmediato siguiente, 1964–68, las autorizaciones solo alcanzaron a 136 millones de dólares.

Una encuesta de Fabricaciones Militares a aquellas empresas que solicitaron autorizaciones para radicar, reveló que el monto efectivamente ingresado al 30 de junio de 1964, fue de 175,3 millones de dólares; monto muy inferior a lo solicitado y autorizado a la misma fecha que fue de 450,8 millones (ver Cuadro N° 51).

Los egresos por dividendos de dichas empresas en el período (remesas al exterior en el cuadro), ascendieron a 113,6 millones de dólares, lo que representó el 65% del ingreso efectuado por las empresas acogidas a las leyes de radicación. Si bien esta remisión de utilidades al exterior es la computada en las empresas encuestadas, que podían existir o no previamente a la radicación, no deja de ser significativo que en el lapso transcurrido entre 1958 y junio de 1964, la entrada real de capital es casi compensada por la salida de dividendos, prueba elocuente de la escasa contribución del capital externo al proceso de acumulación interno. Esto se agrava con la salida de beneficios que van al exterior encubiertos como pagos de regalías por el uso de marcas y patentes de propiedad extranjera.

La tendencia observada en este período –la entrada de capital es casi compensada por la salida de beneficios– está regida por la relación entre las posibilidades de ampliación de las ganancias que tiene el capital imperialista en el país, y las que tiene en otros países. Ello determina que la posibilidad de reinvertir sus beneficios está supeditada a las oscilaciones en la tasa de ganancia a escala internacional; luego, en virtud de dichas oscilaciones, la plusvalía generada internamente y apropiada por el capital imperialista puede emigrar o no al exterior. En nuestro caso, como veremos luego, y debido a las restricciones del mercado interno determinadas por el predominio de la propiedad terrateniente e imperialista, la reinversión es sumamente baja en relación con el potencial de acumulación, girándose gran parte de la plusvalía al exterior bajo la forma de utilidades, dividendos, regalías, etc.

Aparte, por supuesto, de las remesas por servicios financieros que implica el creciente endeudamiento externo de nuestra economía.

Cuadro N° 51: **Radicaciones de capitales imperialistas al 30–6–64**
(en millones de dólares)

Ramas	Autorizado	Radicado	Importaciones	Remesas al exterior
Minería	33,4	27,5	2,5	0,6
Alimentos y bebidas	4,8	3,9	3,3	6,8
Maderas, papel y cartón	20,8	0,7	3,1	10,6
Neumáticos	1,7	3,3	6,3	12,8
Química y petroquímica	109,1	65,4	28,0	20,2
Metalurgia	4,8	1,5	2,8	4,5
Automotores	144,1	33,1	396,1	52,3
Tractores	24,4	7,3	32,6	1,1
Total invs. registradas	450,8	175,5	559,6	113,6

Fuente: Dirección de Fabricaciones Militares, *Radicación de Capitales Extranjeros,* Buenos Aires, 1965.

Otro elemento interesante que surge de la encuesta de Fabricaciones Militares son los montos pagados por **importaciones** por las empresas radicantes en el mismo lapso: éstos se elevan a 559,6 millones de dólares. Esta cifra –muy superior a la de las radicaciones– permite aseverar que el capital monopolista, a más de dominar las ramas industriales más dinámicas –que permiten una mayor apropiación de plusvalía interna por vía de los precios de monopolio–, realiza en el mercado interno y mediante el comercio exterior parte de su producción en el país imperialista.

Esto no implica necesariamente una tendencia a mantener ese ritmo de importaciones en todas las ramas, dado que evidentemente se ha efectuado en algunas de ellas –como automotores– una progresiva integración del proceso productivo, con lo que los insumos importados tienden a perder su peso relativo[107]. No obstante, si bien hay integración en el ámbito de la producción del

107. La industria automotriz sufriría en la última década del siglo XX, con la apertura indiscriminada del menemismo, una desintegración como toda la industria argentina, agravándose aun más sus condiciones de dependencia del exterior.

automóvil, esto no implica que haya una integración a nivel más global, pues se sigue dependiendo del exterior en cuanto a la producción de los equipos y maquinarias necesarias a esta industria, como para la mayoría de las industrias.

La dependencia que se establece con la "sustitución de importaciones" basándose en la incorporación de capital imperialista, aumenta la centralización del capital en su beneficio, y lleva implícita una dependencia más sofisticada que la simple venta de insumos. Esta dependencia pasa por el control de los procesos tecnológicos más avanzados y el afianzamiento de su monopolio en la estructura productiva interna.

La encuesta de Fabricaciones Militares confirma lo que sosteníamos respecto al hecho de que las inversiones imperialistas se dirigen a ramas prácticamente nuevas en el país –las más promocionadas– como química y petroquímica, automotores, minería y tractores.

En automotores, pese al bajo monto efectivamente radicado (33 millones de dólares), para 1964 ya se encontraban instaladas y en funcionamiento pleno todas las plantas. Esto demuestra que las empresas respectivas contaban con la posibilidad de obtener recursos internos para su funcionamiento en forma más o menos inmediata.

Estas empresas, que fueron el eje de la política "sustitutiva de importaciones" del período, habían remitido al exterior para mediados de 1964, 52,3 millones de dólares en concepto de beneficios; ello equivalía al 158% de lo efectivamente radicado por las mismas en el período 1958–junio 1964, y al 46% del total de las remesas efectuadas en el período por las empresas autorizadas a radicar capitales en el país. Automotores es también la rama que más insumos importados tuvo en el período, los que ascendieron a 396,1 millones de dólares, o sea el 70,8% del total de insumos importados bajo el régimen promocional de radicaciones[108].

108. Esto sin considerar lo ingresado de manera clandestina, como ya se puso de manifiesto a fines de 1959, en el resonado caso de los hermanos Todres, cuando

En el caso de química y petroquímica, donde las inversiones son de una maduración más lenta, el efectivo radicado es superior, y los insumos importados (así como las remesas al exterior) recién adquirirían importancia en el período posterior. En el período 1958–64, los insumos importados por esta rama escasamente alcanzaron los 30 millones de dólares, en tanto que para 1970 habían ascendido a los 200 millones de dólares.

En todo este análisis hay que tener en cuenta, también, que las empresas imperialistas abultan su radicación –inflando los precios de los bienes que ingresan– a los efectos de justificar sus ganancias extraordinarias. En general, las "radicaciones" de capitales no constituyen un ingreso monetario sino de material, muchas veces fuera de uso en el país imperialista, que se valoriza al ser introducido en el país oprimido y sirve para hacer pie en el mercado interno[109].

En cuanto al origen de las "radicaciones" en el período frondicista, refleja la hegemonía que tenía entonces el capital monopolista norteamericano. El capital inglés, en cambio, va perdiendo paulatinamente importancia. En 1955 solo participa del 21% del capital imperialista identificado como tal en el país, en tanto que el 31% del mismo es de origen norteamericano. En el período 1958–64, el 70% de las inversiones autorizadas son de origen norteamericano, y menos del 6% proviene del Reino Unido.

---

se descubrió en Munro, provincia de Buenos Aires, la punta de una descomunal operación de contrabando de partes y armado ilegal de automotores en el país.

109. En nuestro país, la instalación de las fábricas automotrices es bien demostrativa. Kaiser, por ejemplo, solo radicó 8 millones de dólares, que fue el importe en que valuó sus maquinarias de 1934, totalmente obsoletas en el mercado estadounidense. Ford radicó maquinarias que con anterioridad habían sido llevadas a Canadá, previa obsolescencia en Estados Unidos. El "desarrollo" petrolero también se hizo en función de los intereses imperialistas. El reemplazo por producción interna de gran parte del petróleo importado, aseguró el abastecimiento interno de combustible base para un amplio mercado automotor, y "liberó" divisas para comprar equipos obsoletos (valorizados extraordinariamente frente a este nuevo mercado), y piezas de armado, que permitieron la extensión del mercado automotor norteamericano y europeo mediante la colocación de automóviles desarmados y la instalación de plantas de montaje y producción. Con esa base efectuaron su "acumulación originaria" los monopolios radicados en el país.

Lo sucedido con las inversiones norteamericanas puede servirnos para ejemplificar. Según las cifras registradas por el *Survey of Current Bussiness* (publicación mensual del Departamento de Comercio del gobierno de los Estados Unidos), en el período 1957–72, el valor de los activos de las empresas de ese origen radicadas en la Argentina, pasó de 333 a 1.391 millones de dólares. El incremento se produjo por un ingreso neto de capital de 640 millones de dólares, más la reinversión de utilidades: 428 millones de dólares. Sin embargo, esas empresas remitieron al exterior en concepto de utilidades, en el mismo período, 875 millones de dólares.

Este es el resultado concreto de la política de "apertura económica" aplicada desde 1955, y es el trasfondo sobre el cual se han desarrollado las disputas entre los distintos sectores en el bloque de las clases dominantes. El relativo desarrollo de los monopolios imperialistas no implicó un gran avance para la economía del país en su conjunto, ya que se dio fundamentalmente sobre la base de la apropiación de los recursos internos existentes y llevándose al exterior montos muy superiores a los que trajeron.

Las ilusiones de sectores de la burguesía argentina de desarrollarse con la "ayuda" del capital imperialista, dejó paso a la dura realidad de los "ajustes" hambreadores y entreguistas que tanto daño han causado a la clase obrera y al pueblo y a las empresas estatales y de capital nacional en general.

A la "gran prosperidad" de los años 1960–61 siguió la depresión de 1962–63, en la que se produjo el "reajuste" entre los sectores dominantes, que llevó incluso al enfrentamiento militar entre azules y colorados, sobre cuyas implicancias volveremos luego. Aquí solo agregaremos que es en ese proceso, del "caos frondicista", donde la URSS, que comienza a disputar posiciones en el mundo a Estados Unidos, y aumenta su incidencia asociando a sectores de terratenientes y gran burguesía. Estos tendrán luego su expresión política fundamentalmente a través del lanussismo, en los golpes de Estado de 1966 y 1976.

Desarrollo industrial deformado y dependiente

De todo lo que hemos visto hasta ahora, surge claramente que los recursos de capital de las empresas imperialistas se originan fundamentalmente en la apropiación y/o la captación de recursos preexistentes internamente y en la acumulación que las mismas realizan en el mercado interno de los países oprimidos.

Los monopolios imperialistas obtienen sus fabulosas ganancias, además de las que provienen de la explotación de la clase obrera en sus países, de la mayor explotación de la fuerza de trabajo que pueden realizar en los países oprimidos, cuyo precio es muy inferior al de los países imperialistas, ya que es menor el trabajo social necesario para mantener la fuerza de trabajo, en las condiciones histórico-sociales de esos países. Y obtienen ganancias extraordinarias también de la posibilidad de ejercer posiciones monopolistas con respecto al mercado interno, lo que les permite apropiarse directa e indirectamente de gran parte del resultado del esfuerzo productivo de los países oprimidos.

El dominio de la burguesía imperialista en el campo tecnológico, con las consecuentes diferencias de productividad que esta implica, le permite, por un lado, superexplotar a la fuerza de trabajo que contrata directamente y, por el otro, apropiarse de parte de la plusvalía extraída por la burguesía no monopolista de sus propios obreros.

Esta última transferencia se logra tanto por medio de las relaciones de cambio establecidas entre ambos sectores capitalistas (monopolizados y no monopolizados), como a través del mayor acceso a las fuentes de financiamiento de que goza el capital monopolista en detrimento de la burguesía no monopolista (empresas medianas y pequeñas). El manejo del precio del dinero, les permite a los monopolios imperialistas ampliar sus beneficios y, a la vez, acelerar el proceso de copamiento de los mercados sin mayores erogaciones, apoderándose de empresas ya existentes o liquidándolas, según convenga a sus intereses.

En general, toda inversión imperialista está destinada a extender el mercado para su producción y el área de influencia, económica y política. A su vez, los préstamos que conceden los países imperialistas, en general solo sirven para comprar materiales a monopolios de esos mismos países. Esto se convierte en muchos casos, en un apoyo económico oficial, sin computar otro tipo de cláusulas que se suelen establecer en los contratos de préstamo. Apoyo brindado a la competencia avasalladora de los productos industriales imperialistas, frente a los que la burguesía nacional se ve obligada a resignar una parte, cada vez mayor, de su mercado.

El desarrollo de los monopolios imperialistas en el país trae nuevas deformaciones y acentúa aun más la dependencia en cuanto a la provisión de otros elementos por parte de las casas matrices o sucursales de los mismos en otros países. El aprovechamiento de los adelantos técnicos de las economías avanzadas, a fin de acelerar el proceso de desarrollo, no está reñido con la autonomía del mismo. Lo que sí está reñido, evidentemente, es que el proceso sea promovido y controlado por los intereses transnacionales y esto es lo que sucede en la práctica, en un mundo regido por la ley del beneficio del capital y cuyas relaciones están determinadas por la propiedad monopolista imperialista de los medios de producción.

El verdadero efecto de este tipo de desarrollo, orientado por las burguesías monopolistas de los países imperialistas, en función de asegurarse mercados y mayores ganancias, y "promovido" por el Estado oligárquico-imperialista argentino, es el de deformar más la economía, aumentando su dependencia. Los recursos internos de capital, en lugar de ser destinados a afirmar un proceso de acumulación autónomo, son utilizados para crear las bases de un permanente drenaje de fondos al exterior.

En lo que se refiere a la incorporación de tecnología, las radicaciones implican el ingreso al país de instrumentos y equipos, generalmente "unidades selladas", cuyo procedimiento de pro-

ducción de ninguna manera se incorpora al conocimiento del país, al no efectuarse la experiencia de su producción.

Cuanto más, los técnicos argentinos aprenden a manejarlos, pero si la industria nacional quiere emplearlos debe recurrir al abastecedor imperialista. Se trata de una **impostación** de tecnología moderna, ante la cual deben rendirse los "nativos", sin que signifique un real aprendizaje, sin que haya una real incorporación de la misma al acervo industrial nacional.

La detracción de recursos, y la deformación que provoca su derivación hacia los intereses imperialistas, no solo se refiere a la rama específica donde éstos se instalan. Orienta al conjunto de los recursos de la economía hacia el tipo de desarrollo que solo conviene a los intereses de la dependencia.

Así, por ejemplo, en el caso de los automotores, el favorecimiento prioritario de su producción acrecentó la demanda de otros productos (metales, caucho y sus manufacturas, derivados del petróleo, autopiezas, repuestos y accesorios, caminos, etc.) que debieron ser atendidos por importaciones o por producción interna. Esto, visto con una perspectiva de conjunto, provocó una determinada orientación de los recursos internos, condicionando el desarrollo de la economía en un sentido y limitando las posibilidades de expansión en otras ramas, que son cruciales para un firme y sostenido desarrollo de la producción en la Argentina.

El efecto de este tipo de desarrollo sobre la ocupación y la distribución de ingresos también resulta negativo.

Por un lado, la importación de las técnicas modernas apoyadas en privilegios monopólicos, no solo lleva a la subutilización de los recursos de capital, montando industrias sobredimensionadas con relación a las necesidades sociales, sino que provoca desocupación de mano de obra: la destrucción de empleos que se produce en el proceso de "readaptación" no se ve compensada, ni mucho menos, por las nuevas posibilidades de empleo. El número de personal ocupado por unidad de capital, en estas industrias, es muy inferior al de la media de las economías de los países dependientes, y con el desplazamiento de las empresas menos "eficien-

tes" o con la "racionalización" que la penetración de las nuevas técnicas impone a las industrias absorbidas por el capital imperialista, se va generando una gran desocupación. La "escasez" de recursos, que la expoliación del imperialismo impone sobre la economía dependiente, disminuye en gran medida la posibilidad de la creación de nuevos empleos.

Por otro lado, la existencia de condiciones monopólicas en las ramas e industrias dominadas por el capital imperialista, provoca una redistribución de los ingresos, por medio de los precios de monopolio, a favor de las mismas. Esto acentúa la redistribución del ingreso en perjuicio de los sectores asalariados, dadas las características de empleo de las industrias monopolizadas.

En definitiva, el desarrollo del proceso en beneficio de los monopolios imperialistas impone a la economía del país oprimido una subutilización de los recursos humanos y técnicos, y una profundización del empobrecimiento del conjunto de los asalariados e incluso de amplios sectores de la pequeña y mediana burguesía. El dominio de los intereses imperialistas se refleja en todos los planos: desde el psicológico (la subvaloración de lo nacional), hasta el de las decisiones del Estado. El control político que ejercen los imperialismos, resulta decisivo en la vida de las naciones oprimidas. En este contexto, el cuento de la "modernización" (que llegó a estas playas con los conquistadores españoles) es el instrumento ideológico del sometimiento y la dependencia nacional y, consiguientemente, del **atraso** nacional.

Imperialismo y capitalización interna

En el grado actual de progreso de la humanidad no existe desarrollo aislado. Las relaciones de producción superan las barreras nacionales y se manifiestan a través del intercambio de mercancías y del movimiento de capitales. Las relaciones económicas internacionales, resultantes de la cooperación y división del trabajo (en este caso internacional), tienen también su reflejo jurídico en las relaciones de propiedad. Mientras existan países ca-

pitalistas, sus relaciones estarán guiadas por la ley de ganancias. Claro que habrá quien pueda sostener que los monopolios buscan su beneficio y que, en esa búsqueda, contribuyen al bienestar de la población creando fuentes de trabajo y desarrollando las fuerzas productivas. Pero ¿es esto cierto?

La experiencia de desarrollo de los países oprimidos y el acentuamiento de las diferencias entre éstos y los países imperialistas tiende más bien a mostrar que la penetración imperialista, antes que beneficiar a los países dependientes, se constituye en una traba para su expansión, y esto no solo porque introduce una serie de deformaciones que hacen unilateral su desarrollo, profundizando su dependencia respecto de los centros imperialistas, sino también porque introduce una serie de mecanismos que limitan el potencial de acumulación interna, entre ellos los que aseguran un permanente drenaje de recursos hacia el exterior.

En un análisis estático el capital monopolista puede aparecer como creando fuentes de trabajo y sirviendo de base para la acumulación. Pero muy otra es la conclusión si tenemos en cuenta las potencialidades y vías de expansión que han sido y son estranguladas por la penetración imperialista. Un rápido análisis histórico, recurriendo a algunas cifras que son imprescindibles en este caso, nos permitirá ver cómo se ha formado el capital imperialista en el país y cuáles son sus implicancias respecto del destino de los fondos acumulables.

El cuadro N° 52, que toma algunos años clave desde comienzos de siglo, nos muestra la magnitud del capital de propiedad extranjera en el país y su incidencia sobre las remesas de servicios financieros. Podemos observar que para 1929, respecto de 1900, el capital de propiedad extranjera ha aumentado en 5.815 millones de dólares. Pero no se crea que esto ha implicado un ingreso neto de recursos del exterior. **Al contrario, el análisis de los movimientos de capital y de pagos externos del período, que incluimos en el cuadro N° 53, permite ver que ha salido más de lo que ha entrado, lo que estaría**

indicando la existencia de una verdadera descapitalización del país.

Analizando el cuadro N° 53, vemos que las entradas netas de capitales del período 1900–1929 fueron de 7.890 millones de dólares, mientras que las remesas de utilidades e intereses sumaron 10.930 millones de dólares. Es decir: no solo todo el aumento de capital de propiedad imperialista fue resultado de la acumulación interna, sino que hubo además una salida neta de fondos muy importante. En 1929 las remesas de utilidades e intereses sumaron 518 millones de dólares, y el promedio anual de remesas por el mismo concepto durante 1930–39 fue de 488 millones de dólares, lo que para los 10 años suma 4.880 millones. Además, en este período se produce una disminución neta del capital de propiedad extranjera del orden de los 2.255 millones de dólares.

Las nacionalizaciones de posguerra reducen considerablemente el total del capital imperialista existente en el país, con la consiguiente disminución de las remesas de fondos al exterior. El promedio anual de remesas de utilidades e intereses durante 1950-55 fue de 15 millones de dólares, lo que totaliza 87 millones de dólares durante el período. Y el capital de propiedad imperialista existente en el país aumentó en el período en 120 millones de dólares, fundamentalmente, como consecuencia de la reinversión de utilidades en las empresas industriales existentes, ya que, a pesar de la ley de radicaciones sancionada en 1953, no se produjeron ingresos de capitales significativos del exterior.

Cuadro N° 52: **Capital imperialista y servicios financieros**
(en millones de dólares de 1950)

Año	**1900**	**1929**	**1940**	**1949**	**1955**
Capital imperialista	2.020	7.835	5.570	1.740	1.860
Remesas de utilid. e ints.	–	518	339	9	17
% sobre capital imperialista	–	6,6	6,1	0,5	0,9
% sobre exportaciones	–	31,3	28,4	1,1	1,8

Fuente: Naciones Unidad, *El desarrollo económico de la Argentina, México, 1959*

Cuadro N° 53: **Movimientos de capital y pagos exteriores**
(en millones de dólares)

Período	**1900–29**	**1930–39**	**1940–49**	**1950–55**
Entrada de capital de largo plazo	7.890*	1.945	590	367
Salida de capital a largo plazo	–	1.170	1.810	72
Remesas de utilidades e intereses	10.930	4.880	2.145	87

*Netos
Fuente: *Ibídem*

Por su parte, en lo que se refiere a pérdidas de capital debido al deterioro de los términos de intercambio, tomando como base los precios de 1925–29, la CEPAL las ha calculado para el período 1900–55 en 10.917 millones de dólares. Este deterioro es parte del proceso de transferencia de recursos hacia el exterior facilitado por las inversiones imperialistas, y se produce como consecuencia del manejo de precios que ejercen los monopolios imperialistas. Este manejo les permite, por un lado, obtener productos de los países oprimidos a bajos precios, a la vez que venderles sus productos a precios cada vez mayores. Por otro, realizar transferencias de utilidades desde sus sucursales radicadas en los países dependientes a las casas matrices de los países imperialistas, contabilizando bajos precios en las sucursales y vendiendo a precios altos en los países centrales, cuyos mercados también controlan. En todos los casos, el problema del deterioro de los términos de intercambio es inherente al sistema capitalista imperialista de explotación. Y es en este terreno donde el desarrollismo hace como el tero que grita lejos de su nido: para escamotear la importancia del imperialismo, centra todo su análisis en el deterioro de los términos de intercambio, atribuyéndoselo al carácter primario de nuestra producción. Se "olvida" del carácter dependiente del país y de la deformación que ello provoca en el desarrollo del capitalismo argentino, producto de la penetración y dominio de los monopolios imperialistas.

La conclusión de que la penetración imperialista en la primera mitad de este siglo significó un gran drenaje neto de fondos al ex-

terior, es visible también con la simple observación de los saldos comerciales argentinos del período. La suma de los saldos comerciales favorables, que representa unos 11.500 millones de dólares de 1950, significa que tuvimos que entregar un excedente de mercancías por ese monto en pago de la dependencia. Sumándole los casi 11.000 millones de pérdida por deterioro de los términos de intercambio, tendríamos una pérdida de recursos del orden de los 22.500 millones de dólares de 1950, lo que equivale a 2/3 del total del capital fijo en el país a 1955.

A partir de 1955, con el derrocamiento del gobierno de Perón, se acentúa en nuestro país la radicación de empresas imperialistas y crece rápidamente el endeudamiento con el exterior. Ya en 1953 se había dictado una ley de radicaciones extranjeras a cuyo amparo se instalaron Kaiser (automotores) y cuatro grandes empresas de fabricación de tractores, tres alemanas y una italiana. En 1958, bajo el gobierno de Frondizi se dicta una nueva ley, con mejor promoción y menos restricciones, a la que se acoge gran cantidad de empresas imperialistas, sobre todo en la industria manufacturera. **Este proceso, orientado fundamentalmente hacia la industria de bienes de consumo durables e industriales intermedios, acentúa la exigencia de importaciones, que al no poder ser cubierta totalmente por los recursos de las exportaciones, contribuye al rápido abultamiento de la deuda externa.**

Al mismo tiempo, el acrecentamiento de las empresas de propiedad imperialista comienza a mostrar sus efectos sobre la cuenta de servicios, creciendo las salidas por utilidades y dividendos e intereses, lo que a su vez, disminuye la capacidad de importar, aumentando el endeudamiento y, nuevamente, las salidas por intereses. A este cuadro se agrega un elemento adicional, el cual rápidamente comienza a tener gran importancia: la salida de divisas en concepto de pagos por regalías y servicios técnicos (patentes, asesoramiento, etc.), consecuencia de contratos de empresas nacionales y sucursales de empresas imperialistas con firmas del exterior.

La tendencia que enunciamos se ha visto ampliamente confirmada con lo sucedido en las décadas siguientes. La incidencia del capital imperialista y el endeudamiento que se produce a partir de 1955 eleva rápidamente las salidas por servicios financieros (incluyendo intereses, utilidades y dividendos, regalías y demás servicios vinculados directamente a la deuda externa y a las inversiones imperialistas en el país) sobrepasando los ingresos netos de capitales.

Salvo el período inicial de mayor entrada de capital, el ingreso neto de capital desde el exterior se ve sobrecompensado por las remesas al exterior de servicios financieros[110]. Esto se agudizaría posteriormente, como podemos ver en el cuadro N° 54, comparando la suma de los ingresos netos de capitales en los períodos 1966–75 y 1976–84, con la suma de las salidas netas por servicios financieros.

Cuadro N° 54: **Suma de movimientos de capitales no compensatorios y de servicios financieros** (en millones de dólares)

Período	Ingresos netos de capitales	Salidas netas por servicios financieros
1966–75	667,3	2.664,2
1976–84	7.707,9	23.749,8

Fuente: BCRA.

Desde 1955, en el marco de la rivalidad entre proeuropeos, proestadounidenses y prorrusos, los sectores oligárquicos intentan reeditar, bajo nuevas formas de dependencia, un proceso semejante al ocurrido en nuestro país a fines del siglo pasado (con la llamada generación de 1880, que tanto admiran). Como hemos visto, al hablar de la experiencia desarrollista a partir de 1958, el imperialismo estadounidense tomó la delantera en las inversiones en la industria en ese período. Sin embargo, muchas son las dificultades de este imperialismo para lograr una relación estable con nuestros terratenientes; una de ellas es la competitividad de

110. Gastiazoro, Eugenio, *Argentina hoy. Latifundio, dependencia y estructura de clases*. Ediciones Pueblo, Buenos Aires, 1975.

la producción agropecuaria argentina con la de Estados Unidos. Sobre estas contradicciones han operado tradicionalmente los imperialistas europeos, y comienza a actuar entonces la Unión Soviética, convertida también en superpotencia imperialista, buscando subordinar a sus intereses a los terratenientes, y asociándose a intereses imperialistas europeos que se recuperan de la guerra y mantienen parte de su incidencia tradicional en el país o incursionan en nuevas actividades. Todo esto está en el trasfondo de la accidentada vida política en nuestro país, con marchas y contramarchas, golpes y contragolpes de Estado, en el marco de una creciente resistencia obrera y popular a las distintas variantes de políticas proterratenientes y proimperialistas que se sucedieron prácticamente sin discontinuidad desde 1955.

Los cambios desde 1955

El conjunto de los hechos que venimos analizando llevó al país a una situación definida como de "estrangulamiento externo", que fue agravándose a medida que se acentuaba la deformación de la economía argentina por la persistencia del latifundio y la profundización de la dependencia respecto de los monopolios imperialistas. El "estrangulamiento externo" es resultante –y no causa– de las trabas que se oponen a las posibilidades de expansión de la economía argentina, originadas, como se ha dicho ya, en el control de lo fundamental de la tierra y del aparato productivo por los grandes terratenientes y los capitales monopolistas imperialistas. En los límites de dicho marco, según se ha visto, juega un importante papel el control también del comercio exterior por los intereses imperialistas.

El desarrollo capitalista de nuestro país, deformado por la relación de dependencia y por la existencia del latifundio en el campo, no encontró demasiadas limitaciones en lo que al sector externo se refiere, entre 1900 y 1930. Esto se debió, fundamentalmente, a que nuestra "especial relación" con Inglaterra y otros países imperialistas europeos en nuestro país estaba facilitada,

en ese entonces, por la creciente exportación de cereales y carnes que proporcionaba suficientes divisas como para pagar las importaciones, los servicios de la deuda externa y las utilidades de las compañías imperialistas inversoras en el país. **Pero, una vez alcanzado cierto límite en el desarrollo capitalista en el campo, constreñido por la matriz latifundista en que se desenvuelve, y habiendo entrado en crisis el sistema capitalista-imperialista, comenzó a manifestarse con gran agudeza el "desequilibrio externo" de nuestra economía**.

Terminados los efectos de la gran crisis de los años '30 y de la segunda guerra mundial, que determinaron el predominio del sector industrial sobre el agropecuario, y manteniéndose las deformaciones básicas de nuestro desarrollo, la economía argentina se orienta decididamente por el cauce dependiente actual. Se acentúa el proceso de desarrollo de la producción de bienes de consumo manufacturados, con participación directa del capital imperialista –principalmente el estadounidense, y secundariamente el italiano, alemán, francés e inglés–, profundizándose la dependencia económica y financiera del país. También con carácter secundario comienza a operar la Unión Soviética, la cual, a partir de sus transformaciones internas, y dado su gran poderío económico, empieza a actuar como superpotencia imperialista.

Es durante el gobierno de Frondizi, de 1958 a 1962, cuando la penetración socialimperialista comienza a adquirir un gran "desarrollo", no por las "leyes del mercado" sino por la discriminación a su favor que pudieron lograr con el manejo del gobierno. Esto se daba a través del favorecimiento de aquellos sectores estadounidenses y europeos con los que había comenzado a anudar relaciones la nueva burguesía monopolista de Estado que había copado el poder en la Unión Soviética. Pero, por sobre todo, a través de la expansión del grupo Gelbard-Broner y sus vinculaciones internas con un sector de grandes terratenientes y grandes burgueses intermediarios, del tipo de los Lanusse, Bullrich, Shaw, Blaquier, Acevedo, Muñiz Barreto, Gruneisen, Zorraquín, Navajas Artaza, Hirsch, Martínez de Hoz, Cárcano, Santamarina, etc.

Dadas las condiciones existentes entonces, y en particular la posibilidad de invertir en ramas poco desarrolladas hasta ese momento y con un gran mercado interno, como ocurría con la industria automotriz y conexas (petróleo, derivados del caucho, partes, etc.), se pudo observar un crecimiento y una diversificación de la economía en los dos años siguientes a 1959. Claro que esto se logró con el empobrecimiento y la ruina de otros sectores, la superexplotación obrera, la expoliación de la mayoría del pueblo y la entrega del patrimonio nacional. Todo lo cual iba a acarrear una nueva crisis, aun más profunda, como fue la de 1962–63.

Con los cambios en el esquema industrial y las políticas mencionadas, el gobierno de Frondizi logró una recomposición en el bloque hegemónico de las clases dominantes argentinas, con la participación todavía secundaria del socialimperialismo ruso. Las agudas disensiones entre los distintos sectores en pugna llevarían la lucha por el poder estatal al enfrentamiento militar entre azules y colorados. Estos últimos, expresión de los sectores de terratenientes y burguesía intermediaria más ligados al esquema agroexportador y a la relación tradicional con Europa, en particular con Inglaterra, fueron derrotados en 1962.

El triunfo de los azules implicó la reafirmación de la corriente de oligarquía "modernista" y de los sectores estadounidenses y europeos proclives a la relación, o ya relacionados, con la cúpula dominante en la Unión Soviética ("progresistas" o partidarios de la "coexistencia pacífica" con los rusos, de las inversiones en la URSS y de compartir inversiones con los rusos en otros lugares del orbe). También reafirmó la corriente militar "empresaria" a la que el frondicismo había favorecido, particularmente a través del impulso de los planes siderúrgicos de Somisa, tratando de ligarla a sus objetivos estratégicos. Al amparo de esta situación favorable, en los años siguientes se ampliaría la penetración socialimperialista, lo que explica la creciente relevancia del grupo Gelbard-Broner-Madanes y de los sectores aliados y/o asociados.

En los 15 años que van desde 1955 a 1970, pueden observarse cambios importantes también en las relaciones comerciales de

Argentina con el exterior (cuadros N° 55 y N° 56). En particular respecto de Inglaterra, que pierde su posición de principal comprador a manos de Italia. Incluso es superada por Holanda, que actúa como puente hacia Europa central. Con los Estados Unidos vuelve a profundizarse el déficit, ya que al tiempo que disminuyen sus compras aumentan extraordinariamente sus ventas, "atadas" al crecimiento de sus inversiones en el país. También aumentan grandemente las ventas de Alemania a nuestro país –que pasa a ser el segundo proveedor del país con Frondizi y, tras perder esa posición a manos de Brasil bajo Illia, vuelve a recuperarla con la dictadura de Onganía–, mientras que sus compras, aunque aumentan durante el frondicismo, como las de Italia, no se mantienen posteriormente. Por su parte, las ventas de Japón pierden importancia en un primer período recuperándose hacia el final, cuando también comienzan a ser importantes sus compras. En cuanto a las relaciones comerciales con los países latinoamericanos sufren, en general, un importante debilitamiento, salvo con Venezuela en un primer momento, principalmente por las abultadas compras argentinas de petróleo, y posteriormente con Brasil, y Chile en menor medida, cuyas ventas se recuperan en la década de 1960.

Cuadro N° 55: **Principales compradores entre 1955–1970**
(en porcentajes sobre el total de exportaciones)

País de destino	**1955**	**1960**	**1965**	**1970**
Reino Unido	21,6	20,5	10,2	6,9
Estados Unidos	12,7	8,3	6,2	8,7
Italia	7,5	11,8	16,0	15,3
Alemania Fed.	5,7	8,1	6,6	5,9
Francia	3,7	3,4	3,8	3,9
Países Bajos	4,0	12,1	10,8	10,4
Brasil	13,9	7,7	7,2	7,8
Chile	3,2	3,9	3,5	5,1
Unión Soviética	3,2	1,8	5,8	1,5
Japón	–	–	–	6,1

Fuente: *Relevamiento estadístico de la economía argentina 1900–1980*, Banco de Análisis y Computación, Buenos Aires, 1982

Cuadro N° 56: **Principales vendedores entre 1955–1970**
(en porcentajes sobre el total de importaciones)

País de origen	1955	1960	1965	1970
Estados Unidos	13,1	26,2	22,8	24,7
Reino Unido	6,5	9,0	6,1	5,4
Alemania Fed.	6,0	12,1	9,2	11,0
Italia	5,6	6,9	6,7	7,2
Francia	5,8	4,8	3,8	3,7
Brasil	9,4	5,0	13,5	11,0
Chile	4,2	1,5	2,4	4,4
Venezuela	4,7	7,2	2.7	1,8
Japón	6.4	2.2	3.7	5.1

Fuente: *Ibídem.*

El golpe de Estado del 28 de junio de 1966, por las expresiones de algunos de sus promotores, parecía destinado a interrumpir la creciente injerencia socialimperialista, en el marco de la preeminencia de los capitales estadounidenses y europeos, y esto se puede observar en la disminución del intercambio con la URSS, que se había recuperado para 1965. Pero esa dictadura no surgió de la ruptura de la base social que daba sustento a los azules, por lo que este retroceso sería solo temporario.

Por un lado, si bien los capitales estadounidenses tenían la hegemonía, siendo los europeos los principales acompañantes, dentro de ellos el predominio correspondía a los sectores desarrollados bajo el frondicismo, "amigos" de la cúspide socialimperialista (aunque más no fuera en el sentido de que querían mantener buenas relaciones económicas). Por otro lado, si bien la dictadura de Onganía golpeó en lo inmediato a los sectores más visiblemente ligados a la penetración socialimperialista, en particular a los que se relacionaban con la pequeña y mediana burguesía a través del manejo de las cooperativas de crédito. No fueron afectados los sectores de la oligarquía "modernista" a ellos ligados, y se mantuvo incólume su quintacolumna en las Fuerzas Armadas.

Apoyándose en estos elementos y aprovechando las contradicciones que generaba la aplicación del plan de Krieger Vasena con

sectores de los terratenientes, los sectores vinculados al socialimperialismo ruso pudieron recomponer el frente que permitiría a Lanusse dar en 1971 un golpe dentro del golpe. También en esto incidió grandemente la situación cada vez más difícil del imperialismo estadounidense en el mundo, el cierre del mercado europeo a nuestros productos agropecuarios y las promesas que realizaba el lanussismo a sectores de burguesía nacional que se habían visto tremendamente golpeados por la dictadura de Onganía.

En cuanto a la política económica que aplicó la dictadura de Onganía, con Krieger Vasena como ministro, su filosofía básica no difería fundamentalmente de la de Frondizi con del Carril y Alsogaray, e incluso de la de Guido con Méndez Delfino y Martínez de Hoz (recordemos que la "estabilización" del gobierno de Guido y la posterior "salida" electoral fueron una resultante del triunfo definitivo de los azules sobre los colorados).

El matiz más peculiar de la política económica de Krieger Vasena era la búsqueda de la "eficiencia" del sector industrial, que permitiera una cierta estabilidad en su crecimiento, orientando los "excedentes" (en el contexto de un mercado interno restringido) hacia el mercado externo. De ninguna manera se puede calificar esto de "antidesarrollismo", aunque los desarrollistas lo critican, pues ellos proponen seguir con la política de "sustitución de importaciones", es decir continuar desarrollando la producción interna de bienes que antes se importaban, con la "ayuda" del capital imperialista. Este fue el matiz particular del frondofrigerismo, que expresó la vía por la cual pudieron acrecentar su incidencia económica los sectores testaferros y asociados al capital imperialista ruso y crear nuevas y más firmes vinculaciones con sectores terratenientes y de gran burguesía, y también dentro de las Fuerzas Armadas y del aparato estatal en su conjunto.

El "eficientismo" fracasó, principalmente, tanto por la base económica como por la resistencia obrera y popular y de la burguesía nacional, así como por la acción del socialimperialismo ruso buscando imponer su hegemonía en la dictadura. Es esto último lo que encubren los teorizadores del "empate hegemónico"

de la década del '70, que después serían asesores del alfonsinismo prosocialimperialista y cuyas "teorías" todavía siguen difundiendo en las universidades[111]. Es cierto que los lanussistas, que eran parte del frente azul que impuso la dictadura de Onganía, también aprovecharon a su favor la resistencia de los sectores tradicionales que en su momento expresaron los colorados (por eso se los calificó de violetas, por la mezcla de colores), pero no fue por un "empate" en la hegemonía del bloque de las clases dominantes entre los sectores tradicionalistas y los modernistas por lo que el sector de Onganía-Krieger Vasena fracasó –pese a su supuesto "éxito" con relación a la situación económica que vivieron ese momento las clases dominantes argentinas–, sino por la nueva disputa por la hegemonía que se daba dentro del sector modernista principalmente entre los sectores proestadounidenses y los sectores prosocialimperialistas, que terminaron imponiéndose con Lanusse en 1971. La teoría del "empate hegemónico" –que pretende explicar el llamado "penduleo" político de ese período, por un "equilibrio" de fuerzas entre los sectores tradicionalistas y modernistas en el bloque de las clases dominantes argentinas, o entre agraristas (no existen los terratenientes para ellos) e industrialistas–, tras ese elaborado "barniz académico" no solo oculta el accionar de los imperialistas, particularmente en este caso el accionar del socialimperialismo ruso, sino que también termina justificando a los actores de esos golpes y contragolpes tras un supuesto "vacío institucional" que generaría ese "empate hegemónico".

La política económica de Krieger Vasena tuvo "éxito" en un primer momento porque el campo venía de dos buenas cosechas, una gran recomposición del stock ganadero y una balanza comercial con el exterior con saldos muy favorables. No se hacía tan inmediata, como ocurrió con Frondizi, la necesidad de un incremento en la producción agropecuaria como fuente de divisas que,

111. Portantiero, Juan Carlos, "Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973" y O'Donnell, Guillermo, "Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976", en *Revista mexicana de Sociología*, N° 2, año 1977.

manteniéndose la estructura latifundista, impusiera un inmediato traslado de recursos al sector terrateniente. De ninguna manera se trataba de que la dictadura onganiana fuera antiterrateniente, sino que se trató de favorecer a los grandes terratenientes por medios distintos al de los mayores precios, como fue la modificación de la ley de arrendamientos (a costa del desalojo de miles de familias chacareras con la ley Raggio) o el "reordenamiento" de la economía tucumana, en desmedro de los ingenios "menos eficientes" y de los cañeros independientes.

Sin una presión inmediata del campo por mayores precios, la dictadura onganiana pudo favorecer momentáneamente a la industria, que aumentó su "eficiencia", aunque al precio de una mayor desnacionalización y concentración monopolista.

Esto llevaría a una situación irresoluble dentro del sistema y, consecuentemente, al enfrentamiento con la mayoría de los sectores del campo. El lanussismo prosocialimperialista pudo también aprovechar esta situación, apoyándose en la hegemonía lograda, dentro del movimiento agrario, por los sectores terratenientes afines al mismo.

Papel e importancia de la industria

Como vimos en los capítulos anteriores, la incidencia del sector industrial recién comenzó a hacerse significativa en la estructura productiva a partir de 1930, no porque anteriormente haya carecido de importancia (en el período 1925-29 llegó a ocupar 890 mil personas, un 20,8% de la población activa, con relación al 35,9% que ocuparon las actividades agropecuarias), sino porque fue a partir de entonces, con la crisis del sector agropecuario, que la industria se constituyó en el sector líder de la producción. El período más significativo en el que se decidió este cambio fue entre 1930-1950, donde el conjunto de las industrias manufactureras mostró un promedio anual de crecimiento superior al 7% mientras que en el sector agropecuario la tasa apenas alcanzó el promedio de 0,5% anual.

Desde 1950, y aunque la industria siguió siendo el líder del proceso, su progresividad entró en contradicción con las trabas que presenta el sector agropecuario y las que surgen de su propia dependencia del exterior. En especial, esto ocurre por el tipo de producción deformada, que se acentúa con la incorporación masiva de inversiones imperialistas con mayor sofisticación, sin el correlativo desarrollo y en desmedro de otros rubros, fundamentalmente de los bienes de capital, maquinarias-herramientas y equipos complejos.

Cuadro N° 57: **Participación de los distintos sectores en el PBI**
(en porcentajes del total)

Actividades	**1955**	**1958**	**1961**	**1966**	**1969**
Agropecuarias	19,3	17,0	15,4	16,0	13,7
Minas y canteras	0,8	0,8	1,7	1,4	1,7
Manufactureras	30,6	33,1	32,6	33,9	35,0
Construcción	3,9	4,1	4,1	3,2	4,6
Servicios	45,3	44,9	46,1	45,5	45,0

Fuente: Carlos F. Díaz Alejandro, *op. cit.*, pág. 386; Mario Rapoport, *op. cit.*, pág. 648.

La disminución de la participación de las actividades agropecuarias, que se observa en el cuadro N° 57, fue el resultado del estancamiento de la producción en todo el período, acompañado de un leve aumento de la productividad con una disminución en el número de personas ocupadas en el sector. A su vez, el crecimiento de la participación de las industrias manufactureras, que prácticamente implica la duplicación de la producción en el período, fue el resultado principalmente del aumento de la productividad, habiéndose hecho mucho más lenta que en el período anterior la absorción de mano de obra. Como puede verse en el cuadro N° 58, el producto por persona ocupada en la industria aumentó considerablemente desde 720 mil pesos (en pesos de 1969) por año en 1947, a 1,3 millones en 1969. En comparación, en el sector agropecuario, el producto por persona ocupada pasó de 470 mil pesos en 1947 a los 600 mil en 1969. El estancamiento del producto por persona ocupada en la suma de todos los sectores se explica por el

desplazamiento de fuerza de trabajo desde los sectores productores de bienes, dada la deformación en los mismos, que se orientó hacia el sector de servicios.

Cuadro N° 58: **Producto por persona ocupada**
(en miles de pesos de 1969)

Año	Act. Agropec.	Ind. Manufact.	Todos los sectores
1947	470	720	630
1960	530	1.000	800
1969	600	1.300	790

Fuente: OECEI, *Económica y financiera*, 1966, pág. 176 y estimaciones propias sobre la base de datos del BCRA.

El fenómeno de absorción de mano de obra se encuentra estrechamente ligado al tipo de expansión industrial de cada uno de los períodos, netamente diferenciables en varios aspectos.

En el primero (1930-50) se produjo una expansión general de la industria, con un crecimiento acelerado del número de establecimientos. Estos tenían como característica una limitación en el empleo de maquinarias modernas, ya sea por las dificultades a la importación acarreadas por la crisis y luego la guerra, o por lo limitado de los recursos de capital, lo que convertía en extensiva la mano de obra. El hecho de pertenecer, en gran proporción, a capitales nacionales relativamente independientes y de dirigirse hacia determinadas ramas de la producción, sobre todo bienes de consumo e intermedios poco complejos, imprimió al proceso una tónica especial, que hizo que paralelamente al crecimiento de la producción creciera la ocupación. En la primera década del período, el mayor crecimiento se observa en textiles y en la segunda, en metales, vehículos y maquinarias y aparatos eléctricos (especialmente metalurgia liviana, herramientas poco complejas y bienes durables de consumo masivo). La concentración es muy elevada (en 1947 el 1 % de los establecimientos concentra el 50% de la producción del sector), aunque hubo un gran crecimiento en el número de establecimientos.

En el segundo período, que se inició en 1950, caracterizado por una desaceleración en el ritmo de expansión del conjunto de la industria, aunque con sectores que crecieron rápidamente (metales, vehículos automotores, aparatos eléctricos y destilación de petróleo) podemos descubrir también dos subperíodos. Uno que va hasta 1958, con crecimiento en el número de establecimientos y en el personal ocupado y un leve acentuamiento en la tendencia a la concentración. Y otro, a partir de entonces, de reajuste acelerado del proceso de concentración, con la incorporación de importantes sucursales de monopolios imperialistas en sectores de producción de bienes de consumo durable e intermedios (vehículos automotores, caucho y metales), el estancamiento del personal utilizado en el conjunto de las industrias (grandes desplazamientos internos: absorción de las nuevas empresas y rechazo de las tradicionales), el estancamiento de ramas de producción de consumo masivo (textiles, confecciones, cueros e imprenta y publicaciones) e incluso de bienes de consumo durable y de capital (por ejemplo, estancamiento en aparatos eléctricos y retroceso considerable en maquinarias).

Por un lado, vemos el estancamiento en la producción de bienes de consumo inmediato e incluso de los durables de consumo masivo; lo que está estrechamente vinculado a la drástica redistribución del ingreso en desmedro de los sectores asalariados, que se observa sobre todo a partir de 1958. Por otro lado, observamos el crecimiento extraordinario de ciertos rubros de consumo durable (para sectores de ingresos superiores a la media, tipo automotores) y de intermedios, estrechamente ligados a la producción y consumo de los mismos (por ejemplo, metales, neumáticos y derivados del petróleo), y un simultáneo retroceso en máquinas-herramientas. Esto tiene que ver con el tipo de expansión que promueven los monopolios imperialistas, tratando de aprovechar determinadas ventajas de mercado de los países oprimidos, conservando la primacía como abastecedores de bienes de capital y de todo el desarrollo tecnológico que va ligado a la producción de los mismos (Ver cuadro N° 59).

Cuadro N° 59: **Tendencias de la producción industrial manufacturera**
(Índice base: 1960 = 100)

Ramas	**1961**	**1965**	**1969**
Total de ramas	110	130	149
Alimentos, bebidas y tabaco	105	117	146
Textil, confecciones y cuero	102	111	116
Productos químicos	105	144	196
Piedras, tierra, vidrio y cerámica	117	132	165
Metales, excluido maquinarias	111	157	200
Vehículos automóviles	143	220	246
Maquinaria, excluida la eléctrica	99	79	74
Maquinarias y aparatos eléctricos	116	117	108
Otros	110	128	144

Fuente: Ministerio de Economía y Trabajo, *Informe Económico,* Buenos Aires, 1970.

En su penetración en la industria manufacturera, el capital imperialista monopoliza puntos nodales de la misma. Esto puede ser controlando una materia prima o un bien intermedio fundamental e incluso el bien final, según el tipo de rama industrial. Ejemplo del primer caso es el del monopolio del plástico. En este caso, las pequeñas y medianas empresas que se desarrollan en la producción de artículos de plástico se encuentran en manos de las empresas monopolistas que fijan a su arbitrio precios, condiciones de entrega y demás. Y como existen cientos de pequeños productores que compiten entre sí, los mayores costos son imposibles de trasladar totalmente a los precios; esto implica que parte de sus ganancias son absorbidas por el monopolio a través del manejo de la materia prima fundamental.

Para el segundo caso podemos ejemplificar con la industria automotriz, donde lo que se monopoliza es la producción final, permitiéndose el desarrollo de la industria elaboradora de piezas. Para dar una idea: mientras la industria terminal ocupaba, a fines de los años ’60, cuarenta mil personas, la de partes, o subsidiaria, empleaba unas cincuenta mil. Si los monopolios del automotor se hubieran encargado del proceso total tendrían que haber ocupado 90.000 personas, entre obreros y empleados. Pero no lo hacían

así porque en virtud de controlar los pedidos de la industria de piezas podían absorber ganancias de las pequeñas y medianas empresas en su beneficio. Los monopolios del automotor pueden imponer precios y condiciones ya que las pequeñas industrias que producen elementos o partes lo hacen para determinado modelo y necesariamente deben vendérselo a determinada firma. Si no se los vende a esa empresa no puede negociarlos con otra, porque lógicamente no sirven para otro consumo y ni siquiera para otro tipo de automóvil.

En estas condiciones, que impone la penetración del capital imperialista, la pequeña y mediana empresa podrá crecer pero de acuerdo a la voluntad o, mejor dicho, a la necesidad que tengan esos grupos de monopolios imperialistas. Es decir que se verá oprimida permanentemente por el monopolio el que le recortará sus ganancias y del cual dependerá su propia existencia. Esto se agrava por el control del crédito en función de los intereses monopolistas imperialistas.

Precios y salarios

El sistema capitalista de producción se basa en la explotación de la clase obrera[112]. El pago al obrero adquiere la forma de salario y el remanente de lo que el obrero produce, por sobre lo que recibe como salario, constituye la plusvalía que se apropia la clase de los capitalistas. Estos procuran aumentar la plusvalía, es decir, explotar más a los obreros. Tienen varias formas de hacerlo: por un lado, aumentar la intensidad del trabajo del obrero (que produzcan más en el mismo tiempo, lo que se llama racionalización) y, por otro, aumentar el tiempo de trabajo, ya sea reduciendo al mínimo los intervalos imprescindibles de descanso o alargando la

112. Para el análisis del funcionamiento del sistema capitalista nos remitimos a la obra magna de Carlos Marx, *El Capital*. También el mismo autor tiene dos trabajos breves, más accesibles para quien comienza a estudiar el tema: *Trabajo asalariado y capital*, y *Salario, precio y ganancia*, que se encuentran publicados en castellano en diversas ediciones.

jornada. Estos son, generalmente, métodos que emplean los capitalistas individualmente, aunque algunas veces sean sancionados legalmente (como ocurrió, por ejemplo, en el caso de la extensión de 6 a 8 horas de la jornada de los trabajadores petroleros en 1968).

El funcionamiento del sistema, en su conjunto, también permite aumentar la plusvalía creando un margen de desocupados bastante elevado que presiona sobre la oferta de mano de obra: aquí el aumento de plusvalía se logra mediante el mantenimiento, el crecimiento menos acelerado o incluso, a veces, el empeoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores mientras el producto aumenta. **Es decir que, como el precio de la fuerza de trabajo se determina por el tiempo social necesario para su producción y reproducción, al reducirse las pretensiones de los trabajadores por la presión de la desocupación, se logra incrementar el tiempo social de trabajo excedente, que es el que determina la plusvalía**. También, una compresión de los salarios reales puede lograrse con la intervención del Estado, manejando los movimientos de precios y salarios, de manera tal que los primeros crezcan más aceleradamente que los segundos. El funcionamiento puede ser relativamente libre (como sucedía en nuestro país hasta 1967) o puede ser concertado, es decir contar con el acuerdo de capitalistas y sindicatos. Recibe el nombre de política de ingresos cuando es controlado por el Estado, el que asegura su cumplimiento.

El funcionamiento que llamamos libre tiene la característica de ir acompañado por una fuerte inflación de precios, y es el que observamos hasta marzo de 1967. Se fijan los salarios por convenios, que duran uno o dos años, mientras los demás precios quedan prácticamente libres. Los aumentos de precios, con notable rapidez, van reduciendo aceleradamente los salarios reales (lo que cobran los trabajadores alcanza para comprar cada vez menos), lo que permite acrecentar cada vez más las ganancias de los capitalistas. Al renovarse los convenios, se establece una puja que permite a los asalariados recuperar, generalmente solo en parte,

lo perdido. Siguen subiendo los precios, y el mismo efecto respecto de los salarios se repite. La aplicación de esta política nos muestra ejemplos como el de 1959 en que los precios aumentaron, durante el año, un 102% mientras los salarios solo subían un 29%. Esta política en nuestro país ha sido acompañada de fuertes devaluaciones que han permitido también una rápida traslación de recursos a nivel empresario, a favor de los terratenientes y monopolios imperialistas.

Estas condiciones, aunque permiten a los capitalistas embolsarse millones de pesos de los cada vez más agotados bolsillos de los trabajadores, no ofrecen garantías de estabilidad: las ganancias no están aseguradas durante todo el tiempo (son menores al comienzo del ciclo), los convenios no se renuevan en las mismas fechas, en algunos casos se han hecho muy difíciles las negociaciones con los sindicatos, etc. **Entonces, ¿qué se requiere?** Un gobierno fuerte capaz de imponer por sobre los intereses particulares una política uniforme y la participación obediente del sindicalismo. Con ello se puede lograr, mientras el proceso no ponga en peligro todo el sistema, con explosiones como las ocurridas en 1969 y con posterioridad ("cordobazos", "rosariazos", "mendozazo", etc.), que los salarios se mantengan congelados por un tiempo suficientemente prolongado como para asegurar grandes ganancias a los capitalistas. Al mismo tiempo se consigue que los aumentos de salarios que se deban producir transcurrido cierto tiempo, se hagan manteniendo la estabilidad de esas ganancias.

También la apertura del ciclo, en 1967, fue acompañada de una importante devaluación del peso en relación con el dólar, cuya sobrevaloración y consecuente beneficio adicional para los monopolios imperialistas pudo mantenerse a través de la política de estabilidad, por lo menos hasta 1969. El auge de las movilizaciones obreras y populares que se aceleró a partir de entonces, impuso cambios en la política económica, debiendo las clases dominantes apelar a métodos más semejantes a los que se aplicaban con anterioridad a 1967, recurriendo nuevamente a grandes devaluaciones del peso, con las consecuencias inflacionarias del caso.

Como indicamos en su momento en otro trabajo[113], tomando los índices publicados por el Indec (Instituto Nacional de Estadísticas y Censos) el salario real caía de un índice de 100 para 1948 a un índice 70 en 1967, con cifras aun inferiores entre ambas fechas, como las del subperíodo 1959/64. Estos porcentajes significan que, si con el salario promedio en 1948 se podían adquirir 100 de subsistencias (alimentos, vestimenta, vivienda, etc.), en 1967 solo se podía comprar un equivalente de 70, como efecto del crecimiento más acelerado de los precios respecto de los salarios. Actualizando las cifras de dicho cuadro con los índices promedio oficiales para 1968 y 1969, podemos observar (Cuadro N° 60) que el salario real cae a 64 para el último año, cifra que implica una leve recuperación de la caída más acentuada aun que se observa para 1968.

En mayor detalle, lo sucedido a partir de marzo de 1967 fue lo siguiente. Se produjo por ley una actualización de aquellos salarios cuyos convenios aun no habían sido renovados a dicha fecha, de acuerdo al incremento de precios del año anterior. Esto significó un aumento inmediato de los salarios del 18 % en promedio. De ahí en adelante, se mantuvieron totalmente congelados, salvo la reducción del porcentaje de retenciones jubilatorias que implicó un leve mejoramiento de la disponibilidad inmediata de algunos trabajadores (del 6 %). Entretanto, crecían los precios: desde marzo de 1967 a diciembre de 1968, primera fase de la política de estabilidad, los precios subieron un 40 %. Al vencer el plazo de la primera congelación, los salarios solo fueron aumentados en 8 %. Rápidamente la suba de precios volvió a dar cuenta de este pequeño aumento por lo que la situación se mantuvo con la pérdida en el nivel de salarios consolidada en el período anterior. Esto de acuerdo al índice oficial del costo de la vida, que reflejó una cifra de crecimiento del 8 % en el promedio de 1969 con relación al promedio del año anterior.

113. Ismael Viñas y Eugenio Gastiazoro, *Economía y dependencia*, Buenos Aires, 1968, pág. 70.

Cuadro N° 60: **Evolución del salario real**
(Indices: 1948 = 100)

Años	Salarios industriales	Costo de vida	Salario real
1954	286,6	338,5	84,7
1960	1.219,5	1.923,1	63,4
1966	5.645,1	7.198,1	78,1
1967	7.679,2	10.959,7	70,0
1969	8.833,6	13.701,3	64,4
1972	18.455,5	33.221,2	55,5

Fuente: Instituto Nacional de Estadísticas.

Uno de los argumentos preferidos de los terratenientes y capitalistas y sus gobiernos (que también suelen repetir las direcciones gremiales comprometidas con esta política) es que, mientras no aumente la producción, no puede haber aumento real de los salarios. Sin embargo, si observamos las cifras del cuadro N° 61, en pesos de 1969, vemos que el total de asalariados recibió en 1966 unos 2,7 millones de pesos, cifra similar a la que obtuvo en 1950 a pesar de que el total del producto creció de 4,5 a 6 billones de pesos. Es decir que todo el incremento de la producción fue absorbido por los terratenientes y capitalistas, cayendo la participación relativa de los trabajadores en los ingresos del 60 al 45 %, existiendo años como 1959 y 1963, donde escasamente alcanzó el 40 %. Como el total recibido por los asalariados se mantuvo igual mientras su número aumentaba (lo que contribuyó también al aumento del producto, aparte de lo que pueda ser atribuido a la intensificación del trabajo), resulta que cada uno de los trabajadores recibía menos, y así observamos que el salario pasa, en promedio, de los 45.000 a los 35.000 pesos por mes (siempre en pesos de 1969). Tal la situación entonces. La política posterior acentuaría esta tendencia.

La intensificación de la política de "eficiencia" por parte de los capitalistas, significó un aumento del trabajo y de la explotación de la clase obrera. La congelación de los salarios simultánea al crecimiento de los precios de los productos que adquieren los trabajadores, produjo el "milagro"

de transferir al sector empresario (terratenientes y capitalistas) una suma adicional de 700 mil millones de pesos por año: en 1969 el producto alcanzó a los 7 billones de pesos corrientes mientras la participación de los asalariados caía al 35 %. Si se hubieran mantenido los salarios reales y, además, producido una elevación de los mismos de acuerdo al crecimiento del producto de manera tal que la participación de los asalariados hubiera continuado siendo del 45 %, los trabajadores hubieran percibido 3,15 billones de pesos en 1969 contra los 2,45 efectivamente recibidos. El mayor crecimiento de los precios (sobre todo el de los años 1967 y 1968) respecto de los salarios, representó una contribución adicional a los ingresos de los terratenientes y capitalistas del orden de los 110.000 pesos al año por trabajador, aproximadamente. En cuanto a lo percibido por mes por cada asalariado, la cifra en pesos de 1969 cayó a los 30.000 pesos en promedio.

También es imprescindible tener en cuenta que para obtener esta cifra, inferior en valor real a la de 1966 (y mucho más, por supuesto, a la de 1950), los asalariados en general tuvieron que trabajar más tiempo y más intensamente (lo que resultó en el importante crecimiento del producto que se observa, de aproximadamente 16 % en términos reales para los tres años). A los efectos comparativos podemos señalar que para que la participación de los asalariados alcanzara el nivel de 1950, con el incremento del producto repartiéndose en la misma proporción entre los asalariados y los propietarios de las condiciones de producción (de la tierra y del capital), y teniendo en cuenta el crecimiento del número de asalariados, sobre la base del nivel de 1969, los salarios deberían haberse aumentado en promedio un 70 %, lo que hubiera representado un salario mensual promedio por trabajador de 51.000 pesos de 1969.

Cuadro N° 61: **Participación de los asalariados en el producto**
(En pesos de 1969)

	Año1950	**Año1966**	**Año1969**
PBI (miles de millones)	4.500	6.000	7.000
Salario (miles de millones)	2.700	2.700	2.450
Número de trabajadores asalariados (miles)	4.600	5.900	6.300
% de salarios en el producto	60%	45%	35%
Promedio mensual de salarios	$ 45.000	$ 35,000	$ 30.000

Fuente: Estimado sobre la base de los datos del BCRA y CONADE; utilizando los índices del Ministerio de Economía y de Estadísticas y Censos.

La explotación de la mano de obra

Teniendo en cuenta que el valor agregado en un año a la economía es el resultado del total de horas trabajadas por la clase obrera, y relacionándolo con el total de salarios percibido por la misma, podemos calcular el porcentaje de tiempo de trabajo social necesario para producir y reproducir esa fuerza de trabajo en las condiciones de cada momento, y el tiempo de trabajo social excedente. De la relación entre ambos obtendremos la tasa de plusvalía.

En cifras redondas, en el total del tiempo trabajado en un año por la clase obrera, el valor agregado neto sumaba, en 1969, 6 billones de pesos (descontando al producto bruto interno la parte correspondiente a reposición del capital, que calculamos en dos tercios de la parte del producto en bienes de inversión), mientras sus salarios sumaban 1,5 billones. Esto, respecto del valor agregado, da un 25 %, que representa el tiempo social de trabajo necesario para producir los bienes que consume la clase obrera (alimentación, vestido, esparcimiento, etc.), con relación al total del tiempo social de trabajo. En consecuencia, el tiempo social de trabajo excedente resulta en un 75 %.

El cociente entre tiempo de trabajo excedente y tiempo de trabajo necesario da una tasa de explotación del 300 %. Lo que quiere decir que si el obrero argentino, para obtener lo que ne-

cesita en un día, debe trabajar ocho horas, el valor creado en el tiempo que excede las 2 horas –que es el tiempo de trabajo social necesario para producir lo que consume, y que se expresa en su salario– es apropiado por el capitalista. A los efectos comparativos, haciendo el cálculo para 1950, vemos que ese año el tiempo social de trabajo necesario para producir lo que consumía la clase obrera era de tres horas por día de acuerdo a las condiciones de vida de ese año, lo que da una tasa de explotación de 166 %.

El cuadro N° 62 resume lo que venimos señalando. Como podemos observar la tasa de explotación ya era elevada en 1950, y había aumentado grandemente hasta 1969. Las razones de ello pueden ubicarse en un empeoramiento en las condiciones de vida de la clase obrera en relación con el aumento de la producción. Este sería el resultado del funcionamiento de la ley general (absoluta, en términos de Marx) del sistema capitalista: la ley de pauperización obrera. Comparando las horas de trabajo social necesario para producir los requerimientos imprescindibles para la producción y reproducción de la fuerza de trabajo, en 1950 y 1969, podemos deducir que aumentó el rendimiento por hora de los trabajadores (mayor intensidad de trabajo), abaratándose las mercancías de consumo de los obreros, o que hubo una disminución en términos absolutos de dichos requerimientos (empeoramiento de las condiciones de vida de los trabajadores). **Lo que podemos decir con certeza es que el crecimiento general de la economía no se tradujo en un mejoramiento proporcional de las condiciones de vida de la clase obrera, habiendo actuado el sistema de manera tal de ir manteniendo un ejército de reserva que permitió que "el progreso" se tradujera en un aumento de la explotación.**

Cuadro N° 62: Tas**a de explotación**
(En pesos de 1969)

Año	**1950**	**1969**
PBI (miles de millones)	4.500	7.000
Reposiciones (miles de millones)	600	1.000
Valor agregado = total tiempo social de trabajo	3.900	6.000
Número de obreros (miles)	2.500	3.750
Total salarios obreros = trabajo social necesario	1.460	1.500
Plusvalía = trabajo excedente	2.440	4.500
Tasa de explotación = Tiempo Excedente/ Tiempo Necesario	166%	300%
Trabajo necesario (en 8 horas)	3 horas	2 horas
Trabajo excedente (en 8 horas)	5 horas	6 horas

Fuente: Ibídem

Pero, además, las cifras indican no solo que se cumplió esta ley, sin correctivos que trataran de atemperarla, sino que hubo una superexplotación. Esto se expresaría en el hecho de que el número de obreros aumentó significativamente y, sin embargo, el total de salarios percibido por el conjunto se mantuvo en términos similares. Es decir, que las interferencias en el funcionamiento de las leyes del capitalismo lo han sido en nuestro caso para deprimir las condiciones de vida de los trabajadores. Este ha sido el resultado de la política de precios y salarios que describimos anteriormente, cuya aplicación se vio favorecida por la rápida introducción de técnicas modernas, manteniendo condiciones de atraso en el campo e incluso en amplios sectores urbanos. Esto permitió que quienes controlaban el proceso –el bloque de burguesía intermediaria, terratenientes y monopolios imperialistas–, obtuvieran beneficios extraordinarios. Las condiciones de concentración y monopolización de importantes sectores de la economía, apoyadas en un gran poder financiero, y la exclusividad (el monopolio de la propiedad) de las técnicas modernas, permite el mantenimiento de dicha situación.

Fracasos oligárquicos y reformistas

Con el golpe de Estado de 1955, las clases dominantes argentinas trataron de resolver la contradicción que les representaba el peronismo en el poder, reemplazando un gobierno con compromisos populares y componentes antioligárquicos y antiimperialistas, por uno que les permitiera una apertura más amplia y decidida hacia el capital monopolista imperialista, como forma de asegurar su supervivencia. **La "apertura al mercado internacional" iniciada en 1955, en las condiciones de dependencia del país, imprimió al proceso de desarrollo un sentido claramente determinado, en el que el imperialismo, los terratenientes y la burguesía intermediaria llevarían la iniciativa.**

Si bien en el período anterior, desde la crisis de 1930, el crecimiento industrial se había convertido en el componente dinámico de la economía, éste mayoritariamente (no por el número sino por la concentración, que es lo que define los "votos" en las economías de mercado), se encontraba controlado por los grandes terratenientes y el capital imperialista (que se incorporaba, a través de sucursales y del manejo de importantes recursos, a la propia producción industrial). La preponderancia de estos dos elementos hizo que el gran desarrollo industrial siguiera el cauce dependiente y deformado caracterizado por la sustitución de importaciones "fáciles" (aprovechamiento del mercado interno existente, que las condiciones de la crisis, primero, y de la guerra, después, impedían abastecer desde el exterior), el mantenimiento de la dependencia externa (tanto en el aspecto financiero como en el de provisión de bienes de capital y técnicas complejas de producción) y la preservación de la estructura agraria de matriz latifundista.

El proyecto nacionalista burgués, encarnado por el peronismo, aunque maneja el sistema bancario, las divisas, parte del comercio exterior y otros resortes de política económica, y promueve un cierto capitalismo de Estado, tiene corta duración al quedarse

dentro de esos límites. El crecimiento "a lo ancho" subordinó las transformaciones en profundidad (que exigían la eliminación del latifundio, como base para la expansión de la producción agraria, y la creación de un fuerte sector estatal en la producción de bienes de capital, como base del desarrollo industrial autónomo), condenando al fracaso el proyecto, cuya viabilidad hubiera requerido una conducción revolucionaria.

Las posibilidades del crecimiento "a lo ancho", en las que se montaron sectores de terratenientes y el capital imperialista, y que permitieron el desarrollo de algunos sectores de gran burguesía nacional e incluso de burguesía media y pequeña burguesía, urbana y agraria, se basaban en un mercado interno ávido de bienes de consumo inmediato y duradero. Los años de guerra y los inmediatamente posteriores, con relativo debilitamiento de la dependencia y de los factores de drenaje de recursos que provoca el imperialismo, permitieron a sectores de burguesía nacional adquirir mayor peso específico, y disputar porciones del mercado con el imperialismo y los terratenientes. Estos sectores se expandieron fundamentalmente en las ramas menos complejas de la industria, y en el campo, en las zonas marginales de cultivos industriales. Desde el gobierno, y pese a que se formulara la intención de favorecer un desarrollo capitalista autónomo, solo se concretaron créditos y medidas protectoras (que también fueron aprovechadas por los terratenientes y los monopolios, salvo discriminación expresa), a compras del exterior de bienes de capital e intermedios a cambios subvaluados (que son un verdadero *boomerang* pues desincentivan la producción interna de los mismos, dejando en manos de los monopolios imperialistas su producción) y al congelamiento de los arrendamientos (que, a la larga, al conservar los terratenientes la propiedad, implicaron la negativa de éstos a dar nuevos contratos).

Finalizados los años de las "vacas gordas", ante la contraofensiva del capital monopolista imperialista y en su raquitismo, producto del mantenimiento de la dependencia y las deformaciones del desarrollo interno, los sectores de burguesía nacional solo

atinaron a abandonar toda iniciativa dejando el camino libre a la oligarquía terrateniente y el imperialismo: **la inexistencia de una alternativa revolucionaria de aquellos sectores directamente interesados en un camino autónomo para el capitalismo argentino, y que objetivamente son desplazados por el avance del capital monopolista imperialista no solo del mercado sino también del poder, está indicando que en las condiciones actuales de nuestro desarrollo las transformaciones revolucionarias necesarias a nuestra sociedad solo pueden darse bajo un gobierno popular revolucionario dirigido por la clase obrera.**

La llamada Revolución Libertadora inauguró la nueva etapa que, a la conocida imagen de "zorro libre entre gallinas libres"[114], agrega la figura del Estado con un garrote al lado del zorro, volteando también gallinas.

Los instrumentos de política económica básicos del proyecto nacionalista burgués, como la nacionalización de los depósitos bancarios y el IAPI (Instituto Argentino de Promoción del Intercambio) fueron eliminados, mientras se "liberalizaba" la economía para los capitales imperialistas (aflojamiento del control de cambios, devaluaciones, modificaciones al régimen de inversiones, etc.) y se incorporaba al país al Fondo Monetario Internacional y otros organismos o acuerdos internacionales, hegemonizados por las potencias imperialistas. Se sucedieron, uno tras otro, los planes de estabilidad y desarrollo destinados, en lo básico, a acelerar el proceso del mercado, en el que el predominio económico-financiero lo tenían los monopolios imperialistas, facilitando una mayor explotación de mano de obra y la más rápida eliminación de los sectores económicamente rezagados. La restricción del crédito, en condiciones de gran inflación, y las sucesivas devaluaciones, disminuyeron el valor del peso con relación al del dólar y coadyuvaron a la expansión del capital usurario (o financiero)

114. Ernesto Guevara, *Escritos económicos*, Ed. Pasado y Presente, Buenos Aires, 1969.

y al predominio de los monopolios, sobre la pequeña y mediana burguesía. El mantenimiento de los salarios por períodos prolongados, mientras subían los precios constantemente, aceleró la superexplotación obrera que, en definitiva, vía el sistema de mercado, engrosó las rentas de los terratenientes y los superbeneficios de los monopolios imperialistas.

Pero este proceso de ninguna manera fue ni podía ser lineal, como ya hemos visto en el parágrafo sobre los cambios ocurridos desde 1955. Por un lado, la resistencia de los sectores explotados y oprimidos, con sus alzas y sus bajas. La resistencia peronista a la "fusiladora", la toma del frigorífico Lisandro de la Torre en 1959, que se transformó en una pueblada del barrio de Mataderos, la huelga grande ferroviaria de 1961, las grandes luchas estudiantiles y la resistencia obrera, estudiantil y popular a la dictadura de Onganía, son hitos de un proceso que hará eclosión en el ya histórico Cordobazo de mayo de 1969 y en las decenas de puebladas posteriores.

Por otro lado, las disputas entre los distintos sectores de terratenientes y de gran burguesía intermediaria, buscando imponerse unos sobre otros. Los sucesivos fracasos de las distintas variantes prooligárquicas y proimperialistas para resolver los problemas de la subsistencia y desarrollo del sistema de atraso y dependencia, intensificaron esas rivalidades agudizadas, a su vez, por las crecientes disputas entre los distintos imperialismos, en particular entre las dos superpotencias (al crecer la injerencia de la Unión Soviética en el campo "occidental", que había pasado a ser hegemonizado incuestionablemente por los Estados Unidos en la posguerra).

La dictadura militar instaurada en 1966 buscó interrumpir el ascenso de luchas obreras y populares (tomas de fábricas, marchas cañeras en Tucumán, grandes movilizaciones estudiantiles) y resolver los conflictos entre los distintos sectores en el bloque hegemónico de las clases dominantes, a través de la llamada "revolución argentina". Esta consistió, básicamente, en acelerar las transformaciones en beneficio de la concentración de la propie-

dad de la tierra y del capital a favor del bloque de terratenientes y grandes burgueses intermediarios del imperialismo, en particular de los sectores proestadounidenses y proeuropeos.

El pilar de esa política "revolucionaria" residió en procurar una mayor **eficiencia** de la vía de desarrollo monopolista y latifundista del campo argentino. Claro ejemplo de ello nos lo ofrece la respuesta al "problema" tucumano, cerrando más de una docena de ingenios y eliminando a miles de cañeros independientes. Lo mismo la liberalización total de los arrendamientos (ley Raggio), para favorecer la recomposición del latifundio. Esta ley produjo la expulsión de miles de chacareros de las tierras que arrendaban y el surgimiento de los "contratistas por una cosecha", dando a los terratenientes una mayor movilidad especulativa en el uso del suelo y la posibilidad de que las mejoras tecnológicas se tradujeran inmediatamente en mayores rentas, con el consiguiente aumento del precio de la tierra y del poderío terrateniente. A su vez, en la industria, el comercio y las finanzas se favorecía una mayor concentración y centralización monopolista, en beneficio de los distintos intereses imperialistas y de burguesía intermediaria a su servicio, ligada también a la ampliación del latifundio. Y todo esto sobre la base del aumento de la tasa y masa de plusvalía, abaratando el precio de la fuerza de trabajo (congelando salarios, interviniendo sindicatos, comprando jerarcas sindicales y aplicando el arbitraje obligatorio) e intensificando la explotación del trabajo, mediante la racionalización y aumento en el ritmo de producción, y la extensión de la jornada por necesidad económica de los trabajadores.

Sin embargo, el mantenimiento de las bases del atraso y la dependencia, la persistencia del latifundio y la intensificación de la opresión imperialista, se convierten cada vez más en un chaleco de fuerza para la expansión de las fuerzas productivas internas. Su desarrollo se hace cada vez más deformado, la expansión de la producción se ve limitada e incluso retrocede en muchos sectores, se debilita la acumulación interna, aumenta la dependencia externa, crece la explotación obrera e incluso se produce una pauperización absoluta de la misma. Y, a la vez que la vía monopolista y

terrateniente se muestra impotente para resolver las necesidades que plantea el desarrollo de las fuerzas productivas, crece la resistencia y la lucha contra las relaciones de opresión del sistema, sus usufructuarios y el gobierno que los representa.

Nuevo auge de luchas. El Cordobazo

La política proterrateniente y proimperialista de la dictadura de Onganía fue creando un polvorín de descontento en las masas obreras, campesinas y populares. La clase obrera se puso a la cabeza de la resistencia antidictatorial, destacándose las grandes huelgas de los ferroviarios, portuarios, azucareros, petroleros (particularmente de Ensenada), etc. Luchas con las que empalmaron las grandes movilizaciones estudiantiles convocadas por la Federación Universitaria Argentina.

En el conjunto de las fuerzas políticas de la izquierda argentina se profundizó la diferencia entre el camino reformista y el revolucionario. La muerte heroica del revolucionario comunista Ernesto "Che" Guevara, repercutió hondamente en el pueblo argentino, particularmente en la juventud.

Entre las fuerzas revolucionarias se abrió un debate entre quienes concebían el foco guerrillero como el camino más apto para llegar a la revolución –donde las masas eran espectadoras, reemplazadas por el accionar de grupos revolucionarios armados–, y quienes defendían la concepción leninista que no reemplaza al proletariado ni lo reduce a la simple lucha económica sino que, por el contrario, le asigna el papel de principal protagonista de la lucha política y considera que solo el pueblo en armas, con el proletariado y su partido como vanguardia, puede llevar la revolución al triunfo.

La necesidad de la vanguardia marxista-leninista en la Argentina había madurado en las entrañas del movimiento obrero y revolucionario, a cuyos requerimientos esenciales no servían ni el PC, que había degenerado y abandonado en los hechos el marxismo-leninismo, ni el peronismo, ni el revolucionarismo peque-

ñoburgués. La fuerza reorganizadora de esa vanguardia surgió principalmente de una ruptura mayor con la dirección reformista del viejo Partido Comunista, aportando los contingentes más numerosos la Federación Juvenil Comunista, con la que confluyeron otros sectores antiimperialistas y revolucionarios organizados en el Movimiento Estudiantil Nacional de Acción Popular (Menap). Así, el 6 de enero de 1968 se constituyó el Partido Comunista Revolucionario de la Argentina. Dicho partido tendría una participación relevante en las luchas obreras y estudiantiles contra la dictadura que prepararon los cordobazos, rosariazos, tucumanazos, mendozazo, etc., y en esas mismas jornadas.

En esos años, fuerzas muy distintas golpeaban contra la dictadura desde diferentes posiciones. Pero las fuerzas burguesas y pequeñoburguesas negaban la existencia de un polvorín de odio popular próximo a estallar, bajo los pies de la dictadura, como sostuvo entonces el naciente PCR.

El 15 de mayo de 1969 caía asesinado en Corrientes, por las balas de la policía de la dictadura, el estudiante de medicina Juan José Cabral, en medio de una violenta represión a la manifestación que se realizaba contra la privatización del comedor universitario, que había dispuesto el rector Walker (de la Universidad Nacional del Nordeste). La indignación por el asesinato de Cabral hizo que la lucha estudiantil contra la dictadura de Onganía pasara a un nuevo momento en todo el país. En Rosario una manifestación también es baleada y cae allí el estudiante de Ciencias Económicas Ramón Adolfo Bello, el 21 de mayo. En la misma ciudad, el 23 de mayo, en otra manifestación es asesinado el joven metalúrgico Néstor Blanco.

Las movilizaciones se extienden a todo el país. En Córdoba, los trabajadores mecánicos en lucha en defensa del sábado inglés que la dictadura pretendió eliminar, han sido apaleados por la policía el 14 de mayo. Se solidarizan con ellos otros gremios y los estudiantes, y se marcha a un paro de 14 horas con movilización convocado por la CGT cordobesa para el 29 de mayo, a partir de las 10 hs. El mismo fue precedido por asambleas del Smata, Luz

y Fuerza, Dinfia, Fiat, etc., donde los obreros masivamente decidieron el paro y la movilización. A su vez, los estudiantes, en una asamblea con más de diez mil participantes, decidieron democráticamente su participación en el paro.

Los obreros y los estudiantes, que venían protagonizando luchas y movilizaciones por las calles de Córdoba, sabían que iban a un combate y se prepararon para ello. En algunas fábricas a través de los cuerpos de delegados, jugando un importante papel las agrupaciones clasistas, se armaron bombas "molotov", se juntaron piedras y también algunas armas. En el Barrio Clínicas, donde vivían miles de estudiantes que venían del interior y de otras provincias, a través de delegados por manzana y por cuadra organizaron sus fuerzas.

A las 10 de la mañana del 29 de mayo salieron las columnas desde las distintas fábricas. La policía había montado un gran dispositivo para frenar la movilización.

En distintos puntos de la ciudad comenzaron los enfrentamientos. En el choque de la columna de la planta Santa Isabel (de la Renault) con la policía, cae asesinado el obrero Máximo Mena. Al correrse la noticia, crece el odio y la masividad. Se multiplican las barricadas. Las columnas obreras combaten palmo a palmo con la policía. Los estudiantes ocupan y se adueñan del Barrio Clínicas. A las 13 horas, la policía se retira derrotada hacia el Cuartel Central.

Los obreros y el pueblo de Córdoba quedaron **dueños de la ciudad**.

El combate de las masas, principalmente de las empresas de concentración proletaria, con un gran papel de los cuerpos de delegados y comisiones internas donde participaban activamente las fuerzas clasistas y la emergente izquierda revolucionaria, desbordó la política burguesa. Al anochecer ingresarían las tropas del Ejército al mando del general Carcagno, pero toda esa noche y el día siguiente la mayor parte de los barrios continuarían en manos del pueblo[115].

115. Ricardo Fierro, *El Cordobazo*, Ediciones Nueva Hora, Buenos Aires, s.f.

El Cordobazo fue un gigantesco ensayo revolucionario de las masas que introdujo un cambio de calidad en la lucha obrera y popular de nuestro país. Un cambio tal que se puede decir que, después de él, nunca nada volvería a ser igual en la Argentina.

Apenas producido el Cordobazo, se abrió el debate entre los revolucionarios y en el movimiento obrero, centrado en ¿qué le faltó al Cordobazo? Para las organizaciones terroristas faltaron quinientos guerrilleros urbanos. Para las fuerzas reformistas, un acuerdo con las grandes fuerzas burguesas y la "comprensión" de Onganía.

Y para el incipiente PCR se afirmó la necesidad decisiva de que el proletariado tenga su partido de vanguardia para triunfar. Estudió esa experiencia de masas, analizándola a la luz del marxismo-leninismo. Trató de aprender de las masas, de analizar las formas de lucha y organización que las propias masas han encontrado, formas que bocetan el camino de la revolución en nuestro país. Valorando, en ese proceso de democratización del movimiento obrero, el papel de los cuerpos de delegados y su posible transformación en órganos de doble poder en momentos de crisis revolucionaria.

La corriente clasista revolucionaria, incipiente en 1969, fue creciendo y retomando gloriosas tradiciones del proletariado. Nació en Dinfia, tuvo su desarrollo en Perdriel, luego en Santa Isabel, y alcanzó su máxima expresión con el triunfo de la lista Marrón en el Smata de Córdoba, que significó la recuperación del mismo por un frente único en el que tuvieron una participación destacada obreros clasistas revolucionarios junto a obreros peronistas, radicales y de otras corrientes, y que fue dirigida por el PCR (César Gody Alvarez y René Salamanca, posteriormente secuestrados y desaparecidos por la dictadura violovidelista, son parte fundamental de esa experiencia).

Se inició así un proceso de democratización sindical no conocido anteriormente en el país (con permanente consulta a las masas, con un elevado papel de los cuerpos de delegados, con

rotación de los dirigentes en sus puestos de trabajo, con una línea de unidad obrera y de unidad con el campesinado pobre y el pueblo, etc.).

El ascenso del movimiento obrero en las ciudades influyó sobre el campo y despertó a la lucha a masas de miles de obreros rurales y campesinos pobres y medios, surgiendo y desarrollándose rápidamente las ligas agrarias, particularmente en el Noreste, y las ligas tamberas y chancheras en Córdoba y Santa Fe. A su vez, las luchas de los estudiantes dirigidos por el PCR, que ya había tenido un papel importante en las jornadas previas al Cordobazo –particularmente en Corrientes y en Rosario–, continuaron desarrollándose junto a la clase obrera y el pueblo en históricas puebladas.

Las gigantescas luchas populares deterioraron a la dictadura, obligándola a retroceder. Creció la resistencia burguesa y crecieron las distintas expresiones políticas de la pequeñoburgesía radicalizada, algunas de las cuales adoptaron el terrorismo como forma principal de lucha.

La profunda crisis estructural de la sociedad argentina afectaba a capas extensas de la pequeñoburguesía urbana de las grandes ciudades y, en especial, de los pueblos del interior, así como también de la burguesía nacional. Crisis que arrastraba incluso a sectores de terratenientes arruinados. Provocó la crisis universitaria y afectó a todas las profesiones liberales, condenando a muchos profesionales a una desocupación encubierta.

Esta crisis profunda tiene como base el estancamiento de la sociedad argentina, e impide a las clases dominantes generar una ideología que suscite la adhesión de esas capas medias. Al mismo tiempo el proletariado, maniatado por el reformismo y el revisionismo durante muchos años, no era capaz, todavía, de encauzar en un sentido revolucionario real ese amplio disconformismo de grandes masas oprimidas por el imperialismo, los terratenientes y la burguesía intermediaria. Incluso el propio proletariado había sido impregnado por la ideología de esas clases y capas sociales arruinadas por la profunda crisis de la sociedad argentina.

Cada paso del movimiento antidictatorial, y cada paso del proletariado revolucionario, eran acompañados de propuestas de las fuerzas burguesas y de acciones cada vez más espectaculares del terrorismo pequeñoburgués. Su objetivo era hegemonizar al movimiento de masas. Pero, además, su movilización era alentada por los sectores terratenientes e imperialistas que disputaban con los sectores representados por Onganía. En ese período, numerosas acciones terroristas fueron estimuladas e instrumentadas por el socialimperialismo ruso para "sacar del medio" a sus rivales en sindicatos, empresas, e incluso en las Fuerzas Armadas[116].

El secuestro del ex presidente Pedro Eugenio Aramburu, el 29 de mayo de 1970, acelerará el desplazamiento de Onganía por la Junta Militar, integrada por Lanusse, Gnavi y Rey, que el 9 de junio se hará cargo del gobierno. No queriendo dejar la coman-

116. El 26 de junio son incendiados 15 supermercados Minimax, del grupo Rockefeller, y el 27 de junio de 1969 cae baleado por la policía el periodista de izquierda, dirigente del Sindicato de Prensa, Emilio N. Jáuregui, en una manifestación en Plaza Once. El 29 de junio llega a Buenos Aires Nelson Rockefeller, enviado del presidente Nixon, y el 30 de junio es muerto en su gremio el metalúrgico Augusto Timoteo Vandor, principal exponente del sindicalismo participacionista, por un comando que se identifica perteneciente a la Tendencia Revolucionaria Peronista. A Vandor sucederá Lorenzo Miguel en la dirección de la UOM. El 24 de julio es pasado a retiro el general Eduardo Labanca, como consecuencia de una frustrada asonada nacionalista, dirigida en particular contra Lanusse, y el 5 de agosto es clausurado el semanario *Primera Plana*. El 16 de setiembre se produce el segundo Rosariazo, con características semejantes al Cordobazo por el papel que en él juegan las nutridas columnas obreras que se desplazan desde los distintos puntos de la ciudad atacando a las fuerzas policiales, bancos, industrias, comercios, usinas, estaciones de ferrocarril, trenes, etc. Esta batalla se prolonga por dos días, replegándose a los barrios, con centenares de barricadas incendiadas, alimentadas constantemente por mujeres y niños (Comité Regional Santa Fe del PCR, "El Rosariazo: apuntes para su historia", en *Revista argentina de Política y Teoría*, N° 11, diciembre de 1986). El 20 de noviembre, Día de la Soberanía, estallan bombas en 15 compañías extranjeras. El 27 de febrero de 1970 muere atropellado intencionalmente por un vehículo Juan García Elorrio, dirigente de Cristianismo y Revolución, y el 29 de mayo es secuestrado el ex presidente Pedro Eugenio Aramburu, lo que acelerará el desplazamiento de Onganía por la Junta Militar, integrada por Lanusse, Gnavi y Rey, que se hará cargo 9 de junio del gobierno, hasta la asunción como presidente del general Roberto Marcelo Levingston, el 18 de junio.

dancia del ejército, como todavía era condición de la Junta para ser presidente, Lanusse propone para la presidencia al general Alcides López Aufranc, a lo que se opone la Marina[117], por lo que se termina designando al ignoto ex jefe del SIE de los azules, en ese momento representante ante la Junta Interamericana de Defensa, general Roberto Marcelo Levingston, quien asume el 18 de junio. La evolución posterior de los hechos hará que nueve meses después, el propio Lanusse asuma la presidencia sin tener que resignar la comandancia del ejército[118].

En el contexto de las crecientes luchas obreras y de radicalización de la pequeña burguesía urbana y rural, y aprovechando las contradicciones que generaba con los intereses terratenientes el cierre del mercado europeo, la negativa del ministro Krieger Vasena a devaluar y su intento de crear un impuesto a la tierra, se fueron creando las condiciones que permitieron a los sectores prorrusos encabezados por Lanusse desplazar a Onganía, primero, y a Levingston, después. En esto también incidió grandemente la situación cada vez más difícil del imperialismo estadounidense en el mundo y las promesas del lanussismo prosocialimperialista

117. Como recuerda Marcelo Sánchez Sorondo (*Memorias. Conversaciones con Carlos Payá*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2001, pág. 199), el almirante Gnavi se opuso a la designación de López Aufranc, ya que éste, con los tanques de Magdalena, había sido el ejecutor de la destrucción de la base naval de Punta Indio, en la última batalla del enfrentamiento entre azules y colorados, en abril de 1963.

118. Tras la asunción de Levingston, el 30 de julio un grupo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias, FAR, ocupa durante algunas horas la localidad de Garín, en la zona norte del Gran Buenos Aires, y el 27 de agosto es muerto otro dirigente sindical también peronista, José Alonso. El 7 de setiembre son muertos por la policía en la localidad de William Morris, Fernando Luis Abal Medina y Carlos Gustavo Ramus, dirigentes de la agrupación Montoneros, a quienes se les atribuyó haber participado en el secuestro y muerte del general Aramburu, y el 16 de diciembre es secuestrado el abogado de la CGT de los Argentinos, Néstor Martins, junto a Nildo Centeno, de quienes nunca más se supo. Finalmente, del 12 al 16 de marzo de 1971, se produce "el viborazo", la segunda pueblada cordobesa llamada así por la frase del interventor José Camilo Uriburu, quien había llegado el 1° de marzo diciendo que iba "a cortar la cabeza de la víbora de la subversión", lo que aceleró la caída de Levingston el 23 de marzo y su reemplazo directamente por el general Alejandro Agustín Lanusse.

a importantes sectores de la burguesía nacional, que habían sido tremendamente golpeados por la dictadura de Onganía.

Así, montándose en el repudio del pueblo argentino al imperialismo norteamericano, pasaron a predominar los sectores prorrusos, en aguda disputa con sectores proestadounidenses y proeuropeos, buscando aliar y subordinar a sectores de éstos y de la burguesía nacional.

Capítulo XVII
El predominio socialimperialista

Con Lanusse en el gobierno, el grupo económico de terratenientes y burguesía intermediaria subordinado al socialimperialismo ruso y el sector de testaferros a su servicio avanzaron en el control de palancas claves del país. Por ejemplo, se resolvieron a su favor el monopolio del aluminio (Aluar-FATE), el de aceros especiales (Gurmendi-Santa Rosa-Acindar) y otros proyectos. En 1971 se firmó en Moscú el convenio comercial entre los gobiernos de la Argentina y de la URSS –de características similares al suscripto ese mismo año con la Comunidad Económica Europea–, que dio a la URSS el trato de nación más favorecida.

Al mismo tiempo, los sectores prosocialimperialistas disputaban con Perón la hegemonía del frente burgués antiestadounidense. Trabajaron para debilitarlo y subordinarlo, ya que necesitaban de su acuerdo, tanto para poder realizar las elecciones como para afianzarse en el poder; el peronismo seguía siendo la gran fuerza electoral del país y el movimiento político mayoritario.

Aprovechando la vacilación de la burguesía nacional liderada por Perón y la débil influencia política y organizativa del PCR en la clase obrera y en otros sectores populares, lograron impedir que la larga serie de puebladas que deterioraron la dictadura de Onganía, coronase en un argentinazo triunfante. Así pudieron armar una salida electoral condicionada, para la que Lanusse convocó al "Gran Acuerdo Nacional" (GAN). Pero la profundidad del

proceso abierto con el Cordobazo de 1969, que estalló en nuevas puebladas en 1971 y 1972, y del que formó parte la jornada de movilización del 17 de noviembre de 1972 con motivo del retorno del general Perón a la Argentina, impidió a los sectores afines al socialimperialismo imponer a Lanusse como candidato del GAN, y los obligó a llegar a acuerdos con Perón y con Balbín.

Así como la asunción del gobierno por el propio general Lanusse el 26 de marzo de 1971, no amainó la rebeldía obrera y popular que se manifestó en distintas puebladas en el interior del país hasta el segundo Rocazo[119], en Río Negro, prácticamente en vísperas de las elecciones de marzo de 1973, tampoco amainó el terrorismo de las llamadas "formaciones especiales" ni el terrorismo de Estado. Tan pronto como el 29 de abril de 1971 se produjo la muerte del teniente Mario C. Asúa en el asalto a un camión militar, el 2 de junio desapareció en San Juan el matrimonio Verd y el 13 de julio fueron secuestrados y luego aparecieron asesinados, Juan Pablo Maestre y su compañera Mirtha Misetich; a Maestre, vinculado a la FAR, se le atribuyó participación en el asalto al camión militar antes mencionado. Por otro lado, el 8 de octubre, día del cumpleaños de Perón, se produjo la sublevación nacionalista de las unidades militares de Azul y Olavarría, que fue acallada por las fuerzas leales a Lanusse.

Los hechos de mayor trascendencia en la feroz disputa en las alturas tendrán lugar en 1972, con el secuestro el 21 de marzo del

119. Es en esta nueva oleada de puebladas, ya en 1972, donde a partir de los cuerpos de delegados de las organizaciones obreras y populares, o de la designación de representantes por asambleas populares, "surgieron los gérmenes de doble poder de alcance local (como sucedió en Roca, Trelew, Malargüe, localidades tucumanas) pero que iluminaron en el pico máximo de las luchas antidictatoriales, las formas más probables que pueden tener esos organismos en una situación revolucionaria, y la forma probable de la relación de las organizaciones de autodefensa armada de masas, milicias populares y ejército del pueblo con los organismos de doble poder en el caso de una tal situación" (III Congreso del Partido Comunista Revolucionario de la Argentina, *Resoluciones*, Buenos Aires, 2 y 3 de marzo de 1974, pág. 9). En el Rocazo de 1972 se conformó, aunque con duración efímera, un gobierno provisional representativo de las fuerzas sociales antidictatoriales, que llegó a adoptar algunas medidas como tal gobierno.

director general de Fiat Argentina, Oberdam Sallustro, y su muerte el 10 de abril, el mismo día que era muerto en Rosario, el comandante del II Cuerpo de Ejército, general Juan Carlos Sánchez, principal rival del general Lanusse en el arma. Y el 22 de agosto se produjo la masacre de 16 prisioneros en Trelew, alojados en dependencias de la Armada, de los 19 rendidos una semana antes, tras su fuga del penal de Rawson, de la que solo habían podido escapar a Chile otros seis prisioneros en un jet de Austral, en un vuelo en el que entre 96 pasajeros viajaban desde Comodoro Rivadavia cuatro compañeros que secuestraron el avión. El 28 de diciembre será muerto el contralmirante Emilio R. Berisso, y el 30 de abril de 1973, el almirante Hermes Quijada, a quienes se vinculó con la masacre de Trelew.

Perón, a los setenta y seis años, tenía pocas chances. Debió optar entre la candidatura (que con seguridad sería vetada) y el retorno. Cedió la candidatura, facilitando así el montaje de las elecciones del 11 de marzo de 1973, y cedió la hegemonía en el nuevo gobierno, para continuar luchando en mejores condiciones, y dentro del país, para imponer su dirección.

Así se conformó la candidatura triunfante en las elecciones del 11 de marzo, de Héctor Cámpora-Vicente Solano Lima, quienes asumieron el 25 de mayo. Esta fue la fórmula del Frente Justicialista de Liberación (Frejuli), que reunió a peronistas, frondicistas, conservadores populares, populares cristianos y otras agrupaciones, que en las elecciones del 11 de marzo de 1973 obtuvo 5.907.464 votos: el 49,6 % de los votos emitidos, que representaba el 41,2 % del padrón (las abstenciones sumaron 2.425.595, el 16,9 % del total del padrón). Siguió la fórmula de la UCR, Ricardo Balbín-Eduardo Gamond, con 2.537.605 votos, el 21,3 % del total emitido, o sea el 17,7 % del padrón. El mismo 25 de mayo se restablecieron las relaciones diplomáticas con Cuba, asistiendo al acto de juramento de Cámpora, su presidente Osvaldo Dorticós Torrado y el presidente chileno, Salvador Allende Gossens. También el propio 25 de mayo, por la noche, el gobierno recién asumido dio curso a un largo reclamo de los sectores populares, aprobando la

amnistía de los numerosos presos políticos arrojados a las cárceles por la dictadura de Onganía-Levingston-Lanusse[120].

Con el gobierno de Cámpora lograron preservar y consolidar su predominio los sectores prosocialimperialistas[121]. Perón volvió al país el 20 de junio y pasó a disputarles la hegemonía, haciendo uso de todo su peso político. Cámpora y Solano Lima fueron forzados a renunciar –como paso previo a la convocatoria de nuevas elecciones, ahora sin proscripciones– el 13 de julio, asumiendo en forma provisional Raúl Lastiri, el presidente de la Cámara de Diputados, afín al sector de José López Rega. Son desplazados el ministro del Interior, Esteban Righi, y el de Relaciones Exteriores, Juan Carlos Puig, aunque se mantiene José Ber Gelbard. En las elecciones del 23 de setiembre, la fórmula del Frejuli, Juan D. Perón-María Estela Martínez de Perón[122], obtiene 7.359.139 votos: el 61,9 % de los votos válidos emitidos, que representó el 51,3 % del padrón (los votos en blanco y nulos y las abstenciones fueron de 2.436.872 personas, el 17 % del padrón). La fórmula de la UCR, Ricardo Balbín-Fernando de la Rúa, obtuvo 2.905.719 votos, el 24,4 % de los votos válidos emitidos, el 20,3 % del padrón. El crecimiento de la fórmula radical con relación a la elección anterior, se compensó por la disminución de la derecha "federalista", principalmente Francisco Manrique-Rafael Martínez Raimonda (del 14,9 % de los votos válidos que había obtenido en marzo, cayó en setiembre al 12,2 %), mientras que a la fórmula Perón-Perón

120. La jornada del 25 de mayo de 1973 en la Capital Federal tuvo muchos aspectos semejantes a los de las grandes pueblabas acontecidas antes en las ciudades del interior, y fue el llamado Devotazo (la práctica ocupación por el pueblo de Buenos Aires del barrio circundante a la Cárcel de Encausados) el que apresuró, esa misma noche, la amnistía y salida de los presos de la dictadura.

121. Expresión de eso fue, en primer lugar, la designación de Gelbard en Economía, con poderes de un verdadero superministro. También la designación de Esteban J. Righi, en Interior; de Juan Carlos Puig, en Relaciones Exteriores; de Jorge A. Taiana, en Educación, etc. Por último, y lo que sería decisivo para el futuro, el lanussismo se garantizaba su continuidad a la cabeza del Ejército, con la designación del general Jorge Raúl Carcagno como Comandante en jefe de esa arma.

122. La disputa era tan enconada que, "para cubrir sus espaldas", Perón debió ubicar a su propia esposa en el segundo término de la fórmula presidencial.

se sumaron principalmente los votos de la izquierda que se habían canalizado en marzo hacia la fórmula de la Alianza Popular Revolucionaria, Oscar Alende-Horacio Sueldo, que obtuvo entonces 885.201 votos, el 7,4 % de los emitidos. Esa misma cantidad de personas votó la fórmula del Frejuli en la boleta del Frente de Izquierda Popular, que en la elección de marzo apenas había obtenido 48.571 votos, con la fórmula Jorge Abelardo Ramos-José Silvetti. Juan Carlos Coral, ahora acompañado por José F. Páez de Sitrac-Sitram (en marzo había ido con Nora Ciapponi), por el Partido Socialista de los Trabajadores, pasó de 73.796 votos a 181.474 (del 0,6 al 1,5 %, de los votos válidos emitidos). El 12 de octubre de 1973 Perón asume su tercera presidencia, después de 18 años de exilio y proscripción.

Perón mantiene a Gelbard en el gobierno, como prenda de unidad con los sectores prosocialimperialistas. No obstante, eso no acalló la despiadada disputa por la hegemonía, y se siguieron sucediendo las acciones terroristas. Ya el 6 de setiembre de 1973, tras el desplazamiento de Cámpora del gobierno y prácticamente en vísperas de las nuevas elecciones, se había producido la muerte del teniente coronel Raúl Duarte Hardoy en un ataque al Comando de Sanidad Militar y, dos días después de las elecciones que dieron el triunfo a Perón, el 25 de setiembre era muerto el metalúrgico José María Rucci, secretario general de la CGT y considerado la "mano derecha" de Perón en la dirección de la central obrera. Lorenzo Miguel quedará como dirigente indiscutido de la UOM y Adelino Romero pasará a dirigir la CGT. Fallecido este último lo sucederá luego el textil Casildo Herreras.

El 20 de enero de 1974, el ERP intenta copar un regimiento de blindados en Azul, en el que mueren su jefe el coronel Camilo A. Gay, y su esposa, y donde los guerrilleros se llevan como rehén al teniente coronel José R. Igarzábal, quien será encontrado muerto el 18 de noviembre de ese año. El 22 de enero renuncia el gobernador bonaerense, Oscar Bidegain, a quien sustituye su vice, el sindicalista metalúrgico Victorio Calabró. El 27 de febrero son derrocados en Córdoba el gobernador y vicegobernador de

la provincia, Ricardo Obregón Cano y Atilio López, por el jefe de policía teniente coronel Antonio D. Navarro; Perón intervendrá la provincia, nombrando al gelbardista Duilio Brunello en esa función. El 22 de marzo es muerto el sindicalista Rogelio Coria y el 28 de abril, el ex juez de la Cámara Federal en lo Penal, Jorge V. Quiroga. Entretanto, el 25 de febrero ha viajado a Cuba la misión oficial encabezada por Gelbard (también integra esa misión el titular de la CGE, Julio Broner, quien anuncia que hay firmados 35 convenios comerciales con Cuba, de los que participan empresas imperialistas como Fiat y Ford).

Durante la celebración del 1° de Mayo de ese año, Perón –exasperado por las continuas provocaciones y ataques a su línea política y a sus colaboradores, apenas disimuladas de crítica a su "entorno"– expulsó a los Montoneros de la multitudinaria concentración en la Plaza de Mayo. Apenas dos días después, el 3 de mayo partía a la Unión Soviética la misión oficial encabezada por Gelbard, quien será condecorado por Brezhnev en el Kremlin. El 11 de mayo era asesinado el cura Carlos Mujica, quien se había pronunciado por la "verticalidad" en el movimiento, y el 12 de junio Perón dio el que será su postrer mensaje a la multitud que llena Plaza de Mayo en su apoyo.

Muerto Perón el 1° de julio de 1974, su sucesora constitucional, Isabel Martínez de Perón, trató de construir su liderazgo manteniendo la relación con Gelbard[123], aunque el "entendimiento" no alcanzó para ratificar los convenios firmados por éste con la URSS. Al mismo tiempo se acrecentó el accionar de los distintos grupos terroristas[124].

123. El 27 de julio de 1974 era puesta en marcha oficialmente la planta productora de aluminio de Aluar, en Puerto Madryn, Chubut.

124. Ya el 15 de julio de 1974 es muerto Arturo Mor Roig, ex presidente radical de la Cámara de Diputados y ex ministro del Interior de Lanusse, y el 17, David Kraiselburd, director del diario *El Día* de La Plata. El 25 de julio culmina el desplazamiento del gobernador Martínez Baca, con la intervención a la provincia de Mendoza, y el 31 es muerto por la "triple A" el diputado nacional Rodolfo Ortega Peña. El 11 de agosto, el ERP intenta copar unidades militares en Córdoba y Cat-

Las organizaciones en que cristalizó el agrupamiento de la pequeñoburguesía radicalizada tuvieron una línea equivocada que los llevó a cometer graves errores políticos y estratégicos. Con una interpretación errónea de la revolución cubana (lucha corta y acciones armadas al margen de las masas), con el yugo de la teoría del capitalismo dependiente y considerando a la URSS un país socialista y amigo de los pueblos (no imperialista), ubicaron como blanco principal de la revolución en la Argentina a la burguesía nacional. Calificaban a la burguesía nacional en el gobierno de proyanqui y presentaban a los sectores de testaferros y burgueses intermediarios del socialimperialismo "soviético" (como Gelbard) como burgueses nacionales. Todo esto los llevó a golpear centralmente primero a Perón y luego a Isabel Perón, repitiendo el error del PC en los años 1945 y 1955, con lo que favorecieron a los enemigos de la revolución que preparaban el golpe de Estado. Estos errores permitieron que miles de jóvenes que querían cambios revolucionarios fueran instrumentados por el sector golpista prosocialimperialista que, al mismo tiempo, operaba dentro de las Fuerzas Armadas a través del violovidelismo y otras corrientes. Una vez más, los sectores proimperialistas y proterratenientes pudieron instrumentar a sectores de la pequeñoburguesía, para aislar al proletariado y hacer pasar sus planes golpistas.

Frente al accionar terrorista, un sector del peronismo impulsó la línea de "enfrentar aparato contra aparato" y se creó, en vida de Perón, la "Triple A" para la represión parapolicial "antisubversiva". Aparecieron luego otras organizaciones "anticomunistas" dirigidas por fuerzas golpistas y de los servicios –algunas bautizadas también como "triple A"– que desataron una ola de asesinatos a dirigentes obreros y populares, dirigentes peronistas reconocidos por su defensa del gobierno constitucional y hacia militantes del PCR, a partir de su clara posición antigolpista[125].

amarca, donde son muertos más de 20 guerrilleros, prosiguiendo las operaciones en Tucumán.

125. El PCR pagó con sangre su lucha, primero en defensa de las libertades democráticas y, a partir de noviembre de 1974, su clara posición en contra de cual-

Golpismo y lucha antigolpista

En su disputa con el sector gelbardista por el control del gobierno y frente al accionar terrorista, al tiempo que se apoyaba en sectores de la derecha antirrusa del peronismo, Isabel Perón impulsó una política de nacionalizaciones. El 14 de agosto de 1974 reemplazó al ministro de Educación Jorge A. Taiana por Oscar Ivanisevich y, el 6 de setiembre, al interventor en Córdoba, Duilio Brunello (empresario del grupo Gelbard), por el brigadier Lacabanne. Ese mismo día, clausuró *La Causa Peronista*, e inició acciones legales contra sus responsables por la publicación de un relato de dos Montoneros sobre el ajusticiamiento del general Aramburu. Recrudecieron las acciones terroristas[126], y el 30 de setiembre son asesinados en Buenos Aires el ex ministro chileno

quier golpe de Estado, prorruso o proyanqui, contra el gobierno constitucional. El 10 de octubre de 1974 fue muerto por la policía el estudiante de Medicina, Armando Ricciotti, en una manifestación por la reapertura de la Universidad de Buenos Aires, y el 29 de noviembre fue secuestrado y asesinado Daniel Winer, dirigente del Centro de Estudiantes de Ingeniería, de esa Universidad. El 7 de diciembre se produjo el intento de secuestro y, ante su resistencia, el fusilamiento en la puerta de su casa de Enrique Rusconi, en La Plata; también en esa misma ciudad son asesinados el 14 de mayo de 1975, Ana María Cameira, Carlos Polari, David Lesser y Herminia Ruiz, y el 23 de mayo, Guillermo Gerini. El 17 de junio fue secuestrada y asesinada, en Lanús, Patricia Inés Tosi, y el 20 de marzo fue muerto en Mendoza, Mario Susso. Cf. Jacinto Roldán, *Así luchamos contra el golpe*, Ediciones Nueva Hora, Buenos Aires, s.f.

126. El 6 de setiembre, Montoneros anunció su paso a la clandestinidad y retornó a la lucha armada contra el gobierno, y el 7 un grupo de extrema derecha hizo estallar una bomba en la casa del rector normalizador de la Universidad de Buenos Aires, Raúl Laguzzi, que mata a su hijito de cuatro meses. El 10 de setiembre era muerto en Córdoba, por la triple A, el abogado Alfredo Curutchet, y el 16, el ex vicegobernador y secretario de la CGT de Córdoba, Atilio López, y su contador Juan J. Varas. El 19 de setiembre, los hermanos Juan y Jorge Born son secuestrados por Montoneros, y el 20, la triple A mata a Julio Troxler, quien había sido subjefe de la Bonaerense con el gobernador Bidegain, habiendo participado en el levantamiento del general Valle en 1956 y luego junto a Envar el Kadre en la guerrilla de Taco Ralo, Tucumán. El 23 de setiembre son muertos el coronel Jorge O. Grassi y el teniente Luis R. Brzic, y el 27 es secuestrado y asesinado, junto a su yerno, Silvio Frondizi, ex profesor de la UBA e intelectual de reconocida militancia en la izquierda.

de Allende, general Carlos Prats y su esposa, por esbirros del dictador chileno, Augusto Pinochet.

Isabel Perón continuó la política de nacionalizaciones propia del peronismo, aunque ya muy atemperada en comparación con la de tres décadas atrás. El 1° de octubre se expropia la editorial Codex, que según el ministro López Rega "será un centro de nacionalidad" y, en la concentración del 17 de octubre, Isabel Perón junto a la convocatoria a la Gran Paritaria Nacional anuncia la "argentinización" de las empresas Standard Electric, Siemens y Compañía Italo Argentina de Electricidad.

El 21 de octubre, denegada la ratificación de los acuerdos firmados en mayo en Moscú, renuncia Gelbard, siendo sustituido por el hasta entonces presidente del Banco Central, Alfredo Gómez Morales, quien formula una política de sesgo liberal, de contención de la inflación para sobrellevar la crisis económica.

Con el inicio de 1975 ya es evidente el fracaso de la política de Gómez Morales para revertir la crisis y, al tiempo que la dirección de la CGT encabezada por Casildo Herreras condena la política oficial de precios, se agudiza la contradicción entre el ministro López Rega (quien agrega a sus funciones la secretaría privada de la presidencia) y el líder de las 62 Organizaciones, Lorenzo Miguel, contradicción sobre la que también operan los sectores prosocialimperialistas. Entretanto, en Estados Unidos el escándalo de Watergate había motivado el reemplazo, el 8 de agosto de 1974, de Richard Nixon por Gerald Ford, bajo cuya presidencia tendrá lugar la caída de Saigón, el 30 de abril de 1975, con la que culmina el proceso de liberación de Vietnam, Camboya y Lao, tras 35 años de guerra en Indochina, primero contra los imperialistas japoneses, luego contra los franceses y finalmente contra los norteamericanos.

Tras la renuncia de Gómez Morales, el 2 de junio de 1975 asumió el ministerio de Economía Celestino Rodrigo, anunciando un paquete de medidas de ajuste: el posteriormente llamado "Rodrigazo". Las medidas consistieron básicamente en una devaluación del peso en un 50%, un aumento de la nafta de casi el

200% y aumentos superiores al 100% en casi todas las tarifas, mientras se aumentaba el salario mínimo en un 65%. La negativa del gobierno a homologar las paritarias fue el motivo para que la dirección de la CGT realizara una concentración en Plaza de Mayo el 27 de junio y un paro general los días 7 y 8 de julio. Este último día el Senado eligió como su presidente provisional a Italo Argentino Luder y aprobó un proyecto de ley de acefalía diferente al que le había sido enviado por el Poder Ejecutivo. Días después ese proyecto también es aprobado por Diputados, renunciando Lastiri a su presidencia el 24 de julio. Entretanto, el gobierno había concedido la homologación de las paritarias, el 18 había renunciado Celestino Rodrigo y, esa misma noche, había emigrado del país José López Rega, en supuesta misión oficial. A principios de agosto, mientras se realiza en Europa la "cumbre de Helsinki", a la que asisten Gerald Ford y Leonid Brezhnev (expresión de la política de distensión entre Estados Unidos y Rusia), Isabel Perón intenta reorganizar su gobierno en acuerdo con las 62 Organizaciones y demás sectores del Partido Peronista que se oponían a López Rega y procurando un apoyo militar a través de Vicente Damasco, coronel en actividad que venía desempeñando funciones en la presidencia ya en vida de Perón, siendo el general Alberto Numa Laplane comandante general del Ejército.

Así, en el nuevo gabinete reorganizado el 11 de agosto encuentran su expresión las 62 Organizaciones sindicales (Carlos F. Ruckauf, Trabajo; Antonio Cafiero, Economía) y demás sectores del Partido Peronista (Angel F. Robledo, Relaciones Exteriores; Jorge Garrido, Defensa; Pedro J. Arrighi, Educación; Ernesto Corvalán Nanclares, Justicia; Carlos Emery, Bienestar Social). Pero la designación como ministro del Interior del coronel Damasco, será resistida por los altos mandos de las Fuerzas Armadas, particularmente por el sector lanussista, forzando su pase a retiro y la renuncia del general Numa Laplane, quien fue reemplazado el 28 de agosto por el general Rafael Videla. Las presiones aumentaron

sobre Isabel Perón[127], por lo que ésta resolvió tomarse "un mes de descanso", delegando el mando el 13 de setiembre en el presidente provisional del Senado, Italo Luder, quien aceptó las renuncias del coronel Damasco y de Garrido, reemplazándolos por Angel Federico Robledo y Tomás S. Vottero, respectivamente. Para el cargo de canciller que ocupaba Robledo, Luder designó el 2 de octubre a Manuel Aráuz Castex.

Con el desplazamiento de Gelbard, en octubre de 1974, había comenzado la cuenta regresiva de un nuevo golpe de Estado. Los sectores hegemónicos en las clases dominantes necesitaban acabar con el auge de luchas de masas abierto en 1969. Y al no poder subordinar al peronismo, particularmente a Isabel Perón, las fuerzas prosocialimperialistas pasaron a ser las más activas fuerzas golpistas. Trabajaron primero para un "golpe institucional" con Luder, quien ejerció la presidencia durante la licencia "por razones de salud" de Isabel Perón, entre el 13 de setiembre y el 17 de octubre de 1975. Fue Luder quien decretó la entrada en operaciones del Ejército en Tucumán para "aniquilar la subversión". Se intensificó el accionar terrorista, con atentados abiertamente provocativos[128].

127. También había recrudecido la escalada de violencia. Ya el 20 y 21 de agosto se habían producido en Córdoba los enfrentamientos entre las fuerzas de seguridad y la guerrilla con varios muertos de ambos lados, entre ellos el líder montonero Marcos Osatinsky, y el 28 de agosto un atentado en Tucumán contra un avión Hércules C-130, en el que viajaba personal de gendarmería, había dejado un saldo de 4 muertos y muchos heridos. En los primeros días de setiembre siguieron apareciendo personas acribilladas a balazos, y el 12 un operativo conjunto de la policía y el Ejército abate en Florencio Varela un reducto de secuestradores, en el que mueren tres de ellos y el empresario secuestrado.

128. El 5 de octubre se produjo el asalto a un cuartel en Formosa, con el saldo de 15 muertos por el lado de los atacantes y 11 de las fuerzas militares, entre ellos varios soldados que se habrían encontrado descansando, sin posibilidad de defenderse. Como parte del operativo fue secuestrado un avión de Aerolíneas Argentinas. El 26 de octubre, en San Isidro, eran muertos por un comando cinco policías. El 29 de octubre era asesinado en Córdoba Alberto S. Salas, gerente de Fiat Concord, y el 3 de noviembre, en San Juan, el diputado nacional Pablo R. Rojas. Hacia fines de noviembre, las Fuerzas Armadas extendieron su accionar a prácticamente todo el país, comenzaron los procedimientos de "rastrillaje" en Rosario y también en el Gran Buenos Aires y la propia Capital Federal.

El socialimperialismo ruso había sufrido golpes duros a manos de sectores oligárquicos que respondían a imperialismos rivales, estimulados en particular por el imperialismo norteamericano, en Chile, Bolivia, Uruguay y Brasil. Corría el riesgo de perder su principal punto de penetración en el Cono Sur de América: Argentina. Como todo imperialismo joven y relativamente inferior en fuerzas a los imperialismos rivales que quiere desalojar, demostraba un apetito insaciable. Pero tropezaba con una fuerza burguesa de carácter nacional, el peronismo, que quería aprovechar el control del gobierno, y el apoyo de las masas, para desalojarlo de sus posiciones. Esta fuerza burguesa le disputaba la alianza con monopolios europeos e incluso estadounidenses y con la burguesía nacional de otros países latinoamericanos; y amenazaba con expropiarle empresas en su poder, o asociadas a él, como Aluar y Papel Prensa.

Tropezaba también con el peligro de un proletariado y un pueblo combativos, con fuerte conciencia antiimperialista, que avanzaban en su clarificación y organización y escapaban al control de los jerarcas sindicales prosocialimperialistas.

El gobierno peronista no controlaba las palancas claves del Estado. Era un gobierno de burguesía nacional débil y heterogéneo con una política internacional tercermundista. Los principales golpistas como Videla (Comandante en Jefe del Ejército), Viola (Jefe de Estado Mayor), Harguindeguy (Jefe de la Policía Federal), Calabró (gobernador de la provincia de Buenos Aires), usaban sus puestos en el gobierno y el Estado para impulsar el aislamiento de Isabel Perón y promover el golpe. La presencia en el gobierno de sectores de derecha, como el que expresaba López Rega, junto a la actividad golpista de una gran parte de los dirigentes políticos y sindicales, facilitaron el aislamiento de la clase obrera y la división del movimiento popular.

Para enfrentar esto, junto a medidas de carácter nacional como la "argentinización" de la ITT y las bocas de expendio de Shell y Esso, y junto a concesiones al movimiento obrero y popular como paritarias, Ley de Contrato de Trabajo, créditos preferenciales al

campesinado pobre y medio, etc., el gobierno de Isabel Perón, por su propio carácter de clase, se apoyó en sectores reaccionarios –particularmente en el ámbito educativo y universitario– y acordando medidas represivas (estimuladas por los golpistas) contra la clase obrera y el pueblo, lo que contribuyó a su aislamiento y desprestigio.

Sin embargo, la resistencia de una parte del peronismo, en especial de Isabel Perón, superó las previsiones de los estrategas del socialimperialismo[129].

Pero, sobre todo, se vieron sorprendidos por la resistencia del partido marxista-leninista del proletariado, el PCR, al que ellos habían dado por muerto hacía mucho. **Pugnando por unir a todas las fuerzas patrióticas y democráticas para enfrentar el golpe de Estado, el PCR, luchando por las libertades democráticas y demás reivindicaciones obreras y populares, propuso la conformación de un gobierno de frente único antigolpista, una plataforma de emergen-**

129. Por ejemplo, no lograron sumar al golpe institucional a las 62 Organizaciones dirigidas por Lorenzo Miguel, quien tras el logro de la homologación de las paritarias y el desplazamiento de López Rega, en julio de 1975, aprobó el nuevo gabinete de Isabel Perón y se enfrentó al gobernador bonaerense Victorio Calabró. Este realizó un acto en La Plata el 12 de noviembre, en el que fustigó duramente el verticalismo justicialista (no han logrado romper el PJ, y solo han podido escindir un grupo de diputados nacionales). Tras el fallido golpe "nacionalista" del brigadier Capellini, del 18 al 22 de diciembre, las 62 Organizaciones pidieron la intervención federal a la provincia de Buenos Aires mientras se tramitaba un proyecto de juicio político a la presidente en la Cámara de Diputados, apoyado principalmente por los federalistas y los radicales, que será finalmente rechazado por la mayoría el 26 de febrero. Todos los sectores proimperialistas pasaron entonces a trabajar para el golpe abierto. Entretanto, Lorenzo Miguel y las 62 Organizaciones habían sido nuevamente neutralizados, "tomando distancia" del gobierno de Isabel Perón, al excluir ésta de su gabinete a Antonio Cafiero y Carlos Ruckauf (de éste, con el devenir del tiempo se sabrá –como parte de la disputa interimperialista posterior al Argentinazo, cuando asumió como canciller del gobierno de Duhalde–, que como ministro de Trabajo de entonces, junto a José Rodríguez –el dirigente del SMATA que sucedió al asesinado Dirk Kloosterman el 23 de mayo de 1973, en vísperas de la asunción de Cámpora al gobierno–, habían entregado a los directivos alemanes de Mercedes Benz una lista de los delegados y activistas a ser despedidos, la mayoría de los cuales pasaron luego del golpe del 24 de marzo de 1976 a ser parte de los 30 mil detenidos desaparecidos).

cia, y sostuvo la consigna de armar al pueblo para enfrentar y derrotar el golpe.

Desde la posición antigolpista, el PCR realizó un intenso trabajo para que el proletariado se colocara en el centro de la lucha contra el golpe, evitando la falsa opción de luchar por sus reivindicaciones y ser usados por los golpistas o no luchar y defender incondicionalmente a un gobierno cuya política no lo satisfacía plenamente.

A fines de 1975, los sectores no subordinados a los rusos, conscientes de no tener la hegemonía del movimiento golpista que estaba en curso, adelantaron su jugada el 18 de diciembre con el intento golpista del brigadier Capellini. El PCR jugó un papel importante promoviendo la unidad contra el golpe y aprovechando la contradicción entre el sector de Capellini y el de Videla para movilizar a las masas y batir al sector golpista que había sacado la cabeza. Lo más importante de esos acontecimientos estuvo dado por el paro general del 22 de diciembre, que paralizó por una hora a todo el país. Paro en el que tuvieron un papel destacadísimo los cuerpos de delegados que llegaron, en algunos casos, a parar las fábricas por encima de la dirección de muchos sindicatos que vacilaron por las posiciones hegemónicas en las direcciones de muchos de ellos.

Desde 1969 se había desarrollado fuertemente una corriente obrera clasista. La contradicción golpe–antigolpe dividió también aguas dentro de esa corriente. Durante la lucha antigolpista, los cuerpos de delegados y las comisiones internas y congresos de delegados jugaron un rol decisivo en la movilización del proletariado. El clasismo revolucionario pugnó por colocar a la clase obrera en el centro de un frente antigolpista para defender y avanzar en sus conquistas. Las asambleas del Smata de Córdoba, los congresos de la UOM y de Fatre, asambleas y ocupación del Swift de Berisso, Astilleros Río Santiago, Propulsora, FATE, etc., son ejemplos de esto. Al igual que los paros y tomas de fábrica el mismo día del golpe, como en Santa Isabel en Córdoba, ferroviarios de Rosario, rurales de Igarzábal, provincia de Buenos Aires,

y en varias otras empresas y gremios. En cambio, otros sectores clasistas fueron instrumentados por los golpistas, en especial por las fuerzas prosocialimperialistas llevándolos a poner el blanco en el gobierno peronista.

La lucha antigolpista del PCR le costó caro al socialimperialismo porque, debido a ella, fue desenmascarado ante grandes sectores populares y sus planes se dificultaron grandemente. Esto se unió a una activa y amplia denuncia del carácter del socialimperialismo ruso, y a la denuncia en concreto de su penetración en la Argentina. Este es un mérito histórico del PCR que forjó, en esa lucha, lazos de sangre con los peronistas y otros sectores patrióticos.

Por todo lo anterior, se habían complicado los planes de los golpistas prorrusos tanto como los de sus rivales proestadounidenses. Pero el socialimperialismo, haciendo concesiones, pudo aliarse para el golpe con empresas estadounidenses del sector conciliador con la URSS, con las que ya se había asociado en negocios como la exportación a Cuba de automotores; o con empresas estadounidenses asociadas en negocios con sus testaferros desde mucho tiempo atrás, o interesadas en recuperar bienes expropiados por el gobierno peronista (ITT, Standard Oil, etc.) o con fuerzas estadounidenses interesadas en impedir un foco tercermundista en América del Sur[130]. Los prosocialimperialistas

130. Recordemos que ese era el peor momento del imperialismo norteamericano en su disputa con la Unión Soviética: acababa de ser derrotado en Vietnam, India –aliada de la URSS– había hecho detonar su primer artefacto nuclear en mayo de 1974, y en setiembre de ese mismo año los sectores prosocialimperialistas de las fuerzas armadas de Etiopía habían derrocado al emperador Haile Selassie e impuesto al dictador Mengistu. El sector republicano que expresaba Gerald Ford en el gobierno de Estados Unidos llevó entonces a su punto culminante la política de detente elaborada por el secretario de Estado Henry Kissinger (cumbre de Helsinki), con la que se pretendía un entendimiento con la Unión Soviética resignando posiciones, para imponer juntos la reacción en todo el mundo, a semejanza de la que había logrado el príncipe Metternich, de Austria, con el Congreso de Viena de 1814, cuando tras la derrota de la Francia de Napoleón reunió los líderes de la cuádruple Alianza que se había formado contra ella: Rusia, Prusia (Alemania), Gran Bretaña y la propia Austria. El interés común de terminar con cualquier perspectiva revolucionaria en la Argentina y los cuestionamientos que

promovieron un amplio frente golpista, aunque luego, en una segunda vuelta, debieran enfrentarse para dirimir la hegemonía en el poder.

Pudieron además atraer a la mayoría de la clase terrateniente, en la que existía una fuerte corriente asociada desde hacía mucho al socialimperialismo, y donde había creciente disgusto por la política reformista del peronismo, temor por el crecimiento de la organización del proletariado rural (que había impuesto en muchos lugares la jornada de ocho horas, la organización por estancias y otras conquistas), y por las concesiones al campesinado pobre de algunas regiones. Tanto los terratenientes como un gran sector de la burguesía estaban ansiosos de "orden", aterrorizados por los "soviets" de fábrica, y por el auge del terrorismo de derecha y de "izquierda"; y estaban ilusionados en el comercio con la URSS, que había sido el principal cliente de nuestras exportaciones en 1975. También existía una poderosa corriente golpista en el campesinado medio y en la pequeñoburguesía urbana, corriente que crecía por la impotencia de la política reformista del peronismo para aliar a esos sectores contra el golpe.

Volcada así la correlación de fuerzas, era seguro que los monopolios europeos, la Iglesia y otros sectores apoyarían también, en última instancia, el golpe de Estado; y que el sector "duro" de los estadounidenses se cuidaría mucho de ir a un enfrentamiento en el que podía perder para siempre sus posiciones en la Argentina y encender un conflicto imprevisible en América del Sur.

Así se pudo imponer el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976.

Volvía a demostrarse que el proyecto de la burguesía peronista de "reconstruir primero el país en paz" para luego liberarnos, es

recibía la política de distensión en vista a las elecciones en Estados Unidos (con la bandera de los derechos humanos retomada por los demócratas de Jimmy Carter para confrontar con la URSS), haría que el propio Kissinger apurara a la dictadura encabezada por el grupo videlista a tener un "éxito rápido" en la represión, en una entrevista con su canciller, el almirante César Guzzetti, el 7 de octubre de 1976,como se hizo público recientemente por la desclasificación de un documento secreto del Departamento de Estado norteamericano.

equivocado e irrealizable. Que es preciso liberarnos primero de los terratenientes e imperialistas para poder luego reconstruir el país en beneficio de las masas populares. Una vez más fracasó el camino reformista de lucha contra el imperialismo y los terratenientes.

Bajo el signo gelbardista

En las nuevas condiciones que se abrieron en el país a partir de 1969, con un poderoso resurgir de la lucha antidictatorial y antiimperialista en el movimiento obrero y vastas capas populares y la resistencia de sectores cada vez más amplios de la burguesía nacional, en un trasfondo de creciente injerencia de las potencias rivales de los Estados Unidos, particularmente de la otra superpotencia imperialista, la Unión Soviética, se produjo el retorno al país del teniente general Perón y la vuelta al gobierno del peronismo. La política económica que se aplicará a partir de entonces, 25 de mayo de 1973, es la definida a través de la llamada "Acta de Compromiso Nacional", o más comúnmente "Pacto Social". En torno al mismo, basado en el acuerdo entre las direcciones de la Confederación General Económica y la Confederación General del Trabajo, se implementarán una serie de leyes específicas y el llamado "Plan Trienal", definido como "Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional".

El "Acta de Compromiso Nacional" enunció como objetivo central de la política de gobierno la **justicia social**, planteada como una necesidad de reparación tanto en el aspecto económico como político y social. Los alcances de este objetivo eran cuestionables desde una posición de defensa de los intereses de la clase obrera, tanto por su contenido como por sus implicancias inmediatas. Por su contenido, porque se basaba en un criterio burgués de justicia: una "mejor" distribución del ingreso, sin cuestionar la explotación y opresión del sistema oligárquico-imperialista. **Para el proletariado no puede haber justicia social mientras haya explotación y opresión**. En cuanto a sus implicancias

inmediatas, significaba seguir aceptando la postergación de necesidades fundamentales: se planteaba un criterio de "equidad" que significaba el 50 % del ingreso nacional para la abrumadora mayoría (los asalariados) y un 50% para una minoría. Esto era menos que en países que no se caracterizan precisamente por su "justicia" como España (donde el 56 % del ingreso era para los asalariados y el 44 % para los capitalistas y terratenientes), para no hablar ya de ciertos países "desarrollados" donde la "justicia" burguesa ya había llegado a reconocer a los asalariados hasta más de un 70 % del ingreso nacional (sin desconocer que en esos países también existe una marcada disparidad entre los salarios de los obreros rasos y los empleados de "cuello blanco").

Pero ni siquiera esto era una realidad inmediata, sino que al igual que los objetivos de Reconstrucción y Liberación Nacional, se lograría en un proceso de cuatro años y a través del llamado "pacto social", que sería el instrumento liberador por excelencia.

La vigencia de ese "pacto social" significaba en los hechos el mantenimiento de los salarios congelados, con el mismo pretexto que utilizan los gobiernos oligárquicos: que son los aumentos de salarios los que provocan la inflación. A1 contrario de lo que sucediera durante el primer gobierno peronista y de las expectativas que tenían las mayorías populares, el nuevo gobierno peronista optó por "contener la inflación" aduciendo que esa es la condición previa para que "en el futuro" se pueda lograr la ansiada redistribución de ingresos a favor de los asalariados. Esto último no dejaba de ser una formulación demagógica pues, en concreto, el "Acta de Compromiso Nacional" establecía que tanto los salarios como las jubilaciones y pensiones serían reajustados de acuerdo con el crecimiento operado en la productividad. En la práctica ni siquiera esto se implementó, pues los "reajustes" de salarios operados lo fueron en magnitudes similares a los aumentos de precios, y una vez que dichos aumentos habían ocurrido. Entonces podemos decir que, si bien existía una diferencia básica entre este plan y el de la dictadura de Onganía, en cuanto a quiénes serían los principales beneficiarios (en la época de Onganía lo habían sido funda-

mentalmente los monopolios del imperialismo estadounidense y con Gelbard lo serían sectores de gran burguesía intermediaria de otros imperialismos, en particular del socialimperialismo ruso), también a ese plan terminaban pagándolo los trabajadores.

Esto era así porque toda política que pretenda contener la inflación sin atacar a fondo las bases del atraso y la dependencia de nuestra economía (el latifundio y el imperialismo), no puede asentarse sino en la superexplotación obrera y en la expropiación de las grandes masas trabajadoras. Y en esto es donde fallaba fundamentalmente el nuevo gobierno, pues su política no resolvía los problemas de fondo de nuestra economía. En estas condiciones, su postulación de favorecer a la burguesía nacional se limitaba al manejo de algunos resortes de política económica (nacionalización de los depósitos bancarios, control del comercio exterior y de las divisas, etc.) que le permitían canalizar a su favor, parcialmente, los frutos del mantenimiento de las condiciones de superexplotación obrera y de opresión campesina y popular. Pero esto ni siquiera podía asegurar un desarrollo sostenido al conjunto de la burguesía nacional, pues los terratenientes, los monopolios imperialistas y la burguesía intermediaria continuaban detentando palancas fundamentales de la economía nacional.

La bandera de la "justicia social", como la de la "liberación nacional", se planteaban subordinadas a una supuestamente previa "reconstrucción nacional". Se decía que, para repartir, primero había que trabajar, y que no se podía liberar algo destruido. Pero acá precisamente estaba el contrabando de clase, porque parece que para el gobierno lo único que estaba destruido era la gran burguesía nacional, cuya "reconstrucción" se confunde con la del país. Entonces se plantean ciertas preguntas fundamentales: ¿Qué es lo que se iba a reconstruir?; y ¿para quién? Se pedían sacrificios y varios años de trabajo duro, mientras se mantenían las bases del atraso y la dependencia que condenan a la mayoría a la superexplotación y a la opresión. Se puede decir que también se pedía "sacrificios" a los terratenientes y al propio imperialismo; pero estos seguían conservando lo que tenían, e incluso se les ase-

guraba su preservación si es que "cumplían" con el pacto social o el pacto agrario, derivación de aquél para el campo. Entonces, ¿de qué "liberación" se trataba?

En definitiva, por el momento ni siquiera se verificaría la mezquina justicia social, y menos la liberación nacional. Todo en aras de una reconstrucción "nacional" que, en tales condiciones, no favorecía ni a la clase obrera, ni al campesinado, ni al pueblo en general.

Esta perspectiva, que no cuestionaba de fondo a los responsables de la "destrucción" de la economía del país, campeaba en todas las leyes que dictó el nuevo gobierno peronista. También en proyectos discutidos como el de la Ley Agraria. Incluso medidas altamente positivas desde el punto de vista nacional como el traspaso a YPF de la comercialización de los derivados del petróleo, se vieron limitadas por el mantenimiento de privilegios anteriores como ocurría con la destilación del petróleo y, fundamentalmente, con las áreas otorgadas generosamente por la dictadura de Onganía, que los monopolios siguieron manteniendo sin explotar mientras seguía faltando el petróleo.

En todas las leyes dictadas por el nuevo gobierno peronista, en términos generales, se aceptaban las concesiones preexistentes, aun cuando habían sido hechas por gobiernos antinacionales, y de fondo la estructura preexistente, reglándose solamente para el futuro. ¡Como si la persistencia del latifundio y la opresión imperialista fueran cosas que no iban a afectar el futuro, y lo que se hubiera hecho antes para beneficiarlos fuera "justo"! Por otra parte, las nuevas leyes, y el propio Plan Trienal, solo se dirigían a cuestionar algunos efectos de la estructura de atraso y dependencia, y a beneficiar a ciertos sectores de burguesía intermediaria, en particular al grupo de testaferros del socialimperialismo ruso, que encabezaban Gelbard y Broner, y a los sectores de gran burguesía y terratenientes asociados a ese sector.

Al objetivo de justicia social, el "Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional" agregaba los siguientes: expansión de la actividad económica, alto nivel de vida, unidad

nacional, democratización real, reconstrucción del Estado; independencia económica e integración latinoamericana. Todos muy loables, aunque merecen el cuestionamiento de su contenido desde el punto de vista del proletariado, como ya lo hiciéramos con el de la mentada justicia social. Esto es muy claro también respecto del objetivo de la "reconstrucción del Estado": el contenido oligárquico imperialista del mismo entraba en contradicción con la posibilidad de que fuera conducido efectivamente "por las mayorías populares"; porque no podemos olvidar que el Estado es instrumento de dominación de clases, y no algo "neutral" como suponía el plan. Otro tanto ocurría con la pregonada "unidad nacional" o la "democratización real", cuyos alcances quedaban subordinados a la aceptación de la hegemonía gelbardiana.

Pero, además del cuestionamiento que merecían los objetivos en sí mismos, muchos de ellos eran incongruentes entre sí, en el propio marco en que se pretendía desarrollar el plan. Por ejemplo, era imposible lograr "una fuerte expansión de la actividad económica" satisfaciendo a la vez "una alta calidad de vida" o "la plena vigencia de la justicia social", si se partía de conservar la estructura que determina el atraso y la dependencia. En estas condiciones solo se podía lograr algún crecimiento de la producción a costa de mantener la superexplotación obrera y la opresión del campesinado y demás sectores populares. ¡Así volvían a quedar relegados los "objetivos populares"!

Sin atacar a fondo los intereses imperialistas y latifundistas no se podía lograr una expansión sostenida, pues seguía trabada la economía en su conjunto, subsistiendo los problemas básicos de la inversión y la acumulación del capital. El "éxito" en cuanto a expansión económica, entonces, aun resignando justas aspiraciones populares, tenía patas cortas, y la perspectiva era una nueva crisis cíclica que caería otra vez sobre las espaldas de la clase obrera, el campesinado pobre y medio y el pueblo en general. Además, ni siquiera beneficiaba al conjunto de la burguesía nacional, pues el sector de los testaferros rusos y gran burgueses asociados, al no enfrentar directamente a los intereses oligárquicos y a los del

imperialismo norteamericano, buscaba crecer rápidamente también a costa del resto de la burguesía, incluso de los otros sectores de gran burguesía La aplicación concreta de sus tesis definidas como de "redimensionamiento gradual de la economía", en cada área de la producción implicaba un fortalecimiento del sector de burguesía intermediaria ligado al socialimperialismo a costa de otros sectores burgueses (particularmente los nacionales y los intermediarios de capitales europeos), y de la mayor explotación y opresión de la clase obrera y el pueblo, antes que a expensas de los sectores proestadounidenses o del propio imperialismo estadounidense.

La clase obrera y el pueblo argentinos sentían como suyos muchos de los objetivos que planteaba Perón. Pero percibían que sin lucha no se podían conseguir. Que con la conciliación con los terratenientes y los monopolios imperialistas no podía resolverse la situación de miles de desocupados, que no habría tierras ni precios compensatorios para el campesinado pobre y medio, que no habría presupuesto para la educación, vivienda y salud, y que continuaría su superexplotación y la opresión del pueblo y de la patria. La realidad cotidiana mostraba que seguían en pie todos los problemas de las masas obreras y populares causados por el latifundio y el imperialismo: algunos de ellos agravados por la acción nefasta de los imperialistas y los terratenientes y grandes capitalistas a ellos asociados, que seguían disponiendo de palancas fundamentales en la producción y distribución de los bienes y contraatacaban fomentando el caos económico, frente al cual la política económica del gobierno era impotente. Más bien al contrario, pues en muchos casos era ella misma la que generaba dicho caos, particularmente cuando esa política concedía beneficios exorbitantes a ciertos monopolios, como ocurría con algunos convenios con empresas extranjeras y la promoción de las exportaciones "no tradicionales".

Entonces, como ahora, no se podían hacer reformas serias en nuestro país sin atacar a fondo los intereses del imperialismo, particularmente del norteamericano y los terratenientes y

grandes capitalistas a él asociados. Como esto no se hacía, no se podían satisfacer los imperiosos reclamos de los obreros, campesinos, estudiantes y del pueblo en general. En esas condiciones tampoco era posible asegurar un desarrollo sostenido de la economía, y menos hacerlo asegurando cierta autonomía.

El "pacto social", en cuanto implicaba mantener la estructura de relaciones que determinan el latifundio y el imperialismo, base del atraso y la dependencia de nuestro país, era ineficaz para avanzar por un camino de liberación. A la vez, como implicaba mantener la superexplotación obrera y la opresión de los demás sectores populares, sobre los que se asentaba la "reconstrucción" al conciliarse con los enemigos del pueblo y de la patria, era perjudicial para la clase obrera y el pueblo.

Como consecuencia, si bien el latifundio y el imperialismo fueron limitados en su poder y recortados los intereses de los terratenientes y los monopolios estadounidenses en particular, los obreros, los campesinos pobres y medios y el pueblo eran obligados a llevar la mayor carga. Todo en beneficio de algunos monopolios, incluso imperialistas, como ocurrió con la industria automotriz, y de un grupo de grandes burgueses intermediarios, el grupo Gelbard-Broner en particular. De allí que la Reconstrucción Nacional tuviera beneficiarios muy limitados, aunque adujeran la representación de "toda la Nación", y la Liberación Nacional se identificaba con el predominio de ese grupo de grandes burgueses intermediarios en el gobierno. Gelbard llegó a decir, cuando todavía era ministro, que con su ascenso al gobierno ya estábamos liberados.

Entretanto el imperialismo estadounidense y sus socios locales, aun cuando veían limitadas sus posibilidades de ganancias extraordinarias, seguían conservando la base de su poder, lo mismo que los otros imperialismos. Y, aprovechándose de la situación de incertidumbre que generaba la política reformista del gobierno, que aquéllos agravaban con su boicot, fueron creando las condiciones que les permitirían recomponerse para contragolpear sangrientamente.

Las leyes del gobierno peronista

El nuevo gobierno peronista lanzó una serie de medidas económicas implementadas a través de leyes, que en su conjunto definían su orientación en materia de política económica. Las mismas no constituían sino la concreción del llamado "pacto social" o Programa CGE-CGT, que en su momento fuera presentado al dictador Lanusse por los jerarcas de ambas organizaciones pero que sería puesto en práctica por el gobierno de Cámpora-Gelbard.

En términos globales, el programa CGE-CGT y las medidas que comentamos no atacaban las bases del atraso y la dependencia, es decir, no atacaban al imperialismo ni al latifundio. Solo se orientaban a paliar algunos de sus efectos más nocivos para la economía nacional, y ni siquiera trataba a éstos en conjunto sino refiriéndose casi exclusivamente a los que afectaban en forma más directa a la gran burguesía, fuera nacional o intermediaria del imperialismo.

Esto se notaba ya desde los considerandos de las distintas leyes que fueron aprobadas por el Congreso Nacional a iniciativa del Poder Ejecutivo. Así, por ejemplo, respecto del problema agrario lo que se señalaba es que hay tierras improductivas y falta de tecnología, pero se omitía señalar la causa de fondo del atraso del campo argentino: el latifundio. Lo mismo sucedía respecto del imperialismo, con las leyes vinculadas a su accionar en el país, que solo se ocupaban de algunos de sus efectos.

Las medidas de control sobre los efectos nocivos que provoca el dominio del capital monopolista imperialista, que establecían las nuevas leyes, se referían fundamentalmente al manejo del crédito y del comercio exterior.

En el primer aspecto, se establecía la **nacionalización de los depósitos**, con lo que el gobierno podría orientar parte del crédito hacia los sectores que le interesaba beneficiar, sin proponerse la expropiación del capital financiero. Es decir que, si bien se afectaban los intereses de este sector, solo se intentaba limitar su poderío, manejando **parte de los fondos prestables** direc-

tamente por el Banco Central y reduciendo sus extraordinarias ganancias; fondos y beneficios que serían canalizados a favor del "empresariado nacional".

En lo que respecta al **comercio exterior** se planteaba el control de las exportaciones de granos y carnes, pudiendo intervenir las juntas respectivas "cuando sea necesario". También se insinuaba un mayor control sobre las divisas que debían cambiar los exportadores y el mantenimiento del precio que se pagaba por cada dólar (no habría devaluaciones). E incluso se formulaba la intención de favorecer a los "exportadores nacionales", aunque sin aclarar si los grandes monopolios, como Bunge y Born, entraban o no dentro de esta categoría. Todo esto estaría dirigido a limitar los beneficios del monopolio exportador de granos y carnes, sin llegar a plantear su expropiación.

Simultáneamente se lanzó una nueva ley de **inversiones extranjeras**, cuyas limitaciones se podían apreciar desde sus propios considerandos. Allí se señalaban los efectos nocivos que las mismas tienen sobre el "capital nacional", provocando su desnacionalización, pero nada se decía de los efectos de las mismas sobre el conjunto de la clase obrera y el pueblo. Tampoco se establecía que ellas están en la base del atraso y la dependencia del país: que son la forma principal de penetración imperialista. De acuerdo con esto, el único problema que habría habido hasta entonces sería la "falta de control". En consecuencia, lo único que se proponía la ley era **corregir** los efectos desnacionalizadores o **los excesos** de fuga de divisas, tratando de que los sectores de la gran burguesía argentina tuvieran una "mayor participación" en dichas inversiones.

La nueva ley de inversiones extranjeras aceptaba, de fondo, la filosofía desarrollista acerca de la necesidad de las mismas y su importancia para "el desarrollo", como ya había planteado la dirección de la CGE en 1955. Y solamente intentaba favorecer la asociación de sectores de gran burguesía, en particular del sector de gran burguesía intermediaria que representaba el gelbardismo, con los monopolios imperialistas; tratando de crear condicio-

nes para poder afirmar su hegemonía. Para ello proponía medidas de "reargentinización" para algunas empresas y, a la vez, medidas de fomento para las empresas mixtas donde predominara el "capital nacional".

Por otro lado, esta ley establecía un límite para la remisión de utilidades de 12,5 % del capital radicado (bastante elevado con relación al fijado por la ley peronista de 1953, que fue del 8 %, y similar a lo que las empresas imperialistas remiten normalmente, al menos en forma declarada) y un impuesto progresivo para las remesas al exterior. Con ello se buscaría "regularizar" y, a la vez, desincentivar dichas remisiones.

Es decir que se pretendía, sin cuestionar la raíz de la dependencia, obtener para esos sectores de la gran burguesía una mayor participación en los rubros que hasta entonces había sido manejado casi con exclusividad por el capital imperialista y, al mismo tiempo, evitar los "desequilibrios" bruscos de divisas que se producen cuando, en condiciones de crisis internas, los monopolios imperialistas remiten "más de lo normal" al exterior. Se definía además al "capital repatriable" y las condiciones de esa repatriación, y se complementaba con la obligación, para los testaferros de empresas imperialistas, de inscribirse en el Registro de Inversiones Extranjeras, con lo que tendía a evitarse el falseamiento sobre el origen del capital de la empresa.

De este modo se expresaba el forcejeo de un sector de la gran burguesía, en particular del sector de gran burguesía intermediaria expresado por el grupo Gelbard-Broner, por reemplazar a otros sectores proimperialistas en ciertas áreas; forcejeo, y no lucha liberadora, por cuanto no aspiraba a eliminar al imperialismo. Su defensa de la soberanía nacional se encontraba limitada por esto. También por el hecho de que importantes sectores de la burguesía se ilusionaban con la "ayuda externa", ahora del socialimperialismo ruso como antes del imperialismo estadounidense. Y esto era aprovechado por quienes, como el grupo que dirigía la CGE, buscaban llevar al país a la dependencia del socialimperialismo ruso, cuestión que se encubría bajo el manto de una su-

puestamente necesaria "ayuda socialista" al proceso de liberación nacional. En resumen, se trataba de un proyecto que, limitando el poder del imperialismo estadounidense, pretendía liderar el proceso de desarrollo industrial interno, pero sin modificar de fondo la estructura dependiente ni el eje de ese desarrollo, basado en la concentración y centralización del capital, aunque ahora orientada a su favor, y en el aumento constante de la explotación de la clase obrera.

De todo lo dicho hasta aquí, en este resumen esquemático de las leyes que hemos tratado de hacer, surge claramente que lo que intentó el gobierno justicialista instalado en 1973 fue avanzar controlando algunos de los mecanismos del sistema, pero sin romper con la matriz latifundista y dependiente que comprime y deforma el desarrollo de las fuerzas productivas en nuestro país. En ese marco y, por lo tanto, sin atender a la resolución de los sectores explotados y oprimidos del campo y de la ciudad, se intentaba beneficiar a los sectores que hegemonizaban el Frejuli, tratando de canalizar en su beneficio parte de la renta de los terratenientes y de las superganancias de ciertos sectores del capital monopolista imperialista.

Para lograr los recursos, tratando de asegurar la rentabilidad del capital, necesariamente aumentaba el desnivel de precios y salarios, en perjuicio creciente de los trabajadores. Y tampoco se modificaban las condiciones de explotación y opresión de los obreros rurales y campesinos pobres y medios, pues se buscaba obtener productos agrarios baratos sin arbitrar medidas efectivas para su acceso a más y mejores tierras ni a las condiciones modernas de producción.

Es que sin romper con las bases del atraso y la dependencia, no se puede dar satisfacción a ninguna de las aspiraciones de las grandes masas explotadas y oprimidas del campo y de la ciudad. Incluso, tampoco la burguesía media argentina puede esperar expandirse en dicho marco: sus "ilusiones" de un capitalismo autónomo, con la "colaboración" de los imperialistas y los terratenientes, se evaporarían rápidamente frente a la dura realidad. Estos

sectores, por ser quienes disponen del control de lo fundamental de la tierra y de los medios de producción, seguían siendo quienes realmente "cortan el bacalao".

Las nuevas leyes agrarias

Dentro del "paquete" de leyes económicas sancionadas por el nuevo gobierno peronista hubo cuatro que definían su actitud frente al problema agrario. Estas eran: 1) la que establecía el régimen del impuesto a la renta normal potencial a las tierras aptas para la explotación agropecuaria; 2) la que regía el uso de las tierras aptas para la explotación agropecuaria; 3) la que disponía la suspensión de los desalojos hasta el 31 de diciembre de 1974; y 4) la de fomento agrario.

Frente al problema que plantea el predominio del latifundio en el campo argentino (ver Anexos) pueden plantearse dos "soluciones" que (esquemáticamente, y dejando de lado las que reclaman en beneficio propio los grandes dueños de la tierra) corresponden a proyectos de clases distintas. Una, que se inscribe en el proyecto de reformas de la gran burguesía, que propone forzar a los terratenientes a producir más u obligarlos a arrendar las partes "improductivas" de sus tierras, sin cuestionar el latifundio. Es decir que propone impulsar el avance del capitalismo en el campo manteniendo el latifundio. Otra, que expresa a los sectores explotados y oprimidos de la sociedad, particularmente al proletariado revolucionario, que plantea la necesidad de la expropiación de los terratenientes latifundistas y la entrega de la tierra en propiedad a los campesinos, aborígenes y obreros rurales, promoviendo formas más avanzadas de producción; es decir que plantea la eliminación de la propiedad terrateniente, que es la principal traba al avance del campo, que deforma su desarrollo y condena a la explotación y a la opresión a las amplias masas rurales.

Las cuatro leyes mencionadas se inscribían claramente en la primera postura. Así, la ley del impuesto a la renta potencial se planteaba como alternativa a la expropiación del latifundio, con-

siderando su única falencia la de no cumplir "su función social". Esta ley, como las otras, no iba al fondo del problema sino que solamente trataba de paliar sus efectos, proponiéndose lograr a través del impuesto tres objetivos: 1) un uso mejor de la tierra (hacer que, por el pago del impuesto, el terrateniente se viera forzado a explotarla mejor o a arrendarla); 2) que el "sector agrario" aportara al fisco de acuerdo a su capacidad; y 3) que sirviera como un instrumento para modificar la distribución del ingreso, para paliar los efectos regresivos que el latifundio provoca sobre la misma.

En cuanto a la ley "que regirá el uso de las tierras aptas para la explotación agropecuaria", que declaraba de interés público el "uso racional de la tierra", se orientaba a forzar a los terratenientes que tuvieran tierras improductivas, y que no desearan explotarlas por sí mismos, a arrendarlas. El Consejo Agrario Nacional, en tal caso, actuaría reemplazando al propietario, que mantenía sus derechos como tal, cuando no quería a la vez ser capitalista. De este modo tendía a hacer avanzar el capitalismo manteniendo la propiedad terrateniente, en la única forma posible en tales condiciones: impulsando la separación del terrateniente del capitalista agrario. Y en caso de que el terrateniente quisiera vender, por supuesto al precio que él "acordara", el Consejo Agrario proveería los fondos necesarios.

En el mismo sentido se orientaban los proyectos de leyes de suspensión de desalojos y de fomento agrario, los que, aunque aparentemente dirigidos a beneficiar al campesinado, de ninguna manera atendían a su problema de fondo, sino a ofrecer algunos paliativos que en ciertos aspectos suponían una burla para los sectores explotados y oprimidos del campo.

La ley de suspensión de los desalojos era extremadamente limitada pues, aparte de su corta vigencia (hasta fines de 1974), no contempla los problemas reales del campesinado. Por ejemplo, en caso de juicio por falta de pago solo era aplicable, y "por una sola vez", si el arrendatario o aparcero depositaba judicialmente todo lo que debía "más un 35 % para el pago de intereses y las

costas del juicio". Y de ninguna manera estipulaba el derecho del ocupante a adquirir la tierra que había trabajado, cuestión que solo sería posible para el caso en que se pusiera de acuerdo con el propietario (al precio que fijara éste, por supuesto).

Según dicha ley, se iban a otorgar tierras a los arrendatarios y aparceros, para lo cual se los obligaba a inscribirse dentro de los noventa días en un registro que al efecto llevaría el Consejo Agrario Nacional. De otra manera no podían acogerse a la suspensión del desalojo. Y como no se decía dónde estaba esa tierra, se supone que es la que poseía el Consejo Agrario en lugares remotos. Es decir, que no le quedaría otra alternativa que agarrar sus bártulos e ir a parar quién sabe a dónde, mientras que el terrateniente recuperaría "su" campo.

En cuanto a la ley de fomento agrario, podemos decir que era un modelo de hipocresía. Pues aunque establecía algunas reglas aplicables a una verdadera reforma agraria, prometiendo créditos y exenciones impositivas, nada decía de cómo conseguirían las tierras los campesinos. Además, las ventajas no serían para cualquiera. Primero, restringía su aplicación a quienes hubieran sido arrendatarios o aparceros durante cinco años seguidos o diez alternados, disminuyendo el tiempo a tres años para el caso de que se tratara de la compra del campo que se ocupaba. Segundo, además de la idoneidad, los campesinos debían acreditar la posesión de "un capital mínimo de explotación necesario para la empresa que se propongan establecer en el predio que adquieran".

Es decir que si uno no tenía capital, para qué hacerse ilusiones. Y ni siquiera, en tal caso, se le aseguraba la entrega de la tierra que había trabajado; ésta solo se podría lograr cuando el terrateniente quisiera venderla y al precio que se le ocurriera. Por supuesto que, en tal caso, habría crédito. Pero entonces, ¿a quién se quería beneficiar?

A parecer, como en el caso de la suspensión de los desalojos, se trataba más bien de una ley para favorecer a los terratenientes antes que a los campesinos. En el primer caso era así ya que, en definitiva, solo proponía hacer menos perjudicial para los cam-

pesinos la reconstitución del latifundio, pues en vez de dejarlos directamente en la calle como había ocurrido con la ley Raggio de Onganía, les prometía tierras que nadie sabía dónde se encontraban. En el segundo caso, el del "fomento agrario", parecía más bien que se quería asegurar a los terratenientes que desearan vender la oportunidad de encontrar, con solo arrendar tres años, un comprador al precio que ellos fijaran, proveyendo el Consejo Agrario los fondos necesarios. En lo fundamental, este "fomento agrario", tal cual estaba concebido y por las exigencias de capital que tenía, solo podía beneficiar a un sector de campesinos ricos arrendatarios, dándoles la posibilidad de convertirse en propietarios.

Poco después de sancionadas estas leyes, el gobierno peronista anunció la firma de un "Acta de compromiso del Estado con los Productores Agropecuarios y Forestales", con el mismo sentido del llamado Pacto Social o "Acta de Compromiso Nacional", que se había firmado a fines de mayo de 1973 entre el Ministerio de Hacienda y Finanzas y las direcciones de la Confederación General Económica y de la Confederación General del Trabajo. El llamado Pacto Agrario fue concertado con diversas entidades, casi todas ellas dirigidas por la oligarquía terrateniente y la burguesía agraria, a las que se les atribuyó la "representación" de las fuerzas del campo, omitiéndose la representación independiente de los campesinos pobres y medios, en particular a las Ligas Agrarias que se habían desarrollado con fuerza particularmente en el Nordeste argentino, con posterioridad al Cordobazo de 1969.

El "acuerdo" era la resultante práctica de la política que planteaba el gobierno peronista, con Gelbard como ministro de Economía. Política de forcejeo con los terratenientes, "comprometiéndolos" a que cumplieran su "función social" en el marco de respeto al latifundio. Así, mientras se lograba la aceptación del impuesto a la renta normal potencial, el gobierno se comprometía a "respetar la propiedad" y a dar "créditos abundantes y a bajo interés". Nada para el campesinado cuyo principal problema es

la carencia de tierra. La única referencia a este problema era la legislación de "fomento agrario", cuyas limitaciones ya vimos.

El pacto fue presentado como una "garantía de estabilidad" y una "solución" al problema agrario. Pero esto era falso. Por un lado, porque no contemplaba los reclamos y necesidades de los sectores explotados y oprimidos del campo, lo que se reflejaba en la exclusión de representantes del campesinado pobre y medio y del proletariado rural. Por otro lado, porque la misma oligarquía, a pesar de las garantías que se le daban, había firmado con "reservas". Incluso organizaciones que representan importantes sectores terratenientes, como el caso de la de Buenos Aires y La Pampa (Carbap) y del Litoral, se negaron a firmar.

En conjunto, la política agraria del nuevo gobierno justicialista no podría solucionar el problema agrario argentino ni satisfacer las aspiraciones más profundas de los sectores explotados y oprimidos del campo. La "solución" de la gran burguesía al problema agrario no era tal, pues conciliaba con la base del atraso, el latifundio, y en tal sentido sería impotente para ofrecer un desarrollo de las fuerzas productivas en el campo. Para el campesinado pobre y medio resultaba cada vez más claro que la burguesía no resolvería ninguno de sus problemas de fondo y que, en tal sentido, con la única ayuda con que podían contar era con la del proletariado.

Respecto del Pacto Agrario, los campesinos percibían que la oligarquía firmaba el "compromiso" porque no se afectaban en demasía sus intereses y que lo hacía "oponiéndose desde adentro" para ganar tiempo y contraatacar. Y también comenzaban a ver que el gobierno "confiaba" en el acuerdo con la oligarquía y los monopolios, que no los enfrentaba en lo decisivo, y por tanto que no podría solucionar los problemas del campesinado pobre y medio ni los de los obreros. Por lo tanto, se retomaba la idea de que solo basándose en su organización y movilización independientes, y uniéndose al conjunto de los sectores explotados y oprimidos del campo y de la ciudad, iban a poder lograr sus reivindicaciones. Nada podían esperar del "pacto agrario" de la burguesía con la oligarquía; su mejor esperanza era el desarrollo

de las Ligas Agrarias y organizaciones independientes que efectivamente se desarrollaron en esos años en regiones como el NEA, el NOA e incluso en la pampa húmeda, como las ligas chancheras y tamberas en el este de Córdoba y centro y sur de Santa Fe, y su lucha junto al proletariado revolucionario.

¿Reformas o revolución?

Contraponiéndoselo a los planes de continuidad del pasado, el Plan Trienal fue presentado como un plan "de cambio". En eso trataba de expresar lo que constituía el sentimiento de la casi totalidad del país: la mayoría aceptaba que no quería un plan de continuidad incluso en los términos en que lo definían sus redactores: no quería un plan que procurara "prolongar en el tiempo los rasgos fundamentales del sistema vigente", no aceptaba "como dato no cuestionable la estructura social y económica que rige"[131].

El problema se planteaba inmediatamente después: ¿por qué **camino** se lograría el "cambio"? En esencia se trataba de **cómo** se cuestiona la estructura y por qué **medios** se puede transformar: el debate era entre reformas o revolución.

Tras explicar lo que implicaría un plan "de continuidad", los redactores del Plan definían lo que sería un plan "de cambio": "si se cuestionan aspectos importantes del modo de funcionamiento de una sociedad". Es decir que el "cuestionamiento" a la estructura se limitaría a su funcionamiento o a sus efectos y no a la estructura misma. Esta concepción reformista informaría todo el Plan y las leyes del nuevo gobierno. El problema era si corrigiendo "aspectos importantes del modo de funcionamiento" era posible avanzar, o si era necesario transformar las bases estructurales del sistema que son, en última instancia, las que determinan su funcionamiento.

Por ejemplo, las medidas que lanzó el gobierno en lo que respecta al problema agrario, si bien señalaban un efecto de la es-

131. *Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional, 1974-1977*, Poder Ejecutivo Nacional, Buenos Aires, diciembre de 1973.

tructura latifundista que es la subutilización de la tierra apta, y un deseo generalizado de mayor producción, lo que se proponían no era eliminar el latifundio sino forzar a los latifundistas a que utilizaran más y mejor la tierra, como señalamos anteriormente.

Otro tanto sucedía con el problema de la dependencia, donde tampoco se cuestionaba la esencia del imperialismo, sino solo algunos de los efectos de la inversión extranjera, como son la "desnacionalización" y los excesos de remesas al exterior.

Es lógico que esto no agradara nada a los terratenientes ni a los monopolios imperialistas, ya que se veían objetivamente afectados. Pero ello no era suficiente para definir como positiva la política de este nuevo gobierno peronista, puesto que no resolvía los problemas de fondo.

La política reformista podía tener en lo inmediato algunos efectos favorables. La mayoría del país acordaba con que se recortaran la renta a los terratenientes y las ganancias extraordinarias a los monopolios imperialistas. Por supuesto que aquí cabría la pregunta de ¿en beneficio de quién? Pero aun suponiendo que se hiciera en beneficio del pueblo trabajador, supuesto que tampoco se daba entonces, ¿es suficiente una política que se limite a tratar de reducir los efectos nocivos del latifundio y el imperialismo?

No. No es suficiente ni asegura un camino de liberación. Ni siquiera asegura la posibilidad de mantener por mucho tiempo "una fuerte expansión de la actividad económica" y menos una "más justa" distribución de la riqueza. Y al dejar en manos de las clases dominantes resortes fundamentales de la economía y del aparato estatal abre paso a la restauración del poder omnímodo de aquéllas –casi siempre al costo de verdaderas sangrías contra el pueblo–, como sucedió en 1930, 1955, 1966 y 1976.

¿Por qué decimos esto? Fundamentalmente porque sigue persistiendo la estructura de atraso y de dependencia que es **la que traba las posibilidades de expansión de la economía** y determina, en última instancia, la distribución de la riqueza y del poder. Proponer una "política distributiva" por fuera de una re-

volución que cambie la estructura económica y las relaciones de poder, eso sí que es una propuesta utópica.

Como los terratenientes y los monopolios imperialistas seguían disponiendo de palancas decisivas en la producción, de ellos seguía dependiendo en gran medida la misma. Y era ingenuo pensar que su reacción ante una política que implicara recortarles sus ganancias extraordinarias sería un aumento de la producción que les permitiera compensar en términos absolutos aquel recorte. Su reacción lógica sería, y los hechos volvieron a demostrarlo, la disminución de la producción y el boicot. Este fue su método preferido para hacer "aflojar" al gobierno e irlo desgastando, lo que les permitía en lo inmediato reducir los efectos desfavorables para ellos de la política reformista y, al mismo tiempo, trabajando sobre la base del "fracaso" de la misma, preparar las condiciones para su restauración plena, como ocurrió con el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. La política reformista era impotente frente a esto, porque les dejaba palancas fundamentales de la producción y por esto mismo tampoco podía resolver los problemas de fondo que tiene el país. Y así nos encontramos con hechos como el desabastecimiento, la escasez y la especulación. Hechos que reflejaban la realidad de una estructura económica que se imponía por sobre las leyes y reglamentos que pretendían "corregir su funcionamiento" sin atacar las causales de fondo. A su vez, como consecuencia de esa misma línea reformista, se intentaba combatir estos problemas golpeando al aliado (pequeño comercio, campesinado) y no al enemigo fundamental, lo que también dividía el campo del pueblo y podía ser utilizado por la reacción oligárquica para sus bastardos objetivos, como también ocurriera con la política de Allende en Chile. La supuesta "ayuda" soviética, con la que se pretendió ilusionar a la burguesía nacional, tampoco ofreció perspectivas, pues bien sabemos lo que implica la "ayuda" del imperialismo (aunque este imperialismo fuera presentado con ropaje socialista y haya sido "**no tradicional**" respecto de nuestro país) y, de fondo, porque no se alterarían las condiciones que determinan el atraso y la dependencia.

Como no se atacó a fondo al latifundio y al imperialismo siguieron persistiendo todos los problemas que afectan a la clase obrera y al pueblo. Siguió en pie la superexplotación obrera, sobre cuyo esfuerzo se asentaba fundamentalmente la "reconstrucción" promovida por Gelbard; los campesinos pobres y medios continuaron oprimidos por la falta de precios compensatorios y créditos, ni qué hablar de su necesidad de tierras y técnicas modernas para poder desarrollarse; no hubo presupuesto para la educación, salud, vivienda, etc., manteniéndose así las dificultades de vastos sectores de la población que dependen de ello; la pequeña y mediana burguesía siguieron acosadas por los monopolios que imponen precios y niegan productos; etc., etc.

Todos estos problemas podían solucionarse en beneficio del conjunto del pueblo si la política se orientaba a hacerle pagar al imperialismo, los terratenientes y la burguesía intermediaria, la destrucción de la economía del país, de la cual ellos son los principales responsables. El sector de gran burguesía intermediaria (expresado por el gelbardismo) que manejaba el gobierno se negaba a hacerlo así. Forcejeaba con los intereses estadounidenses y con los terratenientes más retardatarios, pero dejando intactas las bases de su poder. Y cuando aquellos sectores contragolpeaban, retrocedía haciéndoles concesiones (como ocurrió con el sector terrateniente) y, a la vez pretendía mantener la explotación y opresión de la clase obrera y el pueblo, recurriendo cada vez más a la represión. Así no se podía avanzar por un camino de liberación. Y así, también, el gobierno se iba debilitando frente a los enemigos imperialistas y terratenientes.

Sin afectar los intereses del imperialismo y sin limitar las extraordinarias ganancias de los grandes terratenientes e imperialistas, particularmente los de la comercialización, es imposible solucionar los problemas básicos de las grandes mayorías populares. Así, por ejemplo, es imposible dar un aumento de sueldos que no afecte a la pequeña y mediana empresa; pues ésta, al seguir siendo víctima de la expoliación monopolista y al seguir restringido su mercado por la persistencia del atraso y la dependencia,

solo puede mantener sus ganancias explotando más a los obreros. También es claro que sin golpear a los grandes terratenientes y a los monopolios imperialistas y sus socios nacionales, los mejores precios para el campesinado pobre y medio afectarían a los otros sectores del pueblo. O que un aumento presupuestario para la salud o la educación afectaría también al pueblo, al que se descargaría el déficit fiscal a través de la inflación.

La expropiación de los imperialistas y los terratenientes y grandes capitalistas asociados a ellos es la única manera en que se puede asegurar que los aumentos de sueldos sean reales y no puedan ser revertidos por el desabastecimiento, la escasez y la especulación. Que la clase obrera y demás asalariados logren un mejoramiento efectivo en sus condiciones de vida, sin la zozobra de la desocupación y sin verse forzados a trabajar más horas que el máximo de las ocho horas diarias. Que los campesinos, más que en los mayores precios para sus productos, puedan basar su mejoramiento económico en la mayor producción, que les posibilitaría el acceso a cantidades de tierra suficientes, al crédito barato y a elementos técnicos y químicos para producir más y mejor. Que la pequeña y mediana burguesía, más que en la mayor explotación obrera y el aumento de los precios, pueda basar su sostenimiento y expansión en una ampliación de la producción para un mercado liberado de la traba latifundista e imperialista. Que los pequeños comerciantes, más que en la especulación y el engaño, y el aumento subrepticio de precios, puedan encontrar en un mercado ampliado, con capacidad de compra, y sin la opresión de los monopolios, las condiciones para el mejoramiento de su situación. Que los aumentos de presupuesto necesarios para la educación, salud, vivienda, etc., más que en la inflación, que tiene que pagar todo el pueblo, se basen en recursos genuinos que se generen en la expansión sostenida de la economía que permitiría su liberación del atraso y la dependencia, a través de la destrucción del latifundio y el imperialismo.

Este es el único camino para la liberación del pueblo y de la patria, y se contrapone al camino que plantea la gran burguesía, que no ofrece salidas efectivas. A1 no resolver los problemas más

acuciantes de la clase obrera y del pueblo, por su conciliación con los imperialistas y los terratenientes y grandes capitalistas a ellos asociados, al restringir la democracia para las masas populares, la burguesía nacional se debate en la impotencia. Esta situación se ve agravada por la puja entre los diversos sectores de gran burguesía que pretenden fortalecerse frente a los estadounidenses, no tanto golpeando a éstos sino uno en desmedro del otro, o buscando la subordinación a otras potencias imperialistas. Todo ello permitió que los enemigos fundamentales del pueblo y de la patria pudieran recomponerse, cuestión que la clase obrera y demás sectores populares percibían con creciente inquietud. Pero la respuesta no fue quedarse cruzadas de brazos: las masas pugnaban cada vez con mayor decisión, por avanzar por el camino que habían abierto con el Cordobazo y los cientos de combates posteriores.

El gobierno peronista, lejos ya del empuje nacionalista e industrialista de la primera presidencia de Perón –en un marco mundial signado por la ferocidad de la pugna de las dos superpotencias imperialistas por la hegemonía, y en un país también cambiado (ahora con un fuerte peso del capital extranjero después de Frondizi y Onganía)–, en su impotencia reformista, coartaba la democracia de masas y no enfrentaba revolucionariamente a los golpistas imperialistas. Pero esto de ninguna manera ayudaba al proceso liberador; al contrario, tendía a frenarlo y desviarlo, lo que, en última instancia, solo favorecería a quienes preparaban la restauración oligárquica. Tampoco lo ayudaba la búsqueda de un "amo nuevo", porque eso castra el espíritu de independencia nacional. En efecto, la cuestión central no es la "ayuda externa". El camino pasa por basarse fundamentalmente en la fuerza propia, liberando y desarrollando las enormes potencialidades de la clase obrera y del pueblo, hoy trabadas y oprimidas por las relaciones que determinan el latifundio y el imperialismo, a la que se debe subordinar toda posible ayuda externa.

No es una cuestión de "rapidez" en el proceso lo que estaba y está en debate, sino un camino. Camino que solo se puede transitar con la organización y movilización de las masas luchando sin conce-

siones por sus reivindicaciones y golpeando a los enemigos jurados del pueblo y de la patria. Camino que no se define por el "apresuramiento" sino por su carácter revolucionario, que es lo único que puede llevarnos a la liberación definitiva, y que necesariamente implica la organización armada de las masas para derrotar a los imperialistas y a los terratenientes y grandes capitales asociados a ellos.

Dictadura y resistencia

Las fuerzas reaccionarias que con la hegemonía del sector prosocialimperialista se instalaron en el poder el 24 de marzo de 1976, coincidían en ahogar el proceso de masas abierto en 1969 y terminar con el gobierno peronista, para llevar adelante un plan de hambre y superexplotación de la clase obrera y del pueblo en beneficio de los terratenientes e imperialistas. Esto, en el marco de una agudizada disputa entre distintos sectores de gran burguesía intermediaria, particularmente entre los prorrusos y proestadounidenses.

En estos años, la política de la dictadura videlista fue desligando el comercio exterior argentino de su dependencia de los mercados occidentales y lo fue amarrando a la URSS y a sus países satélites. En 1977, Videla legalizó definitivamente el contrato con Aluar y ratificó los convenios con la URSS firmados por Gelbard en 1974, y que no habían sido ratificados por el gobierno peronista. En 1978 se suscribió un acuerdo para realizar consultas políticas periódicas entre ambas cancillerías. En 1979 se produjo el intercambio de delegaciones militares. En 1980, con el embargo cerealero que aplicó Estados Unidos contra la URSS por su invasión a Afganistán, se produjo un nuevo salto cualitativo en las relaciones argentino-rusas. En ese mismo año se firmó el pacto cerealero, y al año siguiente el pacto de carnes y el pesquero.

En materia financiera, la dictadura estableció la famosa "tablita" de Martínez de Hoz. Desde 1976 los estadounidenses y la banca imperialista internacional, para colocar los abundantes "petrodólares", empujaban a los países dependientes a sobrevaluar sus monedas y ofrecer altas tasas de interés para atraer préstamos. La

"plata dulce" y la "bicicleta financiera" significaron en la Argentina un gran negocio no solo para los banqueros acreedores sino también para los grupos económicos imperialistas, de burguesía intermediaria y terratenientes –principalmente prosocialimperialistas– que eran hegemónicos entonces. Estos "fugaron", desde 1976, decenas de miles de millones de dólares al exterior. La deuda externa se incrementó cinco veces en siete años. Bajo la dictadura de Viola, Domingo Cavallo inició en 1981 la estatización de las deudas externas privadas. No se conoce el destino de los fondos; las negociaciones fueron secretas y sin rendir cuentas, por lo que, en su mayor parte, esta deuda es ilegítima y fraudulenta, como lo estableció posteriormente el juez Jorge Ballestero en el fallo al juicio sobre la deuda externa promovido por Alejandro Olmos.

A su vez, la política global de la dictadura en desmedro del mercado interno, con el cierre de industrias, pauperización del campesinado pobre y medio, ruina de las economías regionales, etc., hizo que la economía argentina dependiera, todavía más que antes, de sus exportaciones de origen agropecuario.

Todo esto hizo que la dependencia hacia la URSS, dada la gravitación de esta superpotencia en el mercado mundial de granos y sus estrechos lazos con grupos monopolistas como Dreyfus, Bunge y Born y otros, fuera tan grande como lo había sido, en la década de 1930, respecto del imperialismo inglés. Este fue uno de los principales saldos de siete años de dictadura.

En el terreno diplomático, la política de la dictadura se caracterizó por crear un detonante potencial para un conflicto bélico con Chile en el Atlántico Sur, al servicio de los objetivos de la URSS que pretendía –al igual que los Estados Unidos– ir completando su dispositivo estratégico global para la tercera guerra mundial y creando focos de conflicto que distrajeran a sus rivales del punto central de disputa: Europa Occidental. La dictadura gastó miles de millones de dólares en armamentos y se montó una infame campaña chauvinista contra Chile, utilizándose el Mundial de fútbol de 1978 para desplegarla a fondo. La dirección del P"C", como lo atestiguan sus documentos oficiales y como consecuencia de

su servilismo hacia los intereses y prioridades estratégicas de la dirección del Partido "Comunista" de la URSS, actuó como quintacolumna del sector violovidelista de la dictadura, defendiéndola en el plano internacional y llamando a la "convergencia cívico-militar" con ese sector, en lo interno[132].

Semejante política hambreadora, entreguista, ultrarreaccionaria y belicista, solo podía ser impuesta por el fascismo y el terror abierto. Nunca, durante el siglo XX, conoció la Argentina una dictadura terrorista como la instaurada en 1976. Decenas de miles de personas, en su mayoría obreros, estudiantes, intelectuales, campesinos, detenidos por sus ideas políticas y sociales, fueron arrojadas a inmundos "chupaderos" y torturadas en forma brutal. **¡30.000 personas fueron "desaparecidas", incluidas decenas de niños!**[133] Miles fueron arrojadas durante años en las cárceles y sometidas a todo tipo de torturas y vejámenes.

Fueron pisoteadas todas las libertades democráticas. Se proscribió a partidos como el PCR y Vanguardia Comunista, y se dispuso la veda de la actividad política y gremial. Se disolvió el Congreso y se cesó en sus cargos a los jueces de la Corte Suprema de la Nación y de los tribunales superiores. Se intervino la CGT y a numerosos sindicatos, se prohibió la actividad de las 62 Or-

132. "El general Videla encarna por el imperio de las circunstancias y por su decisión personal la voluntad de una corriente de las Fuerzas Armadas coincidente con el anhelo popular de poner fin a los crímenes de las siniestras 'triple A'" (*Nuestra Palabra*, órgano oficial del Comité Central del PC, 3/9/75). La revista *Gente* del 7/12/78, registró una cena en homenaje a Videla realizada el 1º de diciembre, en la Confitería El Molino, organizada por la Asociación de ex Legisladores. En el listado de los participantes figuran los dirigentes del PC Rodolfo Ghioldi, Jesús Mira y José Comínguez. Este último, según recogió *Gente*, dirigiéndose a Videla dijo: "Gracias por permitirme estar aquí."

133. Los miembros del PCR detenidos desaparecidos o asesinados durante la dictadura son: César Gody Alvarez, Renée Salamanca, Angel Manfredi, Manuel Guerra, Ana Sosa, Luis Márquez, Rodolfo Willimberg, Miguel Magnarelli, Raúl Molina, Orlando Navarro, Gabriel Porta, Manuel Alvarez, Sofía Cardozo, Daniel Bendersky, Miguel Angel Spinella, Jorge Andreani, Américo Eiza, Hugo Garelik, Juan Telmo Ortiz, Eugenio Cabib, Antonio Satuto, María Cristina Ortiz de Satuto, Enriquito Imhoff y María Eugenia Irazuzta. Ver: Rafael Gigli, *El PCR y la dictadura*, Editorial Agora, Buenos Aires, 2002.

ganizaciones y se suprimieron los fueros sindicales. Se reprimió, hasta liquidarlas, a las Ligas Agrarias y otras organizaciones del campesinado pobre. Se intervino las universidades, se prohibió los centros estudiantiles y se reprimió policialmente la actividad gremial en las universidades y colegios secundarios. Se hicieron "listas negras" de artistas e intelectuales y se implantó la censura.

La amplitud y profundidad del terror fascista permite medir la amplitud y profundidad del movimiento revolucionario que se había desarrollado en la Argentina desde 1969 a 1976. El fascismo violo-videlista es el precio que pagó la clase obrera y el pueblo por su falta de unidad y, principalmente, por no tener un poderoso partido político revolucionario en condiciones de haberle permitido impedir el golpe de Estado de 1976. El PCR era débil. Estaba también el carácter engañoso del socialimperialismo, cuya máscara socialista encubría al que por ese entonces era el imperialismo más agresivo; hubo sectores de la izquierda que trabajaron para el golpe de Estado.

Pero este es solo un aspecto del problema. El principal es que las clases dominantes ya no podían seguir gobernando con los viejos métodos. Debieron recurrir al terror fascista abierto para poder contener a las masas.

Consumado el golpe de Estado, el proletariado dio un paso atrás. Se abrió un prolongado período de reflujo en el movimiento de masas. Sin embargo, poco a poco, fueron surgiendo pequeñas luchas que permitieron acumular experiencias en el combate contra un enemigo desconocido y feroz. En octubre-noviembre de 1976 comenzaron a desarrollarse luchas importantes en el movimiento obrero: Luz y Fuerza, General Motors (Barracas), Mercedes Benz, IKA Renault, Ford, Standard, La Cantábrica, Peugeot, entre otras. Luego, la gran huelga ferroviaria de noviembre de 1977 marcaría un nuevo momento en la resistencia a la dictadura fascista. A su vez, el 30 de abril de 1977 se inició el movimiento de Madres de Plaza de Mayo, que tuvo un destacadísimo papel en la resistencia antidictatorial, evidenciando el rol decisivo de las mujeres en ella y preanunciando el desarrollo que luego tendría el movimiento de

mujeres. Y para fines de 1978, se produjeron las gigantescas manifestaciones por la paz con Chile, en las que participaron grandes masas de jóvenes y mujeres, logrando impedir que la dictadura nos llevase a una guerra fratricida. Con la derrota de la política belicista, se inició la cuenta regresiva del ciclo dictatorial y se abrió un nuevo momento, de avance, en la resistencia de las masas.

Con el paro, histórico, del 27 de abril de 1979, el movimiento obrero realizó su primera huelga general antidictatorial. Durante 1979 y 1980, la resistencia antidictatorial se amplió y generalizó; crecieron las luchas. Un hito importante en esto fue la huelga de las obreras y obreros del Frigorífico Swift de Berisso (primera huelga larga contra la dictadura de Videla). La dictadura, pese a recibir golpes cada vez más duros, se mantuvo a la ofensiva. La crisis financiera, a inicios de 1980, la conmovió. Como un monstruo herido en sus entrañas, si bien siguió aplicando su política, se ahondó la división y pugna entre sus sectores internos[134] y ya no pudo recomponer sus fuerzas.

La resistencia obrera a la política de superexplotación y hambre de la dictadura, y luego las luchas del movimiento campesino

134. A apenas un año de asumida la presidencia por el general Videla, en abril de 1977, ya había tenido una importante manifestación pública de la pugna entre los distintos sectores internos de la dictadura, como fue el llamado "caso Graiver". Como parte de "la investigación" iniciada al respecto por el jefe de la policía de la provincia de Buenos Aires, coronel Ramón Camps, el 15 de abril fue detenido el director del diario *La Opinión*, Jacobo Timerman, y se informó a través de *La Prensa* (26/4/77) que "José Ber Gelbard controlaba varias publicaciones periodísticas de esta capital, ya sea en forma directa o por intermedio de David Graiver. Surge de esta investigación que los diarios *El Cronista Comercial, La Opinión, Crónica, Ultima Hora* y *La Tarde*, estos dos últimos ya desaparecidos, pertenecieron total o parcialmente a Gelbard y Graiver, a lo largo de negociaciones que se iniciaron en 1971 y que aún continúan". Coincidentemente con esto, a comienzos de abril había "desaparecido" el periodista y estrecho colaborador del ex presidente Lanusse, Edgardo Sajón, hecho jamás esclarecido. También, el 4 de mayo un juez federal en lo penal ordenó la detención del general Lanusse, el almirante Gnavi, el brigadier Rey y el doctor Cáceres Monié, en vinculación con el "caso Aluar", lo que fue revocado el 13 de junio por la sala penal de la Cámara de Apelaciones en lo Federal videlista, no obstante lo cual el Poder Ejecutivo tuvo que disponer en ese momento la intervención de la empresa Aluar. Ver Irene Capdevila, *El caso Graiver o la historia de los testaferros*, Editorial Agora, Buenos Aires, 1984.

con sus históricas concentraciones de Valle de Uco (Mendoza), Cañada de Gómez (Santa Fe) y Villa María (Córdoba), contra los impuestos y los créditos confiscatorios, fueron los principales arietes que golpearon hasta agrietar el plan económico de la dictadura. A su vez, la ampliación del movimiento democrático, con su avanzada en las Madres de Plaza de Mayo, fue haciendo conocer ante el mundo los horrendos crímenes de una dictadura que fue apañada en los foros internacionales, desde el inicio, por la URSS y sus satélites. Todo esto, y la agudización de las disputas internas entre los distintos sectores proimperialistas[135], llevarían al debilitamiento del tandem Videla-Viola y a su reemplazo por Galtieri en la cúpula dictatorial, junto a otros cambios en los mandos del Ejército y de la Armada, hacia fines de 1981.

La política económica de Videla y Martínez de Hoz

Aunque golpeado duramente por la lucha de masas, el lanussismo prosocialimperialista pudo elegir un camino pacífico, electoral, para su retirada. Pero esto, si bien implicaba hacer concesiones inmediatas a las fuerzas burguesas y populares, le permitió mantener los resortes claves del aparato estatal, preservando en

135. Aparte del más sonado "caso Graiver", al que nos referimos en la nota anterior, entre otras manifestaciones de esa pugna anotamos la "desaparición" en julio de 1977 del entonces embajador argentino en Venezuela, Héctor Hidalgo Solá, de origen radical vinculado al violovidelismo; la renuncia del general Ramón Genaro Díaz Bessone al ministerio de Planeamiento en diciembre de 1977; el secuestro en circunstancias nunca esclarecidas, el 20 de abril de 1979, de la funcionaria de la chancillería Elena Holmberg, cuyo cadáver fue "encontrado" por la policía el 11 de mayo; la frustrada sublevación del general Luciano Benjamín Menéndez, del 29 de setiembre de 1979; el reemplazo de Viola por Galtieri el 28 de diciembre de ese mismo año, y la "demora" por la Junta Militar, en setiembre de 1980, en la designación del general Viola como sucesor del general Videla en la Presidencia de la Nación, para el periodo fijado entre el 29 de marzo de 1981 y el 29 de marzo de1984. Viola no alcanzará a cumplir un año como presidente, ya que será removido de su cargo el 11 de diciembre de 1981 por la Junta Militar, integrada por el general Galtieri, el almirante Anaya y el brigadier Lami Dozo, que designará en su reemplazo al propio Galtieri, quien retuvo su cargo de comandante en jefe del Ejército.

particular la "integridad" (su hegemonía) de las Fuerzas Armadas. Cuestión que sería decisiva, en lo inmediato, para limitar los alcances de la política del gobierno peronista, imponiéndole incluso su ministro de Economía, José Ber Gelbard. También sería decisivo en el futuro, deteriorado el gobierno por el accionar de los golpistas y por la impotencia de la línea reformista del peronismo, para derrocarlo a través del golpe de Estado.

Con Gelbard como ministro, el socialimperialismo ruso pudo avanzar en sus planes de penetración económica, utilizando para ello fundamentalmente el manejo de las empresas estatales y los fondos del presupuesto nacional. No obstante, como ministro de un gobierno peronista, Gelbard tenía que hacer ciertas concesiones nacionalistas y populistas. Los prosocialimperialistas tuvieron que aceptar entre otras cosas algunas cláusulas "irritantes" de la Ley de Contrato de Trabajo y las leyes de nacionalización de algunas empresas claves (Italo de Electricidad, Standard Electric, Siemens, Editorial Codex, la distribución de combustibles de Esso y Shell, etc.), aunque por un tiempo lograron desvirtuar la primera con el llamado pacto social y trabar la concreción de las últimas, boicoteando y demorando los informes y tratando de lograr empresas mixtas en las que tuvieran participación decisiva. De todas maneras, en lo fundamental, a través del manejo de las empresas estatales y bancos, saqueando el país a favor de la acumulación de sus grupos privados y de los sectores aliados y/o asociados, los sectores prosocialimperialistas lograron acrecentar notablemente su participación en la estructura económica del país.

El gobierno peronista, con la política económica que Gelbard llevó a cabo orientada a favorecer el más rápido copamiento de la economía nacional por el imperialismo ruso y con la crisis mundial a las puertas, sería arrastrado luego de dos años de "bonanza" a una crisis similar a la que azotó el país en 1962-63, sobre el final también obligado del gobierno de Frondizi. Sin una política revolucionaria que diera base sólida a sus intentos de "romper los compromisos" con el lanussismo prosocialimperialista apoyándose en las enormes potencialidades de nuestro pueblo, los

triunfos políticos de la dirección peronista serían efímeros, y el frente golpista terminaría por imponerse.

En el golpe de estado del 24 de marzo de 1976, confluyeron en los hechos fuerzas que integraban un frente reaccionario muy amplio. Esas fuerzas coincidían en la necesidad de terminar con el gobierno peronista y cerrar el proceso de masas iniciando en 1969.

Eran fuerzas muy heterogéneas: prosocialimperialistas, proestadounidenses, proeuropeas, e incluso algunos sectores de burguesía nacional que –por diversos motivos– apoyaron el golpe de Estado ilusionados con beneficiarse con una dictadura que limitara las "pretensiones" obreras.

La disputa entre esas fuerzas –con nuevos métodos y formas– continuó y se agudizó luego del golpe, con la finalidad de definir cuál de ellas sería hegemónica en el poder. En forma precaria, la hegemonía en la dictadura militar la tuvo el sector prosocialimperialista –proveniente del lanussismo– que encabezaban los generales Videla, Viola, Villarreal y Liendo. Este sector controlaba la cúpula del Ejército y algunos mandos claves del mismo, y tenía fuerza en otras armas. El control de palancas claves de la economía nacional logrado bajo el gobierno de Lanusse y, posteriormente, con Gelbard en el ministerio de Economía –a través de su grupo de burguesía intermediaria y de los terratenientes asociados a él– le permitió al socialimperialismo ruso hegemonizar la dictadura militar instalada en 1976, en dura disputa con sus rivales estadounidenses y otras fuerzas reaccionarias, que también aprovecharon el desplazamiento del gobierno constitucional.

Producto de la heterogeneidad del frente golpista y como resultado de la hegemonía videlista, surgió Martínez de Hoz como ministro de Economía, aunque el candidato del violismo era Lorenzo Sigaut. Pero, habiendo trabajado este último con Krieger Vasena durante la dictadura de Onganía, ¿había diferencias de fondo entre ambos? No y sí. Ambos habían sido parte del frente "azul", y de fondo, en cuanto al contenido prooligárquico y proimperialista de sus propuestas, no había diferencia. Las diferencias

eran de grado, en cuanto Martínez de Hoz era más abiertamente proterrateniente y liberal.

La "elección" de Martínez de Hoz contemplaba con mayor amplitud el frente dictatorial. Pero, como lo demostrarían los hechos, el problema no consistía simplemente en cuánto se pusiera de liberal y cuánto de desarrollista en el plano económico. Incluso un gobierno hegemonizado por el lanussismo prosocialimperialista podía aplicar un programa liberal puro, dentro de lo puro que puede ser un programa liberal en la época del imperialismo y al servicio de la expansión de una potencia imperialista.

En abstracto, un programa liberal beneficiaría más a quien tenga mayor peso en la estructura económica, y eso podía implicar mayor beneficio para el imperialismo estadounidense. Pero es necesario tener en cuenta la acción de la superestructura, y que el control de la misma, en particular del aparato estatal (en el que las Fuerzas Armadas son una pieza clave), puede permitir alterar eso de manera fundamental, aun en la más liberal de las economías. Esto se habrá de verificar concretamente en las "soluciones" a los grandes problemas como los de energía y combustibles (electricidad, petróleo), comunicaciones, siderurgia, aluminio, petroquímica, carne, pesca, etcétera, con la entrega del patrimonio nacional que hizo la dictadura, con el correlativo hambreamiento del pueblo.

Es decir que lo que estaba en cuestión en la dictadura no era si más o menos liberalismo, como discutían entre Alsogaray y Frigerio, sino quién se iba a beneficiar más de los resultados de la política de entrega nacional y hambreamiento del pueblo. Y para esto, lo decisivo es quién hegemoniza el poder del Estado, siendo los fusiles lo más relevante en dicho poder. Claro que la hegemonía siempre implica concesiones a los aliados, por más transitorias que sean y aun cuando la alianza no sea sino producto de un mero "descanso" en una acrecentada disputa interoligárquica e interimperialista.

El balance de los cinco años de Videla-Martínez de Hoz (de marzo de 1976 a marzo de 1981) muestra que el centro de su pre-

ocupación fue imponer a la clase obrera su plan de hambre y superexplotación. Sobre la base de la intervención militar a los sindicatos y un bárbaro terrorismo estatal con asesinato, secuestro o detención de los dirigentes y activistas sindicales opositores, la prohibición o la suspensión de los partidos obreros y populares, y la más feroz represión, empujaron una mayor "disciplina y organización del trabajo", incentivando la asistencia laboral con premios a la productividad y a la asistencia, aumentando las horas trabajadas con horas extras que, en algunos casos, en esos años, llegaron a cubrir un turno y medio por trabajador. Así la mayoría de las grandes empresas disminuyó desde 1976, constantemente, el número de obreros, que fueron expulsados hacia otros sectores de la economía. Un proceso semejante se dio en las empresas estatales, en las que el total del personal ocupado pasó de 424.923 a fines de 1975 a 309.556 a fines de 1980.

El índice de obreros ocupados en la industria que confecciona el Indec con base 1970=100, muestra que el empleo industrial cayó de 119,2 en 1975 a 88,2 en 1980. Al mismo tiempo evidencia que la productividad por obrero aumentó de 99,3 a 139,3 en los mismos años. Es decir, que se produjo casi lo mismo con una cantidad mucho menor de trabajadores. Simultáneamente el índice de salario real del peón industrial cayó de 104,4 a 35,5 (con un nivel aun inferior en los años 78 y 79). Aun cuando la caída del salario industrial medio no fue tan pronunciada, es clara la mayor explotación, tanto por la vía del aumento de la productividad como de la disminución del nivel de vida.

No es extraño, entonces, que empresas beneficiadas por la dictadura hayan hecho grandes ganancias. Fue el caso del ingenio Ledesma, Ford, Papel Prensa, Acindar, Bridas, Aluar, entre otros. Si no ocurrió lo mismo con la pequeña y mediana industria, incluso con algunas grandes, fue porque la dictadura al mismo tiempo aplicó una política de apertura a las importaciones y, sobre todo, de beneficio al capital financiero que, vía la usura institucionalizada, terminó absorbiendo la mayor parte del "excedente". El resultado global para la industria fue de descapitalización, con

traslado de fondos hacia la especulación y, cuando estalla la crisis financiera en 1980, de huída hacia el exterior, como veremos más adelante al analizar los cuadros Nos. 70 y 71.

Algo semejante ocurrió en el campo con el mejoramiento relativo de los precios y el aumento de la producción que, en las condiciones del predominio latifundista, se transforma en renta terrateniente. Se produjo un acelerado proceso de concentración de la propiedad de la tierra en manos de viejos y nuevos terratenientes. Reaparecieron e hicieron "su agosto" los pulpos financieros e intermediarios que fueron los principales beneficiarios de varias cosechas excepcionales. La concentración en la industria de la alimentación, la leche y la carne, subordinó a la masa de productores a sus dictados. El resultado de todo esto es que también se estancó la inversión, con un aumento de la emigración del "excedente" en manos de los terratenientes hacia la especulación financiera. El cuadro N° 63 ofrece una idea de lo ocurrido al respecto durante esos años.

Cuadro N° 63: **Evolución del producto agropecuario**
(en millones de pesos de 1970)

Año	PBI	Consumo	Inversión	"Excedente"*
1975	12.058	9.056	1.991	1.011
1976	12.191	8.766	2.024	1.401
1977	12.536	8.541	1.833	2.162
1978	12.874	8.818	1.641	2.415
1979	12.869	9.046	1.250	2.573
1980	12.869	9.525	1.141	2.203
1981	13.007	9.628	996	2.383

* Las comillas son nuestras para indicar que en realidad se trata solo de la parte "sobrante" del excedente real (plusvalía de los obreros rurales y trabajo excedente de los campesinos), que no se consumió o invirtió en el campo por los capitalistas agrarios, terratenientes e intermediarios.

Fuente: Consejo Federal de Inversiones, *El sector agropecuario argentino. Una estimación de los excedentes en el período 1950–1982,* equipo de trabajo coordinado por Graciela Gutman, mimeografiado, Buenos Aires, diciembre de 1985.

De conjunto, sobre la base de la mayor explotación de los trabajadores urbanos y rurales, la política de la dictadura violovidelista "funcionó" durante los primeros años. Se aumentaron las exportaciones, acrecentándose el saldo comercial positivo, e ingresaron capitales especulativos del exterior, con lo que aumentaron extraordinariamente las reservas y, como contrapartida, la emisión monetaria. Pero como esto se derivó fundamentalmente hacia la especulación, como consecuencia de la reforma financiera que liberó las tasas y garantizó su cobrabilidad, el resultado fue una persistente inflación, pese al achatamiento de los salarios. Cuando se pretendió frenar la inflación manteniéndose bajo el precio del dólar y la "apertura externa" se tradujo en una avalancha de importaciones, volvió a manifestarse el histórico "estrangulamiento externo" que la dictadura había dado por superado.

Con la quiebra del Banco de Intercambio Regional (del grupo Trozzo) y del Banco de los Andes (del grupo Greco), dos de los principales testaferros rusos en el país, estalló la crisis financiera. Después se supo que en pocas semanas la dictadura emitió dinero por valor de cinco mil millones de dólares para capear la crisis. Billones de pesos nuevos se volcaron para tratar de salvar los bancos de Trozzo, Greco, Sasetru, Piñeiro Pacheco, Oddone, etc. Al 1º de junio de 1980, se habían anticipado tres billones setecientos mil pesos nuevos a los bancos BIR, Oddone e Internacional. A Greco, pocos días antes de su desmoronamiento, el Banco Central le "prestó" un billón de pesos nuevos. Todo dinero irrecuperable.

No se puede decir que Martínez de Hoz haya sido "poco generoso" con ese sector de la "patria financiera". Pero el país ya no daba más por el saqueo sufrido, lo que no pudo ser "compensado" como hasta ese momento por el creciente endeudamiento externo. Cayeron las reservas, y con ellas todo el andamiaje de la "plata dulce", con la que el grupo Videla, Viola, Villareal y Liendo había "aceitado" sus ambiciosos planes.

Ni el propio Martínez de Hoz, y después Sigaut, Alemann, Dagnino Pastore y Wehbe, pudieron hacer otra cosa que "administrar" la crisis, devaluando periódicamente la moneda y ex-

portando todo lo posible mediante el hambre y el sacrificio del pueblo, no tanto para pagar los intereses de la abultada deuda externa (que siguió creciendo por sucesivas refinanciaciones) como para financiar directa, e indirectamente, a los grupos privilegiados, al tiempo que se castigaba con elevadas tasas de interés a los empresarios y chacareros y con mayor inflación a los trabajadores y el pueblo en general.

La Guerra de Malvinas

El 30 de marzo de 1982 se produjo una gran movilización de masas antidictatorial, convocada por la CGT, la que fue duramente reprimida. Esto no impidió que apenas 48 horas después, el 2 de abril, una gran multitud manifestara en apoyo a la recuperación de las islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur. Este hecho produjo un profundo remezón patriótico y antiimperialista.

Ese día fueron recuperadas para la soberanía nacional las islas Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur. La bárbara agresión del imperialismo inglés en defensa de esa posesión colonial, posterior a este acto, impuso a la Argentina una guerra nacional que duró hasta el 14 de junio.

La guerra de Malvinas conmovió profundamente a la sociedad argentina, a todo el pueblo. Todo lo que se ha hecho después para que se olvide la guerra, para desmalvinizar la política nacional, tiene que ver con la profundidad de los sentimientos que se removieron con motivo del desembarco argentino en las islas, de la agresión inglesa posterior y de la lucha contra esa agresión. Nunca como entonces apareció tan claro para las masas que la Argentina es un país dependiente que tiene una parte de su territorio sometido a dominio colonial. Y que es un país disputado por las grandes potencias. Porque en ese momento nos encontramos frente a la agresión británica y el boicot económico de los países de la Comunidad Europea. Los estadounidenses, después del juego hipócrita de supuesto árbitro de su secretario de Estado, Alexander Haig, ayudaron fríamente a preparar el ataque inglés. Los rusos, que no

hicieron uso de su derecho a veto en las Naciones Unidas contra la acción inglesa, suspendieron luego la compra de nuestros productos agropecuarios, presionando descaradamente por concesiones argentinas a cambio de una hipotética ayuda rusa, que nunca existió, y además nunca reconocieron nuestra soberanía en las Malvinas. También China se abstuvo en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, con la diferencia de que posteriormente apoyó la soberanía argentina sobre las islas. En ese momento solo contamos con el apoyo de los países del Tercer Mundo y de América Latina, en particular Perú, Cuba y Venezuela.

La guerra por el dominio y la soberanía sobre las Malvinas, Georgias y Sandwich del Sur produjo un cambio **sustancial** en la política nacional. Fue una guerra **justa** desde el punto de vista **nacional**; desde el punto de vista de la contradicción del mundo moderno entre los países imperialistas, opresores, y los países dependientes, oprimidos. La Argentina, un país de un olvidado rincón del mundo, se atrevió a levantarse en armas para recuperar un pedazo de su territorio en manos del imperialismo inglés. El poder estaba en manos de una dictadura prooligárquica y proimperialista, pero, al igual que en 1806 y 1807 con las invasiones inglesas –cuando vivíamos oprimidos por el virreinato colonial español–, el pueblo supo ubicar a su enemigo principal, por encima del carácter tiránico del gobierno y de las pretensiones de la dictadura militar de utilizar la guerra para **blanquear** los 30.000 detenidos–desaparecidos e intentar perpetuarse en el poder. En cambio, políticos como Frondizi y Alfonsín trabajaron para la derrota, mientras trajinaban de reunión en reunión negociando con los funcionarios dictatoriales la herencia del "proceso".

Miles de jóvenes combatientes (soldados, suboficiales y algunos oficiales patriotas) enfrentaron con las armas en la mano la agresión del imperialismo inglés. Los sectores populares protagonizaron una de las mayores movilizaciones de este siglo. Masas que tomaron conciencia, abruptamente, de la realidad de la Argentina como un país oprimido y débil; un país que interesa a las potencias imperialistas fundamentalmente por su posición

estratégica en el Atlántico Sur; un país que tiene como amigos verdaderos a los países de América Latina, Asia y África, a sus pueblos y a la clase obrera mundial, que fueron los que nos apoyaron, incondicionalmente, en la ocasión. Si esa solidaridad no fue más efectiva, como ocurrió también con la oleada patriótica que conmovió al país, fue por el carácter de la dictadura, cuyos crímenes ya eran conocidos en todo el mundo, y por la línea que ella adoptó, contraria a la que requería una guerra nacional.

En plena guerra, el Comité Central del PCR en su informe del 29 de mayo alertó que "ni desde la Junta Militar, ni desde la mayoría de las direcciones sindicales y políticas se empuja realmente la organización de las masas para la guerra. Además, las quintacolumnas proestadounidense y prorrusa bloquean esa organización. Si la resistencia solo es sostenida por las Fuerzas Armadas con el apoyo pasivo del pueblo fracasará, porque el enemigo es muy poderoso". Esto era así porque la dictadura, que chorreaba sangre, era incapaz de garantizar la unidad nacional que exigía la guerra. El PCR impulsó la organización del pueblo para enfrentar al imperialismo inglés; también planteó que se debían nacionalizar las estancias de propiedad inglesa, los bienes de las compañías británicas y no pagar la deuda externa con Gran Bretaña. Una posición firme al respecto, al contrario de lo que se hizo, no solo hubiera vigorizado el respaldo de los que nos apoyaban sino también obligado a definirse a una serie de países que oscilaban, con la demostración de la voluntad argentina de luchar hasta el fin. En definitiva, el resultado de la guerra podía haber sido distinto, si se la entendía como una lucha prolongada que hubiera conmovido a toda América. Si los estadounidenses jugaron un rol hipócrita fue, precisamente, por el temor de que se encendiera una hoguera en su "patio trasero".

Quienes quisieron pelear, y lo hicieron con patriotismo, vieron malograr su empeño por una dictadura que era un instrumento fundamental del sistema de sometimiento nacional y de dominación oligárquica. La unión nacional contra la agresión imperialista exigía la más amplia y profunda movilización del pueblo para

que éste tomase en sus manos la defensa de la patria, creando las condiciones para una defensa nacional basada en las mejores tradiciones de la lucha por la independencia nacional frente a España y las dos primeras invasiones inglesas: pueblo y nación en armas; tal como lo hacen hoy los pueblos y naciones que no se arrodillan ante las grandes potencias.

Las consecuencias de esta guerra para la conciencia antiimperialista del pueblo argentino fueron muy grandes. Grandes masas populares se sintieron estafadas. Las clases dominantes desataron una sistemática campaña desmalvinizadora, tratando de contrarrestar el sentimiento antiimperialista que esta guerra hizo aflorar. Los ex combatientes fueron olvidados y maltratados, negándoseles hasta el día de hoy la resolución de sus urgencias más elementales. Sectores de la corriente militar nacionalista que habían sido formados en la tesis de que nuestro país estaba ubicado junto a Occidente, se encontraron de pronto con que la primera vez en el siglo que las Fuerzas Armadas argentinas debieron pelear verdaderamente con una nación extranjera, tuvieron que hacerlo contra los jefes de Occidente. Ante esta realidad, muchos de ellos consideraron que iban a contar con la solidaridad y apoyo ruso, y no fue así. Comprobaron que lo único que querían los rusos era aprovechar esa lucha para avanzar en sus posiciones. Todo esto motivó el resurgimiento de una poderosa corriente nacionalista en las Fuerzas Armadas.

Aprovechando la derrota de Puerto Argentino, la corriente proterrateniente y prorrusa expresada por el violovidelismo recuperó posiciones con el desplazamiento de Galtieri y el ascenso de Bignone. Pero ya la dictadura no pudo quitarle al pueblo el amplio espacio legal que éste había conquistado con motivo del gran movimiento patriótico que se había desarrollado entre el 2 de abril y el 14 de junio de 1982, y por la profunda división que se produjo en las Fuerzas Armadas a partir del resultado de la guerra. Se extendió la lucha obrera y popular y surgieron organizaciones específicas, como Amas de Casa del País en el movimiento femenino, iniciativas multisectoriales, etc.

Así se entró en un nuevo período. La dictadura, acosada por la lucha de masas y minada por sus propias contradicciones, pudo sin embargo elegir el camino de su retirada, negociando una "salida" electoral –condicionada al cumplimiento de una serie de exigencias– con los dos grandes partidos burgueses, el radicalismo dirigido por Raúl Alfonsín y el justicialismo encabezado por Italo Luder.

Una crisis estructural

La situación económica tras seis años de dictadura militar volvió a mostrar en toda su agudeza la incapacidad de las clases dominantes argentinas para garantizar siquiera un limitado desarrollo de las fuerzas productivas en nuestro país.

Teóricamente el objetivo de la política económica dictatorial era lograr una mayor eficiencia del sistema de producción, cosa que supuestamente se lograría a través de una mayor concentración terrateniente y monopolista y una mayor apertura al mercado mundial imperialista. La demanda de éste jugaría el papel dinámico, pues se supone que el mercado interno es restringido (y se restringe aún más por la política concentradora, podemos agregar nosotros).

En esto ya se ve la mentalidad terrateniente e intermediaria proimperialista. Pero estos "teóricos" se confunden al analizar la eficiencia capitalista desde un punto de vista abstracto, como si se tratara en nuestro caso de una concentración típicamente capitalista, dependiente pero capitalista al fin, y no de la concentración a favor de personajes y de relaciones que son una lacra incluso dentro del propio "modelo" capitalista. Pues estos terratenientes, financistas y comerciantes monopolistas –aun cuando tengan importantes intereses industriales– no son los grandes burgueses típicos del "modelo", que teóricamente acumularían y concentrarían el capital con mayor eficiencia para el desarrollo del sistema.

Al contrario, esos personajes y las relaciones en que se sustentan (el latifundio y el capital financiero y comercial monopolista) son la fuente de mayor ineficiencia del sistema, y cuanto más acu-

mulan y concentran a su favor, más crece su parasitismo. Así va haciéndose cada vez mayor, para el conjunto de la economía nacional, su carga de renta, intereses y ganancias monopolistas, con el consiguiente perjuicio de los sectores verdaderamente productivos y disminución de la eficiencia global, achicamiento del mercado interno y mayores dificultades para exportar competitivamente.

Muchos economistas burgueses partidarios del desarrollo de las fuerzas productivas y de la eficiencia en abstracto se entusiasmaron con la "coherencia teórica" de Martínez de Hoz, sin ver que en las condiciones de producción existentes la propia burguesía iba a ser también una víctima, junto a la clase obrera, los campesinos y el pueblo en general.

En cuanto al frondofrigerismo, es cierto que fue acentuando sus críticas a la política económica de la dictadura. Pero, aparte de atribuirla exclusivamente a Martínez de Hoz y su entorno, tratando de "salvar" la responsabilidad del grupo Videla-Viola, en realidad solo critica aspectos de su instrumentación y algunos de sus efectos (como la paridad cambiaria y la desprotección). Esto porque, de fondo, comparte el mismo punto de vista de la "eficiencia" de la concentración latifundista y monopolista, de la que el sobredimensionamiento financiero no es más que una excrescencia particular.

Con mayor o menor liberalismo o desarrollismo, beneficiando en definitiva a los factores del atraso y la dependencia, el resultado no podía ser otro que el que se dio. Esto ya comenzó a hacerse evidente hacia fines de 1978, cuando el propio Martínez de Hoz tuvo que empezar a recurrir a los emparches. Emparches que no podrían evitar la crisis que se venía incubando, sino que, por el contrario, ayudarían a hacerla mucho más catastrófica.

La crisis, como tal, es un momento del ciclo económico capitalista del cual nadie puede escapar ni aun los grandes terratenientes e imperialistas. Pero como éstos son los que tienen el poder económico y del Estado, descargan todos sus efectos sobre los más débiles. E incluso hay quienes, en el desenfreno especulativo que la política oficial ofrece, pueden hacer ganancias espectaculares de un día para el otro. Todo ello al precio de una mayor mise-

ria y empobrecimiento general, drástica caída de las ventas y del consumo, reducción aún mayor de la producción, aumento de la desocupación, etc.

Como ya se vio con los distintos economistas de la dictadura (Sigaut, Cavallo, Alemann, Dagnino Pastore o Wehbe) y los posteriores del gobierno de Alfonsín (Grinspun, Sourrouille), están destinados al fracaso todos los intentos de salir de la crisis en el mismo sentido, es decir en beneficio de los terratenientes e intermediarios del imperialismo (principalmente prorrusos y proestadounidenses, aunque también proeuropeos). Esto es también aplicable tanto a las propuestas de Alsogaray como de Frigerio, aunque éste sea un crítico de la "patria financiera".

La verdad es que el sector financiero y el sector exportador y de grandes terratenientes, aun cuando tengan algún interés industrial, están tan imbricados que es imposible pensar que de alguno de estos sectores pueda salir algo diferente a lo que estamos padeciendo.

Todo esto nos lleva a insistir sobre el peso del latifundio en la estructura económica argentina, y lo que ello significa como carga de renta que debe pagar nuestra economía para poder funcionar, como determinantes del atraso y la dependencia que padece el país.

Por supuesto que la economía de la Argentina no es la misma de hace cien años, y ni siquiera la de hace cincuenta años. Tanto la estructura de opresión interna como la relación con el imperialismo se han hecho más complejas, se han desarrollado. Pero la base del dominio de clase sigue esencialmente la misma. Lo que hace que el funcionamiento de la economía argentina siga dependiendo de la marcha del sector agropecuario, pese a la pérdida de importancia relativa de éste.

Esto se puede ver claramente en nuestro comercio exterior: dígase lo que se diga, las exportaciones son y seguirán siendo fundamentalmente de origen agropecuario (no, por supuesto, por una fatalidad natural, sino por el carácter de "furgón de cola" que el sistema oligárquico–imperialista otorga a nuestra industria). Por lo tanto, para poder importar lo que se necesita (fundamental-

mente bienes de producción y sus tecnologías) y pagar lo que se debe (aunque sea solo parte de los intereses), el país depende de las exportaciones agropecuarias y, en última instancia, de los terratenientes a quienes hay que asegurarles su renta. Y hacia fuera el país depende principalmente del mercado comprador, en un mundo en que resulta cada vez más difícil competir con un número restringido de productos exportables, precisamente por la orientación de la producción agropecuaria que implica el predominio del latifundio.

Esta es la realidad que nos impone la estructura latifundista. El monopolio que los grandes terratenientes ejercen sobre lo fundamental de la tierra del país les permite imponer sus condiciones al conjunto de la economía nacional, lo que implica que se mantenga el atraso y la dependencia. Hacen depender al país de sus exportaciones, a la vez que ellos dependen de esas exportaciones para la materialización de su renta. De ahí su entreguismo y subordinación al imperialismo, del que se convierten en verdaderos apéndices o intermediarios para la dominación del país en su conjunto.

Es cierto que gran parte de la industria argentina, incluso ramas en las que los terratenientes tienen también intereses, depende de insumos y tecnología de Estados Unidos, Europa y Japón; asimismo, con estos países es el grueso de nuestra deuda externa. Pero para poder importar y pagar los servicios financieros es necesario exportar y, dada la estructura imperante, para eso es necesario garantizarles la renta a los terratenientes y hacer concesiones al imperialismo comprador, como ocurrió en los años ’70 y ‘80 con la URSS. Frente a esto sus competidores (estadounidenses, europeos o japoneses) no tuvieron más alternativa, aunque trataran de sacar también ventaja en ello, que refinanciar, para poder seguir vendiendo y cobrando algo de los intereses.

Por supuesto que, en otras condiciones, esas contradicciones podrían usarse a favor del país. Pero teniendo el poder los grandes terratenientes y burgueses intermediarios, son usadas como un elemento para atarnos aún más al carro del imperialismo, en ese momento principalmente al socialimperialismo, siguiendo el

camino del viejo Fausto, que vendió su alma al diablo para parecer joven, porque es una clase históricamente decrépita.

El gobierno alfonsinista

Las elecciones del 30 de octubre de 1963 fueron proscriptivas y condicionadas. La condición fundamental –impuesta por la dictadura y aceptada por los dirigentes y los candidatos de la UCR y del PJ– fue salvaguardar la "continuidad jurídica" asegurando que no se desmontara de raíz el edificio institucional, jurídico, represivo y económico montado por la dictadura. Por esa razón, a más de dos décadas de la retirada de ésta, el pueblo y la nación argentinos siguen hoy padeciendo "herencias" dictatoriales como la ilegítima y fraudulenta deuda externa, y como la permanencia de gestores de la criminal represión contra el pueblo de aquellos años, que aun detentan posiciones claves en la estructura del estado nacional y de las provincias.

Con el triunfo de Alfonsín en las elecciones de 1983 y su asunción al gobierno, se creó una situación compleja. El gobierno radical fue un gobierno heterogéneo, en el que predominaron los representantes de intereses terratenientes, de gran burguesía intermediaria y del imperialismo, especialmente los vinculados al socialimperialismo ruso y a la socialdemocracia europea, sectores que habían sido los principales beneficiarios del período dictatorial. La línea principal de ese gobierno fue proterrateniente, promonopolista y proimperialista, y no expresó los intereses de la burguesía nacional.

El resultado electoral del 30 de octubre golpeó el proceso de ascenso del movimiento de masas, porque despertó fuertes expectativas reformistas en amplios sectores de las capas medias e incluso del proletariado. Luego, lentamente, las masas fueron retomando el camino de organización de los cuerpos de delegados y comisiones internas, desde abajo. Los obreros de la fábrica Ford de General Pacheco (en el Gran Buenos Aires) estuvieron en la avanzada de ese proceso.

El nuevo ciclo de auge estuvo teñido por la sangría dictatorial y por el balance que las masas habían realizado de la misma.

Con tres mil quinientas huelgas y trece paros nacionales entre 1984 y 1989, la clase obrera fue el motor de la lucha popular. Los 18 días de ocupación de la planta a mediados de 1985 por los obreros de Ford, dirigidos por su comisión interna y cuerpo de delegados, con puesta en marcha de la producción, trascendió lo gremial para convertirse en una lucha política contra el plan de hambre de las clases dominantes, en lo que jugó un papel fundamental el PCR. Crecieron las luchas y movilizaciones campesinas en la Pampa Húmeda y otras regiones del país, las movilizaciones de mujeres, estudiantiles y docentes con la histórica Marcha Blanca de 1988, etc. En 1986 se realizó el Primer Encuentro Nacional de Mujeres. El 13 de octubre de ese mismo año el paro activo convocado por la CGT, los empresarios y el conjunto del pueblo de Mar del Plata contra los acuerdos pesqueros con la URSS, fue la primera movilización de masas que enfrentó la penetración del socialimperialismo en nuestro país.

Desde 1986 el PCR planteó la necesidad de la confluencia de las luchas obreras, campesinas, estudiantiles y populares contra la política alfonsinista de hambre, entrega e impunidad a los genocidas de la dictadura, y la necesidad de la unidad política de todas las fuerzas que se oponían a esa política[136]. En abril de 1987, estimulada por la política alfonsinista de hijos y entenados que beneficiaba a la cúpula lanussista, eclosionó la crisis militar de Semana Santa, crisis que se venía incubando desde la derrota de Puerto Argentino. Se produjo allí una profunda fractura en las Fuerzas Armadas, que puso en evidencia la existencia de una importante corriente nacionalista enfrentada a los mandos lanussistas. Asimismo, que-

136. "Nosotros planteamos la lucha por un frente patriótico y democrático de todas las fuerzas opositoras a la política de hambre y entrega de Alfonsín, incluyendo también a grandes sectores del partido radical que son antiimperialistas y antiterratenientes y que tienen vocación democrática" (*El Cordobazo, significado histórico y vigencia actual, d*iscurso de Otto Vargas en el acto del PCR en el Salón Verdi de La Boca, Buenos Aires, 29 de mayo de 1986).

dó claro para las grandes masas que Alfonsín no era garantía para impedir el golpe de Estado. Poco tiempo después su gobierno sancionó las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, por las que se cerraba toda posibilidad de continuar con los procesos judiciales contra los demás responsables y ejecutores de crímenes durante la dictadura que no fueran los miembros de las juntas militares de la misma, cuyo juzgamiento ya se había producido[137].

En 1987 las masas castigaron en las urnas a la política alfonsinista. Esto, y el triunfo de Menem en la interna del peronismo en julio de 1988, abrieron una nueva situación política en la Argentina, caracterizada por el hambre de grandes masas desatada por la hiperinflación alfonsinista. La política del frente opositor plasmó en el Frente Justicialista de Unidad Popular (alianza integrada por once partidos) y en sus comités de apoyo, en dura lucha política por arriba y por abajo.

Tres afluentes confluyeron para la derrota del alfonsinismo: 1) La lucha creciente de la clase obrera; 2) la rebelión de la oficialidad subalterna y gran parte de la suboficialidad que deterioró seriamente a la cúpula lanussista de las Fuerzas Armadas; y, 3) el Frejupo, el frente político que derrotó al alfonsinismo en las urnas, del que el PCR formó parte.

Con la debacle económica, política y social del alfonsinismo se debilitó principalmente el sector prorruso hegemónico en las clases dominantes. En lo que incidió también la crisis y el derrumbe de la URSS como superpotencia imperialista: la crisis rusa ya había motivado el incumplimiento de los convenios comerciales de esa superpotencia con la Argentina (celebrados por la dictadura y ratificados y ampliados por el alfonsinismo), acelerando así el estallido de la crisis económica en nuestro país.

Tanto el movimiento obrero, como la rebelión militar nacionalista y el Frejupo, fueron hegemonizados por diferentes corrientes

137. Después vendrán los indultos a éstos del presidente Menem. Recién en el nuevo siglo, tras el Argentinazo de diciembre de 2001 que derrocó al gobierno del radical De la Rúa, la prolongada lucha del movimiento democrático logrará la declaración de nulidad de esas leyes en 2003, bajo el gobierno de Kirchner.

burguesas. La dirección que la burguesía ejerció en este proceso es clave para comprender lo que sucedió después de las elecciones nacionales del 14 de mayo de 1989.

El comercio exterior

Uno de los problemas que enfrenta cualquier economía es el de colocar en el exterior parte de su producción, como forma de obtener bienes que no se producen internamente. En las actuales condiciones, y como país dependiente con un relativo grado de desarrollo industrial, el comercio exterior de la Argentina tiene determinadas características.

A pesar del importante desarrollo industrial acaecido en el país, que ha hecho que desde los mediados de los '40 el valor agregado por la industria supere holgadamente las cifras del valor agregado por el sector agropecuario, las exportaciones argentinas siguen proviniendo en su mayor parte de este último sector, por el carácter dependiente y deformado del desarrollo industrial argentino.

Por un lado, el funcionamiento del aparato productivo industrial es altamente dependiente de las compras en el exterior. No solo de materias primas y productos intermedios de cierta complejidad sino, fundamentalmente, de bienes de equipo y máquinas-herramientas. La producción de éstos (y el desarrollo técnico consiguiente), como ya vimos en el capítulo anterior, es atributo de los países imperialistas, dentro de la moderna división internacional del trabajo impuesta por el capital monopolista imperialista.

Por otro lado, lo fundamental de la industria moderna en el país es controlado, directa e indirectamente, por el capital monopolista imperialista. Directamente, a través de la radicación de empresas o el copamiento de las ya existentes. Indirectamente, a través de la venta de técnicas y asesoramiento, del monopolio de compras y de ventas, o del manejo del crédito y del sistema bancario y financiero.

Las características de la industria argentina, que determinan sus altos costos y la dependencia de sus decisiones del capital monopolista imperialista, hacen que los bienes provenientes de

dicha industria no sean fácilmente exportables. **Así, a pesar de ser más importante, relativamente, la producción industrial que la producción agropecuaria, la mayor parte de las exportaciones continúa siendo de este último origen**.

A su vez, el sector agropecuario se ha mostrado incapacitado para dar respuesta a las crecientes necesidades de alimentos y de materias primas del mercado interno, habiéndose reducido las posibilidades de disponer de niveles adecuados de saldos exportables, salvo en algunos rubros muy limitados en número.

La producción agropecuaria encuentra limitadas sus posibilidades de diversificación por la existencia del latifundio. El dominio de lo fundamental de la tierra por los grandes terratenientes les permite regular su oferta en función de obtener elevadas rentas, apropiándose de gran parte de los resultados del esfuerzo de los productores agropecuarios (campesinos y obreros rurales). Esto determina una elevación de costos de producción, simultáneamente a un empobrecimiento de la tierra de los productores parcelarios o minifundistas, que no pueden rotarlas en su uso por estar imposibilitado su acceso a otras, dada la elevada renta terrateniente. Todo esto implica que, a pesar de la gran cantidad de tierras de calidad relativamente superior a la de otros países, no se observe aquí un crecimiento comparable en diversidad de productos. Y que las colocaciones de carnes y cereales se vean cada vez más restringidas por la competencia de otros países exportadores (cuya estructura agraria diferente les ha permitido un crecimiento considerable en rendimiento y en producción) e incluso por la de la producción de los mismos países compradores "tradicionales". Algunos granos, en particular la soja, serán ya avanzada la década de 1990 la excepción que, como consecuencia de las semillas mejoradas, la siembra directa y los herbicidas químicos, permitirán pagar una renta elevada a tierras que antes eran "improductivas" en este sentido.

Al mismo tiempo, la industrialización de los productos agropecuarios exportables y su comercialización se encuentran controlados en lo fundamental por el capital monopolista imperialista, que maneja precios y cantidades en función de sus intereses.

El manejo de la comercialización externa en función de los intereses imperialistas, en particular por los monopolios exportadores de granos y aceites, determina su orientación en función de los mercados imperialistas y nuestra dependencia comercial respecto a los mismos. Además implica el manejo de los precios en detrimento de los productores agropecuarios, sobre todo de los pequeños y medianos productores que no tienen capacidad de regular la oferta; y también en detrimento del conjunto de la economía del país, en cuanto radican gran parte de sus ganancias en el exterior haciendo figurar ventas a bajos precios, con lo que fugan directamente montos importantes de divisas imprescindibles para el país, además de las ganancias especulativas que obtienen gracias al control monopólico de las divisas.

Al manejo de las exportaciones en función de los intereses monopolistas fundamentalmente imperialistas, se agrega el manejo de las importaciones por intereses de similar cuño. Los grandes monopolios imperialistas, contando con el hecho de que la mayoría de los bienes que nos ofrecen son indispensables para el desarrollo industrial e incluso para el funcionamiento de la industria preexistente, pueden venderlos caros, apropiándose de este modo de gran parte de los recursos internos, que emigran hacia el exterior bajo la forma de altos precios de los productos de importación. Esto hace que se reduzcan las posibilidades de obtener mayor cantidad de bienes con las divisas disponibles, reducidas ya por "la tajada" que se han llevado los monopolios exportadores. Disponibilidad de divisas que también se reduce por las crecientes necesidades para pagos al exterior de intereses, dividendos y utilidades, regalías, etc., derivadas de la extraordinaria deuda externa del país, la radicación de empresas imperialistas y el uso de patentes, asesoramiento, etc., que nos venden los monopolios de los países imperialistas.

Este último aspecto pasó a ser particularmente importante desde la década de 1970. Lo que está estrechamente ligado a la creciente dependencia económico-financiera del país, que se manifestó en una expansión explosiva de la deuda externa y la aceleración del proceso de desnacionalización de empresas.

Las características de nuestro comercio exterior que venimos señalando, y su evolución en las décadas de los '70 y '80, pueden apreciarse en los cuadros Nos. 64 al 67. Las cifras totales de exportaciones e importaciones las hemos puesto en dólares de 1970[138], ya que por la inflación del dólar de los años 1970 las cifras en dólares corrientes prácticamente se triplicaron, como puede verse más adelante en el Cuadro N° 70.

Cuadro N° 64: **Estructura de las exportaciones**
(en porcentaje del total)

	1971–75	**1976–80**	**1981–85**
Productos primarios	39,0	40,7	44,9
Manuf. de origen agrop.	41,7	38,5	32,8
Manuf. de origen industrial	18,2	19,5	16,4
Combustibles	0,1	1,3	5,9

Fuente: Indec

Cuadro N° 65: **Principales rubros de exportación**
(en porcentaje del total)

Capítulo	**1970**	**1975**	**1980**	**1985**
Frutas	3,0	3,9	2,5	1,6
Cereales	28,7	36,0	20,3	27,0
Oleaginosas	0,2	0,2	8,4	8,8
Grasas y aceites	5,8	3,1	6,5	11,8
Carnes	17,3	5,8	8,6	2,7
Conservas y preparados	7,6	3,9	3,5	1,9
Residuos ind. aliment.	6,4	4,8	5,1	6,1
Cueros y pieles	5,5	2,4	4,5	3,4
Lanas y crines	4,9	3,7	3,6	2,3
Combustibles	0,4	0,5	3,5	7,6
Prod. Siderúrgicos	1,9	1,7	2,0	4,3
Calderas y artefactos	2,6	6,3	3,5	2,5
Sobre un total de export.	**1.773**	**1.868**	**3.293**	**2.988**

(en millones de dólares de 1970)

Fuente: Indec

138. Los montos en dólares corrientes han sido deflactados por el índice de precios mayoristas de los Estados Unidos (FMI: International Financial Statistics).

Como puede apreciarse en los cuadros 64 y 65 casi un 80% de las exportaciones continuó siendo de origen agropecuario, y más de la mitad de ellas vendiéndose sin ninguna elaboración (particularmente cereales; semillas y frutos oleaginosos; lanas, pelos y crines). Dentro de esto, perdieron importancia relativa las carnes y sus preparados, lo que tuvo que ver principalmente con los cambios en los clientes de nuestras exportaciones.

Cuadro N° 66: **Estructura de las importaciones**
(en porcentajes del total)

	1971–75	**1976–80**	**1980–86**
Bienes de capital	16,6	20,2	17,3
Materias primas e interm.	69,5	55,8	64,3
Combustibles y lubricantes	10,3	13,6	11,1
Bienes de consumo final	3,6	10,3	7,2

Fuente: Indec

Cuadro N° 67: **Principales rubros de importaciones**
(en porcentaje del total)

Capítulo	**1970**	**1975**	**1980**	**1985**
Café, té, yerba y especies	2,3	1,7	1,1	1,8
Combustibles	4,8	13,4	10,4	12,1
Prod. Químicos	10,0	13,5	7,8	15,9
Mat. Plásticas artif.	1,6	2,9	3,0	3,5
Prod. Siderúrgicos	15,3	20,5	6,5	6,0
Calderas y artefactos	19,6	12,7	17,9	18,2
Máq. y aparat. Eléctricos	5,1	3,6	10,5	9,1
Vehículos, tract. y aut.	4,3	2,7	8,4	6,3
Sobre un total de import.	**1.694**	**2.490**	**4.327**	**1.357**

(en millones de dólares de 1970)

Fuente: Indec

En cuanto a las importaciones (cuadros 66 y 67), la mayor proporción continuó siendo en materias primas y bienes intermedios. Su imprescindibilidad para el funcionamiento de nuestra economía se siguió poniendo de manifiesto particularmente cuando por los requerimientos del balance de pagos se redujeron drásticamente las importaciones. En estas circunstancias se afec-

taron principalmente los bienes de capital, con el consiguiente perjuicio en las inversiones.

Además del incremento del comercio exterior argentino, en parte por aumento en los volúmenes y en parte por la inflación del dólar, también se produjeron cambios importantes en cuanto a nuestros clientes, en particular en lo que respecta a las exportaciones, como puede apreciarse en los cuadros 68 y 69.

Cuadro N° 68: **Principales compradores**
(en porcentajes del total de exportaciones)

País	**1971–75**	**1976–80**	**1981–85**
Unión Soviética	4,6	9,0	22,6
Estados Unidos	8,2	7,7	10,8
Holanda	7,1	9,8	9,2
Brasil	8,4	9,8	6,1
Italia	9,8	7,8	4,1
Alemania Fed.	6,4	5,5	3,7
Japón	4,3	4,7	3,5
Irán	0,6	0,7	3,2
China	1,0	1,7	2,7
Cuba	1,8	1,8	1,6

Fuente: Indec

Cuadro N° 69: **Principales vendedores**
(en porcentaje del total de importaciones)

País	**1971–75**	**1976–80**	**1981–85**
Estados Unidos	18,6	20,5	20,9
Brasil	9,1	10,0	13,4
Alemania Fed.	11,2	10,0	9,8
Japón	10,6	7,8	8,5
Italia	5,8	5,7	5,0
Francia	3,4	3,8	4,2

Fuente: Indec

La Unión Soviética, que venía teniendo una participación creciente desde 1971 –cuando la dictadura de Lanusse le acuerda el trato de nación más favorecida– pasó a ser el principal comprador en 1980. El sector violo-videlista prorruso, hegemónico en la dic-

tadura, se negó entonces a sumarse al embargo cerealero contra la URSS convocado por Washington como represalia por la invasión de esa superpotencia a Afganistán, y, por el contrario, aprovechó para firmar con Moscú un convenio de venta de cereales por cinco años, al que seguirían acuerdos de carnes y de pesca. Todo ello consolidó el amarre del comercio exterior argentino a la superpotencia ex soviética, convertida desde mediados de los '70 en el principal cliente de las exportaciones del país. Esta situación perduró hasta 1985, cuando la profunda crisis interna que asolaba a la URSS llevó a Moscú al incumplimiento de los convenios vigentes.

Entretanto los países de la Comunidad Económica Europea disminuyeron notoriamente sus compras, cayendo su participación de conjunto del 31,4% en 1977 al 20,1% en 1985. También cayó la participación del conjunto de los países de América Latina. En cambio los Estados Unidos, que disminuyeron su participación los primeros años de la dictadura, comenzaron a remontar en sus compras desde 1980.

En cuanto a las ventas a nuestro país, los Estados Unidos continuaron manteniendo el primer lugar, acrecentando incluso su participación desde 1978. Lo mismo ocurrió con Brasil, que se mantuvo en el segundo lugar y con Bolivia, que pasó al quinto lugar (con 6,9% del total de importaciones en 1981-85), en particular por nuestras compras de gas. En cambio, los países europeos difícilmente lograron mantener su posición vendedora, con la excepción de Francia que aumentó levemente su participación. Por su parte la URSS, si bien logró triplicar sus ventas desde 1976, fundamentalmente por los compromisos de compra del Estado argentino, su participación en el total de importaciones recién superó el 1% en 1985.

Poco a poco, la dictadura militar instaurada el 24 de marzo de 1976 fue desamarrando las exportaciones de su dependencia de los mercados occidentales y las fue atando a la URSS y sus países satélites (la participación de Cuba y los países del este europeo pasó a significar un 3% del total de las exportaciones argentinas). Esta política dictatorial apareció con claridad luego del bloqueo

mundial impulsado por Carter contra la URSS, con motivo de la invasión rusa a Afganistán, en diciembre de 1979. **Como resultado final, si la economía argentina dependía más que antes de sus exportaciones agropecuarias, éstas pasaron a depender de la URSS**. Y como la URSS tenía poderosas palancas de control sobre el comercio internacional de productos agropecuarios, por ser gran compradora, por manejar poderosos monopolios que se dedican a ese comercio en Europa Occidental[139] y otras regiones del mundo, y por tener lazos estrechos con grupos monopolistas como Bunge y Born, Dreyfus, Nidera, Continental y otros, la dependencia de la economía argentina de la voluntad de los socialimperialistas rusos se hizo tan grande como lo fue, en la década del treinta, de la voluntad de los imperialistas ingleses. Este fue uno de los principales saldos de casi ocho años de dictadura.

La "plata dulce"

Otro "legado" fundamental de los casi ocho años de dictadura, en materia de reforzar el cepo que aprisiona nuestro desarrollo económico-social, es la gigantesca deuda externa.

En su etapa monopolista, el capitalismo se sostiene y desarrolla sobre la base de la explotación obrera a escala mundial y del saqueo y opresión de todos los pueblos y naciones del orbe. Las burguesías monopolistas de los países imperialistas determinan los precios de compra y venta –compran barato, venden caro–, invierten en empresas y campos y hacen préstamos usurarios. Es en este último aspecto, el financiero, donde más resalta el carácter parasitario, de vivir del "recorte del cupón", de los imperialistas.

139. Los capitales rusos a través de su testaferro público, Jean Baptiste Doumeng, participando como socios menores los grupos Rothschild y Dreyfus, habían pasado a constituirse en uno de los principales monopolios agroindustriales de la Comunidad Económica Europea. Cf. Charles Levinson, *Vodka-Cola* (Argos Vergara, Barcelona, 1979): Quinta parte. 4. Las empresas comerciales y financieras del Partido Comunista Francés, págs. 387-94.

La exportación de capitales bajo la forma de capital financiero, fundamentalmente a través de préstamos con intereses imposibles de pagar, ha ido acumulando una gigantesca deuda externa en las naciones oprimidas, cuyo monto ya en los '80 se equiparaba al producto bruto interno de las mismas. De esta manera se han agravado todos los males del atraso y la dependencia de nuestros países, quedando no solo nuestras economías, sino también nuestras vidas expuestas e indefensas frente a las disputas (con acuerdos y forcejeos) que llevan adelante las distintas potencias imperialistas.

La deuda externa es solo un síntoma; una consecuencia del atraso y la dependencia del país, del que son usufructuarios los imperialistas, pero también las clases dominantes locales. Para imponernos sus políticas los imperialistas cuentan con la complicidad de estas clases quienes, en función de su propia existencia como tales, les abren las puertas (se venden), convirtiéndose en verdaderos apéndices de esas burguesías imperialistas. En nuestro país nos referimos en particular a los grandes terratenientes y a la gran burguesía intermediaria (compradora y burocrática), que controlan en lo fundamental las palancas del Estado argentino: en forma más abierta bajo las dictaduras militares y más encubiertamente durante los gobiernos constitucionales.

Este proceso se desarrolla en medio de agudas contradicciones, cuya máxima expresión política son los golpes y contragolpes de Estado y los enfrentamientos dentro de las fuerzas armadas[140] como reflejo de los distintos intereses oligárquicos a través de los cuales operan los distintos imperialistas o grupos de imperialistas en disputa. También operan las contradicciones que surgen de intereses de sectores secundarios o intermedios, como ha ocurrido

140. Algunos hitos del proceso de las últimas décadas son el derrocamiento del gobierno de Frondizi; el posterior enfrentamiento entre "azules" y "colorados"; la dictadura de Onganía y su posterior desplazamiento por Lanusse; la dictadura de Videla-Viola y su posterior reemplazo por Galtieri; la crisis posterior a la derrota en Malvinas, la de la Semana Santa de 1986, y el levantamiento de Seineldin en diciembre de 1991, tras la traición de Menem.

en particular con los gobiernos peronistas e incluso con el radicalismo bajo el gobierno de Illia.

La política económica de la dictadura instaurada el 24 de marzo de 1976 se basó, esencialmente, en la liberación de todo control a los precios, pero manteniendo un férreo control sobre el precio de la principal mercancía del mundo capitalista: la fuerza de trabajo. Así congeló los salarios y los deprimió hasta niveles no conocidos antes, al tiempo que prohibía toda discusión de convenciones colectivas de trabajo.

De esta manera entró el hambre en los hogares de los trabajadores. Miles de millones de dólares salieron de los presupuestos de 7 millones de asalariados para engrosar los bolsillos de los grandes monopolios y terratenientes.

Sobre esa base, fundamentalmente, se logró ampliar las exportaciones, sin una ampliación simultánea de la producción interna. Por el contrario, con el argumento del "sinceramiento" de la industria en relación con los precios internacionales y el "combate" a la inflación[141], se barrió con las medidas protectoras de la industria nacional. Con la "política de apertura", la dictadura estimuló la competencia destructora de la industria extranjera contra la industria nacional, facilitando una fuerte concentración económica a favor de determinados grupos económicos. Estos grupos abandonaban, a su vez, las inversiones productivas a favor de operaciones financieras especulativas.

Durante todos estos años, la burguesía intermediaria prorrusa, por un lado, y la proestadounidense, por el otro, libraron batalla para decidir cuál de ellas predominaría en el control del capital financiero. Esa lucha llevaba ya muchos años, y tras el triunfo del golpe de Estado del 24 de marzo se intensificó. Los sectores pro-

141. La dictadura propagandizó como uno de sus objetivos "acabar con la inflación". Pero utilizó a fondo la inflación, para expoliar al pueblo y destruir la industria nacional en beneficio de los sectores terratenientes y de gran burguesía intermediaria. Papel Prensa, Celulosa, Acindar, Alpargatas, Bridas, Ledesma, Carnes Argentinas, Garovaglio y Zorraquín y otros grupos monopolistas integrantes de la "trenza" afín a la dictadura recibieron subvenciones y exenciones impositivas por varios miles de millones de dólares.

socialimperialistas lograron que, al debatirse la ley de reforma financiera –en la llamada Comisión de Asesoramiento Legislativo, primero, y en el gobierno, luego– se aprobase la cláusula de la garantía oficial a los depósitos en la banca privada.

Así fue como proliferaron los especuladores y estafadores, entre los que se destacaron los "hombres de paja" de la multinacional rusa: Trozzo, Greco, Capozzolo, Oddone, Saiegh, Guelar, Figueroa, Zavalía y otros. Pagando algunos puntos más de interés en sus bancos para los depósitos a plazo fijo, estos aventureros recogían miles de millones de pesos sobrevaluados en relación con el dólar, y con ellos se apropiaron de gran parte de las empresas nacionales arruinadas por la política de la dictadura.

Haciendo como el tero, ponían en un lado los huevos y en el otro daban los gritos; mientras clamaban contra la "Trilateral"[142], estos testaferros del grupo de capitales rusos en el país se quedaron con la mayoría de las empresas nacionales fundidas y las vaciaron. Nunca, desde la crisis de 1890 bajo el "unicato" de Juárez Celman, la corrupción pública rayó a tal nivel.

Paralelamente, entraron al país miles de millones de dólares del gran capital financiero occidental, que aprovecharon las elevadas tasas de interés –garantizadas por el Banco Central– para hacer jugosas ganancias, y luego utilizar estas ga-

142. En las décadas del '60 y del '70 se conocía como "Trilateral" a los entendimientos o acuerdos entre tres de los grandes polos imperialistas de entonces: los Estados Unidos, la Comunidad Europea y Japón. La denominación tendía a resolver unilateralmente el aspecto de los acuerdos y colusión entre las potencias imperialistas, velando las contradicciones económicas y políticas que en esos años –acentuadas por el ascenso de la lucha del "Tercer Mundo" contra el imperialismo y por un "nuevo orden económico internacional"– dividían y enfrentaban a esas grandes potencias, como la cuestión de los subsidios comerciales, la valuación del dólar o la posición frente a la agresión norteamericana a Vietnam. El concepto de "Trilateral" sirvió, además, como un instrumento ideológico para ocultar la restauración del capitalismo en la URSS, su transformación en potencia imperialista (socialimperialista), y fundamentalmente para desviar la atención del hecho de que la rivalidad por la hegemonía mundial entre las dos superpotencias –Estados Unidos y la URSS– se había convertido en la principal rivalidad interimperialista a escala mundial, cambiaba la naturaleza de la "guerra fría" en un mundo ahora bipolar, e impregnaba la situación del planeta con aires de guerra.

nancias para volver a comprar dólares subvaluados y sacarlos al exterior, obteniendo elevadísimos intereses. Procedimiento que también fue utilizado por los testaferros rusos, tanto del exterior como del país. Estos últimos, constituyendo sucursales bancarias en el exterior para captar dólares y traerlos al país con ese objetivo.

El ingreso de capital "golondrina" creó, así, la necesidad de varios miles de millones de dólares para que esos capitales y sus intereses usurarios pudieran convertirse nuevamente en dólares. Pero además, como el mercado financiero era libre, en él operaban también los testaferros rusos, transformando parte del producto de sus estafas en dólares baratos que remitían a sus amos en el exterior.

De esta manera, el funcionamiento del sistema comenzó a requerir muchos más dólares de los que entraban, por lo que la propia dictadura hizo tomar a las empresas estatales abultados préstamos en el exterior (solo YPF se endeudó en más de 5.000 millones de dólares por esta razón), que eran volcados al mercado libre. Este terminó "tragándose" literalmente, entre 1980 y 1981, más de 23.000 millones de dólares: una parte es la usura de los "capitales golondrinas", pero hay más de 15.000 millones que solo pueden explicarse, en su mayor parte, por el saqueo financiero realizado por los testaferros de la multinacional rusa a través del autopréstamo de los fondos mediante firmas "fantasmas", y su remisión al exterior bajo la forma de dólares.

El Cuadro N° 70 muestra con algunas cifras significativas del sector externo argentino, cómo se fue dando el proceso que describimos. Allí puede apreciarse que, pese a los importantes saldos comerciales favorables en el período 1976-79, la deuda externa pasó de representar el doble de las exportaciones a más de cinco veces en 1983. El incremento más notable fue el de 1981, con un balance comercial prácticamente equilibrado y salida de reservas de casi 4.000 millones de dólares.

Cuadro N° 70: **Evolución de las cuentas externas**
(en millones de dólares corrientes)

Año	Exportaciones	Importaciones	Saldo comercial	Saldo serv. financ.	Reservas	Deuda
1974	3.931	3.635	296	–333	1.341	8.089
1975	2.961	3.945	–985	–430	618	9.149
1976	3.916	3.033	883	–493	1.772	9.738
1977	5.660	4.100	1.560	–579	4.039	11.761
1978	6.400	3.834	2.566	–681	6.037	13.663
1979	7.810	6.712	1.098	–920	10.480	19.035
1980	8.021	10.541	–2.519	–1.531	7.684	27.162
1981	9.143	9.430	–287	–3.700	3.719	35.671
1982	7.626	5.337	2.289	–4.719	3.013	43.634
1983	7.835	4.502	3.333	–5.408	3.205	45.087
1984	8.107	4.583	3.524	–5.712	3.499	46.903
1985	8.396	3.815	4.581	–5.304	6.154	48.312
1986	6.853	4.723	2.130	–4.416	5.989	51.422
1987	6.359	5.820	539	–4.485	4.000	58.300
1988	9.133	5.322	3.810	–5.127	–	58.500
1989	9.579	4.203	5.374	–6.422	–	63.300

Fuente: BCRA.

Cuadro N° 71: **Deuda externa comercial y financiera**
(en millones de dólares corrientes)

Al 31/12	Sector público		Sector privado		Total	
	Com.	Financ.	Com.	Financ.	Com.	Financ.
1978	3.126	5.231	1.796	2.343	4.992	7.574
1979	3.173	6.787	3.279	6.795	6.452	13.582
1980	3.335	11.124	3.791	7.912	7.126	19.036
1981	2.636	17.388	2.759	12.888	5.395	30.276
1982	2.377	26.239	1.919	13.099	4.296	39.338
1983	2.406	27.702	2.160	12.819	4.566	40.521

Fuente: BCRA.

Observando las cifras para los años 1979-82, tendremos una idea del vaciamiento del país en que culminó la política "aperturista" de la dictadura. De un 20% del PBI que representaba la deuda externa al inicio del "proceso", pasó a representar más de

un 50% en 1982. Y los servicios financieros pasaron de llevarse el 10% de las exportaciones en 1977 a casi el 70% en 1983.

Para ofrecer un mayor detalle de cómo se conformó esa fabulosa deuda externa hemos confeccionado el cuadro N° 71. Ahí podemos ver que más de un 30% correspondió al sector privado. Pero, lo que es aún más definitorio, que la deuda de tipo financiero pasó a representar el 90% del total de la deuda externa. Es decir que el país no se endeudó porque haya comprado más de lo que vendió (en verdad casi siempre fue al revés), sino por los préstamos usurarios y refinanciaciones sobre refinanciaciones, que nos "vendieron" y que la política de la dictadura hizo "comprar" al país. Ni siquiera espejitos o cuentas de vidrio, sino solo papeles que se esfumaron con los verdaderos beneficiarios de la "plata dulce", dejándonos las deudas como pesadas cadenas.

Para determinar responsabilidades sobre este fabuloso endeudamiento financiero es necesario tener en cuenta que el mismo se produjo en el último año de la administración Videla–Martínez de Hoz y en el interregno Viola-Sigaut. Mientras por un lado se hacía endeudar usurariamente a las empresas estatales y se garantizaba el precio del dólar para que las firmas privadas tomaran sumas extraordinarias (a la "tablita" de Martínez de Hoz siguieron los seguros de cambio de Sigaut), los dólares entrados de esta manera eran absorbidos a través del mercado libre de cambio por los especuladores que se los llevaban dejándonos la deuda. Y muchas veces eran los mismos que hacían el préstamo los que después se llevaban los dólares, por lo que se trata de deudas ficticias (fraudulentas) aparte de usurarias[143].

Volviendo al Cuadro N° 70 podemos apreciar que la situación de la deuda externa siguió empeorando con el gobierno alfonsinista. Pues, desdiciéndose de todas sus promesas preelectorales, el doctor Alfonsín continuó en lo esencial la misma política económica de la dictadura.

143. Olmos, Alejandro, *Todo lo que usted quiso saber sobre la deuda externa y siempre le ocultaron*, Buenos Aires, 1985.

La llamada "patria financiera" mantuvo toda su vigencia, la industria nacional ha continuado cerrando sus puertas, los salarios y las empresas estatales han seguido deteriorándose, etc.

Lo sucedido con la deuda externa privada es ejemplificativo al respecto. En vez de investigar y desconocer la deuda ilegítima, como prometió Alfonsín antes de ser presidente, se terminó (en julio de 1985, siendo Juan V. Sourrouille ministro de Economía y José L. Machinea presidente del Banco Central) estatizando la deuda privada con garantía de cambio: beneficio que habían recibido los grupos económicos endeudados bajo la dictadura videlista, en 1981 (en el interregno Viola-Sigaut-Cavallo). Las mismas firmas y grupos favorecidas por la dictadura, gozarán de ésta y otras prebendas del alfonsinismo: Acindar, Aluar–Fate, Papel Prensa, grupos Bridas, Grüneisen, Celulosa Fabril, Perez Companc, Garovaglio y Zorraquín, Roberts-Alpargatas, Techint y Macri. Y mezclados, como para pasar en el montón, los holandeses de Cogasco, los españoles de AUSA y los estadounidenses de los grupos Rockefeller y Morgan: del primero, principalmente sus bancos, y del segundo sus grandes empresas, como Swift, IBM y Ford[144].

La evolución del salario

Para analizar lo ocurrido en la relación entre precios y salarios a partir de 1975 confeccionamos el Cuadro N° 72.

144. "Información sobre la deuda externa", en *Revista argentina de Política y Teoría,* número 8, diciembre de 1985, y Rapoport, Mario y colaboradores, *op. Cit.*, pág. 842. Para una amplia información sobre los acreedores de la deuda externa argentina, puede consultarse el libro de Jaime César Lipovetzky, *De cómo aprendieron a amar la deuda,* Editorial Distal, Buenos Aire, 1987. Como señala el propio autor en el prólogo del libro, en él se aporta algo que hasta ahora no había sido señalado: "que en nuestra economía no solo subsidia a la Unión Soviética a través del mecanismo de deterioro de los términos de intercambio comercial; sino que además, la URSS es acreedora neta de la Argentina. El dato parece extraño si se considera el saldo acreedor que nos deja el balance comercial con esa gran potencia. Pero se revela en toda su dimensión cuando en la lista de la banca acreedora de la Argentina, que se publica por primera vez en este libro, aparecen numerosos bancos y empresas de propiedad exclusiva y mixta de la URSS".

Cuadro N° 72: **Evolución del salario industrial**
(Indices base 1975=100)

Año	Salario Total Medio	Costo de Vida	Salario Medio real	Salario Peón real	Salario Medio 1948 = 100
1975	100	100	100	100	78,6
1976	366	544	67,4	57,5	53,1
1977	997	1.502	66,4	43,4	52,2
1978	2.708	4.137	65,4	28,2	51,4
1979	8.027	10.737	74,8	28,0	58,8
1980	18.018	21.548	83,6	34,0	65,7
1981	32.914	44.076	74,7	38,7	58,6
1982	77.982	116.700	66,8	34,0	52,5
1983	447.700	517.950	86,6	62,4	68,1
1984	3.957.375	3.764.244	105,1	65,7	82,6
1985	24.865.966	29.065.288	85,6	47,3	67,3
1986	49.582.450	55.251.249	89,7	46,3	70,5
1987	105.883.100	127.812.000	82,8	43,7	65,1

Fuente: Indec

El índice de salario real resulta de dividir el índice promedio anual del salario total medio por el índice de promedio anual del costo de vida (precios al consumidor-nivel general). Los índices del cuadro N° 72 muestran el impresionante avance de la inflación, a través del cual se deprimió el salario durante la dictadura y en los últimos años del gobierno alfonsinista, controlándose su aumento mediante la suspensión de las convenciones colectivas de trabajo y la actualización de los básicos por decretos indicativos. Agregamos la columna del índice del salario real del peón para tener una idea cabal de esa política, vigente sobre todo para los trabajadores rurales, del servicio doméstico y de las pequeñas industrias y comercio. En las grandes empresas, donde la encuesta del Indec registra el salario medio industrial mensual, el salario real promedio resulta mayor aunque, por medio de la represión, se logró mantener deprimido en más de un 30 % durante los tres primeros años de la dictadura.

También puede apreciarse en el Cuadro N° 72 que la parcial recuperación de los años 79 y 80 es nuevamente reducida con ma-

yor inflación durante la crisis en 1981 y 1982. El proceso de masas iniciado ese último año, pese a la derrota en la guerra de las Malvinas, permitirá una recuperación del salario real en 1983, que se ampliará gradualmente en 1984, lográndose superar el nivel de 1975, e incluso el de 1974 (el mayor del auge anterior), que en términos 1948=100 había llegado a 81,8. Desde inicios de 1985, primero con la inflación y después con el Plan Austral (junio de ese año), volverá a caer el salario real. Las luchas obreras permitirán una nueva recuperación relativa en 1986, pero nuevamente se recurrirá a la ya conocida política del robo inflacionario para deprimir el salario en 1987, política que continuó profundizándose en 1988 con mayores aumentos de tarifas y devaluaciones del austral y tasas de interés astronómicas.

El Plan Austral

A mediados de 1985 el gobierno alfonsinista a través de su ministro Sourrouille dio un brusco viraje en su política económica, anunciando el fin de la emisión monetaria para cubrir el déficit fiscal, un estricto congelamiento de precios y salarios y la creación de una nueva moneda: el austral.

Hasta ese momento, el gobierno alfonsinista venía operando con una supuesta mayor sensibilidad social, utilizando una "soga de seda" en vez del "cordel de cáñamo" que proponían Frigerio y Cavallo, o Alsogaray y el FMI. Era el llamado "gradualismo", ya intentado por Martínez de Hoz bajo la dictadura de Videla, pero que ahora, en el marco de las libertades burguesas formales, no lograba siquiera frenar el ritmo de inflación.

La inflación en nuestro país responde, de fondo, a la supervivencia del latifundio en el campo y a la dependencia global de nuestra economía respecto del imperialismo. La renta terrateniente y los beneficios extraordinarios del capital monopolista y usurario, principalmente imperialistas, absorben el grueso del esfuerzo productivo nacional, que es derivado a la especulación, cuando no se va directamente del país.

El intento de disminuir la inflación restringiendo la emisión monetaria, sin atacar sus causas de fondo, hace que falte el dinero en la producción y se vigorice la especulación. Por otro lado, la mayor emisión monetaria no estimula la producción, por el manejo de la oferta que tienen los latifundistas y los monopolios imperialistas. Solo se traduce en mayores precios, es decir más inflación.

En esta "pinza", el gobierno alfonsinista fracasó rotundamente en sus promesas de disminuir la inflación. Al contrario, ésta se desbocó, con el consiguiente agravamiento de la situación de los trabajadores del campo y de la ciudad, de la industria y el comercio nacionales, de las provincias y del propio Estado nacional, cuyo déficit se volvió ingobernable.

Desde el cambio de Grinspun por Sourrouille en Economía a comienzos de 1985, se había pretendido cubrir el déficit fiscal –como se reiteraría en agosto de 1986 y, nuevamente, desde principios de 1988– aumentando el precio de los derivados del petróleo y las tarifas, a un ritmo mayor que el de los otros precios. Pero dichos aumentos, a su vez, arrastran a todos los otros precios, con la consiguiente aceleración de la inflación. Entretanto, los sectores asalariados siguen siendo los principales perjudicados, pues lo que cobran, cuando lo cobran, alcanza cada vez para menos, y el déficit fiscal sigue aumentando, pues también los ingresos del gobierno –nacional, provinciales y municipales– se desvalorizan cada vez más rápidamente.

Las distintas opciones oligárquicas imperialistas no pueden romper el círculo de hierro: inflación-recesión; y en todas ellas, en definitiva, el salario termina siendo la "variable de ajuste". Pero, ¿es que no hay otra salida económica? Sí, pero solo puede obtenerse atacando a las fuentes de la renta, la usura y la especulación, a los factores del atraso y la dependencia, haciendo que la crisis la paguen sus verdaderos responsables.

Esto es precisamente lo que no hizo ni pensó hacer el gobierno alfonsinista. Por el contrario creyó (o simuló creer en función de los intereses terratenientes e imperialistas que representaba)

que es posible acabar con la inflación, y aun más, que es posible lograr un desarrollo cierto de la economía nacional, basándose en esos factores: garantizando una elevada renta terrateniente y beneficios extraordinarios a los grandes monopolios y al capital financiero imperialistas. Ese fue el sentido principal de la política inflacionaria que aplicó el gobierno con Grinspun, y ese fue también el sentido principal de su Plan Austral, cuando la situación se hizo insostenible bordeándose la hiperinflación.

Con la política de Grinspun, a través de la inflación, se provocaba una redistribución de los ingresos a favor de la renta agraria y de la usura, en desmedro de los salarios, jubilaciones y otros ingresos fijos (aun cuando estos últimos se indexaron, sus aumentos iban detrás de los otros precios) y también de los campesinos y de la industria nacional (sobre todo por el mayor aumento de los arrendamientos y de la usura, que se comían no solo la ganancia sino también el capital). La carrera comenzó a hacerse infernal, sobre todo porque los asalariados, con su lucha, no se mostraban dispuestos a soportar ese robo (de ahí que el gobierno acusara como responsable de la inflación a los aumentos de salarios, cuando en realidad es al revés).

Con el llamado gradualismo no se resolvía, ni se resuelve, ninguno de los problemas de los trabajadores, ni del país. Pero con el "shock" aplicado a partir del viernes 14 de junio de 1985, si bien se logró hacer disminuir drásticamente el índice, tampoco se acabó con la inflación ni se obtuvieron otros supuestos propósitos como aumentar la producción y mejorar el salario real. Porque no se aplicó contra los terratenientes e imperialistas, y ni siquiera contra la especulación financiera, sino tratando de salvarlos.

El Plan Austral no colocó a todos los argentinos en el mismo punto de partida. Al contrario, su primer resultado fue un ahondamiento del abismo entre el precio de la fuerza de trabajo (salario) y los demás precios de la economía (particularmente los precios monopolistas, la renta y la usura).

El gobierno, a través de la devaluación y del aumento de sus precios y tarifas, se anticipó especulando con las medidas de con-

gelamiento que él mismo iba a tomar. Y los sectores imperialistas y de terratenientes y grandes burgueses intermediarios que estaban tras el gobierno, particularmente los sectores prorrusos, conocedores de la noticia ("filtrada" oficialmente el miércoles 12 de junio, como cobertura) también anticiparon sus precios y, además, se embolsaron millones de pesos especulando con la corrida del jueves 13 (sus "técnicos" le dejaron todo el día, produciendo el feriado bancario recién el viernes 14).

Hablando en una reunión partidaria el sábado 15, el ministro Sourrouille afirmó que "el gobierno tuvo mucho que ver con el aumento de la carne, porque no podía haber congelamiento sobre precios deprimidos". Sin embargo, no tuvo igual sensibilidad con los deprimidos salarios, jubilaciones y pensiones, que cargarían nuevamente con el principal peso del "ajuste".

Con la llamada política gradualista, el gobierno venía supuestamente tratando de reducir la inflación, con una "pauta" de corrección del salario del 90% del aumento del costo de la vida al mes vencido. Así se había hecho disminuir el salario real de enero a mayo de 1985 en un 13,5%, como puede apreciarse más adelante en el cuadro N° 73. Pero el mantenimiento del sistema, para que funcionara el robo salarial, implicaba tasas crecientes de inflación. Entonces, con el Plan Austral, se resolvió lanzar el congelamiento salarial, respetándose solo el 90% del aumento de precios ocurrido en mayo. Se otorgó así un 22,5% de aumento en los salarios, con lo que aparte del faltante de 2,5 de mayo (la tasa de inflación había sido del 25%) se les sacaba a los trabajadores asalariados la diferencia por los aumentos de precios de junio (30%), por el tiempo que durara la "ilusión", como calificaron, posteriormente al plan, Canitrot y el propio Alfonsín.

En lo que respecta a la política de ingresos, como podemos ver, no se modificaron los objetivos que tenía antes el gobierno alfonsinista. Se hicieron, eso sí, más drásticos y, por tanto, empeoró la situación de los trabajadores del campo y de la ciudad, de la pequeña y mediana empresa y de las provincias. Incluso el gobierno nacional, aunque llevara ventaja con relación a los más

perjudicados, no podía garantizar el control de su déficit porque los grandes especuladores (terratenientes y monopolios imperialistas) le llevaban la delantera y, además, porque la disminución del consumo popular y el aumento de las quiebras terminarían achicando sus recaudaciones.

Si no existieran el latifundio y los monopolios, para frenar la inflación bastaría la reducción del gasto público y la eliminación del déficit fiscal. Por eso Alsogaray, los técnicos del FMI, e incluso Frigerio y Cavallo, que niegan la existencia de los terratenientes y del imperialismo (o que creen que estos elementos pueden "ayudarnos"), dicen que podrían detener la inflación liberando precios y permitiendo paritarias. Pero el alfonsinismo, jaqueado por la creciente movilización obrera, no quiso correr riesgos y optó por imponer, a través del congelamiento, la drástica reducción de los salarios reales que conlleva todo plan de estabilización proterrateniente y proimperialista.

En este marco, la reforma monetaria pudo consistir en una magistral maniobra política (para ganar tiempo, se entiende, ante una difícil situación interna e internacional), que permitió reducir temporariamente las expectativas inflacionarias e incluso el ritmo inflacionario (por la desindexación y el control de precios). Pero no sirvió para acabar con la inflación.

En otras condiciones, la reforma monetaria constituye un instrumento fundamental para acabar con la especulación y orientar el dinero hacia la producción. Pero eso no es lo que buscaban los sectores hegemónicos en el gobierno alfonsinista. Bajaron los porcentajes de inflación, pero no bajó la proporción de valor agregado que se apropian los terratenientes y el imperialismo. Al contrario, en esas condiciones, la escasez de dinero haría crecer la proporción que se lleva la usura.

Una comparación necesaria

El gobierno alfonsinista comparó su Plan Austral con reformas monetarias famosas, como las de la posguerra en Europa y la

de China en 1950. Particularmente, con la que en junio de 1948 se realizó en Alemania a favor de la gran burguesía industrial.

Sin embargo, los "ajustes" alfonsinistas se parecen más a la reforma germana de 1923, dirigida a salvar los terratenientes prusianos. Dicha reforma fue implementada para detener la hiperinflación a que condujo la política de traición al movimiento obrero de la socialdemocracia de Friedrich Ebert y compañía (los asesinos de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht en enero de 1919). Se basó en una política favorecedora de la renta terrateniente (de ahí el nombre de Rentenmark que se dio a la nueva moneda), haciendo pagar el ajuste principalmente al Estado (el déficit fiscal fue eliminado dejándose en la calle a la mitad de los trabajadores estatales, y no se establecieron controles de precios). En esto último se diferencian los alfonsinistas de Alsogaray o de los técnicos de la Universidad de Kiel (Alemania), pues tratan de mantener el aparato del Estado recurriendo al congelamiento salarial como medio de cargar el peso del ajuste principalmente sobre los salarios (tanto de estatales como de particulares) y jubilaciones.

En relación con la reforma alemana de 1948, las diferencias son mucho más profundas. Los terratenientes prusianos habían sido derrotados en la guerra, Alemania se encontraba ocupada, con un alto grado de endeudamiento externo e interno y una inflación reprimida por controles, encubriendo una especulación que devoraba todo esfuerzo productivo.

La reforma alemana de 1948 no fue una reforma popular, en el sentido en que lo fueron las del Este europeo en esos años y, posteriormente, la de China Popular. Pero, a diferencia de la alfonsinista, al golpear centralmente al capital financiero y favorecer al capital industrial, los asalariados resultaron relativamente favorecidos.

En Alemania, en junio de 1948, se creó una nueva moneda, el Deutschmark (DM), equivalente a 10 Reichsmark (RM). Pero el RM dejó de tener valor inmediatamente: no se cambiaba por el DM, sino que se dio una semana para depositar la vieja moneda y después se establecieron las condiciones para su devolución par-

cial. Cada persona que tuviera más de 5.000 RM debería probar su origen.

La nueva moneda, que se emitió en una cantidad fija, no se distribuía según las tenencias de la vieja moneda o de valores equivalentes, sino que se estableció una cuota *per cápita* de 60 DM (40 en junio y 20 en agosto), que colocaba en una igualdad de partida, en cuanto a tenencia de moneda, a cada ciudadano alemán. En cuanto a las empresas se les daba 60 DM por cada persona que ocupaban, para el pago de los salarios y funcionamiento para estimular la ocupación. Además, los salarios no se devaluaron sino que se revaluaron en un 100%, aunque partiendo de los niveles anteriores congelados (para los salarios 100 RM equivalían a 100 DM).

Aquí, en la Argentina alfonsinista el salario venía también retrasado, como dijimos. Pero no se buscó equipararlo, sino reducirlo aun más, no reconociéndosele el retraso anterior (como se hizo, por ejemplo, con la carne) y ni siquiera el retraso de la primera quincena de junio.

En Alemania, aparte de revaluarse los salarios, se mantuvieron congelados en el nivel anterior los precios de los productos agropecuarios alimenticios, de los alquileres y de las materias industriales básicas, como el hierro, el carbón y el acero. Aquí, además de la "sensibilidad" mostrada hacia los terratenientes y los monopolios de la alimentación (Cargill, por ejemplo, fue "contemplado" en su reclamo posterior), monopolios como Aluar, Acindar, Techint, fueron advertidos con anterioridad sobre el congelamiento permitiéndoseles aumentar sus precios hasta en un 40%, con lo que ello implica para los costos de la materia prima de la pequeña y mediana industria.

Otra diferencia básica fundamental se produjo de inicio a favor de la especulación, ya que al no dirigirse a golpear centralmente al capital financiero, el alfonsinismo facilitó que éste se embolsara una gran parte de la operación.

En Alemania, si bien previamente la reforma fue más discutida que aquí, se mantuvo realmente en secreto su implementación

y se lanzó un domingo a la noche, con vigencia desde el mismo lunes. No se dio tiempo a la especulación con el RM. Pero además, aunque hubiera habido algún "avisado", al anularse el valor del dinero y todos sus equivalentes, dejando solo la alternativa del depósito dentro de la semana, se pudo controlar y producir las quitas a los montos mayores.

En la Argentina la noticia se "filtró" el miércoles y, ante el hecho consumado, no se cerró el mercado el jueves sino recién el viernes. Es decir que se dejó todo un día para que, en la confusión, los tenedores de dólares se hicieran más de mil pesos por unidad; pesos que luego cambiarían por el austral, como cualquier vecino, a la equivalencia de 800 por dólar. Además, como dijimos, el gobierno y sus amigos "actualizaron" extraordinariamente sus precios, en perjuicio de los salarios y de otros precios no monopolistas.

De inicio la reforma, no dirigida contra la especulación, permitió a los especuladores que hicieran su negocio con ella, con el consiguiente desmedro de los asalariados y demás sectores no monopolistas.

Otra diferencia con la reforma alemana de 1948, es que allí se anularon todos los valores especulativos (títulos de la deuda pública, ajustables o no) y se produjo una condonación de todas las deudas en un 90%. Quien debía 100 RM no tenía que pagar 10 DM sino 1 DM. Esto evitó la quiebra de la mayoría de las empresas y produjo una disminución real, y duradera, de los costos financieros.

En la reforma alfonsinista, la desindexación de los créditos provocó un alivio parcial, pero sobre todo en perjuicio de los pequeños ahorristas, que son los que operan en el plazo fijo. Los grandes pudieron seguir colocando su dinero en negro y especulando, ante la necesidad de australes que tuvieron sobre todo las pequeñas y medianas empresas, dado sus mayores dificultades de acceso a los créditos de la banca oficial y a los redescuentos del Banco Central. Con estos últimos el gobierno alfonsinista terminó triplicando la base monetaria en un año.

Esto nos lleva a otra diferencia fundamental con la reforma alemana, pues aquélla se acompañó de una drástica reducción del crédito bancario, la prohibición del déficit fiscal y una severa limitación de la emisión monetaria, estableciéndose rígidamente un tope máximo. Aquí, en cambio, el gobierno se comprometió a no emitir para financiar el déficit fiscal, pero nada impidió que siguiera colocando Letras de Tesorería y, después, cuanto bono se le ocurrió inventar. Para acabar con el déficit debería hacerse como en Alemania donde, además de repudiarse toda deuda interna del Estado, se gravó con un impuesto de emergencia del 50% a todos los bienes inmuebles no afectados por la guerra y, con un impuesto al capital de hasta el 90% sobre el antiguo valor de los bienes, se hizo lo mismo con las máquinas y las existencias de mercancías de las empresas.

El robo inflacionario

El Plan Austral produjo el "efecto psicológico" buscado por el gobierno alfonsinista. Pero el problema económico argentino no se resuelve simplemente quebrando las "expectativas inflacionarias", como afirman la mayoría de los políticos burgueses.

Con el cambio de la moneda, el congelamiento de precios y la desindexación de las deudas, el alfonsinismo logró en su momento achatar el índice de inflación. Y con esto pudo crear una expectativa favorable en las clases dominantes, en vastos sectores de la burguesía y pequeñoburguesía e incluso en importantes sectores de la clase obrera, todavía influenciados por las ideas dominantes. Se decía que estábamos ante una reedición del "milagro alemán" de posguerra.

Pero como analizamos antes, aun cuando el Plan Austral tuviera alguna semejanza con la reforma monetaria alemana de 1948, tenía por lo menos dos diferencias de fondo: una, que la reforma alemana se hizo claramente contra la especulación y a favor de la producción, golpeando centralmente al capital financiero; y otra, que se mejoraron los salarios y jubilaciones, aunque fuera limita-

damente, pues lo fundamental era favorecer la recomposición de la gran burguesía industrial alemana.

En cambio, con el Plan Austral los principales perjudicados fueron, en definitiva, la producción y los salarios. Si bien se desindexaron las deudas, se perjudicó más a los pequeños ahorristas que al capital financiero. Por el contrario, el poder de éste se reforzó, garantizándosele tasas reales positivas en desmedro de la producción. Y en cuanto a los salarios y jubilaciones, ellos siguieron siendo la principal "variable de ajuste" para mantener deprimidos los índices de inflación.

Pretendiendo que la causa principal de la inflación era puja entre los obreros y los empresarios (eximiendo así de su responsabilidad a los terratenientes y usureros), el equipo de Sourrouille congeló "las variables" salarios y precios, queriendo hacerlas negativas mientras mantenía positivas la renta terrateniente y el interés (los precios de la tierra y del dinero, que serían "buenos"). Entretanto, el gobierno se cubría y cubría a sus amigos ("coroneles" de la industria y las finanzas) con créditos de los bancos oficiales y redescuentos del Banco Central, por lo que continuaron la emisión monetaria y el robo inflacionario en los salarios y jubilaciones.

En las propias estadísticas del gobierno –que ocultaban parte de la verdad, pues se hacían a los precios oficiales– se puede observar que el ingreso de los trabajadores en la mayoría de los meses, desde que se inauguró el Plan Austral, estuvo por debajo del nivel de mayo de 1985, cuando los salarios ya venían atrasados; y si, con las luchas, se logró volver a ese nivel (no decimos recuperar, porque lo robado los meses anteriores nunca se devuelve), eso no se sostuvo más de un mes, como puede apreciarse en el cuadro N° 73 que consigna el índice de salario real confeccionado con base en el salario total medio mensual por trabajador industrial (en otros sectores, como construcción, comercio, estatales, rurales, servicio doméstico, etc., el deterioro fue muy superior, y peor aun para los jubilados y pensionados).

Cuadro N° 73: **Salario real medio industrial**
(índice base enero de 1985= 100)

Período	**1985**	**1986**	**1987**
Enero	100,0	88,1	87,1
Febrero	84,7	77,1	73,9
Marzo	85,9	75,2	74,7
Abril	84,4	78,5	78,9
Mayo	86,5	83,8	75,1
Junio	78,5	70,5	76,8
Julio	76,3	86,4	75,2
Agosto	73,4	87,5	71,9
Setiembre	73,9	79,9	76,7
Octubre	79,4	86,4	76,6
Noviembre	75,2	79,7	68,9
Diciembre	82,5	85,6	77,5

Fuente: Indec

Como se puede ver en el Cuadro N° 73, ni el Plan Austral (junio de 1985), ni los maquillajes posteriores llamados "australitos" (en agosto de 1986 y en enero de 1987), fueron dirigidos a proteger el salario. Cuando los congelamientos hicieron crisis, la inflación volvió por sus fueros y se acentuó el robo salarial. ¿Cómo es esto?

Los asalariados dan su fuerza de trabajo a crédito, es decir, la van entregando todos los días pero recién cobran después de la quincena o a fin de mes. Son los únicos vendedores a crédito del sistema capitalista que no recargan o cobran interés y, además, se los estafa con la inflación: tienen que pagar el alquiler por adelantado, el traslado a su trabajo y comer, por lo menos, al contado. O pagar con recargo cuando les fían. Pero ellos tienen que fiarle gratuitamente la fuerza de trabajo a los patrones (que, por otra parte, se quejan si les piden anticipos a cuenta de algo que ya les han prestado), con el agravante que cuando cobran los trabajadores, el dinero que reciben vale de un 10 a un 20 por ciento menos según hayan subido los precios.

Es decir que todos los meses los salarios y jubilaciones padecen de doble robo (aparte de la explotación propia del sistema capitalista). El primero surge de la disminución del salario real,

lo que se puede ver directamente –aunque no en toda su magnitud– en la tabla que mostramos con las cifras oficiales. El segundo, más difícil de ver, aunque también lo sufre la mayoría de los trabajadores –salvo los que cobran diariamente–, surge de la propia inflación, al anticipar su trabajo y cobrar por quincena o mes vencido.

Todos los capitalistas son parte de este juego, voluntaria o forzadamente, aunque no todos se pueden quedar con la diferencia. Esta ganancia es mucho menor sobre todo para los pequeños y medianos patrones, que sufren también los recargos de precios a manos de los monopolistas, y que son además los que tienen que pagar los intereses y las rentas (alquileres, arrendamientos) más elevados.

Con políticas como las del Plan Austral (con intereses y rentas positivas), los únicos que se benefician son los grandes terratenientes y monopolistas, en desmedro en primer lugar de los trabajadores asalariados, pero también de los otros sectores productores que, en definitiva, terminan siendo intermediarios de los grandes terratenientes y monopolios imperialistas para la mayor explotación obrera.

Solamente así se puede entender que haya quienes consideraron un éxito el Plan Austral, más allá del "efecto psicológico" de la depresión de los índices. En particular, las clases dominantes; aunque después terminaran quejándose por no poder seguir cobrando los fabulosos porcentajes de renta y usura cuando, por la crisis, se redujeron todos los ingresos.

Viendo las cosas desde un punto de vista global, lo dijimos desde el principio en el semanario *hoy*[145], el Plan Austral estaba destinado al fracaso. Incluso en el objetivo limitado de acabar con la inflación. Se podía y se puede bajar y controlar el índice de precios, pero éste es solo un síntoma, no la causa de fondo de la inflación. Esa causa reside en el atraso latifundista y la depen-

145. "La reforma monetaria", en *HOY servir al pueblo*, número 75, 26 de junio de 1985.

dencia del país, factores a los que no golpeó el Plan Austral; por el contrario, buscó beneficiarlos pretendiendo que el país iba a salir adelante "modernizándolos".

Los resultados quedaron a la vista: más hambre y más quebrantos. El latifundio y los monopolios, "modernizados", no garantizaron mayor desarrollo agrario ni industrial, y la industria y el comercio nacionales agravaron su bancarrota.

Los cambios en la industria

Pese a la política desintegradora de la industria aplicada por la dictadura videlista, que hizo perder importancia relativa a las actividades manufactureras, éstas siguieron representando más de la mitad del total del producto en bienes. Tomando el producto interno en el sentido que se contabiliza en nuestro país, es decir el valor agregado bruto para bienes y servicios[146], la participación se mantiene en la década de 1980 en el 24 % (hay que tener en cuenta que el 55% corresponde al total de los servicios), según se puede apreciar en el cuadro N° 74.

146. El producto bruto interno se calcula de acuerdo a los ingresos percibidos por los denominados factores de producción (lo que se llama PBI a costo de factores) o por la diferencia entre el precio de mercado de los productos y el precio de los insumos (materias primas y bienes intermedios) utilizados por cada rama (lo que se llama PBI a precios de mercado). Las distorsiones que se pueden producir con relación al peso, o más exactamente el valor agregado efectivamente por los sectores, son muy grandes. Por ejemplo, algún servicio que no representa ningún agregado real al producto pero que, por distorsiones de la economía, ocupa una gran cantidad de mano de obra e incluso de capital figurará con una importante contribución al producto. O cuando existen precios de monopolio en una rama, ésta puede aparecer muy sobrevaluada en relación con lo que es su contribución real. Podemos obtener una idea de esto si comparamos ciertos precios en nuestro país con los de otro. Por ejemplo, un automóvil en nuestro país tiene un precio tres veces superior al de Estados Unidos, mientras que el trigo un precio similar o menor: el valor agregado por la industria automotriz aparecerá sobrevaluado y, en comparación, el de la agricultura aparecerá subvaluado.

Cuadro N° 74: **Sectores de la actividad económica en el PBI**
(en porcentajes del total)

Sectores	1970	1975	1980	1983	1986	1989
Agropec., silvic., caza y pesca	13,2	13,1	12,5	15,2	14,8	9,6
Explot. de minas y canteras	2,3	2,2	2,5	2,7	2,5	3,2
Industria manufacturera	27,0	27,8	24,6	23,9	24,2	30,9
Construcción	6,5	5,9	6,5	4,2	3,2	6,2
Servicios	51,1	51,1	53,9	54,0	55,1	50,1

Fuente: BCRA

Durante 25 años, hasta mediados de la década de 1970, la tasa anual promedio acumulativa de la industria había sido del orden del 4%, mientras el sector agropecuario había mostrado una leve recuperación relativa con una tasa anual de crecimiento del 2%.

La situación se vuelve dramática con la política aplicada a partir del golpe de Estado de 1976, aunque como veremos no todos los sectores son afectados por igual. De conjunto, la industria manufacturera cae un 8% en la década. En tanto, el sector agropecuario, como consecuencia de sus limitaciones apenas mantiene su performance anterior, mostrando en el total de la década un escaso 15% de crecimiento, insuficiente para actuar como motor del conjunto de la economía nacional. Los mayores "excedentes" del sector terrateniente no se reinvertirán en el campo, pero tampoco son derivados hacia una genuina inversión industrial.

En cuanto a la absorción de mano de obra, también la industria manufacturera se vio drásticamente afectada. Mientras pasó de ocupar 500.000 obreros a 1,2 millones entre 1935 y 1948, superando los 1,5 millones en 1974, para 1985 había caído a menos de 1,4 millones de obreros[147].

Según el censo industrial al 30-4-85, las proyecciones hechas sobre la base de la Encuesta Trimestral del Indec reducían la cifra a poco más de un millón de obreros porque en la muestra participa

147. Dávila, Néstor, "Los cambios operados en la estructura productiva y la burguesía nacional", en *Revista Argentina de Teoría y Política*, número 12, Mayo-Julio de 1987.

una proporción mayor de empresas grandes –las que ocupan más de 100 obreros–, que fueron las principales expulsoras de mano de obra en el período 1976-85, como surge del Cuadro N° 76.

La disminución del número de obreros en la industria tiene que ver con el proceso de desintegración (de "transformación" o "modernización", se lo definió oficialmente) de la industria iniciado por la dictadura militar de 1976/83. Proceso que afecta a las industrias más antiguas y menos concentradas, mientras privilegia a otros rubros de menor utilización relativa de mano de obra.

En el cuadro N° 75, que muestra la participación de las distintas ramas en el total de la industria manufacturera, puede apreciarse la importancia relativa de cada una de ellas y su evolución entre los años 1970 y 1986.

Cuadro N° 75: *Participación por ramas en la industria manufacturera*
(en porcentajes del total)

Ramas	**1970**	**1975**	**1980**	**1983**	**1986**
Aliment., Bebidas, Tabaco	21,7	21,1	21,7	22,5	25,0
Textil, Vestido, Cuero	13,2	12,5	10,0	10,3	9,3
Madera y muebles	2,1	2,0	1,8	1,4	1,3
Papel, Imprenta, Edit.	5,7	5,7	5,0	5,2	5,0
Químicos y otros	13,6	13,6	14,8	16,8	17,3
Minerales no metálicos	5,6	5,4	5,4	5,1	4,3
Ind. metálicas básicas	5,0	5,2	5,5	6,5	6,3
Maquinarias y equipos	26,3	27,6	28,8	25,6	24,5
Otras ind. manufactureras	6,9	6,9	6,9	6,9	6,9

Fuente: BCRA

Los cambios en los años ochenta

Para ofrecer una idea global de los cambios operados en la estructura industrial en la década de 1980, realizaremos una comparación entre los censos de 1974 y 1985[148]. De los 140.00 establecimientos censados en 1963, se pasó a 126.00 en 1974 y a apenas 109.00 en 1985, lo que implica una aceleración en el ritmo de dis-

148. Siguiendo el trabajo de Néstor Dávila antes citado.

minución de los establecimientos del 10% al 14%, en las décadas 63-74 y 74-85 respectivamente. Como surge del Cuadro N° 76, la mayor disminución se ha operado en el número de establecimientos que ocupan menos de 10 obreros, cayendo su participación en el total del valor de la producción, aunque mantienen la proporción en el número de obreros ocupados. Esta disminución de la productividad en el sector de pequeñas empresas, que pudieron sostenerse, basándose en una mayor disminución del salario real, indicaría la profundización del fenómeno de concentración y centralización industrial que ya analizamos hace 30 años con Elsa Cimillo y Edgardo Lifschitz[149].

Cuadro N° 76: **Estructura industrial 1974 y 1985**

Establecimientos	**Cantidad**	**%**	**Obr. Ocup.**	**%**	**% de la prod. total**
Censo de 1974 (30–9–74)					
Hasta 10 trabajadores	108.072	85,6	331.337	21,7	9,4
De 11 a 50 trabajadores	13.931	11,0	298.336	19,6	15,3
De 51 a 100 trabajadores	2.045	1,6	142.980	9,4	10,3
Más de 100 trabajadores	2.175	1,7	752.997	49,4	65,0
Totales	**126.219**	**100**	**1.525.650**	**100**	**100**
Censo de 1985 (30–4–85)					
Hasta 10 trabajadores	89.648	81,9	300.522	21,9	7,4
De 11 a 50 trabajadores	15.666	14,3	329.815	24,0	15,7
De 51 a 100 trabajadores	2.123	1,9	148.562	10,8	10,5
Más de 100 trabajadores	1.999	1,8	594.274	43,3	66,4
Totales	**109.436**	**100**	**1.373.173**	**100**	**100**

Fuente: Censos económicos de 1974 y 1985

En el otro extremo, los establecimientos que ocupan más de 100 obreros mantienen su proporción, aunque ha disminuido en términos absolutos y relativos el número de obreros ocupados, aumentando levemente su participación en el valor total de

149. Elsa Cimillo, Edgardo Lifschitz, Eugenio Gastiazoro, Horacio Ciafardini y Mauricio Turkieh, *Acumulación y centralización del capital en la industria argentina*, Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1973.

la producción. Es en este sector, en consecuencia, donde se han operado los mayores aumentos en la producción por obrero ocupado. Es decir, nos encontraríamos frente a una "modernización selectiva" que ha permitido a los monopolios imperialistas y a la gran burguesía intermediaria acrecentar su participación en un volumen de producción disminuido, reduciendo el personal y acrecentando notablemente la productividad y la superexplotación de los trabajadores.

Esta "modernización selectiva", con créditos subsidiados, estatización de las deudas con el exterior, salvatajes "puntuales", etc., es parte de la estrategia desindustrializadora de la dictadura, continuada, sin demasiadas variantes de fondo, por el gobierno alfonsinista. Ya nos referimos a este fenómeno al hablar de los cambios en la estructura de la industria manufacturera (Cuadro N° 75). Para apreciar sus efectos en cada una de las ramas en el último decenio confeccionamos el cuadro N° 77.

Cuadro N° 77: **Tendencias de la producción industrial**
(Índice base: 1975=100)

Ramas	**1980**	**1983**	**1986**
Alimentos, beb. y tabaco	102,3	93,9	109,7
Textil, confec. y cuero	79,2	70,5	68,5
Madera y muebles	90,0	64,4	61,1
Papel, imp. y edit	85,9	79,4	81,3
Químicos y otros	107,7	108,6	117,5
Minerales no metálicos	98,8	82,5	72,9
Metales básicos	105,7	110,1	112,1
Maquinarias y equipos	103,7	81,6	82,2
Otras	99,1	87,9	92,3
Total ind. manufacturera	**99,2**	**88,0**	**92,3**

Fuente: BCRA

En general, las ramas más afectadas son las vinculadas al consumo masivo de bienes en el mercado interno, mostrando una caída superior al 30% los rubros textiles, confecciones y cuero, ma-

dera y muebles. Estrechamente relacionada con construcciones (Cuadro N° 74), también ha caído un 27% la rama de minerales no metálicos (antes: piedras, tierra, vidrio y cerámica). Productos químicos es la única rama vinculada al mercado interno que creció, en particular en lo que respecta al petróleo y carbón, debido a la importante expansión de algunos servicios que los demandan (notoriamente: electricidad, gas y agua, que de una participación de 2,9% en el PBI en 1975 pasaron a 4,7% en 1986). Las otras dos ramas que crecieron, aunque limitadamente, lo han hecho sobre todo en relación con la exportación: ciertos productos como los de la industria alimenticia y metálicos básicos, también en beneficio de empresas de alta concentración que se han transformado en importantes exportadoras. Así, junto a las tradicionales exportadoras de granos (ACA, Nidera, Dreyfus, Cargill, Bunge y Born y La Plata Cereal), entre las diez primeras exportadoras del país encontramos, aparte de Swift (carne y derivados), a Aluar-Fate, Siderca y Acindar.

Volviendo al tema de la concentración de la economía argentina, los datos del censo industrial (Cuadro N° 76) nos dan una primera idea de la concentración de la producción. Allí podemos ver que, mientras en un extremo menos del 2% de los establecimientos concentra el 66% del volumen total de la producción industrial, en el otro extremo, un 82% de los establecimientos cubre apenas un 7% de la producción. Esto de todas maneras es un pálido reflejo de la concentración y centralización del capital que existe en nuestro país, ya que el censo se refiere a establecimientos y las grandes firmas suelen tener varios. Además, los grandes grupos económicos concentran varias empresas o firmas, incluso de actividades muy variadas.

Capítulo XVIII
Del menemato al Argentinazo

El triunfo electoral de Menem abrió, de inicio, una gran esperanza en los trabajadores y el pueblo argentino que esperaban que, por primera vez en muchos años, hubiera una política a favor de los intereses populares. Pero los postulados de contenido nacionalista y reformista levantados por Menem en la campaña electoral fueron abandonados a poco de asumir el gobierno. La esperanza en el salariazo y la revolución productiva fue defraudada y desmentida por las políticas menemistas. La traición de Menem, dada su condición de dirigente peronista y la complicidad de las jerarquías sindicales, golpeó duramente al movimiento obrero y abrió un período de reflujo en el movimiento popular.

En el contexto de los profundos cambios operados en el plano internacional, en particular el colapso de la superpotencia socialimperialista, el gobierno de Menem llevó adelante una política liberal privatizadora, de entrega y ajuste antipopular, en particular antiobrera. Se pasó de una economía fuertemente estatizada a la economía de mercado y desregulada. Se liquidaron ramas enteras de la producción nacional, en especial las más avanzadas tecnológicamente, importantes para un desarrollo independiente de la economía nacional. Incluso se retrocedió en sectores importantes de la industria liviana como la metalúrgica, textil o la del calzado. Con ello se expulsó masivamente mano de obra, se liquidó a

grandes sectores de la burguesía nacional, en especial la pequeña y mediana, se agravó la crisis agraria crónica en ciertas zonas y se sumió en la miseria a regiones enteras del país, llevándose a la crisis financiera a la mayoría de las provincias. Se pulverizó la legislación laboral producto de más de un siglo de luchas obreras, y se ajustaron las leyes laborales a los nuevos métodos de trabajo que imponen los monopolios.

Con la traición del menemismo a los acuerdos políticos y al programa del Frente Justicialista Popular (Frejupo) con el que se había derrotado al programa abiertamente liberal del alfonsinismo, Eduardo Angeloz, en grandes masas se abrió un período de confusión. La CGT fue copada por los sindicalistas colaboracionistas con el menemismo. Lo fundamental de la dirección nacional del Partido Justicialista colaboró con la política menemista al igual que sectores importantes de las direcciones provinciales. Se rompió el Frejupo; la corriente nacionalista en las Fuerzas Armadas fue disgregada. El gobierno de Menem coronó con los indultos la impunidad a los genocidas de la dictadura iniciada por las leyes de "Obediencia Debida" y "Punto Final" de Alfonsín. La capa superior de la burguesía nacional expresada por el menemismo se alió al imperialismo (particularmente estadounidense), a los terratenientes y a la burguesía intermediaria[150].

El imperialismo ruso, luego de la caída del muro de Berlín en 1989 y del golpe de Estado de agosto de 1991 en la ex URSS, perdió posiciones importantes y debió replegarse a escala mundial. En la Argentina, en este contexto y también como resultado de los golpes recibidos por la lucha obrera y popular y la fractura en las Fuerzas Armadas, el imperialismo ruso perdió su condición de potencia hegemónica en las clases dominantes, posición que mantenía desde 1971.

150. El análisis de este proceso es desarrollado por Otto Vargas en el capítulo XVI: "1990-1997. Menemismo, auge de luchas y situación internacional", agregado a la segunda edición del libro de Jorge Brega, *op. cit.*

El imperialismo estadounidense aprovechó sus posiciones en el FMI y las finanzas mundiales, y se apoyó en el hecho de que lo fundamental de la deuda externa argentina es estatal y los bancos norteamericanos son los principales acreedores de esa deuda, para imponer su refinanciación a través del llamado Plan Brady y penetrar profundamente en la economía, las Fuerzas Armadas y represivas, y en la política nacional. Se transformaron en la **potencia hegemónica** en el bloque de las clases dominantes. Esto, en un contexto de agudización de la rivalidad, particularmente en el terreno económico, con los imperialismos europeos, ya que los monopolios de estos imperialismos fueron los que mejor utilizaron a su favor la política de privatizaciones y el cambio que significó pasar de una economía fuertemente estatizada a la economía de mercado y desregulada que implementó el gobierno de Menem.

El gobierno de Menem dio un gran impulso al Mercosur. Este, con los planes y políticas de Menem, en Argentina, y de Cardoso, en Brasil, se transformó en un instrumento importante para el objetivo de las clases dominantes de nuestros países de instalar una economía de mercado, desregulada, de "libre empresa", dominada por un puñado de monopolios y terratenientes.

Cambios en la producción y en los mercados externos

Luego de un primer intento de mantener las "regulaciones" de los mercados heredadas del alfonsinismo, y tras el fracaso de "concertar" precios con los monopolios a través de los funcionarios de Bunge y Born en el ministerio de Economía, que desembocó en un nuevo golpe hiperinflacionario a fines de 1989, el gobierno de Menem, con Erman González como ministro de Economía, se orientó hacia una política más abiertamente liberal, no sin antes "incautarse" de todos los depósitos a plazo fijo y en caja de ahorro existentes al 28 de diciembre de 1989. Así, en enero de 1990, se lanzó el llamado Plan Bonex, que consistió en el canje

compulsivo por títulos públicos en dólares a diez años, de esos depósitos y de los títulos de deuda interna del Estado, medida inspirada por Domingo Cavallo, entonces canciller del gobierno menemista. Después de un año de titubeos con varios planes Erman de por medio, tras el escándalo político que provocó la denuncia del embajador de los Estados Unidos, Terence Todman, de un intento de soborno a la empresa de ese origen Swift (el llamado "Swiftgate"), Menem en enero de 1991 designó como ministro de Economía a Cavallo. Este lanzó entonces el llamado "Plan de Convertibilidad", que consistió centralmente en poner al dólar como moneda rectora, con una paridad fija para el peso sustentada principalmente en la liberalización de las importaciones (la apertura importadora), la refinanciación usuraria de la deuda externa (el plan Brady) y la enajenación de todas las empresas estatales (privatizaciones) "aconsejada" por Alvaro Alzogaray, nombrado por Menem desde el inicio de su gestión como "asesor especial para la deuda externa".

Con la aplicación de la política económica abiertamente liberal llevada adelante por el gobierno menemista, el peso principal del ajuste cayó sobre los sectores asalariados y de producción de bienes, produciéndose una recomposición de precios que favoreció enormemente al sector de servicios. Esto, acentuado desde 1991 por las políticas del ministro Cavallo, derivaría en una drástica disminución en la participación de los sectores productores de bienes en el PBI que, de representar prácticamente el 50% en 1989, como se vio en el cuadro N° 74, cayó a menos del 35% en la década menemista (e incluso por debajo del 30% en 2002, tras la más drástica reducción de la actividad económica que provocó la devaluación duhaldista de comienzos de ese año), como puede apreciarse en el cuadro N° 78. Solo los sectores vinculados a la actividad primaria (agropecuario, silvicultura, caza y pesca) logran recuperar en parte su participación, ya que continúan siendo los principales productos de exportación. El único rubro productor de bienes que mejoró su posición durante la década menemista fue el de la construcción, aunque sufrió un duro golpe

posteriormente, por la contracción del mercado interno provocada por la devaluación.

Cuadro N° 78: **Sectores de la actividad económica en el PBI**
(en porcentajes del total)

Sectores	**1990**	**1993**	**1996**	**1999**	**2002**
Agrop., silv., caza y pesca	8,1	5,6	5,8	6,0	6,4
Explot. Minas y canteras	2,9	1,6	2,1	1,8	2,1
Industria manufacturera	26,8	19,8	18,9	17,8	15,6
Construcción	4,4	6,2	5,7	6,2	3,6
Servicios	57,8	66,8	67,5	68,2	72,3

Fuente: Dirección Nacional de Cuentas Nacionales.

En cuanto a la orientación del comercio exterior, como consecuencia del derrumbe de la URSS y de las políticas proteccionistas de la Unión Europea, los países latinoamericanos han pasado a absorber prácticamente la mitad de las exportaciones argentinas, con Brasil y Chile como principales compradores, como surge del cuadro N° 79. Las compras de los Estados Unidos se han mantenido en torno a un 10 por ciento de nuestras ventas, mientras que el total de los países de la Unión Europea absorbe un 20%, con España, Italia, Holanda y Alemania como principales compradores. Por su parte, las compras de la ex URSS (ahora CEI), principalmente de Rusia, se redujeron a niveles mínimos, sin llegar a alcanzar en ningún año del período siquiera al uno por ciento. A su vez, la venta de productos argentinos a los países de Medio Oriente y Asia ha seguido siendo limitada, destacándose solo las compras de Irán en el primer caso, y de Japón y China, en el segundo; China es el único país cuyas compras han venido creciendo a un ritmo elevado, particularmente por sus importaciones de grano de soja.

Cuadro N° 79: **Principales compradores**
(en porcentajes del total de exportaciones)

País	1995	1998	2000	2002
Brasil	26,2	30,1	26,5	18,8
E. Unidos	8,6	8,4	12,0	11,5
Chile	7,0	7,0	10,2	11,5
Holanda	5,7	4,2	2,8	4,0
Italia	3,5	2,8	2,8	3,3
España	3,3	3,2	3,5	4,5
Alemania	3,1	2,1	2,3	2,5
Irán	2,4	1,8	1,3	1,3
Japón	2,2	2,5	1,4	1,6
Francia	1,5	1,2	2,0	1,2
China	1,4	2,9	3,4	4,6

Fuente: Indec.

A su vez, el cuadro N° 80 muestra que Brasil ha superado a los Estados Unidos en sus ventas a la Argentina, aunque el conjunto de las compras a los países latinoamericanos ronda apenas en un tercio del total de las importaciones, siendo el más importante el desbalance en la relación comercial con Chile. Los Estados Unidos mantienen su posición tradicional de vender a la Argentina alrededor del doble de lo que le compran, en tanto los países de la Unión Europea, que tradicionalmente compraban más, han pasado también a vender más, como parte del proceso de apertura, privatizaciones y endeudamiento que caracterizó a la década menemista: las ventas del conjunto de estos países hasta el comienzo de la prolongada crisis que se inició en agosto de 1998 rondaron el 30%, disminuyendo luego a un porcentaje levemente superior al que mantuvo Estados Unidos. Dentro de las ventas de los países de la Unión Europea, Alemania ha logrado mantener su posición, mientras que los otros importantes vendedores que son Italia, Francia y España han disminuido su participación. En cuanto a los países de Medio Oriente, las compras de Argentina siguieron siendo prácticamente nulas; tampoco las compras de los países de la CEI (ex URSS) alcanzan al uno por ciento. A su vez, de Asia, solo se destacan Ja-

pón y China, que aumentaron sus ventas a la Argentina durante el menemato, sufriendo también, como todos los demás países, una drástica caída con la devaluación, aunque en porcentajes del total de importaciones la disminución no sea tan notoria.

Cuadro N° 80: **Principales vendedores**
(en porcentajes del total de importaciones)

País	1995	1998	2000	2002
E. Unidos	20,9	19,8	19,1	20,1
Brasil	20,7	22,5	25,5	28,0
Alemania	6,2	6,0	5,0	6,2
Italia	6,3	5,1	4,0	3,5
Francia	5,2	5,1	3,9	2,9
España	4,6	4,1	3,6	3,5
Japón	3,5	4,6	4,0	3,5
China	3,0	3,9	4,8	3,8
Chile	2,6	2,3	2,4	2,0

Fuente: *Ibidem.*

Una deuda ilegítima e impagable

La investigación sobre el endeudamiento externo y el juicio promovidos por Alejandro Olmos demostraron, y así lo determina el fallo del juez Ballestero, que en lo fundamental la actual deuda externa argentina es ilegítima y fraudulenta.

La Argentina siempre tuvo, históricamente, un problema de estrangulamiento externo, debido a su condición de país dependiente oprimido por el imperialismo y por el latifundio de origen precapitalista en el campo. Esto siempre fue un lastre para el desarrollo industrial, haciéndolo altamente dependiente de las importaciones y del capital imperialista, lo que se traducía en un fuerte drenaje de fondos hacia el exterior, por esas importaciones y por las utilidades e intereses con que había que servir (servicios financieros) a ese capital imperialista. Solo durante los diez años del gobierno de Perón, de 1946 a 1955, esta sangría fue, en gran medida, interrumpida, por la repatriación de la deuda externa y la nacionalización de los servicios públicos (ferrocarriles, elec-

tricidad, teléfonos, etc.). En 1955 la deuda externa argentina era mínima, del orden de los 575 millones de dólares, principalmente deuda comercial de convenios bilaterales.

A partir del golpe de Estado que derrocó a Perón en 1955, se reabrió el país a los monopolios imperialistas y, en 1956, la Argentina fue incorporada, por decreto de la dictadura militar de Aramburu, al Fondo Monetario Internacional, y las deudas comerciales fueron convertidas en deudas financieras mediante acuerdos con el Club de París. Desde entonces comenzó un nuevo ciclo de endeudamiento del país que, si bien fue gravoso en esos años, visto a la distancia, y con lo que sucedió después del golpe de Estado de 1976, hoy parece pequeño. En esos años, como puede verse en el Cuadro N° 81, pese al crecimiento de la deuda operado durante la dictadura de Aramburu y los gobiernos de Frondizi y Guido (1955-1964), y posteriormente bajo las dictadura de Onganía, Levigston y Lanusse (1966-1973), hubo períodos de contención de ese endeudamiento, sin recurrir al FMI, como ocurrió durante el gobierno de Illía (1964-1966) y los de Perón e Isabel Perón (1973-1975). Pero posteriormente, la deuda externa argentina de los 7.800 millones de dólares en 1975 creció casi ininterrumpidamente (las privatizaciones del gobierno de Menem entre 1989 y 1991, a pesar de haber implicado un "rescate" de 32.000 millones de dólares de la deuda externa, apenas se nota en una disminución de 4.000 millones por el nuevo endeudamiento con que se las acompañó) hasta llegar a la fabulosa suma de 158.000 millones en 2001, un aumento que no se explica por una operatoria "normal", ni comercial ni financiera.

Cuadro N° 81: **Evolución de la deuda externa argentina**
(en millones de dólares, al 31/12 de cada año)

1955	575	1983	45.100
1964	3.356	1989	65.300
1966	3.276	1991	61.334
1973	6.594	1999	146.219
1975	7.875	2001	158.000
1979	19.000	Fuente: BCRA e Indec.	

Durante los tres primeros años de la dictadura videlista (1976/78) lo que el país vendió al exterior (las exportaciones) fue más que suficiente para pagar las compras del exterior (importaciones) y los servicios financieros (principalmente intereses y remesas de utilidades y dividendos). Todo esto compone la cuenta corriente del balance de pagos con el exterior, que en esos años tuvo superávit; recién en 1979 comenzó a ser deficitaria. Y sin embargo, la deuda externa argentina pasó de 7.800 millones de dólares en 1975 a 19.000 en 1979, lo que solo se explica por la compra secreta de armas ("importaciones no registradas") que realizó entonces la dictadura genocida, cuando preparaba la guerra fratricida contra Chile. Es decir que la nueva deuda externa, en una cifra que más que duplicó la originaria, arranca con esa base ilegítima de la compra secreta de armas por la dictadura, en lo que tienen también responsabilidad los monopolios y los gobiernos imperialistas que la promovieron y estimularon.

A esto se sumó la política económica de la dictadura, también bajo estímulo e impulso de las potencias imperialistas, para vender a la Argentina no solo chatarra sino también deuda financiera. A la apertura irrestricta de las importaciones se agregó un dólar "barato", con la reforma financiera de 1977, y la "tablita" de Martínez de Hoz, favoreciéndose la especulación en perjuicio de la producción. Se facilitó el endeudamiento externo de los grupos privados afines a la dictadura, con el aval del Estado, y se forzó al endeudamiento de las entonces empresas estatales (como YPF), para "alimentar" con dólares a la especulación financiera y sostener la "tablita" que les aseguraba la conversión de los pesos –producto de quiebras fraudulentas y otras formas de saqueo–, a dólares con un tipo de cambio predeterminado[151].

Cuando este esquema hizo crisis a comienzos de 1980, fueron millones de dólares los que transfirió la dictadura a sus banqueros amigos, como Trozzo, Oddone, Greco, etc., que se "esfumaron"

151. Isabel Moreno: "¿Hay que 'honrar la deuda' ilegítima y fraudulenta?", en *Política y Teoría* N° 46, agosto-octubre de 2001.

tras la quiebra fraudulenta de sus grandes bancos. Para eso, y para cubrir múltiples maniobras de endeudamiento privado ficticias –como está documentado en el juicio promovido por Alejandro Olmos–, a través del seguro de cambio (Viola-Sigaut-Iannella, en 1981) y de la estatización de la deuda externa privada (Bignone-Dagnino Pastore-Cavallo, en 1982) se siguió incrementando la deuda externa hasta alcanzar los 45.000 millones de dólares al fin de la dictadura, en 1983.

En síntesis: el gobierno inconstitucional de esa dictadura genocida, con la compra ilegal de armas, la política también genocida de la industria a favor de la especulación financiera, el endeudamiento forzado de las empresas públicas y el amparo al fraude del endeudamiento privado, elevó el endeudamiento argentino en **cuatro veces** en menos de siete años: de 7.800 millones de dólares que era en 1975 pasó a ¡45.000 millones en 1983! Una deuda ilegítima y fraudulenta por su origen y formación, y cada vez más usuraria por el aumento de las tasas de interés que, al no poder pagarse, hace que el total de la deuda siga acrecentándose.

El gobierno de Alfonsín, si bien "protestó" por lo elevado de los intereses, no cuestionó lo principal: el carácter ilegítimo y fraudulento de esa deuda. Por el contrario, terminó renegociándola a través de Sourrouille y Machinea –ministro de Economía y presidente del Banco Central, ambos con poderosos vínculos con la propia banca acreedora–, y aceptando esos intereses usurarios, con lo que la deuda externa llegó en 1989 a los 65.000 millones de dólares.

La nefasta década menemista, con el pretexto de reducir el déficit fiscal y el endeudamiento externo, impuso la convertibilidad y la reprogramación y canje de la deuda con el plan Brady, y entregó todas las empresas estatales y las jubilaciones a monopolios imperialistas. Pese a eso, la reducción en la deuda externa fue tan pequeña (de 65.000 millones en 1989 a 61.000 millones en 1991) que, a partir del nuevo aumento de las tasas de interés y de la necesidad de dólares para garantizarle a los viejos y nuevos monopolios imperialistas la conversión de cada peso en un dólar,

la deuda externa volvió a crecer aceleradamente, más que duplicándose hasta llegar a los 146.000 millones en 1999. Y, siguiendo con la misma política, el gobierno de De la Rúa continuó incrementándola, hasta llegar a la cesación de pagos a fines de 2001.

Nuevo auge de luchas

La clase obrera y el pueblo, en las difíciles condiciones que creó la traición del menemismo, no dejaron de luchar. Con el SEOM encabezado por Carlos "Perro" Santillán en la vanguardia, los estatales y el pueblo jujeño protagonizaron en 1990 una pueblada con un programa de avanzada impulsado por el PCR que volteó al gobernador Ricardo De Aparici y en junio de 1992 la movilización por aumento salarial de los estatales, principalmente municipales, llevó a la renuncia del gobernador Roberto Domínguez. También se destacaron la prolongada lucha de los trabajadores contra la privatización del Astillero Río Santiago, la huelga de la empresa Siderca en 1992, el triunfo de los vecinos del Barrio Elena (Matanza) en su lucha por los títulos de propiedad de los terrenos que habían ocupado y urbanizado. Estos hechos marcaron una huella en la noche negra del menemismo, en la que la mayoría de las luchas venían siendo derrotadas. Tal había sido el caso de huelgas importantes como la petrolera, la lucha telefónica, mineros de Sierra Grande, ferroviarios, metalúrgicos de Somisa, etc. Un período de reflujo del movimiento obrero y popular generalizado y profundo signó la política nacional argentina y se extendió entre los años 1990 y fines de 1992. El imperialismo, la burguesía intermediaria y los terratenientes, gracias a la política menemista, avanzaron a fondo en su política de destrucción de las conquistas laborales y sociales de los trabajadores de la ciudad y del campo, y de entrega nacional.

A fines de 1992 tuvo lugar un paro agrario nacional y, bajo la presión intensa de los trabajadores, se llevó a cabo el primer paro nacional de oposición a la política menemista. Se realizaron grandes concentraciones populares contra la Ley de Educación, los ju-

bilados comenzaron a marchar los miércoles, etc. Gradualmente empezó a revertirse el reflujo abierto en 1990. El 16 de diciembre de 1993 todo el país fue conmovido por el Santiagueñazo, en el que las masas atacaron los símbolos de los tres poderes (Casa de Gobierno, Legislatura y Tribunales) e incluso las residencias de los principales dirigentes de los partidos políticos tradicionales. El camino de las grandes puebladas y rebeliones populares de fines de la década de 1960 y principios de la del '70, característico del auge de masas anterior, era retomado por las masas populares argentinas. Revivió y volvió a crecer el clasismo antioligárquico y antiimperialista. Apareció con fuerza en la escena política nacional la Corriente Clasista y Combativa y, con ello, un instrumento del proletariado para unificar las luchas y recuperar de manos de los colaboracionistas las direcciones de las organizaciones sindicales.

Al Santiagueñazo siguieron desde comienzos de 1994 las grandes manifestaciones de trabajadores estatales en las provincias de La Rioja, Jujuy, Salta, Chaco, Tucumán y Entre Ríos, y a mediados de ese año tuvo lugar la Marcha Federal en la que confluyeron en la Plaza de Mayo de Buenos Aires nutridas columnas de trabajadores de todas las regiones del país, tras dos días de traslado en diversos medios y atravesando las principales ciudades argentinas. Durante 1994 y 1995, Jujuy fue el centro de importantes luchas de los trabajadores municipales y estatales y Tierra del Fuego de los obreros metalúrgicos, en una de cuyas movilizaciones, en abril de 1995, fue muerto por las fuerzas de la represión el obrero de la construcción Víctor Choque. Junto a la reactivación del movimiento obrero, crecieron también las luchas en el campo, en particular de los pequeños y medianos productores de la Pampa Húmeda, proceso en el cual surgió en junio de 1995 el Movimiento de Mujeres en Lucha (MML) enfrentando los remates judiciales de sus chacras por falta de pago de las deudas acumuladas. El estallido de la pueblada de Cutral Co y Plaza Huincul a mediados de 1996 marcó un nuevo hito en el ascenso de las luchas obreras y populares contra la política menemista, con dos paros generales en setiembre de ese año, un segundo Cuatralcazo en abril de 1997

(por el asesinato de Teresa Rodríguez) y masivas puebladas en el norte del país, como las de General Mosconi y Tartagal, en Salta, y Libertador General San Martín, en Jujuy[152].

Que el peronismo defendiera y aplicara una política antipopular y proimperialista, como la de Menem, sucedía por primera vez en la historia de ese partido. Siempre existió, en el peronismo, una derecha proimperialista y proterrateniente (vinculada a una u otra potencia imperialista, como sucedió antes del golpe de Estado de 1976) y siempre existieron en ese partido sectores fascistas. Y el peronismo, desde su origen, siempre contuvo en su seno la contradicción entre la ideología nacionalista-burguesa y de conciliación de clases de su dirección, con sus bases obreras y de campesinos pobres. Pero esta contradicción no era polarmente antagónica con las necesidades de estas bases populares. En un país oprimido por el imperialismo, como el nuestro, la lucha nacional es la forma principal de manifestación de la lucha de clases. Por eso la política del general Perón, y luego la de Isabel Perón y la dirección peronista, pese a los aspectos reaccionarios en el terreno democrático (en el marco de la disputa de las dos superpotencias, como analizamos en el capítulo XVII), fue una política de tipo nacionalista y de reformas a favor del pueblo; Perón, y la mayoría de los dirigentes peronistas, plantearon una política nacionalista y de contenidos populares y, aun haciendo concesiones importantes, siempre forcejearon, con políticas reformistas burguesas, con los terratenientes, con la burguesía intermediaria y con el imperialismo. Particularmente con el imperialismo estadounidense. La política de la dirección peronista encabezada por Menem, en cambio, fue **antagónica** con las necesidades de las masas populares peronistas, con la doctrina nacional-burguesa de ese movimiento y con sus mejores tradiciones: las tradiciones del primer gobierno peronista, las de la resistencia frente a la Li-

152. Laufer, Rubén y Spiguel, Claudio, "Las 'puebladas' argentinas a partir del 'santiagueñazo' de 1993. Tradición histórica y nuevas formas de lucha", en la revista venezolana *Nueva Sociedad*, Caracas, 1999; Sánchez, Pilar, *El Cutralcazo*, Editorial Agora, Buenos Aires, 1997.

bertadora y a la política entreguista de Frondizi, las de las luchas contra la dictadura de Onganía y Lanusse, las del gobierno peronista de 1973 a 1976 y las de la lucha contra la dictadura militar violo-videlista y contra el alfonsinismo.

Las consecuencias catastróficas para las masas populares de la hiperinflación alfonsinista habían hecho que ellas se aferraran a la estabilidad conseguida con el plan de convertibilidad, a pesar de que era una estabilidad basada en el congelamiento salarial y la entrega del patrimonio nacional. En la medida en que el plan Cavallo se agotó, se terminaron las esperanzas en que la política gubernamental traería un mejoramiento de la situación de los trabajadores, y fueron saliendo a la luz las consecuencias funestas del mismo, tanto para los intereses populares como para la Nación argentina. Amplios sectores del pueblo se fueron incorporando a la lucha contra esa política; fueron creándose condiciones para que sectores muy amplios del peronismo, en primer lugar su izquierda obrera y popular, corrientes nacionalistas y antiimperialistas y corrientes de burguesía nacional y regional ligadas históricamente a ese partido, rompieran con la dirección del mismo y se incorporaran más tarde a un frente único de lucha contra la continuidad de la misma política que se dio con el gobierno de la Alianza.

Los períodos de auge del movimiento de masas, en nuestro país, son relativamente prolongados. Duran varios años, como sucedió con el que, iniciado en 1969, terminó con el golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Tienen momentos de ascenso, de transitoria calma, de retroceso relativo, de un nuevo y mayor ascenso, con un desarrollo que no transcurre en línea recta sino en espiral: en determinados momentos parece retroceder a niveles anteriores para, en un proceso que no es lineal sino a saltos, alcanzar un nivel superior. Así sucedió, desde el Santiagueñazo, en la cuestión de los organismos que son gérmenes de doble poder, hasta llegar a la dirección de delegados de piquetes, y también en el grado de utilización de la autodefensa de masas y de la violencia frente a las fuerzas represivas.

El gobierno de De la Rúa

Con el ascenso al gobierno de De la Rúa-Alvarez, las fuerzas prorrusas y proeuropeas que forcejean con los estadounidenses abrieron una "hendija" en el bloque hegemónico de las clases dominantes argentinas, apuntando a terminar con el "alineamiento automático" de la Argentina con la política estadounidense. El gobierno de la Alianza era un gobierno proimperialista, representativo de sectores de burguesía intermediaria, de monopolios imperialistas y de terratenientes. No pensó ni por asomo tocar los privilegios de los terratenientes y de los grandes monopolios. **Era un gobierno que expresaba al bloque hegemónico en las clases dominantes, y por eso estuvo en el blanco de la lucha popular**.

El gobierno de la Alianza, en lo esencial, continuó y profundizó la política de ajuste y entrega del menemismo. Se agravó la situación económica y aumentaron los sufrimientos del pueblo. Tras un breve período de confusión, en particular en los sectores populares que habían votado a la Alianza, fue quedando claro para la gran mayoría que nada bueno podía esperar de ese gobierno. Se multiplicaron los frentes de tormenta de los diferentes sectores afectados por su política y se intensificó el camino de las grandes puebladas, con paros activos y cortes de ruta, ocupaciones de fábricas amenazadas de cierre, de escuelas y facultades, etc. Con sus vaivenes, el auge de masas se profundizó. A su vez el gobierno de la Alianza, impotente para resolver la crisis y los reclamos de las masas, apeló frente a la justa rebelión de éstas a las fuerzas represivas y afinó los instrumentos jurídicos y de inteligencia para el uso de las mismas contra los luchadores y organizaciones populares, continuando y acentuando también en este terreno la política de Menem.

Se fue configurando así una situación revolucionaria objetiva como fue señalado ya en mayo de 2001 por Otto Vargas: "Hay muchos fenómenos que van configurando una situación revolucionaria. Los de arriba no pueden dirigir como antes, el bloque dominante está fracturado y hay una gran pugna por quien he-

gemoniza su reconstitución. (...) Los de abajo no pueden seguir viviendo así. En estas luchas surgen miles de nuevos combatientes dispuestos a dar la vida, por estas cosas tan sencillas como el trabajo,la comida, la salud..."[153]

Las elecciones del 14 de octubre de 2001 pusieron en evidencia la realidad política del país: 10.594.668 abstenciones, votos en blanco y nulos, fueron la primera fuerza electoral en el ámbito nacional. Muy por delante del PJ, que obtuvo 4.605.169 votos, y de la Alianza, 3.120.848 votos[154].

El Argentinazo

El 19 y 20 de diciembre de 2001, grandes masas irrumpieron en una rebelión popular que sacudió a la Argentina hasta sus cimientos: el Argentinazo. Por primera vez en nuestro país, el pueblo en las calles derrocó a un gobierno nacional, el de De la Rúa y Cavallo, aplastó el Estado de Sitio que ese gobierno había impuesto, y forzó la declaración del no pago de la deuda externa. En unos pocos días se sucedieron cinco presidentes.

El 30 de marzo de 1996, sobre la base del auge de masas, el hambre y la crisis económica y social, en un discurso de Otto Vargas en el 20° aniversario de la dictadura, en el sindicato de Luz y Fuerza de Córdoba, el PCR proclamó la táctica de "imponer otra política y otro gobierno (...) siguiendo el camino que nos enseñó el heroico pueblo santiagueño y el heroico pueblo jujeño (...): un Argentinazo nacional triunfante"[155]. Esa posición del PCR tenía particularmente en cuenta una larga y rica experiencia de la clase obrera y el pueblo argentino que para jugar el papel de vanguardia, el papel dirigente del Partido, había que apoyarse, siempre –como enseñaron Marx, Engels, Lenin, Stalin y Mao– en la ex-

153. *Hoy*, semanario del comunismo revolucionario de Argentina, N° 862, 23 de mayo de 2001.

154. Ricardo Fierro, *El Argentinazo y el PCR*, ediciones hoy, Buenos Aires, 2002.

155. *Hoy, semanario del comunismo revolucionario de la Argentina*, 3/4/1996.

tensión espontánea del movimiento revolucionario de las masas. Siempre el PCR insistió, reiteradamente, en que la revolución es un drama pasional que no comienza por el último acto sino por el primero, y que la clave de ese primer acto es que sirva para abrir el camino para el avance del proceso revolucionario.

Durante cinco años el PCR y las fuerzas clasistas, antiimperialistas y antiterratenientes buscaron los **caminos de aproximación** a esa salida, que abriera un curso revolucionario.

A partir del Cutralcazo, en junio de 1996, y luego de las pueblabadas de Tartagal-Mosconi (Salta) y de Ledesma (Jujuy), el país fue conmocionado por innumerables pueblabadas, cortes de ruta, ocupaciones de fábrica y luchas obreras, campesinas y populares. La primera Marcha Federal, en 1994, permitió el surgimiento de la Corriente Clasista y Combativa (CCC), y ésta fue el motor de la coordinación de las fuerzas que enfrentaban al menemismo en el movimiento obrero, mediante la Mesa de Enlace (CCC, Central de Trabajadores Argentinos y Movimiento de Trabajadores Argentinos, a la que se sumarían la Federación Agraria Argentina, la Federación Universitaria Argentina y otras organizaciones). Esas luchas cerraron el paso al intento de re-reelección de Menem. El temor de las clases dominantes a una pueblada nacional aceleró los planes para la constitución de la Alianza, a la que se sumaron las fuerzas reformistas que formaban parte de la Mesa de Enlace, que entraron en la tregua.

Otro momento en que se bocetó la pueblada nacional fue con la oleada de masas que enfrentó el plan de "ajuste" en marzo de 2001, cuando De la Rúa reemplazó a Machinea por Ricardo López Murphy como ministro de Economía. Allí se volvió a constituir la Mesa de Enlace. El movimiento de desocupados, con la CCC de La Matanza a la cabeza, ganó la Plaza de Mayo proyectándose nacionalmente. Con la renuncia de López Murphy y la asunción de Cavallo, nuevamente las fuerzas reformistas rompieron la Mesa de Enlace y dieron tregua al gobierno.

El movimiento de desocupados tenía su centro en La Matanza, con los desocupados de la CCC y de la FTV-CTA. Desde el corazón

del movimiento de desocupados, en La Matanza se llamó a dos asambleas piqueteras, en agosto y setiembre de 2001, que convocaron a tres semanas de lucha que estremecieron al país.

Con la jornada de lucha nacional del 12 de diciembre, con cortes de ruta en todo el país, los desocupados detonaron la situación que desembocaría en el Argentinazo.

Al día siguiente, con el paro nacional activo convocado por las tres centrales sindicales, el movimiento obrero ocupó el centro de la escena política nacional. Fue la movilización de la Asamblea Piquetera encabezada por la CCC unida a diversos sectores combativos, cortando rutas, calles, vías férreas y ocupando edificios públicos en todo el país lo que garantizó el carácter de paro activo que tenía la protesta. Ese día, los obreros mecánicos de la empresa Ford-Volswagen y los de la alimentación de la fábrica Terrabusi, junto a los desocupados de la CCC, garantizaron el corte de la Panamericana.

La jornada de lucha del jueves 12 y el paro activo del viernes 13 sacudieron la política nacional, con la confluencia de obreros industriales ocupados con desocupados y jubilados, y con una amplísima masa de cuentapropistas, pequeños y medianos comerciantes y productores de la ciudad y del campo, y ahorristas afectados por el manotazo del gobierno a los depósitos bancarios (llamado "corralito").

En los días que siguieron se fueron precipitando los hechos.

Los máximos dirigentes del peronismo y el radicalismo, Duhalde y Alfonsín, ante la evidencia de que el gobierno de De la Rúa se derrumbaba, venían tejiendo laboriosamente la transición post-De la Rúa. En diciembre de 2001, cuando se iniciaron las negociaciones para una concertación o "acuerdo nacional", se barajó la alternativa de imponer a Duhalde como "ministro coordinador" investido de "superpoderes", manteniendo a De la Rúa como un títere en la presidencia. Para asegurar la transición, con o sin De la Rúa, se designó a Ramón Puerta como presidente del Senado y se buscó el acuerdo de la embajada estadounidense para el proyecto.

Se produjeron saqueos a supermercados en Entre Ríos, Mendoza, Santa Fe, luego en otras provincias y en el Gran Buenos

Aires. Montándose en el ascenso del auge de luchas, en el hambre y la desesperación de los sectores populares desde la gobernación de Buenos Aires (dirigida por el gobernador Ruckauf) y desde otras gobernaciones provinciales, primero se alentaron los saqueos impulsándolos contra los pequeños y medianos comerciantes, y posteriormente desataron una represión sangrienta que comenzó a cobrarse las primeras víctimas.

En esa situación, con el acuerdo de Menem, Duhalde y Ruckauf, el 19 de diciembre De la Rúa decretó el Estado de Sitio. Ese fue el detonante de la rebelión popular, cuya envergadura sobrepasó los planes de Duhalde-Alfonsín.

La respuesta popular fue inmediata. Grandes masas populares de la Capital Federal salieron a las calles, se juntaban en los barrios golpeando cacerolas, particularmente grandes contingentes de capas medias y de jóvenes, que marcharon por las avenidas y llenaron la Plaza de Mayo, en repudio al Estado de Sitio y lanzando la consigna: ¡Que se vayan! El gobierno respondió a la movilización pacífica con la orden de desalojar Plaza de Mayo a cualquier costo, haciendo del lugar una "zona liberada" a la represión. Numerosos contingentes, mayoritariamente de jóvenes, se organizaron en el microcentro para enfrentar la represión, la mayoría venidos de los barrios espontáneamente y otros organizados por diversas fuerzas de izquierda, entre los cuales tuvieron destacada actuación el PCR y la JCR. Los combates se prolongaron durante toda la jornada del 20 haciendo fracasar el operativo represivo. El Porteñazo dejó en el aire a De la Rúa. Aislado de su propio partido, debió renunciar, huyendo de la Casa Rosada en helicóptero.

El gobierno reprimió sangrientamente para impedir que las masas populares del Gran Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, Salta y otras provincias se levantaran junto a las de la Capital. Reprimió, con balas de plomo y numerosos heridos, en La Matanza y en Pilar. Pero no pudo impedir que los combates se generalizaran en La Plata, Mar del Plata, Rosario, Neuquen, Río Negro, Jujuy, Tucumán, Bahía Blanca, Mendoza y muchísimos otros lugares del país. **José Daniel Rodríguez**, militante de la CCC de En-

tre Ríos, fue asesinado por la represión, que nacionalmente cobró más de 30 víctimas principalmente en la Capital Federal y en Santa Fe. En la noche del 20 al 21 de diciembre, muchos pobladores en el Gran Buenos Aires ocuparon sus barriadas, organizando piquetes armados, incluso con armas de fuego, ante la amenaza de saqueos y de represión a sus barrios.

La lucha de calles que se desarrolló durante el Argentinazo tuvo componentes espontáneos, semiespontáneos, y organizados: la mayoría de quienes participaron en los saqueos y en los combates callejeros lo hizo de manera espontánea, o en grupos que teniendo algún grado de organización no estaban coordinados en un centro de dirección general (es decir, participó de manera semiespontánea). Y una parte (como fue entre otras fuerzas de izquierda el caso de contingentes de la CCC, la CEPA, el MUS, el PCR y la JCR) lo hizo de manera organizada, al igual que los piquetes y barricadas en los barrios. Pero aun en este caso, esos grupos organizados trabajaron para dar cierta organicidad a los contingentes que se agrupaban de manera espontánea y semiespontánea.

En la Argentina, una larga historia de luchas obreras y populares hace que, aun cuando las masas actúen espontáneamente, esa espontaneidad esté enriquecida por la experiencia de muchos años de combate. Las huelgas y puebladas, las formas organizativas de democracia directa como los cuerpos de delegados, los piquetes y barricadas, son parte de esa conciencia. Al mismo tiempo, el crecimiento político y orgánico de las fuerzas clasistas y combativas, de las fuerzas antiimperialistas y antiterratenientes (como se expresó en esos días en las puebladas de Casilda y otras del sur de Santa Fe), y las del PCR, son expresión de esa maduración de la conciencia.

El Argentinazo fue una tormenta política de masas que arrasó con el gobierno de De la Rúa y la Alianza, sobrepasó la conspiración de Duhalde y Alfonsín, pero no pudo imponer un gobierno popular.

En esas condiciones el Frente Federal de Gobernadores impuso al gobernador de la provincia de San Luis Adolfo Rodríguez Saá

como presidente, gobierno políticamente débil, basado en un frágil acuerdo entre distintos sectores del peronismo, lo que se graficó en un gabinete con personajes sumamente desprestigiados.

Otra pueblada, el 28 de diciembre, volteó a una parte del gabinete dejando a Rodríguez Saá en el aire.

En ese contexto Duhalde, Alfonsín y el jefe de Gobierno de la ciudad de Buenos Aires, Ibarra, impulsaron un golpe de Estado "institucional" que, a través de una nueva Asamblea Legislativa, de dudosa constitucionalidad, designó presidente a Duhalde.

El Argentinazo no pudo imponer un gobierno de unidad patriótica y popular porque careció de la organización y la dirección necesarias. Las limitaciones que tuvo, por la correlación de fuerzas, hacen a enseñanzas decisivas para el futuro.

En primer lugar, mostró la necesidad del fortalecimiento de las fuerzas clasistas y combativas, de las corrientes antiimperialistas y antiterratenientes, de los sectores patrióticos y democráticos, del frente único de las fuerzas populares, y del crecimiento del partido de vanguardia de la clase obrera, el PCR. El Argentinazo, en el que estas fuerzas desempeñaron un gran papel, y por el que luchaban desde 1996, ha creado extraordinarias condiciones para estos avances.

En segundo lugar, el movimiento obrero llegó dividido, y mayoritariamente dirigido por la CGT propatronal dirigida por Daer y por fuerzas como la CGT "rebelde" y como la CTA que en las jornadas decisivas del 19 y 20 de diciembre, desmovilizaron a sus organizaciones. Luego, la CGT "rebelde" y la de Daer, llamaron a un tardío paro el 21, cuando ya se marchaba a la Asamblea Legislativa. Hicieron como la dirección de la CGT en 1945, que llamó a un paro para el 18 de octubre, cuando ya el pueblo había hecho la pueblada el 17. Esta nueva experiencia replantea la necesidad de recuperar para el clasismo a los sindicatos, y particularmente a los Cuerpos de Delegados, que son instrumentos fundamentales para unir, movilizar y dirigir a la clase obrera. A ello va unido la necesidad de volcar a la lucha al movimiento agrario y al movimiento estudiantil.

En tercer lugar, no hubo un centro coordinador. ¿Cómo podía existir si la mayoría de las direcciones de las fuerzas populares, incluso algunas de las que se dicen de izquierda, rechazaban el camino del Argentinazo, ilusionadas con el de las elecciones[156]? Ni siquiera se despertaron con el cachetazo de las elecciones de octubre de 2001, cuando la corriente mayoritaria de las masas, la mitad del padrón, votó nulo, blanco o se abstuvo; y volvieron a "sorprenderse" cuando esas masas se volcaron al Argentinazo y expresaron en las calles todo el odio acumulado al putrefacto régimen político. Lo sufrió en carne propia el secretario general del Partido "Comunista" Patricio Echegaray, el jueves 20, a las 10 de la mañana, cuando fue abucheado en Plaza de Mayo, por segunda vez (ya le había sucedido en el Congreso) al grito de: ¡Que se vayan todos, que no quede ni uno solo!

En cuarto lugar, el Argentinazo llegó también hasta donde lo permitía la situación de las Fuerzas Armadas. El hecho de que permanecieran neutralizadas (en lo que tuvo importancia el proceso de resurgimiento de la corriente nacionalista), rechazando las presiones del gobierno para sumarlas a la represión, le permitió a las masas avanzar hasta donde llegaron. Y el hecho de que los sectores patrióticos —por la correlación de fuerzas— no se sumaran al pueblo, marcó el límite hasta donde éste podía avanzar. Ningún levantamiento popular ha triunfado sin que las fuerzas revolucionarias tuviesen una política hacia las Fuerzas Armadas:

156. "El PCR se encuentra ante una enorme *impasse* (por su) expectativa de un 'Argentinazo' prometido desde ¡hace tres años!", dijo Altamira, del PO, burlándose del trabajo del PCR por el Argentinazo, apenas dos meses y medio antes de que este se produjera (*Prensa Obrera*, 29/9/01). Y poco después del Argentinazo se arrogaba la paternidad de la rebelión: "No se hubiera llegado a las jornadas del 19 y 20 sin una constante evolución de los diferentes factores subjetivos y del papel del PO" (Jorge Altamira, *El Argentinazo y el presente como historia*).

Patricio Echegaray, secretario del PC, en un acto público polemizó con el PCR, ¡una semana antes del Argentinazo! negando que existieran condiciones para ello: "¿A quién no le gustaría un Argentinazo? El tema, compañeros, es que para organizarlo, para proyectarlo, en función de los intereses del pueblo, hace falta una gran fuerza alternativa capaz de conducir las luchas populares a otro nivel" (*Propuesta* 13/12/01).

una pueblada triunfante es imposible sin ganar para él a un sector patriótico y popular de las fuerzas armadas y neutralizar a otra parte. La extensión y profundidad del Argentinazo iba a depender, también, de qué sucediese con las Fuerzas Armadas. Cuando De la Rúa no pudo ganar a éstas para la represión, la medida del Estado de Sitio fue totalmente ineficaz para contener la rebelión de masas. Al mismo tiempo, si se hubiese logrado ganar a un importante sector de las mismas, como sucedió en Ecuador el 21 de enero del 2000, se hubiese creado la posibilidad de imponer un gobierno de unidad patriótica y popular.

Los diez días de luchas previas desde el 12 de diciembre, las dos jornadas heroicas del 19 y 20, han enseñado a la clase obrera y el pueblo y han templado a su vanguardia, más que muchos años de lucha reformista y electoral.

Con el Argentinazo emergió la situación revolucionaria que incubaba la sociedad argentina. Lo que Lenin definía como una **situación revolucionaria objetiva**: cuando se ha producido un agravamiento superior al habitual de la miseria y las penalidades de las clases oprimidas y estas **no quieren vivir como antes** y se produce una intensificación considerable de la actividad de las masas y, por otro lado, **los de arriba no pueden** seguir gobernando como hasta entonces. Esta situación se abrió a fines del 2000, sin haber podido desembocar en una situación revolucionaria **directa**, en la que se den las condiciones para que las fuerzas revolucionarias tomen el poder.

El trasfondo del Argentinazo

En la noche del miércoles 19 de diciembre, tras el anuncio por De la Rúa de la implantación del Estado de Sitio, el pueblo de la ciudad de Buenos Aires y de numerosas ciudades y pueblos del país salió a las calles. Y se mantuvo en ellas durante toda la jornada del jueves 20, enfrentando la represión policial con un saldo de más de 30 muertos y centenares de heridos, hasta lograr la caída del gobierno nacional.

El Argentinazo no fue un relámpago en un cielo sereno. Los elementos de esa gran tormenta que terminó con el gobierno de De la Rúa se venían acumulando desde varios años atrás, desde el Santiagueñazo del 16 de diciembre de 1993. Y tenían como trasfondo el crecimiento del auge de las luchas obreras y populares contra la política de hambre y entrega del menemismo, que el delarruismo mantuvo. A su vez, la crisis mundial del capitalismo iniciada en el sudeste asiático a mediados de 1997, agravó toda la situación económica y social del país provocada por esa política, hundiéndonos en una de las peores crisis de nuestra historia.

Desde que la crisis mundial capitalista golpeó a Rusia en agosto de 1998, la economía argentina fue cayendo en picada, sin intermitencias como en otros países. Esto era resultado de la conjugación de la crisis coyuntural vinculada a la crisis mundial del capitalismo, con una crisis estructural profunda que las sucesivas políticas de ajuste y entrega, proimperialistas y proterratenientes, han agudizado en extremo.

La crisis estructural argentina tiene sus raíces históricas en el mantenimiento del latifundio originado en la época en que lo que es hoy nuestro país fue colonia de España y expandido en las posteriores "conquistas" por la oligarquía argentina en las zonas pampeana, patagónica y chaqueña hasta entrado el siglo XX. Sobre la base de la conservación de lo fundamental de esa estructura latifundista de origen feudal, y a través de la alianza de los grandes terratenientes y mercaderes que hegemonizaron la llamada "organización nacional", con el capital extranjero convertido ya en imperialista en los albores del siglo XX, se produjo el desarrollo del capitalismo en la Argentina. Un desarrollo capitalista trabado y deformado por la dominación imperialista y latifundista, que hasta hoy siguen siendo los elementos básicos del cepo estructural que padece la economía argentina.

Este cepo estructural se reforzó enormemente en la última década del siglo XX, desde 1991, con la política menemista de privatizaciones, apertura económica y superexplotación obrera, en función de los intereses de los terratenientes y de los mono-

polios imperialistas, en particular estadounidenses, europeos y rusos. Las transformaciones económicas del período menemista determinaron lo que definimos como una modernización reaccionaria, pues se hizo en función del reforzamiento del latifundio en el campo y la profundización de la dependencia del país al imperialismo.

Pasado el primer momento del auge de las privatizaciones, con el aumento de la desocupación y el endeudamiento externo del país comenzaron a ponerse en evidencia los resultados de esa política de superexplotación obrera y de entrega del patrimonio nacional al imperialismo. Después de México, Argentina fue el país más golpeado por la "crisis del Tequila" de 1995 y, tras el ramalazo posterior de la crisis mundial iniciada en el sudeste asiático en 1997, con la caída de Rusia en 1998, entró en abierto colapso.

Este es el trasfondo estructural de la crisis económica, social y política de la Argentina aun en curso. Estas tres crisis se han venido realimentando una a la otra. Frente a la política de sucesivos ajustes y creciente entrega, para mantener la renta de los latifundistas y los superbeneficios de los grandes monopolios imperialistas (en particular, de las grandes empresas públicas privatizadas), que llevaron adelante los gobiernos de Menem y De la Rúa, los trabajadores y el pueblo argentino se han venido alzando en memorables jornadas, desde el Santiagueñazo de 1993.

El hambre y la desocupación pasaron a ser el principal problema de los argentinos. Cuatro millones de desocupados plenos (un 25% de la población económicamente activa) y otros tantos subocupados son el resultado de las políticas prolatifundistas y proimperialistas aplicadas en estos años.

Los trabajadores desocupados se constituyeron en el principal detonante de las numerosas puebladas que se sucedieron, hasta el Argentinazo del 20 de diciembre de 2001, que marca la incorporación también de vastos sectores de las capas medias urbanas en todo el país, golpeadas además, en ese momento, por la incautación de sus depósitos bancarios el 2 de diciembre. Esa pueblada fue precedida por varios paros nacionales del movimiento obrero,

con movilizaciones y cortes de ruta en todo el país, hasta el paro nacional del 13 de diciembre que comenzó la cuenta regresiva de la última semana de De la Rúa-Cavallo.

Con el trasfondo de la crisis social y económica, se agudizó también la lucha entre los distintos sectores de terratenientes y burgueses intermediarios, tras la que opera la disputa entre los distintos monopolios y potencias imperialistas por el control y el saqueo de las riquezas y el producto de la explotación de los obreros y de los campesinos. En nombre de la "diversificación de la dependencia", la política menemista profundizó la dependencia global del país al imperialismo y acentuó el carácter de la Argentina como país en disputa entre varias potencias imperialistas, rasgo estructural característico de nuestro país desde comienzos del siglo XX, como analizamos en el tomo III.

En alianza con el menemismo, los imperialistas estadounidenses lograron avanzar en medio de una dura disputa con los monopolios y los imperialistas europeos y, particularmente, con el imperialismo ruso, que había sido hegemónico, entonces como socialimperialismo ruso, hasta 1991. Los sectores prorrusos tuvieron que reacomodar sus pautas de acumulación a la política privatizadora y de desregulación económica, logrando también algunas importantes concesiones (como Canal 13 para el grupo Clarín, o la represa Futaleufú para Aluar) y mantener sus fuertes posiciones en las Fuerzas Armadas y en otros sectores del aparato estatal, como en la provincia de Buenos Aires con Duhalde, y luego con Ruckauf, como gobernadores, por su estrecha relación con la "crema" de los terratenientes argentinos, que tiene su base principal en esa provincia, la más fuerte del país.

En alianza con el menemismo, el imperialismo estadounidense acrecentó su peso político y militar, y se vieron favorecidos los monopolios de ese origen, aumentando su penetración comercial y financiera, sobre todo por el requerimiento de endeudamiento en dólares que implicó el mantenimiento de la convertibilidad. A su vez, quienes se quedaron con la mayor tajada en la privatización de las empresas del Estado fueron los monopolios europeos

(como Repsol, Telefónica, Telecom, Aguas Argentinas) y de gran burguesía intermediaria, proeuropea que tuvo y tiene fuertes vínculos con los monopolios rusos (Techint, Soldati) o con terratenientes y monopolios asociados históricamente al imperialismo ruso (Benito Roggio, Amalia Lacroze, Blaquier, Perez Companc, Macri). También se fortalecieron los poderosos monopolios que el imperialismo ruso controla a través de testaferros argentinos, como los ya mencionados de Clarín y Aluar; Bulgheroni, en petróleo; Massuh-Nadra, en papel; Cresud-Irsa y Werthein, en tierras; Cartellone y Chodos, en construcciones, o Credicoop, Macro e Hipotecario, en bancos.

El derrumbe del menemismo afectó también al imperialismo estadounidense. Con el gobierno de De la Rúa pasaron a predominar los intereses ligados a potencias imperialistas y a grupos terratenientes e intermediarios rivales de los norteamericanos. Por eso las relaciones de ese gobierno con los Estados Unidos siempre fueron tensas, y mucho más tras el arribo de George W. Bush a la presidencia en enero de 2001.

Pese a que De la Rúa continuó y profundizó la política de hambre y entrega del menemismo, y que eso también beneficiaba a los sectores proestadounidenses, el principal soporte de su política reaccionaria fueron los sectores proeuropeos y prorrusos. Los estadounidenses apretaron el dogal de la deuda externa y, aunque el Fondo Monetario Internacional le siguió dando aire (de lo que dijeron después arrepentirse), la profundización de la política citada, agravada por el intento de Cavallo de introducir el euro en la convertibilidad, profundizó aun más la crisis. La generalización del repudio a la política de De la Rúa-Cavallo, que eclosionó nacionalmente en las jornadas del 19 y 20 de diciembre de 2001 con el Argentinazo, dio por tierra con ese gobierno.

Epílogo
Una nueva fase del saqueo

Tras la caída de De la Rúa se sucedieron varios gobiernos, con el trasfondo de la creciente movilización popular, hasta que los sectores proeuropeos y prorrusos predominantes en la cúpula de los partidos Justicialista, Radical y Frepaso (expresadas por Duhalde, Alfonsín e Ibarra, respectivamente), con una mayoría parlamentaria surgida de las elecciones de octubre de 2001 repudiadas por casi la mitad del padrón electoral, impusieron a Duhalde en la presidencia. Un gobierno aparentemente más fuerte que el de la Alianza, porque incluyó a personeros de esos tres partidos, más homogéneamente representativo de las fuerzas rivales a los estadounidenses, pero en verdad débil, porque por eso mismo no inspiraba ninguna confianza a los estadounidenses. Sobre todo, su mayor debilidad radicaba en que estaba sentado sobre un verdadero volcán de masas, que habían hecho un enorme avance en su experiencia política con el Argentinazo que derrocó a De la Rúa-Cavallo.

El gobierno de coalición de Duhalde inició una nueva fase de superexplotación obrera y saqueo de la economía nacional con su política devaluacionista del peso. La impresionante devaluación (que bordeó el 75% y se "estabilizó" finalmente en el 65%) operó principalmente en beneficio de los grandes terratenientes y monopolios imperialistas ligados a la exportación, es decir a la venta de bienes al exterior. Los precios de los productos a los que se vin-

culan la renta terrateniente y los superbeneficios monopólicos se elevaron al paso que aumentaba el precio del dólar, mientras que los salarios y otros precios de la economía se mantenían atados al peso devaluado. El gobierno de Duhalde "institucionalizó" así el saqueo a todos los sectores de ingresos fijos, comenzando por los asalariados y jubilados y por quienes tenían depósitos atrapados en el "corralito" establecido por De la Rúa y Cavallo.

Tratando de "regular" el sistema a favor de los sectores vinculados a la exportación, y de salvar a los monopolios y bancos "amigos" endeudados, el gobierno de Duhalde impuso el control de cambios, mantuvo el "corralito" e impulsó modificaciones en la Ley de Quiebras y en la Carta Orgánica del Banco Central. Pero los sectores que se le oponían, en particular los vinculados al imperialismo estadounidense, tratando de sacar también su tajada de la devaluación, contraatacaron exigiendo la flotación del dólar. También los monopolios exportadores y los grandes terratenientes del sector del bloque hegemónico que estaban tras el gobierno de coalición presionaron en ese sentido, para asegurarse mayores beneficios de la devaluación.

El gobierno decía que el control de cambios, establecido por la "ley de emergencia", a 1,40 pesos por cada dólar, sería transitorio hasta lograr un "paraguas financiero" del Fondo Monetario Internacional. Pero el FMI exigió la "liberación" del dólar fuese previa a cualquier "ayuda", y los grandes exportadores se negaron vender los dólares al cambio oficial. El gobierno terminó abandonando el control de cambios, posiblemente pensando que los estadounidenses cederían y amainaría la puja entre los distintos sectores del bloque dominante.

Pero nada de esto sucedió. Al contrario, los estadounidenses aumentaron sus presiones por un mayor ajuste y una mayor devaluación del peso, para después con pocos dólares sacar la mayor tajada posible en el reparto de lo que quedara. A su vez, los grandes exportadores continuaron con su reticencia a vender dólares, a la espera que éstos aumentaran aun más. La venta de los dólares de las reservas del país por el Banco Central no alcanzaba a frenar

la especulación contra el peso, pese a que se mantenía el "corralito". Todo lo cual agravó la paralización de la economía, al tiempo que aumentaban los precios de los insumos importados y de los artículos imprescindibles de la canasta familiar.

La disparada del dólar fue una consecuencia de la profundización de la crisis, aun más después de haberse abandonado el control de cambios. Las reservas del país, saqueadas por la impresionante fuga de depósitos convalidada en su momento por De la Rúa-Cavallo, no alcanzaban para frenar la especulación contra el peso, incentivada por la puja entre los distintos sectores del bloque hegemónico de las clases dominantes por una mayor devaluación. Unos, para obtener una mayor licuación de sus deudas; otros, para obtener más pesos por sus dólares. Todo esto con el consiguiente impacto inflacionario, a través del cual se sanciona la mayor explotación de los trabajadores (con la creciente depreciación de los salarios, jubilaciones y pensiones) y un tremendo ajuste del gasto público nacional y de los gastos provinciales y municipales (ya que estos están también fijados en pesos, ahora devaluados).

La política devaluacionista del duhaldismo puso en marcha una gigantesca transferencia de recursos desde los asalariados, profesionales y demás sectores de ingresos fijos o vinculados al mercado interno, hacia los grandes terratenientes y monopolios vinculados a las exportaciones o que disponían o podían disponer de dólares. Esto acompañado de una pesificación de todas las deudas en dólares en relación de uno a uno, sin diferenciación entre los que se perjudicaban o beneficiaban con la devaluación, con lo que se agrandó la transferencia de recursos a favor de los que disponían o podían disponer de dólares. Quienes dependen de sus salarios o jubilaciones, o del mercado interno para colocar sus productos, prácticamente no recibieron beneficios de esta pesificación.

La "**pesificación**" hizo que los grandes grupos monopólicos fueran beneficiados con una sustancial "**licuación**" de sus deudas. ¿En qué consistió esa "licuación"? En que lo que se adeudaba

en dólares, tras la devaluación sería pagado con pesos devaluados. Si antes se adeudaba mil dólares, la devaluación operada (de 1 peso = 1 dólar, a 3,50 pesos = 1 dólar) transformaba esa deuda en menos de 300 dólares, ya que los dólares cobrados o traídos desde el exterior pudieron ser vendidos a 3,50 pesos por dólar. De este modo, por ejemplo el monopolio Techint, cuyas deudas con los bancos sumaban 812 millones dólares, vio sus deudas –transformadas a pesos– reducidas a solo 232 millones de dólares. En modo similar fueron "agraciados" otros monopolios imperialistas, como Telecom, Repsol, Pérez Companc, Macri, etc.

La **pesificación con devaluación** es un mecanismo que solo favoreció a un pequeño grupo de grandes deudores, que son los que pueden disponer de dólares por sus ventas al exterior (exportadores) o porque pueden traerlos desde el exterior (monopolios imperialistas). Pero la gran mayoría de endeudados, sobre todo los asalariados y jubilados y los pequeños y medianos productores del campo y de la ciudad, que no tienen sus ingresos en dólares sino en pesos devaluados, no resultaron beneficiados: sus ingresos se vieron disminuidos con relación a sus necesidades porque no aumentaron los salarios y jubilaciones ni se garantizaron precios mínimos sostén en origen a los pequeños y medianos productores del campo y de la ciudad (la "libertad de mercado" hace que el grueso de los aumentos de precios sea apropiado por los grandes terratenientes –vía mayores rentas– y por los monopolios comercializadores y exportadores).

A la gigantesca transferencia de recursos a favor de los grandes terratenientes y monopolios exportadores, puesta en marcha por la devaluación y licuación de sus deudas, se agregaron los miles de millones de pesos que dispuso el gobierno de Duhalde para compensar las diferencias en el cambio a favor de los bancos. Lo que también sumó para una mayor devaluación del peso y un mayor robo inflacionario a todos los sectores populares y a la producción nacional, a los depositantes bancarios pesificados y acorralados y al presupuesto nacional y a los presupuestos provinciales y municipales.

Devaluación e inflación

Con la devaluación se ha garantizado a los grandes terratenientes y monopolios exportadores (cerealeros, aceiteros, frigoríficos, pesqueros, petroleros y siderúrgicos, principalmente) que por cada dólar que vendan al exterior reciban alrededor de tres pesos, en vez de un peso como antes. Al mismo tiempo, sus deudas en dólares fueron transformadas en pesos en relación de uno a uno a costa de un mayor endeudamiento público (emisión de nuevos bonos), sin diferencias con todos los demás sectores que no se beneficiaron, sino que fueron perjudicados por la devaluación.

¿Quién paga esta gigantesca transferencia? En primer lugar, los trabajadores asalariados y los jubilados y pensionados a través de la inflación. Es decir, a través del aumento de los precios de los alimentos y demás bienes, que redujo el poder adquisitivo de sus ya magros ingresos. Lo mismo ocurrió con los otros sectores que tienen ingresos en pesos, y que dependen del mercado interno así empequeñecido. Todo esto, aparte del robo directo a que fueron sometidos los depositantes bancarios encerrados en el "corralito", cuya pérdida también se acrecentó con la creciente devaluación del peso.

La devaluación de la moneda y la inflación que la acompañó deterioraron los ingresos de todos esos sectores a favor de los grandes terratenientes, monopolios exportadores y usureros imperialistas. Las medidas adoptadas por el gobierno de Duhalde no fueron para "aliviar" a los trabajadores y al pueblo, sino para "regular" el reparto de los beneficios del saqueo entre los sectores dominantes. Como ocurrió con las llamadas retenciones a las exportaciones que resolvió aplicar después de dos meses de disputas entre sectores de monopolios exportadores y del capital financiero.

Tanto por el destino que se dio a estas retenciones, como por su magnitud, en poco amenguaron los efectos nefastos de la política devaluadora. Por un lado, porque esas retenciones no se

aplicaron para mejorar los salarios y las jubilaciones, la salud y la educación o las economías regionales, sino para garantizar al capital financiero el pago de la usura sancionado en el presupuesto. Por otro lado, se trataba de un modesto 20% en el mayor de los casos, por lo que en lugar de los 3 pesos en que se "estabilizó" el dólar "liberado", los exportadores de esos productos (en particular granos y petróleo) seguían recibiendo 2,40 pesos por dólar. El "alivio" para los sectores populares, en este caso, se reduce a que no aumentan tanto los bienes de consumo cuyos precios se rigen por ese dólar de exportación.

El duhaldismo continuó en lo esencial la política hambreadora y entreguista del menemismo y del delarruismo, aunque bajo una nueva forma. Con la devaluación y la inflación se profundizó la explotación de los trabajadores y el saqueo a los sectores medios; también se **achicaron**, por ser establecidas en pesos, las partidas del presupuesto nacional y de las provincias y municipios para salarios y jubilaciones, salud y educación, etc. En este punto coinciden, objetivamente, los intereses de los trabajadores privados y los estatales, los desocupados y los jubilados, los campesinos y los cuentapropistas, los estudiantes y los profesionales, los comerciantes y los pequeños empresarios, etc.

El aumento de la explotación

Con la devaluación del peso en un 65% con relación al dólar, y el aumento de los precios de los bienes y servicios de la canasta familiar en un 40%, se produjo una brutal reducción del salario real de los trabajadores.

Para los trabajadores asalariados ocupados, unos 9 millones de personas, eso implica que ha aumentado su explotación en el trabajo. Pues, aunque su salario se mantenga en pesos, o hayan recibido algún pequeño aumento nominal, están recibiendo mucho menos que antes en términos de lo que pueden comprar con esos pesos. Esto significa que a los patrones, que son los que manejan los precios, les queda mucho más que antes, haciendo

trabajar a sus asalariados igual tiempo que antes. Y más aun si logran hacerlos trabajar más tiempo, porque ahora no les alcanza con el salario. Así se calcula que el llamado costo laboral para el conjunto de los patrones habría bajado de un 12 a un 8%, lo que significa que habrían logrado aumentar la explotación del conjunto de los trabajadores en **¡un 33%!**

El mantenimiento de esta situación por el gobierno de Duhalde –con la complicidad de los jerarcas sindicales y el chantaje de la desocupación–, que implicó una brutal transferencia de ingresos desde los sectores asalariados a los sectores patronales (terratenientes y capitalistas) durante 2002 y 2003, está en la base de la llamada "recuperación económica" de este último año (principalmente para ellos, se entiende). Solo la lucha de los desocupados, los obligó a tener que extender los anteriores planes de trabajo a los más de 2 millones de jefas y jefes de hogar, aunque mantuvieron su monto en el piso de 150 pesos por mes, que ahora no alcanza para cubrir ni un quinto de la canasta familiar mínima.

Cuando la situación política y social los obligó a adelantar una "salida electoral", después del asesinato de los piqueteros Maximiliano Kosteki y Darío Santillán a mediados de 2002, tuvieron que aflojar en el 13% que le habían seguido descontando a los trabajadores estatales, pese a que De la Rúa y Cavallo ya no estaban, y también tuvieron que aumentar el salario mínimo a 300 pesos –y 200 pesos para todos los trabajadores "privados" bajo convenciones colectivas de trabajo–, para evitar que se propagaran las luchas porque ya en muchas empresas esos trabajadores habían logrado arrancar ese aumento. Con esto mejoraron levemente su situación unos 3 millones de trabajadores, que son los "privados" que trabajan en blanco, mientras quedaron afuera los que trabajan en negro, que son los otros 3 millones a los que los patrones no les pagan ninguno de los llamados beneficios sociales (asignaciones familiares, obra social, aporte jubilatorio, etc.). También la lucha de los jubilados y pensionados logró arrancar el aumento del mínimo de las prestaciones hasta 220 pesos por mes que, aun-

que sigan siendo de hambre implicaron un alivio para otros dos millones de personas.

El gobierno de Kirchner, aunque siguió manteniendo a rajatabla la congelación de los salarios de los 3 millones de trabajadores estatales como se comprometió con el FMI para pagarle la usura de la deuda, a fines de 2003 concedió un nuevo pequeño aumento en las jubilaciones y pensiones, elevando el mínimo a 240 pesos por mes. Además un pago "por única vez" de un aguinaldo de 50 pesos a las jefas y jefes de hogar desocupados, y un aumento a partir de enero de 2004 del salario mínimo de 300 a 350 pesos por mes, y de 50 pesos por mes, aunque "no remunerativo" (es decir, sin los beneficios sociales), también aplicable a todos los trabajadores "privados" bajo convenciones colectivas de trabajo, que son los tres millones que están en blanco, porque para los tres millones que siguen en negro no se ha avanzado en obligar a los patrones a que los registren.

Con esto el gobierno de Kirchner trató de evitar la extensión del "conflicto social", como llaman a la lucha de los trabajadores ocupados, desocupados y jubilados por disminuir su superexplotación y conseguir mejoras que alivien su angustiante situación. Y, a la vez, sostuvo la "recuperación económica" para los patrones[157], con la mayor demanda de consumo que significó ese aumento de poder adquisitivo sobre todo en los sectores de más bajos ingresos.

157. Ponemos recuperación económica entre comillas, pues si bien en 2003 se logró una tasa de crecimiento del PBI del 8,5%, esta no alcanza a cubrir la caída del 11% de 2002, sin contar lo que cayó desde 1998. Y decimos para los patrones (fundamentalmente los grandes terratenientes y monopolios), porque eso no ha implicado un gran mejoramiento para los trabajadores asalariados; al contrario, esa "recuperación" (sobre todo de la renta terrateniente y de los beneficios monopolistas) se asienta en el mantenimiento de los salarios devaluados de los trabajadores del campo y de la ciudad: del aumento de su explotación. Un reflejo la redistribución regresiva que se ha producido también entre los sectores patronales por la devaluación (aun con el "atemperamiento" producido por las retenciones a las exportaciones en algunos sectores), la da el hecho de que el aumento de los precios mayoristas más que duplicó el aumento de los precios minoristas en 2002, y esa diferencia se mantuvo en 2003 con los precios relativamente estabilizados.

No obstante lo magro de los aumentos y que eso los beneficiaría con un aumento de la demanda, la mayoría de los patrones puso el grito en el cielo porque, aunque todos dicen que está bien que se aumente el consumo, ninguno de ellos quiere ceder aunque sea una mínima parte de la mayor plusvalía que le están extrayendo a "sus" trabajadores desde la devaluación del peso. Lo que volvió a mostrar que los trabajadores, sean ocupados, desocupados o jubilados, no deben cejar en su lucha por aumentar sus haberes (porque nada les ha sido ni les será regalado), fortaleciendo sus organizaciones clasistas o recuperándolas para el clasismo, uniéndose y fortaleciéndose desde abajo, imponiendo sus delegados y barriendo a los traidores.

La crisis económica mundial y sus perspectivas

Estados Unidos, de haber quedado como la única gran potencia acreedora a fines de la segunda guerra mundial ha pasado a ser la principal potencia deudora del mundo. Solo la deuda en bonos del Tesoro norteamericano ya supera en monto al valor total de su Producto Bruto Interno, y el proceso se ha acelerado los dos últimos años al pasarse de los superávit record de Clinton a los déficit record de Bush. Estados Unidos buscó salir de su recesión iniciada en marzo de 2001 apelando a un mayor endeudamiento interno y externo, a una huida hacia adelante inflando el dólar, lo que acumula elementos para una crisis económica y financiera en perspectiva aún mayor, con una aguda caída del dólar y una abrupta suba de las tasas de interés, que provocará un daño impredecible a su economía y a toda la economía mundial.

A su vez, Japón ha pasado a ser la principal potencia acreedora mundial, pero sus mayores acreencias son precisamente con los Estados Unidos, por lo que la posición del yen en perspectiva es todo menos segura. En tanto, habiendo logrado el producto per cápita más grande del mundo, muy por encima del de Estados Unidos, Japón arrastra una crisis de sobreproducción desde hace más de 10 años (desde comienzos de la década de 1990), sin en-

contrar salida salvo alivios temporarios a través de acrecentar su cartera de préstamos, en perspectiva incobrables.

Tampoco la situación de las potencias imperialistas europeas es cómoda, si bien se ha fortalecido relativamente el euro como moneda común, por el debilitamiento del dólar y las dificultades del yen. Pero esta "fortaleza" del euro dificulta las exportaciones de los imperialistas europeos, por lo que nuevamente ha aflorado su crisis de superproducción latente, agravando sus contradicciones sociales, encerrada en la opción de hierro del capitalismo imperialista entre descargar la crisis a través de la reducción de sus déficits fiscales o la inflación del euro.

De los cinco grandes centros imperialistas (tomando a Europa como una unidad), solo Rusia y China han mejorado su posición relativa. Ambas sobre la base de una baratura de la fuerza de trabajo solo comparable a la de los países más oprimidos del Tercer Mundo. La primera utilizando principalmente su potencial energético en petróleo y gas para obtener divisas, y la segunda habiéndose convertido en la principal receptora de las inversiones de los capitales "excedentes" de Japón, Estados Unidos y Europa para la producción de mercancías a muy bajo costo, que pueden así competir en el saturado mercado internacional. Lo que también en perspectiva acumula elementos para una mayor crisis de sobreproducción mundial, que la que afloró con la crisis iniciada en el sudeste asiático en 1997, de la cual todavía no ha podido salir la economía capitalista imperialista mundial tomada en su conjunto.

Así la economía capitalista imperialista marcha en todo el mundo a una agudización de la contradicción entre el capital y el trabajo, básica del sistema, y de las contradicciones entre las grandes potencias imperialistas y los países coloniales, semicoloniales y dependientes, sobre los que se descarga con mayor brutalidad la crisis. Lo que lleva, también, a una agudización de las contradicciones entre las grandes potencias imperialistas, y de éstas con las potencias secundarias, por los mercados y por las esferas de influencia, con el acrecentamiento de los factores de guerra que eso implica.

Lanzado el imperialismo norteamericano a tratar de sobrellevar la crisis con una política abiertamente colonial, como se expresa con toda crudeza en Irak, ampliando su presupuesto de guerra y consecuentemente su endeudamiento, no está haciendo más que llevar al dólar y a todo el sistema de él dependiente, a la bancarrota. Lo que en primer lugar agudiza la contradicción económica con Japón, en su relación directa y en su disputa por los mercados y esferas de influencia de Asia y el Pacífico. También se agudiza la contradicción del imperialismo estadounidense con las grandes potencias de Europa occidental (particularmente Francia y Alemania) y con Rusia por los mercados de América Latina y principalmente por los de Europa del Este, Medio Oriente y Asia Central, donde la disputa directa por las esferas de influencia ha pasado a primer plano, en lo inmediato, con el despliegue abierto de las fuerzas militares. Más silenciosamente China, aparentando mirar "desde la montaña" como se pelean los tigres, avanza en sus posiciones en Asia y el Pacífico, tratando de aprovechar las contradicciones económicas entre Japón y Estados Unidos, y en el resto del mundo entre Rusia y Europa y entre ambos y los Estados Unidos, lo que la convierte en perspectiva en la principal rival imperialista de éste en un futuro no muy lejano.

Observando la situación económica del sistema capitalista imperialista mundial en su conjunto, el dólar marcha a una bancarrota en pocos años, que arrastrará al yen y al euro, y sumirá al mundo en un caos financiero y económico, del que tampoco podrían salir indemnes Rusia y China, porque forman parte del mismo sistema. Se agudizarán las contradicciones entre el imperialismo y el proletariado y los países oprimidos, y dentro de los países imperialistas entre las potencias secundarias y el pequeño grupo de grandes potencias (Estados Unidos, Inglaterra, Alemania, Francia, Italia, Rusia, Japón y China) que, a su vez, disputarán entre ellas de una manera más enconada por los mercados y esferas de influencia. Así, las perspectivas de la economía capitalista imperialista mundial, de la que Argentina es parte como país dependiente, son las de una nueva gran crisis de sobreproducción

relativa en medio de grandes conmociones sociales, tanto en los países imperialistas y como en los países dependientes; de guerras abiertas o encubiertas, como las coloniales, tras las que se libra la batalla por cuál o cuáles de las grandes potencias imperialistas logran la oportunidad y el derecho de saquear, estrangular y explotar una mayor porción del planeta.

La crisis económica argentina y sus soluciones

La economía argentina sufre la crisis más prolongada de su historia. Las medidas tomadas por los sucesivos gobiernos para tratar de "purgarla", descargándola sobre las espaldas de los trabajadores y el pueblo para beneficio de los monopolios imperialistas y los terratenientes, no han hecho más que agravarla, pues han agravado los factores estructurales de la crisis hasta límites inimaginables hasta hace pocas décadas. Tanto en la dependencia del imperialismo, a niveles asemejables a los de las primeras décadas del siglo pasado, como en el fortalecimiento del latifundio en el campo. Un latifundio cuyos orígenes, como señala el PCR, no se basan en el desarrollo "normal" de la concentración capitalista y en la crisis y pauperización, normal en el capitalismo, de la pequeña explotación agropecuaria, sino que hunde sus raíces en la vieja Argentina precapitalista.

Por estas razones es que la crisis argentina ha tenido y tiene una profundidad y una duración muy superior a la de otros países latinoamericanos en los que la economía no depende en igual medida del imperialismo y en donde se han realizado reformas en el terreno agrario que aquí nunca se hicieron. Por eso solo se puede enfrentar con éxito al imperialismo y a la oligarquía por un camino revolucionario.

En la Argentina, hablar del problema de la tierra es hablar del latifundio, es decir, del monopolio de la propiedad privada de la tierra en grandes extensiones por un puñado de grandes terratenientes. Un latifundio que, como en los demás países latinoamericanos, conserva en muchos aspectos la herencia de la colonia y del

feudalismo que la corona española introdujo aquí. La revolución y la guerra de la Independencia dejaron en pie esa grande y a veces enorme propiedad territorial, que luego se extendió con el saqueo de las tierras públicas. Saqueo que la llamada Revolución Libertadora culminó en 1956, con el Decreto-ley 14.577, por el que prácticamente regaló en extensiones inmensas las mejores tierras fiscales que aun quedaban desde el Río Colorado a Tierra del Fuego.

El presidente Kirchner, aunque más no sea por su origen patagónico, no puede desconocer estos hechos. Tampoco puede desconocer el papel que en el despoblamiento, la monoproducción y la dependencia del mercado exterior ha jugado y juega el latifundio, tan evidente en esa región con viejos y nuevos terratenientes nacionales y extranjeros que disponen de centenares de miles de hectáreas, y hasta de millones, como los Braun Menéndez, Perez Companc y Benetton. Lo que resulta aun más inquietante por el peligro de entrega a manos imperialistas de las pocas reservas que quedan, en la Patagonia como en el resto del país, aparte de las grandes extensiones que ya están en manos de terratenientes imperialistas. Según el Censo Nacional Agropecuario de 2002, sobre un total de 297.425 explotaciones con límites definidos que ocupaban una superficie de 174.808.564 hectáreas en todo el país, 172.122 explotaciones de hasta 100 hectáreas (el 57,9% de las explotaciones) ocupaban 4.954.742 hectáreas (el 2,83% de la superficie), mientras que 6.160 explotaciones de más de 5.000 hectáreas (el 2,1% de las explotaciones) ocupaban una superficie de 92.272.628 hectáreas (el 52,8% de la superficie).

Los terratenientes personifican la propiedad territorial, como los burgueses el capital y los obreros el trabajo asalariado. Cuanto mayor es el peso de su monopolio sobre la propiedad de la tierra, mayor es su poder y también mayor es la carga de renta que imponen, condicionando y deformando todo el desarrollo del país. En función de obtener una elevada renta, controlando la oferta de tierras para producir, mantienen millones de hectáreas sin explotar. Así por ejemplo en Jujuy, Ledesma, controlada por las familias oligárquicas Arrieta y Blaquier, tiene 134.584 hectáreas de

las mejores tierras, de las cuales explota solo el 25%, o en Buenos Aires, Amalia Lacroze con más de 200 mil hectáreas tiene "apenas" 146 mil cabezas de ganado vacuno.

A su vez, el latifundio terrateniente es la base de poder de la oligarquía que subordina el país a los imperialistas, pues necesita de ellos para su subsistencia y desarrollo. Situación agravada por el hecho de que entre los principales terratenientes se encuentran los grupos ligados directamente a los imperialistas. Como ocurre, por ejemplo, con el grupo italiano Benetton, propietario de 900 mil hectáreas en la Patagonia con 280 mil cabezas ovinas y 9 mil vacunos, o el grupo alemán Thyssen, con unas 200 mil hectáreas en San Luis y más de 80 mil cabezas vacunas. O, en relación con el imperialismo ruso, el grupo Cresud, manejado por Elsztein y Mindlin, dueños de más de 450 mil hectáreas, gran parte de ellas en la pampa húmeda, y de unas 170 mil cabezas vacunas, o el grupo Werthein que tiene 120 mil hectáreas propias y 18 mil cabezas vacunas y es, actualmente, un gran procesador y exportador de frutas.

Lo primero que deberá resolver un gobierno popular es el hambre que azota a más de 10 millones de personas, y esto se puede hacer en diez días.

En la Argentina, 9.000 grandes terratenientes de más de 2.500 hectáreas (apenas un 2% del total de productores agropecuarios) tienen más de 15 millones de cabezas de vacunos (un 32% del stock ganadero del país). Con solo un 2% de esos animales, sin perjudicar el ciclo productivo y afectando solo parte de las fabulosas ganancias y rentas de esos terratenientes, se puede abastecer durante un mes a 200.000 comedores populares, a un promedio de 50 personas por comedor, es decir garantizar las proteínas necesarias a 10 millones de hambrientos. Y además quedarían los cueros y "desperdicios", con cuya venta se podrían obtener los fondos para comprar directamente a los pequeños y medianos productores, leche, verduras, frutas, etc.

El cálculo es sencillo. A un kilo de carne cada 5 personas por día, para 10 millones de personas, lo que se necesita son 2 millones de kilos diarios; es decir, 60 millones de kilos en 30 días. Esto

se puede obtener de la faena de 300.000 novillos, a un promedio de 200 kilos limpios cada uno. Esos 300.000 novillos en un mes representan el 2% de los 15 millones de vacunos que tienen esos 9.000 grandes propietarios. Y se pueden obtener afectando apenas al 1% del ganado de los establecimientos de entre 2.500 a 5.000 hectáreas; a un 2% de los de 5.000 a 10.000 hectáreas, y a un 3% a los de más de 10.000 hectáreas.

También se puede resolver rápidamente la desocupación.

En la Argentina, hay centenares de miles de familias que no tienen o disponen de poca tierra para trabajar. 235.000 familias con menos de 100 hectáreas (el 62% del total de las explotaciones agropecuarias del país), disponen de menos de 7 millones de hectáreas (un escaso 4% del total de la tierra utilizable), lo que hace un promedio de solo 29,8 hectáreas por familia. En el otro extremo, 12.000 grandes terratenientes (apenas un 3% del total de las explotaciones agropecuarias del país) disponen de 110.000 millones de hectáreas (un 62% de la tierra utilizable en el país), es decir un promedio de 9.166 hectáreas cada uno.

Si se expropiara a esos grandes terratenientes lo que exceda de 2.500 hectáreas, quedarían libres 80 millones de hectáreas. Con 20 millones se puede garantizar un mínimo de 100 hectáreas a los 235.000 pequeños y medianos productores, y los otros 60 millones de hectáreas se pueden repartir entre las mujeres y jóvenes campesinos sin tierra, comunidades aborígenes, obreros rurales y familias de desocupados que quieran trabajar la tierra, lo que a un promedio de 100 hectáreas resultaría en 600 mil nuevas explotaciones agropecuarias.

Por supuesto, para implementar esta reforma agraria, hay que ver en cada lugar cuáles son los latifundios y cuál sería el tamaño medio de las explotaciones familiares en las nuevas condiciones, o si pueden explotar esas tierras en cooperativas o bajo otras formas. Para esto es fundamental también que sean las propias masas del lugar, a través de sus organizaciones, asambleas y multisectoriales, las que puedan disponer y decidir sobre el uso y tenencia de esas tierras.

Por otro lado, un puñado de grandes monopolios maneja lo fundamental de las exportaciones argentinas y, por tanto, de las divisas del país, como Cargill, Louis Dreyfus, Bunge Ceval, Nidera y La Plata Cereal, en granos; Aceitera General Deheza y Vicentín, en aceites y pellets; Repsol, Petrobras, Pan American y Chevron, en petróleo; Techint, en siderurgia, y Aluar, en aluminio. Con un estricto control de cambios, nacionalizando el comercio exterior, se puede garantizar la disposición de esas divisas en función de las necesidades de los trabajadores y de la producción nacional, con control de sus organizaciones. Lo mismo respecto del crédito, nacionalizando los bancos imperialistas y las AFJP. Igualmente respecto del petróleo y otros recursos claves para el bienestar de los trabajadores y la producción y el transporte nacionales, hoy en manos de un puñado de monopolios como consecuencia de la política entreguista del menemismo.

Está claro, entonces, que se puede terminar con el hambre en 10 días, que sobra carne en la Argentina para que coman los hambrientos, y también que se puede comenzar a resolver inmediatamente la crisis a favor de los trabajadores y la producción nacional. Tenemos el capital humano, que es lo más importante, y también los alimentos, la tierra, el petróleo, las industrias, para hacerlo. La cuestión es buscarlos donde están y poder disponer de ellos, por y a favor de los trabajadores y la producción nacional. Pero esto no lo vamos a lograr con un gobierno que no rompa con el viejo y podrido Estado oligárquico imperialista. Para poder hacerlo es imprescindible terminar con las políticas que imponen las clases dominantes y barrer con este Estado, de la única manera posible: imponiendo un gobierno de unidad patriótica y popular por el camino del Argentinazo, a través de los cuerpos de delegados, piquetes y otras formas de democracia directa de masas, asambleas populares, cabildos abiertos y multisectoriales. Solo un gobierno de unidad patriótica y popular, apoyado en la más amplia organización y movilización de las masas, puede hacer efectivas inmediatamente estas medidas y convocar a una Asamblea Constituyente verdaderamente sobe-

rana, para organizar un Estado de nuevo tipo, un Estado basado en el poder popular.

Final abierto

Atravesamos un momento complejo en la lucha de nuestro pueblo por su liberación nacional y social. Las perspectivas son buenas. El imperialismo estadounidense, hoy en día el más agresivo contra los pueblos del mundo, se estrella los dientes contra la heroica resistencia del pueblo y la nación iraquíes. También los imperialistas anglo-estadounidenses están empantanados en Afganistán, lo mismo que los imperialistas rusos en Chechenia. En noviembre de 2003, una pueblada derrocaba un gobierno proimperialista en Georgia.

Los imperialistas y sus lacayos tienen problemas en todo el Medio Oriente; igualmente en Filipinas y en todo el Sudeste Asiático, y su dominación sufre golpes contundentes en Latinoamérica con la rebelión de nuestros pueblos, como ha vuelto a mostrarlo el hermano pueblo de Bolivia en octubre de 2003.

Los imperialistas quieren abarcar más de lo que pueden, y disputan entre ellos: es un buen momento para la lucha de los pueblos y las naciones por su liberación.

El pueblo argentino ha protagonizado grandes combates en la última década, desde aquel histórico Santiagueñazo del 16 de diciembre de 1993. Hasta llegar al Argentinazo del 19 y 20 de diciembre de 2001 que abortó el Estado de Sitio, terminó con De la Rúa-Cavallo e impuso la suspensión del pago de la deuda externa ilegítima y fraudulenta. Sin embargo, el Argentinazo no llegó a coronar en un gobierno de unidad patriótica y popular que impusiera una política a favor de los trabajadores y del pueblo, para resolver inmediatamente el hambre y la desocupación, haciendo que paguen la crisis los verdaderos responsables, estableciendo la soberanía del pueblo y recuperando el poder de decisión nacional.

Con Duhalde, Alfonsín e Ibarra, y con la complicidad de los jerarcas enquistados en las organizaciones sindicales y populares,

las clases dominantes han logrado preservar el Estado oligárquico imperialista, haciendo pasar las elecciones del 27 de abril de 2003, que burlaron la aspiración popular de que "se vayan todos" y permitieron que muchos de los responsables de las políticas antipopulares se queden y que otros, aunque perdieran, mantuvieran su impunidad. Pero, a poco andar, se vio que pervive la situación revolucionaria objetiva que afloró el 20 de diciembre de 2001: "los de arriba" ya no pueden seguir gobernando como antes, están divididos, y el pueblo no acepta ser gobernado como antes, y hay un reverdecer de las luchas obreras y populares. Baste señalar, como elementos indicativos de esta situación, la enorme cantidad de abstenciones, votos nulos y en blanco en las elecciones de los últimos meses de 2003, en provincias claves como Buenos Aires, Salta o Tucumán; las más de 200 empresas recuperadas donde los trabajadores han tomado la producción en sus manos, con ejemplos como los de La Esperanza en Jujuy, Renacer en Tierra del Fuego, Zanón en Neuquen y Brukman en la ciudad de Buenos Aires, que han colocado esos procesos en la avanzada del movimiento obrero en este período; las luchas de gremios importantes como telefónicos, ferroviarios, bancarios, estatales como los de Santa Fe y del Astillero Río Santiago, etc.; los pueblos originarios y los campesinos pobres uniéndose en sus reivindicaciones; los estudiantes y los profesores enfrentando las trenzas alfonsinistas y menemistas en la Universidad; las mujeres movilizándose en todo el país contra la violencia y la discriminación; la lucha antiimperialista de los ex combatientes de Malvinas; los pueblos de Jujuy y de Neuquen enfrentando la represión y las organizaciones de desocupados y jubilados luchando en todo el país; el movimiento democrático por la amnistía a los luchadores populares; el movimiento patriótico contra el pago de la deuda externa ilegítima y fraudulenta; los trabajadores de la alimentación, con el ejemplo de los obreros de Terrabusi, uniéndose para barrer del sindicato al traidor Daer. Y en estos nombramos a todos los trabajadores que bregan por recuperar sus organizaciones –principalmente los cuerpos de delegados en las grandes empresas–, para

la lucha por sus salarios y condiciones de trabajo y por unirlas a la causa común de todo el pueblo argentino, que es la causa de la revolución de liberación nacional y social.

El presidente Kirchner despertó grandes expectativas en vastos sectores populares por algunas medidas particularmente en el terreno democrático, tan caro para la memoria de nuestro pueblo por sus 30.000 detenidos desaparecidos bajo la dictadura violovidelista. También porque concedió importantes reivindicaciones a la lucha de los desocupados y jubilados, a los obreros de las empresas recuperadas, a los aborígenes qom y campesinos pobres del Chaco, a los docentes entrerrianos y sanjuaninos, etc.

Esas concesiones han sido resultado de la larga y dura lucha del pueblo argentino contra las políticas antipopulares y antinacionales durante más de una década. Al mismo tiempo, siguen sin resolverse el hambre y la desocupación; es mayor la superexplotación de los que trabajan, porque sus salarios han perdido con la inflación y tienen que trabajar más horas; los planes de trabajo y las jubilaciones también se han deteriorado por la inflación; en fin, han aumentado la pobreza y la desnutrición que es el flagelo de más de la mitad de nuestros niños y jóvenes.

Hay que tener en cuenta los sentimientos de las masas, aunque sin alentar ninguna ilusión al margen de la confianza ilimitada en su capacidad de lucha. Nada será regalado por la oligarquía y el imperialismo. Si no se han resuelto los problemas fundamentales, es porque siguen reinando el latifundio y el imperialismo, y el gobierno de Kirchner no se propuso acabar con ellos. Al contrario, mantuvo en lo esencial la misma política económica del duhaldismo, de descargar la crisis del denostado "modelo" de Menem, Cavallo y De la Rúa sobre los trabajadores y el pueblo, en beneficio principalmente de una pequeña minoría que monopoliza lo fundamental de la tierra, de las riquezas y del fruto del trabajo de la mayoría de los argentinos. Mientras han los salarios de los trabajadores y ha aumentado el hambre y la miseria del pueblo, los grandes terratenientes han acrecentado sus rentas, una minoría de monopolios imperialistas ha aumentado sus superganancias,

la usura ha seguido floreciendo, y se firmó un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional por el que se comprometió el pago –por intereses de la deuda externa ilegítima y fraudulenta– de más de 12 mil millones de pesos en 2004: un 3% del producto interno bruto, es decir casi todo el mayor esfuerzo productivo de este año, que se calcula será de un 4% y que se sacará a los trabajadores y el pueblo con una inflación del 10 u 11 por ciento.

Por este camino el país seguirá sin poder levantar cabeza, mientras una pequeña minoría de grandes terratenientes y monopolios imperialistas seguirán haciendo sus fabulosas rentas y ganancias, a costa del hambre y la superexplotación de la gran mayoría, por más que se le hagan algunos retoques al "modelo". Hay que acabar con las políticas de hambre y entrega, haciendo que la crisis la paguen los verdaderos responsables, el imperialismo y la oligarquía, y no se siga descargando sobre los trabajadores y el pueblo. Para eso es necesario imponer un gobierno de unidad patriótica y popular que, apoyándose en la organización y movilización de las masas explotadas y oprimidas, tome las medidas necesarias. Y esto solo se podrá lograr por el camino que mostró el Argentinazo, con los cuerpos de delegados y sindicatos recuperados por los trabajadores, la organización de los pueblos originarios y de los campesinos pobres y medios, las organizaciones de las mujeres, los centros de ex combatientes de Malvinas, los centros de estudiantes, las organizaciones de artistas e intelectuales, de profesionales, de pequeños y medianos empresarios, las asambleas populares, los piquetes y otras formas de democracia directa de masas.

Se ha avanzado en este camino, pero el hambre y la desocupación siguen estando presentes, y siguen presentes todos los otros males que golpean a la mayoría de los argentinos. Esto solo se podrá cambiar avanzando en la organización, la lucha y la unidad de la clase obrera y de las grandes masas populares: hay que pasar en limpio los deberes que dejó el Argentinazo. Y para ello es fundamental que crezcan y se fortalezcan aun más el PCR y la JCR, y las organizaciones de frente único antiimperialistas y democráticas

de los trabajadores, los campesinos, los ex combatientes, la juventud, las mujeres, los artistas e intelectuales, los profesionales, etc.

La situación revolucionaria objetiva que afloró con el Argentinazo indefectiblemente irá a un desenlace, más temprano que tarde. La derecha, la oligarquía y los imperialistas, los reaccionarios, disputan entre sí y afilan sus cuchillos. Los trabajadores, el pueblo y todos los patriotas y demócratas, deben prepararse para actuar en cualquiera de los escenarios en que se produzca el desenlace, para que éste no sea el impuesto por alguna de las variantes oligárquico-imperialistas en pugna, sino que sea a favor del pueblo y de la patria. Es decir, prepararse para que esta situación tenga un desemboque revolucionario. Unirse y organizarse para ello es el desafío.

Bibliografía del cuarto tomo

Alén Lascano, Luis C., *La Argentina ilusionada, 1922-1930*, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1975.

Anuario de Comercio Exterior de la República Argentina, Buenos Aires, 1941.

Banco de Análisis y Computación, *Relevamiento estadístico de la economía argentina 1900-1980*, Buenos Aires, 1982.

Baily, Samuel L., *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.

Balvé, Beba C., "Acerca de la relación: resistencia-lucha armada-huelga política de masas e insurrección proletaria", Cicso, Buenos Aires, febrero de 2004.

Basualdo, Eduardo M. y Khavisse, Miguel, *El nuevo poder terrateniente*, Planeta, Buenos Aires, 1993.

Bledel, Rodolfo, *La economía argentina (1952-1963)*, Ediciones mensú, Buenos Aires, 1963.

Braun, Oscar, *El capitalismo en crisis*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1973.

Brega, Jorge, *¿Ha muerto el comunismo? El maoísmo en la Argentina. Conversaciones con Otto Vargas*, Editorial Agora, Buenos Aires, 1997.

Cantón, Darío, *El parlamento argentino en épocas de cambio: 1890, 1916 y 1946*, Editorial del Instituto, Buenos Aires, 1966.

Cantón, Moreno y Ciria, *Argentina. La democracia constitucional y su crisis*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1980.

Capdevila, Irene, *El caso Graiver*, Editorial Agora, Buenos Aires, 1984.

Castello, Antonio Emilio, *La democracia inestable 1962-1966*, 2 tomos, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1986.

Cattáneo, Teniente coronel Atilio E., *Plan 1932, El concurrencismo y la revolución*, Proceso ediciones, Buenos Aires, 1959.

Cepeda, Carlos Ramil, *Crisis de una burguesía dependiente 1966-1971*, Ediciones La Rosa Blindada, Buenos Aires, 1972.

Ciafardini, Horacio, *Crisis, inflación y desindustrialización en la Argentina dependiente*, Editorial Agora, Buenos Aires, 1990.

Cimillo, Elsa, y otros, *Acumulación y centralización del capital en la industria argentina*, Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires, 1973.

Comité Regional Santa Fe del PCR, "El Rosariazo: apuntes para su historia", en *Revista argentina de Política y Teoría*, N° 11, diciembre de 1986.

Confederación General Económica, *Informe económico*, 1955.

Consejo Federal de Inversiones, *El sector agropecuario argentino. Una estimación de los excedentes en el período 1950–1982,* equipo de trabajo coordinado por Graciela Gutman, mimeografiado, Buenos Aires, diciembre de 1985.

Corbiére, Emilio J., *Conversaciones con Oscar Alende*, Colihue, Buenos Aires, 1978.

Cúneo, Dardo, *Comportamiento y crisis de la clase empresaria*, Pleamar, Buenos Aires, 1967.

Dávila, Néstor, "Los cambios operados en la estructura productiva y la burguesía nacional", en *Revista Argentina de Teoría y Política*, número 12, mayo-julio de 1987.

Díaz Alejandro, Carlos F., *Ensayos sobre la historia económica argentina*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1975.

Dirección General de Estadísticas de la Nación, *Anuario del comercio exterior de la República Argentina*.

Documentos aprobados desde la ruptura con el PC revisionista hasta el 1° Congreso del PCR, 1967/1969, publicaciones 35° aniversario del PCR, tomo I, Buenos Aires, 2003.

Dorfman, Adolfo, *Cincuenta años de industrialización en la Argentina, 1930-1980*, Ediciones Solar, Buenos Aires, 1983.

Durruty, Celia, *Clase obrera y peronismo*, Ediciones Pasado y Presente, Buenos Aires, 1969.

Echagüe, Carlos, *El socialimperialismo ruso en la Argentina*, Ediciones Agora, Buenos Aires, 1984.

Echagüe, Carlos M., *Las grandes huelgas*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1971.

Esbozo de historia del Partido Comunista de la Argentina, Editorial Anteo, Buenos Aires, 1947.

Esteban, Juan Carlos, *Imperialismo y desarrollo económico*, Merayo Editor, Buenos Aires, 1972.

Esteban, Juan Carlos y Tassara, Luis Ernesto, *Valor industrial y enajenación de Dinie*, Editorial Cátedra Lisandro de la Torre, Buenos Aires, 1958.

Ferrer, Aldo y otros, *Los planes de estabilización en la Argentina*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1969.

Ferrero, Roberto A., *Del fraude a la soberanía popular, 1938-1946*, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1980.

Fierro, Ricardo, *El Argentinazo y el PCR*, ediciones hoy, Buenos Aires, 2002.

Fierro, Ricardo, *El Cordobazo*, ediciones nueva hora, Buenos Aires, s.f.

FMI, *International Financial Statistics*.

Galván, Miguel, "La huelga del 49. La Fotia", en *Política y Teoría*, N° 52, agosto-octubre de 2003.

Galván, Miguel, "Tucumán: el peronismo, origen, la Fotia (1ª. Parte)", en *Política y Teoría*, N° 47, diciembre-febrero de 2002.

Gambini, Hugo, *El peronismo y la iglesia*, Centro editor de América Latina, Buenos Aires, 1971.

Gastiazoro, Eugenio, *Argentina hoy. Latifundio, dependencia y estructura de clases*, Ediciones Pueblo, Buenos Aires, 1975.

Gastiazoro, Eugenio, *Crítica del desarrollismo*, Editores Dos, Buenos Aires, 1970.

Gastiazoro, Eugenio, *Desarrollismo o socialismo*, Ediciones sociales, Buenos Aires, 1972.

Gastiazoro, Eugenio, *El problema agrario argentino y sus soluciones*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1976.

Gastiazoro, Eugenio, *Ferrocarriles: historia, actualidad y propuestas*, Editorial Agora, Buenos Aires, 1988.

Gigli, Rafael, *El PCR y la dictadura*, Editorial Agora, Buenos Aires, 2002.

Giúdici, Ernesto, *Imperialismo inglés y liberación nacional*, Problemas, Buenos Aires, 1941.

Goñi, Uki, *Perón y los alemanes*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1998.

Guevara, Ernesto, *Escritos económicos*, Ed. Pasado y Presente, Buenos Aires, 1969.

Halperin Donghi, Tulio, *Argentina. La democracia de masas*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1972.

Halperin Donghi, Tulio, *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945*, Siglo XXI, Buenos Aires, 2003.

Horowicz, Alejandro, *Los cuatro peronismos*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

"Información sobre la deuda externa", en *Revista argentina de Política y Teoría,* número 8, diciembre de 1985.

Iñigo Carrera, Nicolás, *La estrategia de la clase obrera, 1936*, La Rosa Blindada, Buenos Aires, 2000.

Irazusta, Julio, *Balance de silgo y medio*, La Balandra, Buenos Aires, 1972.

Irazusta, Julio, *Breve historia de la Argentina*, Editorial Independencia, Buenos Aires, 1981.

Iscaro, Rubens, *Historia del movimiento sindical*, tomo IV, Editorial Ciencias del Hombre, Buenos Aires, 1974.

Jauretche, Arturo, *Forja y la década infame*, A. Peña Lillo editor, Buenos Aires, 1974.

Jorge, Eduardo A., *Industria y concentración económica*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

Lanata, Jorge, *Argentinos*, tomo 2, *Siglo XX: desde Yrigoyen hasta la caída de De la Rúa*, Ediciones B, Buenos Aires, mayo de 2003.

Lanusse, Alejandro A., *Mi testimonio*, Lasserre editores, Buenos Aires, 1977.

"La reforma monetaria", en *HOY servir al pueblo*, número 75, 26 de junio de 1985.

Laufer, Rubén y Spiguel, Claudio, "Europa Occidental en las relaciones internacionales argentinas del mundo bipolar, 1970-1990", en *Ciclos en la historia, la economía y la sociedad*, número especial 14-15, primer semestre de 1998.

Laufer, Rubén y Spiguel, Claudio, "Las 'puebladas' argentinas a partir del 'santiagueñazo' de 1993. Tradición histórica y nuevas formas de lucha", en la revista venezolana *Nueva Sociedad*, Caracas, 1999.

Levinson, Charles, *Vodka-Cola*, Argos Vergara, Barcelona, 1979.

Lipovetzky, Jaime César, *De cómo aprendieron a amar la deuda,* Editorial Distal, Buenos Aires, 1987.

López, Alfredo, *Historia del movimiento social y de la clase obrera argentina*, Editorial Programa, Buenos Aires, 1971.

López Alonso, Gerardo, *1930-1980 Cincuenta años de historia argentina*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982.

Mallon, Richard y Sourrouille, Juan, *La política económica en una sociedad conflictiva. El caso argentino*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1973.

Marioni, Oscar, *El Atlántico Sur y la crisis militar*, Editorial Agora, Buenos Aires, 1989.

Marota, Sebastián, *El movimiento sindical argentino*, tomo III, Período 1920-1935, Editorial Colomino, Buenos Aires, 1970.

Marx, Carlos, *El Capital*, 3 tomos.

Marx, Carlos, *Salario, precio y ganancia*.

Marx, Carlos, *Trabajo asalariado y capital*.

Matsushita, Hiroshi, *Movimiento obrero argentino 1930-1945*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1986.

Moreno, Isabel, "¿Honrar la deuda externa ilegítima y fraudulenta?", en *Política y Teoría* N° 46, agosto-octubre de 2001.

Morgan, Dan, *Los traficantes de granos*, Editorial Crea, Buenos Aires, 1982.

Muchnik, Daniel, *Negocios son negocios*, Buenos Aires, 1999.

Mao Tsetung, *Obras escogidas de*, 5 tomos, Ediciones en lenguas extranjeras, Pekín.

Nochteff, Hugo y otros, *La economía argentina a fin de siglo: fragmentación presente y desarrollo ausente*, Eudeba, Buenos Aires, 1998.

Oddone, Jacinto, *Gremialismo proletario argentino*, Ediciones Líbera, Buenos Aires, 1975.

O'Donnell, Guillermo, *1966-1973. El Estado burocrático autoritario*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1982.

O'Donnell, Guillermo y Linck, Delfina, *Dependencia y autonomía*, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1973.

Odena, Isidro, J., *Libertadores y desarrollistas 1955-1962*, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1977.

Olmos, Alejandro, *Todo lo que usted quiso saber sobre la deuda externa y siempre le ocultaron*, Buenos Aires, 1985.

Palacio, Ernesto, *Historia de la Argentina, 1515-1955*, A. Peña Lillo Editor, Buenos Aires, 1977.

Peña, Milcíades, *El peronismo*, Ediciones Fichas, Buenos Aires, 1973.

Peralta Ramos, Mónica, *Etapas de acumulación y alianza de clases en la Argentina (1930-1970)*, Siglo XXI Argentina Editores, Buenos Aires, 1972.

Pereira Pinto, Juan Carlos, *Aspectos de la historia económica y social de los últimos treinta años*, Editorial El Coloquio, Buenos Aires, 1970.

Perón, Juan Domingo, T*res revoluciones militares*, Ediciones Síntesis, Buenos Aires, 1974.

Peter, José, *Crónicas proletarias*, Esfera, Buenos Aires, 1968.

Plan Trienal para la Reconstrucción y la Liberación Nacional, 1974-1977, Poder Ejecutivo Nacional, Buenos Aires, diciembre de 1973.

Potash, Robert A., *El ejército y la política en la Argentina*, 2 tomos, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.

Potash, Robert A., *Perón y el GOU, los documentos de una logia secreta*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1984.

Programa del Partido Comunista Revolucionario de la Argentina, Buenos Aires, 2003.

Rapoport, Mario, y colaboradores, *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2000)*, Ediciones Macchi, Buenos Aires, 2003.

Roldán, Jacinto, *Así luchamos contra el golpe*, ediciones nueva hora, Buenos Aires, s.f.

Romero, Luis Alberto, *Breve historia contemporánea de Argentina*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 1994.

Rouquié, Alain, *Radicales y desarrollistas*, Schapire editor, Buenos Aires, 1975.

Sánchez, Pilar, *El Cutralcazo*, Editorial Agora, Buenos Aires, 1997.

Sánchez Sorondo, Marcelo, *Memorias. Conversaciones con Carlos Payá*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 2001.

Sanguinetti, Horacio, *La democracia ficta, 1930-1938*, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1975.

Santander, Silvano, *Técnica de una traición. Juan D. Perón y Eva Duarte, agentes del nazismo en la Argentina*, Editorial Antygua, Buenos Aires, 1955.

Santos Martínez, Pedro, *La nueva Argentina. 1946-1955*, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1976.

Scalabrini Ortiz, Raúl, *Historia de los ferrocarriles argentinos*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1975.

Scenna, Miguel Angel, *Forja, una aventura argentina (de Yrigoyen a Perón)*, 2 tomos, Ediciones La Bastilla, Buenos Aires, 1972.

Scenna, Miguel Angel, *Los militares*, Editorial de Belgrano, Buenos Aires, 1980.

Sommi, Luis V., *Los capitales alemanes en Argentina*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1945.

Tcach, César, *Sabattinismo y peronismo*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1991.

Terragno, Rodolfo, *Los 400 días de Perón*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 1974.

Tres revoluciones (los últimos veintiocho años), Editor Emilio Perrot, Buenos Aires, 1959.

Vacs, Aldo César, *Los socios discretos*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1984.

Vargas, Otto, *El marxismo y la revolución argentina*, tomo II, Editorial Agora, Buenos Aires, 1999.

Vargas, Otto, *La década del setenta*, ediciones nueva hora, Buenos Aires, s.f.

Vargas, Otto, "Reflexiones sobre una charla del camarada Mao", en *Política y Teoría*, N° 27, agosto-octubre de 1993. También en los Nos. 79 y 80 de *Cuadernos de difusión del marxismo-leninismo-maoísmo*, suplemento ***hoy***, julio y agosto de 2001.

Vazeilles, José, *Los socialistas*, Editorial Jorge Alvarez, Buenos Aires, 1968.

Viñas, Ismael, y Gastiazoro, Eugenio, *Economía y dependencia*, Buenos Aires, 1968.

Waldmann, Peter, *El peronismo 1943-1955*, Hyspamérica, Buenos Aires, 1985.

Anexos

1. La Segunda Guerra Mundial[158]

El 1º de septiembre de 1939, cuando el ejército nazi invade Polonia, se da por iniciada "oficialmente" la llamada Segunda Guerra Mundial, en realidad segunda gran masacre de pueblos a la que llevaba la expansión del capitalismo en la época de los monopolios.

En rigor, la fecha de inicio de la guerra podría ubicarse un año antes, el 28 de septiembre de 1938, en Munich. Allí se consuma la más alta traición a los pueblos por parte de las burguesías inglesa y francesa, las que a través de sus representantes, Chamberlain y Daladier, respectivamente, abandonan a su suerte a Checoslovaquia, pese a las promesas anteriores de respaldo y solidaridad.

Chamberlain y Daladier se encuentran con Hitler y Mussolini, actuando este último de "amigable componedor"[159]. Nunca se conocerá bien lo conversado allí, pero la verdad es que mientras los dos primeros volvían a sus respectivos países asegurando que "hemos logrado la paz en nuestro tiempo", Hitler quedaba con las manos libres para subyugar a Checoslovaquia, cuestión que terminaría de hacer efectiva en marzo de 1939.

158. El siguiente es un texto publicado en los fascículos Nos. 67 y 68 de la colección *Siglomundo, la historia temática del siglo XX*, del Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1974 (al texto original solo incorporamos algunas notas aclaratorias a pie de página, *E.G.*)

159. Hoy día todas las burguesías denostan a Mussolini, pero en su momento todas lo coqueteaban, más que a Hitler. Recordemos nomás que, en el caso de nuestra oligarquía, el teatro Colón se vistió de gala para festejar la ocupación de Etiopía (por ellos llamada Abisinia), en 1936.

Casi un año después de Munich, con la invasión del ejército germano–fascista a Polonia, quedaba claro ante los pueblos del mundo el significado de la actitud de los gobiernos de Francia e Inglaterra, cuya "neutralidad" en el caso de Checoslovaquia, como antes había sucedido con la invasión de Japón a China, de Italia a Abisinia, de Alemania e Italia a España y de Alemania a Austria, solo ayudaba a favorecer las pretensiones expansionistas de las potencias del Eje. También se derrumbaban ante los hechos las profecías de la socialdemocracia, que durante casi 20 años, olvidando las enseñanzas de la Primera Guerra Mundial, vaticinaron una "paz duradera" sostenida por las armas del capitalismo "democrático". La vida demostraba que "el imperialismo lleva la guerra, como la nube el agua". La Primera Guerra Mundial había determinado el predominio de Inglaterra y Francia en Europa y África. Con la complicidad de Estados Unidos, sometieron a Alemania en Versalles a condiciones infranacionales y se repartieron su imperio colonial. Desmembraron el imperio austro–húngaro creando una serie de Estados "tapones", apoyándose en las fuerzas reaccionarias y feudales del este europeo, con el objeto de cercar a la Unión Soviética, que había logrado liberarse de su opresión secular bajo la conducción del proletariado, retirándose por completo del campo de la rivalidad interimperialista y comenzando la tarea de construir la primera sociedad socialista del mundo. Con el mismo criterio desmembraron el imperio turco y crearon un Estado fantoche en Polonia.

Pero la "paz" impuesta por el capitalismo "democrático" en el mejor de los casos, solo podía ser ilusoria.

Porque un reparto del mundo entre las grandes potencias capitalistas, por más sólido que pueda ser en un momento, jamás puede ser duradero. Alemania aplastada por las potencias aliadas seguía siendo aun capitalista y su recomposición económica, dentro de este sistema, no podía sino engendrar imperialismo y el imperialismo más agresivo de nuestra época, porque tenía que abrirse paso desde la sima en que la derrota lo había colocado.

Tampoco Italia y Japón, aunque del lado de los vencedores, podían resignarse a ver frustradas sus necesidades expansionistas como pretendía el imperialismo anglo–francés. Y por último, aun cuando llegaran a un acuerdo por el reparto en Versalles y mantuvieran una política común en la Sociedad de Naciones, persistía la rivalidad interimperialista entre Inglaterra y Francia, y particularmente la rivalidad entre Inglaterra y Francia por un lado y los Estados Unidos por el otro, por los dominios en el Extremo Oriente y en Latinoamérica, que llevaría a que el imperialismo alemán resurgente pudiera encontrar poderosos aliados. Así se explica que Estados Unidos tuviera al menos una maliciosa "neutralidad" frente al surgimiento alemán, cuando no contribuyeron directamente a fomentarlo, en función de sacar ventajas del contrabalanceo de fuerzas en Europa que ello implicaba.

La política de Chamberlain y Daladier

¿En qué consistía básicamente la política de Chamberlain y Daladier hasta la invasión nazi a Polonia? En mantener una falsa imagen de neutralidad (la llamada política de "no intervención") frente a las agresiones fascistas de Alemania, Italia y Japón. El propósito de esta política era favorecer las guerras de agresión y sacar provecho de ellas. Por eso Inglaterra y Francia rechazaron de plano las repetidas proposiciones soviéticas de organizar un verdadero frente contra la agresión. Su objetivo era hacer que las partes beligerantes se desgastaran mutuamente y luego salir a escena a intervenir.

Favorecidos y estimulados por la política de "no intervención" de los gobiernos de Inglaterra y Francia, Japón se apoderó de la mitad de China, y los fascistas alemanes e italianos realizaron con éxito una serie de desenfrenados actos de agresión. Italia inició su agresión armada contra Abisinia en octubre de 1935 y ocupó todo el país en mayo de 1936. En julio del mismo año, Alemania e Italia emprendieron una intervención armada conjunta en los asuntos internos de España para apoyar la sublevación fascista

contra el gobierno del Frente Popular. Tras una larga guerra contra la reacción interna y su apoyo externo, el gobierno del Frente Popular cayó derrotado en marzo de 1939. Las tropas alemanas ya habían ocupado Austria en marzo de 1938, en octubre del mismo año habían invadido la región de los Sudetes de Checoslovaquia, terminando de apoderarse del país en marzo de 1939.

El carácter realmente intervensionista de la política de "no intervención" se puso de manifiesto en las negociaciones anglo–franco–soviéticas, que duraron más de cuatro meses, del 15 de abril al 23 de agosto de 1939. En ellas, Inglaterra y Francia rechazaron el principio de igualdad y reciprocidad: exigieron que la Unión Soviética les garantizara su seguridad, pero se negaron a hacer otro tanto respecto de ella, y también respecto de los pequeños países del Báltico, a fin de dejar una brecha por la cual pudieran penetrar las tropas alemanas; además, no quisieron permitir que las tropas soviéticas pasaran por Polonia para combatir a los agresores. El gobierno ruso se opuso a semejantes condiciones, por lo que fracasaron las negociaciones.

El pacto de no agresión germano–ruso

En estas circunstancias, el gobierno ruso, aprovechando a su favor la rivalidad interimperialista, para frenar la agresión inmediata de Alemania y ganar tiempo para su defensa, comenzó las negociaciones directas con el gobierno nazi. Este, interesado en ese momento en saldar a su favor el creciente poder imperialista en Europa, continuando su rápida expansión en las áreas dominadas por sus rivales anglo–franceses, se dispuso a cesar sus actividades contra la Unión Soviética y a renunciar al "Pacto anticomintern", firmado con Japón en noviembre de 1936, y al que adhirió un año después Italia. En el tratado de no agresión entre la Unión Soviética y Alemania, representadas respectivamente por Molotov y von Ribbentrop, firmado el 24 de agosto de 1939 en Moscú, se reconoció incluso la inviolabilidad de las fronteras soviéticas.

Con este acuerdo, la Unión Soviética se excluía de la contienda interimperialista, a la que habían pretendido llevarla Chamberlain y Daladier a la vez que rompía el cerco tendido por el bloque anticomunista germano–ítalo–nipón.

Ya en su discurso del 30 de enero de 1939, ante el Reichstag, Hitler había sido claro: "Por lo que se refiere a Alemania, la situación es muy sencilla. El Reich cuenta con 80 millones de habitantes. Sus posesiones coloniales, adquiridas por contratos y compras, le fueron arrebatadas, desconociéndose las seguridades dadas solemnemente por el presidente Wilson, seguridades que fueron la base de nuestra capitulación. (...) Alemania no necesita sus colonias para nutrir ejércitos, pues dispone de suficientes soldados de raza alemana. Necesita sus colonias para asegurar su vida económica. Si no se nos cree, eso no cambia ninguno de nuestros derechos".

Por el momento, la Unión Soviética se excluiría de la lucha interimperialista por la redivisión del mundo, aunque de ninguna manera permanecería pasiva ante la necesidad de garantizar su seguridad y la de los países colindantes con Alemania, y de favorecer la guerra antiimperialista de independencia nacional de China contra Japón. De allí en más, y hasta el 22 de junio de 1941, el aspecto dominante de la Segunda Guerra Mundial sería el de la disputa interimperialista, con el enfrentamiento directo entre los dos grandes bloques: el anglo–francés y el germano–italiano.

El carácter de la guerra

En muchos aspectos, la guerra iniciada en 1939 se asemejaba a la primera gran contienda interimperialista de 1914–1918. Pero en su conjunto, sin embargo, no era como la primera, una simple lucha interimperialista por la redivisión del mundo. En rigor, comprendió tres guerras distintas que se mezclaban solo en un sentido militar y aun a este respecto en forma incompleta. La primera de estas tres guerras era una guerra de redivisión modelo 1914–1918, con Alemania, Italia y Japón de un lado y Gran

Bretaña, Francia y Estados Unidos del otro; la segunda sería una guerra entre el capitalismo y el socialismo con Alemania de un lado y la Unión Soviética del otro; la tercera es una guerra antiimperialista de independencia nacional, de China contra Japón, en la que también se incluye la lucha de los pueblos indochinos, filipinos, indonesios, etc. e incluso la resistencia del pueblo indio a ser carne de cañón en defensa del capitalismo inglés.

De todas maneras, en esta complejidad hay elementos esenciales que definen momentos particulares. Antes del 1º de septiembre de 1939, cuando la guerra "no existía" para las potencias "democráticas", se desarrollaba una guerra esencialmente imperialista de las distintas áreas en pugna, que comienza con la invasión japonesa a Manchuria en 1931 y continúa con la absorción de Etiopía por Italia (1935), la Guerra Civil Española (1936), el renovado empuje de Japón en China (1937) y, por último, la serie de agresiones alemanas directas en el continente europeo que comienzan con la ocupación de Austria en 1938. Las fuerzas que enfrentan esta guerra son los movimientos de liberación nacional, apoyados por la Unión Soviética. Desde este punto de vista, el carácter dominante de la guerra entonces era el de una guerra o guerras parciales, antiimperialistas de independencia nacional.

Con posterioridad a la invasión a Polonia, el aspecto dominante de la guerra pasaría a ser la lucha interimperialista entre los dos bloques: el germano–italiano, por un lado, y el anglo–francés, por el otro. Respecto de esta contienda, y al menos en forma directa, aun no se incluirían las otras dos grandes potencias imperialistas, Japón y Estados Unidos, que todavía podrían seguir por un tiempo su política de "no intervención", tentando acuerdos con una y otra parte, con el interés de sacar beneficios a costa ajena. Entretanto, y sin verse forzados a tomar partido por ninguno de los dos bloques imperialistas en pugna, los pueblos oprimidos, particularmente el pueblo chino, seguirían su lucha de liberación con la solidaridad activa de la Unión Soviética.

Finalmente, cuando la Unión Soviética es invadida por Alemania, cambia nuevamente el carácter de la guerra, pasando a ser

dominante la lucha contra el eje nazi–fascista. Entonces la contradicción entre el campo fascista y el campo antifascista pasó a ser la contradicción principal a escala internacional, lo que llevó a la incorporación plena de Japón y Estados Unidos, alineándose Japón definitivamente en el primer campo y Estados Unidos en el segundo.

De todas maneras, y a pesar de la complejidad de esta guerra, en ella hay un trasfondo común con la Primera Guerra Mundial: el hecho de ser una consecuencia inevitable del imperialismo, que es el que engendra: 1) las guerras de ocupación, y la lógica resistencia de los pueblos a la misma; 2) las guerras de redivisión, y el lógico enfrentamiento entre las potencias, y 3) la reacción, y la lógica lucha contra la misma.

La ocupación de Polonia

La Polonia surgida de Versalles, sometiendo a diversos pueblos a la égida de los terratenientes y la burguesía polaca, que se encontraban en estrecha alianza con el capital financiero anglo–francés, era un país atrasado y sometido a una dura dictadura militar. Cerca del cuarenta por ciento de la población no era polaca. Los círculos gobernantes polacos oprimían cruelmente a las minorías nacionales, especialmente a los ucranianos y a los bielorrusos.

La industria de Polonia era poco desarrollada y su dependencia del capital financiero anglo–francés harto grande. Ahogando en sangre el desarrollo del movimiento popular de liberación, las clases dominantes polacas habían instaurado ya en 1926 una dictadura fascista, encabezada por el mariscal Pilsudski. Todas las organizaciones de la clase obrera fueron desbaratadas y destruidas. Muchos millares de revolucionarios sufrían y penaban en las prisiones y campos de concentración.

La situación internacional de Polonia era sumamente grave. La camarilla gobernante polaca aliadófila mantenía una conducta hostil hacia la Unión Soviética y cifraba todas sus esperanzas en

la ayuda del imperialismo anglo–francés. Pero éstos, aun cuando se vieron forzados a declarar la guerra a Alemania, se comportaron prácticamente de la misma manera que ante Checoslovaquia. Como aun las tropas nazis seguían avanzando hacia el este, Inglaterra y Francia esperaban que una vez derrotada totalmente Polonia, Alemania marcharía directamente contra la Unión Soviética.

En estas condiciones, sin temer un golpe por la espalda, Hitler arrojó contra Polonia las fuerzas principales del ejército alemán. La camarilla gobernante polaca, sin intentar siquiera organizar la resistencia, abandonó al pueblo a su propia suerte y huyó del país. La población de Varsovia y de otros centros urbanos, como también muchas unidades del ejército polaco, combatieron heroicamente al enemigo. Pero desorganizados como se encontraban y sin una dirección se vieron aplastados por las tropas nazis. En poco más de tres semanas éstas habían destruido el ejército y la resistencia polacos, ocupando casi la totalidad del país.

El avance de las fuerzas germano–fascistas a lo largo del territorio de Polonia hacia el oriente creó un peligro bélico inmediato en las fronteras occidentales de la URSS. El 17 de setiembre de 1939 las unidades del Ejército Rojo, por orden del gobierno, cruzaron las fronteras del extinto Estado polaco, respaldando así la resistencia de la población de Ucrania y Bielorrusia occidentales. El avance de las tropas germanas hacia el este se detuvo en lo que eran las fronteras de la Rusia previa a la revolución bolchevique.

La guerra ruso–finesa

Simultáneamente con las operaciones contra Polonia, Alemania había desenvuelto también acciones preparatorias para apoderarse de los países bálticos. Pero esos planes fracasaron.

En el otoño de 1939 el gobierno ruso propuso a los gobiernos de Lituania, Letonia y Estonia suscribir pactos de ayuda mutua. La propuesta fue aceptada. Dichos pactos salvaron a los pueblos de los países bálticos de la agresión hitlerista.

El gobierno ruso ofreció también al de Finlandia suscribir un análogo pacto de ayuda mutua. Pero el gobierno finés, alentado por la reacción anglo–francesa, se negó a ello haciendo fracasar las negociaciones acerca del afianzamiento de la seguridad de Leningrado, que se hallaba tan solo a 32 kilómetros de la frontera. Pero no solo eso: Finlandia concentró en el istmo de Cerelia todo su ejército. Entonces las unidades del Ejército Rojo recibieron la orden de cruzar la frontera finesa y liquidar el peligro bélico en el istmo de Cerelia. Así comenzó la guerra ruso–finesa.

Los imperialistas anglo–franceses, con el apoyo de Estados Unidos, pensaban transformar la guerra ruso–finesa en una "guerra grande" de la totalidad de las potencias imperialistas contra la Unión Soviética. En Inglaterra y en Francia se formaron unidades para ser enviadas a Finlandia. Los gobiernos de esos países preparaban también un ataque contra la Unión Soviética desde el sur, desde Turquía.

El Ejército Rojo tomó por asalto la fortificada "línea Mannerheim" y destrozó al ejército fines. El gobierno de Finlandia se vio forzado a iniciar negociaciones de paz con la Unión Soviética. El 12 de marzo de 1940 se firmó en Moscú el tratado de paz. La línea limítrofe ruso–finesa fue alejada de Leningrado a una distancia de 150 kilómetros. El rapidísimo triunfo de las tropas soviéticas sobre el ejército de Finlandia hizo fracasar los planes mencionados de ampliar las acciones bélicas contra la Unión Soviética.

De esta manera, con una política activa, que iba desde el aprovechamiento de las contradicciones interimperialistas, firmando acuerdos como el ruso–germano, al apoyo de los movimientos de liberación e incluso su intervención directa, el gobierno ruso ganó tiempo y mejoró la situación estratégica militar de su país. Simultáneamente creó condiciones para que una serie de territorios se incorporaran a la misma, en muchos casos a partir de los propios movimientos nacionales como ocurriera con Letonia, Estonia y Lituania. En el Báltico, con Besarabia y Buscovina del norte, ocupadas anteriormente por Rumania, y con Ucrania y Bielorrusia occidentales, integradas a Polonia por los tratados de Versalles.

Derrota y capitulación de Francia

Aun después del aplastamiento de Polonia los círculos gobernantes de Francia e Inglaterra seguían especulando con ponerse de acuerdo con Hitler y dirigir la agresión germano–fascista contra la Unión Soviética. La guerra en el frente occidental continuaba siendo una "guerra extraña", sin acciones bélicas. Hitler aprovechó el resuello que le dieron sus rivales anglo–franceses y trasladó al occidente las principales fuerzas del ejército alemán. En la primavera de 1940 comenzó la ofensiva de los ejércitos fascistas alemanes en el frente occidental. En abril, los hitlerianos invadieron Dinamarca y Noruega, ocupándolas con toda rapidez.

En vísperas del 10 de mayo de 1940 los alemanes comenzaron la invasión de Bélgica y Holanda. Los círculos gobernantes de estos dos países se negaron a ofrecer resistencia.

La invasión de Bélgica y Holanda por los nazis acabó por crear una amenaza directa a la seguridad de Inglaterra, lo cual provocó una crisis gubernamental en este país. Neville Chamberlain, cabecilla de los "munichistas" ingleses, se vio forzado a dimitir. El nuevo gobierno inglés fue encabezado por el conservador Winston Churchill.

El 15 de mayo los alemanes asestaron un golpe al ejército francés en la región de Sedán. Poco después los tanques alemanes se acercaron a la costa de La Mancha. Los ejércitos ingleses, que contaban con unos 400.000 soldados, fueron apretados contra la costa del mar junto a Dunquerque, y solo con inmensas dificultades pudieron evacuarse de regreso a su país. Después de ello, los alemanes reagruparon sus tropas e iniciaron el avance sobre París. Precisamente en ese mismo momento Italia declaró la guerra a Francia y a Inglaterra, emprendiendo el avance en los Alpes Marítimos.

El pueblo francés se hallaba decidido a luchar contra los invasores; los soldados franceses combatían heroicamente. Pero el gobierno francés se negó a armar al pueblo; ni siquiera organizó la defensa de París. Atemorizado por la posibilidad de que la gue-

rra pudiera transformarse en nacional y revolucionaria, los gobernantes se apresuraron a deponer toda resistencia.

El gobierno abandonó la capital y huyó hacia el sur del país. París fue declarada ciudad abierta, y muy pronto entregada a los hitlerianos sin resistencia alguna. Como jefe del gobierno fue designado el cabecilla de los fascistas franceses, el mariscal Pétain. El 22 de junio de 1940 los representantes del nuevo gobierno firmaron la completa capitulación de Francia, dictada por Hitler. La mayor parte de Francia fue ocupada y en la parte sur, no ocupada aun, se estableció y afirmó una dictadura militar–fascista. Como cabeza del Estado francés "colaboracionista" fue proclamado el mariscal Pétain.

Hacia Inglaterra

Una vez concluida la guerra con Francia, Hitler pensó que nada impedía el logro de una paz rápida con Inglaterra. El Papa y el rey de Suecia se ofrecieron como mediadores. Los círculos aislacionistas norteamericanos redoblaron también sus esfuerzos para que el presidente de Estados Unidos asumiera ese papel. No obstante, Inglaterra se negó a cualquier acuerdo. El 18 de junio de 1940 Churchill había reafirmado en los Comunes "la inflexible resolución de continuar la guerra" y había formulado su célebre exhortación: "Pongámonos a la altura de nuestros deberes y hagámonos de suerte que si el Imperio y la Commonwealth subsisten todavía durante mil años, los hombres puedan decir: aquél fue su momento más hermoso".

Hitler, sin embargo, pensaba que eran solo gestos, y que, ante el carácter irrevocable de su victoria en el Continente, Inglaterra terminaría por inclinarse. Así fue como, en su discurso del 19 de julio ante el Reichstag, afirmó que no veía motivo alguno para hacer la guerra y formuló su última propuesta de paz. La respuesta inglesa fue negativa: lord Halifax rechazó oficialmente por radio, el 22 de julio, la propuesta alemana.

Pero la invasión a Inglaterra –bautizada en clave como "operación Otaria"– no era para los alemanes una empresa fácil, y de hecho el Estado Mayor del Reich no había realizado con anterioridad ningún esfuerzo tendiente a su planificación seria. Pronto se entabló una polémica entre el ejército, que proponía efectuar un desembarco en gran escala a lo largo de la costa sur de la isla, y la marina que, consciente de la inferioridad naval alemana, sugería un desembarco limitado y que, en todo caso, no debía efectuarse antes de haber obtenido un dominio neto del espacio aéreo. Finalmente, y después de muchas postergaciones, se resolvió suspender la "operación Otaria" (la invasión) por tiempo indeterminado y llevar acabo una gran ofensiva aérea sobre Inglaterra.

La batalla de Inglaterra

Churchill no podía ser demasiado optimista cuando realizó el balance de sus fuerzas al promediar 1940. En el territorio metropolitano apenas si quedaban de las fuerzas de tierra unas pocas brigadas en buenas condiciones. La inferioridad técnica del ejército inglés, en cuanto a material pesado y a abastecimientos, era sorprendente. Desde el punto de vista de la aviación era algo mejor, pero la Royal Air Force (RAF) era apenas un tercio de la aviación alemana. Solamente en el campo marítimo el dominio británico se mantenía incontrastable: la Navy, con sus once acorazados, sus tres cruceros de batalla, sus cuatro portaaviones preparados y sus seis en vías de terminación, tenía una potencia equivalente al doble de las flotas italiana y alemana reunidas.

En estas condiciones resultaba vital para la seguridad de Inglaterra impedir que la flota francesa cayera en manos de las potencias del Eje. De ahí surgieron dos episodios. El primero, la captura de los barcos franceses anclados en puertos británicos, el 12 de julio. El segundo, el ataque inglés a la flota francesa anclada en Mers-El-Kebir, cerca de Orán, al día siguiente. Al negarse a la rendición, el almirante francés Gensould, debió soportar una ofensiva como consecuencia de la cual todas las unidades gruesas

francesas fueron puestas fuera de combate. El general De Gaulle aprobó el procedimiento, pero esto redundó en una gran declinación de su popularidad, siendo juzgado (en ausencia) por el gobierno de Vichy y condenado a muerte por contumacia.

Entretanto, la ofensiva aérea contra Inglaterra –la "operación Aguila"– se había iniciado. A lo largo de todo el mes de julio Goering lanzó escuadras de bombarderos de la Luftwaffe sobre las naves inglesas del Canal de la Mancha y sobre los puertos del sur de Inglaterra. A partir del 12 de agosto fueron objeto de un ataque especial las estaciones de radar y los puestos de mando central ingleses. Aquí la superioridad alemana se reveló ampliamente y las reservas británicas empezaron a sufrir una peligrosa merma. Entre el 23 de agosto y el 3 de setiembre, los ingleses perdieron 466 cazas y, entre muertos y heridos, la cuarta parte de sus pilotos. De seguir ese ritmo por un tiempo más, el predominio aéreo hubiera pasado definitivamente a manos de Alemania, lo que hubiera posibilitado retomar el proyecto de invasión.

Pero en las noches del 23 y 28 de agosto la flota aérea inglesa bombardeó Berlín. En represalia, los alemanes cometieron el error de abandonar sus objetivos militares y encarnizarse, entre el 7 de setiembre y el 2 de noviembre, en una furiosa blitzkrieg sobre Londres. Esto concedió un respiro a los cazas de la RAF, que pudieron comenzar a reorganizarse.

Si bien los nuevos ataques aéreos alemanes producían una gran destrucción urbana y un elevado número de muertos entre la población civil, éstos se revelaron de hecho insuficientes para destruir la fuerza aérea inglesa. La "operación Otaria" tuvo que ser dejada de lado definitivamente.

Entretanto Inglaterra había comenzado a movilizar las fuerzas de los países de la Commonwealth, la mayor parte de las cuales, a excepción de Irlanda, le prestaron un apoyo efectivo. Canadá había entrado en la contienda bajo la presión del primer ministro liberal Mackenzie King y, además de ofrecer un eventual refugio a la familia real y al gobierno británico en caso de ocupación alemana de la isla, había iniciado la instalación de fábricas de construc-

ción aeronaval en Montreal y de astilleros navales. En Sudáfrica el apoyo a Inglaterra fue amplio, especialmente a partir del momento en que las operaciones del Eje en Tripolitania amenazaron su situación. Además, a partir de 1940, cuatro divisiones australianas y una neocelandesa se instalaron en Egipto. En la India, por el contrario, la agitación nacionalista contra el dominio imperial británico se opuso a un alineamiento activo en apoyo a Inglaterra.

Intermedio mediterráneo y balcánico

A partir de este momento Hitler va a cometer su error estratégico más importante: volcar el grueso de su poder militar contra Rusia. Esta orientación fue duramente combatida por el alto mando alemán y en especial por el almirante Erich Raeder, quien comprendía que para asestar a Inglaterra un golpe definitivo era necesario desarrollar una rápida ofensiva mediterránea. De acuerdo a la concepción de Raeder, el Mediterráneo era la base del imperio británico, que le permitía mantener cercada a Italia. Se imponía, pues, la necesidad de quebrantar este dominio antes que Estados Unidos se decidiese a participar activamente en la guerra. Para esto Alemania debía apoderarse de Gibraltar, de las islas Canarias mediante un ataque aéreo y del Canal de Suez. Desde Suez se podría avanzar hasta Palestina y Siria, después de lo cual Turquía entraría inexorablemente en la esfera de influencia alemana. Esto plantearía el problema ruso en una perspectiva nueva y más favorable.

Pero Hitler, obsesionado por la preparación del ataque a Rusia, se mostraba renuente a actuar en esta dirección. E Italia, escasamente aprovisionada de material bélico y de combustible, no se sentía en condiciones de atacar a Malta, base inglesa que cortaba sus comunicaciones con Libia. Se limitó a desalojar a los británicos de Somalia (agosto de 1940) y a realizar operaciones de corto alcance en los confines de Libia y Egipto. Churchill, en cambio, aprovechó ampliamente este abandono del frente mediterráneo para afianzar sus posiciones. En agosto de 1940 instaló

en Egipto la tercera parte de sus fuerzas blindadas, reforzó Malta y Gibraltar y a través de la peligrosa vía marítima del Cabo reunió cerca de 150.000 hombres bajo el mando del general Wavell. También estableció una base naval en Creta y reforzó Haifa.

Hitler, entretanto, había llegado a aceptar parcialmente los puntos de vista de Raeder, cuya ejecución suponía un acuerdo con España, para realizar un ataque conjunto a Gibraltar, y con la Francia de Pétain, en razón de sus posiciones Áfricanas. A tal efecto mantuvo sendas entrevistas con Franco y Pétain. La reunión con Franco se celebró en Hendaya el 23 de octubre de 1940, pero el dictador español se mantuvo en extremo reticente y se negó a adherirse a la empresa contra Gibraltar. La entrevista con Pétain en Montoire, el 24 de agosto, fue más provechosa, ya que como resultado de ella se firmó un protocolo según el cual "las potencias del Eje y Francia tienen un idéntico interés en ver consumarse lo más pronto posible la derrota de Inglaterra". Sin embargo, Hitler no pudo imponer a Pétain la colaboración militar.

De todas maneras, y por la intervención italiana, se desencadenaría un conflicto de vastas proporciones en el Mediterráneo suboriental. En setiembre de 1940, el rey Carol de Rumania se vio obligado a abdicar, asumiendo el gobierno el jefe de la organización pronazi –la Guardia de Hierro– Ion Antonescu. El nuevo gobierno autorizó el ingreso de tropas de la Wehrmacht a Rumania, la que a partir de este momento entró en el área de influencia germánica. Esto representaba un éxito de grandísima importancia para Hitler, que veía así asegurados sus principales abastecimientos de petróleo, situados en la cuenca de Ploesti, en la Valaquia, pero motivó el resentimiento de Mussolini, quien había considerado siempre a Rumania como zona de influencia propia y lo decidió a lanzarse a una acción bélica que contrapesara sus reveses en África.

Fue así como se planteó la invasión a Grecia desde la posesión italiana de Albania, pese a las protestas del mariscal Badoglio, quien argüía la insuficiente preparación bélica de Italia, y del propio Hitler, que a último momento intentó impedir el operativo. La

intención de Mussolini era lograr una sólida base en Grecia continental y en las islas vecinas hasta Creta, desde donde pudieran amenazarse los campos petrolíferos de Irak y mantener en jaque a las fuerzas británicas de Alejandría.

La ofensiva se inició el 9 de octubre de 1940, pero pronto los ejércitos italianos se encontraron con una irreductible resistencia griega dirigida por el general Papagos. A este fracaso de la ofensiva se unió pronto la sublevación de Albania y la acción de la aviación británica que amenazaba con cortar las líneas de abastecimiento italianas. En noviembre, las fuerzas italianas estaban en peligro de ser arrojadas al mar. Hitler no podía tolerar un asentamiento británico en Grecia, tanto menos cuanto desde él se podían bombardear los yacimientos de Ploesti, ubicados a menos de 500 kilómetros. Es por eso que se decidió a apoyar a Mussolini y a intervenir en Grecia y en África.

Para los británicos la intervención en Grecia supuso un duro precio. Los obligó a restar fuerzas de la ofensiva hasta entonces victoriosa que llevaba a cabo Wavell desde Egipto y que le había permitido, en enero de 1941, tomar Tobruk y Benghazi en Cerenaica y avanzar hasta los puertos de Tripolitania donde derrotó a nueve divisiones italianas. Este debilitamiento británico coincidió con el desembarco en África de una importante fuerza militar alemana, el África Korps, comandado por el general Erwin Rommel. El general Rommel, en un mes, obligó a Wavell a retirarse de todos los territorios que anteriormente había ocupado y puso sitio a Tobruk. Con grandes dificultades, y en razón de que Hitler no se decidió a destinar a África fuerzas mayores, consiguieron los británicos sostenerse en el delta del Nilo. En esta desastrosa campaña, su único éxito fue la reconquista de Abisinia, hasta entonces en manos italianas, y el restablecimiento en el poder de Haile Selassie.

En la región balcánica, el triunfo alemán también fue fulminante. Hitler atrajo a su campo a Bulgaria mediante un acuerdo secreto por el que ésta autorizaba a pasar por su territorio a tropas alemanas y se comprometía a participar en la "operación Ma-

rita" (invasión a Grecia) a cambio del otorgamiento de una zona del territorio griego que le daría acceso al Egeo.

Con Yugoslavia el proceso fue más complicado, dada la notoria tendencia aliadófila de amplios sectores del país. Hitler obligó el 4 de marzo al príncipe Pablo, regente del reino, a consentir la firma de un tratado que autorizaba el paso de tropas hacia Grecia, lo que se hizo el 25 de marzo. Pero al día siguiente la indignación popular dio origen a un alzamiento que, con el apoyo del ejército y la aviación, derrocó al príncipe regente e impuso en el trono al heredero, Pedro II. A continuación, se formó un gabinete presidido por el general Simovitch, que entró en contacto con el gobierno ruso.

La respuesta de Hitler fue la inmediata invasión a Yugoslavia. Un masivo ingreso de tropas alemanas al país, respaldado por el bombardeo aéreo despiadado de Belgrado y de otros centros urbanos, se inició el 6 de abril. El 13 las fuerzas alemanas entraron en Belgrado y el 17 el ejército yugoslavo capituló en Sarajevo.

A partir de este momento se inició la invasión a Grecia, que culminó exitosamente el 23. El 27 de abril las tropas alemanas entraban en Atenas, en tanto los ingleses conseguían realizar una rápida evacuación de sus efectivos. La acción en el Mediterráneo oriental se completó con la ocupación de Creta en mayo de 1941 por una fuerza alemana inferior en número a los 30.000 soldados ingleses que la defendían. En cuanto a los territorios ocupados, en Yugoslavia se llevó a cabo una política particularmente disgregatoria: Alemania se reservó Eslovenia septentrional, concedió Dalmacia y las islas a Italia y constituyó como Estados independientes a Montenegro, Croacia y una insignificante Servia.

También en este mes de mayo de 1941 estuvo a punto de desaparecer la última base de apoyo británica en el Medio Oriente. Una revolución triunfante en Irak elevó a la presidencia del Consejo a Rachid Ali-el-Galain, el cual atacó el 2 de mayo la base militar británica de Bagdad y amenazó con privar a Inglaterra del petróleo mesopotámico. Berlín, para apoyar este movimiento, debía llegar a Irak a través de Siria, que era un protectorado

francés. En previsión de que el gobierno de Vichy, cada vez más inclinado al Eje, acordaría la autorización para transitar por el territorio de su dominio a los alemanes, De Gaulle inició un ataque a Siria, dirigido por el general Catroux y con un fuerte respaldo británico. La lucha duró más de un mes –del 9 de junio hasta el 14 de julio– y como resultado de ella se derrumbó la revolución iraquesa y se reafirmó el dominio británico sobre el área petrolífera mesopotámica.

La invasión a Rusia

A partir de la firma del pacto germano–ruso, las relaciones entre los dos países se habían ido deteriorando rápidamente. Si bien cuando la invasión a Polonia los alemanes no pretendieron ir más allá de la frontera que reivindicaba para sí la Unión Soviética, y la acción preventiva de ésta no le causó mayor malestar aparente, con el tiempo, y a partir de que el gobierno ruso alentaba y ayudaba los movimientos de liberación, Hitler comenzó a preparar el llamado "operativo Barbarroja".

La ocupación por parte de la URSS de los territorios de Besarabia y Bucovina, que según el tratado de Versalles habían quedado en manos de Rumania, constituyó un trago amargo para Hitler. Este se vio obligado aceptar el hecho consumado, que se había dado como consecuencia de un fuerte movimiento popular, pero quedó en una embarazosa situación frente al gobierno de Bucarest, del que dependía en buena parte, como hemos visto, para sus aprovisionamientos de petróleo. La instalación de tropas alemanas en Finlandia y la expansión balcánica vinculada con la conquista de Grecia fueron hechos que llevaron la tensión germano-soviética a su punto más elevado. La visita de Molotov a Berlín en noviembre de 1940 no aportó demasiados progresos en las relaciones ya maltrechas. La celebración de un acuerdo tripartito entre Alemania, Italia y Japón de no agresión y asistencia mutua, en setiembre de 1940, y del cual había sido escrupulosamente excluida la URSS, hacia concebir al gobierno ruso los peores temores.

En realidad, Hitler había resuelto preparar su ataque a Rusia a partir del momento en que comprendió que era difícil esperar en breve plazo un triunfo decisivo en la lucha contra Inglaterra. El "operativo Barbarroja" había sido preparado sigilosamente desde mediados de 1940. Su objetivo consistía en el aniquilamiento de las fuerzas enemigas y para su logro se ponían en juego todas las fuerzas terrestres y una parte considerable de la aviación alemana, excepto unas débiles reservas destinadas a montar guardia en la frontera occidental en la que se juzgaba, correctamente, harto improbable un ataque. Se calculaba que, dado el escaso potencial militar ruso evidenciado en la campaña de Finlandia, se podría obtener un triunfo decisivo al cabo de pocas semanas. Ribbentrop aseguró a Ciano, al iniciarse las hostilidades, que Rusia desaparecería del mapa al cabo de ocho semanas.

Hitler cometía, en estos cálculos, un grueso error de apreciación. A pesar de que posteriormente pretendió achacar las razones de su derrota a la guerra balcánica, que había retrasado en dos semanas el "operativo Barbarroja", acortando así el plazo que lo separaba del invierno, lo cierto del caso es que subestimó burdamente la capacidad de resistencia de la Unión Soviética. En el curso de sus planes quinquenales, la URSS había aumentado enormemente su potencial militar y había comenzado a ubicar sus fábricas en las provincias del Este, al abrigo de cualquier ataque del lado de Europa. Los grandes centros industriales de los Urales y de Siberia occidental estaban, hacia 1941, en plena producción. El 28,2% de la fundición, el 32,3% del acero y el 36% del carbón procedían de estas regiones. La incorrecta evaluación de Hitler acerca de las posibilidades de defensa de la URSS era también compartida por los círculos dominantes de los otros países imperialistas: funcionarios militares norteamericanos consideraban que en un lapso de entre uno y tres meses Alemania estaría en condiciones de poner fuera de combate a la URSS.

La invasión a Rusia se inició a las tres y cuarto de la mañana del 22 de junio de 1941. La respuesta de Stalin consistió en un enérgico llamamiento a la defensa nacional: "Nuestro país ha

entablado una lucha de vida o muerte. Al lado del Ejército Rojo, el pueblo ruso entero se levanta para defender a la patria... Si el Ejército se repliega en retirada, no dejará nada al enemigo, ni una locomotora ni un vagón ni un kilo de trigo ni una cabeza de ganado ni un litro de gasolina. (...) Los destacamentos guerrilleros, a pie y a caballo, atacarán los puestos, cortarán las líneas telegráficas, quemarán los bosques y los depósitos. En todas partes, el enemigo debe ser perseguido y aniquilado".

En un comienzo, la penetración alemana fue espectacular. Hacia fines de julio. El frente se establecía en una línea que iba desde Narva, en Estonia, hasta Vitebsk, en las proximidades de Ucrania. Es tal vez a partir de este momento cuando Hitler comete su primer gran error militar. Desoyendo los consejos del comandante en jefe del ejército, Brautschicht, quien aconsejaba lanzar una ofensiva sobre Moscú, decide continuar un ataque en dos alas, sitiando a Leningrado por el norte y dirigiéndose a Kiev por el sur para echar mano de las importantes zonas agrícolas e industriales de Ucrania. Aunque Rundstet consigue el 24 de setiembre forzar el paso de Ucrania e infligir una dura derrota al Ejército Rojo de Budienny, el curso de las operaciones se ha hecho más lento, las comunicaciones se han se han tornado más difíciles, y los ejércitos alemanes solo consiguen avanzar al precio de fuertes pérdidas. El comienzo del invierno estabiliza el frente e impide la continuidad de la ofensiva sobre Moscú, por la cual se había decidido Hitler demasiado tarde. Con esto, las perspectivas de una victoria fulminante en el Este se esfumaban y la guerra entraba en una nueva etapa.

La resistencia rusa fue unánime y tenaz. La retirada del Ejército Rojo fue ordenada y consiguió salvar una parte importante de sus efectivos. La movilización popular alcanzó extremos insospechados. Por lo demás, rápidamente, la Unión Soviética logra establecer su alianza con Inglaterra, la que comienza a planear el envío de suministros bélicos hacia el Mar Blanco.

No obstante esto, Inglaterra, ateniéndose a sus propias especulaciones imperialistas, no aceptó abrir un segundo frente en el

Oeste. Por lo tanto, el peso de la guerra en los dos años siguientes va a recaer sobre la URSS. Sin embargo, la lucha heroica del pueblo ruso iba a alterar fundamentalmente el curso de la guerra, forzando incluso a Estados Unidos a intervenir en ella del lado de los aliados.

La guerra cambia de carácter[160]

Fracasado su intento de reducir rápidamente a Inglaterra, cubierta su espalda en el continente con las exitosas campañas anteriores, Alemania se vuelve con todas sus fuerzas hacia la Unión Soviética. Se inicia así lo que el mariscal Antonescu, dictador de Rumania y aliado de Hitler, llamó "la lucha más santa" y que Hitler justificaría del siguiente modo en su proclama del 22 de junio de 1941, día de la invasión: "Jamás el pueblo alemán alimentó sentimientos hostiles contra Rusia; sin embargo, los gobernantes judaico-bolcheviques de Moscú se han esforzado, desde hace más de dos décadas, en encender la hoguera, no solamente en Alemania, sino en toda Europa".

Al cambiar el eje de la guerra, queriendo reducirla a un enfrentamiento entre capitalismo y socialismo, Hitler buscó la alianza o al menos la neutralidad de Inglaterra y Estados Unidos. Pero ya era demasiado tarde. Independientemente de su opinión sobre el poder ruso, la beligerante Inglaterra y los "neutrales" Estados

160. "En 1941, cuando Alemania agredió a la URSS (en ese entonces todavía bajo la dictadura del proletariado) la guerra interimperialista se transformó en una guerra mundial antifascista. El imperialismo nazifascista, contra el que había librado una guerra desigual y heroica el pueblo español, contra el que libraba una guerra nacional desde la mitad de la década del 30 el pueblo chino y contra el cual se había desplegado la lucha de los frentes populares, primero política y luego armada, en casi toda Europa, se convirtió en el enemigo principal del proletariado a escala mundial. La defensa del primer país socialista se fundió con la lucha liberadora de los pueblos sojuzgados por el nazismo alemán, el militarismo japonés y el fascismo italiano. La URSS, conducida por el Partido Comunista (bolchevique) dirigido por Stalin, llevó desde entonces el peso principal de la lucha contra el fascismo." (*Programa del Partido Comunista Revolucionario de la Argentina*, Rosario, agosto de 2000).

Unidos no tenían ya opción. Debían impedir o por lo menos retrasar todo lo posible el hundimiento de la Unión Soviética. Es que ese hundimiento hubiera proporcionado a Hitler no solo enormes recursos (el trigo de Ucrania, el petróleo de Bakú, las riquezas minerales de los Urales) sino que también hubiera permitido a los nazis tomar el Imperio Británico por la retaguardia. Con los alemanes en el Cáucaso, pronto la angustiada neutralidad de Turquía dejaría de serlo, el petrolífero Irán se pronunciaría por el "nuevo orden" con su germanófilo cha al frente, la ya muy inquieta India buscaría nuevos modos de sacudirse el yugo británico y, si las cosas no se remediaban a tiempo, se establecería el temido enlace entre Berlín y Tokio. Todo se vendría abajo. Y con la masa continental euroasiática en manos del Eje quedaría decidida la suerte del mundo para el milenio anunciado por Hitler.

No había otra alternativa. El mismo 22 de junio Churchill anunció que el ataque nazi contra la Unión Soviética no haría que Gran Bretaña se retirara de la guerra y, al mismo tiempo que proclamaba que no cedía un ápice de su inveterado anticomunismo, prometió a Moscú la total ayuda británica para que afrontara la invasión. Evidentemente, no lo guiaba la solidaridad sino las necesidades imperialistas. Lo mismo a Estados Unidos: Roosevelt declaró el día 25 que la ley de neutralidad no se aplicaría a la Unión Soviética, a la que se suministrarían consiguientemente los elementos bélicos que pudiera necesitar y estuvieran disponibles.

La tenaz resistencia del pueblo ruso (que los nazis no esperaban) frustró todos los vaticinios de una pronta liquidación de la Unión Soviética y quebró el mito de la supuesta infalibilidad del ejército nazi. Esta circunstancia, junto con la solidaridad popular internacional con el primer país socialista, alentó en todas partes a las fuerzas antifascistas y forzó a las potencias imperialistas "aliadas" a una ayuda más efectiva, aunque se negaran a abrir un segundo frente en el Oeste. Así, durante dos años, el mayor peso de la guerra cayó sobre la Unión Soviética. De todas maneras, y en esas condiciones, ya prácticamente nadie podía seguir sien-

do neutral en el mundo, pues se habían diferenciado nítidamente dos campos: el fascista y el antifascista.

El desarrollo del conflicto con estas características arrastraría inevitablemente a la definición al Japón y a los Estados Unidos.

Frente a Moscú

El comando hitlerista se había propuesto como meta aniquilar las fuerzas principales del Ejército Rojo, ocupar Moscú, Leningrado, el Donbás, alcanzar el Volga y el Ural, terminando la guerra antes de la llegada del invierno. A mediados de octubre el ejército alemán se acercó a la ciudad de Mozhaisk, al sur de Moscú. Surgió la amenaza de la ruptura del frente, abriendo el camino hacia la capital.

En defensa de Moscú se alzó todo el pueblo. Los ejércitos que la defendían disputaron cada palmo de tierra, extenuando al enemigo. Así se desbarató la primera ofensiva sobre Moscú.

En noviembre el comando alemán comenzó su segunda ofensiva general sobre Moscú, lanzando al combate la división 51°. En algunas direcciones los alemanes se hallaban tan solo a unos 25 kilómetros de la capital soviética. Los generales alemanes anunciaban ya su inminente caída.

Mientras organizaba la defensa de Moscú el comando ruso reunía fuerzas para asestar un potente contragolpe al enemigo. El 5 de diciembre de 1941 los ejércitos rusos pasaron a la contraofensiva y, mediante encarnizadas batallas, lograron quebrantar la resistencia nazi. Los alemanes retrocedían, sufriendo enormes pérdidas en hombres y abandonando inmenso material bélico. Hacia el 23 de febrero de 1942 los ocupantes habían sido arrojados de 120 a 240 kilómetros hacia atrás, hacia el oeste de Moscú.

El severo revés sufrido por los alemanes frente a Moscú desbarató totalmente el plan hitleriano de una "guerra relámpago" (Blitzkrieg). El ejército alemán acababa de sufrir la primera gran derrota en la Segunda Guerra Mundial. El propio Churchill se vio obligado a reconocer públicamente ante 20.000 trabajadores

ingleses, en Sheffield, el 8 de noviembre de 1941: "¡Qué extraño parece! Una nación a la que se juzgaba la más atrasada, desidiosa, ineficiente y sin patriotismo del mundo ha contenido al poderoso ejército de la nación que era tenida como la más adelantada en organización, temple, dirección y eficiencia (...) Los norteamericanos se ven obligados a revisar sus creencias frente a la proeza física del Soviet, la capacidad de sus jefes, el temple de su población civil y la determinación de toda su gente, hombres y mujeres, de hacer enormes sacrificios para rechazar a los invasores". La victoria frente a Moscú elevó el espíritu y la moral del pueblo ruso y estimuló a los pueblos subyugados de Europa y Asia para una lucha activa contra los ocupantes fascistas. Hizo abstenerse también a Japón de una entrada inmediata en guerra contra la Unión Soviética.

La entrada de Japón y Estados Unidos en la guerra

La expansión japonesa en el Asia Oriental y Sudoriental había tomado una intensidad especial a partir de 1936. Su amplio desarrollo industrial y su carencia de materias primas en el propio suelo lo habían impulsado a la guerra con China y a la formación de un estado satélite en Manchuria: el Manchukuo. Por consiguiente, al desencadenarse la guerra entre Alemania y las potencias occidentales, el Japón comprende las posibilidades que el curso del conflicto brindaba a sus intenciones expansionistas: el debilitamiento de las potencias imperialistas rivales abría amplias perspectivas para una expansión hacia el Sur. En tal sentido se inició pronto una presión sobre Indochina e Insulindia, territorios de los que podía obtener amplios abastecimientos en caucho y petróleo, y desde los que podía cerrar la carretera de Birmania y el ferrocarril de Yunnan, únicas vías de abastecimiento de China. El primer éxito en esta dirección se obtuvo al verse obligado el gobierno de Vichy, bajo la presión combinada de Alemania y Japón, a tolerar la ocupación militar japonesa de Indochina (julio de 1941).

Sin embargo, la continuidad de esta expansión debía enfrentar a la corta o a la larga al Japón con los Estados Unidos, que no podían tolerar el fortalecimiento de su principal rival en el Pacífico, pues eso hacía peligrar sus posesiones de las Filipinas y sus intereses en el resto de Asia, particularmente en China. Si bien los círculos políticos japoneses aparecían divididos entre un sector moderado que intentaba evitar una salida bélica y otro fuertemente militarista y agresivo, existió unanimidad en cuanto a la concreción de un sistema de alianzas en previsión del posible conflicto. Así, el 27 de setiembre de 1940 el canciller japonés, Matsuoko, suscribe un Pacto Tripartito con Alemania e Italia por el que se reconocía al Pacífico como área de influencia japonesa y se comprometía el apoyo del Eje en caso de agresión de otra potencia. A su vez, el 13 de abril de 1941 Japón firma un tratado de neutralidad por cinco años con la URSS, con lo cual busca evitar que el territorio ruso sea utilizado como base militar para un ataque estadounidense a los centros industriales del Japón. La Unión Soviética accede al tratado para evitar un doble ataque, en momentos en que los ejércitos nazis se estaban concentrando sobre su frontera occidental.

En Estados Unidos, entretanto, las tendencias "munichistas" que habían moldeado la política exterior norteamericana desde el abandono de la política wilsoniana en 1920, se mantenían en todo su apogeo. Para ayudar financiera y políticamente a Inglaterra el presidente Roosevelt se vio obligado a emplear diversas argucias legales e incluso, en su campaña electoral de 1940, se vio obligado a declarar textualmente, en razón de los sentimientos antibelicistas dominantes: "Lo he dicho ya y lo repetiré sin cesar: vuestros hijos no serán enviados a combatir en una guerra extranjera".

Pero la tensión con Japón a lo largo de 1941 fue aumentando. Las conversaciones sostenidas en Washington por el enviado japonés, almirante Nomura, no llegaban a ningún acuerdo. Por el contrario, el embargo norteamericano de las exportaciones destinadas al Japón –las de hierro y acero, desde fines de 1940, fueron las más importantes– creaba un clima de roces constan-

tes. En tales circunstancias los elementos más agresivos acceden al poder en Tokio y proceden a la ocupación de Indochina hasta Saigón, desde donde se amenaza en forma directa a Singapur. La respuesta de Roosevelt, prontamente imitada por Inglaterra y los restantes países del Commonwealth, fue el congelamiento de todos los créditos japoneses. A partir de este momento toda posibilidad de negociación estaba rota. El 18 de octubre el gabinete moderado del príncipe Konoyé es sustituido por otro netamente belicista presidido por el general Tojo. El desencadenamiento de las hostilidades era cuestión de días.

El 6 de diciembre de 1941 la flota norteamericana anclada en Pearl Harbor es sorpresivamente atacada por una poderosa fuerza aérea y submarina japonesa. El ataque, que constituyó un éxito en toda la línea, motivó la pérdida norteamericana de 4.500 hombres, siete acorazados, la mayor parte de los 86 navíos secundarios anclados y 247 aviones. El Congreso norteamericano votó inmediata declaración de guerra al Japón. En cumplimiento del Pacto Tripartito, Alemania e Italia entraron en guerra con Estados Unidos el día 11. Inglaterra, paralelamente, declaraba la guerra al Japón.

A partir del ataque a Pearl Harbor el avance japonés a lo largo de toda el Asia sudoriental va a ser irresistible. A través de las selvas de la península malaya las tropas japonesas avanzan hasta Singapur, a la que ponen sitio y obligan a capitular el 15 de febrero de 1942. Hasta el Este se apoderan de Guam, de las Marianas, de Wake, de Hawai. A partir de entonces se lanza el ataque a las Filipinas; viéndose obligado el general Mac Arthur a evacuar la isla de Corregidor el 6 de abril. Hacia el sur ocupan Hong Kong, Borneo, las Célebes, las Molucas, Sumatra, Java, Timor y las islas hasta el norte de Nueva Guinea. Australia quedaba así notoriamente desprotegida. Por el oeste se apoderaron de Birmania.

El avance japonés, que en un primer momento contó con el apoyo de importantes sectores de las poblaciones nativas, particularmente de las burguesías, que esperaban verse liberadas de

sus seculares opresores imperialistas gracias a la "ayuda" japonesa, había alterado totalmente la correlación de fuerzas en el Pacifico. De haberse dado una acción concertada con Alemania para restablecer un enlace en el Levante –coordinación que en ningún momento existió– probablemente el curso de la guerra habría sido muy distinto. En junio de 1942 la derrota japonesa en el Mar del Coral (en la batalla de Midway) a manos de Mac Arthur –que el mes anterior había tomado en Sidney el mando de todo el frente del Pacífico– representó el primer revés de una ofensiva hasta entonces incontenible.

La batalla de Stalingrado y el fin de la expansión alemana en el Este

Echada por tierra la infalibilidad de la Blitzkrieg en sus intentos de tomar Moscú, el alto mando alemán replanteó su estrategia, que en adelante consistiría en penetrar hasta el Volga (a orillas del cual se levanta Stalingrado) para rodear Moscú previa captura de Berisoglebsk, el 10 de julio de 1942; Stalingrado, el 25; el 10 de agosto, Saratov, nudo de comunicaciones fluviales y ferroviarias con el Cáucaso (al sur), con Moscú (al noroeste) y con las Urales (al este); Kuibyshev, el 15; Arzamas, el 10 de setiembre; con un movimiento auxiliar (el 25 de setiembre) ocupar Bakú, zona petrolífera de abastecimiento de la industria, en el Cáucaso.

Las ciudades mencionadas formaban un arco convergente sobre la retaguardia de Moscú y el dominio del Volga abría un profundo rumbo a los Urales, tras los cuales se alzaba la poderosa industria soviética, fortalecida por los éxitos del último plan quinquenal.

De cumplirse este objetivo, la toma de Moscú se completaría con las agrupaciones alemanas que operaban en la zona central. La conquista de Bakú permitiría establecer las comunicaciones con las tropas germano-Áfricanas que operaban en el Cercano Oriente mientras, en combinación con el Japón, tras atacar Manchuria, sus fuerzas debían penetrar en la Siberia soviética.

Para lograr semejante plan, la captura de la plaza de armas de Stalingrado era imprescindible, ya que amenazaba las operaciones alemanas en el Cáucaso y el Volga y sus intentos de cruzar por los pasos del Don. Sin grandes urgencias en el frente occidental y lejana aun El Alamein, los nazis concentraron para este objetivo el 70% de sus fuerzas armadas y 61 divisiones de sus aliados fascistas (de Italia y Rumania) en un frente de 500 kilómetros en la línea Kurks-Voronozeh bajo el gran codo del Don.

Fracasado el intento de tomar Voronozeh, los nazis decidieron marchar sobre Stalingrado.

El grupo de ejércitos "B", al mando del barón von Weichs, destinó para la operación al 6º Ejército y al 4º de Tanques, unas 30 Panzer Divisiones que sumaban 450.000 hombres.

Tres planes sucesivos de ataque fueron contenidos por el 6º Ejército Rojo (posteriormente encargado de la defensa de la ciudad), al mando del general Emerenko.

Recién en setiembre, y a costa de grandes pérdidas (24.000 muertos, 185 cañones, 200 tanques), los alemanes lograron llegar a las puertas de Stalingrado. La batalla fue gigantesca. Los defensores del ejército obrero-campesino y el pueblo armado debieron soportar ataques generales de 10 divisiones (150.000 efectivos) y 500 tanques.

Diariamente se rechazaban cerca de 70 ataques de diversa envergadura.

Ya en la ciudad el combate era calle por calle; la experiencia insurreccional que poseía el pueblo ruso se puso de manifiesto como auxiliar invalorable de los planes del ejército. Cada obrero un fusil; cada fábrica, e incluso cada sección de ella, una fortaleza; cada azotea una trampa para los invasores.

Los nazis volvieron a pagar un precio elevado: tuvieron 36.000 muertos y perdieron 420 tanques, 1.000 vehículos y 24 baterías completas.

Corría el mes de noviembre y la Unión Soviética festejaba combatiendo el vigésimoquinto aniversario de la revolución socialista. Al finalizar noviembre la ofensiva alemana estaba detenida.

Una gigantesca contraofensiva, preparada en medio de las operaciones de defensa, se puso en marcha. Un ataque combinado por los flancos destrozó las unidades italianas y rumanas en la zona del Don, a la vez que por el Volga y los lagos el grupo Hoth y el 4° Ejército rumano se replegaban presurosos. Una poderosa tenaza que convergió sobre Kalatchs cortó la retirada, las comunicaciones y los abastecimientos al grupo que rodeaba Stalingrado, para estrechar posteriormente un cerco mortal.

En enero comenzó la etapa final. 330.000 hombres mandados por Von Paulus quedaron aislados. Los intentos del mariscal Von Manstein por romper el cerco desde afuera fueron vanos. El aniquilamiento: fue total: 91.000 prisioneros (entre ellos, 2.500 oficiales y 24 generales). Los muertos: 147.000.

El fin de Stalingrado fue el comienzo de la catástrofe general nazi. En breve período el frente se desplazaba 670 kilómetros al oeste, al tiempo que Leningrado rompía el cerco fascista. De allí en más la ofensiva roja seguiría hasta Berlín.

La lucha en el Mediterráneo y el desembarco aliado en África

En África, en tanto, el general Auchinlek –sucesor de Wavel– había iniciado una contraofensiva contra el África en noviembre de 1941. Rommel, privado de todo tipo de refuerzos (los alemanes habían concentrado todo en el frente ruso), es incapaz de resistir y debe abandonar la zona de Tobruk, primero, y finalmente toda la Cirenaica.

Pero en enero de 1942, cuando se esperaba un rápido desenlace del conflicto en favor de los británicos, un sorpresivo y audaz ataque alemán modifica radicalmente la situación. El 19 una columna dirigida por el propio Rommel avanza por la costa hasta apoderarse de Benghazi y encontrarse, a comienzos de febrero, nuevamente en las inmediaciones de Tobruk. El 21 de junio, después de una larga resistencia, cae finalmente Tobruk dejando 45.000 prisioneros en manos de los alemanes. Rommel avanza

hacia Alejandría y El Cairo, pero, falto de refuerzos y con las líneas de abastecimiento excesivamente extendidas, su avance es detenido en El Alamein.

A partir de este momento el tiempo trabaja contra Rommel. Hasta entonces sus formidables avances habían sido posibles por una crisis parcial en el dominio británico de las aguas mediterráneas. En efecto, los navíos Queen Elizabeth y Valiant, ubicados en la rada de Alejandría, habían sido volados por hombres-rana italianos, en tanto que veinticinco submarinos alemanes en el Mediterráneo Central hacían casi imposible la navegación británica. Pero estas condiciones no podían mantenerse indefinidamente; Rommel comprendía que sus éxitos debían consolidarse con la ocupación de Malta y la conclusión de la campaña egipcia antes de que Estados Unidos estuviera en condiciones de intervenir eficazmente en el conflicto. Pero Hitler, que dirigía todos sus esfuerzos a obtener un triunfo decisivo en el frente ruso, no aportaba demasiada ayuda al frente mediterráneo.

Es en la segunda mitad de 1942 cuando la superioridad en armamentos de los aliados empieza a ejercer todas sus consecuencias. Rommel, incapaz de obtener un triunfo decisivo en Egipto, se había limitado a organizar sus defensas. Pero el deterioro constante del armamento de las tropas del Eje y sus crecientes dificultades de alimentación tomaban un carácter cada vez más crítico frente a la mayor potencia británica. El nuevo comandante británico, el general Montgomery, tenía a su disposición más de mil tanques –entre ellos muchos del nuevo tipo Sherman– frente a quinientos tanques alemanes y una neta superioridad en cañones, municiones y dominio del espacio aéreo.

El 3 de noviembre Montgomery consigue romper el frente alemán y Rommel inicia lo que más tarde denominaría "una salvaje retirada". La batalla de El Alamein entraba en su fase final. El 23 de enero de 1943 las tropas alemanas debieron evacuar Trípoli y buscar refugio en Túnez. El África italiana estaba definitivamente perdida. Esta retirada coincidió con la recuperación del dominio del espacio aéreo y de los mares por parte de los angloamericanos

y con un hecho aun más decisivo: la ocupación del África noroccidental por las fuerzas aliadas.

El desembarco en África había sido el resultado de largas disputas entre los estados mayores de los ejércitos inglés y americano, habiéndose por fin impuesto el punto de vista de Churchill, que sostenía la necesidad de asentarse en África para atacar al continente europeo desde una de sus penínsulas mal protegidas. La preparación de la operación se había realizado tendiendo a buscar el apoyo de grupos franceses que, en forma anárquica y sin conexión entre sí, intentaban organizar una resistencia activa. El más importante de ellos era el dirigido por Lemaigre Du-breuil, al que estaba ligado el general Giraud y que tenía activas bases en la administración y guarnición de Argelia. Con este sector es con el que se establecieron en una primera instancia largas negociaciones, de las que se mantuvo apartado el movimiento de la Francia Libre de De Gaulle.

Entre el 7 y 8 de noviembre de 1942 se presentó frente a los puertos franceses de África del Norte una poderosa flota de 800 buques, de los cuales 350 eran navíos de guerra. Al enterarse del ataque el gobierno de Vichy da orden de repeler la agresión. En Casablanca se lucha duramente hasta el 11 y en Orán el ataque angloamericano es repelido. En Argel, por iniciativa del almirante Darlan, se firma un armisticio que abre la ciudad a los americanos. Frente al peligro Hitler hace que sus tropas franqueen la línea de demarcación del régimen de Vichy y que ocupen todo el territorio francés.

La lucha en el Norte de África se prolonga hasta mayo de 1943. Hitler arranca al gobierno de Pétain una autorización para utilizar las bases aéreas francesas, que son rápidamente ocupadas. Una vez fuertemente establecidos en Túnez, trazan una línea defensiva paralela a la frontera de Argelia hasta Chott-El-Djerid. Pero la acción de la aviación aliada dificulta seriamente el abastecimiento de la defensa ítalo-alemana y el avance aliado se torna irresistible a partir de marzo. El último esfuerzo por establecer una cabecera de puente de Enfindaville a Bizerta fracasa y finalmente, el 18 de

mayo, el grueso de las fuerzas del Eje capitula en el cabo Bon, dejando 250.000 hombres en poder del enemigo.

Entre los grupos resistentes franceses, entretanto, la situación era confusa y caótica. El almirante Darían fue asesinado el 24 de diciembre por un grupo de resistentes y la lucha entre los sectores que respondían a Giraud y a De Gaulle, respectivamente, se agudizó. El general Eisenhower, comandante de las fuerzas angloamericanas de invasión, había dado la autoridad política a Giraud, en razón de que representaba una línea de menor enfrentamiento con el régimen de Vichy y de que podía, por consiguiente, ganar a sectores importantes de las autoridades francesas para la causa aliada. Pero la hegemonía de De Gaulle acabó por imponerse con la constitución en Argel, de un comité francés de liberación nacional que asumirá las tareas de gobierno provisional y en el que las fuerzas gaullistas tendrán un peso decisivo. A partir de la conclusión de la guerra de África el dominio del Mediterráneo pasó netamente a manos aliadas y el Eje quedó replegado sobre el continente. Esto creaba condiciones muy favorables para la apertura del tan reclamado segundo frente en Europa. Pero Estados Unidos e Inglaterra postergaron nuevamente la invasión a través del canal de La Mancha, cuestión que demorarían hasta junio de 1944, cuando fracasaron sus negociaciones con Alemania y ya era evidente la caída de ésta en manos del Ejército Rojo.

La vida en los países ocupados por Alemania y Japón

La concepción que guió la organización de Europa por Hitler puede resumirse en la siguiente fórmula: Alemania sería el centro industrial del continente y Europa oriental y occidental productoras de alimentos y materias primas. De todas maneras, toda idea de reorganización económica del continente tuvo que ser pospuesta hasta el fin del conflicto bélico, limitándose por el momento la política económica alemana a asegurar la explotación de los países sometidos. Esta se acentúa a partir de que la lucha contra la Unión Soviética modifica sustancialmente la naturaleza

del esfuerzo alemán, que pasa a requerir un aumento desesperado de hombres y aprovisionamientos bélicos y civiles dada la magnitud e intensidad de la guerra. Es en este período cuando la represión en los territorios sometidos llega a límites extremos y cuando Himmler y la Gestapo comienzan a cobrar una importancia creciente dentro del conjunto del régimen nazi.

La explotación de los países dominados se llevó a cabo, inicialmente, a través de un conjunto de procedimientos que tendían a ocultar la naturaleza expoliatoria del régimen. Así, durante toda la ocupación nazi el marco fue sobrevaluado arbitrariamente en relación con otras monedas, con lo que, al par que se restringían las compras de productos alemanes –que con este sistema se encarecían cada vez más–, se aumentaba el poder adquisitivo de los alemanes en los países ocupados. Por otro lado, alcanzaron cifras astronómicas los gastos de mantenimiento de las tropas alemanas, que corrían a cargo de las naciones vencidas. Estos gastos eran fijados unilateralmente por las autoridades alemanas, teniendo en cuenta la riqueza del país en cuestión y no el número real de soldados instalados; de este modo se obtenía un sustancial excedente que se invertía en las compras alemanas en el país ocupado y en el pago de salarios a los trabajadores extranjeros llevados a trabajar al Reich.

Además de esto, la ocupación nazi implicó el pillaje liso y llano durante todo el conflicto. En el caso de Francia, por ejemplo, se comprobó que más de 25.000 grandes máquinas fueron desmontadas y transportadas a Alemania durante la guerra.

En estas condiciones el comercio de los países dominados pasó a ser cada vez más exclusivo con Alemania. Rumania, que en 1940 destinaba a Alemania el 63 % de sus exportaciones, en 1943 elevaba esa proporción al 98,77%. Y esto en una situación en la que los precios de venta internacionales eran fijados por las autoridades alemanas.

Así, mientras Rumania vendía el petróleo al mismo precio que en la preguerra, tenia que comprar las mercaderías alemanas un 50% más caras.

Se ejercían todo tipo de presiones para que las empresas industriales produjeran las mercaderías requeridas por las potencias del Eje. Si las empresas se negaran a satisfacer sus prioridades se arriesgaban a no recibir energía y las materias primas necesarias para su actividad. Para obtener idéntico resultado en la producción agrícola, donde la dispersión de tos productores dificultaba la eficiencia de la coacción, se obligó a estos a asociarse corporativamente y a designar responsables que debían tratar con los comandos militares alemanes; la conclusión fue que en países como Holanda y Dinamarca, por ejemplo, las aves y productos lecheros fueron enviados en su gran mayoría hacia Alemania. En las grandes empresas se dio, además, una participación creciente del capital alemán.

En materia de salarios, en una primera etapa las autoridades alemanas se limitaron a fijar su nivel, así como las condiciones de trabajo. A medida que las necesidades bélicas se acrecentaron se requirieron medidas más drásticas y se inició el reclutamiento de voluntarios enviados a trabajar a Alemania. Finalmente, cuando aun este procedimiento se reveló insuficiente, se creó el servicio de trabajo obligatorio.

Hacia el fin de la guerra había en Alemania varios millones de trabajadores extranjeros, sometidos a un régimen de trabajos forzados; de Francia solamente había 600.000. En cuanto a la organización política del "imperio", se fueron delineando sobre la marcha los criterios diferenciales que presidirían el trato acordado a las diversas regiones sometidas.

En Europa Central, Bohemia y Moravia habían pasado a ser "protectorados" del Reich. Junto a ellos subsistía un gobierno checo con limitados poderes. Y Eslovaquia se había constituido en un Estado independiente, pero que había adherido al Pacto Tripartito e integrado sus recursos a la economía de guerra del Reich.

La situación de Polonia era mucho más dura. En los territorios directamente incorporados a Alemania se habían puesto en vigencia total las instituciones, el derecho y la moneda alemanas,

en tanto que la administración se confiaba a alemanes venidos del Reich o de los países bálticos. Del total de población de nueve millones, solo 600.000 eran alemanes. Mientras estos y la pequeña minoría germanizada gozaban de una situación privilegiada, la población polaca estaba sometida a múltiples privaciones, desde la prohibición de poseer bienes inmuebles hasta la diferenciación en los salarios y empleos, limitación de asociación y desplazamientos e incluso un diferente estatuto penal. En cuanto a los territorios polacos no directamente incorporados a Alemania –que reunían doce millones de personas y tenían su capital en Cracovia– la situación de la población polaca fue ligeramente mejor en cuanto, si bien exorbitantes privilegios favorecían a la población alemana, no fue introducida la lista de nacionalidad alemana y subsistieron un conjunto de instituciones del período anterior.

En Rumania la influencia alemana creció rápidamente. Después de perder, por su incorporación a la Unión Soviética, la Besarabia y la Bucovina, se vio obligada a ceder por presión alemana la Dobrudja a Bulgaria y extensas regiones de la Transilvania a Hungría. Finalmente se haría cargo del gobierno el mariscal Antonescu, quien estableció un acuerdo económico por diez años con Alemania, adhirió al Pacto Tripartito, implantó las medidas alemanas de discriminación racial y permitió el ingreso a territorio rumano de las tropas alemanas con el objetivo de "proteger" los pozos petrolíferos.

De tal modo, en Europa oriental solamente Hungría y Bulgaria conservaron regímenes relativamente similares a los que contaban antes de la expansión nazi, que de todos modos, por supuesto acordaban con esa expansión.

En el oeste de Europa la dominación nazi se hizo sentir menos, ya que se acordaba a escandinavos, holandeses y flamencos la consideración de miembros de la raza germánica y, por otra parte, Hitler especulaba con un progresivo alineamiento de Francia junto al Eje. Tanto Noruega como Holanda fueron gobernadas por altos comisarios del Reich y fueron integradas económicamente a Alemania. En Bélgica, aunque se mantuvieron las mismas estruc-

turas, se colocaron a la cabeza del gobierno personalidades belgas proalemanas.

En Francia la independencia del gobierno era teóricamente mayor, con una mitad ocupada, en la que el gobierno francés ejercía la autoridad administrativa. En lo económico se le impusieren pesadas cargas, aunque Francia conservaba su imperio colonial. Las restricciones que Alemania impuso a Francia, de todas maneras, se fueron agravando con el tiempo.

La constitución de un "imperio germánico de mil años" exigía la exterminación implacable de todos los enemigos. Los campos de concentración provistos de cámaras de gas y hornos crematorios se multiplicaron por toda Europa. En Auschwitz se podía exterminar con gas a 2.000 personas ala vez y repetir la operación cuatro veces al día. En estas cámaras perecieron 2.500.000 personas.

Los avances de los ejércitos nazis fueron acompañados de espantosos pogromos, a los que siguió, una vez asentada la ocupación, la organización de ghettos. En muchos de estos ghettos la gente fue exterminada; en otros se evitó el exterminio en razón de las necesidades de mano de obra. Los grandes campos de concentración, más adelante, comenzaron a cumplir también la función de proveer de mano de obra, sin ningún límite de su uso. Así las tasas de mortalidad eran altísimas: en Ravensbruck, por ejemplo, de un 24% anual en 1943 se pasó a un 60% en 1945.

En los territorios ocupados por Japón se implantó una división en tres categorías. En primer término, aquellos que eran anexados en razón de su importancia estratégica: tal era la situación de Hong Kong, Singapur, Borneo, Nueva Guinea, Timor; en segundo término, los países que recibían una autonomía limitada: los estados malayos, la Federación Indonesia; finalmente; los países aliados formalmente independientes: Manchukúo, Filipinas, China, Indochina, Siam y Birmania.

El Japón presentaba su misión ante los territorios ocupados como una defensa de las tradiciones orientales frente a la occidentalización. Los diversos ideales autoritarios, propios de las clases

dominantes seculares, son exaltados y, respetando las tradiciones de cada país, se van introduciendo las tradiciones del Japón.

Desde el punto de vista económico se encaró una división del trabajo según la cual Japón, Manchuria, Corea y, en cierta medida, China del Norte se transformarían en grandes productores de acero, hierro, productos químicos y maquinaria, en tanto que el sudeste asiático se especializaría en la producción de materias primas, metalúrgica liviana, textiles y caucho.

La resistencia en Europa y en Asia

Los movimientos de resistencia comienzan a organizarse pasada la primera etapa de la ocupación. Surgen más rápidamente en aquellas regiones montañosas o selváticas que ofrecían mejores refugios. Pronto, además, los objetivos de los diversos movimientos comienzan a rebasar ampliamente la reivindicación inicial de lucha contra la ocupación y a adquirir características sociales propias de mayor o menor profundidad según los casos. En Europa central y oriental estas reivindicaciones presentan como rasgo general la demanda de una reforma agraria radical; en Europa occidental, junto con propuestas de democratización política, la nacionalización de las industrias claves. El ingreso de la Unión Soviética en la guerra modificó profundamente las tendencias de los movimientos resistentes, haciendo surgir la divisoria de aguas entre aquellas que trataban de restaurar pura y simplemente los regímenes anteriores, y que tendían a apoyarse en Inglaterra, y aquellos partidarios de reformas radicales, que tendían a alinearse junto a los rusos.

La participación de los comunistas en la resistencia tuvo un peso decisivo en cuanto aportaron al movimiento cuadros expertos en la lucha clandestina y criterios organizativos sólidamente elaborados.

En Francia la presencia del régimen de Vichy, con el inmenso prestigio que rodeaba a la figura de Pétain, retardó en un comienzo la organización de cuadros resistentes. Pero hacia 1941 los principales movimientos estaban ya constituidos. A partir de ese

año, también, adquiere un peso creciente la participación comunista, que ha comenzado a reorganizar la CGT en forma clandestina. De Gaulle, a través de su enviado personal, Jean Moulin, logra finalmente nuclear a toda la resistencia francesa en un frente único que reconoce la autoridad del comité gaullista de Londres.

En Bélgica, Holanda y Luxemburgo la resistencia contó con el apoyo de la iglesia, que se negó a permitir la comunión de los portadores de uniformes políticos y se elevó contra la persecución racial y la deportación de trabajadores a Alemania. Las acciones de sabotaje y las huelgas se suceden. En Luxemburgo se organiza la Liga Patriótica Luxemburguesa; en Bélgica se producen manifestaciones que concluyen en las grandes huelgas de febrero a mayo de 1943 en Lieja, Charleroi, La Louviére, Mons y Verviers; similares movimientos de protesta surgen en Holanda (en el curso de 1943), Noruega y Dinamarca.

En Europa oriental y en los Balcanes se desarrollan fuertes movimientos de resistencia. En Yugoslavia surge pronto una aguda lucha entre los restos de ejército vencido y los comunistas dirigidos por Tito Los comunistas, más decididos en su enfrentamiento con la ocupación alemana, logran constituir en Bihac, en noviembre de 1942, el "Consejo Antifascista de la Liberación Nacional de Yugoslavia". Hacia el fin de la guerra Tito ha conseguido afirmar sólidamente su poder en el conjunto del país. También en Grecia se produjo un conflicto similar entre los resistentes, aunque al finalizar la guerra lograron imponerse los grupos anticomunistas con la ayuda de las potencias imperialistas aliadas. En Albania triunfaría la resistencia dirigida por los comunistas y lo mismo sucedería en los países de Europa Oriental, los que contaron con el apoyo directo del Ejército Rojo.

Entretanto, en el Asia proseguía la larga lucha del pueblo chino contra el invasor japonés, al tiempo que se iba organizando la resistencia en los territorios recientemente ocupados del Sudeste. En estos últimos la resistencia tardó en surgir, ya que los japoneses se presentaban come liberadores del yugo colonialista de las potencias occidentales y contaron con la aquiescencia de dirigen-

tes burgueses locales de raigambre popular, tales como Sukarno, Hatta, Laurel, Ba Maw. Sin embargo, a partir de 1943, a medida que las operaciones militares comienzan a ser desfavorables para el Japón, la creciente exacción económica de las regiones sometidas, a las que acompañó el consiguiente endurecimiento represivo, concluyeron por hacer surgir diferentes movimientos de protesta. Esos mismos dirigentes burgueses conducen generalmente esos movimientos, salvo en los casos en que existen fuertes partidos comunistas, como en Indochina y Corea, que desde un inicio combaten contra el invasor, llegando a encabezar por esta razón los movimientos de liberación. De todas maneras, el sacudimiento que implica la lucha y el despertar de los pueblos que la acompaña llevarán a un cambio fundamental en el mapa asiático, donde las potencias imperialistas vencedoras contra el Japón no podrán ya encontrar vías pacíficas de dominación, viéndose obligadas a reconocer en múltiples casos el derecho de autodeterminación de estos pueblos.

La apertura del segundo frente en Europa

La lucha contra el régimen fascista en Italia, en la que también los comunistas tuvieron un papel preponderante, había legrado debilitarlo extraordinariamente. Aparte de ello, Italia había perdido centenares de miles de hombres en el frente ruso y en África; su situación económica iba de mal en peor y el gobierno había entrado en crisis.

En julio de 1943 los ejércitos anglo-norteamericanos se apoderaron de la isla de Sicilia. Esto precipitó la caída de Mussolini[161]. El nuevo gobierno italiano inició negociaciones con los aliados. A poco, los ejércitos anglo-norteamericanos desembarcaron en la

161. El Gran Consejo Fascista depone y arresta a Mussolini, reemplazándolo por el general Badoglio. Un comando alemán logra liberar a Mussolini, llevándolo hacia el norte de la península, donde se establece una "República Social Italiana". Recién en abril de 1945 los anglo-norteamericanos derrotarán a los alemanes en Italia, y en el mismo mes Mussolini será ajusticiado por los partisanos.

Italia meridional. En setiembre de 1943 Italia abandonó la guerra. A raíz de ello los alemanes ocuparon la parte norte y central de ese país.

El abandono de la guerra por el aliado principal de Alemania marcó el comienzo de disgregación del bloque fascista. En Rumania y en Hungría se intensificaron las acciones y manifestaciones en favor de la ruptura con Alemania.

Por otra parte, el Ejército Rojo había detenido el intento de una nueva ofensiva nazi en julio de 1943, asumiendo la iniciativa y pasando a la contraofensiva, con lo que obligó al enemigo a retroceder y a replegarse. A fines de 1943, las dos terceras partes de la tierra soviética ocupada temporariamente por los alemanes fueron libertadas.

En 1944 el Ejército Rojo efectuó una serie de grandes operaciones por las cuales las tropas invasoras fueron totalmente expulsadas de los límites de la Unión Soviética. El Ejército Rojo trasladó sus acciones bélicas al territorio de Alemania y de sus aliados.

Entretanto, las potencias imperialistas aliadas seguían sin abrir el tan reclamado segundo frente en Europa. Más aun: a espaldas de la Unión Soviética mantenían negociaciones con los representantes de la Alemania hitlerista acerca de la paz. En Teherán, en la primera conferencia en que accedió Stalin a encontrarse con Roosevelt y Churchill, celebrada a fines de 1943, se había adoptado el compromiso de abrir el segundo frente en Europa a más tardar el 1° de mayo de 1944. Pero este compromiso bélico quedó incumplido. Solo en junio de aquel año, cuando ya era harto evidente que la Unión Soviética por sí sola podía liberar a toda Europa, los ejércitos anglo-norteamericanos desembarcaron en la parte norte de Francia. Roto el frente de defensa de los nazis, los anglo-norteamericanos comenzaron a avanzar hacia el este. El 18 de agosto comenzó París su sublevación armada y el 25 entraban en París liberada los ejércitos aliados.

A fines de 1944 todo el territorio de Francia quedó libre de los ejércitos hitlerianos. Las acciones bélicas se trasladaron al territorio belga.

Disgregación del bloque fascista

Las graves derrotas inferidas al ejército alemán empeoraron marcada y bruscamente la situación de Alemania. En este país se sentía una gran falta de materia prima y de brazos. La población experimentaba grandes dificultades materiales. La moral y el espíritu de los alemanes, tanto en el frente" como en la retaguardia, se hallaban quebrantados.

Un grupo de generales y de magnates de las finanzas, encabezados por Beck y por Herdeler, urdieron un complot contra Hitler. Los conjurados querían desplazar a éste del poder, hacer una paz separada con los imperialismos aliados y acordar con ellos acciones conjuntas contra la Unión Soviética. Pero el conato de atentado a Hitler realizado en julio de 1944 fracasó. Los complotados fueron apresados y ejecutados.

Los nazis aprovecharon el atentado contra Hitler para intensificar aún más el terror y las represalias. En agosto de 1944 asesinaron a Ernst Taehlmann dirigente comunista alemán, quien había sufrido más de once años de prisión. El avance del Ejército Rojo hacia el occidente acarreó el abandono de la guerra por parte de los últimos aliados europeos de Alemania. A comienzos de abril de 1944 el Ejército Rojo pisó tierra rumana. Habiendo rodeado y aplastado a 22 divisiones germano-rumanas en Vassy y en Kischinev, se acercó a las regiones centrales de Rumania. El 23 de agosto las tropas de obreros armados derrocaron la dictadura de Antonescu. El nuevo gobierno rumano firmó un acuerdo de tregua con los aliados y declaró la guerra a Alemania y a Hungría.

Dada la ayuda directa que el gobierno de Bulgaria prestaba a Alemania en sus operaciones bélicas contra la Unión Soviética, esta anunció el 5 de setiembre el estado de guerra con aquel. El 8 de setiembre entró el Ejército Rojo en Bulgaria. Al día siguiente se sublevó la población de Sofía, el gobierno fascista fue derrocado y en su reemplazo se constituyó el gobierno del Frente Patrio, que acordó una tregua con los aliados, participando luego en la guerra contra Alemania y Hungría.

En setiembre abandonó la guerra el aliado nórdico de Alemania, Finlandia. En octubre el Ejército Rojo entró en Hungría, formándose en diciembre; en Debriczin, el gobierno provisional nacional de Hungría, que firmó con los aliados el acuerdo de armisticio.

Como resultado de estas victorias decisivas en 1944 Alemania perdió todos sus aliados europeos, viéndose reducida a un estado de completo aislamiento. Los días del régimen hitlerista estaban contados.

Yalta y Potsdam

En diciembre de 1944 los alemanes pasaron a la ofensiva en la región de las Ardenas, infligiendo un golpe muy grave a los ejércitos anglo-norteamericanos. Entonces el Ejército Rojo comenzó, en enero de 1945, la ofensiva en el frente comprendido entre los Cárpatos y el Báltico, en una extensión de mil doscientos kilómetros.

A fines de febrero fue totalmente liberada Polonia, y también una parte muy considerable de Checoslovaquia. Habiendo ocupado casi toda Prusia oriental y la Silesia Alemana, el Ejército Rojo se acercó a los accesos a Berlín. Entretanto, los ejércitos aliados pudieron cerrar las brechas producidas por los alemanes, emprendiendo la contraofensiva en marzo de 1945.

En esas circunstancias se reunió, en febrero de 1945, la conferencia de Yalta, ciudad de Crimea, en la que participaron Stalin, Roosevelt y Churchill, nuevamente, y que no hizo más que ratificar en el plano diplomático lo que era la resultante de una determinada correlación de fuerzas en el plano político y militar.

En abril de 1945 el Ejército Rojo rompió la defensa del enemigo a lo largo de los ríos Oder y Neisse, avanzando así sobre Berlín. Hitler se suicidó. El 2 de mayo Berlín fue tomada. En la noche del 8 al 9 de mayo los representantes del comando militar de Alemania firmaron, en la ciudad de Berlín, el acta de rendición incondicional. El poder supremo de Alemania pasó a manos de las cuatro grandes potencias. En julio de 1945 se inauguró en la ciudad de

Potsdam (en las cercanías da Berlín) la tercera conferencia de los jefes de gobierno de la Unión Soviética, Estados Unidos e Inglaterra. Estuvieron allí, aparte de Stalin, Truman, como nuevo presidente de los Estados Unidos, y Atlee, como nuevo primer ministro de Inglaterra.

Allí se ratificó formalmente lo que era el resultado de una realidad: También se hicieron las correspondientes declaraciones de buena voluntad y se adoptó el compromiso de impedir que Alemania volviera a rearmarse en el futuro. Por supuesto que al haberse resuelto la contradicción entre el campo fascista y el campo antifascista cambiaba la contradicción principal en el mundo, pasando a primer plano la que enfrenta a los pueblos y países oprimidos con el imperialismo. Alentados por la derrota del fascismo, los pueblos, países y naciones del llamado tercer mundo avanzarán extraordinariamente en su lucha por la liberación. Al mismo tiempo volverá a tensarse la contradicción entre los países socialistas y el imperialismo, dando lugar a la llamada "guerra fría". Es decir que tanto Potsdam como Yalta marcarán un momento de un combate que no se detiene, pues mientras haya imperialismo habrá agresión y habrá pueblos y naciones que luchen contra ella.

Media Europa escapaba de manes del imperialismo; Mongolia se constituía en democracia popular; en China se preveía el triunfo de los comunistas y Vietnam y Corea no auguraban sino desvelos. Algo había cambiado en el mundo y ni el chantaje atómico puesto a prueba sobre el pueblo japonés podía impedir la nueva correlación de fuerzas. La previsión de George Soule, frente a la virulenta campaña antisoviética estadounidense lanzada a partir de 1943, resuena aun hoy como una advertencia: "Si estas maniobras antisoviéticas continúan nos llevarán a un esfuerzo de posguerra para formar un nuevo cordón sanitario de estados antibolcheviques y pueden inclusive, una vez disueltos los nazis, concluir en la erección, como elemento esencial en el equilibrio de poder, de una Alemania de nuevo poderosa, de una nación en la que la vieja casta militar tendrá la oportunidad de reasumir su función acostumbrada" (en *New Republic*, marzo de 1943).

La rendición del Japón

A fines de 1943 los ejércitos anglo-norteamericanos habían comenzado un enérgico avance contra los japoneses, en la cuenca del Océano Pacífico. Ocuparon una serie de islas, y hacia el verano de 1945 liberaron una parte considerable de las Filipinas y de Birmania, comenzando también la liberación de Indonesia. Pero los japoneses disponían aun de considerables fuerzas en China.

De acuerdo con los compromisos tomados en Yalta, la Unión Soviética comenzó, el 9 de agosto, la guerra contra el Japón. El Ejército Rojo, que avanzaba a lo largo de un extendido frente en Manchuria, destrozó la defensa del enemigo, obligando al ejército japonés de Kuantung a capitular. El Japón perdió su principal fuerza de choque en el continente asiático. El Ejército Rojo contribuyó a liberar de japoneses la parte nordeste de China, la zona meridional de la isla, de Sajalín, la ciudad de Dalni y la de Port-Arthur, y las islas Kuriles.

El 6 de agosto de 1945 la aviación norteamericana arrojó una bomba atómica sobre la ciudad japonesa de Hiroshima. El 9 de agosto, fue sometida al bombardeo atómico también la ciudad japonesa de Nagasaki. El carácter bárbaro de estas acciones, en las que perecieron miles y miles de pacíficos habitantes, demostró una vez más el carácter sanguinario del imperialismo. El 2 de setiembre de 1945, a bordo de la nave norteamericana de línea Missouri, en la bahía de Tokio, fue firmada el acta de la capitulación incondicional del Japón. Tal hecho significó el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Bibliografía del Anexo 1

Amilibia, Miguel de: *La segunda guerra mundial*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, Biblioteca Fundamental del Hombre Moderno, 4 Vols., 1972.

Dimitrov, Jorge: *Informe ante el VII Congreso de la Internacional Comunista*, Estudios, Buenos Aires, 1972.

Grinberg, C., Svanson, R. y Dumont, G.: *Histoire Universelle*, Vol. 12: *De la faillite de la paix á la conquéte de l'espace*, Marabout Université, Verviers (Bélgica), 1971.

Lenin V. I.: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, varias ediciones.

Mao Tsetung: *Obras escogidas*, tomos I y II, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1971.

Revunenkov, V. G.: *Historia de los tiempos actuales*, Futuro, Buenos Aires, 1964.

Stalin, José: *La gran guerra patria de la Unión Soviética*, Partenón, Buenos Aires, 1946.

Werth, Alexander: *Rusia en la guerra*, Grijalbo, México.

2. La irrupción del Tercer Mundo[162]

Acalladas las armas en Europa, con la resolución de la contradicción entre el campo fascista y el antifascista a favor de este último, se abre todo un largo período en el que los pueblos de los países coloniales, semicoloniales y dependientes llevan la iniciativa de la lucha contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo. La derrota de las potencias del Eje, que encarnaban el imperialismo más agresivo de la época, y el ejemplo del pueblo de la Unión Soviética, que había resistido todas las agresiones del imperialismo y derrotado el atraso secular, constituyeron la levadura de ese "despertar" de los pueblos del posteriormente llamado Tercer Mundo.

Los revolucionarios rusos de 1917 ya habían previsto que a partir de la Revolución Rusa se generalizaría el combate de liberación nacional de los pueblos oprimidos y se tendería un puente entre las luchas revolucionarias del proletariado, la Revolución Rusa y los procesos de liberación nacional.

Tal vez no sea ocioso recordar como un símbolo de este "puente", y como un augurio de lo que sucedería después de la Segunda Guerra Mundial, el levantamiento, en las propias narices de Europa, del pueblo turco, dirigido por Kemal Ataturk, contra la intervención imperialista anglo-francesa, los terratenientes y la burguesía intermediaria ligada a ellos, que contó desde su inicio

162. Este texto fue publicado en el fascículo N° 70 de *Siglomundo, la historia temática del siglo XX*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1974.

con el apoyo irrestricto del gobierno encabezado por Lenin en Rusia. Y que otro tanto ocurrió con la revolución nacional china, dirigida entonces por Sun Yat-sen, que recibió una notoria influencia de la revolución bolchevique.

También conviene tener presente que fue a partir del leninismo que el socialismo dejó de ser considerado en los países coloniales, semicoloniales y dependientes como una doctrina reservada para los blancos, un nuevo medio de engaño y de explotación. Esto había sido así, hasta entonces, porque a partir de la muerte de Marx y Engels la llamada Segunda Internacional, había llevado una política de tipo oportunista hacia el imperialismo, justificando la opresión nacional y el colonialismo como supuestamente "civilizador", y discriminando a los obreros blancos de los de color. Por todo esto habían sido bautizados por Lenin como "socialimperialistas", es decir "socialistas de palabra e imperialistas de hecho".

Uno de los más importantes dirigentes del Tercer Mundo, Ho Chi Minh, diría dos años después de la muerte de Lenin, en enero de 1926, que éste "fue el primero que condenó los prejuicios hacia los pueblos coloniales aferrados en muchos obreros de Europa y América. Sus tesis acerca de la cuestión nacional aprobadas por la Internacional Comunista provocaron una gran revolución en todos los países oprimidos del mundo. (...) Fue Lenin el primero que captó la importancia de ganar a los pueblos coloniales para el movimiento revolucionario. Fue el primero en subrayar que la revolución socialista sería imposible sin su participación. (...) La solución aportada por Lenin en la Rusia soviética a la cuestión nacional y su realización por el partido comunista son las armas más eficaces de propaganda para los pueblos coloniales. Para todos los pueblos oprimidos y esclavizados Lenin quedará como el hombre de este momento histórico en sus vidas miserables de esclavas y como el símbolo de un nuevo porvenir radiante". Y llegando a la época que nos ocupa, con la derrota de las potencias imperialistas del Eje, ese despertar de los pueblos de los países coloniales, semicoloniales y dependientes se convertiría en una corriente histórica incontenible.

De la liberación china a Bandung

Inmediatamente de finalizada la Segunda Guerra Mundial los Estados Unidos intentan, a través de la guerra y buscando la alianza de los sectores locales afines, reemplazar a las potencias imperialistas derrotadas, particularmente Japón, en Asia. Pero los pueblos, que han sido tremendamente conmovidos por la guerra, y que han visto caer derrotado al Japón fundamentalmente con su propio esfuerzo, ya no aceptan un nuevo amo y los norteamericanos son derrotados primero en China y posteriormente en Corea.

Al mismo tiempo, las otras potencias imperialistas triunfantes en la guerra encuentran cada vez más difícil mantener su dominio sobre Asia, particularmente en aquellos países que han sido ocupados por Japón, como es el caso de los franceses con Indochina y de los holandeses con Indonesia. La misma Inglaterra, cuyo imperio había sido menos tocado directamente por la guerra, se verá obligada a ceder ante el movimiento liberador de los pueblos, particularmente, y en lo inmediato, en el caso de la India. En este proceso, aunque con muchas dificultades los Estados Unidos tratarán también de ocupar el lugar que se ven obligados a ceder sus propios socios de la guerra contra el Eje, como ocurrirá más claramente con parte del territorio de Indochina.

El abandono de las armas por parte de los japoneses en las zonas ocupadas por ellos, que abastecieron a muchos de los movimientos nacionales, así como el estimulo que recibieron de la Unión Soviética en ese entonces, fueron elementos que coadyuvaron indudablemente a los procesos emancipadores. Esta primera oleada liberadora con eje en Asia, y que recién empezaba a manifestarse en África, se verá graficada en la primera conferencia de países afroasiáticos realizada en Bandung, en Indonesia, en abril de 1955. Allí concurrieron 29 países (de los cuales solo seis eran Áfricanos) que en conjunto representaban la mitad de la población del mundo.

El abandono de la India

Durante la guerra el movimiento de liberación de la India se había continuado desarrollando rápidamente. Esto llevó incluso a que la India se negara a dar su cuota de sangre a favor de su dominador inglés durante la guerra.

El imperialismo inglés, a pesar de ser vencedor, había salido debilitado de la contienda, y esto incidió en su posición frente a la resistencia iniciada en muchas colonias. Entonces, en el gobierno inglés en manos de los laboristas en ese momento, prosperó la iniciativa de conceder la independencia a la península indostánica procurando que se integrara al Commonwealth.

En un primer momento, Inglaterra pretendió crear una federación de estados, cuestión que fue rechazada tanto por el hinduismo ortodoxo como por la Liga Musulmana y los Sikhs, los principales grupos que pugnaban por la dirección del movimiento nacional. Finalmente, los ingleses aceptaron convocar una asamblea constituyente, que permitiría el advenimiento de las "instituciones de Europa" a la India.

En julio de 1946 tuvieron lugar las elecciones; el partido del Congreso, dirigido por Nehru, discípulo de Gandhi, obtuvo la mayoría absoluta de los asientos. Pero los setenta y cinco representantes de la Liga Musulmana se negaron a intervenir en la asamblea, exigiendo la creación de un Estado musulmán independiente. Se abrió un período de luchas intestinas, con masacres sangrientas, particularmente en Bengala.

El gobierno británico, a través del virrey Mountbatten, desempeñó la función de árbitro. En sendas conferencias, los representantes de las partes decidirían la división de la India en dos Estados, la India y Pakistán, y que ambos se mantendrían unidos a Inglaterra en el marco del Commonwealth, lo mismo que la isla de Ceylán, que devino independiente en 1948.

El establecimiento de ambos gobiernos en la península dividida costaría ríos de sangre a los pueblos, con movimientos migratorios de enormes masas. El mismo Gandhi caería asesinado en

enero de 1948 y otro tanto ocurriría con el líder de la Liga Musulmana y de Pakistán, Ali Jinnah en setiembre de 1948. La pugna entre los sectores burgueses dirigentes de ambos estados resurgiría una y otra vez.

En el caso de la India, Nehru, el heredero de Gandhi, impulsará el desarrollo industrial, buscando construir una poderosa burguesía desde el manejo del aparato estatal, utilizando instrumental de planificación similar al experimentado por los bolcheviques en Rusia, aunque sin llevar adelante un proceso de revolución agraria y democrática similar al que había tenido lugar en la Unión Soviética y al que paralelamente se estaba desarrollando en China. Mientras impulsaba ese proceso de industrialización internamente, en el plano internacional la burguesía india pregonaría la neutralidad ante los Estados Unidos y la Unión Soviética, aunque en el caso de la agresión a Corea se colocaría del lado de las "Naciones Unidas". Más adelante, y después que la Unión Soviética cambiara de rumbo a principios de 1956, dando lugar al reemplazo de la política de "guerra fría" por la de "coexistencia pacífica", la burguesía india fortificarla sus lazos con esta desarrollando a la vez una política crecientemente agresiva hacia sus vecinos, como lo mostrarla ya con su intervención en Nepal y en el Tíbet, y posteriormente, con su intervención en Bengala. En un primer momento el neutralismo de Nehru adquirió gran prestigio entre las naciones del Tercer Mundo, pero las acciones posteriores de la burguesía india lo fueron desmereciendo, cobrando mayor influencia la República Arabe Unida y especialmente China Popular.

La lucha de Indonesia

Los holandeses no se retiraron tan fácilmente de Indonesia como los ingleses de la India (pero la actitud de éstos les permitió mantener los países de la península indostánica en el Commonwealth). Más bien a los holandeses les pasó lo que a los ingleses en Birmania, país que, como Indonesia, había sido ocupado por los japoneses y que obtuvo su independencia de Inglaterra

en 1948. En el caso de Indonesia, los sectores de burguesía nacional que lideraban el proceso antiholandés se habían aliado al invasor japonés. Aunque más no fuera por eso, una vez finalizada la guerra, a los holandeses les resultaba muy difícil aceptar un arreglo tipo Commonwealth con Sukarno. Y si bien hicieron el ofrecimiento, llegando en noviembre de 1946 a un acuerdo por el que se creaba una República Indonesia en el marco de una "Unión neerlandesa-indonesia", en los hechos las intenciones holandesas eran excluir a las fuerzas nacionalistas, cuestión para la que recurrieron casi inmediatamente a las armas. Como su fuerza no era suficiente para hacer "entrar en razón" a los indonesios, los holandeses se vieron obligados a ceder el campo a las Naciones Unidas.

El 27 de diciembre de 1949 Holanda tuvo que reconocer la independencia, aunque conservaría hasta 1963 la mitad occidental de Nueva Guinea. Bajo la dirección de Sukarno, Indonesia se transformaría en un Estado fuertemente centralizado, dispuesto a romper toda ligazón con Holanda. Sin realizar una revolución democrática profunda, y bajo la dirección de la burguesía nacional, Indonesia entraría en el concierto de las naciones del Tercer Mundo realizando importantes avances en la industria.

La independencia de Birmania

Hasta 1948 Birmania fue colonia inglesa. En 1942 fue ocupada por los japoneses. Los poderes coloniales ingleses, en compañía de sus ejércitos, huyeron hacia la India. El pueblo birmano se alzó, por sus propios medios, en la lucha contra los invasores. Tomaron parte activa el joven proletariado, los campesinos y la burguesía nacional, que formaron un frente único en 1944, creando la Liga Antifascista de la Libertad del Pueblo.

El 28 de marzo de 1945, y bajo la dirección de la Liga, comenzó en Birmania la sublevación popular general contra los ocupantes japoneses, después de lo cual entraron en el país los ejércitos anglo-norteamericanos. Los imperialistas ingleses intentaron resta-

blecer allí los órdenes coloniales anteriores. Pero la lucha resuelta de pueblo birmano obligó a Inglaterra a retroceder y a reconocer la independencia de Birmania. El 4 de enero de 1948 fue proclamada solemnemente república independiente, tomando el nombre de Unión Birmana.

Comenzó entonces la pugna por un desarrollo independiente de la economía birmana, El gobierno procuró disminuir la parte que tenía el capital foráneo en la misma. El Estado rescató algunas compañías extranjeras que saquearon Birmania a lo largo de muchísimos años y nacionalizó todas las formas de transporte, la industria azucarera y la del cemento. Comenzaron a construir muchas empresas nuevas, privadas y estatales.

El capital foráneo siguió aun conservando importantes posiciones dentro de la economía birmana, lo que debilitó las fuerzas de la burguesía nacional, que en un principio había ampliado sus posiciones a través de las nacionalizaciones. El avance de Birmania también se vio condicionada por la persistencia del latifundio en gran parte del territorio. Si bien se nacionalizó una parte de las tierras de los terratenientes, distribuyéndoselas entre los campesinos, no se avanzó demasiado en ese proceso.

En el plano de las relaciones internacionales Birmania mantuvo una posición neutralista, con relaciones económicas y comerciales con todos los países del mundo, oponiéndose entonces a la creación de bloques agresivos del tipo de la "Organización del Tratado del Sureste Asiático" (SEATO), promovida por los Estados Unidos. Es decir que en el plano externo, como en el interno, Birmania siguió una orientación similar a la de la India, Indonesia y Ceylán,

La guerra en Indochina

En Indochina, también, la derrota de los japoneses desencadenará un vasto movimiento nacionalista contra la potencia colonial francesa. En este caso la conducción del movimiento la tendrá el Partido Comunista, con la dirección de Ho Chi Minh, quien toma-

rá el palacio gubernamental en Hanoi proclamando la independencia de Vietnam. El emperador de Annam, Bao-Dai, no tendrá otra salida que abdicar.

Tratando de retomar Indochina, los franceses envían un cuerpo expedicionario al mando de Leclerc, quien negocia con Ho Chi Minh un acuerdo por el cual reconoce la república de Vietnam como un Estado libre, que formaría parte de la Unión Francesa. Pero la intención de los franceses era recuperar sus posiciones haciendo de la Cochinchina una república aparte.

Este doble juego no podía sino llevar a la ruptura. A pesar de todo, Ho Chi Minh acepta participar en la conferencia de Fontainebleau. Pero los incidentes se multiplican. El 23 de noviembre de 1946 miles de víctimas inocentes caen bajo el fuego de los franceses en el barrio vietnamita de Haiphong. El 19 de diciembre las tropas y milicias vietnamitas pasarán a la contraofensiva en Hanoi, comenzando así la guerra de Indochina, que durará siete años.

Francia pretenderá restituir a Bao-Dai, cuyo gobierno títere es reconocido por Londres y Washington; el gobierno de Ho Chi Minh tendrá el apoyo de Moscú y de Pekín. Después de su derrota en Corea los norteamericanos intentarán actuar más activamente del lado de Francia, pero de todas maneras las tropas colonialistas francesas sufrirán la derrota de Dien Bien Phu, el 4 de mayo de 1954, que marca un punto sin posibilidad de retorno.

No le quedó otra salida al imperialismo que negociar. La Conferencia de Ginebra reglará momentáneamente la cuestión dividiendo a Vietnam en dos, por el paralelo 17. En el norte se establecerá la República Popular de Vietnam, presidida por Ho Chi Minh; en el sur se debía constituir un estado neutral alineado junto a los Estados de Camboya y de Lao. La intervención norteamericana posterior, en reemplazo de la descolonización francesa, sumirá a los pueblos de estos países en una dura y prolongada lucha por su independencia nacional.

La independencia de Argelia

La derrota del ejército colonial francés en Indochina, a manos de las fuerzas populares dirigidas por Ho Chi Minh, sirvió de un extraordinario estímulo a las fuerzas liberadoras de las colonias francesas del norte de África. El movimiento se extendió rápidamente por Túnez y Marruecos, estallando en insurrección general en Argelia, la principal zona de poblamiento francés de ultramar, donde se había radicado un millón de europeos.

En los casos de Túnez y Marruecos, los franceses, luego de dos años de resistencia, aceptaron la independencia, al llegar a un acuerdo con sectores locales de los terratenientes y de la burguesía nacional.

Sin embargo, la cuestión en Argelia iba a ser mucho más difícil pues la lucha por la liberación nacional se hallaba muy enraizada con la lucha por transformaciones sociales de fondo, particularmente con la revolución que implicaba expropiar de la población francesa que se había convertido en terrateniente.

Para mantener sus posiciones en Argelia los franceses concentraron fuerzas enormes. Para 1956 alrededor de 200.000 efectivos franceses enfrentaban a 15.000 "fellaghas". El número de tropas francesas no dejó de crecer, pero la rebelión contaba de más en más elementos que llegaban desde Marruecos como de Túnez, sobre todo con la ayuda activa del conjunto de la población.

Una guerra psicológica apoyada con el terror se desatará contra el ejército francés. Este responderá con la tortura y la represión colectiva. El colonialismo francés será condenado por todos los pueblos y hasta en la misma Francia, a pesar de las ideas colonialistas de sus partidos tradicionales de derecha e izquierda.

El 7 de enero de 1957 el general Salan será encargado del orden en Argelia. Los efectos de la guerra en Argelia llegarán al propio gobierno francés, produciéndose el enfrentamiento entre las distintas facciones del ejército, que culminará con el ascenso de De Gaulle al gobierno. Pero el hombre que había subido al gobierno ad amparo del levantamiento de Salan en Argelia, acabará con ese

sector a principios de 1960 y terminará acordando la independencia a Argelia el 2 de julio de 1962. En Argelia se instalará una república, cuyo gobierno será presidido por Ahmed Ben Bella hasta junio de 1965. Entonces será depuesto por un golpe de estado que instalará en el gobierno a Bumedien.

Cercano y Medio Oriente

También como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, y bajo el influjo de las luchas mencionadas, conoció un gran desarrollo el movimiento nacional liberador en los países del Cercano y Medio Oriente. En 1946 consiguieron su independencia el Líbano y Siria, anteriormente colonias francesas. El pueblo de Egipto se alzó en forma decidida en la lucha contra los colonizadores.

Hasta 1952 Egipto era prácticamente una colonia de Inglaterra. Esta había aprovechado el canal de Suez y las bases militares ubicadas en su zona para el dominio sobre Egipto y demás países árabes.

Inglaterra actuaba aliada con la burguesía compradora egipcia y también con los señores feudales, que tendían a conservar sus tierras, así como su prepotencia y dominio sobre millones de campesinos egipcios. La corte real servía de importante apoyo a los imperialistas, al tiempo que las masas populares exigían cada vez más decididamente la evacuación de los ejércitos ingleses de la zona del canal de Suez y el restablecimiento de la independencia del país.

En 1951 se alzaron en la lucha contra los ocupantes todas las fuerzas patrióticas y democráticas del país. Comenzaron a organizarse tropas de resistencia. Los obreros egipcios se negaban a trabajar para los ocupantes y abandonaron la región del canal de Suez. El fermento revolucionario se apoderó también del ejército.

El 23 de julio de 1952 se alzaron las unidades de la guarnición de El Cairo. A la cabeza de las unidades sublevadas se encontraba una organización secreta de oficiales que actuaban con la dirección de Gamal Abdel Nasser. Los sublevados obligaron al rey Fa-

ruk a abdicar del trono y abandonar el país. Como consecuencia de todo esto en junio de 1953 fue proclamada la república, siendo electo presidente Nasser.

La revolución en Egipto, bajo la dirección de la burguesía nacional seguirá un camino similar al de la India, Birmania e Indonesia. En tal sentido llevará adelante una reforma agraria parcial, confiscando las posesiones territoriales de la familia real y de la más alta nobleza y expropiando los sobrantes de tierra a los terratenientes, que serían distribuidos entre los campesinos, e impulsará el desarrollo industrial, a partir de la acción del Estado. En cuanto a su política exterior también se caracterizará por sus posiciones independientes en favor de la unidad de los países, particularmente los países árabes, en la lucha contra el colonialismo. De todas maneras, como en los otros casos mencionados, y a pesar del avance notable que se observa en todos estos países, la evolución posterior de Egipto mostrará también las limitaciones que al proceso revolucionario liberador impone la dirección de la burguesía nacional, que comienza a verse envuelta en las redes del capital monopolista imperialista bajo la forma denominada neocolonialismo.

La conferencia de Bandung

Para 1955 los pueblos coloniales recientemente liberados han comenzado a tomar conciencia de su fuerza. En Asia ya abarcan cerca de dos mil millones de personas.

En esas condiciones se reúne en Bandung, en abril de 1955, la conferencia de países afroasiáticos, primera de esta categoría y que marcará un hito trascendental en la unidad del Tercer Mundo para su lucha contra el imperialismo y el colonialismo:

Asia dominaba la asamblea pues solamente seis países Áfricanos, independientes o semindependientes, habían podido enviar delegados: Egipto, Sudán, Etiopía, Costa de Oro, Liberia y Libia. Pero la voluntad de unir la nueva Asia con la nueva África fue la tónica dominante entre los más destacados representantes asiáticos.

En el marco de unidad para la lucha contra el enemigo común, el colonialismo, estarían presentes en Bandung las dos grandes líneas que orientaron al movimiento de liberación de la posguerra: la del nacionalismo burgués, con exponentes como Nehrú y Sukarno, y la del comunismo revolucionario que expresaba el primer ministro chino Chou En-lai.

Nuevos Estados en África

Después del naufragio del sistema colonial en Asia, los colonialistas intensificaron el saqueo y expoliación de África. Pero también en los países Áfricanos se desarrolló un poderoso movimiento nacional liberador contra la opresión colonial.

Uno de los focos de lucha de los pueblos Áfricanos por la independencia nacional, después de la Segunda Guerra Mundial, fue el África Septentrional (la árabe). En 1962 se proclamó la independencia de la ex colonia italiana de Libia. También tomó gran amplitud el movimiento nacional liberador en Marruecos, Túnez y Argelia. En estos países se creó el frente antiimperialista único de los trabajadores y de la burguesía nacional.

Los imperialistas franceses intentaron varias veces escindir ese movimiento mediante acuerdos con cierta parte de la burguesía nacional. Pero tales tentativas fracasaron. En Marruecos comenzó una sublevación contra los colonizadores franceses, sin que se lograse sofocarla con el uso de grandes fuerzas militares y de aviación. El gobierno francés se vio obligado a iniciar negociaciones con los marroquíes y a reconocer, en marzo de 1956, la independencia de Marruecos. Tras la unificación del Marruecos francés con aquella parte del mismo que anteriormente pertenecía a España, se formó un Estado independiente marroquí, encabezado por un sultán.

En 1956 Francia se vio forzada a reconocer también la independencia de Túnez, donde se proclamó la república al año siguiente.

En los comienzos de 1956, y tras una lucha prolongada, consiguió su independencia de Inglaterra el Sudán, también proclamado república. En marzo de 1957 la colonia inglesa La Costa de Oro consiguió, tras una lucha tenaz, el derecho de ser uno de los dominios integrantes del Commonwealth, y de hecho se convirtió en Estado independiente, bajo la denominación de Ghana y con la dirección de Kwame Nkrumah. Lo mismo logrará Nigeria, el territorio más poblado del continente, en 1960. El mismo año, 1960, Inglaterra resignará su dominio de Somalia, la que se fusionará con la antigua Somalia italiana. En 1961 tendrá que dejar Sierra Leona y Tanganika. Uganda se independizará en 1962 y Zanzíbar en 1963. El caso de Kenya constituye para los ingleses un problema más difícil pues aquí existe un amplio movimiento dirigido por la sociedad secreta Mau-Mau, uno de cuyos líderes es Jomo Kenyata. Finalmente, después de años de dura represión por parte de los británicos, también se logra el acuerdo para la independencia.

En 1964 Nyassaland se convierte en Malawi y Rodhesia del Norte en Zambia. Este mismo año Tanganika y Zanzíbar se fusionan dando origen a Tanzania. El proceso continuará can la independencia de Gambia en 1965. Mientras ocurre todo esto en el África negra bajo dominación inglesa, un proceso similar tiene lugar en el África negra controlada por los franceses. Aprendiendo de la experiencia de los ingleses, los franceses tratan de manejar a su favor el proceso liberador.

Ya la constitución francesa de 1946 estipula la conformación de la Unión Francesa con los territorios de ultramar, pero sin que se les otorgue a sus habitantes el derecho de elegir sus autoridades. Recién en 1956 los franceses accederán acordarles ese derecho, pero entonces será tarde: reunidos en Bamako, del 25 al 30 de setiembre de 1957, sus líderes proclamarán que “la independencia de los pueblos es un derecho inalienable, permitiéndoles disponer de los atributos de su soberanía en función de los intereses de las masas populares”.

La ley de 1956 estaría destinada al fracaso, como había sucedido con las diferentes legislaciones maquinadas por los ingleses para mantener, bajo nuevas formas, el status colonial. Con el ascenso al gobierno del general De Gaulle, en mayo de 1958, se intentará una medida más espectacular. La respuesta al referéndum del 24 de agosto fue decisiva. Sin embargo, solo Guinea votó por la independencia; los otros países aparentemente se contentaban con permanecer dentro de la Comunidad Francesa. Pero como los hechos demostraron que no era así, volviendo los líderes nacionalistas cada vez más sus ojos hacia China, en 1960 De Gaulle modificó el estatuto de la Comunidad, otorgando la posibilidad de independencia a sus miembros. Así surgieron Congo-Brazzaville, Costa de Oro, Dahomey, Alto Volta, Madagascar, Mali (el antiguo Sudán francés), Mauritania, Níger, República CentroÁfricana, Senegal y Chad. En este período también se fue forjando la independencia del Congo Belga, cuyo líder mas destacado, Patrice Lumumba, sería asesinado en febrero de 1961. Con esto solo quedarían en África bajo el status colonial antiguo las dependencias de Portugal, Mozambique y Angola.

Cuba: ¿excepcionalidad?

La revolución cubana se inscribe en el proceso del despertar de los países coloniales, semicoloniales y descendientes. De ninguna manera constituye una excepcionalidad, ni por su contenido ni por sus formas. No es excepcional el hecho de que la burguesía o buena parte de ella se mostrara favorable a la guerra revolucionaria contra la tiranía de Batista, al tiempo que trataba de cambiar a este por personajes de cierta "potabilidad" popular. Tampoco lo es el que algunos sectores propietarios adoptaran una actitud neutral o al menos no beligerante hacia las fuerzas revolucionarias. Como diría el propio Guevara, en su articulo titulado *Cuba: ¿caso excepcional o vanguardia en la lucha contra el colonialismo?*: "Es comprensible que a burguesía nacional, acogotada por el imperialismo y por la tiranía, cuyas tropas caían a saco sobre la pequeña propie-

dad y hacían del cohecho un medio diario de vida, viera con cierta simpatía que estos jóvenes rebeldes de la montaña castigaran al brazo del imperialismo, que era el ejército mercenario".

Aun cuando fueran diferentes las formas de lucha, la actitud de la burguesía nacional no fue diferente a la actitud que tuvieron estos mismos sectores de clase en las guerras liberadoras. Lo mismo puede decirse del campesinado, que fue el principal aliado de la revolución cubana, como lo había sido antes en la revolución china y lo sería posteriormente en otras. Si bien en Cuba una parte importante del campesinado se había proletarizado por las exigencias del gran cultivo capitalista semimecanizado y había entrado en una etapa organizativa que le daba una mayor conciencia de clase, en el territorio donde se asentó la guerrilla no era esta la característica. Así lo confirma Guevara: "En efecto, la Sierra Maestra, escenario de la primera colmena revolucionaria, es un lugar donde se refugian todos los campesinos que, luchando a brazo partido contra el latifundio, van allí a buscar un nuevo pedazo de tierra que arrebatan al Estado o a algún voraz propietario latifundista para crear su pequeña riqueza. Deben estar en continua lucha contra las exacciones de los soldados, aliados siempre al poder latifundista, y su horizonte se cierra siempre en el título de propiedad. Concretamente, el soldado que integra nuestro primer ejército guerrillero de tipo campesino sale de esta parte social que demuestra más agresivamente su amor por la tierra y su posesión, es decir, que demuestra más perfectamente lo que puede catalogarse como espíritu pequeño-burgués: el campesino lucha porque quiere tierra para él, para sus hijos, para manejarla, para venderla y enriquecerse a través de su trabajo".

Y las mismas razones por las que el campesinado sería el más fiel aliado del proletariado se reproducen en Cuba: "A pesar de su espíritu pequeñoburgués, el campesino aprende, rápidamente, que no puede satisfacer su afán de posesión de la tierra sin romper el sistema de la propiedad latifundista. La reforma agraria radical, que es la única que puede dar la tierra al campesino, choca con los intereses directos de los magnates azucareros y ganade-

ros. La burguesía teme chocar con esos intereses; el proletariado no teme chocar con ellos. De este modo la marcha misma de la Revolución une a los obreros y a los campesinos. Los obreros sostienen la reivindicación contra el latifundio; el campesino pobre, beneficiado con la propiedad de la tierra, sostiene lealmente el poder revolucionario y lo defiende frente a los enemigos imperialistas y contrarrevolucionarios".

El neocolonialismo

En el largo proceso que venimos describiendo, de "rebelión del Tercer Mundo", más de cincuenta países de Asia y África han proclamado su independencia. También la lucha contra el atraso y la dependencia se ha extendido a América Latina, donde el pueblo cubano logró liberarse del imperialismo estadounidense en sus propias barbas. El proceso revolucionario cubano, con una revolución agraria y antiimperialista profunda, repercutió profundamente no solo en América Latina sino en todo el Tercer Mundo. Expresión de ello fue su presencia a través de argentino Ernesto Guevara en la conferencia afroasiática de Argel en 1965.

No obstante este avance de los pueblos, el imperialismo no ha sido destruido y, en su afán de reconquistar posiciones, ha adoptado una política neocolonialista, que cambia su vieja forma de dominación y explotación coloniales a través de agentes seleccionados y preparados por él. Mediante la organización de bloques militares, el establecimiento de bases militares y la formación de "federaciones" y "comunidades", sostiene a los regímenes títeres y somete a su control y esclavitud a los países coloniales y a los países que han proclamado su independencia. Con la "ayuda" económica y otros medios continúa haciendo de esos países un mercado para sus mercancías, fuentes de materias primas y esferas de exportación de capitales, saqueando sus riquezas y oprimiendo a sus pueblos. Además intenta usar la Organización de Naciones Unidas (ONU), aunque cada vez le es más difícil, como un instrumento importante para intervenir en los asuntos internos de esos

países y realizar contra ellos agresiones militares, económicas y culturales. Allí donde no puede mantener su dominación por medios "pacíficos", maquina golpes de Estado militares, realiza actividades subversivas e incluso recurre a la intervención y agresión armadas y directas.

La situación de neocolonialismo puede ejemplificarse con diversos casos de países de Asia y África, en muchos de los cuales incluso se ha retrocedido con relación a las conquistas logradas. El ejemplo más típico es la Comunidad Francesa, pero el más generalizado es el caso de países como Malasia, Tailandia y Filipinas respecto de Estados Unidos. Los sucesos más recientes de Indonesia y Ghana, en Asia y en África, países que eran ejemplo de las posibilidades de expansión de las ex colonias por el camino capitalista, muestran a las claras el significado del neocolonialismo y las limitaciones de las burguesías nacionales (y de las burocracias político-militares que las intentan expresar) para liderar un proceso autónomo. La situación crítica de Egipto, con un gobierno nacionalista burgués relativamente fuerte, no parece ser una excepción, debido a la penetración de los monopolios internacionales en distintos sectores de la industria y el comercio, que se ha ido acentuando en los últimos años.

La misma situación que en la mayoría de los países de Asia y África, que son objeto del saqueo y la agresión del imperialismo y arena de contienda entre colonialistas viejos y nuevos, se reproduce en América Latina. AI respecto dice la Segunda Declaración de La Habana: "Hoy América Latina yace bajo un imperialismo más feroz, mucho más poderoso y más despiadado que el imperio colonial español". Y añade que desde que culminó la Segunda Guerra Mundial, "las inversiones norteamericanas sobrepasan los diez mil millones de dólares. América Latina es además abastecedora de materias primas baratas y compradora de artículos elaborados caros (...). De América fluye hacia los Estados Unidos un torrente continuo de dinero: unos cuatro mil dólares por minuto, cinco millones por día, dos mil millones por año, diez mil millones cada cinco años. Por cada mil dólares que se nos van, nos

queda un muerto. ¡Mil dólares por muerto: ese es el precio de lo que se llama imperialismo!"

La expoliación imperialista

Analizando las cuentas de los países dependientes surge a las claras la expoliación de que son objeto. Por ejemplo, si tomamos al conjunto de los países latinoamericanos, en el período que va desde 1956 a 1966 podemos observar que obtuvieron saldos comerciales favorables del orden de los 1.500 millones de dólares anuales, lo que suma más de 16.000 millones a favor de ellos. Sin embargo, en el mismo período, mientras no han aumentado sus reservas, la deuda externa pública del conjunto de los países pasa de 4.128 en 1956 a 12.573 millones de dólares en 1966. ¿Qué ha pasado? Que todo lo que han obtenido de saldo comercial ha emigrado al exterior bajo la forma de intereses, ganancias y regalías. Y más aun, porque como dichos fondos no han alcanzado para esos pagos, los deudores han debido recurrir a un mayor endeudamiento externo. Aparte de todo lo que se han llevado al exterior, los imperialistas han aumentado el valor de sus propiedades dentro de esos países. Así, por ejemplo, el valor de las inversiones privadas estadounidenses en América Latina ha pasado de 5.839 en 1956 a 9.853 millones de dólares en 1966. Tanto el crecimiento de estos activos como el abultamiento de nuestra deuda externa implican crecientes compromisos por servicios al exterior. En el período considerado las utilidades y dividendos correspondientes a las inversiones privadas estadounidenses en América Latina pasaron de 840 a 1.261 millones de dólares. Y los intereses que hay que pagar por la creciente deuda externa pasaron de 454 a 1.985 millones de dólares. Creemos que esto es suficiente para darnos cuenta del carácter expoliador del imperialismo y sus efectos sobre el conjunto de los países oprimidos del mundo.

Los monopolios internacionales obtienen sus extraordinarias ganancias de la mayor explotación de la mano de obra de los países dependientes, cuyo precio es muy inferior al de los países im-

perialistas, ya que es menor el trabajo social necesario para mantener la fuerza de trabajo, en las condiciones histórico-sociales de esos países. Y obtienen ganancias también de la posibilidad de ejercer posiciones monopolistas con respecto al mercado interno, lo que les permite apropiarse directa e indirectamente de gran parte del esfuerzo productivo de los trabajadores de los países dependientes. Por otro lado, los monopolios internacionales ejercen su dominio a través del manejo del precio del dinero, lo que les permite ampliar sus beneficios y, a la vez acelerar el proceso de copamiento de los mercados sin mayores erogaciones, apoderándose de empresas ya existentes o liquidándolas, según convenga a sus intereses. La importancia de las utilidades que los monopolios internacionales obtienen de sus operaciones en los países dependientes se puede ejemplificar comparando los resultados de las inversiones directas de las firmas estadounidenses en el exterior. Por ejemplo, las cifras de 1969 nos muestran un hecho que se repite en cualquier período: en el conjunto de los países subdesarrollados la tasa de ganancia de estas inversiones da un 20 % mientras que en los países llamados desarrollados es del 9 %.

A su vez, las posiciones monopolistas que estas empresas obtienen en los países dependientes determinan no solo tasas de ganancia más elevadas sino también una cierta conducta de inversión, pues no se ven forzados a incrementar sustancialmente sus inversiones para mantener sus privilegios, lo que les permite remitir la mayor parte de las mismas al exterior, Analizando el conjunto de las inversiones norteamericanas en el exterior podemos ver que sobre montos similares de ganancias, las remesas que realizan a los Estados Unidos desde los países subdesarrollados duplican a las que realizan desde los países desarrollados.

Los monopolios internacionales, en busca de mayor y más rápida ganancia, por cada dólar invertido en los países dependientes obtienen nueve, ya sea solicitando créditos, ventajas impositivas o comprando empresas ya existentes por centavos de dólar, etc.

En general, toda inversión monopolista está destinada a extender el mercado para su producción y el área de influencia eco-

nómica y política. Las "radiaciones" de capitales no constituyen un ingreso monetario sino de material, muchas veces fuera de uso en el país imperialista, que se valoriza al ser introducido en el país dependiente y que, a la vez, sirve para hacer pie en el mercado interno.

Los préstamos concedidos solo sirven para comprar materiales en el país prestamista. Esto se convierte, en muchos casos, en un apoyo económico oficial brindado a la competencia avasalladora de los productos industriales extranjeros, frente a los que la industria local se ve obligada a resignar una parte, cada vez mayor, de su mercado, sin computar otro tipo de cláusulas que se suelen establecer en los contratos de préstamos.

El desarrollo de los monopolios en los países dependientes trae nuevas deformaciones y acentúa aun más la dependencia en cuanto a provisión de otros elementos por parte de las casas matrices. El aprovechamiento de los adelantos técnicos de las economías avanzadas a fin de acelerar el proceso de desarrollo no está reñido con su autonomía. Lo que sí está reñido con la autonomía, evidentemente, es que el proceso sea promovido y controlado por los monopolios imperialistas. Y esto es lo que sucede en la práctica en un mundo regido por la ley del beneficio privado y cuyas relaciones de producción están determinadas por la propiedad monopolista de la tierra y los medios de producción. El resultado de todo esto, para los países dependientes es el deterioro del proceso de acumulación interna, pues los recursos emigran hacia el exterior bajo diferentes formas "técnicas" (regalías, intereses, dividendos, utilidades, deterioro de los términos de intercambio, servicios de asistencia técnica, fletes, seguros, etc.). Y también el congelamiento de las posibilidades de un progreso técnico autónomo, el acentuamiento de las deformaciones en el desarrollo y la profundización de las relaciones de dependencia.

La tónica actual de las inversiones imperialistas, que se orientan cada vez más a las industrias manufactureras abastecedoras del mercado interno de los países dependientes, acentúa los des-

equilibrios. Aunque los países pequeños hagan grandes esfuerzos de exportación y contraigan, a costa de su desarrollo y bienestar, las importaciones, este ahorro forzado no alcanza a cubrir los desequilibrios y el endeudamiento crece rápidamente.

Cuando las inversiones se dirigían fundamentalmente a industrias extractivas para la exportación, el incremento de las exportaciones que significaba la acción expoliadora permitía cubrir el pago de intereses y beneficios. Ahora, al dirigirse a industrias destinadas al mercado interno, con manejo monopolista de los mercados, o sea con altos precios, y sin interés por parte de los monopolios en competir con sus propios productos en el mercado mundial, las exportaciones de los países dependientes crecen más lentamente, mientras las operaciones de inversiones extranjeras exigen cada vez más divisas para los intereses y beneficios. El problema se agrava pues este tipo de inversiones, inscripto en la política de las casas matrices, de expansión de las ventas al exterior, requiere un componente elevado de importaciones, lo que significa también mayores exigencias de divisas.

Hecho éste que se completa con el mantenimiento del monopolio de la tecnología avanzada en el exterior, que también implica mayores exigencias de divisas para pagos de regalías, de servicios técnicos, etc.

A los efectos de las inversiones extranjeras que venimos enumerando, debemos agregar aquellos que surgen del hecho de que las mismas, en cuanto implican una redistribución interna de recursos, producen grandes alteraciones en el sentido del desarrollo (deformándolo a favor de sus intereses inmediatos, al apropiarse de recursos que alternativamente podrían haberse aplicado a otros fines), introduciendo efectos nocivos sobre la ocupación y la distribución de ingresos. A su vez, el dominio económico de los monopolios imperialistas se refleja en todos los planos, desde el psicológico (la subvaloración de lo nacional) hasta el de las decisiones del Estado. El control político por los personeros del imperialismo y en función de sus intereses no deja de hacerse sentir sobre la vida de los países dependientes.

Subdesarrollo e imperialismo

El desarrollo del capitalismo en los países dependientes, con la introducción del capital monopolista imperialista en la industria manufacturera, no ha cambiado básicamente las condiciones en que se realiza la producción primaria. Pese a que en muchos países dependientes la principal actividad para la exportación es la minería, se da que en ellos es mayor el retraso en la utilización de dichos productos mineros para la industria.

Esto es, fundamentalmente, consecuencia de que la explotación minera ha sido monopolizada por empresas extranjeras, en función del abastecimiento de las industrias imperialistas. Por ejemplo, en el caso del estaño, mientras los países dependientes producen el 95 % del mineral del mundo capitalista, sus industrias solo consumen el 11 % de estaño, la mayoría del cual es importado. Lo mismo puede observarse en los rubros que se engloban bajo la denominación genérica de energía (carbón, petróleo, gas y electricidad): mientras los países dependientes producen el 33 % del mundo capitalista, consumen solo el 12 %. El consumo de energía per capita, medido en kilos de hulla, es de 300 kilos de promedio en el conjunto de los países dependientes, mientras que es de 4.900 kilos en los países imperialistas y "desarrollados".

Pero una situación más englobante aun, que alcanza al conjunto de los países dependientes, y que está en la base de su dependencia y de su subdesarrollo, es la de su producción agraria. Aunque en la mayoría de los casos la agricultura constituye la principal actividad de los pueblos de los países dependientes, las deficiencias en cuanto al empleo de la tierra son muy grandes por las trabas que la estructura de propiedad existente en los mismos impone a la organización y desarrollo de la producción. Por un lado, la formación de inmensos latifundios, como resultado de la apropiación de grandes extensiones a partir de la expulsión de los antiguos ocupantes o del juego de los préstamos usurarios.

Estos latifundios, pertenecientes a compañías imperialistas o a terratenientes nativos, se han convertido en la base de la pro-

ducción exportable. Por otro lado, el confinamiento de grandes masas de campesinos en pequeñas parcelas, campesinos que no pueden acceder a las mejores tierras o solo pueden hacerlo pagando arrendamientos excesivamente onerosos. En las palabras de Yves Lacoste, "la gran propiedad monopolizó inútilmente tierras que sus capitales no pueden valorizar, y confina a la masa de los campesinos en propiedades demasiado pequeñas, que no permiten el empleo óptimo de los medios de trabajo; por otro lado, una gran parte de la población rural no posee tierras y debe emplearse como arrendataria o jornalera".

En los países de Asia y África en los que la revolución nacional liberadora no fue dirigida por el proletariado, sino por la burguesía nacional, el problema agrario no fue resuelto en profundidad y, como consecuencia de ello, los terratenientes siguieron conservando su poder económico y se mantuvieron relaciones de producción atrasadas en el campo.

Esto implicó la persistencia del subdesarrollo y, a pesar del importante desarrollo industrial que se produjo, fue base para las nuevas formas de dependencia y la restauración oligárquico-imperialista. En estos lugares, en cierta manera y con las diferencias de tiempo y espacio, se reprodujo lo sucedido en América Latina. Aquí, como describía magistralmente Ernesto Guevara, "el latifundio fue la base del poder económico de la clase dominante durante todo el período que sucedió a la gran revolución anticolonial liberadora del siglo pasado. Pero esa clase social latifundista, que existe en todos los países, está por regla general a la zaga de los acontecimientos sociales que conmueven al mundo. En alguna parte, sin embargo, lo más alerta y esclarecido de esa clase latifundista advierte el peligro y va cambiando el tipo de inversión de sus capitales, avanzando a veces cara efectuar cultivos mecanizados de tipo agrícola, trasladando parte de sus intereses a industrias o convirtiéndose en agentes comerciales del monopolio.

"En todo caso, la primera revolución liberadora no llegó nunca a destruir las bases latifundistas que, actuando siempre en forma reaccionaria, mantienen el principio de servidumbre sobre la tie-

rra. Este es el fenómeno que asoma sin excepciones en todos los países de América y que ha sido sustrato de todas las injusticias cometidas, desde la época en que el rey de España concediera a los muy nobles conquistadores las grandes mercedes territoriales dejando, en el caso cubano, para nativos, criollos y mestizos solamente los realengos, es decir, la superficie que separa tres mercedes circulares que se tocan entre sí.

"El latifundista comprendió, en la mayoría de los países, que no podía sobrevivir solo y rápidamente entró en alianza con los monopolios, vale decir, con el más fuerte y fiero opresor de los pueblos americanos. Los capitales norteamericanos llegaron a fecundar las tierras vírgenes, para llevarse después, insensiblemente, todas las divisas que antes `generosamente' habían regalado, más otras partidas que constituyen varias veces la suma originalmente invertida en el país 'beneficiado'".

Así, la persistencia del latifundio constituye la principal traba para la expansión de la producción agropecuaria en la mayoría de los países del Tercer Mundo, aquellos en los que la revolución nacional liberadora no fue a fondo en la lucha contra el atraso o no tuvo un carácter auténticamente democrático. La penetración del capital monopolista y su alianza con la clase de los terratenientes (cuyo gran poder se basa precisamente en el manejo de las inmensas extensiones territoriales y en su asociación con el imperialismo en el control de los medios de producción) conforman una situación cuya resultante es la superexplotación de las grandes masas urbanas y rurales. Guevara lo resumió así: "El latifundio, pues, a través de sus conexiones con el imperialismo, plasma completamente el llamado 'subdesarrollo', que da por resultado los bajos salarios y el desempleo".

Las consecuencias de la persistencia del latifundio en el campo se pueden observar no solo en las grandes extensiones de tierra prácticamente inutilizadas, sino también en los bajos rendimientos por hectárea cultivada, característica del latifundio y, sobre todo, de su contratara, el minifundio. Así, por ejemplo, mientras los rendimientos de arroz en Europa son de 45 quintales la hectá-

rea, en Asia, África y América Latina (excluyendo a China, Cuba, Corea del Norte y Vietnam del Norte), apenas alcanzan los 15 quintales. Proporciones similares se observan en los otros granos e incluso en los cultivos industriales: por ejemplo, mientras en Norteamérica se obtienen 6 quintales de fibra de algodón por hectárea los países dependientes no alcanzan a dos quintales. De más está decir que la utilización de abonos es extremadamente reducida: con extensiones cultivadas equivalentes a las cuatro quintas partes del total mundial (80 %), solo se emplea un 10 % del total de abonos utilizados en el mundo.

Podemos afirmar que el latifundio está en la base del "subdesarrollo", estrechamente ligado ala superexplotación imperialista. Y que la solución del problema de la dependencia no puede ser ajena a la solución del problema agrario. Los movimientos de liberación que han sabido dar cuenta de esta cuestión, realizando profundos cambios en las relaciones de producción y de propiedad agraria, no solo han sentado las bases para la eliminación del flagelo del hambre, sino que han podido avanzar rápidamente en el procesa de industrialización, requisito indispensable para superar el atraso económico-social. Una fuerte economía agraria, que rompa a través de la revolución agraria las trabas que se oponen a su expansión, es la base segura de alimentos y materias primas imprescindibles para un desarrollo sostenido de la economía. Así lo demuestra la experiencia de las economías que en el siglo pasado consiguieron un gran desarrollo dentro del marco del capitalismo y la de las que lo han logrado a través de socialismo en el presente siglo.

Perspectivas

En estas condiciones continúa la lucha de los pueblos del Tercer Mundo contra el imperialismo, el colonialismo y el neocolonialismo. Dada la característica rapaz del imperialismo y las disputas entre las distintas potencias por el reparto del mundo que el mismo genera, el peligro de guerra subsiste. Aunque ninguna

nueva guerra mundial ha estallado desde 1945, nunca han cesado las guerras locales causadas por agresiones imperialistas. El triunfo del pueblo vietnamita contra el agresor norteamericano señala, sin embargo, que la tendencia predominante es la revolución, que la revolución puede derrotar a la guerra, y su ejemplo ha servido de gran estímulo al conjunto de los pueblos del Tercer Mundo.

Cuando la guerra coreana cesó, en 1953, muchos pensaron que no se oirían más disparos en el mundo. Pero no había pasado mucho tiempo cuando estalló la guerra de Suez y luego se inició la guerra de Vietnam. Y hasta la fecha la guerra en Indochina no ha cesado completamente, pues hay combate todavía en Camboya. La tensión en Medio Oriente no se ha relajado en lo más mínimo. Los colonialistas y racistas están llevando a cabo una represión armada contra los pueblos Áfricanos y éstos están desarrollando una resistencia armada contra aquellos. Hay un sinfín de actos de agresión, subversión, control e intervención de las potencias imperialistas contra los países de África, Asia y América Latina.

Desmembrar un país soberano mediante la fuerza armada y legalizar y perpetuar la división de un país ha llegado a ser también una tendencia de las grandes potencias en su intento de dominar el mundo. En lo económico, la brecha entre los países ricos desarrollado los países pobres en desarrollo va ampliándose cada vez más, e incluso se agudizan las contradicciones entre países desarrollados. La Cuarta Conferencia Cumbre de Países No Alineados condenó enérgicamente el racismo, el sionismo, el colonialismo, el imperialismo y el hegemonismo y exigió vehementemente un cambio en el estado actual de cosas del mundo, lo que representa el nuevo despertar de los pueblos asiáticos, Áfricanos y latinoamericanos.

Bibliografía del Anexo 2

Gastiazoro, Eugenio: *Desarrollismo o socialismo*, Ediciones Sociales, Buenos Aires, 1971.

Guevara, Ernesto: *Obras completas*, 4 Vols., Ediciones del Plata, Buenos Aires, 1968.

Ho Chi Minh: *La cuestión colonial*, Biblioteca Proletaria, Buenos Aires, 1971.

Chiao Kuan-jua: *Discursos en las sesiones plenarias de la 27ª. y 28ª. Asamblea General de las Naciones Unidas*, Buenos Aires, 1973 y 1974.

Revunenkov, V. G.: *Historia de los tiempos actuales*, Futuro, Buenos Aires, 1964.

3. La URSS después de Stalin[163]

Muerto Stalin, en 1953, se agudiza en la Unión Soviética la sorda lucha por el poder que venia librándose en todo el período anterior y que sería decisiva para el rumbo futuro de ese país. Si bien esta disputa originalmente aparecía coma una discusión sobre caminos que llevaban al mismo fin: el fortalecimiento del socialismo y el avance hacia el comunismo, poco a poco se fue haciendo evidente que no solo los medios sino también el fin era distinto en una y otra propuesta. La discusión trascendería rápidamente las fronteras del primer Estado socialista. Ello ocurría por sus implicancias internas y externas, dado el peso decisivo del potencial económico ruso, segundo solo después del de los Estados Unidos, y las incidencias de su política en el proletariado y los pueblos y naciones oprimidas y en lucha por su liberación. Finalmente, el triunfo de la línea sancionada en el XX Congreso del PCUS, en 1956, provocará un desgarramiento profundo en el campo socialista que de hecho se había formada en la posguerra y una redefinición de todas las relaciones entre los países en el ámbito mundial.

Conviene detenerse aunque sea someramente en algunos aspectos de línea en debate. Estos se referían fundamentalmente al camino de la construcción socialista, en particular al papel de la cir-

163. Este texto es un extracto del publicado en el fascículo N° 83 de *Siglomundo, la historia documental del siglo XX*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1974.

culación mercantil, en lo interno, y a las relaciones con el imperialismo, en lo internacional. Quienes postulaban una posición "ortodoxa" sostenían, por ejemplo, la necesidad de avanzar en el proceso de colectivización de la economía e "ir reduciendo paso a paso la esfera de la circulación mercantil", básica en la producción de tipo capitalista. También sostenían que, en el plano de la relación entre las naciones, mientras subsistiera el imperialismo las guerras serian inevitables y que, por la tanto, la política de coexistencia pacífica no podía significar de ninguna manera la resignación del apoyo a la lucha liberadora de los pueblos ni tampoco la ilusión de resolver pacíficamente las contradicciones que se desarrollan en el mundo.

Los opositores a estas tesis planteaban, por el contrario, que era imprescindible desarrollar las relaciones mercantil dinerarias utilizando el beneficio como principio rector de la marcha de las empresas. Y que, en las relaciones internacionales, la política de la "guerra fría" debía dar lugar a una política de "emulación pacífica" entre los países de distinto sistema económico, pues el poderío del campo socialista podía modificar el carácter agresivo y belicista del imperialismo.

La primera actitud era defendida por Stalin, particularmente en su trabajo *Problemas económicas del socialismo en la URSS*, y fue aprobada por el XIX Congreso del PCUS. Sin embargo, a su muerte, esta posición fue paulatinamente abandonada y tres años después, en 1956, se la pasó a atacar abiertamente. El principal gestor de este viraje fue Nikita Kruschev, quien con posterioridad al XX Congreso llegaría a dirigir la URSS hasta 1964. En su informe ante el XX Congreso Kruschev criticó a quienes habían planteado la necesidad de sustituir el comercio por el intercambio directo de productos y fustigó a "los utopistas" que plantearon el paso "inmediato" al comunismo. Posteriormente, en el XXI Congreso, celebrado en 1959, Ostrovitiánov planteó que las relaciones mercantiles desempeñan un "papel extraordinariamente importante" en el socialismo e "inclusive en el paso al comunismo".

Kruschev, también en el XX Congreso, esbozó las tesis fundamentales de la nueva orientación que regiría en la URSS, ejemplo

para sus autores de "marxismo no dogmático, creador" y para sus polemistas, en particular el Partido Comunista de China, de lo que se dio en llamar "moderno revisionismo o neorrevisionismo". La esencia de tales tesis era: emulación pacífica con el imperialismo y transición pacífica, parlamentaria, al socialismo.

El ascenso de Kruschev

El XX Congreso del PCUS, en 1956. marcó el encumbramiento de la nueva línea. En su informe secreto Kruschev descalificó toda la política de Stalin empleando un lenguaje virulento. La descalificación en bloque de Stalin marcó el comienzo del predominio de un nuevo sector que necesitaba crear en el interior de la URSS y en el movimiento comunista internacional "opinión pública" favorable para su proyecto.

Al caracterizar al período de Stalin como "dogmático" y como "el reinado del terror" se sentaba la base para plantear la necesidad de producir un viraje total. ¿En qué consistía este viraje? Según los nuevos dirigentes, en abandonar el "voluntarismo" y el "utopismo", apelar a los "resortes económicos", abandonar los "aspectos irritativos" de la política exterior para facilitar el "alivio de la tirantez internacional". Como cuestión secundaria, aunque no menos importante en la disputa concreta del poder, la descalificación de Stalin golpeaba a los dirigentes que habían colaborado estrechamente con él, creando así condiciones para su separación del gobierno y del Partido Comunista de la URSS. La nueva corriente utilizó a fondo los aspectos negativos de la situación existente en la época de Stalin, tales como el dogmatismo, el burocratismo y la represión extralimitada, no para indagar las causas históricas, sociales, políticas y teóricas de aquellos, encarando su superación en el camino de profundizar la revolución socialista y marchar hacia el comunismo, sino para invalidar en bloque la política practicada por Stalin y justificar así la necesidad de una "nueva política". Al mismo tiempo, al atribuir al llamado "culto a la personalidad" todos los proble-

mas que efectivamente preocupaban a las masas se negaba una situación real: el desarrollo de las capas privilegiadas que amenazaban las conquistas socialistas logradas después de décadas de lucha y sacrificios.

Además de la campaña anti-Stalin hubo otros dos elementos importantes que definieron el contenido y la correlación de fuerzas del proceso en cuyo curso el nuevo sector copó el poder. Uno de ellos fue la política de apaciguamiento con los Estados Unidos y de hostilidad –luego ruptura– hacia China. El otro fue el desplazamiento en 1957 del grupo Mólotov, mayoritario en el Presidium. En julio de 1957 Kruschev contaba solo con cuatro votos en este organismo; los otros siete miembros apoyaban las posiciones de Mólotov. Kruschev apeló a Zhukov, restituido como jefe militar después de la muerte de Stalin, para lograr la adhesión de las Fuerzas Armadas. Después de consolidarse, en octubre de ese año, Kruschev desplazó a Zhukov y, finalmente, en mayo de 1958 asumió el cargo de Presidente del Consejo, destituyendo a Bulganin.

Hechos decisivos

Durante el período que va de 1953 a 1960, que es el de consolidación en el gobierno de la URSS del grupo encabezado por Nikita Kruschev, se pueden destacar los siguientes hechos sobre el telón de fondo de la campaña anti–Stalin:

1) la consagración de las nuevas tesis en el Congreso de 1956 y el mencionado cambio de timón en 1957;

2) la venta de los tractores y máquinas agrícolas a los koljoses;

3) el inicio de la campaña política e ideológica en favor de los "resortes económicos" y los "incentivos materiales" (la fuerza de esta campaña hizo barrer en poco tiempo el intento de reforma de la enseñanza que, en sus enunciados, parecía dirigida a atenuar la división social del trabajo);

4) la presión sobre China (a mediados de 1958) para que aceptara crear un "comando militar unificado" en el Extremo Oriente,

lo que significaba, de hecho, como ocurrió con Mongolia, poner a China bajo el control militar ruso.

En este período Kruschev se lanzó vigorosamente a concluir un acuerdo entre "los dos grandes". Consideraba que, dado que era fundamental terminar con la guerra fría y tomando en cuenta todas las dificultades que impedían convocar una conferencia de los dos sistemas sociales, lo mejor era celebrar una conferencia cumbre entre los jefes de los Estados Unidos y la Unión Soviética. En 1959 se produjo el encuentro entre Kruschev y Eisenhower. En setiembre de 1961 el líder ruso afirmó: "Nosotros (los Estados Unidos y la URSS) somos los países, más poderosos del mundo; si nos unimos en nombre de la paz no habrá ninguna guerra. Entonces, si algún loco quiere la guerra, bastará que lo amenacemos con los dedos para que se sosiegue". El nuevo rumbo agudizaría el enfrentamiento con la República Popular China, la dirección de cuyo partido combatió las tesis y el camino kruschoviano. Los dirigentes rusos respondieron con lo que según su teoría era lo fundamental: el arma económica. A mediados de 1960 retiró bruscamente los técnicos rusos que trabajaban en China y suspendió totalmente la ayuda económica.

"Depuraciones"

A fines de 1961 se realizó el XXII Congreso del PCUS, en el que Kruschev trató de consolidar definitivamente su línea, y que marca el punto de culminación de toda una serie de campañas de "depuración" que abarcaron todo el país, desde el nivel central hasta los niveles locales, desde los organismos dirigentes del Partido y del gobierno hasta los departamentos económicos, culturales y educacionales.

Tomemos el caso del Comité Central del PCUS. Las estadísticas muestran que, como resultado de las depuraciones, cerca del setenta por ciento de los miembros del Comité Central elegido en el XIX Congreso de 1952 fueron expulsados del Comité Central en el curso del XX y el XXII Congresos. Y cerca del cincuenta por

ciento de los miembros elegidos en el XX Congreso también fueron expulsados en el XXII Congreso.

Tomemos, además, el caso de las organizaciones locales a diferentes niveles. Según datos incompletos, en vísperas del XXII Congreso del PCUS bajo la consigna de "renovar los cuadros", el grupo de Kruschev removió un cuarenta y cinco por ciento de los miembros de los comités centrales del partido de las repúblicas federadas, y de los comités del partido de los territorios y las regiones; y un cuarenta por ciento de los miembros de los comités municipales y distritales. En 1963, justificándolo en la necesidad de dividir los comités del partido en "comités industriales" y "comités agrícolas", el nuevo sector removió a más de la mitad de los miembros de los comités centrales del partido de las repúblicas federadas y de las regiones.

El debate económico

En la primera mitad de la década del '60 tendrá lugar el gran debate económico que culminará con la implantación de un nuevo sistema. En 1962 se inició en las páginas de *Pravda*, el órgano oficial del PCUS, el debate sobre la reforma económica, que ponía el centro en el principio de la ganancia. El artículo de Liberman aparecido entonces estaba destinado a preparar a la "opinión pública" para afrontar ese rumbo. La idea central del trabajo es el que funcione o no una empresa se determina por el monto de ganancia que obtenga.

Se hizo un primer experimento en ochenta empresas y en el pleno del Comité Central de setiembre de 1965 se acordó implantar el nuevo sistema económico, observando el principio de la ganancia. El núcleo de las decisiones residía en la búsqueda de lucro; por eso dio preferencia al monto de ganancia de cada empresa Se fijó para cada empresa una cantidad de ganancia que debía ser entregada al Estado de acuerdo con los fondos de capital invertido. Por ejemplo, cada año la empresa debía entregar un seis por ciento equivalerte al capital invertido; de ser mayor, la

empresa embolsa el excedente. ¿Cuál es el destino de este excedente? Una parte se destina a los premios que dispone el director; otra va a los fondos de bienestar, viviendas. etc. (también asignados por los gerentes y directores); otra a los fondos de desarrollo productivo. Se aprobó además una reglamentación empresarial por la cual cada empresa tiene derecho a dar en arriendo o vender los medios de producción que le sobran, lo que antes no estaba permitido. Cada empresa tiene derecho a contratar y despedir obreros y a fijar los precios de algunos productos nuevos.

Simultáneamente a la implantación de estas modificaciones sustanciales en la estructura económica se profundizó una campaña teórica e ideológica tendiente a legitimarlas. En su transcurso Leontiev afirmó: "EI meollo de la cuestión no está en que las relaciones mercantil-dinerarias socialistas hayan sido 'heredadas' del capitalismo, en que provengan de las viejas formas económicas, en vista de lo cual habría que mantener reservas hacia ellas. Es obvio que el socialismo, en suma, brota por la ley natural del capitalismo. Y si algunos economistas marxistas manifiestan cierta timidez ante términos como 'producción mercantil socialista', 'ley socialista del valor' (...) y prefieren prescindir de tales términos, esto no evidencia sino que no está aun totalmente superada la idea de la producción mercantil como reminiscencia del capitalismo en fa economía socialista".

En lo que respecta al terreno filosófico y sociológico también se fue elaborando una teoría que diera cuenta de la diferenciación de clases y su relación con la sociedad comunista. En el período comprendido entre 1962 y 1964 se desarrolló una discusión acerca de la aplicabilidad no, en el período de tránsito al comunismo, de las tesis marxistas sobre la división social del trabajo. Prevaleció la idea de que había que abandonar todo "utopismo" que pudiese afectar el ritmo de crecimiento de la "economía socialista". Strumlin pronosticó que los hombres se podrían liberar de la división del trabajo gracias a la automatización. Por su parte, un representante de la filosofía oficial, G. E. Glezerman, escribía en *Kommunist* (N° 12 de 1964) que había que llamar al orden a las

izquierdistas que pretendían resucitar el "igualitarismo pequeño-burgués" y subrayaba que era aun muy larga la ruta que conducía a la abundancia. Este mismo autor, en 1966, escribió una obra sobre "el interés como categoría sociológica".

Los orígenes de la "nueva clase"

Es preciso recapitular algunos aspectos de la historia soviética para rastrear el origen de este proceso. Después de la victoria de la Revolución de Octubre se estableció la dictadura del proletariado en la URSS. Como resultado de la nacionalización de la industria y la colectivización de la agricultura se liquidó la propiedad privada capitalista y estableciéronse la propiedad socialista de toda el pueblo y la propiedad socialista colectiva. Al mismo tiempo se lograron en unos cuantos decenios grandes éxitos en el curso de la construcción socialista.

Sin embargo, después de realizada la nacionalización de la industria y la colectivización de la agricultura, subsistieron la vieja burguesía y otras clases explotadoras derrocadas, pero no aniquiladas totalmente; subsistió la influencia política e ideológica de la burguesía; subsistieron las fuerzas capitalista espontáneas en la ciudad y en el campo. Se engendran incesantemente nuevos elementos burgueses y kulaks (campesinos ricos que acceden a transformarse en burgueses agrarios). Durante un largo período ha continuado y continúa la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, la lucha entre el camino socialista y el capitalista, en los terrenos político, económico e ideológico.

Ya en los primeros días después de la Revolución de Octubre Lenin hizo ver que la ideología y la fuerza de la burguesía y la pequeña burguesía cercaban y afectaban al proletariado desde todas direcciones, corrompiendo a ciertos sectores de éste. Esta circunstancia favorecía la existencia no solo de burócratas divorciados de las masas, sino también de nuevos elementos burgueses entre los funcionarios rusos. Lenin indicó, además, que el sistema de altas remuneraciones para los especialistas

técnicos burgueses que se habían quedado en la URSS, aunque era necesario, ejercía una influencia desmoralizadora sobre el poder ruso.

Por eso Lenin hizo particular hincapié en la necesidad de luchar con perseverancia contra la influencia de las ideologías burguesa y pequeñoburguesa; de movilizar a las amplias masas para que participaran en la administración del Estado; de desenmascarar constantemente a los burócratas y nuevos elementos burgueses y depurar de ellos a los órganos rusos, creando las condiciones que imposibilitaran la existencia y el resurgimiento de la burguesía. "Sin una lucha sistemática y tenaz por el mejoramiento de los órganos del Estado –había señalado– pereceríamos antes de que se haya asentado la base del socialismo."

Al mismo tiempo insistía particularmente en la necesidad de atenerse, en la política relativa a los sueldos, al principio de la Comuna de París, de que todos los que desempeñaban cargos públicos cobraran un sueldo de obrero y solo a los especialistas burgueses se les pagaran altos sueldos. Desde la revolución de octubre hasta el período del restablecimiento de la economía nacional, en la Unión Soviética se siguió en lo fundamental esta indicación de Lenin. A los dirigentes de los organismos del Partido y del gobierno, así como a las responsables de las empresas y a los especialistas comunistas, se les pagaban sueldos más o menos equivalentes a los salarios de los obreros.

En ese momento el Partido Comunista y el gobierno de la Unión Soviética adoptaron, en lo político e ideológico y en el sistema de distribución, una serie de medidas encaminadas a impedir que los cuadros dirigentes de los diversos organismos abusaran de su poder, se corrompieran y degeneraran políticamente.

El PCUS, bajo la dirección de Stalin, persistió en la dictadura del proletariado y en el camino del socialismo, y luchó contra las fuerzas capitalistas.

Las luchas libradas en el seno del Partido fueron en esencia un reflejo de la lucha de clases entre el proletariado y la burguesía, de la lucha entre los dos caminos: el socialista y el capitalista.

En estas luchas se frustró el complot de la burguesía para restaurar el capitalismo en la Unión Soviética.

Sin embargo, Stalin cometió serios errores. La Unión Soviética era el primero y, en aquel entonces, el único país que construía el socialismo. No había pues ninguna experiencia extranjera que pudiera aprovechar. Al mismo tiempo se observaba allí una desviación de la dialéctica marxista-leninista en cuanto a la comprensión de las leyes de la lucha de clases en la sociedad socialista. A causa de todo esto Stalin declaró prematuramente, después de consumada en lo fundamental la colectivización agrícola, que "no hay ya clases antagónicas" ni "choque de clases" en la Unión Soviética. Subrayó unilateralmente la unidad interna de la sociedad socialista y menospreció sus contradicciones. No se apoyó en la clase obrera y las vastas masas populares en la lucha contra las fuerzas capitalistas y consideró la posibilidad de restauración capitalista solo como un problema relacionado con ataques armados de imperialismo internacional.

Stalin relajó la lucha ideológica creyendo que una vez resuelto el problema del poder se podían dedicar todas las fuerzas a la construcción económica. Si bien después de finalizada la Segunda Guerra Mundial organizó ciertas críticas en el terreno cultural, la crítica se limitó a las esferas profesionales de cada rama, a pequeños círculos, sin abordar a las amplias masas.

No se puede negar que, antes de la muerte de Stalin, en la Unión Soviética ya se había implantado el sistema de altas remuneraciones para cierto número de personas ni que algunos cuadros se habían transformado en elementos burgueses, En el informe al XIX Congreso se señaló que existían degeneración y corrupción en algunas organizaciones del Partido. Los dirigentes de éstas se habían convertido en pequeñas camarillas, "anteponiendo sus intereses de grupo a los intereses del Partido y del Estado". Algunos dirigentes de empresas industriales "olvidaban que las empresas confiadas a su tutela y dirección pertenecían al Estado y trataban de convertirlas en un feudo propio". Algunos trabajadores de los organismos del Partido, de los soviets y agrícolas, "en vez de sal-

vaguardar los intereses de la economía social de los koljoces, se dedicaban a sustraer los bienes de los koljoces". En los campos de la cultura, el arte y la ciencia, aparecieron obras que atacaban y difamaban al sistema socialista, y surgió el monopolio de grupos de científicos, artistas e intelectuales.

Todo esto se acentuó a la muerte de Stalin, operándose con el ascenso de Kruschev y su grupo cambios radicales en la relación de fuerzas entre las distintas clases de la Unión Soviética.

A1 ser sustituido el principio socialista de "de cada uno según su capacidad; a cada uno según su trabajo" por el llamado "incentivo material" no se redujo, sino que aumentó la diferencia entre el ingreso de una pequeña parte de gente y el de los obreros, los campesinos y los intelectuales en general; se apoyó a los elementos aburguesados que ocupaban puestos de dirección, animándolos a abusar aún más del poder y apropiándose de los frutos del trabajo colectivo. De esta manera se aceleró la diferenciación de clases en la sociedad soviética.[164]

164. Este fue, a grandes rasgos, el proceso por el cual, apoyándose en los remanentes de las viejas clases explotadoras entrelazados con una nueva capa burocrática privilegiada, los revisionistas que se impusieron con el golpe de Estado de julio de 1957, restauraron el capitalismo en la URSS, convirtiendo al primer país socialista en socialimperialista (socialista de palabra e imperialista de hecho) que, a partir del desplazamiento del sector de Kruschev por el encabezado por Brezhnev, pasó a ser la superpotencia imperialista más agresiva a escala mundial. Un desarrollo más reciente sobre el tema puede verse en el tomo 2 del libro de Carlos Echagüe: *Revolución, restauración y crisis en la Unión Soviética*, Editorial Agora, Buenos Aires, 1995.

Bibliografía del Anexo 3

Echagüe, Carlos: *El otro imperialismo. Del socialismo al socialimperialismo*, Ediciones de Mayo, Buenos Aires, 1974.

Gastiazoro, Eugenio: "Planificación económica", en *Transformaciones*, tomo IV, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1972.

Informes al XX, XXI, XXII Congresos del PCUS, Anteo, Buenos Aires, 1966.

Mao Tsetung: *Escritos inéditos (comentarios sobre el Manual de Economía Política y sobre el libro de Stalin)*, ediciones mundo nuevo, Buenos Aires, 1975.

Málenkov, G. M.: *Informe ante el XIX Congreso del PC de la URSS*, Fundamentos, Buenos Aires, s/f.

Reglamentación de los derechos del Comité Sindical de fábrica, empresa e institución, Editorial de la Agencia de prensa Novosti, Moscú, 1971.

Stalin, José: *Problemas económicos del socialismo en la URSS*, Fundamentos, Buenos Aires, 1952.

Polémica acerca de la línea general del movimiento comunista internacional, Fuente Cultural, México, 1973.

4. Latifundismo e imperialismo[165]

El latifundio en nuestro país, como en el resto de Latinoamérica, tiene su origen en la Colonia. Por más de 300 años, desde 1500 a 1810, la corona española nos impuso –como dependencias– el régimen feudal de explotación[166]. Quienes conformaban las clases privilegiadas durante la Colonia se apropiaron ya en esa época de inmensas extensiones de tierra.

A1 no haberse operado posteriormente una revolución democrática, dicha propiedad latifundista, pese a los cambios de dueños y a los fraccionamientos por herencia, ha mantenido hasta la actualidad su carácter básico originario. Como lo hemos analizado con detalle[167], la guerra de la Independencia fue hegemonizada por un sector de las clases dominantes de la Colonia. Sector de la aristocracia terrateniente y mercantil criolla, que compartía el poder de los Cabildos pero, a la vez, estaba en contradicción con el poder de la Corona española, pues tenía que subordinarse a la autoridad representante de la misma –virreyes, capitanes generales e intendentes–, y al monopolio comercial español.

165. El siguiente es un extracto del artículo "Terratenientes, imperialismos y renta agraria", publicado en la *Revista argentina de Política y Teoría*, N° 13, setiembre-noviembre de 1987.

166. Otto Vargas, *Sobre el modo de producción dominante en el Virreinato del Río de la Plata,* Editorial Agora, Buenos Aires, 1983.

167. Eugenio Gastiazoro, *Introducción económico social de la historia argentina,* Editorial Agora, Buenos Aires, 1986, 3 tomos.

Esa hegemonía hizo que las luchas de las masas campesinas, aborígenes y criollas, que fueron su principal protagonista, se desviaran de lo que tendría que haber sido su revolución antifeudal, siendo utilizadas en los enfrentamientos secundarios entre distintos sectores de terratenientes y mercaderes. El sector patriótico más avanzado de entonces concilió con esos sectores, lo que significó el abandono a su suerte de las masas explotadas del campo y, por lo tanto, no se llevó a cabo la revolución democrática.

Es decir, se mantuvo el latifundio y el régimen feudal de explotación imperante. En estas condiciones, las guerras civiles se prolongaron prácticamente hasta 1880 y, con la llamada conquista del desierto, por la que los terratenientes y compañías especuladoras hicieron masacrar a loso pueblos indígenas y se apropiaron de la totalidad de sus tierras, se fortaleció aún más el latifundio de origen precapitalista.

Para esta época el capitalismo europeo en expansión, en los inicios de su faz monopolista actual (que, a través de las crisis propias del capitalismo, terminará imponiéndose a comienzos de nuestro siglo dando lugar al imperialismo, como última fase del capitalismo), ya había comenzado a penetrar en el país con sus empréstitos e inversiones directas. Lograría así pilotear el proceso de modernización de la época en nuestro país, orientándolo en su beneficio y en función de su control de lo que serían palancas económicas claves de su opresión (ferrocarriles, puertos, líneas marítimas, compañías exportadoras, frigoríficos, electricidad, etc.), convirtiéndonos en un país dependiente.

Pasamos así a ser parte del conjunto de países coloniales, semicoloniales y dependientes, que ha creado el sistema imperialista en el ámbito mundial. Esto fue posible por el atraso existente, debido a las relaciones feudales de producción todavía imperantes aquí, y por la estrecha relación de ese capitalismo europeo con los sectores de la oligarquía llamados modernistas, como los que expresaban principalmente las corrientes lideradas por Julio A. Roca, Dardo Rocha y Carlos Pellegrini, entre otros.

Estos sectores de grandes terratenientes y mercaderes vieron en la alianza con el imperialismo el medio de mantenerse en sus posiciones de privilegio y se convirtieron así en agentes de la penetración y dominio imperialista sobre nuestro país. Esa alianza se sustentó entonces en la posibilidad que ofrecía Europa como mercado para nuestra producción agropecuaria (y principalmente Inglaterra, para el sector hegemónico de los grandes terratenientes vacunos). Esto permitía la subsistencia y desarrollo de dichos sectores, y trajo aparejada la consolidación del latifundio.

Así, aunque la Argentina se modernizó, expandiéndose las relaciones capitalistas de producción hasta convertirse en las relaciones dominantes, esto ocurrió en forma deformada por la opresión imperialista y el mantenimiento del dominio terrateniente y de las demás clases reaccionarias internas, y de su principal base de poder: el latifundio. La no democratización de la propiedad territorial, aun en el sentido burgués, implicó además del atraso y deformación en el desarrollo de las relaciones propias del modo de producción capitalista, la persistencia y recreación de relaciones semifeudales. Situación que aun hoy se mantiene en lo fundamental, pese a los progresos logrados en muchos aspectos –particularmente durante el gobierno peronista después de la Segunda Guerra Mundial–, porque el latifundio en asociación con viejos y nuevos imperialismos sigue siendo todavía el verdadero "rey de las pampas".

El "progreso" pampeano

En el marco de la dependencia externa y reforzando el latifundio, se produce la extraordinaria expansión –con las crisis propias del capitalismo que nos introduce también el imperialismo– de la producción de granos y carnes, que nos convirtió en la "granja de Europa".

Para llevar a cabo esto, la oligarquía terrateniente introdujo una importante inmigración europea, verdaderos "esclavos blancos", que fueron sometidos al régimen de aparcería y otras formas

semifeudales de explotación. Particularmente en la zona pampeana, la utilización de arrendatarios agricultores estuvo subordinada a los intereses vacunos de los grandes terratenientes, para "refinar" sus campos y sus ganados: se les imponía la obligación de dejar el campo, por lo general al cabo del tercer año, con las mejoras introducidas y sembrado con alfalfa.

Llama la atención que para investigadores del Cisea (Centro de Investigaciones Sociales sobre el Estado y la Administración), ese "original" sistema de arrendamientos, "resultó para los chacareros más conveniente –en un principio– que el de la colonización[168]. Para estos autores que consideran el aumento de la productividad en abstracto sin tener en cuenta las relaciones de producción ni en beneficio de quién se dan, resulta que el sistema ideado por la oligarquía terrateniente les permitía a los chacareros llegar de una forma más barata a la tierra a través del arrendamiento. Claro que para eso, los terratenientes se habían apoderado antes de todas las "tierras libres" e impedían a esos chacareros el acceso a su propiedad, si no era pagando precios a los que muy contados alcanzaban.

Incluso eran tan buenos nuestros terratenientes paternalistas con relación a los terratenientes capitalistas de los Estados Unidos o el Canadá que les cobraban arrendamientos comparativamente más bajos a cambio de permitir que sus vacas pastasen cuando no había cultivos, por el cual le prohibían al arrendatario tener ganado. Pero además de eso estaba la renta en trabajo personal, típicamente feudal, que implicaba alambrar y cuidar los cercos y dejar las parcelas sembradas de alfalfa al término del contrato.

En realidad, los inmigrantes en su mayoría llegaban con una mano atrás y otra adelante, como se dice, no tenían dinero para arrendar por adelantado ni tampoco para comprar implementos, por lo que quedaban atados de entrada con el terrateniente o su administrador incluso por alimentos. En esta situación, debían

168. Jorge Federico Sábato, *La Pampa pródiga: claves de una frustración*, Cuadernos del Cisea, Buenos Aires, 1981.

aceptar contratos a un tanto por ciento de la cosecha, realizar trabajos no pagos sobre el campo y someterse a todas las condiciones, permisos y prohibiciones que le imponía su condición de aparcero del terrateniente.

De la naturaleza de planteos como el que aquí criticamos, resultaría que jornadas de violento levantamiento campesino como las de Macachín en 1910 o el "Grito de Alcorta" de 1912, no fueron cosa de campesinos sino más bien de "empresarios". Pero veamos cómo hablaban estos "empresarios", en 1914: "Cuando partiera de Alcorta el primer grito de redención del trabajador del campo, por todas las dilatadas campiñas argentinas, repercutió el grito y, en el corazón de los eternos explotados, por primera vez, aquí, brilló un rayo de esperanza que los hizo latir al unísono con los demás esclavos del trabajo que luchan en el mundo entero, por las mismas causas, con las mismas aspiraciones"[169].

Oligarquía e imperialismo

Históricamente, la dependencia de nuestro país se dio respecto de los países imperialistas europeos, particularmente Francia, Inglaterra y Alemania, que eran los principales clientes de nuestros productos agropecuarios. Con los ferrocarriles y los frigoríficos, y disputando principalmente con los franceses y belgas (mayores compradores de lana), los imperialistas ingleses hegemonizaron el "proyecto del 80" Al amparo de la disputa anglo–francesa (bajo el ala principalmente de los ingleses), llegarían también los alemanes e italianos, cuyos intereses serían expresados aquí por los nuevos modernistas, la "generación del 95" (Carlos Pellegrini, Estanislao Zeballos, Roque Sáenz Peña, entre otros).

De fundamental importancia para los intereses alemanes –que llegaban tarde en el mundo y aquí, con relación a los ingleses– sería su penetración en la organización del nuevo Ejército de

169. Antonio Diecidue, *Netri líder y mártir de una gran causa*, Federación Agraria Argentina, Rosario, 1969.

la oligarquía que pasó del "modelo" francés al prusiano luego de la derrota de Francia por Alemania en 1871.

Mientras Inglaterra era el principal cliente de las carnes argentinas, Alemania se convertiría en el principal cliente de los granos. Esto no sin disputa –lucha y acuerdos– con los intereses proingleses locales, otros de menor peso e incluso en algún momento estadounidenses. Los intereses alemanes lograrían afirmarse hegemónicamente en rubros "complementarios" como el monopolio del comercio exterior de granos y de la electricidad, metalurgia y construcciones, industria química, etc., logrando hegemonizar el gobierno en dos momentos: en los años previos a la primera guerra mundial y en un breve período durante la segunda.

Desde comienzos del siglo comenzaría también a adquirir importancia la penetración del imperialismo estadounidense, pero éste nunca pudo ofrecer a los terratenientes argentinos un mercado; al contrario, su propia producción compite con la argentina en el mercado mundial. Con el auge de las carnes, particularmente del vacuno enfriado (*chilled beef*), hubo sectores de terratenientes que se hicieron proestadounidenses, ilusionados por la competencia que los frigoríficos norteamericanos podían establecer con los ingleses. Pero esta relación nunca pudo solidificarse, pues el mercado para nuestros granos y carnes seguía estando en Europa.

Sobre la base de esta contradicción, particularmente cuando se cierran los mercados europeos en la década de 1960, comienza a adquirir importancia la relación con la Unión Soviética. Esta, convertida en un nuevo imperialismo a partir de la restauración del capitalismo en ese país, desde mediados de la década de 1960, también entabla disputa a estadounidenses y europeos por el control de nuestro país[170].

Producido el golpe que derroca la dictadura proestadounidense de Onganía, el equipo dictatorial hegemonizado por Lanusse firma, en 1971, el convenio comercial con la URSS, que da a ésta el

170. Carlos Echagüe, *El Socialimperialismo Ruso en la Argentina*, Ediciones Agora, Buenos Aires, 1984.

trato de nación más favorecida. Nuevos acuerdos serán firmados por el ministro Gelbard en 1974, durante el tercer gobierno de Perón, que serán ratificados por su sucesora Isabel Martínez, sino por la dictadura militar que surge del golpe de Estado del 24 de marzo de 1976. Esta dictadura firma además, en 1978, el acuerdo para realizar consultas políticas periódicas entre ambas cancillerías, y en 1979 se produce el primer intercambio oficial de delegaciones militares. En 1980, con el embargo cerealero que aplica Estados Unidos contra la URSS por su invasión a Afganistán, se produce un nuevo salto en las relaciones argentino–soviéticas. En ese mismo año se firma el pacto granero y los protocolos pesqueros, y al año siguiente el pacto de carnes.

En el curso de ese proceso, la URSS se convirtió en el principal comprador de la producción agropecuaria argentina, estrechando así sus relaciones con importantes sectores de terratenientes que buscan en el mercado y las inversiones rusas la posibilidad de su subsistencia y desarrollo, como ocurriera antes respecto del mercado y de las inversiones de los distintos países imperialistas europeos. Esto también estuvo en el trasfondo de la política del gobierno alfonsinista que renovó el pacto granero y firmó los convenios pesqueros ampliando facilidades portuarias y otras concesiones otorgadas por la dictadura.

La penetración rusa, en disputa, principalmente con la estadounidense, no implica ningún cambio básico en la tradicional relación latifundio–imperialismo en la Argentina, implicó sí un cambio de manos en sectores claves, como fue más notorio de la industria frigorífica y la aparición de nuevos terratenientes. Por ejemplo, mientras ya no se registra la tradicional compañía inglesa La Forestal, nos encontramos con "apellidos" nuevos como el de Capozzolo con 600.000 hectáreas como se evidenció durante la guerra de Malvinas, todavía existen centenares de miles de hectáreas en manos de compañías británicas, especialmente en el sur argentino.

Como todo imperialismo; el socialimperialismo ruso asocia y subordina a sectores locales, particularmente burgueses y terra-

tenientes. En nuestro caso, como sucedió históricamente –y sigue sucediendo– con las otras potencias imperialistas, su principal apoyatura también son los terratenientes, ya que ellos son la clase nacional más reaccionarias y entreguista, pues sus estrechos intereses de clase le imponen siempre una política de subordinación a un imperialismo. Esa sería la razón por la que algunos "marxistas modernos" (de esos que aquí se resfrían cuando estornudan en Moscú, como los rivales de Caputo se resfrían cuando estornudan en Washington) han desempolvado viejas teorías revisionistas para hablar de burguesía terrateniente (y de capitalismo dependiente de matriz agraria) empeñándose en embellecer al latifundio, al que llaman "la gran explotación agropecuaria". De este modo tratan de preservarlo de los embates de quienes propugnan la reforma agraria para acabar de una vez por todas con la gran oligarquía terrateniente y sentar las bases para un desarrollo auténticamente independiente y autosostenido de la economía argentina.

La renta terrateniente

El análisis científico de la evolución del campo argentino muestra que es el latifundio la traba fundamental para su desarrollo y no un supuesto fin de la frontera agropecuaria, salvable solo a través de la incorporación de tecnología. Estudios como el de Cisea antes mencionado, que parten de esa premisa falsa y que consideran además a los terratenientes pampeanos "empresarios capitalistas", sin incluir la variable de la propiedad territorial en su análisis, tienen que inventar una teoría del "riesgo" que, como la teoría de la "abstinencia" del capitalismo, sirve para encubrir la base real del distinto comportamiento de los grandes propietarios con relación a los pequeños e incluso medianos.

Según dicha "teoría del riesgo", la traba principal a la expansión de la producción agropecuaria en las grandes explotaciones estaría dada por la incertidumbre que provocan los drásticos movimientos de los precios de los productos. Esa incertidumbre

haría que los susodichos "empresarios capitalistas" en lugar de buscar el máximo beneficio especializándose en determinados productos. "apostaran" a varios productos a la vez para cubrir el riesgo, el que capitalizado formaría parte del costo del capital a invertir.

Se escamotea así el problema de la renta y, de fondo, la contradicción que existe, en el propio capitalismo, entre la propiedad territorial y el capital. Dicha contradicción se oculta generalmente equiparando la tierra a un capital –punto de vista del propietario territorial–, obviando el hecho de que el capital, para poder acceder a la tierra, tiene que pagar el precio de ésta. Es decir que el capital que tiene que "invertir" el productor para comprar la tierra deja de ser tal para él –pasa a manos del propietario anterior–, no lo puede invertir en la producción, sino que necesita otro capital para esto. Y lo que obtenga de esta inversión debe proporcionarle no solo el beneficio medio de ese capital (del capital realmente invertido en la producción) sino también el interés del otro capital que enajenó para comprar la tierra, o –lo que es lo mismo– la renta que debe abonar al propietario territorial en el caso de que alquile. En caso de que sea el propio terrateniente el que invierte el capital, lo va a hacer si también puede sacar la renta de esa inversión, a diferencia del pequeño o mediano propietario que no tiene opciones y, por tanto, su conducta es menos especulativa. Estos no pueden "apostar" a varios productos a la vez; su "suerte" está ligada a su esfuerzo y, en todo caso, al clima y la coyuntura de los precios.

La negativa a ver el papel retrógrado de la gran propiedad territorial, incluso con relación al desarrollo del propio capitalismo, hace que estas "teorías modernas" sean más reaccionarias que las "teorías" que embellecen al capitalismo. Aun cuando se presenten como socialistas, las "teorías" que niegan la contradicción entre el capital y la propiedad territorial, terminan embelleciendo a la clase parasitaria de los terratenientes, con lo que en definitiva contradicen los intereses inmediatos y mediatos de "las fuerzas del trabajo", en particular de los obreros y de los campesinos.

En el caso de la "teoría del riesgo" que mencionamos, se agrega al encubrimiento del carácter retrógrado del latifundio una sutil justificación de la conducta especulativa de los grandes terratenientes. Según esta teoría", la incertidumbre respecto de los precios sería también la responsable de la persistencia e incluso extensión del latifundio, ya que las grandes extensiones serían las más apropiadas para diversificar ese "riesgo", con lo que se justifica al latifundio presentándoselo como un resultado de las erráticas políticas de precios, y no como en realidad es: el origen de todas las irracionalidades que padece la explotación agropecuaria argentina, con su carga de renta parasitaria que pesa sobre todo el país.

La realidad, más fuerte que todos los esquemas de capitalismo "original" o "modelos" que se quieran inventar, es que tanto en la zona pampeana como en el resto del país, el peso del latifundio es tal que los grandes terratenientes pueden controlar y limitar la oferta de tierras agrícolas, en función de la renta y, por tanto, sin preocuparse por el beneficio que devengaría la inversión misma. Optan, de este modo, por las producciones más extensivas, tal como la ganadería que es la que menos inversiones requiere y a la vez abre la posibilidad de trasladar rápidamente la tierra a la agricultura –mediante arrendatarios o contratistas por una cosecha– cuando los precios agrícolas prometen un aumento sustancial de la renta. La posibilidad de limitar la oferta de tierras, en relación con las necesidades internas y de exportación, y la liberalidad de los contratos (habiéndose eliminado la legislación que, aunque sea con los plazos mínimos, protegía a los arrendatarios), permite a los terratenientes apropiarse rápidamente de la diferencia de los mejores precios, a través de exigir arrendamientos más elevados. Lo mismo ocurre si existe la posibilidad de un beneficio diferencial por alguna obra pública (por ejemplo, un canal de riego o un camino asfaltado) o aun cuando este beneficio es el resultado de una mejora tecnológica introducida por el propio chacarero, como sucede con las semillas mejoradas.

El hecho de que el factor limitarte para la expansión de la superficie sembrada no sea la naturaleza, sino la propiedad latifundista

(terratenientes individuales o jurídicos –sociedades anónimas o de otro tipo–, viejos o nuevos), hace que en nuestro país adquiera un peso decisivo la renta en su forma absoluta. Y, pese a que las relaciones de producción capitalistas son predominantes en el conjunto del país, dado el origen feudal de la propiedad, nos encontramos con múltiples formas precapitalistas de abonar esa renta.

En definitiva, el aburguesamiento de nuestros grandes terratenientes y la introducción de métodos modernos de explotación, sin que se haya alterado en lo fundamental la base latifundista de la estructura agraria argentina, hace que las grandes explotaciones sigan siendo manejadas con un criterio terrateniente (regido principalmente por las leyes de la renta) antes que con un criterio capitalista (regido principalmente por las leyes del beneficio). Y el origen feudal inmodificado de ese latifundio hace que, aun cuando predominen las relaciones capitalistas de producción, se mantengan y recreen relaciones precapitalistas: relaciones de dominación en estancias y fincas, puesteros, pastajeros, aparceros y tanteros, contratistas de viñas y frutales, arrendamientos familiares, etc. Y que tras el barniz burgués de nuestros terratenientes, reaparezca siempre el patrón feudal en la relación con los peones y campesinos pobres y semiproletarios.

Algunas formas de la renta

Según el análisis de Marx[171], el régimen típico de la producción capitalista en el campo implica la existencia de tres clases fundamentales: terratenientes, capitalistas arrendatarios y obreros rurales. En estas condiciones, la renta absoluta proviene exclusivamente de la explotación de mano de obra asalariada, es decir de la plusvalía. El terrateniente alquila al capitalista el uso de la tierra, para que éste a su vez la haga trabajar por obreros rurales. El arrendatario capitalista paga al obrero rural el equivalente al

171. Karl Marx, *El Capital*, libro III, volumen 8, Siglo XXI editores, México, 1984.

trabajo necesario y retiene el equivalente de todo el trabajo excedente, la plusvalía. Y este valor tiene que cubrir también la renta absoluta exigida por el terrateniente, una vez que el arrendatario capitalista ha cubierto el costo de producción y la ganancia media. Así la renta absoluta es un excedente sobre la ganancia medie. Excedente que surge de la mayor explotación de la fuerza de trabajo asalariada rural, posible por el mayor atraso relativo del capitalismo en el campo. Atraso que se perpetúa en relación con la industria por la traba que impone la propiedad terrateniente (y su exigencia de renta) para el acceso del capital al campo.

El análisis que realiza Marx de la renta absoluta, llamada "inglesa" por algunos revisionistas (pretendiendo que se trata de una peculiaridad exclusiva de ese país), tiene una gran vigencia en el caso de la Argentina por el peso que tiene aquí la gran propiedad territorial. Este peso se ve reforzado por el origen feudal inmodificado de nuestro latifundio, pese a los "recortes" que históricamente le han impuesto las luchas de los obreros rurales y campesinos chacareros (particularmente durante el gobierno peronista entre 1945 y 1955, con el estatuto del peón, la rebaja y congelamiento de los arrendamientos y algunas expropiaciones). Esos "recortes" y limitaciones, si bien afectaron al latifundio, no lograron cambiar en lo fundamental la base del poder terrateniente, pues no implicaron una reforma agraria profunda como la que se necesita en nuestro país. Ese poder siguió entonces imponiéndose, a través del retiro de tierras de la producción y, en definitiva, de los golpes de Estado restauradores de las leyes oligárquicas.

Como analizamos en el apartado anterior, pese al aburguesamiento de nuestros grandes terratenientes y al avance operado por el capitalismo en nuestro país, el criterio latifundista no por razones subjetivas sino por el peso que sigue teniendo la propiedad terrateniente) se ha seguido y sigue imponiendo en lo fundamental del campo argentino. Esto se manifiesta en el predominio de la producción extensiva y en el gran retraso histórico en la incorporación de nuevas tecnologías. Por ejemplo, los maíces híbridos recién se generalizaron en la década de 1960 (lo que implicó

por lo menos 30 años de retraso en la mecanización de la recolección del maíz), con la "liberalización" de los arrendamientos.

Es decir, que la introducción de mejoras tecnológicas en nuestro agro, al mantenerse en lo fundamental la gran propiedad terrateniente inmodificada, recién se operó en magnitud significativa –siempre con retraso y limitadamente con relación al total de tierras fértiles que dispone nuestro país– cuando los terratenientes tuvieron la posibilidad de que las mejoras tecnológicas se tradujeran rápidamente en mayores rentas, con el consiguiente aumento del precio de la tierra y del poderío terrateniente.

Con la dictadura de Onganía, a partir de 1966, se liberaron totalmente los arrendamientos rurales (Ley Raggio) favoreciéndose una más acelerada recomposición del latifundio, operándose la expulsión de miles de chacareros que todavía podían acogerse a las prórrogas de la ley del primer gobierno peronista, y la creación de una clase de "contratistas por una cosecha", que dio a los terratenientes aún mayor movilidad especulativa en el uso de la tierra. La mayoría de estos contratistas, ex arrendatarios con máquinas y tractores, se vieron así obligados a tener que pagar de año en año arrendamientos cada vez mayores (o a entregar porcentajes mayores de la cosecha), sin poder amortizar siquiera sus equipos, con lo que el valor de éstos también se transformaba en renta terrateniente. Es decir que pasaron a convertirse en verdaderos aparceros (el pago en especie ya no ocultaba simplemente una relación capitalista).

Esto nos lleva a otras formas que adquiere la renta absoluta en nuestro país, que expresan la explotación no solo de los obreros rurales sino también de numerosos campesinos trabajadores. Estos, cuando son arrendatarios, ni siquiera cubren la ganancia media y no obstante deben abonar pesa–das cargas en concepto de renta absoluta. En este caso, lo que el campesino arrendatario le abona al terrateniente proviene también de la restricción de sus propias necesidades y de las de su familia. Así se acrecienta el peso de la renta absoluta sobre el campo, argentino con el acople de formas de renta que esconden relaciones de producción típicamente precapitalistas.

El hecho de que la renta absoluta exigida por los terratenientes sea elevada, tan alta como permite su monopolio real y la necesidad de productos agropecuarios que tiene el país, inhibe a los capitalistas a invertir en el campo. Mientras el campesino, como no tiene otra alternativa para trabajar la tierra, tiene que someterse al terrateniente. De esta forma nos encontramos frente a la persistencia o recreación de relaciones precapitalistas de producción, donde la renta terrateniente proviene exclusivamente del trabajo del campesino y su familia.

Las dificultades del acceso del capital al campo, debidas a la existencia de la gran propiedad territorial, también facilitan en nuestro caso el sometimiento de los peones, puesteros, etc. a relaciones semiserviles, en las que se basa otra parte de la renta. Y de conjunto las condiciones de atraso del campo, engendradas por el latifundio, permiten que junto a la plusvalía "normal" capitalista se adose una plusvalía extraordinaria, pagándosele a los peones y obreros rurales relativamente mucho menos que lo que se paga a un obrero industrial. Así la explotación de los peones u obreros rurales por los terratenientes a través de sus intermediarios, los capitalistas agrarios, a quienes exige elevados arriendos "engorda" en nuestro país la renta terrateniente. Y lo hace incluso en desmedro del beneficio capitalista.

En definitiva, la carga de la renta absoluta en nuestro país implica una mayor explotación de los obreros rurales y peones, la opresión del campesinado (cuando no su explotación directa) e incluso de los capitalistas agrarios. De ahí que los primeros, aun cuando su relación inmediata sea con los chacareros y burgueses agrarios, tengan también como enemigo principal a la oligarquía terrateniente: es en la base del poder de ésta, en la propiedad latifundista, donde reside hoy principalmente el atraso que determina su superexplotación.

En cuanto a los campesinos propietarios, particularmente los minifundistas, la limitación que les impone el latifundio aparece más claramente por el lado de su imposibilidad de acceder a más y mejores tierras. No obstante, también resultan indirectamente

oprimidos por los terratenientes (además de la opresión inmediata de la usura y de los monopolios comerciales), porque su trabajo ayuda a la "valorización" de los latifundios y a la formación de la renta. Muchas veces pedazos inservibles de tierra deben ser puestos en producción por los minifundistas, con cantidades de fuerza de trabajo muy importantes relativamente a las que se necesita emplear en las explotaciones más modernas; el valor creado de esta manera contribuye al proceso de compensación producido por las tierras de los terratenientes, menos intensamente explotadas, aunque para los minifundistas el precio del mercado no alcance siquiera, para pagar su propio trabajo.

Por la importancia que tiene la producción agrícola en el proceso de valorización de la tierra detentada por los grandes terratenientes –que les permite obtener una elevada renta aun dejando que el ganado "se críe solo"– se puede apreciar el significado decisivo que adquieren las pequeñas chacras y sobre todo las tierras arrendadas.

Las explotaciones de menos de 25 hectáreas tipo huertas o quintas, que generalmente constituyen una unidad familiar, son importantes en el proceso de valorización del conjunto de las tierras, aunque la superficie total que ocupen sea poco significativa. Otro tanto ocurre con las explotaciones lecheras, donde es común utilizar el trabajo de medieros, pues, aunque no se trata de explotaciones estrictamente agrícolas en el sentido que se le da al término en nuestro país, el tipo de producción es de trabajo intensivo, y se emplean, además de los campos naturales, praderas de forrajeras En este caso, además de la valorización indirecta, el terrateniente obtiene renta directamente en dinero por "su" parte de la leche, y en trabajo (generalmente gratis) por la cría de los terneros y el cuidado de las vacas, alambrados, instalaciones, etc., e incluso, muchas veces, en la siembra y demás tareas vinculadas a la provisión de forrajes para los animales.

Pero no obstante la importancia de la producción parcelaria al respecto, el elemento principal en la formación de la renta en nuestro país, parece ser la explotación agrícola (ya sean granos

o cultivos industriales) de mediana escala. Y la mayor parte de esta producción se hace a través de arrendatarios y, últimamente, de contratistas. De que esto suceda así, se encargan los propios terratenientes poniendo condiciones en los contratos (por ejemplo, la ya mencionada prohibición o limitación de la tenencia de ganado por parte del arrendatario), ya que su interés reside en la valorización simultánea de sus otras tierras por la incorporación del capital agrícola en el campo. En este sentido es sugestivo que las zonas de mayor agricultura (sobre todo la pampeana, seguida a bastante distancia por la del nordeste y noroeste) sean las que tienen mayor proporción de arrendatarios, con mayor ocupación relativa de asalariados.

El problema de conjunto

Observando cómo opera de conjunto el sistema, en función de los intereses terratenientes, comprenderemos el porqué del estancamiento global, con retraso en la producción agrícola, cuando existieron restricciones a su dominio como bajo la década peronista de 1945 a 1955 (congelación de arrendamientos, estatuto del peón, etc.). Y porqué posteriormente, una vez liquidadas esas restricciones y siendo incuestionable su poder, no solo no se opusieron, sino que incluso estimularon, a costa del erario público, una cierta tecnificación de la agricultura por parte de los chacareros: manteniendo férreamente controlada la oferta de nuevas tierras, esa tecnología los hacía sus principales beneficiarios, a través del aumento de la renta terrateniente que les permitía. De ahí que, pese al cambio tan importante operado en este sentido, habiéndose duplicado la producción de granos, la ampliación de la producción agropecuaria total siga siendo tan limitada en relación con las posibilidades y a un costo sumamente elevado, con una notoria subutilización de las maquinarias y tractores, paralela a los millones de hectáreas subutilizadas en los latifundios.

Además de caer directamente sobre las espaldas de los verdaderos productores del campo, esto es, de los obreros rurales y de

los campesinos, la renta absoluta grava también en forma indirecta a toda la sociedad argentina Por el monopolio de la tierra que tienen, los grandes terratenientes nos imponen una carga adicional, a través de un mayor precio de la tierra y de sus productos, que el que surgiría de la libre competencia.

La tierra en la Argentina es un bien de renta y un gran negocio para la especulación. El mercado de locaciones y de compraventa opera a un ritmo muy intenso. Mientras al campesinado pobre y medio le está vedado el acceso a ese mercado, los especuladores arriendan o compran tierras que, puestas a producir o vendidas al cabo de pocos meses, les reportan elevadas rentas. En las actuales condiciones de la economía argentina, los terratenientes van parejos con el monopolio financiero en la obtención de fabulosas utilidades a costa de todos los sectores productivos y de los que realmente trabajan en el campo y en la ciudad,

En los hechos, el gran capital financiero y los más grandes terratenientes se han fusionado. Hablar de una oligarquía financiera independiente en estas condiciones, es pegar el grito lejos del nido: la base principal del poder de esa oligarquía está en el monopolio latifundista y su vinculación con el imperialismo, principalmente con los que nos compran que es el nexo que les permite la realización de la renta terrateniente, dado la influencia que el mercado externo tiene sobre los precios internos, aun en aquellos productos agropecuarios que se comercializan casi totalmente en el mercado interno.

Por otro lado, tampoco se puede hablar en nuestro país de una nueva oligarquía industrial independiente del poder de la tierra. La gran burguesía intermediaria de alguno de los imperialismos que se disputan nuestro país, sigue estando vinculada a la tierra no solo por razones históricas o familiares, sino también por sus inversiones concretas. Por ejemplo, el estudio de Aspiazu, Basualdo y Khavisse[172] –aunque sus autores no compartan nuestras

172. Aspiazu, Daniel y otros, *El nuevo poder económico en la Argentina de los años 80*, Editorial Legasa, Buenos Aires, l987.

tesis– muestra que en los grandes grupos económicos, con más de seis empresas, la actividad agropecuaria representa entre un 30 y un 50% de su movimiento económico total. Incluso en los grupos de menos de seis empresas con fuerte inserción industrial, se registra un 39% de sus empresas en el sector agropecuario y forestal.

5. La renta del suelo hoy en la Argentina[173]

En relación con el análisis del significado de los cambios en las condiciones de producción en el campo argentino, sobre todo en la última década del siglo XX, hay un debate en la izquierda en particular con quienes –como los trotskistas y la dirección del Partido Comunista revisionista, desde que adoptó la "teoría" del capitalismo dependiente–, niegan que haya tareas agrarias democráticas que resolver, sosteniendo que las mismas ya se han resuelto o se están resolviendo por la "modernización" del latifundio. Al definir al capitalismo en la Argentina, como un capitalismo particular, dependiente, mezclan los conceptos, negando la especificidad tanto de la dependencia como del latifundio. Los convierten en meros atributos del modo de producción capitalista predominante en el país, por lo que la existencia de la dependencia del país y del latifundio en el campo, no plantearían tareas específicas a la revolución en la Argentina, que sería por tanto directamente socialista, y no una revolución democrática, agraria y antiimperialista, en su primera etapa, como plantea el Partido Comunista Revolucionario.

El PCR define en su Programa: "La Argentina es un país dependiente oprimido por el imperialismo, disputado por varias potencias imperialistas, en el que predominan relaciones de producción capitalistas. Relaciones de producción trabadas y defor-

173. Artículo publicado en el N° 49/50, setiembre 2002, de *Política y Teoría, revista del comunismo revolucionario de la Argentina.*

madas históricamente por la dominación imperialista y el mantenimiento del latifundio de origen precapitalista en el campo. La opresión imperialista y el latifundio terrateniente constituyen los pilares que sostienen a la estructura de atraso y dependencia que hoy padecemos." Y agrega que "sin la destrucción revolucionaria de esos dos grandes pilares del atraso y de la dependencia no se podrá lograr el desarrollo independiente e integral del país."

Esta definición de nuestro Partido surgió y se desarrolló en crítica de la exageración de lo feudal que hacía el PC y, a su vez, de su seguidismo a los terratenientes liberales.[174] Desde sus inicios, nuestro Partido ha señalado la existencia de por lo menos un millón de obreros rurales, más bien más que menos, y ha basado su línea en el papel del proletariado como fuerza dirigente y principal en la revolución agraria y antiimperialista. Esto le permitió, a poco de su nacimiento, desprenderse de las incrustaciones de la "teoría" del capitalismo dependiente que se habían filtrado en la crítica a las concepciones de la dirección revisionista del PC de entonces, que negaban la hegemonía proletaria de la revolución. Cuestión que también, abiertamente o de hecho, niega la "teoría" del capitalismo dependiente con su caracterización del tipo de revolución necesaria de resolver en esta etapa, llevando a la sectari-

174. Esa exageración de lo feudal y el seguidismo a los terratenientes liberales no es incoherente en la concepción socialdemócrata de la revolución democrática, que entiende esta como una revolución burguesa (es decir, democrática del viejo tipo) y atribuye por tanto un papel "progresista" a los terratenientes liberales por su tendencia a "adaptarse" al capitalismo (cualquier vía del capitalismo es igualmente progresista para ellos, ya que no ven o subestiman totalmente la contradicción entre la propiedad territorial y el capital en el propio sistema capitalista), en contraposición a los terratenientes conservadores que serían los que se seguían aferrando al sistema feudal o semifeudal que supuestamente todavía imperaba. Esto hasta que el PC hizo suya la "teoría" del capitalismo dependiente, mezcló los conceptos hablando de terratenientes capitalistas o capitalistas terratenientes, "transformando" a los terratenientes en burguesía terrateniente: un sector de la burguesía que solo se diferencia de los otros sectores –industrial, comercial, o financiero– por el campo particular de su actividad, ya que se considera la tierra como un capital, sin tener en cuenta que una cosa es la tierra, como bien natural, y otra el capital que se necesita para explotarla.

zación y aislamiento del proletariado, en particular respecto de su principal aliado: el campesinado pobre y medio.[175]

Como también la crítica al "pensamiento agrario" de nuestro Partido ha sido personalizada en quien esto escribe, por ejemplo en la revista teórica trotskista del Partido Obrero[176], no está de más recordar que en todo lo que he escrito desde mi vieja "Argentina hoy. Latifundio, dependencia y estructura de clases", con sus actualizaciones hasta mediados de la década del setenta, los análisis siempre han partido de la predominancia de las relaciones de producción capitalistas en el campo argentino, particularmente en la Pampa Húmeda, como era ya claramente entonces e incluso en esta región desde mucho antes, como está analizado posteriormente en el estudio de la "Historia Argentina", donde trato de mostrar como se da la relación entre la gran propiedad territorial y el desarrollo del capitalismo que se produce con la inserción de la economía argentina en el mercado mundial capitalista, desde 1880 ("Renta y precio de la tierra"; "Latifundismo y dependencia"), en debate no solo con las postulaciones de Ernesto Laclau sino también con las de Guillermo Flichman, que es una de las "cabezas académicas" de los que excluyen del análisis del capitalismo en el campo argentino a la

175. Esto en la versión clásica de la "teoría" del capitalismo dependiente –que considera al latifundio y a la dependencia como formas particulares del desarrollo del capitalismo–, utilizada para fundamentar el carácter principalmente anticapitalista, directamente socialista, de la revolución. También esta "teoría", en su aspecto que corre al latifundio enfatizando la dependencia, está en la base de los planteos de una etapa nacional de la revolución, principalmente antimonopolista, que saca del blanco inmediato a los terratenientes cuando no los ubica abiertamente del lado de la nación en la contradicción con el imperialismo, que sería hoy la contradicción principal. Al respecto, señala nuestro Programa: "Es un error golpear al imperialismo y olvidarse de los terratenientes y la burguesía intermediaria. Sin la ayuda de éstos el imperialismo no podría oprimirnos, porque son instrumentos de su penetración y dominación. Otro error es otorgar a los terratenientes como clase, una independencia que no tienen respecto del imperialismo. Como clase, los terratenientes argentinos han sido y son la principal base social en la que se apoya la dominación imperialista en nuestro país." (9° Congreso del PCR, *Programa*, agosto de 2000.)

176. Ver nuestra respuesta en *PyT* N° 42: "El maoísmo y la cuestión agraria argentina".

propiedad territorial o que niegan su significación como latifundio. Porque por más que aceptemos su embellecimiento sobre el origen del latifundio, que supuestamente el avance del capital habría borrado en lo fundamental, el tema es que si existe la propiedad territorial, si existe el latifundio, y en nuestro caso con un dominio de extensiones considerables de tierras[177], tenemos que tenerlo en cuenta en nuestro análisis, y ver cómo condiciona la producción en el campo, en particular por su requerimiento de la renta absoluta, en cuya base está la superexplotación del proletariado rural –el destacamento de la clase obrera en el campo–, aparte de la opresión campesina que se pueda derivar de la existencia del latifundio.

Tal vez el problema sea que se piense, como Flichman, que el análisis de Marx solo es válido para el llamado "modelo inglés", es decir, cuando están nítidamente diferenciadas como personas las tres clases principales: terratenientes, capitalistas y obreros, donde la renta aparece claramente tras el arrendamiento. Y como en el caso de nuestro país, particularmente en las zonas agrícolas, el arrendamiento "clásico" prácticamente ha perdido la significación que tenía hasta los años sesenta, el peso de la renta supuestamente habría perdido importancia, así como la contradicción entre la propiedad territorial y el capital.

Un nuevo ciclo terrateniente

Con la última "gran rebatiña" de las tierras fiscales posterior al derrocamiento de Perón en 1955, la liberación de los arrenda-

177. En la Argentina, según el Censo Agropecuario Nacional de 1988, 235.000 explotaciones de menos de 100 hectáreas (el 62% del total de explotaciones) disponen de menos de 7 millones de hectáreas (un escaso 4% del total de la tierra utilizable), mientras que, en el otro extremo, unas 12.000 explotaciones de 2.500 hectáreas para arriba (el 3% del total de explotaciones), dispone de 110 millones de hectáreas (un 62% del total de la tierra utilizable). Y esta estructura de tenencia de la tierra no se ha democratizado, más bien se ha reforzado en la última década del siglo XX. "Las tareas democráticas fundamentales de la revolución argentina surgen del monopolio de la propiedad privada de la tierra en grandes extensiones por un puñado de grandes terratenientes" ("Grageas", en *hoy* N° 919).

mientos y particularmente con la ley Raggio de la dictadura de Onganía de 1966, que acabó con las sucesivas prórrogas a los arrendatarios que subsistían todavía de la época peronista, permitiendo la "recuperación" de esas tierras por los terratenientes, se produjo una gran transformación en el campo argentino a favor de la recomposición del latifundio de origen precapitalista[178]. Por otro lado, con esa ley que provocó la expulsión de miles de chacareros arrendatarios que tenían máquinas y tractores, surgieron los contratistas, como nuevos "personajes" del campo, cuya existencia dio a los terratenientes una mayor movilidad especulativa en el uso de la tierra, como analizamos en particular en nuestro artículo "Terratenientes, imperialismos y renta agraria", publicado en *Política y Teoría* N° 13 (setiembre 1987).

De esa manera se cerró en nuestro país prácticamente toda posibilidad de desarrollo del capitalismo en el campo argentino por el "camino inglés", que posibilitaba la capitalización de los arrendatarios con los contratos de largo plazo y la congelación de los arrendamientos, ambos elementos limitantes de la renta terrateniente. Solo quedaban como competencia de los terratenientes los chacareros propietarios, cuyas posibilidades de capitalización con bajas tasas de interés se cerraron con la dictadura de Videla, de 1976, comenzando entonces su retroceso hasta recibir tremendos golpes con la política menemista de la década del 90, que los ha dejado diezmados, sobre todo a los llamados pequeños y medianos productores. Sin tierras suficientes y sin poder compensar con mayor intensidad de trabajo los crecientes reque-

178. "La principal herencia que nos dejó la colonia española fue la grande y a veces enorme propiedad territorial, el monocultivo y la dependencia del mercado exterior. El latifundio es la principal supervivencia precapitalista en las relaciones de producción de nuestro país. Es una herencia de la colonia y del feudalismo que la corona española introdujo aquí. La guerra de la independencia dejó en pie el latifundio inmenso. Latifundio que luego se extendió con el saqueo de las tierras públicas. El último gran reparto –saqueo– de la tierra pública lo hizo la llamada Revolución Libertadora por el Decreto-Ley 14.577 de 1956, que acabó con las tierras fiscales de mejor calidad. Desde el Río Colorado a Tierra del Fuego las mejores tierras prácticamente se regalaron." ("Grageas", semanario *hoy*, 3/7/2002.)

rimientos técnicos de la producción, imposibilitados de cultivar por su cuenta, se han ido viendo obligados a enajenar o arrendar sus propiedades convertidas en parcelas frente a la competencia de la gran propiedad.

Así el capitalismo solo ha podido avanzar en la última década del siglo XX por el más doloroso y costoso de los caminos, el "camino prusiano"[179]. Pero ni siquiera esto ha sucedido del modo que se dio en Alemania, porque aquí ha seguido siendo un avance fundamentalmente dependiente del mercado externo, no vinculado a un desarrollo vigoroso de la industria y del mercado interno (como fue en la Alemania "proteccionista" de la burguesía y los terratenientes prusianos, de la segunda mitad del siglo XIX). Aquí, en la Argentina, con un desarrollo raquítico del mercado interno capitalista, trabado y deformado por la dependencia del imperialismo y el mantenimiento del latifundio de origen precapitalista, la gran propiedad territorial ha recobrado e incluso aumentado su peso –con toda la legislación "liberali-

179. "Los dos métodos de 'solución' del problema agrario en la Rusia burguesa en desarrollo que he señalado corresponden a los dos caminos de desarrollo del capitalismo en la agricultura. Yo denomino a esos caminos prusiano y norteamericano. El rasgo característico del primero consiste en que las relaciones medievales en el régimen de propiedad agraria no se liquidan de golpe, sino que se adaptan lentamente al capitalismo, el cual, en virtud de ello, conserva durante largo tiempo los rasgos semifeudales. La propiedad agraria terrateniente prusiana no fue destruida por la revolución burguesa; quedó intacta y se convirtió en el fundamento de la hacienda 'junker', capitalista en su base, pero que no puede pasarse sin cierta dependencia de la población rural del tipo del Gesindeordnung [Reglamento de la Servidumbre, de 1854], etc. A causa de ello, el dominio social y político de los junkers (terratenientes alemanes) se consolidó después de 1848 por largos decenios y el desarrollo de las fuerzas productivas de la agricultura alemana fue muchísimo más lento que en Norteamérica. En esta última, por el contrario, la agricultura capitalista no se basó en la vieja hacienda esclavista de los grandes terratenientes (la guerra civil acabó con las economías esclavistas), sino en la hacienda libre del farmer libre en la tierra libre, libre de todas las trabas medievales, del régimen de servidumbre y del feudalismo, por un lado, y de los impedimentos de la propiedad privada sobre la tierra, por otro. La tierra fue distribuida en Norteamérica de sus inmensas reservas de terreno mediante pago nominal, y solo sobre una base nueva, plenamente capitalista, se ha desenvuelto allí la propiedad privada de la tierra (V. I. Lenin: "El problema agrario en Rusia a fines del siglo XIX", *Obras Completas*, tomo XV).

zadora" posterior al golpe de Estado de 1955, la de las dictaduras de 1966 y 1976, y la menemista–, como precondición para el acceso del capital al campo. Así, de conjunto, el peso de la renta terrateniente sigue teniendo un papel preponderante también en las nuevas formas de organización de la producción, con relación al beneficio capitalista, por lo que, a la vez, se mantienen o se recrean relaciones de producción precapitalistas incluso con las tecnologías más modernas.

Esto está en el trasfondo de lo sucedido en la última década del siglo XX, la década menemista, en el campo argentino donde, como analizó el 9° Congreso de nuestro Partido, "la extensión de los cultivos de granos se ha hecho en gran parte en detrimento de la ganadería. La existencia de ganado vacuno pasó de 53 millones a 49 millones en 10 años. La crisis (estructural) y la política que empujan los monopolios y el gobierno van liquidando la agricultura tradicional. Con la siembra directa, la utilización cada día mayor de semilla transgénica, producida por monopolios como Monsanto (cuyas consecuencias sobre la salud humana aun se desconocen) y el uso de agroquímicos en cantidad, la agricultura se va integrando a un sistema manejado por los grandes monopolios extranjeros, principalmente estadounidenses, y por los llamados pooles (en muchos casos dirigidos por técnicos de esos monopolios) que trabajan miles de hectáreas con grandes contratistas. El chacarero entra en una red en la que, aparentemente es independiente, pero, poco a poco, es devorado por los que han armado el sistema. Así se despuebla el campo. Esto se agrava con el creciente control de las grandes cadenas de supermercados que imponen a la industria precios y plazos que está descarga sobre los productores directos. El 'último orejón del tarro' es la gran masa de trabajadores rurales. Estos han retrocedido en sus condiciones de vida y de trabajo, desde 1976 hasta aquí, volviendo a trabajar en condiciones semejantes a como se trabajaba a principios de siglo." (9° Congreso del Partido Comunista Revolucionario de la Argentina: *Resolución sobre situación política internacional y nacional*, agosto de 2000, pág. 38.)

La explotación por administración

En el "modelo prusiano" el propietario latifundista individual o jurídico –sociedad anónima o de otro tipo– además de su función como terrateniente, cumple la función de capitalista, contratando obreros rurales y explotándolos directamente, obteniendo así conjuntamente la renta terrateniente y la ganancia capitalista. Pero eso implica que el destino de su capital queda adherido a la tierra, quitándole la movilidad especulativa que tendría como terrateniente puro. Lo que hace que el objetivo de la renta termine subordinado al beneficio, es decir al resultado de su propia inversión como capitalista.[180]

Nuestros terratenientes estarán enamorados del capitalismo, pero ante todo son hombres prácticos (la teoría se la dejan a los Zamborain, los Flichman o los Altamira). Si, como en nuestro país, la estructura latifundista les permite que la renta sea elevada (sea bajo la forma capitalista o bajo formas más atrasadas), su preocupación principal es como obtienen esa renta. Si hay capitalistas disponibles como contratistas, o chacareros que no tienen suficiente tierra para emplear su maquinaria y tienen que recurrir a los contratos para subsistir, ¿por qué van a "inmovilizar" su tierra como capitalistas invirtiendo ellos directamente en maquinarias y contratando asalariados? En todo caso si tienen excedentes

180. En Alemania, los junkers terminaron asumiéndolo así porque desde el poder del Estado no solo se garantizaron la subordinación de los braceros a las relaciones semiserviles en sus haciendas –cuestión en la que no se diferencian los terratenientes argentinos–, sino también ser parte del proceso de industrialización que siguió a la unificación del país bajo la bota prusiana y creó las condiciones de un poderoso mercado interno ("protegido" a su favor) que les garantizaba la realización para sí de la totalidad de los beneficios de la superexplotación de los obreros rurales y en parte de los industriales, liderando la conversión de Alemania en una gran potencia capitalista, luego imperialista en el siglo XX. En esto último el "prusianismo" de los terratenientes argentinos (aparte de sus simpatías políticas, en particular militares) nunca pasó de ciertas tímidas inversiones en la industria en la que rápidamente se asociaron a los distintos imperialismos en disputa por el dominio de nuestro país, pasando a fusionarse con el gran capital financiero (predominantemente especulativo), manteniendo y ampliando el latifundio de origen precapitalista, como base de su poder económico, social y político.

los van a colocar en el comercio o en la usura, antes que inmovilizarlos como capital agrario en la tierra, con relación a la cual se van a seguir rigiendo por las leyes de la renta que les exigen la mayor movilidad especulativa posible respecto de su uso.

Si el móvil principal del dueño de la tierra es la renta, si administra él (personalmente o con un administrador) el campo porque no quiere correr el riesgo de dárselo a un arrendatario, aunque tenga que adelantar algo de dinero en semillas y fertilizantes, no va a hacer más que eso: adelantar dinero a la tasa de interés correspondiente, y que de las tareas (siembra, fumigación, cosecha) y de explotar los obreros para que rindan su renta y ese interés que se ocupen el o los contratistas, que para eso los contrata. Este es el caso de la llamada explotación por administración, que se extendió en la última década del siglo XX en las zonas agrícolas (de tierras aptas para cereales y oleaginosas), avanzando la agricultura en desmedro de la ganadería ("agriculturización") en los latifundios de esas zonas y dejando fuera del mercado a las chacras mixtas. Por ese camino de la explotación por administración, y con el auge de los pools[181] que asumieron el papel de terratenientes administradores, adelantando el dinero necesario a las altas tasas de interés usurarias que implicaba la convertibilidad, con contratistas que intermediaban la superexplotación obrera que facilitó la política menemista, aumentó la producción granaria y la taperización del campo argentino.

Se produjo una modernización e importante avance en la producción, pero a costa de tan elevadas rentas y de tan elevadas tasas de interés (usura), que más que capital lo que quedó en el campo son elevadas deudas y más hambre y desocupación, de obreros superexplotados, chacareros arruinados y contratistas convertidos en verdaderos aparceros, ya que se ven obligados a aceptar

181. Pool (pileta, en inglés): nombre que adopta el capital usurario, bajo la forma de "fondo de inversión", para lograr el control de grandes extensiones de tierra a través del cual puede manejar las condiciones de producción en las mismas y succionar así una parte importante de la renta del suelo, es decir, del producto del trabajo de los verdaderos productores: contratistas y obreros rurales.

precios por las tareas contratadas que no les permiten amortizar siquiera sus equipos, con lo que el valor de estos también pasó a formar parte de la renta terrateniente. Estos contratistas son los que los apologistas del sistema han bautizado como "chacrers[182] sin tierra", el ideal de los terratenientes de las zonas agrícolas que, sin ninguno de los riesgos de los chacareros asentados en la tierra, les permiten tener el máximo de movilidad especulativa de la tierra para lograr así la mayor valoración posible de su renta.

En la llamada explotación por administración tenemos entonces tres personajes principales. Por un lado, los terratenientes y/o los capitales usurarios que los suplantan (pools) que los suplantan en su función, que –en vez de actuar directamente como capitalistas invirtiendo en maquinarias y contratando obreros– recurren a contratistas para las distintas tareas fundamentales (siembra, fumigación, cosecha). Así encontramos, por otro lado, a los llamados contratistas de servicios[183] que, en esta forma de producción, son los capitalistas que disponen de las maquinarias adecuadas y contratan obreros para realizar los trabajos (tractoristas, maquinistas, etc.). Aquí los obreros rurales son, entonces, el tercer personaje de esta forma de producción, de cuya explotación el contratista capitalista tiene que sacar su ganancia media dejándole al terrateniente administrador, en el resultado que obtenga al vender la cosecha, su renta como propietario más el interés sobre el dinero que haya tenido que adelantar por semillas, fertilizantes, herbicidas, etc., y por el pago a los contratistas en la parte que sea adelantada.

Esto, por supuesto, hablando en condiciones normales de explotación capitalista, donde los contratistas capitalistas estén en

182. Engendro idiomático conseguido mezclando el término español de chacarero con el estadounidense de farmer, muestra de la "creatividad" de los apologistas del contratismo.

183. Se los llama contratistas de servicios, equiparándoselos a los contratistas que se emplean en la industria o el comercio para tareas secundarias a la principal del contratante, pero son diferentes pues en el campo realizan las tareas fundamentales de la producción, reduciéndose el papel del terrateniente o del pool a administrar y a adelantar el dinero necesario para esa producción.

igualdad de fuerzas con los terratenientes en la fijación del precio de los contratos para cada una de las tareas que tengan que realizar. Pero una cosa es la relación que pueden establecer los contratistas con los campesinos parcelarios y otra la con los terratenientes o los pools que los sustituyan; éstos, en la competencia de los precios, tienen a su favor el poder de la tierra: cuando mayor sea la concentración de la tierra, mayor va a ser su poder de negociación en la contratación. Por otro lado, mientras los administradores (terratenientes o pools) concentran un poder monopólico[184], del lado de los contratistas capitalistas existe una mayor dispersión, hay competencia entre ellos, aparte que tienen también la competencia de campesinos sin suficiente tierra para las maquinarias que disponen, que para obtener un ingreso extra "aceptan" esperar al cobro hasta la cosecha sin cobrar intereses y un precio del "servicio" que no cubre la amortización de sus equipos, con lo que bajo esas formas parte de su "capital" pasa también a "engordar" la renta terrateniente, sumándosele a la que surge de la superexplotación obrera.

Las anteojeras de los "críticos"

La dificultad en el caso de la explotación por administración, como también en el caso del "modelo prusiano", es que la renta no aparece directamente a la vista, como en el caso del "modelo inglés", que se ve en el precio del arrendamiento. Hay que buscarla por el lado del precio de la tierra, que aparece como un "capital"

184. No es equiparable la situación de los campesinos parcelarios, ex chacareros pobres e incluso medios convertidos en "rentistas" se dice, que tienen que entregar su tierra a los pooles o poolcitos, imposibilitados de cultivar la tierra por sus propios medios y necesitados en extremo de dinero. En este caso no reciben sino un mínimo de lo que pueden obtener como renta los que juntan esas parcelas como administradores y manejan para sí el poder como terratenientes, que les permite el control de la producción en gran escala. Aquí el peso de la renta no se puede medir solo por lo que reciban esos pequeños propietarios, sino que hay que agregar la renta que obtienen los pools administradores (capital usurario) actuando como terratenientes administradores.

sobre el que el terrateniente calcula que tiene recibir por lo menos la tasa normal de interés[185]. A ello el terrateniente si administra directamente –o el administrador que lo intermedie como ocurre con los pools–, suma además el interés del dinero que tenga que adelantar para semillas, fertilizantes, herbicidas, etc., y el pago de los "servicios"[186]. Y eso no le queda en dinero sino "en especie", en los granos que son de su propiedad, ya que el fruto de la cosecha le pertenece a él y no al contratista capitalista como ocurre en el arrendamiento capitalista típico, es decir con pago en dinero. Por eso podemos decir que el fenómeno del "contratismo de servicios", la forma por la que se ha producido principalmente la llamada "segunda revolución de las pampas" por sus apologistas como Héctor Huergo, de *Clarín*, es una forma más atrasada que la del arrendamiento por dinero, equiparable a la aparcería, en la que "el terrateniente no reclama su parte exclusivamente fundado en su propiedad del suelo, sino también como prestamista de capital" (Carlos Marx, *El Capital*, libro III, capítulo XLVII: Génesis

185. No está de más insistir que es en esta equiparación de la tierra a un capital es donde se oculta el hecho de que el capital verdadero, el que se aplica a la producción, para poder acceder a la tierra tiene que dar cuenta del precio de ésta, sea comprándola, pagando un alquiler o dejándole al dueño del campo, en lo que coseche, el interés correspondiente al precio de su tierra, es decir su renta como terrateniente. En el caso que sea el propio terrateniente el que invierte el capital, lo va a hacer si también puede sacar la renta a través de esa inversión, es decir si puede obtener además de la ganancia media del capital realmente invertido en la producción, el interés de ese "otro capital" representado en el precio de la tierra. Cosa que no sucede generalmente con los pequeños y medianos propietarios que no tienen opciones por lo limitado de la tierra de que disponen. De última, ellos también son víctimas de la opresión del sistema latifundista, aparte de la opresión inmediata de la usura y de los monopolios comerciales, porque su trabajo ayuda a la "valorización" de los latifundios y a la formación de la renta: el hecho de que, muchas veces, pedazos inservibles de tierra deban ser puestos en producción por esos chacareros, con cantidades de fuerza de trabajo muy importantes relativamente a las que se necesita emplear en las explotaciones más modernas, hace que el valor creado por ellas contribuya al proceso de compensación del valor producido por las tierras de los terratenientes, aunque para los chacareros el precio del mercado no alcance siquiera para pagar su propio trabajo.

186. Esto cuando lo hace por adelantado, cosa que generalmente no ocurre con la parte correspondiente a la cosecha que es la más "costosa", donde la norma es un porcentaje (entre un 11 y un 9%, en condiciones normales) de lo recolectado.

de la renta capitalista de la tierra, V) El régimen de aparcería y la propiedad parcelaria campesina).

Este contratismo, cuyo carácter en las zonas agrícolas aparece particularmente encubierto porque el capitalista solo va a la tierra a realizar las tareas como contratista, y su ingreso[187] aparece totalmente desvinculado del resultado de su actividad (salvo en los contratos a porcentaje, particularmente en la cosecha[188]), es sin embargo el hermano gemelo de la aparcería declarada que ha acompañado la modernización de la última década del siglo XX en las zonas tamberas y en las de huertas y quintas que, por las características de la producción, requieren la presencia permanente del aparcero y su familia en el campo (ver, para el caso de la lechería, el ejemplo que se da de las cuencas lecheras de Brandsen–Magdalena y Chascomús, en las "grageas" del *hoy* N° 912).

Si se piensa, como también piensa Osvaldo Barsky desde hace varias décadas, que cualquier disminución del número de explotaciones es sinónimo de una modernización de la estructura (cuando la concentración de la tierra es característica de cualquier régimen basado en clases, comenzando por el esclavismo), se puede inferir linealmente que la concentración latifundista actual es un producto principalmente del desarrollo del capital, donde la alta concentración previa de la propiedad territorial no sería un lastre sino, al contrario, una "ventaja comparativa" con relación a los países que tienen una distribución más democrática de la tierra, al darse aquí una más acelerada ruina de la pequeña y mediana producción, lo que indicaría un más acelerado desa-

187. Es decir, el precio del contrato con el que tiene que cubrir, además de la amortización de sus herramientas, el salario de los obreros y su beneficio si es un contratista capitalista, o su subsistencia y la de su familia, si es un campesino o contratista familiar.

188. Pero aún en este caso lo fundamental de los granos queda en manos del propietario administrador (o el pool que lo reemplace), como la leche y los terneros en los tambos trabajados por el llamado "mediero" y su familia (que de "mediero" no le queda más que el nombre, porque en la actualidad no recibe más que el equivalente de un escaso 10% de lo que produce, ya que en general ni siquiera existen condiciones para que pueda comerciar esa parte por su cuenta, si el patrón se lo permitiera).

rrollo del capitalismo en el campo argentino que en el campo de aquellos. Así nos encontraríamos con una "cadena agropecuaria" que, al decir de Héctor Huergo, "con los 'chacrers sin tierra' como piezas claves, ya no tiene competidores serios a nivel mundial" (el subrayado es del autor: *Clarín*, 22 de junio de 2002).

La verdad es que los que no encuentran competidores en esa "cadena" son los terratenientes argentinos para lograr el máximo posible de renta, gracias a esos verdaderos "aparceros móviles" que son los "chacrers sin tierra". Por eso, lleno de entusiasmo, dice Huergo en el artículo citado: "Los farmers del cinturón maicero [en Estados Unidos] no se mueven de sus chacras, lo mismo que los agricultores europeos. Los nuestros siembran en campo ajeno, necesitan herramientas especiales, capaces de sembrar mucho, rápido y con precisión. Y trasladarse al otro campo. Y saben que los dueños de los campos son también exigentes, que lo que entregan en alquiler tiene que volver mejorado, con más fertilidad y limpio de malezas" (es decir que los terratenientes quieren que de la explotación de los obreros rurales les quede, bajo la forma de los granos la renta y el interés del dinero que hayan adelantado y, además, una renta adicional bajo la forma del campo mejorado).

Los principales beneficiarios de la devaluación

Sobre la base de esta situación en el campo argentino encorsetado por la gran propiedad territorial y la usura, la devaluación del peso ha provocado un cambio en la relación de los precios a favor de los productos exportables, en particular los granos. Esto, acompañado de la pesificación de las deudas bancarias, ha provocado un gran alivio en los sectores medios endeudados, es decir en los que todavía tenían acceso a los créditos bancarios. No es igual la situación de los sectores cuyas deudas han sido granificadas, como ocurre con los endeudados con las cooperativas, pues dichas deudas no resultan aliviadas de la usura anterior (prácticamente capital e intereses han sido triplicados en pesos) y, en la

nueva situación, con el crédito colapsado, las tasas de refinanciación resultan superusurarias (un 2% mensual real, en términos de granos). Así se ha provocado una gran brecha de desigualdad entre los deudores pesificados (con el sistema bancario compensado con bonos) y los deudores granificados (con el sistema cooperativo que no recibe esa compensación).

A esta primera desigualdad producto de la política del gobierno, que perjudica a los sectores con mayor endeudamiento fuera del sistema bancario, se suman los efectos de la devaluación sobre la renta del suelo, dada la estructura de tenencia de la tierra imperante. De entrada nomás, los 10 quintales limpios de soja que recibió el terrateniente, por ejemplo, en vez de los 150 pesos que representaban anteriormente (cuando el precio promediaba los 15 pesos el quintal) pasaron a ser 570 pesos (ahora que se vende a 57 pesos el quintal). Mayor ha sido la diferencia a favor de los terratenientes que explotaban por administración o los pools, ya que sus "inversiones" habían sido hechas a los precios anteriores y ahora están vendiendo el grano al triple. Esta ventaja también la han tenido, en proporción a su tamaño, los pequeños propietarios, en su condición de tales, e incluso los contratistas de cosecha, que no se vieron obligados a reducir su porcentaje en granos por la competencia entre ellos, como había ocurrido en campañas anteriores.

Pero, ¿qué está pasando ahora? Que, en función de los mejores precios relativos de los granos, los terratenientes procuran transformar en mayor renta aun esa diferencia. Como ocurrió antes con la generalización de la siembra directa, que abarató extraordinariamente los costos de implantación de los cereales, y terminó transformándose en mayor renta. La siembra directa, en su momento, permitió poner en producción, vía renta absoluta, tierras que antes eran marginales, como en Santiago del Estero, Chaco y Salta, lo que elevó la renta en la zona pampeana. Ahora, por el aumento de los precios relativos, "por ejemplo, por un campo de 1.200 hectáreas en San Luis aceptamos pagar 5 quintales de soja, pagaderos la mitad ahora, una cuarta parte en diciembre

y una cuarta parte en mayo de 2003. En Pergamino, estamos negociando pagar 14 quintales o algo menos por adelantado" (*La Nación*, 1°/9/2002). En el caso de los terratenientes o los pools que explotan por administración, el aumento de la renta puede ser aún mayor, como ocurrió también con la introducción de la siembra directa, ya que el aumento relativo del precio de los granos en pesos puede ayudar también a abaratar el precio de los "servicios", aumentando los quintales de granos que le queden, con el mayor estrujamiento de los contratistas y obreros rurales que logren, por el menor aumento relativo de los "costos".

La estructura de tenencia de la tierra en la Argentina ha hecho que los principales beneficiarios del adelanto tecnológico sean los terratenientes y que ahora los principales beneficiarios de la devaluación también sean ellos, y no los introductores de esa tecnología, que han sido principalmente los que son los verdaderos productores del campo, los chacareros, contratistas y obreros rurales.

El peso de la propiedad territorial

Si el "camino prusiano" es el peor de los caminos para el desarrollo del capitalismo en el campo, ya que se da sobre la base de mantener el latifundio y las relaciones atrasadas, el prusianismo argentino en el caso de la agricultura ha logrado por la vía del contratismo que los terratenientes puedan adaptarse a las técnicas más modernas de producción manteniendo una mayor independencia de la propiedad territorial con relación a la propia explotación del campo, haciendo que se mantenga su predominio sobre las decisiones de producción y que el grueso del excedente que se pueda obtener de esa producción, a través de la superexplotación obrera, le quede como renta a la propia persona individual o jurídica dueña del campo, o a los pools cuando estos suplantan al terrateniente, sea alquilando tierra a propietarios de grandes extensiones o juntando pedazos de tierra de los campesinos arruinados que, en este caso, reciben solo algunas migajas de la renta que se embolsan esas sociedades administradoras. Solo a los apo-

logistas de los terratenientes se les puede ocurrir que este es un mundo en el que gracias al avance de la concentración de la tierra operada desde fines de la década del cincuenta del siglo pasado, y en particular en la última década menemista, se habría "atemperado" al punto de extinguirse la contradicción entre el capital y la propiedad territorial, haciendo que pierda significación el peso de la renta absoluta, sea bajo la forma capitalista pura basada en la superexplotación obrera o recurriendo a las formas más atrasadas de la aparecería, como en los tambos y quintas que mencionamos antes.[189]

El problema en nuestro país es que el modo de producción predominante, capitalista, y las relaciones de producción concordantes, capitalistas, han sido históricamente, y siguen siéndolo, trabadas y deformadas por la dominación imperialista y latifundista, siendo el latifundio "la principal supervivencia precapitalista en las relaciones de producción de nuestro país" (ver Nota N° 4). El mantenimiento de ese latifundio en el campo es lo que explica la permanencia y recreación –no por un espíritu maligno– de relaciones de producción precapitalistas, coexistentes con las relaciones de producción capitalistas prodominantes en la formación económicosocial argentina. A su vez, el monopolio de la propiedad privada de la tierra en grandes extensiones por un puñado de grandes terratenientes es lo que explica el papel que sigue teniendo la renta causada por la propiedad territorial (ver Apéndice), en

189. "Las explotaciones de menos de 25 hectáreas tipo huertas o quintas, que generalmente constituyen una unidad familiar, son importantes en el proceso de valorización del conjunto de las tierras, aunque la superficie total que ocupen sea poco significativa. Otro tanto ocurre con las explotaciones lecheras, donde es común utilizar el trabajo de medieros, pues, aunque no se trata de explotaciones estrictamente agrícolas en el sentido que se le da al término en nuestro país, el tipo de producción es de trabajo intensivo, y se emplean, además de los campos naturales, praderas de forrajeras. En este caso, además de la valorización indirecta, el terrateniente obtiene renta directamente en dinero por "su" parte de la leche, y en trabajo (generalmente gratis) por la cría de los terneros y además por el cuidado de las vacas, alambrados, instalaciones, etc." (Eugenio Gastiazoro: "Terratenientes, imperialismos y renta agraria", en *Política y Teoría*, N° 13, setiembre de 1987).

las decisiones y en las condiciones de producción, que determinan la mayor explotación de los obreros rurales (o de los campesinos, cuando subsisten relaciones precapitalistas). De ahí que esos grandes terratenientes, o los pools que los sustituyen en el manejo monopólico del recurso natural, puedan obtener elevadas rentas aun cuando los precios del mercado de los productos no lleguen a cubrir su valor, sea por falta de demanda suficiente o sea por la existencia de monopolios de industrialización y/o comercialización con poder para imponer precios que les permitan también apropiarse de parte del remanente del trabajo no retribuido.

El hecho de que los precios los principales productos agropecuarios argentinos vengan dados por el mercado internacional, lleva a los defensores del latifundio a sostener que lo fundamental de la renta en nuestro país, en particular la de la zona pampeana, es una renta no causada en el monopolio de la propiedad territorial sino principalmente en el monopolio de la explotación capitalista de la tierra, derivada de una mayor feracidad relativa del suelo, de un clima más benigno e incluso de una mejor aplicación del capital sobre nuestras tierras. Pero esa afirmación, aparte de confundir dos monopolios totalmente distintos (el de la tierra como objeto del derecho de propiedad y el de la tierra como objeto de explotación[190]),

190. En el capítulo II de la obra *El problema agrario y los "críticos de Marx"*, titulado "La teoría de la renta", Lenin analiza estos dos tipos de monopolio y dilucida y distingue con total claridad "las consecuencias que en la organización capitalista de la agricultura se derivan, de una parte, de la limitación de la superficie de tierras y, de otra parte, de la propiedad privada del suelo". Allí Lenin, además de basarse en el capítulo XLV del tomo III de la obra magna de Marx (del que reproducimos extractos en el Apéndice), lo cita en un pasaje del segundo tomo de sus *Teorías sobre la plusvalía*, en el que Marx escribe criticando a Ricardo: "si la tierra existe en condiciones de abundancia elemental frente al capital, éste se mueve en la agricultura del mismo modo que en otra rama industrial cualquiera. Pero entonces no existen la propiedad territorial ni la renta... En cambio, si la tierra, primero, es limitada, y segundo, se halla apropiada, el capital se encontrará con la propiedad territorial como premisa, y esto es lo que acontece allí donde la producción capitalista se desarrolla; cuando no se encuentra con aquella premisa ya existente, como en la vieja Europa, se la crea ella misma, como en los Estados Unidos; de un modo o de otro, la tierra deja de ser ya desde el primer momento un campo elemental de acción para el capital. De ahí que exista una renta del suelo,

"olvida" que esas ventajas comparativas significan que la producción agrícola argentina (la ganadera, también), y no solo la pampeana como puede verse por la extensión de la producción sojera en particular (a zonas que antes eran exclusivamente ganaderas o de montes naturales[191]), requiere una inversión relativamente pequeña de capital constante, respecto de la que se necesita para la puesta en producción de tierras para cultivos semejantes en Estados Unidos, por ejemplo –para no hablar de Europa–, y que el remanente que pueden apropiarse como renta de la explotación obrera (o campesina, en el caso de la aparcería o el arrendamiento familiar) resulta mucho más importante que en los Estados Unidos, para seguir con el ejemplo. Para que se tratara de una renta de tipo monopólico tendrían que estar vendiendo los productos por sobre su valor, lo que resulta al menos cuestionable dentro del actual sistema capitalista imperialista mundial, en el que la Argentina tiene una posición de país oprimido, dependiente del imperialismo. Tampoco ese es el caso de los productos que se venden principalmente en el mercado interno, como la leche, la mayoría de los productos frutihortícolas e incluso hoy la carne, con un fuerte control de monopolios industrializadores y/o comercializadores en manos de los imperialistas y/o sus intermediarios, que pueden imponer precios por debajo del valor del producto, es decir, precios que les permitan apropiarse de parte del trabajo no remunerado de los peones y obreros rurales y/o de los contratistas aparceros, tanteros, pastajistas o arrenderos.

independientemente de la renta diferencial" (el capítulo II de la obra publicada en el tomo V de las *Obras Completas* de Lenin, es reproducido al final del tomo III de todas las ediciones de Fondo de Cultura Económica del libro de Marx *El Capital*).

191. La extensión de la producción sojera en particular muestra, además de la tendencia del latifundio al monocultivo despoblador del campo, que tierras que antes se consideraban peores que las pampeanas, no lo eran ni lo son por razones de fertilidad o clima, sino por haber estado o estar excluidas del mercado por la verdadera frontera que aun hoy traba la expansión de la producción agrícola en nuestro país, que no es geográfica sino la que establece la gran propiedad territorial que, en virtud de la renta (la expresión económica de la propiedad del suelo), sigue controlando la cantidad de tierra que se lanza al mercado en nuestro país, sustrayendo al cultivo una parte relativamente grande de tierras fértiles y con clima apropiado para la producción.

Apéndice

La propiedad territorial y su expresión económica

(Extractos de *El Capital*, de Carlos Marx, tomo III,
capítulo XLV, "La renta absoluta")

La propiedad de la tierra en cuanto barrera persiste inclusive allí donde la renta desaparece en cuanto renta diferencial, es decir, en el tipo de suelo A.[192]

La renta diferencial se caracteriza porque en ella la propiedad territorial solo absorbe la ganancia excedente, que se embolsaría el arrendatario si aquélla no se interpusiese y que, en ciertas circunstancias, se embolsa realmente durante el tiempo de vigencia del contrato de arriendo. En este caso, la propiedad de la tierra es solo la causa de la transferencia de una persona a otra, del capitalista al terrateniente, de una parte del precio comercial, producida sin su intervención (mejor dicho, como consecuencia de la determinación del precio de producción regulador del precio de mercado por parte de la competencia), y que se resuelve en ganancia excedente. Pero la propiedad de la tierra no es aquí la causa que crea este componente del precio o la elevación del precio que dicho componente presupone. En cambio, cuando la clase peor de tierra A no puede ser cultivada –aunque su cultivo arrojase el precio de producción– hasta que arroje un remanente por sobre este precio de producción, una renta, entonces la propiedad del suelo es la causa creadora de este aumento del precio. Es la misma propiedad de la tierra la que ha generado la renta. En nada se modifican las cosas si, tal como ocurría en el segundo caso tratado, la renta abonada ahora por el suelo A constituye una

192. Marx pone este nombre "A" al peor tipo de suelo, es decir, a aquel suelo cuyo producto fija el precio de producción regulador del mercado que no abona renta, en el análisis de la renta diferencial. El problema reside en que para fijar dicho precio debería ponerse en producción, pero para que eso sucediera debería ser un suelo libre. Si no es tal, si es un suelo apropiado, va a exigir también una renta para ponerse en explotación; es aquí donde se pone de manifiesto la propiedad de la tierra como un poder ajeno que enfrenta, y como una barrera semejante, al capital en la agricultura.

renta diferencial, en comparación con la última inversión adicional de capital en tierras arrendadas anteriormente, que solo cubre el precio de producción. Pues el hecho de que el suelo A no pueda ser cultivado hasta tanto el precio regulador del mercado haya aumentado lo suficiente como para permitir que el suelo A arroje una renta, es, en este caso, la única razón de que el precio de mercado ascienda hasta un punto en que, por cierto, solo abona su precio de producción a las últimas inversiones de capital realizadas en los anteriores arrendamientos, pero un precio de producción tal, no obstante, que al mismo tiempo arroja una renta al suelo A. El hecho de que esta tierra tenga que tributar una renta, en verdad, es aquí la causa de la creación de la renta diferencial entre el suelo A y las últimas inversiones de capital en los anteriores arrendamientos. [...]

La mera propiedad jurídica del suelo no crea una renta para el propietario. Pero sí le da el poder de sustraer su tierra a la explotación hasta tanto las condiciones económicas permitan una valorización de la misma que arroje un excedente para él, tanto si el suelo se emplea para la agricultura propiamente dicha, como si se lo emplea para otros fines de producción, como edificaciones, etc. No puede aumentar o reducir la cantidad absoluta de este campo de actividad, pero sí su cantidad presente en el mercado. [...]

La propiedad territorial es aquí la barrera que no permite ninguna nueva inversión de capital en una tierra hasta ahora no cultivada o no arrendada sin percibir un tributo, es decir, sin exigir una renta, aunque la tierra nueva incorporada al cultivo pertenezca a una categoría que no arroja renta diferencial y que, a no ser por la propiedad a que se halla sujeta, habría podido ser explotada ya con una pequeña subida del precio comercial, con solo que el precio regulador del mercado hubiese cubierto al cultivador de esta tierra de calidad inferior su precio de producción. La traba que opone la propiedad territorial hace que el precio comercial tenga que subir hasta un punto en que la tierra arroje un remanente sobre el precio de producción, es decir, en que pueda devengar una renta. Pero puesto que el valor de las mercancías

producidas por el capital agrícola se halla, con arreglo a nuestro supuesto, por encima de su precio de producción, esta renta constituye (exceptuando un caso que enseguida examinaremos) el remanente del valor por sobre el precio de producción o una parte de él. El que la renta absorba la diferencia íntegra entre el valor y el precio de producción o solamente una parte más o menos grande de ella, dependerá por completo del estado de la oferta y la demanda y de la extensión de ese nuevo territorio incorporado al cultivo. [...]

Aunque la propiedad de la tierra puede hacer que el precio de los productos agrícolas exceda de su precio de producción, no dependerá de ella sino de la situación general del mercado la medida en que el precio comercial superior al precio de producción se acerque al valor y, por tanto, la proporción en la que la plusvalía generada en la agricultura [producto de la explotación de los obreros rurales] por encima de la ganancia media dada se convierta en renta o entre en la compensación general de la plusvalía para formar la ganancia media. En todo caso, esta renta absoluta que surge del remanente del valor por sobre el precio de producción es simplemente una parte de la plusvalía agrícola [trabajo no retribuido], la transformación de esta plusvalía en renta, su intercepción por parte del terrateniente; del mismo modo que la renta diferencial surge de la transformación de la ganancia excedente en renta, de su confiscación por el terrateniente, a base del precio general de producción regulador. Estas dos formas de renta son las únicas formas normales. Fuera de ellas, la renta solo puede responder a un verdadero precio de monopolio, no determinado ni por el precio de producción ni por el valor de las mercancías, sino por las necesidades y la solvencia de los compradores. [...]

El hecho de que en la ganadería en gran escala, por ejemplo, la masa de la fuerza de trabajo empleada sea muy pequeña, si se la compara con el capital constante invertido en los propios animales, podría considerarse como argumento decisivo contra la tesis de que el capital agrícola, porcentualmente considerado, pone en movimiento una cantidad mayor de fuerza de trabajo que el ca-

pital social medio no agrícola. Hemos de indicar aquí que en el desarrollo de la renta partimos, como hecho determinante, de la parte del capital agrícola que produce los alimentos vegetales decisivos, que son, en general, los medios de subsistencia principales de los pueblos civilizados. Adam Smith ya ha demostrado –y éste es uno de sus méritos– que en la ganadería, y en general en el término medio de todos los capitales invertidos en el suelo pero no en la producción de los medios de subsistencia principales –es decir, por ejemplo, de granos–, se opera una determinación del precio totalmente diferente. Pues este se halla determinado aquí por la circunstancia de que el precio del producto del suelo que se emplea, por ejemplo, como pradera artificial para la cría de ganado, pero que de la misma manera podría ser transformado en tierra laborable de cierta calidad, debe elevarse lo suficiente como para arrojar la misma renta que tierra de labrantía de igual calidad; por consiguiente, en este caso la renta de las tierras cerealeras entra en el precio del ganado, determinándolo, por lo cual Ramsay ha observado con razón que de esta manera se eleva artificialmente el precio del ganado en virtud de la renta, de la expresión económica de la propiedad de la tierra, es decir, por obra de la propiedad privada del suelo. [...]

La renta absoluta explica algunos fenómenos que, a primera vista, parecen atribuir la renta a un simple precio de monopolio. Tomemos, por ejemplo, el poseedor de un bosque, en Noruega supongamos, bosque existente sin la menor intervención de la mano del hombre y que no sea, por tanto, producto de la forestación, para relacionar esto con el ejemplo que pone A. Smith. Si el propietario de este bosque percibe una renta, que le abona un capitalista por talar madera en él, respondiendo –supongamos– a la demanda de Inglaterra, o si él mismo lo tala como tal capitalista, la madera le dejará, además de la ganancia correspondiente al capital invertido, una renta más o menos grande. Tratándose de un producto que es obra exclusiva de la naturaleza, como ocurre en este caso, parece que estamos ante un recargo monopólico. Pero, en realidad, el capital aquí empleado está formado casi ex-

clusivamente por capital variable, por capital invertido en trabajo, que, por tanto, pone en movimiento más trabajo excedente que cualquier otro capital de la misma magnitud. Esto quiere decir que en el valor de madera se encierra un remanente de trabajo no retribuido, o de plusvalía, mayor que en el producto de capitales de composición orgánica más alta. Así se explica que la madera pueda cubrir la ganancia media y, además, dejar al propietario del bosque un remanente considerable en forma de renta. Y por el contrario, debe suponerse que, dada la facilidad con que, por tanto, puede aumentar rápidamente esta producción, es necesario que aumente también la demanda en proporción muy considerable para que el precio de la madera equivalga a su valor y, por consiguiente, pueda el propietario percibir en forma de renta todo el remanente (por sobre la parte que recae en el capitalista como ganancia media) del trabajo no retribuido.

6. La tenencia de la tierra, elemento básico de la producción agraria[193]

La Argentina de hoy no es la de nuestros abuelos, ni siquiera la de nuestros padres. Ha habido grandes cambios a través de las generaciones, no solo en las formas de trabajo sino también en las relaciones que tenemos que establecer para poder trabajar en la tierra. Tenemos nuevos problemas producto de estos cambios que tenemos que abordar, pero también tenemos problemas que se repiten de una generación a otra, bajo nuevas formas, pero que en el fondo tienen que ver con el mismo problema nunca resuelto, que es **el de la tenencia del recurso básico de la producción agraria, el objeto de producción sin el cual no se puede realizar esta actividad: la tierra.**

La producción en el campo argentino está regida en lo fundamental por las leyes de producción y de distribución del sistema capitalista, por las llamadas "leyes del mercado", sin mayores interferencias que favorezcan a los obreros rurales o los productores agrarios sin tierra o con poca tierra en relación con sus posibilidades de trabajo sobre la tierra, como ocurrió en la época de nuestros padres con el Estatuto del peón o la Ley de arrendamientos y aparcerías. Estamos casi como en la época de nuestros abuelos, cuando regía plena la "libertad de contratación". También

193. Ponencia escrita para el Congreso Nacional y Latinoamericano sobre Uso y Tenencia de la Tierra organizado por la Federación Agraria Argentina, el 30 de junio de 2004.

hoy rige plena la "libertad del mercado" en la comercialización de los productos del campo: no hay juntas reguladoras y ni siquiera precios mínimos sostén para las producciones fundamentales de la alimentación humana. Los "precios del mercado" son los que hoy rigen en lo fundamental a la producción agraria y, aunque ya no existe la dependencia de su transporte de la época de los ferrocarriles extranjeros y la bolsa de arpillera, también como entonces ese es un mercado manejado en forma monopolista por grandes compradores, como ocurre con las grandes cadenas de supermercados para ciertas producciones o con los grandes monopolios de comercialización e industrialización de cereales y oleaginosos, particularmente los exportables, como es el caso de los granos y aceites con Cargill, Bunge, Dreyfus, Toepfer, Dehesa, Vicentin y Nidera. Las retenciones a las exportaciones no afectan directamente a estos monopolios; en todo caso, para ellos, no son más que un dato más a descontar en la relación entre los precios internos y los internacionales: un tipo de cambio diferencial, más bajo que el que rige para otros productos exportables o el tipo de cambio financiero.

Los zorros en el gallinero

No por obvio podemos olvidar que lo fundamental de la producción agraria, aún en las zonas más constreñidas por el minifundio, es una producción para el mercado. La producción y la distribución de lo que se produce están regidos por las leyes mercantiles: la mayoría de los bienes que se producen y de los que se usan para producir en el campo, incluso la propia tierra, son mercancías, cosas que se compran y que se venden, y por tanto tienen su precio en el mercado. Claro después hay que ver como se forman esos precios, porque no todos somos iguales en el mercado, y tampoco opera igual el monopolio de la tenencia de la tierra que como operan otros monopolios.

En el caso de la industria, es claramente el monopolio del capital el que se determina qué y cómo se produce y como se distri-

buye lo que se produce. Pero la producción agraria, para poder realizarse, requiere de la tierra, además del trabajo y del capital. Y la tierra, además de ser imprescindible para poder producir, es un bien limitado en el espacio y no reproducible como en el caso de otros medios de producción, lo que otorga a sus propietarios un poder social especial. El monopolio de esta propiedad, les permite a sus dueños, por el solo hecho de ser tales, independientemente de que inviertan en el campo o que recurran a contratistas o arrendatarios, obtener un beneficio extra: la renta de la tierra. Este monopolio hace que los latifundistas obtengan así enormes beneficios, sin tener que ser ellos los que necesariamente tengan que introducir las mejoras técnicas o los que pongan el capital en el campo; y si ponen algún capital no van a querer dejar de sacar aparte del beneficio correspondiente, su renta por ser propietarios de la tierra, por lo que van a someter a mayor explotación a sus obreros rurales o a sus aparceros.

Los productores del campo que no tienen tierra o tienen poca tierra, para poder producir de acuerdo a sus necesidades, o a su capacidad en bienes de trabajo, tienen que dar cuenta de esa renta, en el precio de la tierra. Sea comprándola o arrendándola. Y el dinero que tengan que adelantar para la compra o el arriendo, deja de pertenecerles, pasa a ser la renta del terrateniente. Y para poder producir, para sus máquinas, la semilla, los fertilizantes, etc., necesitan otro dinero. Y con este dinero y su trabajo, y del trabajo de sus asalariados cuando son capitalistas, tienen que sacar suficiente como para obtener un beneficio propio y el beneficio extra para el terrateniente.

La renta puede tener distintas formas, puede ser mayor o menor según la calidad de la tierra o su distancia del mercado, pero siempre su razón de ser es el monopolio de la propiedad sobre la tierra: un bien que es limitado en el espacio e irreproducible, que le da "derecho" al propietario a apropiarse de todas las rentas: no solo la que surge por diferencias en la calidad o distancia de los mercados de las tierras sino también la que surge de las que son de menor calidad o están a mayor distancia de los mercados, pero

que son también requeridas para la producción, porque la tierra está limitada en el espacio sino que también está limitada por la propiedad, y para poder acceder a ella es necesario dar cuenta de la renta.

El principal origen de la renta

La tierra, como bien natural, no tiene un valor en sí. Se va a obtener un valor de ella si se la pone a producir: el valor no surge de la tierra misma sino del trabajo y del capital aplicados sobre ella. Pero al ser un bien apropiado, no libre como el aire o la lluvia, el propietario por el hecho de ser tal, por tener el monopolio de un bien limitado en el espacio e irreproducible no la va a poner o dar en producción, sino saca un beneficio. Y ese beneficio solo puede salir de la producción, de la mayor explotación de los obreros y aparceros o de un mayor precio en el mercado de lo que cuesta esa producción. Puede ser que en algún caso se pueda obtener esa renta de ese mayor precio, pero con los monopolios que existen en la comercialización e industrialización de la mayor parte de los productos del campo, es muy difícil pensar que los precios del mercado, salvo momentos excepcionales, estén muy por encima de los costos de producción. Entonces, en lo fundamental, más en el caso de un país dependiente como el nuestro, que no tiene precios mínimos sostén ni subsidios a la producción, tiene que salir, **y sale**, de la mayor explotación de los obreros rurales y aparceros e incluso del recorte de ganancias, o de la descapitalización, de los contratistas o arrendatarios capitalistas. Por eso el tema de la tenencia de la tierra, es un problema básico para todos los verdaderos productores del campo, en primer lugar para los obreros rurales y aparceros porque determina su superexplotación pero también para los campesinos con poca tierra y para los contratistas y arrendatarios en general, como para la economía del país en su conjunto.

No acordamos con quienes dicen que el latifundio y la renta terrateniente no son un problema fundamental para el desarrollo

del campo argentino. Con ello quieren negar que exista la renta absoluta, que surge de la explotación de los verdaderos productores del campo, comenzando por los asalariados rurales y los aparceros. Pero también quieren negar que, por el poder que tienen los propietarios de la tierra sobre las condiciones de producción del campo argentino, los terratenientes (y los pools que actúan como tales, recurriendo a contratistas) se apropian de toda la renta diferencial que, por ese monopolio del recurso tierra, surge de una mayor explotación de los obreros rurales, muy superior a la media social. No acordamos con quienes dicen que por la diferencia de fertilidad de nuestras tierras los precios del mercado son superiores al costo de producción: que esos precios hacen que se pague por los productos del campo argentino más de lo que valen. En todo caso la mayor fertilidad relativa resulta en una mayor productividad del trabajo agrario que, pagándose relativamente menos a los obreros rurales (porque hay épocas del año en las que no trabaja y además se le paga mucho menos por hora que en la industria), da origen a una ganancia extraordinaria que se la apropian los terratenientes y pools por el manejo monopólico del recurso suelo que disponen o pueden disponer.

Algunos modernos teóricos sobre la renta, la llaman "renta diferencial internacional" y sostienen que es pagada con plusvalía de los obreros europeos. Entonces, esta renta operaría en forma progresista en el desarrollo agrario argentino, ya que el monto de la renta permitiría pagarles salarios altos a los obreros, permitiría que los chacareros obtuvieran buenas ganancias, y además los terratenientes volcarían esa renta en la industria, el comercio y como fondos prestables en el mercado financiero (José Benco, Hilda Sábato, etc.). Lo cierto es que esa renta diferencial proviene de una enorme masa de ganancia que surge del trabajo de los obreros, aparceros, contratistas y pequeños propietarios argentinos, dado que la extraordinaria fertilidad de nuestro suelo hace posible una alta productividad del trabajo. En realidad, esta renta es una demostración del grado de superexplotación a la que se ven sometidos los obreros rurales, y marca los estrechos límites de

acumulación de los chacareros y contratistas, que cuando vienen años difíciles terminan arruinados. expropiados y semiproletarizados, como nos ha mostrado fehacientemente la gravísima crisis que han sufrido en los últimos años.

Esas "teorías", en primer lugar, no hacen más que embellecer al imperialismo, a nuestra situación de país dependiente: van contra toda la realidad que muestran las estadísticas en el llamado deterioro de los términos del intercambio y de toda la lógica del sistema capitalista imperialista, que es un sistema de opresión y saqueo de los países dependientes. Esas "teorías", en segundo lugar, embellecen también a los monopolios de comercialización e industrialización, que aunque paguen poco siempre estarían pagando sobre el costo de producción y de lo que se apropian en todo caso es de una parte de esa renta diferencial, porque la mayor producción proviene de que las tierras son mejores en calidad o distancia del mercado y no de la superexplotación de los obreros rurales y aparceros y no de la opresión de los campesinos pobres y medios, y de los arrendatarios y contratistas en general. Esas "teorías", en tercer lugar, pero no menos importante, embellecen además a los latifundistas que, por tener el monopolio de la propiedad de las mejores tierras y también de las peores que pueden ponerse en producción cuando las condiciones del mercado lo permiten, condenan a los verdaderos productores del campo a esa mayor explotación y opresión. Porque según esas "teorías" de la renta diferencial, las mayores rentas de los terratenientes provendrían fundamentalmente de la mejor calidad o ubicación de sus tierras, de los mayores precios del mercado con relación a los costos de producción, y no del mayor sudor de los verdaderos productores del campo, que siempre estarían ganando lo que se merecen y si no que se embromen "por brutos" y trabajar por un salario menor que el que necesitan o romper sus máquinas en campos ajenos.

Para terminar con esta situación no queda otra que ir a la raíz del problema que está en el latifundio. Y esto solo se puede resolver con una profunda reforma agraria que garantice tierras sufi-

cientes, según las zonas y tipos del cultivo, a todos los pequeños y medianos productores que hoy no tienen suficiente tierra para producir, a las mujeres y jóvenes campesinos sin tierra, a las comunidades originarias, a los obreros rurales y a todos los desocupados que quieran trabajar la tierra. Hay tierra suficiente en la Argentina para esto; los verdaderos productores del campo saben donde está; de su organización y unidad para este objetivo de la reforma agraria, depende que lo consigan en unión con todo el pueblo argentino que también sufre por esa opresión latifundista. Y de la unidad de todos los trabajadores del país depende además que todos juntos podamos terminar no solo con la lacra del latifundio sino también con la dependencia del imperialismo, cuyos monopolios explotan y oprimen a todos: explotan y oprimen al país en su conjunto, con la complicidad de los latifundistas y monopolistas intermediarios de aquí adentro.

7. El "neokeynesianismo" del presidente Kirchner[194]

En materia de política económica, el presidente Kirchner se ha definido a sí mismo como un "neokeynesiano". ¿Qué quiere decir con esto? Que sus ideas económicas, sin salirse del capitalismo, son supuestamente opuestas a las del llamado "neoliberalismo", que se asocia en nuestro país a la gestión del menemismo.

Para entrar en tema, digamos que el nombre de keynesianismo proviene de las teorías del economista inglés John Maynard Keynes, quien formuló las mismas en la primera mitad del siglo XX, entre las dos guerras mundiales, la de 1914-18 y la de 1939-45, período en el cual también se produjo la primera gran depresión económica del sistema capitalista imperialista mundial, que duró desde la crisis de 1929 hasta el comienzo de la segunda guerra mundial, en 1939. Su libro principal, que concluyó a mediados de esa década, fue publicado en 1936 con el pomposo nombre de Teoría general del empleo, el interés y el dinero, y sus servicios al gobierno británico fueron premiados por la Corona con el otorgamiento del título de Lord.

¿En qué consistió el "servicio" principal de Lord Keynes para la Corona inglesa? ¿Por qué su "teoría", en determinados momentos del siglo XX y actualmente, ha logrado y logra tantos adeptos no solo entre

194. Publicado en *Política y Teoría, revista del comunismo revolucionario de la Argentina*, N° 52, agosto-octubre de 2003.

sectores de los terratenientes y las burguesías imperialistas sino también en amplios sectores de burguesía no monopolista e incluso de las burguesías nacionales de los países dependientes? Porque frente a las crisis económicas del capitalismo y el temor a su derrumbe por las revoluciones sociales, las formulaciones de Keynes aparecen como una tabla de salvación del sistema capitalista, en contraposición a las teorías neoliberales evidentemente condenadas al fracaso en esas circunstancias.

Por ejemplo, para los liberales en economía, o neoliberales si se quiere, el progreso económico se logra por la "libre acción" del mercado capitalista. Para ellos cuanto menos intervenga el Estado en economía mejor; su papel tiene que circunscribirse al terreno de mantener las instituciones que permitan el "libre" (de los monopolios, en la época actual) funcionamiento del mercado, utilizando la represión como principal instrumento para desarticular la rebelión social. Pero en tiempos de crisis –como ocurrió en los Estados Unidos y en la mayoría de los países de Europa a inicios de la década de 1930–, la "libertad del mercado" se muestra impotente para resolver el problema del creciente desempleo y la acción de las fuerzas represivas no alcanza para acallar la protesta social; al contrario, cuanto más dura se pone la represión mayor resistencia popular genera. Más aun en las circunstancias de entonces, en las que tras la primera guerra mundial había triunfado en Rusia una revolución dirigida por los comunistas y se consolidaba el poder de la clase obrera y los campesinos pobres sobre la base de la planificación socialista en toda la extensión que abarcaba la Unión Soviética.

Es en ese contexto que llega a la presidencia de los Estados Unidos Franklin Delano Roosevelt, en 1933, quien comienza a aplicar una política de mayor ingerencia del Estado para tratar de reanimar la economía y paliar la desocupación, llamando a esa política New Deal (Nuevo Trato). Para la misma época asciende Hitler al gobierno de Alemania, quien llevará al extremo la participación del Estado dentro del sistema capitalista, como "salida" para el capitalismo imperialista alemán "encerrado" por los imperialistas rivales tras su derrota en la primera guerra mundial. Aunque en

verdad el pionero con relación al New Deal de Roosevelt y al capitalismo de Estado de Hitler, fue Benito Mussolini, quien había llegado al gobierno de Italia más de 10 años antes, en 1922.

Lo que hizo Roosevelt

Los economistas burgueses en general tienden a "olvidar" estas aplicaciones extremas del keynesianismo por regímenes capitalistas imperialistas, y el propio Keynes renegó políticamente de ellas, dada su militancia liberal en el campo del imperialismo inglés. Lo que sí se acepta en general es la incidencia del pensamiento económico de Keynes en las políticas de Roosevelt en los Estados Unidos, desde 1933 hasta 1944. En lo que también coincidiría Néstor Kirchner, al menos por lo que dijo durante la campaña electoral.

Cuando a comienzos de 1933 Roosevelt se hizo cargo de la presidencia, los Estados Unidos, al igual que la mayoría de los países capitalistas del mundo, llevaban dos largos años de crisis con más de un 20% de desocupación. En su "Carta abierta al presidente Roosevelt", Keynes le decía: "asigno abrumadora importancia al aumento del poder adquisitivo nacional que es consecuencia de la erogación oficial, financiada con préstamos." Es decir que ponía el acento no en el equilibrio fiscal sino en el gasto e inversión del Estado para resolver la desocupación, estimulando así la demanda (consumo más inversión), subordinando a ello la política monetaria. Todo lo contrario a lo que podría hacer Kirchner si se atiene a lo que planteó en su discurso inaugural sobre mantener a rajatabla el equilibrio fiscal, coincidiendo en esto con las exigencias del FMI para los países dependientes, cuyas "recetas" poco tienen de keynesianas. Peor aún si, en ese tren, piensa en seguir endeudando al Estado (emitiendo bonos para subsidiar al sector financiero) y obtener superávit para pagar los intereses de la deuda externa. ¿De dónde piensa entonces sacar los recursos para el mentado "plan de obra pública" que "va a reactivar la economía y va a dar poder adquisitivo a la gente"?

Es cierto, como dice el sitio de Internet "Kirchner presidente", que: "Roosevelt pudo hacer inversión pública con un Estado sin reservas, quebrado y en recesión y no generó hiperinflación". Pero lo que no dice es cómo pudo hacerlo si, en esas condiciones, el Estado norteamericano no podía tomar préstamos para financiarlo, como aconsejaba Keynes.

Primero, se aseguró los recursos

Roosevelt, como burgués práctico que era, resolvería el problema tomando medidas desde el primer día de gobierno. Asumió el 4 de marzo de 1933, y ya el día 6 procedió a intervenir los bancos: decretó el feriado bancario por cuatro días ordenando que no se abriese ningún banco sin un previo examen de cuentas. Entretanto, poniendo en ejecución su "llamado patriótico", el 9 de marzo obtuvo del Congreso, reunido en sesión extraordinaria, una ley mediante la cual se le conferían poderes excepcionales por dos años en temas de moneda y bancos, incluyendo la facultad de apropiarse de las reservas de oro y divisas en manos de los bancos y del público.

En uso de esas facultades, el 5 de abril Roosevelt decretó la ilegalidad de las tenencias de oro y divisas en manos de particulares, pues gran parte de ellas no estaba en los bancos sino en manos particulares (como aquí los dólares), y eso engendraba inseguridad en el ámbito financiero. También obligó a sus connacionales –bancos y particulares– a repatriar los fondos que tenían en el exterior (que en nuestro caso significan una cifra muy superior a las de las tenencias internas de dólares). Así para el 1º de mayo de 1933 ya había logrado que las dos terceras partes de las tenencias de las divisas oro estuvieran depositadas en los bancos.

Con el oro y las divisas bajo su control, el gobierno de Roosevelt pudo hacerse de las reservas necesarias para el financiamiento del llamado New Deal, defendiendo a la vez el valor de su moneda, es decir sin caer en la temida inflación.

Y, sin perder tiempo, atacó la desocupación

También inmediatamente de asumir Roosevelt comenzó a tomar medidas para batallar contra la desocupación: en el mismo mes de marzo de 1933 aprobó un proyecto estableciendo 2.600 campamentos en zonas boscosas y agrícolas que se convirtieron en zonas de trabajo para más de 500.000 personas, la mayoría jóvenes. Estos campamentos, llamados Civil Conservation Corps, ocuparon a más de tres millones de personas hasta su desaparición en 1943.

Además, en menos de un mes, hizo aprobar una ley reduciendo la jornada de trabajo semanal a 30 horas con salarios mínimos por día para las distintas actividades y promulgó la ley de Recuperación de la Industria Nacional, con incentivos crediticios e impositivos para las empresas que se acogieran a ella y un apartado sobre participación sindical.

En cuanto a la crisis agraria también tomó medidas inmediatas, aunque no lo hizo de una manera keynesiana, como hubiera podido ser garantizar precios mínimos sostén y subsidiar el consumo. Por el contrario, hizo aprobar por el Congreso, el 12 de mayo, la ley de Ajuste Agrícola para reducir la oferta de productos del campo, usando los subsidios para sostener a los granjeros que disminuyesen la producción. Así logró que los precios agrícolas subieran, lo que no es el principal problema actual de los productores del campo argentino sino el de la elevada renta terrateniente y de la usura que la acompaña, que las "leyes del mercado" hacen que aumenten cada vez más, amén del menor precio que reciben por sus productos cuando hay una alta monopolización en el acopio y la intermediación. Una "corrección" keynesiana significaría al menos una rebaja y congelación de los arrendamientos, con condonación de las deudas, créditos a bajo interés y precios mínimos sostén en origen para los pequeños y medianos productores, de manera tal que los beneficios del aumento de la producción queden en manos de los verdaderos productores-contratistas en vez de ir para los terratenientes, usureros y monopolios de la in-

dustrialización y comercialización. Más de fondo, para resolver el drama de la juventud y de los pequeños y medianos chacareros y contratistas sin tierra o con poca tierra es necesaria una reforma agraria que garantice el acceso a la misma a todos los que la trabajan o quieran trabajarla, como plantean las 10 medidas del PCR para la actual emergencia ocupacional.

Kirchner versus Roosevelt

La comparación de lo hecho por Roosevelt en "los primeros cien días" con lo que está haciendo Kirchner nos da una primera idea sobre la diferencia entre el keynesianismo de aquel y el neokeynesianismo de éste. La batalla de Roosevelt fue también por posiciones en el aparato del Estado, incluido el cambio en la Corte Suprema de su país, pero esa batalla no se redujo a la mera ocupación de "espacios de poder" dejando que la economía siguiera funcionando como antes, con lo que no hubiera podido lograr siquiera una primera reelección. Y logró tres (la cuarta ya la obtuvo por la guerra).

Es cierto que el keynesianismo no resolvió ni resuelve las crisis del capitalismo, porque éstas son inherentes a este sistema de explotación del hombre por el hombre. Como reconocen incluso muchos economistas burgueses: "la clave fue la Segunda Guerra Mundial" (Manuel Fernández López, en *La Nación*, del 1° de julio de 2003), ya que en 1937 los Estados Unidos volvieron a entrar en recesión. Y de la misma solo se salió con el rápido aumento de la producción de armamentos desde 1938, con el programa de movilización industrial aprobado por el Congreso, a partir del cual se elevó en centenares de millones de dólares el presupuesto de guerra.

Es cierto también que Estados Unidos era un país imperialista, aunque, como tal, tuvo que enfrentarse a las medidas de franca represalia de países como Alemania e Italia o al desconocimiento del patrón oro por parte de Inglaterra y sus medidas proteccionistas destinadas a impedir el avance de los capitales norteamerica-

nos sobre sus áreas de influencia; lo mismo de parte de Francia. Como parte de esta disputa lanzó desde su discurso de asunción la llamada "política del buen vecino" para cambiar la cara del imperialismo estadounidense, centrando en la relación con los países dependientes de América Latina y de Asia en el Océano Pacífico y disputando allí y en el resto del mundo (Europa, incluida) poniendo el blanco principal en los países imperialistas del Eje (Alemania, Italia y Japón), como parte de la cual además reconoció a la Unión Soviética ya en noviembre de 1933 (rompiendo así también con una "tradición" de los gobiernos estadounidenses, que por 16 años se habían negado ha hacerlo).

Pero no es cierto que Roosevelt haya tenido de entrada mucho más margen político (llegó casi por casualidad a la candidatura del partido Demócrata, y ganó la elección por el descrédito de los republicanos hasta entonces en el gobierno) y de financiamiento que lo que puede tener Kirchner (aparte del aislamiento a que lo había llevado la crisis internacional, el Estado estadounidense estaba sin reservas y en cesación de pagos). El problema es cómo se encara una situación así: si se aceptan los márgenes de la economía como algo dado, que no se puede modificar, o si la batalla política se hace tomando las medidas económicas y sociales necesarias para obtener los recursos de donde están. Afectando intereses particulares inmediatos de muchos de los integrantes de la burguesía imperialista estadounidense para beneficio del conjunto como hizo Roosevelt o, en nuestro caso de país dependiente, diferenciando los intereses populares y verdaderamente nacionales de los intereses de los imperialistas, terratenientes y burgueses intermediarios. Aunque sea medidas que limiten la renta terrateniente, la usura y los superbeneficios de los monopolios comercializadores a favor de los verdaderos productores del campo (obreros rurales, contratistas y chacareros) y, en general, medidas a favor de los trabajadores y la producción nacional también en la minería, la industria, la construcción, el comercio y las finanzas que promuevan una argentinización del mercado interno, limitando los superbeneficios de todos los monopolios

imperialistas. De otra manera, por más que se forcejee con algunos de ellos, por ejemplo, con los monopolios de los servicios públicos privatizados y algunos usureros, con la actual estructura latifundista y dependiente del país los principales beneficiarios no son los trabajadores y los productores nacionales sino los terratenientes y otros monopolios imperialistas, como los que hoy controlan las exportaciones y lo fundamental del mercado interno. Y aunque queden algunas migajas para la burguesía nacional (agraria e industrial), en esas condiciones se mantiene constreñido el mercado interno y no se resuelven el hambre y la desocupación, lo que atenta no solo para el desarrollo de un verdadero capitalismo nacional (como dicen que se proponen sectores del gobierno de Kirchner), sino también para mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y del pueblo y el poder de decisión nacional.

Kirchner dijo en su campaña que iba a tratar de desempeñar un papel semejante al de Roosevelt. Si es así por lo menos tendría que tomar en economía algunas medidas semejantes a las realizadas por aquel para lograr algo más que pequeños parches a los graves problemas, como los del hambre, la desocupación, las inundaciones, etc., que padecen nuestro pueblo y nuestra Patria. Si no, lo del neokeynesianismo no va a quedar más que en los papeles, como parte de un "forcejeo" con el Fondo Monetario Internacional que, en lo económico no va a poder ir más allá de las condiciones que impone la llamada globalización, que nos subordina a los intereses de los imperialistas, los terratenientes y la burguesía intermediaria. Sin medidas económicas que afecten estos intereses a favor de los trabajadores, del pueblo y de la producción nacional como propone nuestro Partido, la disputa por espacios de poder se reduce a una disputa entre los distintos grupos de imperialistas, terratenientes y burguesía intermediaria, y el pueblo argentino ya conoce por experiencia que eso solo puede conducir al fracaso.

No es negociando "mejores condiciones" con los usureros del Fondo Monetario Internacional y los monopolios imperialistas de las empresas de servicios públicos privatizados como se va a salir

de la crisis económica, y menos a favor de la clase obrera, el pueblo y la producción nacional. Por "mejores condiciones" que se consigan ellas siempre van a estar atadas a la preservación de esos intereses imperialistas y, en general, a la preservación de los intereses de la dependencia y del latifundio. Hablar de keynesianismo, sin pensar en afectar esos intereses es un engaño en un país dependiente y latifundista como el nuestro. Claro que aun este tipo de medidas reformistas requiere apoyarse en la más amplia organización y movilización de las masas, para lo que se necesita un gobierno de unidad patriótica y popular. Solo un tal gobierno, basado en los cuerpos de delegados, piquetes y otras formas de democracia directa de masas, asambleas populares, cabildos abiertos y multisectoriales puede hacer que efectivamente paguen los verdaderos responsables de la crisis que se han beneficiado y siguen beneficiando con ella, tomando las medidas necesarias para movilizar todas las energías de los trabajadores y del pueblo para resolver inmediatamente el hambre y la desocupación, establecer la soberanía del pueblo y recuperar el poder de decisión nacional.